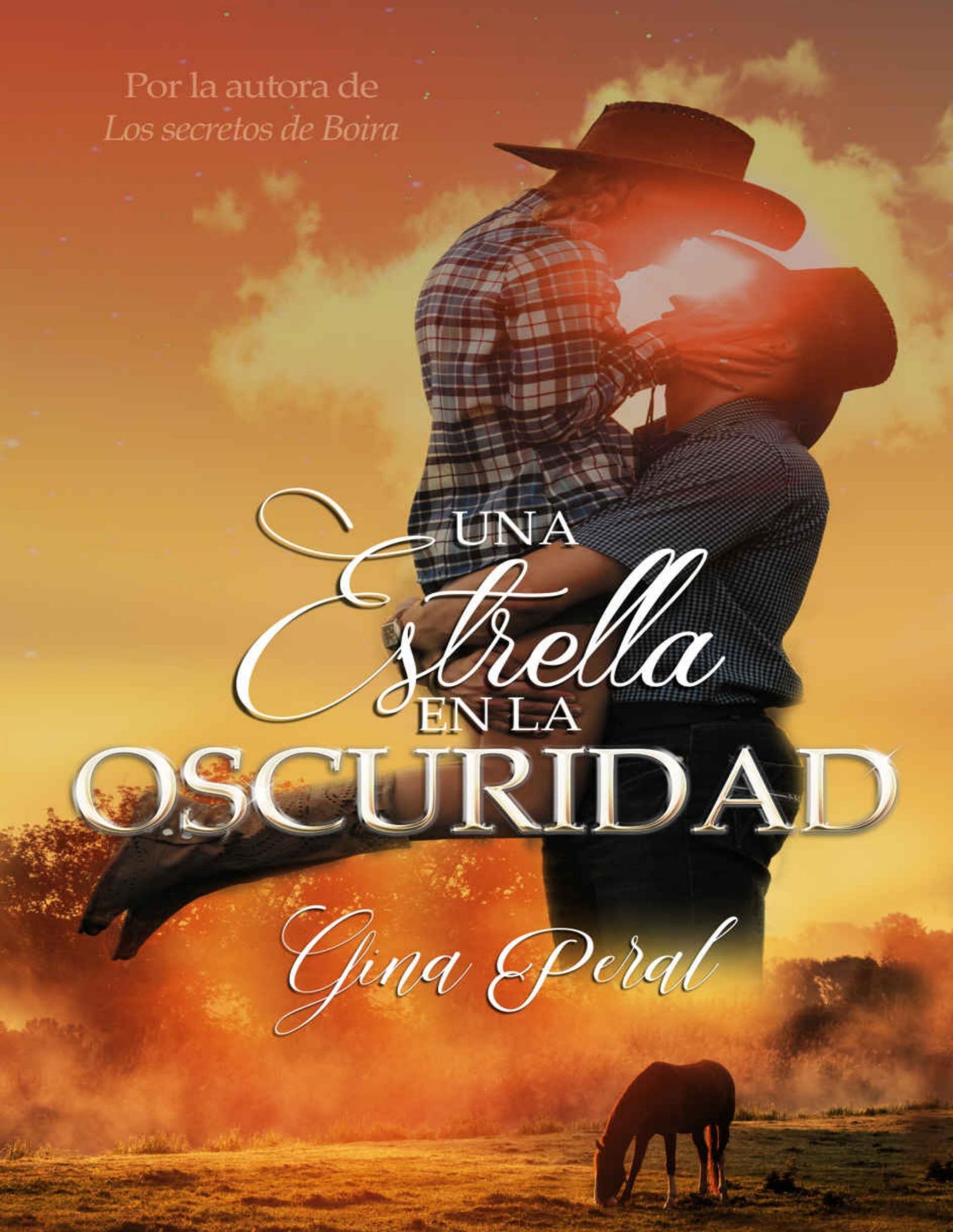


Por la autora de
Los secretos de Boira



UNA
Estrella
EN LA
OSCURIDAD

Gina Peral

Una estrella en la oscuridad

Gina Peral

*Uno:
Volver a casa*

Johnny volvía a casa. El viaje había sido muy largo. Hacía un mes que había salido del centro de veteranos, no había podido subirse a aquel avión. Volver a Estados Unidos se había convertido en una odisea, y su llegada no sería mucho mejor.

Se encontraba más hundido de lo que lo había estado nunca, no soportaba la persona en la que se había convertido; se sentía perdido en la oscuridad que le había sido impuesta.

No podía comprenderlo, hubiera preferido morir en medio de aquella maldita guerra a la que fue voluntariamente que volver de aquella manera. Su único consuelo era Amanda, volver a los brazos de su prometida, esa que le había dejado de escribir tanto tiempo atrás.

No quería ser un estorbo, menos para su amada; quería estar solo y, sin embargo, la necesitaba. Había soñado con volver a su lado desde el día en que se marchó. Se sentía frustrado, extraño, perdido... Extrañaba ser independiente, valerse por sí mismo, y eso llevaría tiempo y paciencia. La paciencia nunca fue una de sus virtudes; cuando quería algo, lo quería en ese momento y, cuanto más tropezaba, más deseaba que no lo hubieran separado de Jack y lo hubieran dejado morir junto a su mejor amigo.

Llamaron a la puerta de su camarote, habían llegado a Nueva York; hacía rato que el barco había atracado en el puerto, había oído los motores pararse.

—Adelante —dijo con voz grave.

Oyó la puerta abrirse y le pareció escuchar unos pasos acercarse; tenía serias dudas sobre lo que oía y lo que creía oír. Sufría terribles jaquecas, todo le resultaba muy confuso y las drogas lo adormecían.

—Señor Reese —dijo una voz femenina que no reconocía—, ya hemos llegado.

Ben le había asegurado que se encargaría de que sus padres y Amanda lo recogieran.

Había conocido a Ben en Vietnam; era bocazas y fanfarrón, pero un buen amigo. Él era de Austin y Ben de Houston, deberían haber vuelto juntos, todo hubiera sido mucho más fácil. Pero cuando llegó al avión no pudo subir en él, no podía hacerlo, el sonido del avión en marcha le recordó demasiado al del helicóptero caído que casi acabó con él y con Ben. Este quiso quedarse con él, pero no lo permitió, sabía que tardarían semanas en llegar y el padre de Ben estaba enfermo, así que lo obligó a no cambiar sus planes por él.

Suspiro y se puso en pie. Había llegado la hora, empezaba el verdadero infierno.

Tendría que aguantar la ira de su padre, la compasión de su madre, que estaba seguro se culparía de su situación. Estaba harto y todavía no se había bajado del barco. Además, no sabía nada de Amanda, y el miedo era como un virus, que se te mete en el cuerpo y crece comiéndote y matándote desde dentro.

Contó tres pasos hasta el otro lado de su camarote, se inclinó para coger una pequeña maleta donde estaban todas sus posesiones y tanteó en el aire, pero no la encontraba; la camarera se acercó a él, podía notar cómo se acercaba a medida que el intolerable olor de su perfume se hacía más fuerte. Tocó la maleta y esta cayó al suelo.

—Deje que le ayude —se ofreció la camarera.

—No necesito su ayuda —contestó tajante.

Se agachó y cogió la maleta, podía verse a sí mismo palmeando el aire, y esa imagen le hacía sentirse la persona más desgraciada del mundo. Había olvidado lo que era sonreír, no encontraba un solo motivo para hacerlo, no sabía si sería capaz de fingir para su madre.

Una mano áspera y caliente le cogió la suya, pero se apartó. No le agradaba que lo tocaran, y mucho menos una mujer, iba a casarse con Amanda, no quería que otra mujer que no fuera ella o su madre lo tocaran. Tenía un sentido de la moralidad muy elevado, seguramente debido a su familia, la perfecta familia Reese. Qué poco sabía la gente en realidad de ella.

Ahora se sentía obligado a que la gente lo guiara, a que cualquiera pudiera tocarlo, se sentía expuesto e indefenso, algo que no le había pasado jamás. No era capaz de lidiar con ello a pesar del tiempo. Había muchas cosas a las que no creía poder acostumbrarse; debía resignarse, sin embargo, la resignación tampoco era una de sus virtudes.

—Aquí tiene su bastón —dijo la mujer, que le puso este sobre la palma de la mano.

Lo cogió y ella se apartó. Salió del camarote, los motores se habían parado hacia horas, o eso le parecía, le resultaba imposible medir el tiempo sin poder ver un único rayo de sol.

Giró a la derecha y contó cuatro pasos cuando la camarera lo interrumpió:

—Es mejor ir por el otro lado —le advirtió—, así no tendrá que cruzar toda la cubierta.

Negó con la cabeza, exasperado, no conocía otro camino. Desde su camarote al pasillo central tenía veintisiete pasos, después giraba a la derecha otros diez pasos y a la izquierda tenía la escalera que lo llevaría a cubierta y al comedor, quince escalones para llegar al comedor, treinta si quería subir otro tramo de escaleras hasta cubierta.

Giró sobre sus pasos y se pegó a la pared, con el bastón y el equipaje no era capaz de tocarla, le resultaría reconfortante poder palparla, guiarse, pero se sentía incapaz de pedirle ayuda a la camarera con el equipaje. Movié el bastón como le habían enseñado.

—Debe girar —le advirtió la camarera treinta pasos después.

Se giró en la dirección de su voz, preguntándose si era estúpida o qué le pasaba, ¿girar hacia donde, en qué dirección? ¿Acaso ella no se daba cuenta de que él no podía saberlo?

—¿Hacia dónde? —elevó el tono de voz, exasperado.

—Derecha —dijo ella rápidamente.

Derecha, diez pasos y debería tener una escalera a la izquierda, contó los diez pasos y se giró hacia la izquierda, se encontró con una pared, se golpeó contra ella y quiso gritar.

—Es por el otro lado —dijo la camarera y lo cogió del brazo—, deje que le ayude.

—¡No necesito su ayuda! —exclamó apartándose. No quería que lo primero que viera Amanda fuera a él del brazo de otra mujer, una que lo estaba impregnando de olor a perfume barato—. Indíqueme el camino y no se tome ninguna confianza innecesaria.

—Está bien —dijo ella con un hilo de voz—, disculpe.

La camarera se puso junto a él, nadie en el barco lo aguantaba, ella se había librado de tener que atender sus exigencias y malos modos durante todo el viaje, pero lo había observado en cubierta mirando hacia ninguna parte, que por lo visto era cuanto podía ver, nada.

—Justo ahí tiene los escalones —le advirtió temerosa de enfadarlo de nuevo.

Johnny tocó el primer peldaño con la punta de su bastón, paró y dejó la maleta en el suelo, se puso el bastón bajo el brazo y golpeó algo. Una queja advirtió que la había golpeado a ella.

—Deje de moverse de un lado a otro —dijo él, cansado de que revoloteara a su alrededor y le complicara más las cosas.

Cogió la maleta con el mismo brazo que sujetaba el bastón, con la mano libre cogió la barandilla de la escalera, la pierna seguía doliéndole. Contó quince peldaños.

—Gire a la derecha, hay que subir otro piso.

—Ya sé que hay que subir otro piso —le contestó él girando a la derecha hasta encontrar el siguiente tramo—, soy ciego, no estúpido.

Ella pensó que era ambas cosas, pero no se lo dijo. Siguió guiándolo hasta la rampa de salida del barco, donde esperaban dos señores. Ella lloraba a mares, imaginó que debían de ser sus padres. Se parecía al hombre que había junto a ella, alto y muy grande, con el pelo del mismo color oscuro, a diferencia de la señora, que era rubia; ambos tenían una nariz prominente, indudablemente eran padre e hijo.

Cuando Margaret Reese vio a su hijo, se alejó de su marido y corrió hacia él; cuando paró en medio de la cubierta del barco, pensó que su hijo la había visto, que se estaba curando, pero lo cierto era que Johnny había parado porque había oído unos pasos correr hacia él.

Margaret abrazó a su hijo, que al momento supo que era ella. Desprendía olor a leña de hogar, pastel de manzana y su particular esencia, esa con la que había crecido, el olor que lo rodeaba cuando era niño.

Se inclinó para dejar la maleta y la rodeó, era mucho más baja que él, más rellena.

—Mamá —dijo sintiendo un momento de confort al abrazarla con fuerza.

Durante la guerra, si había extrañado a alguien, por encima de los demás a excepción de su prometida, había sido a su madre. Su madre era la mejor, a pesar de los inconvenientes de la vida, de los palos, del dolor... Tenía el corazón más lleno de amor y puro que conocería nunca, era bondadosa y amable con todos. A pesar de que no le gustaba que su madre fuera tan buena y blanda, eso hacía que la amaré todavía más.

La sintió temblar pegada a él, Johnny sabía que eso iba a pasar, que su madre estaría llorando, que se compadecería de él de por vida, que buscaría la manera de hacer que lo que había pasado, fuera culpa de ella, como hacía con todo lo que importaba, culparse.

Su marido le era infiel, pero era porque ella no era una buena esposa; el horno se estropeaba, era porque ella no había sabido mantenerlo; su hijo se emperró en ir a la guerra, era porque ella no había sabido mantenerlo en casa... Así era con todo. No sabía si ya había encontrado la manera de culparse de aquello, pero sabía que era cuestión de tiempo que lo hiciera.

—¿Cómo estás, hijo mío? —preguntó Margaret con la garganta cerrada a causa de las lágrimas—. Estás más delgado —dijo separándose de él para poder mirarlo a la cara.

Su hijo parecía un mendigo, le partía el alma. Tenía la piel bronceada, la barba larga y descuidada, como jamás la hubiera llevado por voluntad, y eso no ocultaba la delgadez de su rostro. En cuanto llegaran a casa, lo llevaría al barbero para que lo arreglaran y acicalaran; si Johnny se viera así, no se reconocería. Recordaba el día que se marchó. La última vez que lo vio, llevaba el pelo afeitado, su aspecto era pulcro y cuidado; a Johnny le gustaba

cuidarse, pero al hombre desmejorado y mayor que tenía delante no, o no podía, y eso hacía que no dejara de llorar. Tenía miedo de descubrir cuánto le habría cambiado esa guerra, miedo por si la odiaba por haberle permitido ir; nunca debió hacerlo, aquello era culpa suya, ella pudo impedirlo y ahora su hijo no volvería a ver en la vida, se iba a perder muchas cosas, además de las que ya había perdido.

—Estoy bien —le contesto él. Sintió que lo miraba, le cogió la cabeza para poder calcular el ángulo, ella lo estaba mirando sin duda, él no podría volver a verla—, no quiero que llores mamá, estoy bien.

—No estoy llorando —mintió por no herir a su hijo.

—Así no iremos bien —dijo resignado, su madre le hacía ser paciente—, no quiero que me mientas, debes ser más sincera que nunca. Por favor mamá, necesito creer que puedo confiar en ti.

—Puedes confiar en mí —se quejó ella.

—Entonces no vuelvas a mentirme —sentencio tajante con la cabeza inclinada hacia donde ella tenía la cara—. ¿Dónde están papá y Amanda?

Amanda, su madre no tenía ni idea de cómo decirle lo de Amanda; mientras estuvo fuera no fue capaz de decírselo, a pesar de lo mucho que él preguntó por ella, así que menos ahora. Su hijo estaba muy enamorado, pero ella no quería que fuera a Vietnam. Amanda era una pacifista, creía que los americanos no debían meterse en eso y tenía razón.

—Tu padre está justo aquí al lado —se separó de él y cogió su equipaje, que pesaba más de lo que aparentaba; le cogió la mano—, ven, vamos a saludarlo.

Tiro de él, pero Johnny no se movió de donde estaba.

—¿Dónde está Amanda? —preguntó cogiéndola de la mano para que no se alejara.

No había dejado de pensar en ella. La ausencia de noticias de Amanda nublaba sus días mucho antes de que la luz se apagara del todo. Durante esos casi dos años, solo había recibido cinco cartas de ella, los primeros seis meses, y la última no fue nada alentadora. Aun así, él seguía escribiéndole en cada ocasión que tenía, no dejó de hacerlo, ni siquiera cuando su pelotón fue emboscado por primera vez, ni cuando todo se recrudeció, él estaba allí, en medio de una guerra, y ella era su pensamiento alegre. Desesperado, buscaba formas de que las cartas salieran de aquel maldito país, llenas de amor, esperanzas y anhelos, esperando volver a verla pronto, le pedía que lo esperara y confiaba en que lo haría.

Amanda lo amaba y él a ella, por eso le había pedido matrimonio, por eso quería hacerla su mujer, tenía claro que solo quería estar con ella, que nunca caería en las tentaciones en las que caía su padre; él sí amaba a Amanda y no iba a tener la necesidad de engañarla.

Las dos últimas cartas ni siquiera pudo escribirlas él, fue lamentable y violento tener que dictarle las palabras a su amigo Ben. En la primera, le habló de la pérdida de Jack, de sus heridas y de cuánto la amaba. Era consciente de que quizás Amanda ya no querría estar con él, lo comprendería, ya no era la persona de la que se había enamorado, nunca lo sería. Había perdido la alegría, la fuerza, el amor propio y su seguridad, además de la vista. Amanda tenía buen corazón, esperaba que lo perdonara por haberse marchado, anhelaba poder superar todo lo sucedido a su lado, entre sus cálidos brazos. Esperó ansioso su contestación, pero nunca llegó. Sí llegaban las cartas que su madre enviaba al hospital durante los meses que estuvo allí, pero nunca le hablaba de Amanda por más que preguntó.

Su pierna ya estaba casi curada, apenas cojeaba, pero sabía que no volvería a ver. Le habían dicho que sus retinas habían sido dañadas, si no había vuelto a ver a esas alturas, no lo haría nunca. Ben le escribió la última carta a Amanda, le pidió que fuera a buscarlo con sus padres; ella no quería que fuera a la guerra, comprendería que no quisiera estar con él, si ese era el caso, aunque lo dudaba, pero al menos quería hablar con ella una última vez.

—¿Dónde está Amanda, mamá? —volvió a preguntarle.

—Ella no está aquí, hijo —dijo su madre, incapaz de decirle que lo había dejado—; vamos a casa, te lo explicaré todo en casa.

Johnny se temió lo peor, sin embargo dejó que su madre tirara de él.

—Hola hijo —la voz de su padre, el mismo tono cortante que empleaba siempre.

—Hola padre —apretó los labios—. ¿Dónde está Amanda?

Si su madre no quería decírselo, lo haría él. Él no mostraría compasión o consideración, le diría la verdad sin miedo a herirlo, pues para su padre el dolor, si no era físico, era opcional.

—Te ha dejado —contestó su padre en el mismo tono llano.

—¡Dan! —lo censuró su mujer, mirándolo llena de reproche.

Sintió que se rompía por dentro. La única esperanza de vida que le quedaba era Amanda; los ojos se le llenaron de lágrimas. Lágrimas que seguramente no le dejarían ver, pero su oscuridad era imperturbable, nada se movía en el mundo negro en el que vivía, solo sus recuerdos y sus sueños. Sin Amanda, ya no habría sueños, la esperanza se marchaba con ella.

Dos enormes lágrimas bajaron por sus mejillas y se perdieron en el espesor de su barba. No quería llorar, menos delante de su padre; ahora estaba seguro que no lo dejarían volver a su casa, su madre nunca le permitiría ir solo y, sin Amanda, estaba perdido para siempre.

—Llorar no te va a servir de nada, chico —le advirtió su padre—; tú querías convertirte en un hombre, ya lo eres, pero además ahora vas a ser una carga para mí y para tu madre.

Palabras duras y toscas, no esperaba otra cosa, ya estaba acostumbrado. Su padre no tenía corazón y el de su madre era demasiado grande, el mundo estaba muy mal repartido.

—Eso no es cierto, Johnny —dijo su madre. Johnny reparó en que estaba llorando de nuevo, lo cierto era que no había dejado de hacerlo—, poco a poco todo se solucionará, lo arreglaremos.

Deseó haber muerto en la guerra de nuevo, un pensamiento recurrente que lo perseguía.

Nada se iba a solucionar, él lo sabía, su padre también y, tarde o temprano, su madre se enteraría, y eso le partiría el corazón, su bondadoso y amable corazón.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Sigue en la hacienda o está en casa de sus padres?

—Vive en Washington —contestó Dan mientras su mujer le reprochaba con la mirada.

—¿Qué pinta Amanda en Washington? —preguntó sin comprender qué hacía ella tan lejos.

—Sus padres dicen que ahora se ha hecho pacifista, forma parte del movimiento contracultural Hippie o algo así —le explicó su madre, ella no entendía de esas cosas—; creo que a su madre no le hace mucha gracia. Cuando sepa que has vuelto seguro que vuelve, no debes perder la esperanza.

—No le des falsas esperanzas —opinó el padre—. ¿Por qué iba esa chica a querer volver con él ahora?

Sus padres empezaron a discutir. Johnny pensó que su padre tenía razón, ella no iba a volver, no iba a perdonarle que se hubiera marchado. Aunque lo hiciera, ya no tenía nada que ofrecerle, no volvería a ser el hombre que fue, el hombre del que ella estaba enamorada; ese hombre fuerte y decidido que podía protegerla se había quedado en Vietnam, con todo el horror que allí vivió, con Jack.

—Vámonos a casa —dijo intentando mantener la compostura, intentando no mostrar cómo por dentro se rompía.

Su madre lo cogió del brazo y lo guió hasta el coche que los llevaría a Austin. Intentó darle conversación, pero él no quería hablar, nada de lo que dijera haría que su madre se sintiera mejor. Dijo que necesitaba descansar y cerró los ojos.

*Des:
Primera vez*

Beth se estaba preparando para Robbie, era su primera visita desde que él se fue a la universidad. Creía conocerlo lo suficiente para saber que algo tramaba. Estaba decidida a ser ella quien lo sorprendiera; después del desastre del baile, había llegado el momento.

Seguía regodeándose en su logro. Tenía para sí al chico más guapo del instituto, aquel que hacía suspirar a todas las chicas; por el camino había perdido a su única amiga, pero no le importaba, pensaba que era una envidiosa, que sentía celos por su belleza y por haber logrado lo que nadie había conseguido, cazar al popular, admirado y deseado Robbie Ritman. Juntos habían sido el rey y la reina de su promoción. Aquella noche no fue como ella esperaba, mucho menos como esperaba Robbie, pero estaba decidida a hacer lo que él quería, él era el hombre su vida. Juntos hacían la mejor pareja de todo el condado, él había empezado en la universidad y ella se presentaría al certamen de Miss internacional y lo ganaría, ni siquiera en la televisión había visto a una mujer que la superara en belleza.

Beth vivía en Shelby, Indiana, en una urbanización donde lo moderno estaba de moda, y lo anticuado no se llevaba, esa era la regla general, pero no en su casa. En su casa seguían las viejas costumbres. Venía de una familia ultraconservadora, hasta el último curso de instituto fue a un colegio de monjas, solo para chicas, la virgen de Sta. Agatha. En el instituto descubrió a los chicos, y todo era nuevo y excitante. No le costó nada adaptarse, allí donde iba, todos la miraban, adoraba ver cómo soñaban con ella a pesar de sus ropas. Su madre le compraba cuanto quería, pero al llegar a casa, subía los escotes, ensanchaba las cinturas y bajaba los dobladillos. Beth nunca enseñaba nada indebido; su madre, que era muy buena cosiendo, se encargaba de ello. A pesar de haber dejado el colegio de monjas, iba cada semana a confesarse y, por supuesto, no se libraba de ir a misa un solo domingo.

Cuando Robbie se graduara, se iría de Shelby y huirían a Los Ángeles. Su belleza sería un trampolín para ser la nueva ambición rubia, Marilyn Monroe era su ídolo. Hacía poco más de siete años que había muerto, soñaba con ser su sucesora, aún no había una como ella en la gran pantalla. Beth compartía con ella esa feminidad, esa belleza que hacía que los hombres cayeran a sus pies. Ella podría lograrlo, se quitaría esa ropa que la obligaban a usar y triunfaría, como una estrella, estaba hecha para brillar e iba a hacerlo con mucha intensidad. Cerraría la boca de su padre, que decía que era una engreída, vanidosa, superficial y creída, que solo servía para peinarse y agradar, que una cara bonita no daba de comer.

Pronto eso se terminaría, solo debía tener paciencia e intentar contener esa lengua que siempre la llevaba por el mal camino.

Llamaron a la puerta y se dio otro vistazo en el espejo de pie; mientras lo hacía, pensó que iba a causarle un infarto a Robbie, se había superado, estaba impresionante, no iba a gustarle, le encantaría.

Corrió hacia la puerta, como esperaba era Robbie. Estaba muy guapo con su chaqueta de la universidad, era guapo se pusiera lo que se pusiera. Estaba jugando mucho al fútbol, le habían dado una beca y enseguida se había hecho un hueco en el equipo.

—¡Eli! —exclamó al verla—. ¿Qué te has puesto? —agrandó los ojos al ver el aspecto de su novia—. Estás guapísima.

—Estoy sola en casa —lo informó ella abriendo la puerta para que entrara.

Si sus padres se enteraban de que había dejado entrar a Robbie sin haber nadie en casa, la matarían. Su padre había comprado unas tierras que pensaba explotar, su madre lo había acompañado a verlas, su hermano mayor no estaba en casa, se había alistado en los marines y lo habían enviado a Vietnam, no tenía ni idea de qué había ido a hacer su hermano allí, y poco le importaba, en su mundo de color rosa solo existían ella, Robbie y sus sueños.

Robbie entró en la casa sin dudarlo. Había ido hasta allí para romper con Beth, pero en cuanto la vio, lo olvidó. Había cambiado la ropa cristiana que sus padres la obligaban a llevar por un vestido estampado y corto que mostraba unas piernas larguísimas y delgadas, se ajustaba a su piel de forma sensual, resaltando su esbelta figura. Era fácil perderse en la belleza de Beth, no era casual u ordinaria, era todo sensualidad y pecado, quería tirarse encima de ella.

Robbie consideraba que Beth tenía dos facetas muy marcadas en su personalidad. Por un lado era muy inoportuna, siempre decía lo que pensaba, no se molestaba en pensar cómo le sentarían a los demás sus comentarios u opiniones; por otro lado era vanidosa hasta el extremo, presumida y coqueta, pero era tan bonita y perfecta físicamente, quedaba tan bien paseando de su mano mientras todos lo envidiaban por ir de la mano de esa Diosa de la belleza, que podía olvidar lo terriblemente egoísta que era.

Cuando Beth llegó al instituto, todos los chicos querían salir con ella, él incluido, sabía que cuando consiguiera salir con ella, sería la envidia de todo el mundo. Ella se hizo de rogar, no le puso las cosas fáciles; antes de salir con ella tuvo que conocer a sus padres, dar muchos paseos con carabina como si estuvieran un siglo atrás. Hasta que no lo tuvo comiendo de su palma, no le dio el primer beso. A final de curso fueron nombrados rey y reina de la promoción, pensó que sería su gran noche, le estaba costando una enfermedad, tanto calentón le tenía el cerebro frito. En la universidad había descubierto que no todas las chicas eran así, no se arrepentía de lo que había hecho, él ya era un hombre y no podía salir con una niña que no quisiera acostarse con él, pero era verla y olvidarse de dejarla, se moría por tenerla desnuda solo para él, el deseo más ardiente explotaba dentro de él.

Beth lo besó y lo llevó a la cocina. Había preparado limonada casera para él.

—No me gusta la limonada —le recordó él.

Beth hizo una mueca, era cierto, no le gustaba, se preguntó si se esperaba de ella que recordara esa clase de nimiedades.

—Pues no te la bebas —contestó molesta tirando el contenido del vaso por el desagüe; le había llevado quince minutos hacerla, como para que él ni siquiera se hubiera dignado a probarla.

—¿Dónde están tus padres?

—Han ido a ver unas tierras —le aclaró ella despreocupada—, no volverán hasta la noche.

Se acercó a él y lo besó en los labios, Robbie profundizó el beso, preguntándose si al fin se había decidido, esperaba que sí, se moría por colarse dentro de esa pequeña falda.

Beth se sintió contrariada por el arrojito de Robbie, había llegado el momento, no podía echarse atrás, llevaban saliendo meses y estaban en casa solos. Desde que él empezó la universidad su inseguridad creció, estaba segura que no encontraría a otra chica más guapa que ella, pero quizás sí una que le dejara colarse dentro de sus bragas, como decía su padre. Robbie era muy guapo, debía conservarlo a su lado; si le daba su virginidad, cuando acabara la universidad se casarían y tendrían la vida que ella llevaba meses soñando e ideando.

Se separó de Robbie y él la miraba como si viera algo precioso.

—Eres tan bonita, Eli —dijo Robbie fascinado por su belleza casi irreal—, eres la mujer más preciosa que hay en el mundo.

Beth sonrió, le encantaban los halagos, gustar era su única meta en la vida, sabía que cuando fuera actriz todo el mundo la miraría a través de la pantalla como en ese momento lo hacía Robbie, pero él debía sentirse orgulloso y agradecido, pues ella solo lo miraría a él.

Le cogió la mano y lo llevó hasta la habitación de sus padres, se tumbó en la cama y dejó que él la venerara como se merecía. La tocó y la agasajó, Beth pensó que merecía que la tratara así, le estaba dando más de lo que nunca le iba a dar a nadie.

La intensidad de los besos de Robbie la excitaba, él coló una mano dentro de su vestido, dentro de su sujetador hasta apresar un pecho, aquello la incomodó. No le gustaba cómo la tocaba, nunca le había tocado un pecho y no esperaba que fuera así de duro. Parecía que estaba amasando pan; no es que ella hubiera amasado pan nunca, por supuesto, su manicura estaba por encima de las labores del hogar, pero había visto a su madre hacerlo.

Robbie siguió besándola, ella abrió los ojos, necesitaba mirar los suyos, ver si en ellos seguía la misma veneración. Se separó de él y Robbie la miró extrañado.

—No voy a hacerte daño, Eli —le aseguró quitándose la chaqueta.

Elisabeth podía comprobar que seguía mirándola del mismo modo y eso la relajó.

—Lo sé —contestó ella cogiéndolo del cuello y arrastrándolo de vuelta a la cama.

Sus dedos se colaron torpemente dentro de su falda, eso hizo que se tensara al momento, los nervios la comían. De repente, todo le molestaba, en la habitación había demasiada luz, Robbie pesaba demasiado, la estaba dejando sin respiración, el contacto de él en su parte más íntima era molesto y desagradable, instintivamente cerró las piernas.

Robbie se preguntó a qué estaba jugando, quería o no quería, pero no podía ponerlo a cien y después cerrar las piernas como la caliente pollas que llevaba meses pensando que era.

—Eli —se separó de ella—. ¿Quieres o no quieres? —preguntó cabreado.

—Quiero —afirmó ella lamiéndose los labios—, pero no quiero que me hagas daño.

—No voy a hacerte daño —le aseguró a pesar de que sabía que aquello no era cierto.

Si la advertía que la primera vez era dolorosa, no iba a querer hacerlo, y él ya estaba a tope, no podía dar marcha atrás, tenía que follársela fuera como fuera. Se levantó de la cama y se quitó las deportivas, se bajó los pantalones arrastrando la ropa interior con ellos. Beth se incorporó en la cama y vio cómo Robbie se deshacía de la ropa, era el primer pene que veía, sintió cómo sus pálidas mejillas se ruborizaban al ver su desnudez. Beth apartó la mirada de su miembro azorada, se suponía que eso debía entrar dentro de ella, pero ella no creía tener ahí un agujero suficientemente grande para albergarlo.

—Quítate algo de ropa, preciosa —le pidió Robbie quitándose la camiseta.

Miró la ventana, quería bajar la persiana, había demasiada luz, no se sentiría cómoda desnudándose con él, su falta de ropa ya la ponía de los nervios. Se levantó de la cama y fue hasta la ventana, bajó la persiana pero, antes de que acabara, Robbie le cogió la mano.

—Quiero verte Eli, eres la más bonita del mundo, quiero verte mientras te hago mía.

—Tuya para siempre, ¿verdad? —preguntó ella lamiéndose los labios secos.

¿Suya para siempre? ¿Estaba de broma? Beth era excitante, preciosa, se ponía burro con solo mirarla, incluso con esa ropa que dejaba tanto a la imaginación. Le gustaba que los tíos lo envidiaran por llevarla a ella de la mano, pero para siempre era demasiado tiempo.

Afirmó con la cabeza, sabiendo que de nuevo le estaba mintiendo, pensando que debía madurar, estas cosas no pasaban con las chicas de la universidad, pero Eli era una pueblerina inculta a la que no le preocupaba nada más que su físico; la quería a su lado, pero no la amaba, posiblemente no llegaría a amarla nunca por más bonita y sexy que fuera.

Beth sonrió, intentó ser valiente, bajó la cremallera del vestido y lo dejó caer al suelo. Su largo cabello rubio le acarició la espalda. Robbie se abalanzó sobre ella y le besó el escote. Con una destreza que dejó sorprendida a Beth le desabrochó el sujetador y se lo quitó.

—¿Sigo gustándote? —preguntó por primera vez, insegura de su físico.

—Claro que sí —ella le sonrió—, eres el ser más precioso del mundo —repitió.

La llevó hasta la cama, le quitó las botas y las bragas, la abrió de piernas. Estaba nerviosa y tensa, Robbie la miraba desde arriba, se coló entre sus piernas y con la punta de su miembro acarició su hendidura. Beth sintió que su excitación crecía, era agradable, un cosquilleo se instaló en su entrepierna; entonces él, sin aguantar más, se hundió en ella.

Beth gritó, presa de la impresión y del dolor; dos lágrimas gordas escaparon de sus ojos y se perdieron en el nacimiento de su cabello. Él se quedó quieto, dándole un momento.

—Sal —le pidió ella empujándolo del pecho—, me haces daño —se quejó.

Robbie no pensaba salir de ahí dentro, estaba un poco seca. Las tres chicas con las que se había acostado desde que empezara la universidad eran más calientes, pero también tenían más experiencia. Eli no, ella era suya, quizás no para siempre, como ella quería, pero lo sería hasta que él quisiera, hasta que se cansara, saberse ganador lo excitaba más.

—Ya no te va a doler más —dijo él entrando y saliendo de ella—, ya no te va a doler más —repitió ronroneando por el placer que sentía al estar dentro de ella.

Beth se relamió los labios e intentó relajarse, las lágrimas corrían mientras intentaba no gritar. Quería que aquello acabara, no volvería a pasar por eso, no tenía idea de cuánto tiempo llevaba hacerlo, ¡puede que horas! Pensó con horror que no iba a aguantar ese dolor.

No podía creer que estuviera llorando, le cortaba el rollo. Miró sus tetas bamboleándose como gelatina firme mientras se la follaba. Recordó con quién estaba, la chica más deseada por todos. Se olvidó de sus lágrimas mientras intentaba ver más allá, deseando ver cómo su polla se hundía dentro de ella, él siempre sería su primera vez, siempre sería el primero que se había follado a la tía más buena que nadie conocería nunca, iba a explotar de gozo.

¿Aquello era el sexo? ¿Eso de lo que todos hablaban? Deseó que, en lugar de un hermano lunático, hubiera tenido una hermana mayor, todo hubiera sido más fácil, ella podría haberle explicado esas cosas de las que no tenía ni idea y que no podía hablar con nadie.

En cinco sacudidas más, Robbie se dejó de mover dentro de ella, salió del todo de su interior provocándole un nuevo latigazo de dolor y se dejó caer a su lado en la cama.

—Ha estado bien, Eli —dijo sintiéndose relajado, se pasó los brazos por detrás de la cabeza y cerró los ojos—, irás mejorando.

—¿Que iré mejorando? —preguntó ella en un grito—. ¿Tienes idea del daño que me has hecho? —lo miró sin comprender cómo podía tener esa estúpida sonrisa en la cara después de lo que había hecho, se apartó las lágrimas de la cara—. Me has hecho mucho daño.

—La primera vez siempre duele, no seas pesada, anda guapa.

A Beth no le hizo ninguna gracia el retintín que había utilizado, la condescendencia con la que hablaba, como si le molestara, encima de que había hecho eso por él, por complacerlo.

—A ti no te ha dolido —reflexionó en voz alta, se puso de lado mirándolo—. ¿Lo habías hecho antes?

—Ya sabes que no —mintió de nuevo, había perdido la cuenta de tantas mentiras en una tarde—, a los chicos no les duele, no te preocupes, cuando volvamos a hacerlo no te dolerá.

¿Cuando volvamos a hacerlo? Se preguntó Beth, ella no pensaba volver a pasar por eso, no comprendía dónde estaba lo divertido en eso, tanto revuelo para pasar ese mal rato.

Sintió que algo bajaba por su pierna, un líquido caliente bajaba por su pierna, se llevó la mano hacia la humedad y vio que era sangre, sangre y algo más.

—Robbie, estoy sangrando —dijo asustada—, me has hecho mucho daño —lo zarandeó y él siguió allí tumbado tan tranquilo mientras ella creía que se desangraba—. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a decirle al Doctor Meyer? ¡Mis padres van a matarme!

—¿Puede callarte de una vez, Eli? —le gritó abriendo los ojos.

Elisabeth se tiró hacia atrás, no esperaba que le hablara así, Robbie nunca le gritaba.

—¿Por qué te enfadas conmigo? —preguntó sin comprender.

—Porque no te estás desangrando —vio que realmente estaba asustada, se obligó a aligerar el tono de voz—. ¿Es que no te han explicado nada?

—¿Quién? —contraatacó ella—. ¿Mi madre? ¿Mi padre? ¿Mi hermano? ¿La hermana Mary?

No, claro que no, pensó Robbie, ella no tenía ni idea de nada, como siempre. Por eso las chicas de la universidad eran mejores que ella, no tenía por qué conformarse con Beth solo por ser la más guapa, cuando tenía a esas chicas liberales que lo complacían mucho mejor.

—Eso es normal, a veces la primera vez se sangra un poco —volvió a cerrar los ojos—, ve a lavarte y hazme algo de merendar antes de que me vaya, tengo hambre.

Beth quiso golpearlo, estaba asustada y él parecía tan indiferente que tenía ganas de volver a llorar.

Se levantó de la cama y fue al baño, intentó tranquilizarse. Robbie había dicho que era normal, así que debía tranquilizarse. Se duchó y se vistió con su ropa normal. Fue a la cocina y abrió la nevera preguntándose qué podía hacerle. Ella no tenía ni idea de cocinar, ni quería tenerla; a su madre le encantaba la cocina, pero ella no era su madre, eso estaba claro.

Le hizo un sándwich de pavo con un par de hojas de lechuga y mayonesa, a ella le encantaba la mayonesa, si pudiera la comería con todo, pero sabía que engordaba, y no estaba dispuesta a engordar un centímetro su cuerpo. Tenía un cuerpo estilizado y con curvas, quizás no tuviera las caderas de Marilyn, pero aun así no quería cambiarlo.

A Robbie el sándwich le pareció asqueroso, por supuesto, no se lo dijo.

—¡Robbie! —exclamó viendo una mancha en la cama de sus padres—. Hemos manchado la cama.

—Límpiala —se encogió de hombros y dejó el sándwich sobre la cómoda.

—¿Con qué se limpia? —preguntó ella mirando como él se vestía.

—Yo qué sé, Eli —se quejó Robbie harto de sus quejas y de que hiciera un drama de todo—, mi madre se encarga de esas cosas... Eres una mujer, deberías ponerte las pilas.

Lo ignoró y volvió a mirar la mancha, no podía dejarla ahí, a su padre le daría un ataque. No tenía ni idea de con qué quitarla, ella no lavaba la ropa, eso lo hacía su madre también.

—Me voy —anunció Robbie.

—¿Cómo que te vas? —preguntó ella agrandando los ojos—. No puedes dejarme con ese marrón —señaló la colcha estampada de la cama de sus padres.

Robbie pasó olímpicamente de Elisabeth, le besó la mejilla y le dijo que la visitaría en las vacaciones de navidad, alegando que le resultaba muy caro ir hasta allí desde la universidad.

Beth intentó limpiar la colcha, pero cuanto más frotaba, más amplia y grande se hacía la mancha; desesperada, la secó con el secador de pelo. A pesar de que nunca se acercaba a la lejía, frotó la mancha con ella; al secarla, el dibujo se difuminó, pero la mancha siguió allí.

El tiempo se le echaba encima, sus padres llegarían en breve e hizo lo único que podía hacer, darle la vuelta y cruzar los dedos para que no se dieran cuenta.

Cuando estos llegaron a casa, su madre no comprendía el olor a lejía en las manos de su hija, ella no tocaba un utensilio de limpieza así le cortaran las manos.

Se metió en la cama y no pudo pegar ojo pensando que en cualquier momento se abriría la puerta y su padre le daría la paliza de su vida. Alguna vez la había pegado, nunca por sus actos, sino por esa lengua suya que siempre decía lo que pensaba, sin medir si era correcto o no. No entendía quién hacía las leyes de lo que debía decirse o lo que no. Ella era sincera y el párroco decía que eso era una virtud, uno de los mandamientos era: No dirás falso testimonio ni mentiras. No es que ella respetara mucho la religión, más bien lo justo. Aun así, su padre no debía castigarla por cumplir uno de los mandamientos de Dios.

Se despertó sobresaltada por los golpes en la puerta, su corazón se desbocó al pensar que la habían pillado, que no iba a librarse de esa.

—Elisabeth —gritó su padre abriendo la puerta—, levántate. —Lo miró asustada, solo la llamaba por su nombre completo cuando estaba enfadado, la habían pillado—. No voy a permitir que vivas bajo mi techo holgazaneando. No quisiste ir a la universidad, así que tendrás que ponerte a trabajar —puso los ojos en blanco y volvió a cerrarlos, estaba muy cansada, apenas había dormido, se preguntó cuándo entendería su padre que quería ser actriz—. La señora Ricci necesita una camarera, le he dicho que empezarías hoy.

—¿Por qué? —exclamó enfadada abriendo los ojos de nuevo.

—Porque estoy cansado de ver que no haces otra cosa que adorarte delante de un espejo. Eres muy guapa, sí, pero eso no te dará de comer —apretó los labios molesta—, ningún hombre decente querrá casarse con una mujer que no sabe hacer nada.

Roger Stewart se marchó enfadado, su hijo siempre fue un hijo modélico, pero era obvio que con ella se habían equivocado, como no espabilara acabaría siendo una inútil total.

Rachel despidió a su marido en la puerta de casa y corrió a la habitación de su hija.

—¿Qué has hecho en mi cama? —preguntó cruzando la puerta de la habitación.

—¿Qué he hecho? —se encogió de hombros como si no supiera de qué le hablaba.

Rachel miró a su hija, no era buena actriz, soñaba con serlo, pero sabía que nunca lo sería, al menos no como ella soñaba. No bastaba con tener una cara bonita, era tan machacadamente sincera que no sabía mentir, ni siquiera cuando se jugaba que su padre la moliera a palos.

—¿Que qué has hecho? —le preguntó gritando, al borde de un ataque de nervios.

Cogió a su hija del brazo y, aunque ella intentaba zafarse de su agarre, la llevo hasta su habitación. La empujó sobre la enorme mancha que había encontrado en su cama.

—¿Con quién ha sido? —preguntó ignorando la falsa inocencia de su hija. La noche anterior había olido la lejía, no quiso decir nada, su marido estaba resfriado y no lo había notado pero ella sí—. ¿Con quién? ¿Con Robbie? —restregó la cara de su hija por la mancha.

—¡Mamá! —se quejó Beth luchando por liberarse—. ¡Mi cara!

Lo único que le preocupaba a su hija: su cara, su cuerpo y su aspecto. Era una malcriada.

—¿Tu cara? —le gritó y la soltó—. ¿Qué pasará si te quedas embarazada?

—No puedo quedarme embarazada, yo no quiero ser madre, quiero ser actriz.

La madre enarcó las cejas mirando a su hija, la miraba con inocencia, con las mejillas sonrojadas a causa del ajetreo. Lo peor es que era sincera, creía lo que estaba diciendo.

—¿Acaso piensas que eso puede elegirse? —Beth se encogió de hombros. ¿Qué sabía ella, si nadie se lo explicaba?—. Como estés embarazada, tu padre te mata y después acaba con él. Nosotros no te hemos educado así, Beth —se sentó en la cama, destrozada, mientras se preguntaba qué iba a hacer con ella.

—No voy a volver a hacerlo, mamá —le aseguró sentándose junto a ella.

—¿Cuántas veces lo habéis hecho?

—Una, solo una y no pienso hacerlo más —se sinceró con su madre—, no me gustó, me hizo mucho daño —se sentía un poco herida después del desastre, nada había sido como ella esperaba—, yo no valgo para esto. ¿Por una vez no puedo quedarme embarazada, no?

—Sí, por una vez puedes quedarte embarazada —los ojos grises y almendrados de su hija se abrieron llenos de terror—. No estás casada, ni siquiera estás prometida con ese chico —se lamentó—, tú no eres una cualquiera, nosotros no te hemos educado así.

Su madre negó con la cabeza y ella tragó saliva mirándola. No quería tener hijos, los hijos te deformaban, como a aquella chica que trabajaba en la tienda de Joe. Antes de estar embarazada tenía una cintura estrecha, unas caderas generosas y después, toda ella era ovalada. Además, no estaba casada, su padre la mataría, realmente la mataría.

—Voy a casarme con él —le contestó desesperada, conteniendo las ganas de llorar por el miedo que crecía en su interior—, cuando él acabe la universidad, nos casaremos.

—Ese chico no te respeta, Beth —suspiró su madre derrotada.

Su hija no la entendía, era de otra generación. El mundo cambiaba muy deprisa, las mujeres llevaban pantalones y sus trajes de baño cada vez eran más pequeños, igual que sus vestidos y faldas. La gente se separaba, hombres y mujeres abandonados por sus parejas después de haber hecho un juramento ante Dios. Rachel no comprendía esos cambios, su inocente e ingenua hija estaba en medio de aquel mundo que tampoco entendía, ni le preocupaba, a Beth no le preocupaba nada que no fuera su aspecto. Tarde o temprano debería salir y no quería que la realidad la golpeara, necesitaba madurar y rápido.

—Si ese chico te respetara y pensara casarse contigo —le cogió la mano y se la acarició, no quería hierla, pero debía ser sincera con ella—, hubiera venido a pedirle la mano a tu padre, como él hizo con el mío. No te respeta, Beth.

Beth pensó que las cosas ya no funcionaban así, quizás sí en su casa, pero no fuera.

—Lo hará —le aseguró a su madre cogiéndole la mano con la que ella sostenía su otra mano—, cuando acabe la universidad lo hará, nos casaremos, ya lo verás, mamá.

Rachel no opinaba lo mismo que su hija, y esperaba que ella acabara dándose cuenta. Beth vivía en su propio mundo de fantasía, el día que callera en la tierra el golpe iba a ser terrible, solo le rogaba a Dios que no fuera porque estuviera embarazada.

—Ahora mismo iremos a ver al ministro de Dios y te confesarás —Beth afirmó con la cabeza, haría cualquier cosa con tal de no estar embarazada—, le confesarás todos y cada uno de los pecados que tengas pendientes de exculpar —le advirtió—, cumplirás la pena que te imponga sin rechistar y después pediremos a Dios para que te baje la regla.

Tres: *La despedida de Amanda*

Cada cinco minutos sentía la necesidad de ir al baño, en cada viaje encontraba que no había pasado lo que tenía que pasar, los nervios y la angustia mataban. Le había escrito a Robbie, le había explicado su preocupación, le pidió que la llamara. Necesitaba hablar con él, hablar con su madre la ponía aún más nerviosa, pero solo la tenía a ella. Robbie ni la había llamado, ni había contestado a sus cartas.

—¡Beth! —oyó a su madre que había llegado a casa, se limpió, el papel seguía sin manchas, lo tiró y se miró en el espejo, se subió el suéter mirándose la barriga—. ¿Ya?

Ansiosa, abrió la puerta del baño. Beth negó con la cabeza mientras se miraba en el espejo. La habían despedido, ni dos semanas había durado. Cuando su marido se enterará se formaría una buena, y si estaba embarazada... Le temblaban las piernas solo de pensarlo.

—¿Qué voy a hacer, mamá? —preguntó mientras las lágrimas corrían por su cara.

Su padre iba a matarla y Robbie seguía sin dar señales, sentía que se ahogaba.

—¿Has ido a hablar con la señora Ricci? —preguntó su madre ignorando su pregunta.

La señora Ricci la había despedido el día anterior, pasaba más tiempo en el servicio que trabajando; si además de despedida estaba embarazada, debería poner tierra de por medio, definitivamente su padre la mataría, debía huir y no tenía a dónde ir.

—Le he dicho que tenía infección de orina, como tú me dijiste, pero no se lo ha tragado.

—No se lo digas a tu padre —contestó su madre—, yo hablaré con él.

Beth se inclinó y abrazó a su madre, lloró con más fuerza, se sentía muy perdida. Todo para nada, nunca más volvería a acostarse con Robbie, después de hacerlo lo tuvo claro, pasadas las últimas semanas no tenía ninguna duda. Lo único que podía hacer era jurárselo a Dios una y otra vez, hacerle toda clase de promesas que cumpliría si la sacaba de ese lío.

Al llegar a casa, Roger supo que algo había pasado. Su hija tenía los ojos y la cara hinchada, llena de churretes de ese maquillaje que se ponía, a pesar de que no lo necesitaba, la hacía parecer mayor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó quitándose el abrigo.

Beth miró a su madre interrogante, con una expresión de puro terror que ablandó aún más el corazón de su madre, después de ver lo mal que su hija lo estaba pasando.

—Ve a tu habitación, Beth —le ordenó.

No lo dudó ni un momento, se levantó del sofá y salió corriendo escaleras arriba hasta su habitación.

—¿La ha despedido, verdad? —preguntó su padre quitándose la gorra y retorciéndola.

Beth dejó la puerta entreabierta y se quedó escuchando cómo discutían, no le gustaba la situación, aunque agradecía que su madre la defendiera. Su padre la acusó de vaga, amenazó con tirar todos sus productos de belleza y no comprarle nada, que lo hiciera ella para que valorara el precio de las cosas.

—La señora Ricci ha sido muy injusta con ella, la ha despedido por ir al baño —le explicó su mujer.

—¡Es que se pasa el día en el puñetero baño! —exclamó hastiado—. Si le pagaran por mirarse en el espejo, seríamos millonarios, pero mientras no lo hagan tendrá que trabajar.

—Tiene infección de orina —mintió—, siempre la estás juzgando, nuestra hija no es perfecta, pero tú eres demasiado duro con ella.

—Tú eres demasiada blanda, con su hermano tuve mano dura, y mira qué recto ha salido. Tú te deshiciste por ella, la niña de tus ojos, y ahora lo que tenemos es una malcriada que no quiere hacer nada.

Cerró la puerta con cuidado, quería ir al baño, pero no se atrevía estando su padre así de enfadado.

Su madre le llevó la cena a la habitación, algo que su padre criticó; advirtió que, cuanto más tiempo pasara encerrada, peor sería la que le caería cuando saliera. Rachel le dejó la bandeja en el escritorio.

—Cena, después tómate la pastilla —le enseñó una píldora que había en la bandeja.

—¿Es para dejar de estar embarazada? —preguntó emocionada, levantándose de la cama.

—No existe tal cosa, Elisabeth —se escandalizó—, eso sería una aberración, esto te ayudará a dormir.

Cuando Beth tenía nueve años, su madre tuvo una falta, no querían tener otro hijo; después de una semana de nervios renunció a la esperanza y aceptó la voluntad de Dios. Debían recibir a ese hijo como el milagro de vida que era, y entonces le vino la regla, esperaba que eso fuera lo que le pasaba a su hija.

—Va a matarme —se puso a llorar—, cuando se entere de que estoy embarazada va a matarme.

Beth estaba muy angustiada, no hacía otra cosa que maldecir el fatídico día que se acostó con Robbie.

—Aún no sabemos si estás embarazada, Beth. Relájate y descansa, los nervios no son buenos.

No se atrevía a explicarle a su hija la experiencia que ella había vivido, temía darle esperanzas. Si resultaba no estar embarazada, cosa que no dejaba de rogarle a Dios, al menos se llevaría un buen escarmiento, de esa manera al menos no volvería a cometer el mismo pecado. Se había arrepentido, había confesado y había cumplido la pena impuesta, merecía la redención, ella seguiría rezando.

Rachel se puso de puntillas y le besó la mejilla, sus dos hijos habían heredado la altura de su padre.

Cuando su madre salió de la habitación, Beth miró la comida, incapaz de

probar bocado. Derrotada, se sentó en el alfeizar de la ventana, extrañaba tener una amiga, o mejor, a Robbie. Había dado de lado a sus amigas por él, el chico más popular y deseado del instituto, el quarterback del equipo y ella la animadora más guapa. El instituto había acabado, todo el mundo seguía con su vida y ella se había quedado en *stand by*. No se había dado cuenta hasta ese momento en que observaba la aburrida urbanización que tan poco tenía que ofrecerle, donde en breve todos la señalarían con el dedo. Ya se imaginaba al párroco en el sermón del domingo, pidiendo una oración por ella y por su hijo.

Un hijo, le recorrió un escalofrío, ella no quería tener hijos, ni siquiera le gustaban los niños. Robbie tendría que dejar la universidad y se enfadaría con ella. Se tomó la pastilla y se metió en la cama.

Beth dividía a las personas en dos clases: los que adoraban su belleza y los que la envidiaban. Todos la señalarían y se reirían, su padre no le perdonaría la humillación. Sería la comidilla del barrio, como la hija de los Coleman, ella misma se había mofado, supuso que le estaría bien empleado que se rieran de ella.

—No lo permitirás, te marcharás con Robbie, te casarás con él y, cuando volváis, la gente seguirá envidiándoos, por hacer tan bonito matrimonio, con unos hijos preciosos.

Roger estaba frustrado, el terreno que había comprado estaba seco, nada estaba saliendo como esperaba. No tenía la maquinaria adecuada para perforar más abajo en busca de petróleo, sin ella podrían perderlo todo, y no tenía dinero que invertir en ese tipo de tecnología. Veía cómo su ambicioso proyecto se veía truncado; aún no se lo había dicho a su mujer, pero estaba seguro de que algo sabía. Desde que estuvieron en las tierras dos semanas atrás, ella y Beth estaban inquietas y excitadas, aunque intentaran disimular, eran malas actrices. Le sorprendía que a Beth le preocupara algo que no fuera ella misma, seguramente su madre le había explicado que habían invertido todo lo que tenían.

La situación era crítica, había invertido todo en ese proyecto, había hipotecado el terreno, había hecho una segunda hipoteca en la casa y, por una vez, se sintió agradecido de que Beth no quisiera ir a la universidad, con ese dinero había afrontado las deudas el mes anterior, pero no sabía cómo las afrontaría ese mes. Con su empleo no podía cubrir todos los gastos, y encima habían despedido a Beth; no es que su sueldo diera para mucho, pero necesitaban cada centavo.

Faltaba un mes para navidades, e iban a ser las peores de sus vidas.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó a su esposa cuando se reunió con él en la habitación.

—¿Qué? —preguntó Rachel sin saber de qué le hablaba su marido.

—Sé que estás preocupada —negó con la cabeza Roger—, todavía es pronto para preocuparse —mintió—, acabaré sacando todo lo que esas tierras puedan darnos, quizás no saquemos el beneficio que yo esperaba, puede que tardemos, que nos demorem en algunos pagos, pero lo arreglaré.

¿Demorarnos en los pagos?, se preguntó Rachel espantada.

—¿Qué pagos? —preguntó alarmada.

Roger se dio cuenta de que había metido la pata hasta al fondo, era obvio que su mujer no tenía ni idea.

—Creía que lo sabías —contestó desconcertado—, tú y Beth estáis nerviosas desde que fuimos a las tierras, pensé que me oíste hablar con alguien.

—¿Vamos a perder la casa, Roger? —preguntó con el corazón en un puño.

—¡He dicho que lo arreglaré! —le gritó.

Rachel se sentía triste y fatigada, la desgracia se había apoderado de su casa, no comprendía que habían hecho para que Dios los castigara de esa forma. Primero su hijo Jason se va a Vietnam, su hija era una descocada que podía estar embarazada y ahora aquello. Se sentía al borde de un precipicio.



La vuelta a casa de sus padres fue el infierno que él ya temía. No aguantaba la caridad de la gente que lo rodeaba, que el personal de servicio no dejara de tocarlo, compadecerse de él y tratarlo como un inútil, que era como él ya se sentía. Su padre era otra historia, no soportaba sus continuas críticas y vejaciones.

Se encerró en su antigua habitación por días, procuraba mantenerse alejado de él, pero su madre los obligaba a cenar juntos, como una familia. Su padre parecía disfrutar de la situación, preguntándole si había leído algún artículo, alguna noticia, cuando sabía que no podía leer, preguntándole cosas que sabía que ya nunca podría hacer, montar a caballo, leer, ver algún partido, jugar al ajedrez, ir hasta su hacienda... Parecía que disfrutaba torturándolo, recordándole las cosas que ya nunca podría hacer, todo lo que había perdido. Uno de sus juegos preferidos era ir dejándole cosas en medio para que tropezara, incluso le ponía la zancadilla cuando pasaba junto a él.

Deseaba volver a ver una noche estrellada, en su perpetua oscuridad no había estrellas que brillaran para él. Añoraba muchas cosas, su casa, montar y pasear junto al lago, ver los picos nevados de las montañas desde su hacienda en invierno, el olor a tierra húmeda mientras era cultivada, el sol rompiendo en las montañas al ponerse, haciendo que el cielo se tiñera del mismo color que el cabello de Amanda, y sobre todo la añoraba a ella, a Amanda, por encima de todo. Por las noches, antes de dormirse, pensaba en ella, soñaba con ella, hasta que se dormía, entonces volvía al horror de la guerra, una guerra que lo perseguía noche tras noche y de la que no se podía escapar. Siempre despertaba enloquecido, empapado en sudor, y el dolor en su interior crecía, pura agonía que sentía que lo mataba poco a poco, muriendo cada día un poco más. Sintióse un anciano en un cuerpo joven que había perdido el gusto por la vida.

Era domingo, su madre le pidió que los acompañara a la iglesia, Dios lo había abandonado y él pensaba hacer lo mismo, no volvería a pisar una iglesia.

Oyó cómo su madre le pedía a Nana que no le quitara el ojo de encima, como si fuera un bebé.

Aquella vida monótona, aburrida e insulsa lo tenía asqueado. Se fue a la biblioteca, pensando en lo mucho que echaba de menos leer, deseando poder mitigar ese desánimo entre las páginas de un buen libro, uno que le hiciera ver un poco de luz. Su madre no había aprendido a leer, así que eso no podía hacerlo por él. Helen, la cocinera, a veces se escapaba de sus labores en la cocina para leerle el periódico, pero siempre que su padre no anduviera cerca, a él le molestaba que lo hiciera.

Estaba en la biblioteca, con uno de los volúmenes pesados en las manos, apreciando el olor a cuero, a libro viejo y usado, acariciando la encuadernación, como si por hacerlo el libro fuera a contarle su historia.

—Señorito John —lo llamó Nana, que a pesar de los años seguía llamándolo igual que lo hacía cuando era un crío—, tiene usted visita.

El corazón se le aceleró al pensar que podía ser Amanda, ella ya debía saber que estaba de vuelta.

—¿Quién es? —preguntó lleno de esperanzas.

Palmeó los volúmenes de la estantería para poder colocar el que tenía entre las manos en su lugar.

—Es el señor Rodríguez —contestó ella, volatilizand o todas sus esperanzas.

No era Amanda, la esperanza era un arma de doble filo, podía llevarte a lo más alto pero, cuando esta no se cumplía, te dejaba más abajo de lo que estabas antes de que ella apareciera.

—Hazlo pasar, por favor —dijo intentando no mostrar el abatimiento que sentía.

Dejó el libro en su lugar, contó doce pasos hasta el otro lado de la biblioteca, se guió con los estantes hasta llegar a los sillones, rodeo uno y se sentó en él, esperando que su visita llegara.

Armando no solo era el capataz de su hacienda y su mano derecha, también era su amigo.

Se había pasado la mitad de su vida buscando el afecto de su padre, algo que nunca encontró. Cuando se dio por vencido, inconscientemente, buscó esa figura paterna en otros hombres mayores que él, hombres que le daban afecto y sabiduría sin pedir nada a cambio. El primero de ellos fue Milton, un amigo de su padre al que le encantaba hablar de cualquier cosa, disfrutaba charlando con él desde su adolescencia, pero por desgracia había muerto años atrás; después conoció a un profesor en la universidad, era un filósofo y hablar con él le fascinaba, siempre quería saber su opinión respecto a todo. Y el último fue Armando, apenas era diez años mayor que él, pero aprendió mucho de él y le tenía gran afecto.

Al acabar la universidad trabajó con su padre, a pesar de que no quería accedió por contentarlo, un último intento por conocerlo y ganarse su afecto, pero consiguió justamente todo lo contrario. Nunca había pasado tanto tiempo con él, solía pensar en ellos como dos imanes de la misma polaridad que se repelen el uno al otro, y le aterraba ser igual que su padre. Luchaba día a día por hacerse a sí mismo, por cultivar lo que había aprendido de esos referentes, que habían compartido más tiempo y sabiduría con él que su progenitor.

Amanda, a la que había conocido en la época de la universidad, le animó a hacer lo que él quisiera, le dio el valor para enfrentar a su padre y decirle que haría su propio camino. Fue uno de los momentos más liberadores de su vida, poder romper las cadenas que toda la vida le habían mantenido atado a su padre, buscando un afecto inexistente. Él se enfadó mucho, le dijo cosas horribles, pero ya estaba acostumbrado, no era nada nuevo que lo maltratara, y en aquel momento pensó que esa sería la última vez.

Encontró una hacienda que se venía abajo, iba a ser subastada, estaba bastante alejada de Austin pero eso no era un inconveniente para él, cuanto más distancia con su padre, mejor.

Así fue como conoció a Armando, hacía ya casi diez años. Él había trabajado en la hacienda antes de que el dueño muriera y su hijo la echara a perder. Le dio la información sobre la subasta, le dijo que era un diamante en bruto que había que saber gestionar, se cayeron bien al instante. Armando le ofreció sus servicios, le animó a comprarla; si estaba dispuesto a trabajar y a pagar por el trabajo, buscaría gente capaz de hacerla resurgir. Johnny sintió confianza al momento por ese mejicano bajito de espalda ancha.

En ese momento, echando la vista atrás, se alegraba de las decisiones que había tomado en aquella época. Solo lamentaba no haberle pedido matrimonio a Amanda en el momento en que la compró.

No quería que su padre pudiera decirle nunca que lo que tenía era gracias a él, si algo había heredado de él, además de su físico, era su orgullo, aquello era indudable, algo que no podía cambiar, por más que quisiera. Pidió un préstamo al banco, Armando le dio una serie de documentos que abalaban los ingresos que podía llegar a aportarle, los presentó en el banco, con balances que él mismo había preparado, donde mostraba cómo pensaba hacer resurgir ese trozo de tierra abandonada. Nunca supo si le dieron el préstamo porque era una buena inversión o por su apellido, prefería pensar que había sido por lo primero, pues su padre nunca se lo reclamó.

Ganó la subasta y trabajó muy duro para sacar la hacienda adelante. Cuando se proponía algo era tenaz y testarudo, y esas tierras eran su mayor proyecto. Dos años después restauró la casa, Amanda le ayudó, aquel iba a ser su hogar, el hogar de ambos, esperaban envejecer entre aquellas paredes juntos.

Aquel verano le pidió matrimonio a Amanda, el corazón le dolía al recordarla arrodillándose junto a él, con los ojos verdes llenos de lágrimas diciéndole que sí. Aquel fue el día más maravilloso de su vida. Su abuela murió cuando quedaba poco para la boda, legándole toda su fortuna a él en lugar de a su hijo. Decidieron posponer la boda, no era momento de celebraciones; a pesar de ello, Amanda se mudó a la hacienda, allí vivieron cuatro años maravillosos, hasta que se fue a Vietnam.

Oyó unos pasos acercarse, pasos pesados y torpes, era sorprendente cómo sus sentidos se agudizaban privados de visión. Sabía que esos pasos no eran de nadie de la casa, así que debía ser Armando y venía solo, no le acompañaban ni su mujer, ni su adorable hija María.

—Qué alegría verte, amigo —le saludó Armando con su acento español.

Ladeó los labios en una sonrisa y se puso de pie, deseaba decir que él también se alegraba de verlo, pero le pareció que era una falsedad decir eso, no podría volver a verlo, ni a él ni a nadie, ni siquiera a sí mismo.

—Me alegra que estés aquí —se limitó a decir.

Lo abrazó y él le devolvió el abrazo palmeando su espalda, olía a tabaco, a campo y a sudor fresco.

Cuando se separaron sintió el inconfundible aire en la cara que le decía a las claras que su amigo estaba comprobando si veía o no, qué más quisiera él que estar fingiendo.

—No veo nada, Armando, supongo que te lo ha explicado mi madre.

—No —contestó—, ayer vino un hombre buscándote, un tal Ben —aclaró—, dijo que había estado contigo en Vietnam y quería ver cómo te iba, pero no sabía que habías vuelto, si no, hubiera venido antes.

Armando lo observaba sin perder detalle, había perdido peso, estaba más delgado, más mayor a pesar de que solo habían pasado dos años, pero es lo que hace la guerra, te envejece por dentro y por fuera. Él, por experiencia propia, sabía que las peores heridas solían llevarse en el interior; viendo a su amigo se preguntó si además del tormento de no volver a ver, cargaba con algo más ahí dentro.

—No te preocupes. Siéntate, por favor —le pidió haciendo lo propio—. ¿Cómo le va a Ben?

—Dijo que quiso venir antes a verte —le explicó—, pero su padre había estado muy enfermo, había muerto y había estado muy liado con todo lo que eso conllevaba.

Afirmó con la cabeza, al final había muerto, lo lamentaba por Ben, en ocasiones les había hablado sobre su familia. Ben, Jack y él habían ido juntos a Vietnam, habían tenido mucho tiempo para hablar, para conocerse y sabía que el padre de Ben era buena gente, su hijo siempre contaba maravillas de él; al menos había llegado a tiempo para despedirse, si es que eso podía ser un consuelo, imaginaba que sí.

Oyó unos pasos acercarse, unos pies que se arrastraban sutilmente, Nana. A pesar de que no podía verla acercarse, se giró en su dirección.

—Nana, por favor, tráenos una botella de coñac y dos vasos.

La mujer le echó una mirada reprobatoria que él no pudo ver. No creía que fuera apropiado beber por la mañana, pero ya no podía mandar sobre él como lo hacía cuando era un niño, ahora era un hombre.

Armando miró a la señora, que parecía dudar, finalmente se dio la vuelta y se marchó.

—¿Coñac, Johnny? —le preguntó a su jefe y amigo—. Son las once de la

mañana.

—Para mí el tiempo ya no existe —dijo indiferente, no quería compadecerse de sí mismo, cosa que era incapaz de hacer—. Me alegra que estés aquí —buscó su rodilla y la palmeó—, hay que celebrarlo.

Armando alargó el brazo y cogió el hombro de su amigo. Pensó que lo único que había que celebrar era que, aunque fuera ciego, al menos había vuelto con vida. Prefirió no mencionarlo, ni mencionar a Jack, él y Johnny estaban muy unidos, su pérdida debió de ser demoledora para su jefe.

—¿Cómo estás, Johnny? —preguntó estrechando su hombro.

Jodido, pensó, pero no iba a decirle eso, era demasiado orgulloso para confesar su debilidad, como si no fuera suficiente con ir mostrándosela al mundo, mientras él no podía ver como los demás reaccionaban.

—Estoy bien —mintió, se rasco la frente pensando en Jack—, Jack no lo consiguió.

—Lo sé —contestó Armando—, y lo siento mucho.

Johnny se frotó los ojos, se estaba convirtiendo en una nena, cada vez que pensaba en Jack se le hacía un nudo en la garganta. Estaba muy deprimido y amargado, vivir con su padre solo agravaba las cosas.

—Y yo —intentó sonreír y cambiar de tema, pero solo pudo hacer una de las dos cosas—. ¿Cómo estás tú?

Armando no soportaba ver así a su amigo, se le veía abatido, nunca lo había visto así.

—Me va bien —contestó—. La hacienda prospera, jubilé a Cast y puse a Alfredo al cargo. Te he traído correspondencia, datos bancarios, informes, puedo leértelo todo —le ofreció—; también he seguido con esos balances trimestrales que tanto te gustaban, María me ha estado ayudando con ellos.

Sabía que hacia bien dejándolo a él al mando de todo, se moría por preguntarle qué sabía él de Amanda; su madre decía no saber, fuera como fuera no iba a decirle nada.

—María debe haber crecido mucho —comentó sintiéndose apenado porque él nunca lo vería.

—Desde luego —estuvo de acuerdo Armando—, deberías verla —al momento de decir eso quiso cortarse la lengua por ser tan inapropiado—; mierda, lo siento.

—No te preocupes, amigo.

A diferencia de su padre, él no lo había dicho con malicia, debía acostumbrarse a eso comentarios.

Oyó los pasos de Nana, volvía con el coñac, dejó las copas sobre la mesita de té. En el silencio sepulcral de la biblioteca, oyó cómo abría la botella, el líquido ambarino caía dentro de las copas.

Nana cogió la copa del señorito y su mano y le entregó la copa.

—Gracias, Nana.

—Déjeme decirle que no debería beber eso con el estómago vacío.

Johnny arqueó sus pobladas cejas y negó con la cabeza, Nana también lo hizo, pero él no pudo verlo.

Le preguntó por su familia a Armando, con orgullo le dijo que su hija María sería la primera de su familia en ir a la universidad, y que en cuanto supo que había vuelto quiso ir a verlo. Johnny lo escuchaba atentamente mientras saboreaba el licor, dulce y amargo a la vez. Su padre sería el mayor cabrón de todo el estado de Tejas, pero tenía buen gusto para el licor, hacía muchos meses que no había probado una gota de alcohol, sobre todo por los medicamentos que le daban para la pierna y las jaquecas.

—Es una niña muy inteligente, supongo que lo debe haber heredado de su madre —le tomó el pelo.

Armando afirmó con la cabeza, recordó que él no podía verlo, le iba costar acostumbrarse a aquello, no le parecía correcto explicarle lo bien que le iban las cosas cuando él lo estaba pasando tan mal.

—Sí —contestó azorado, bebió de su copa, era fuerte, demasiado fuerte para un domingo por la mañana, Johnny lo bebía como si fuera agua—. ¿Quieres que te ponga al día sobre la hacienda?

—No —contestó acabando la copa—, sé que en tus manos todo está controlado —dejó la copa sobre la mesita y tanteó despacio hasta encontrar la botella—, sabía qué hacía bien dejándote a ti al mando, tú me enseñaste todo lo que necesitaba saber —encontró la botella.

—Deja que te sirva, Johnny —intentó su amigo quitarle la botella de la mano.

—No —contestó Johnny demasiado rápido—, debo acostumbrarme a hacer cosas por mí mismo.

Armando miró cómo Johnny tanteaba la copa y empezaba a llenarla, iba a decirle que la estaba llenando demasiado, cuando el líquido tocó su dedo índice, que estaba dentro de la copa, y dejó de verter.

—¿Te lleno la tuya? —le ofreció.

—No —se apresuró a contestar, si se bebía un copazo como ese, no podría conducir de vuelta a casa.

—¿Cuándo se marchó Amanda de la hacienda? —preguntó casual, aunque ansiaba la respuesta.

—Unos tres meses después de que tú te marcharas —Johnny tragó saliva, no lo esperaba, pensó que casi salió corriendo en cuanto él se fue. Volvió a beber, intentando acallar la agonía que sus pensamientos le provocaban—, esperaba que volviera —añadió Armando al ver cómo el rostro de su jefe cambiaba.

—¿Lo hizo? —preguntó sintiéndose estrangulado—. ¿Volvió? ¿Quizás a buscar la correspondencia?

—No, su padre la recogió algunos meses, casi todo el primer año, creo. Un día dejó de ir y hasta hoy.

Amanda no había recibido sus cartas, quizás ni siquiera sabía lo que había pasado, o quizás sí, no tenía idea y no sabía qué era mejor, si que lo supiera o que viviera en la felicidad que te da el desconocimiento de la realidad.

Pensó en esas cinco cartas que había recibido, nunca le dijo que se hubiera marchado y seguramente ya lo había hecho cuando las escribió, sin embargo no le dijo nada, eso no era propio de ella.

Vació el contenido de la copa dentro de su boca, necesitaba mucho más que eso para adormecer la agonía que le producía lo que Amanda había hecho. Dejó la copa sobre la mesita y se frotó las manos.

—Lo siento mucho, Johnny —le dijo Armando.

—No te compadezcas de mí —le advirtió, buscando la botella; la alegría que le había producido la visita de Armando se había esfumado—, estoy hasta los huevos de que todo el mundo lo haga.

—Tu madre me sugirió que trajera a Bestia —cambió de tema Armando ignorando su genio.

Le gustaría acariciar a su precioso semental negro, en otro momento aquello le hubiera animado, pero no en ese, se sentía demasiado herido y cabreado.

—No puedo creer que se fuera sin más, que no me lo dijera, Amanda no era así —negó con la cabeza.

—Ya sabes que reviso el correo, algún tiempo después de la última visita de su padre, llegó una carta.

—¿Una carta de Amanda? —preguntó desesperado—. ¿La tienes aquí?

—Sí —contestó Armando dubitativo.

—Léemela —ordenó en un tono autoritario que nunca había empleado con Armando.

Buscó la botella y volvió a llenarse la copa hasta arriba, ante la mirada atenta de Armando, que deseaba haber mantenido la boca cerrada. Él no quería leer aquella carta, no quería saber su contenido, le parecía una violación de su intimidad, pero Johnny no podría hacerlo por sí mismo, lo haría por él, por su amigo. Empezaba a ser consciente de todas las cosas que ya no podría hacer y se preguntaba qué sería de él, cómo una persona tan activa como él se iba a poder acostumar a esa vida sedentaria.

Se apartó el flequillo de la cara y buscó la carta de Amanda en el montón, muchas de ellas eran del propio Johnny. Amanda no las había reclamado y se habían ido acumulando durante un año.

—Gracias —dijo Johnny para sorpresa de Armando, reclinándose en el sillón y volviendo a beber sin saber qué esperar de esa carta; fuera como fuera sería más de lo que tenía ahora.

Armando encontró la carta y la abrió. Johnny escuchó cómo desdoblaba la hoja y el corazón empezó a acelerarse.

Armando encontró dentro del sobre el anillo de compromiso de Amanda, no se lo dijo a Johnny y leyó en voz alta:

«Mi querido Johnny:

Si estás leyendo esta carta es que has regresado, es que por fin vuelves a estar en casa, la certeza de saber que tarde o temprano volverás, hace que mi corazón pueda seguir latiendo, aunque sea en la distancia.

Espero que Jack esté contigo, a tu lado, que ambos estéis bien, que hayáis vuelto para quedaros y podáis olvidar el horror de ese sitio; espero que puedas encontrar la paz después de lo que allí debes haber vivido, sé que no me has hablado de ello para no herirme, pero sé lo que es una guerra Johnny, solo espero y deseo que estés bien.

Como ya sabrás me marché de la hacienda, de nuestra casa, se me saltan las lágrimas al pensar en todo lo que dejé atrás, al pensar en todos los momentos que allí vivimos, momentos irrepetibles e inolvidables que atesoro en mi corazón, que no permitiré que el tiempo o la distancia me hagan olvidar. La casa se volvió fría sin ti, allí donde mirara, solo veía tu ausencia, tu falta y el miedo de perderte atenazaba mi corazón, no podía vivir de esa forma, y me marché.

Espero que algún día puedas perdonarme, deseo que algún día puedas comprender por qué lo hice; no es un castigo porque te marcharas Johnny, sé que pensarás que lo es, te conozco, pero no es así, tú elegiste tu camino, me dejaste aquí y yo debí escoger el mío. Puede que mis palabras suenen como un reproche, pero te aseguro que no lo son, estoy cansada de reproches, espero que no me reproches tú a mí por tomar la decisión de marcharme, lo hemos hecho los dos.

Lamento mucho que haya llegado este momento, me entristece de una forma que no puedes llegar a imaginar que esto sea el final, pero no puedo seguir viviendo en el pasado. Me mudé a Washington con una amiga, las cosas me van bien, al menos todo lo bien que podrían irme, confío en rehacerme y volver a soñar, espero que tú también lo hagas, que mires al futuro con esperanza, entereza e ilusión.

Ha pasado un año y sigo preguntándome por qué te fuiste, solía hacerme esa pregunta cada minuto, los espacios de tiempo se han vuelto más distantes, he decidido dejar de preguntármelo y aceptarlo, por nosotros... Espero algún día llegar a conseguirlo...

Es la hora de decirte adiós, de dejar de preguntarme por qué no te quedaste conmigo, cuando tú lo eras todo para mí, y dejarte marchar, con todo mi amor.

Quiero que sepas que, aunque no estemos juntos y haya roto nuestro compromiso, una parte de mí siempre te pertenecerá, igual que tú siempre estarás dentro de mí, hasta mi último aliento. No me odies por favor, no podría soportarlo.

Siempre tuya:

Amanda

P.D.: Cuida de nuestros bebés por los dos y por favor, Johnny, perdóname, yo ya te he perdonado.»

*Cuatro:
No lo dejare todo por él*

Margaret estaba en la cocina preparando la tarta de cumpleaños de su hijo. Treinta y un años, se había perdido sus dos últimos cumpleaños, quería que ese día fuera especial para Johnny.

Desde la primera visita de Armando, su hijo no levantaba cabeza, se pasaba el día encerrado en su habitación, con la única compañía del anillo de compromiso que Amanda le había devuelto con una carta.

A pesar de que le dolía, su hijo ya se había hecho a la idea, ella no pensaba hacerlo. No lo comprendía, él siempre había sido tenaz y luchador, y ahora se daba por vencido, sin batallar por el amor de la única chica que había amado. Él aún amaba a Amanda, ella no podía haberlo olvidado, habían pasado casi tres años desde que se fue a Vietnam, pero Margaret confiaba que Amanda lo extrañara tanto como él a ella.

Había visitado la casa de los padres de Amanda, ellos le dijeron que su hija había rehecho su vida en Washington. Margaret no pensaba darse por vencida. No quisieron darle su teléfono, sabía que Amanda visitaría a sus padres por navidades, solo faltaban unas semanas, con la esperanza de encontrarla iría allí, le explicaría lo mucho que su hijo la extrañaba, su delicada situación y, si ella aún lo quería, volvería con él. Johnny volvería a su hacienda, dejaría de pelear con su padre y, junto a Amanda, volvería a ser feliz, todas sus esperanzas estaban puestas en la chica.

Desde la cocina oyó los gritos de su hijo y salió corriendo en su busca, angustiada.

—Eres un hijo de puta —gritaba su hijo.

Dan lo miraba desde el otro lado de la mesa sonriendo, divertido de ver a su hijo fuera de sí. Margaret no llegaba a comprender cómo su marido disfrutaba torturándolo, sabiendo que estaba sufriendo.

Johnny tropezó con una silla que su padre había dejado en medio, cayó al suelo y quiso estrangularlo. Se conocía la distribución de la casa al dedillo, podía moverse sin ninguna dificultad, siempre que no cambiaran las cosas de sitio, y su padre disfrutaba poniéndole trampas en el camino.

—¡Johnny! —exclamó su madre corriendo hacia su hijo para ayudarlo a levantarse.

Si la vida de Johnny era negra, en ese momento se había vuelto rojo escarlata, rojo sangre.

Cogió la silla y se levantó del suelo, golpeó la silla contra la mesa.

—¡Devuélveme el anillo de Amanda! —gritó golpeando la silla con todas sus fuerzas contra la mesa, dispuesto a destrozar la casa entera si no se lo devolvía.

—¿Qué crees que estás haciendo, inútil? —preguntó su padre perdiendo la sonrisa al ver cómo marcaba la mesa de roble.

—¡Que me devuelvas el puto anillo! —volvió a gritar.

Margaret observó cómo rompía la silla y tiraba los trozos en dirección a su padre, él esquivó una por centímetros, golpeando en las cristalerías donde tenían las copas buenas. Agrandó los ojos al ver cómo la cristalería francesa, con el filo de oro, se hacía añicos. Dan iba a hacerle pagar aquello a Johnny.

Alguien lo cogió por la espalda, se giró y empujó el cuerpo con todas sus fuerzas, pensando que era su padre; oyó una exclamación de su madre y la caída, cuando el tintineo de cristal rompiéndose cesó.

Margaret se torció el tobillo, le dolía horrores, cayó al suelo, golpeándose la cadera, una cadera que ya tenía fastidiada a causa de una caída similar, solo que en esa ocasión fue su marido quien la empujó.

—¡Mamá! —Johnny se sintió fatal por haber empujado a su madre—. ¿Estás bien, mamá?

Intentó llegar hasta ella y la pisó. La mujer intentó tragarse el grito de dolor que pugnaba por salir de sus labios cuando su hijo le pisó el tobillo que se había torcido. Él se arrodillo y la tocó, buscando su cara.

—No pasa nada, Johnny —intentó calmar a su hijo, que tenía la cara desencajada.

—Mamá, lo siento —dijo muy arrepentido—, yo nunca te haría daño —nunca lo haría, nunca le haría daño a su madre, a ninguna mujer, a diferencia de su padre—, lo siento, lo siento, por favor mamá.

Tocó la cara de su madre y, al sentir la humedad de sus lágrimas, su corazón tembló. Le había hecho daño, el suficiente para que llorara, él no era su padre, le llenaba de pena y desdicha haberla herido.

Margaret apartó la vista de su hijo y vio cómo su marido se acercaba a ellos.

—Ya lo has conseguido —dijo Dan—, le has hecho daño a tu madre, estarás contento.

—¡Eso es mentira! —le contradijo ella, que desde que Johnny había vuelto le replicaba más que nunca.

—¡Has roto la cristalería que me regaló Nixon! —le gritó lleno de rabia—. Su valor era incalculable.

¿Que el valor de la cristalería era incalculable? Le importaba un pito haber roto esas copas, lo único que le preocupa era su madre. Su padre infravaloraba a su madre, otro motivo a la larga lista para odiarlo.

Dan cogió el respaldo de la silla que su hijo había roto, había roto las copas que le regaló Richard Nixon en forma de gratitud por apoyarlo en su candidatura como presidente de los Estados Unidos.

—¡Dan, no! —gritó Margaret viendo cómo su marido levantaba el trozo de silla en dirección a su hijo.

Dan no dudó ni un momento, golpeó la espalda de su hijo con el respaldo con todas sus fuerzas.

Johnny cayó sobre su madre, se incorporó para protegerla, temía que uno de los golpes la alcanzara; su padre le golpeó cortándole la respiración, mientras su madre, desesperada, le rogaba que se detuviera.

Dan no lo hizo, golpeó a su hijo hasta que le dolieron los brazos, Johnny no se quejaba.

—¡Levántate, chico! —lo cogió de la camisa y tiró de ella hasta que cayó de espaldas, le dolía a causa de los golpes, pero no se quejó—. Debiste morir en esa guerra, así no serías un estorbo para mí.

Le pateó el estómago, Johnny se puso en posición fetal, cogiéndose el abdomen dolorido.

Margaret no podía ver aquello, su marido le estaba dando una paliza a su hijo. Algunos trabajadores miraban con horror, nadie se atrevía a ponerse entre padre e hijo, conocían el carácter de su marido. Se puso de pie, un calambre le recorrió toda la pierna; cojeando intentó acercarse hasta su marido.

—Dan, déjalo, déjalo ya —siguió suplicándole.

Dan resopló, cansado de escuchar a su mujer, su hijo merecía aquello, se había ido a la guerra para castigarlo. Había vuelto como un pingajo que no servía para nada, que no podría llevar todos sus negocios cuando él no pudiera hacerlo, solo tenía un hijo y nadie podría seguir con todo lo que él y su padre antes que él habían levantado, eso le frustraba, lo único que podía hacer era desquitarse con John.

—Apártate mujer —empujó a su mujer, que cayó al suelo cerca de su hijo.

Johnny gruñía como un animal intentando levantarse, quería matar a su padre, pero no podía moverse, le dolía todo el cuerpo. Dan se agachó y lo arrastró hasta la cristalería rota con esfuerzo, pesaba mucho.

Nana se acercó hasta su señora, le susurro que callara, cuanto más dolor mostrara más se enseñaría el señor con su hijo. Llevaba trabajando allí desde que el señorito John nació, era como un hijo para ella.

—Eres una mierda —lo pisó desde arriba Dan—, ya que no moriste en Vietnam, deberías quitarte la vida y hacernos un favor a todos. Ten cojones y hazlo —le propinó una última patada, miró a su mujer y vio a esa sirvienta entrometida abrazándola—. Tú —la señaló—, deja a mi mujer y ponte a limpiar.

Su padre salió de la casa y se fue a la ciudad. En el bolsillo de su pantalón reposaba el anillo de compromiso de Amanda, no había encontrado la carta, pero lo haría, ardía en deseos de leerla.



Amanda cogía a su sobrina por primera vez, le hubiese gustado poder visitar a su hermana antes, pero se había mudado a la costa oeste con su marido, y ella vivía al otro lado del país. Su hermana comprendía lo que hacía en Washington, su familia se sentía orgullosa de ella, a pesar de lo ocurrido tres años atrás.

Sonó el teléfono, su madre fue a cogerlo y ella siguió haciéndole carantoñas a la adorable bebé; iba a ser tan pelirroja como su madre o ella, y estaba segura de que le saldrían pecas con los años, como a ellas.

—Amanda —la llamó su madre—, es para ti —le enseñó el auricular del teléfono.

Aquello extrañó a Amanda, todos estaban reunidos en casa, le dio su sobrina a su hermana.

Su madre fruncía los labios, fuera quien fuera a su madre no le hacía ninguna gracia.

—¿Diga? —contestó la llamada sin saber qué esperar.

—Hola señorita —la saludó una agradable voz—, soy Luciana, la llamo desde la casa de los Reese.

Johnny, Johnny había vuelto, sintió que las piernas le temblaban, no debería ser así, había dejado el pasado atrás, pero Johnny fue su primer amor, compartía con él mucho más de lo que él pensaba.

—¿Ha vuelto, Nana? —preguntó con el corazón acelerado al saber que se trataba de él.

—Sí, la señora Reese quiere verla, le gustaría que pasara por aquí para hablar con usted.

—¿Margaret? —demandó sin comprender por qué no la había llamado Johnny directamente.

—Sí, ella misma quería ir a verla, pero se encuentra impedida en la cama.

—¿Él está bien? —preguntó alarmada Amanda—. ¿Qué le pasa a Margaret?

Ella y el señorito John habían convencido a la señora para ir al hospital. Se había roto el astrágalo. Nana no sabía de huesos, a su parecer lo que tenía roto era el tobillo, esos médicos tenían nombres raros para todo. Debía hacer reposo absoluto tres meses, si no se curaba debidamente, no volvería a caminar bien.

Después de aquello el señorito John había empezado a beber, mucho; dos semanas después padre e hijo habían vuelto a pelear, aunque en esa ocasión el señor también acabó sangrando, a pesar de no poder ver, su hijo había acertado con un par de derechazos, y con el segundo le rompió la nariz. Consciente de que esa situación era insostenible, y temiendo que su padre le hiciera algo a su madre para vengarse, él señor era capaz, cuando el domingo fue el capataz de su hacienda a verlo se marchó con él.

—Él está bien —titubeó Nana, él estaba muy lejos de estar bien.

—De acuerdo, dile que en un rato iré a verla —contestó Amanda contrariada.

Había salido con Johnny más de siete años, tres de los cuales habían estado prometidos. Conocía muy bien a la familia, para él Luciana, Nana, como él la llamaba siempre, era de la familia.

—La señora preferiría que viniera mañana —le aclaró Nana—, por la mañana, que no estará el señor.

—De acuerdo, Nana, dile que estaré a eso de las once en su casa.

—Muchas gracias señorita, ahora tengo que dejarla, nos veremos mañana.

Amanda colgó el teléfono contrariada, no comprendía por qué no la había llamado Johnny, por qué en su lugar la llamaba Nana y de parte de Margaret, no de Johnny. Sintió miedo.

Su padre mantuvo el ceño fruncido toda la tarde, mientras ella paseaba intranquila, ante la atenta mirada de su madre y su hermana. El ambiente se enrareció, lleno de palabras que nadie se atrevía a pronunciar. Los que no sabían qué pasaba se miraban entre sí, preguntándose qué estaba sucediendo.

Incapaz de seguir allí, decidió salir a pasear; cogió el anorak, que era demasiado abrigo para el clima de Austin. Caminó por la urbanización, pensó que podría llegar hasta la hacienda de Johnny dando aquel paseo, aunque estuviera a más de una hora en coche desde allí, llegaría antes de cansarse. No lo hizo.

Al volver a casa era tardísimo, había perdido la noción del tiempo, perdida en recuerdos, perdida en el hombre que tanto había amado, en el que aún pensaba a menudo, demasiado a menudo para su gusto.

Al llegar a casa, su padre estaba en el porche, se sentó a su lado, acalorada de la caminata.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó robándole uno de los cigarrillos a su padre.

—No me gusta que fumes, Amanda —le advirtió su padre.

Lo sabía, lo había dejado, pero en ese momento necesitaba ese humo para intentar calmar sus nervios. Johnny estaba de vuelta, ya habría leído su carta, estaba segura de que estaría enfadado y herido, que a pesar de sus palabras pensaría que lo había hecho para castigarlo.

—Ya no fumo, papá —dijo ella encendiéndose el cigarrillo y dando una larga calada—, solo fumaré este, es navidad —le sonrió a su padre—. No pasa nada, no te preocupes.

Por supuesto que se preocupaba, el hombre que destrozó la vida de su hija había vuelto, ella era demasiado buena, temía que lo perdonara y volviera con él, que perdiera todo por lo que había luchado esos tres años que él había desaparecido de su vida.

—Teníamos un trato Mandi —le recordó su padre.

—No voy a fumar más —le contestó ella—, además, eres tú el que no debería fumar en tu estado.

—No hablo del tabaco.

Amanda volvió a darle otra calada al cigarrillo, no, claro que no, hablaba de

Johnny.

Jorge miró el perfil pecoso de su hija, preguntándose quién cuidaría de sus chicas cuando él no estuviera; no le quedaba mucho tiempo, su hija mayor no le preocupaba, pero Amanda sí.

—Solo voy a ir a hablar con Margaret —le aclaró a su padre dando otra calada al cigarrillo.

—Ella estuvo aquí hace meses —miró a su padre llena de sorpresa—, quiere que vuelvas con él.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le reprochó—. ¿Por qué no me dijiste que había vuelto?

—Porque él ya no es asunto tuyo —le contestó su padre mirándola a los ojos.

Los ojos verdes de su hija brillaban, quiso maldecir, aún sentía algo por él, su mirada la delataba.

—No voy a volver con él —no quería discutir—, pero debiste decírmelo, tenía derecho a saberlo.

—Irás a hablar con él a pesar de lo que yo te diga, ¿verdad? —preguntó su padre sintiéndose abatido.

Amanda se quedó callada mirando la calle, por la que no pasaba ni un alma, en su paseo se había hecho de noche. Todas las casas brillaban con los destellos de las luces navideñas. Quería hablar con él, quería saber cómo estaba, le gustaría tener una de esas charlas de horas con Johnny. Lo extrañaba.

—No sé si voy a verlo —le contestó sinceramente sin mirarlo; se encogió de hombros, no sabía qué pasaría—; cuando pase fin de año volveremos a Washington, como estaba previsto, y no miraré atrás.

—No le hables...

—¡Claro que no! —lo interrumpió Amanda sabiendo lo que iba a decir—. Sé lo que tengo que hacer papá, vivo en el presente, tengo una vida, no voy a dejar que él interfiera.

—Ese era el trato, Mandi —le recordó su padre.

Amanda le dio una última calada al cigarrillo, lo tiró y lo pisó con la punta de su bota.

—Lo sé, papá —lo abrazó y su padre le besó la cabeza.

Condujo hasta casa de los Reese, donde no había luces navideñas, era la única casa de la calle a la que no había llegado la navidad. Aspiró y expiró un par de veces y llamó a la puerta; la que la abrió fue Nana.

Estaba mucho más mayor, habían pasado años desde la última vez. Cuando Johnny visitaba a su madre, si ella podía evitar ir, lo hacía, detestaba a su padre, detestaba cómo lo trataba a él o a su madre.

—Señorita Amanda —le sonrió Nana feliz de verla, la alegría del señorito estaba en la puerta.

—¿Cómo estás, Nana? —le devolvió Amanda la sonrisa.

—Feliz de verla —contestó la mujer con vehemencia—, pase por favor.

Amanda hizo lo que le pedía, le dio el abrigo y acompañó a Nana hasta una de las habitaciones de la planta de abajo. Habían instalado allí a la señora para que fuera más fácil para ella moverse.

—La señorita Amanda está aquí —dijo abriendo la puerta.

Le reconfortó ver cómo los ojos de la señora se iluminaban, cómo sonreía llena de esperanza.

—Hazla pasar, por favor.

Luciana se apartó de la puerta y Amanda entró.

—Hola Margaret —la saludó tímidamente al entrar.

—Amanda, preciosa —la saludó la mujer—, qué alegría verte.

Margaret la observaba mientras se acercaba a su cama. Estaba muy cambiada, se la veía más mujer, llevaba una ropa que en otra época no se hubiera puesto, demasiado corta para su gusto, con unas botas muy altas. A pesar de su aspecto seguía siendo Amanda, con esa sonrisa torcida que la caracterizaba.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Amanda a Margaret al reparar en su pie.

—Me caí —mintió sonriéndole—, me han recomendado reposo.

Amanda se acercó hasta ella y le besó la mejilla, eso de la caída le sonaba a patraña. Su marido tenía un carácter insoportable, se preguntaba si se lo había hecho él, había visto cómo la trataba.

—¿Tienes que estar mucho tiempo así? —se mostró interesada, aunque solo quería saber de Johnny.

—Algunos meses —negó con la cabeza indiferente—, acerca esa silla y siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —contestó Amanda yendo hacia la silla, estaba hecha un flan.

Se sentó junto a la cama, a Margaret también se la veía mayor, en los últimos tres años solo había visto a su familia cinco o seis veces y no habían envejecido como la gente de esa casa.

—Supongo que ya debes saber que Johnny ha vuelto —dijo al fin Margaret.

—Me enteré ayer, cuando Nana me llamó para que viniera. ¿Cómo está? —se precipitó en preguntar.

—Se marchó a vuestra casa hace unas semanas, su padre y él discutieron, no te puedes imaginar...

Amanda quiso aclararle que esa no era su casa, sino la de su hijo, sin embargo no se molestó.

—¿Qué pasó? —preguntó Amanda—. ¿Cómo está Johnny?

—Recibió tu carta —no quería acusarla, pero estaba segura de que su mirada la delataba. Amanda le había hecho mucho daño a Johnny, ella ni lo sabía—, su padre cogió tu anillo y se puso como un loco.

Afirmó con la cabeza, buscando la forma de preguntarle cómo estaba él, cómo se había tomado su carta, cuándo había vuelto y qué planes tenía, quería saberlo todo, no sabía por dónde empezar.

—¿Cómo se tomó Johnny la carta?

—Creo que te lo puedes imaginar —Margaret quería morderse la lengua, pero recordaba a su hijo, delgado, con esas barbas, ese pelo largo, su aspecto dejado, cómo había empezado a beber, lo triste y abatido que estaba... No saber cómo estaría en ese momento allí solo...—, sé que no querías que fuera a Vietnam, pero romper una relación de siete años, un compromiso de matrimonio por carta... —negó con la cabeza, no quería seguir hablando o acabaría ofendiéndola, y aún no le había dicho lo peor.

Amanda veía el desprecio en los ojos de la que debía ser su suegra. Margaret no era nadie para juzgarla, fue su hijo quien decidió marcharse, dejándola en problemas y sola, sin saber si volvería o no, solo con la esperanza y la fe ciega de que lo haría. Él eligió ir a la guerra, una que ni le iba ni le venía, sabiendo que ella, aunque lo esperara, no lo perdonaría, eligió a Jack y esa guerra, dejándola a ella.

Alzó la barbilla apartándose la melena pelirroja hacia atrás, estaba segura de que Johnny lo había pasado mal, pero ella también. Habían pasado muchas cosas, solo su familia y ella sabían lo que había pasado.

—Hice lo que tenía que hacer, han pasado muchas cosas, él fue allí porque quiso ir, yo me quede aquí y también he tenido que superar muchas cosas, no es justo que me juzgues, Margaret. No tienes idea.

Margaret miraba a aquella mujer altiva y no veía a la prometida de su hijo por ningún sitio. Su aspecto era diferente, también su actitud, la Amanda que ella conocía jamás le hubiera hablado así.

—No pretendía juzgarte, Amanda, no tienes ni idea de cómo está mi hijo; a pesar de que dejaste de escribirle, él siguió escribiéndote, incluso cuando no podía hacerlo, lo hizo un amigo por él, esperaba...

—¿Por qué no podía escribirme él? —la interrumpió Amanda mientras se le encogía el corazón.

Se tensó en la silla esperando la respuesta; se imaginó a Johnny con la mano amputada, sintió cómo la respiración se le aceleraba al pensar en las posibilidades, preguntándose qué le había pasado.

—Amanda —digo Margaret mirándola—, Johnny, él —le costaba decirlo en voz alta, era un hecho que no podía ver, no comprendía por qué no podía decirlo.

—¿Qué Margaret? —preguntó angustiada—. Dilo ya.

—Él está ciego —contestó—, es invidente, no puede ver nada.

—¿Ciego? —demandó tapándose la boca, como si lo que hubiera dicho fuera un pecado mortal. Estrechó los ojos mientras miraba a la madre de Johnny sin comprender—. ¿Cuánto de ciego?

—Completamente ciego.

¿Johnny no podía ver nada? Los recuerdos empezaron a asaltarla. Solía

recorrerla entera con la mirada sin cansarse o aburrirse, recordaba sus ojos diciéndole que la amaba sin abrir la boca, los dos montando a los caballos hasta llegar al lago, Johnny en el porche trasero leyendo sus libros. Ella pintaba y nadie apreciaba la belleza de su arte como él. Johnny podía parecer duro, de hecho lo era, pero era capaz de ver la belleza de la gente con una sensibilidad de poeta, ella lo sabía muy bien y ahora no veía nada.

Se puso de pie y fue hasta la ventana, un nudo le cerró la garganta, lloró en silencio mirando a la nada.

—Te lo explicó en dos de las cartas que te envió desde el hospital, esperaba que fueras con nosotros a recogerlo cuando volvió, a partir de ese momento todo ha ido a peor.

—¿No volverá a ver? —preguntó con la voz temblorosa, delatora de que estaba llorando.

—No —contestó su madre, que también estaba llorando.

—¿Dónde está Jack?

Margaret había dicho que alguien le escribió las cartas, no había dicho que fuera Jack, sabía por las cartas de Johnny que no se separaban, que siempre estaban juntos.

—Un helicóptero fue abatido —le explicó Margaret—, Jack... él, él murió en el acto.

Amanda se llevó la mano al pecho y se lo masajeó, intentando mitigar el dolor. Jack estaba muerto, Johnny podría estarlo también, ahora estaba ciego, se preguntaba qué posibilidades de sobrevivir tendría, cómo una persona tan dinámica e inquieta como él podría sobrevivir a no ver nada, era terrible.

Además había perdido a Jack, su buen amigo Jack, fue a Vietnam por él, por no dejarlo solo, y ahora lo había perdido, sentía que se encogía al pensar en cómo debía estarlo pasando.

—Amanda, mi hijo ya ha perdido mucho —le suplicó Margaret—, vuelve con él, ilumínale la vida, por favor, él te ama —esperó que Amanda dijera algo, como no lo hacía siguió hablado—. Desde que Armando le leyó tu carta, está peor que nunca —le explicó—, ha estado muy deprimido; cuando su padre le escondió tu anillo, no puedes imaginar cómo se puso, jamás lo había visto así, su padre le dio una paliza que tardó un día en poder moverse y se marchó, está allí en vuestra casa, solo.

Las dos se quedaron calladas. Margaret recordaba lo sucedido desde que su hijo había vuelto. Cada día era peor que el anterior, no quería ni imaginar cómo sería ahora que estaba allí solo, en esa casa llena de recuerdos, con el añadido de no poder ver cuanto le rodeaba, de saber que no había nuevos recuerdos bellos que generar. Había sido muy feliz allí, con Amanda, si ella volviera todo cambiaría.

Amanda no quería ni pensar en cómo debía estarlo pasando Johnny, en todo lo que había perdido. Se frotó la cara con las manos, intentando borrar las lágrimas, recordando la última vez que lo había visto.

Hacía calor, acababa de ducharse, tenía el pelo húmedo, suelto y salvaje, como a él le gustaba.

En la lejanía, observaba a Bella y Bestia, que estaban sueltos, pastando a sus anchas, como Johnny los dejaba un ratito cada tarde. Quería pintar lo que veía y sentía mirándolos, el cielo estaba despejado, su pelaje brillaba con la luz del sol y era una imagen digna de inmortalizar, quería captar la esencia de lo que veía.

—¿Qué haces, pecosa? —la sorprendió él rodeando su cintura y besándole el cuello.

Se encogió de hombros mirando el lienzo en blanco y se giró para mirarlo. Se había cortado el pelo y, a pesar del tono juguetón que había empleado, estaba serio, arrugaba la frente, como hacía cuando algo le molestaba, o cuando tenía que ver a su padre, que todo en él le molestaba, y no sin razón, era despreciable.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —se sorprendió al ver que se lo había rapado, él se apartó.

—¿Te gusta? —le preguntó el frotándose la cabeza, nunca lo había llevado tan corto.

—¿Qué ocurre, Johnny? —se levantó del taburete ignorando su pregunta, él siempre le gustaba.

Johnny curvó los labios hacia arriba, una sonrisa forzada al extremo, sus ojos se veían pesarosos, se puso de puntillas y lo cogió del cuello, las manos de él pasaron por su espalda y le estrechó la cintura.

—Estás tan guapa así, mientras te miraba no podía dejar de maravillarme.

—¿Has estado observándome otra vez a escondidas? —le siguió el juego, dándole tiempo a hablar.

—Me encanta mirarte, ya lo sabes.

Lo sabía, llevaban muchos años juntos y muchas veces seguía sorprendiéndolo mirándola a hurtadillas, era un mirón. Le encantaba espiarla y a ella que lo hiciera, que a pesar del tiempo no hubiera perdido interés, que siguiera mirándola como lo hacía al principio, solo que ahora su mirada estaba impregnada de amor.

Johnny la hacía sentirse sexy y deseada, era el hombre de su vida. Tenía ganas de casarse y tener hijos, a él le daba miedo, debido a la mala relación con su padre, pero Johnny no tenía nada que temer, él no era su padre.

—¿Qué te pasa, Johnny? —preguntó mirando sus ojitos marrones, él le acarició la cara y apartó la mirada.

Johnny observaba las tierras por encima de su cabeza, le cogió la barbilla y le obligo a mirarla.

—Jack embarca mañana —afirmó con la cabeza, comprendiendo lo que pasaba—, me voy a ir con él.

Esas palabras fueron como una bofetada, no se lo esperaba, le soltó la barbilla y lo miró con desconfianza.

—¿Perdona? —exclamó sin poder creer lo que oía—. El cinco de diciembre no entró en el sorteo.

—Pero sí el treinta, Amanda, Jack está reclutado, no puedo dejar que vaya solo, me he alistado.

—¿Qué? —lo miró llena de rabia, dio un paso atrás, apartándose de él, las manos de Johnny cayeron a ambos lados y dejó de tocarla, ella se cruzó de brazos—. Jack debió irse a Canadá, ya se lo dije, no irás con él.

—Ya lo hablamos, eso sería huir y Jack no es ningún cobarde, no voy a dejar a mi amigo solo.

—¡Sí! —exclamó cada vez más furiosa—. Lo hablamos y quedamos en que no irías.

—Tú lo decidiste por mí —se quejó Johnny—, es mi mejor amigo, mi hermano, no puedo dejarlo ir solo.

—¿Qué pasa conmigo? —los ojos se le llenaban de lágrimas, sintió que no le importaba tanto como ella siempre había pensado—. ¿Para ti Jack es más importante que yo, Johnny? ¿Acaso yo no te importo?

Johnny intentó cogerla de los hombros y ella se apartó.

—No digas eso, pecosa —dijo intentando cogerla de nuevo.

—Sí te vas a Vietnam, cuando vuelvas me habré ido —le advirtió furiosa.

Hablaba completamente en serio, él sabía lo que la guerra significaba para ella. Amanda era una pacifista, era la única atea de su familia, había visto la muerte y las guerras que la religión había provocado a lo largo de la historia. Si Dios existiera, no permitiría que la gente se matara en su nombre, no tenía sentido.

En la universidad había conocido a un grupo de pacifistas como ella, allí se sintió como pez en el agua, la gente la comprendía y nadie la miraba mal por no querer ir a la iglesia. Más tarde vendría el movimiento hippie, al que por supuesto se unió, pero para entonces su vida ya era muy diferente a como lo era entonces.

Johnny la conocía, la conocía mejor que nadie y, a pesar de ello, iba a ir a una guerra, a matar gente y a que lo mataran. ¿En nombre de quién? ¿Acaso alguien había ido a su puerta a matarlo? ¿Entonces por qué tenía él que ir a un país extranjero que no le había hecho nada a matar a sus lugareños?

Volvió al interior de la casa, las manos le temblaban de rabia, el corazón se le encogía dolorosamente.

—Amanda —la siguió él con voz quejicosa.

—No —se giró para encararlo—, como te vayas a la guerra, no volverás a verme —le advirtió señalándolo furiosa—, no volverás a mirarme o a tocarme, me iré y nunca más volveré, te lo prometo.

Johnny ladeó la cabeza con gesto de renuncia y ella se fue a la habitación, al entrar vio un saco de equipaje, se dio la vuelta para gritarle y ya lo tenía encima.

—Me voy mañana, no quiero que discutamos —le suplicó Johnny abatido.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le golpeó el brazo—. ¿Desde cuándo? Lo has hecho todo a mis espaldas.

Volvió a golpearlo y él le cogió la muñeca para que dejara de hacerlo. Le estaba rompiendo el corazón y a él le daba igual. Estaba ciega, la había engañado todos aquellos años, haciéndole creer que le importaba.

—No quería que te enfadaras —lo miró como quien mira a un extraño—, tengo que ir con él, pecosa, es mi mejor amigo —dijo en tono suplicante—; por favor, Amanda, es lo más cercano a un hermano que tengo.

Sintió taquicardias al pensar que aquello era real, que no había marcha atrás, que él no lo pensaría mejor y no se iría. Johnny era muy decidido, cuando tomaba una decisión no había vuelta atrás.

—Te odio —le dijo llena de rabia por el dolor que le estaba produciendo.

—No es cierto, Amanda —dijo él acercándola a su cuerpo—, me amas, por eso no quieres que vaya, pero estaremos bien, Jack cuidará de mí y yo de él.

—¿Quién cuidará de mí? —se lamentó llorando sobre su pecho—. ¿Quién cuidará de mí cuando te maten allí? —le golpeo el pecho—. ¿Qué voy a hacer yo sin ti?

Johnny le cogió la barbilla y la obligo a mirarlo.

—Yo cuidaré de ti cuando vuelva, te juro que volveré Amanda, pase lo que pase volveré, porque sé que tú estarás aquí esperándome.

Se inclinó hacia delante y la besó, ella le devolvió el beso, cargado de pena, deseo, rabia y desesperación.

Hicieron el amor como animales en celo, desesperados, sentía que le sobraba la piel, quería unir su alma con la suya y que no se fuera, deseaba demostrarle cuánto lo amaba para que se quedara con ella.

A pesar de la noche de amor, a pesar de los reproches, de lo que aquella noche se creó, a la mañana siguiente él se fue. Cuando le pidió que le diera un beso antes de irse, le giró la cara, no quería ni verlo.

Jack lo estaba esperando fuera, desde la puerta lo observó alejarse, creía que el corazón se le salía del pecho con cada paso que él daba alejándose de ella. Cuando se giró para mirar en su dirección antes de irse, salió de la casa y corrió hacia a él. Johnny tiró el saco y la cogió de la cintura, ella lo rodeo con las piernas, suplicándole sobre la boca, entre beso y beso, que no la abandonara, que volviera, que no la olvidara.

Se limpió las lágrimas; en el presente, el día estaba nublado, finales de diciembre de 1968, habían pasado tres años, todo había cambiado para ambos. Sentía que caía a un precipicio, pero no podía caer con él, no podía dejarse arrastrar, ahora ella tenía una vida muy distinta a la de entonces, el día que le devolvió el anillo decidió dejar de mirar atrás y no volvería a hacerlo.

Volvió junto a la mujer que siempre pensó que sería su suegra. Margaret sufría, ahora comprendía por qué. Entendía qué era lo que le pedía, pero eso no iba a pasar, ella no iba a volver con Johnny; si él deseaba ser su amigo, lo sería, pero en la distancia. Tenía una nueva vida, no lo dejaría todo por él.



Un dolor agudo la despertó, se dio la vuelta esperando que el dolor disminuyera y seguir durmiendo. No sabía qué era lo que le había dado su madre la noche anterior, pero había conseguido hacerla dormir toda la noche de un tirón; llevaba días sin dormir tan plácidamente, desde que ella y Robbie lo habían hecho.

Abrió los ojos al recordarlo, salió de la cama y corrió al baño.

Con regocijo y una satisfacción como la que no había sentido nunca, comprobó que le había venido la regla, su madre le había dicho que eso significaba que no estaba embarazada, quiso saltar de alegría.

Se dio una ducha y se secó su larga melena rubia. Aunque le dolía mucho no se quejaría, no iba a tener ningún bebé, no iba a ponerse gorda, nadie la señalaría y su padre no la mataría. Era feliz.

Se había sentido muy preocupada y angustiada, no estaba acostumbrada a eso.

—Buenos días, familia —dijo al entrar a la pequeña cocina de la casita de dos plantas.

Roger miró a su hija, estaba de buen humor, después de la discusión de la noche anterior ella se comportaba como si nada, se acercó hasta él y le besó la mejilla, después se la besó a su madre. La habían despedido del trabajo, un trabajo que le duró días, mientras su familia estaba a dos días de caer en la más absoluta de las ruinas y ella se comportaba como si nada.

—¿Ya? —le preguntó su madre en un susurro apenas audible.

Beth afirmó con la cabeza sin dejar de sonreír. Roger se preguntaba qué estaba pasando en aquella cocina. Estaba enfadado con Beth, quería castigarla por perder el trabajo, su familia estaba a punto de pasar por el peor infierno imaginable y ella sonreía. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Debía ir a rogar al banco un aplazamiento en los pagos que no podía asumir, iba a ser humillante, pensó en llevar a Beth, a ver si con un movimiento de pestañas hipnotizaba al oficinista, ella podía provocar eso en cualquier hombre, finalmente lo descartó y se marchó solo.

Por la tarde estaba en el bar, no quería volver a casa y decirle a su mujer que iban a perderlo todo, que el banco no les concedía el aplazamiento. Esas serían las últimas navidades en casa, después no sabía que sería de ellos. Al menos su hijo no tendría que pasar por aquello, pero cuando volviera de Vietnam...

El supuesto amigo con el que debía asociarse entró en el bar.

—¿Qué te pasa, amigo? —le golpeó la espalda sentándose a su lado—. Tienes mala cara.

Al momento tenía una cerveza. Roger lo miró y tuvo que tragarse su orgullo, se bajaría los pantalones.

—El negocio no va bien —explicó—, este mes no puedo asumir el pago, necesito que me prestes dinero.

—Te dije que no lo hicieras —le recordó.

Era cierto, le había dicho que no lo hiciera, los dos trabajaban en una constructora, eran amigos y vecinos desde hacía muchos años. La idea del negocio del petróleo fue de él, si él no se hubiera echado atrás no se encontraría en aquella situación.

—¿Me prestarás el dinero? —preguntó molesto.

—No tengo dinero —contestó el otro bebiendo de su cerveza.

—¿Cómo que no tienes dinero? —preguntó elevando el tono de voz—. ¿Qué hiciste con el dinero que ibas a invertir? Puedo perderlo todo —le explicó desesperado—, necesito que me prestes algo.

—Mi yerno trabaja en la bolsa de Wall Street, ha invertido mis ahorros sin riesgos.

—¿Qué? —demandó viendo como el último rayo de esperanza desaparecía.

—Es un negocio seguro, te dije que no lo invirtieras todo en esas tierras, y has invertido mucho más de lo que tenías, Roger. Aunque tuviera el dinero, apostar por ti en este momento sería tirarlo a la basura.

—Soy tu amigo —le recordó molesto por esas palabras—, yo te he dejado dinero antes, te he cubierto las espaldas muchas veces y nunca te he pedido nada —le reprochó.

—No te enfades, amigo —intentó calmarlo—, la apuesta que hiciste era muy arriesgada.

Se acabó la cerveza de un trago, esperando que su corazón se calmara, iba a perderlo todo, absolutamente todo, su amigo le daba la espalda, cuando había sido él quien lo metió en ese lío; y el banco, malditos hipócritas, llevaba toda la vida con el mismo banco, pagando religiosamente sin retrasarse una sola vez, y no querían darle un solo aplazamiento.

—¿Qué voy a hacer?

—Hay un tío, un tío con mucho dinero, es alguien importante, muy influyente, trabaja en el petróleo en el sur, además de tener cultivos y muchos otros negocios; mi yerno me habló de él, quizás él pueda comprártelo, puede que pierdas dinero pero al menos no perderás tu casa, hablaré con mi yerno para que me dé el teléfono.

No quería vender las tierras, era lo único ambicioso que había hecho en la vida, pero estaba visto que la gente como él no podía aspirar a nada más que ser una abeja obrera. Renunciaría a las tierras sin dudarlo, para salvar su casa y a su familia lo haría, aunque eso significara perder las tierras y sus ahorros.

Cinco: Conexión

Beth no comprendía por qué su padre la llevaba a una reunión de negocios. La había obligado a madrugar, le había pedido que se pusiera guapa, algo inaudito en su padre, así que ella lo había hecho.

—Recuérdame por qué tengo que venir contigo —le dijo en el coche para no dormirse.

—Este hombre es muy importante, te harás pasar por mi secretaria, serás educada y agradable —le echó un vistazo a su hija—; sonríe, sé correcta y por favor, no digas nada inadecuado, mejor que ni hables.

—¿Si no puedo hablar para qué me quieres?

—Los hombres se distraen contigo cerca, muéstrate coqueta pero no te pases, y no metas la pata, por favor —le suplicó, aquello era pedirle mucho, siempre metía la pata—, no digas nada indebido.

Beth giró la cabeza para mirar a su padre. ¿Que se mostrara coqueta? Aquello sí que era inaudito, siempre la criticaba por querer agradar, por cuidar tanto su aspecto, y ahora quería aprovecharse de él.

Su familia pasaba por los peores momentos que ella recordara, ella y su madre se habían puesto a trabajar, su madre había mantenido el trabajo, ella no. No valía para trabajar, además estaba preocupada por Robbie, no había vuelto a saber nada de él; en unos días sería navidad y volvería a la urbanización.

Llegaron a las tierras que su padre había comprado en el estado del norte, se bajó del coche y se alisó la falda plisada después del largo viaje en coche. Era la primera vez que su padre llevaba allí a Beth, a ella aquello le pareció un trozo de tierra seca y montañosa, allí no había nada, maquinaria parada y polvo.

Fueron a una caseta donde estaban las oficinas, aquello estaba en ruinas, no le extrañaba que se fuera a pique, su padre no tenía visión para los negocios, ella nunca hubiera invertido en ese sitio.

—Quédate junto a la ventana y, cuando veas el coche, sal a recibirlo; sé educada, Beth.

Roger se puso a recoger la oficina mientras su hija miraba por la ventana; había llegado con tiempo de poner un poco de orden, había dejado de pagar a los trabajadores y estos habían desvalijado la oficina.

Se sentía nervioso e inquieto, cada vez que miraba a su hija y recordaba sus salidas de tono en cualquier lugar, se arrepentía de haberla llevado, seguro de que metería la pata en cuanto abriera la boca; esperaba que el señor Reese solo apreciara lo bonita que era y no la hiciera hablar, porque entonces estaría perdido. Beth siempre metía la pata hasta el fondo.

—Ahí viene un coche, papá —le dijo a su padre.

Se miró en el espejo de mano. Aquello era como ser actriz, debía fingir que era una secretaria, que sabía lo que se hacía y ser encantadora. Salió al encuentro del hombre que tenía que salvar a su familia.

Roger miró por la ventana cómo Beth se acercaba hasta el coche, de él salió un hombre de uno cincuenta, alto y de espalda ancha, con el pelo frondoso de color castaño y canado. Observó cómo Beth le ofrecía la mano y él se la estrechaba con una sonrisa complacida, ese era el efecto que su hija causaba; no le gustaba que fuera tan altiva, creída y presumida, pero su efecto en los hombres era instantáneo.

—Buenos días, señor Reese, soy Elisabeth —se presentó Beth ofreciéndole una mano que él estrechó al momento—, la secretaria del señor Stewart; lo está esperando, si es tan amable de acompañarme.

Aquella mujer era preciosa y él de mujeres sabía un rato. Tenía el pelo rubio, los ojos almendrados abiertos y curiosos de un inusual y bonito color gris, era alta y esbelta, su pecho no era generoso e iba demasiado tapada para su gusto, pero tenía una cintura estrecha y unos labios sensuales; se preguntó qué hacía semejante mujer allí. Le costó soltarle la mano, lo hizo y la acompañó observando su culo.

—Yo te acompañaría al fin del mundo, querida —dijo Dan Reese mirándola con lascivia.

Lo primero que iba a hacer en cuanto conociera al señor Stewart, era preguntar de dónde había sacado a esa hembra, porque él quería una como esa.

El único motivo por el que había accedido a reunirse con ese hombre era porque había tenido que viajar hasta Chicago para hablar con el senador, además había aprovechado para ver a Sylvia, su amante. Él tenía muchos negocios en Chicago, le había puesto una casa donde la visitaba cada vez que iba allí, después de esa reunión pensaba volver con ella, al día siguiente volvería a su casa, con su insulsa mujer y el inútil de su hijo, que le ponía enfermo.

Siguió a la secretaria que tenía un culo respingón que era un portento, se estaba poniendo malo con solo mirarla, parecía deliciosa, él sabría tratarla, sabría llevarla a su terreno y meterse entre sus piernas.

Beth abrió la puerta de la caseta de las oficinas, se sentía orgullosa de sí misma, iba a ser una gran actriz. Al girarse vio como ese viejo salido le miraba el culo, quiso decirle algo, pero se mordió la lengua por su padre, después de todo la había llevado para eso, para que se exhibiera; era denigrante y la mirada de ese hombre la hacía sentirse sucia, por el amor de Dios, podría ser su hija, era bochornoso.

—Dime Elisabeth, ¿llevas mucho trabajando para el señor Stewart?

—Sí —contestó llevándolo hasta el despacho, que no era más que una habitación cutre desvalijada.

Llamó a la puerta y lo anunció, como ella imaginaba que lo haría una secretaria; su padre se levantó de la silla y afirmó con la cabeza. Roger se sentía malhumorado, había visto cómo ese hombre miraba a su hija y no le hacía ninguna gracia que nadie mirara así a Beth.

—Buenos días, señor Reese —le ofreció la mano al millonario; este, con esfuerzo, apartó los ojos de la anatomía de Beth y se centró en el hombre con el que había ido a reunirse y le estrechó la mano—, le agradezco que haya venido hasta aquí para reunirse conmigo.

—Estaba por la zona —le contestó Dan soltándole la mano y mirando a la secretaria, era digna de admirar, no podría cansarse de mirarla, la quería en una cama, desnuda, ya.

Roger no podía seguir viendo cómo ese hombre miraba a su hija.

—Elisabeth —llamó la atención de su hija, que hasta se estaba sonrojando, y eso que estaba acostumbrada a que la gente la mirara—, prepara café.

¿Que preparara café? Se preguntó ella mirando a su padre, no tenía ni idea de cómo se hacía el café. A pesar de ello, salió de la sala sin decir nada, cualquier cosa era mejor que seguir ahí.

—Su secretaria está de muy buen ver —dijo Dan cuanto la puerta se cerró—, no me importaría tutearme con ella —sonrió con arrogancia—, usted ya me entiende.

Roger sabía que, como dijera algo más de Beth, no iba a poder aguantarlo, quería que el hombre del traje de diseño se largara y sacara sus ojos de encima de su hija.

—Es mi hija —le aclaró, apretó la boca para no decir nada más.

—Vaya —dijo Dan impresionado, sin llegar a avergonzarse—, tiene una hija muy guapa.

—Lo sé. ¿Tiene hijos?

Una lástima que fuera su hija, conocía la situación precaria en la que el hombre de enfrente a él se encontraba, estaría encantado de quedarse con su secretaria, a la que no iba a necesitar.

—Sí, tengo un hijo, volvió de Vietnam hace un par de años.

—Mi hijo todavía está allí —dijo Roger con pesar—, creíamos que este año volvería, pero no pudo ser, cada vez que hablan de ello en los noticiarios pienso que veré a mi hijo muerto; es usted muy afortunado.

—Hablemos de negocios —no quería hablar de la fortuna que le había tocado con su hijo, para volver como lo había hecho más valía que hubiera muerto—, para eso he venido.

No quiso alargar mucho la reunión, el hombre estaba desesperado y la gente sin orgullo lo desesperaba a él; parecía capaz de regalarle las tierras, esa clase de gente mediocre lo asqueaba.

Al salir del despacho esperó encontrarse con esa mujer de infarto, estaba seguro de que ella podía negociar mucho mejor que su padre, pero por desgracia no estaba a la vista, una verdadera pena. Se despidió del hombre y volvió a casa de Sylvia. Al día siguiente ya estaba en su casa.

—¿Qué tal tu viaje? —le preguntó su mujer fingiendo interés.

—Perfecto —contestó mirándola de reojo un momento para volver a sus papeles.

—Johnny quiere marcharse a su hacienda —dijo Margaret con miedo a la reacción de su marido—, he estado pensando que deberíamos dejar que se fuera.

—Estoy de acuerdo, ni siquiera sé por qué volvió, no debiste ir a buscarlo.

—Yo podría irme unos días con él —sugirió—, comprobar que todo funciona bien, contratar gente...

—¡No iras a ninguna parte! —gritó cortando a su mujer—. Tu sitio es esta casa.

—No puede valerse por sí mismo aún, solo serían unos meses.

—He dicho que no, no hay más que hablar —dijo el tema por zanjado.

—Necesita una mujer —ignoró su mujer, que había dado el tema por concluido.

Desde que Johnny había vuelto, su mujer le contradecía más que nunca por culpa de él, no aprendía, le daban igual las discusiones, los empujones, los golpes. Solo pensaba en su hijo, estaba harto de los dos; cuando se deshiciera de él, ella volvería a tratarlo con respeto y dejarían de discutir.

—Si necesita una mujer, que se case y se largue a su mierda de hacienda, así no tendré que verlo.

A Margaret le dolía que su marido hablara así de Johnny, ese odio era de antes de que se fuera a Vietnam, aquello fue la gota que colmó un vaso que ya rebosaba. Su padre no era capaz de perdonarle que le hubiera desafiado abiertamente al desentenderse de sus negocios y haciendo los suyos propios.

—Eso es lo que yo quisiera, pero no lo hará si no es con Amanda, y ella no va a volver.

—Entonces búscale una mujer, de todos modos se lo haces todo. Busca una mujer y que se largue.



Vivía en una desidia de auto lamentación en la que ni él mismo se aguantaba.

Quería volver a su hacienda, había pasado allí tres meses, y no es que allí estuviera bien, pero al menos podía beber y autodestruirse sin que su madre lo viera, pero justamente ella había ido a buscarlo. Cuando le dijo que estaba donde debía, ella le contestó que se quedaría con él, que iría con él allí donde él estuviera. Tuvo que volver a casa de sus padres. Su padre no trataba bien a su madre, nunca le prestaba la más mínima atención, había crecido viendo cómo la ignoraba y la miraba por encima del hombro, pero pobre de ella que se ausentara, no quería provocar la ira de su padre en contra su madre por su culpa.

En los meses siguientes se dedicó a mantener la distancia con su padre, hacía ejercicios en la oscuridad y soledad de su habitación. Se preparó para un nuevo ataque de su padre, no pensaba dejar que volviera a ponerle la mano encima a él o su madre; poco a poco recuperó su peso, sus músculos y su fuerza.

Su madre lo trataba como a un niño y le facilitaba las cosas al máximo, así nunca podría valerse por sí mismo; debía escapar, su compasión y comprensión lo exasperaban, la quería mucho pero lo agobiaba. Quería volver a su hacienda, recuperar su vida y hacer lo que pudiera con ella, no soportaba vivir bajo el mismo techo que su padre, odiaba escucharlo hablar de él, detestaba cómo le hablaba y trataba a su madre.

A una semana de las navidades del año 1969, supo que ya no aguantaba más la situación. Su madre no había vuelto a nombrar a Amanda desde que regresara, no sabía qué había cambiado. Ahora lo animaba a casarse y recuperar su vida, decidida a no dejarlo marchar si no era con una mujer que cuidara de él; si no era así ella se iría con él, y eso provocaría la ira de su padre, se sentía atado de pies y manos.

—Vuelvo a mi casa—anunció entrando en el despacho que su padre tenía en la mansión de estilo victoriano.

Dan dejó sobre la mesa la propuesta de negocio que le habían hecho en Michigan.

—Pues lárgate —le animó—, yo estoy harto de verte vagando por la casa como un fantasma, tu madre quiere que te cases, cástate y podrás marcharte.

—No quiero casarme padre —negó con la cabeza, abriendo y cerrando los puños para controlarse.

Dan no quería que su mujer se alejara de casa, no quería un escándalo, si su cabezota hijo se casaba lo perdería de vista, su mujer no seguiría lamentándose por él, lo dejaría tranquilo, todos ganarían con la situación y quizás, ese despojo que tenía por hijo podría darle un nieto, un heredero para sus negocios.

—Si quieres irte, tendrás que hacerlo —dijo seguro de que esa sería la solución a sus problemas.

—¡Tú no mandas sobre mí! —exclamó.

Dan miró a su hijo, puede que hubiera perdido la vista, pero algo de su espíritu guerrero quedaba en él, veía cómo las manos le temblaban de rabia. Lo que su hijo se había hecho era una auténtica pena. Ya no podría encargarse de su imperio, se había convertido en un inútil, en un bebé llorón que se pasaba el día encerrado con su madre. Margaret lo sobreprotegía, no soportaba lo que entre los dos estaban haciendo con el que una vez fue su hijo; poco quedaba de él, y lo que quedaba le parecía detestable.

—Si no hubieras ido a esa guerra, nada de esto habría pasado —le recriminó como hacía siempre que podía—; si te hubieras quedado aquí, como yo te dije, ahora estarías casado con Amanda, seguramente ya tendríais algún hijo, podrías enseñarle a montar a caballo, a pelear como yo te enseñé a ti, pero ya no podrás hacer nada de eso, John.

Johnny sintió que la sangre le hervía de pura rabia, si pudiera ver a su padre lo golpearía, lo haría con todas sus fuerzas, eran muchas las ocasiones en que había querido hacerlo, incluso antes de lo de Vietnam, y ahora se arrepentía de no haberlo hecho.

—Yo nunca habría educado a mi hijo a golpes —le contestó lleno de rabia, su padre disfrutaba torturándolo—, hubiese respetado a mi mujer como tú nunca has respetado a mamá.

—No importa lo que habrías hecho, a ver si te entra en la cabeza de una maldita vez, nadie va a respetarte a ti, porque eres un lisiado de mierda, un parásito.

Cómo disfrutaba su padre atormentándolo; para Johnny, a pesar de conocer el carácter de su padre, le resultaba increíble cómo se regodeaba en su desgracia.

—Tú eres un hijo de puta sin sentimientos ni corazón —estalló harto de sus vejaciones.

—No eres mejor que yo, hijo —dijo su padre manteniendo la calma.

Sintió que ya no lo aguantaba más, decidido se dirigió hasta su padre, este se adelantó a sus movimientos, su hijo había recuperado su fuerza, estaba seguro de que en esa habitación en la que se escondía levantaba peso, pues a pesar de que ya no trabajaba, sus músculos volvían a estar hinchados.

Johnny intentó golpearlo, se sentía como un idiota golpeando al aire, y eso lo cabreaba más, los golpes iban con más fuerza, pero ninguno impactaba contra su padre.

—¿Vas a golpear a tu viejo? —demandó Dan, incrédulo de lo que su hijo intentaba.

Aquello había sido un error por su parte. Desde que Johnny perdiera la vista, había aprendido a desarrollar sus otros sentidos, el olfato, el gusto, el tacto y sobre todo el oído, era cuestión de concentración. Su padre estaba a su izquierda, estiró el brazo izquierdo, ambos eran de la misma altura, lo cogió de la camisa sin ningún esfuerzo y, con el puño derecho, le golpeo la cara con todas sus fuerzas.

La ira, la frustración y la desesperación, hacían que su puño fuera de acero y disfrutó golpeándolo una segunda vez. Había soñado con aquello, no pensaba detenerse hasta que no se sintiera mejor.

Después del primer golpe, su padre intentó soltarse de su agarre, pero él no se lo permitió y volvió a golpearlo, en el estómago esta vez; oyó una exclamación silenciosa que escapaba de los labios de su padre, no era suficiente y siguió, hasta que la camisa se rompió y su padre escapo de su agarre.

Dan quería devolverle la paliza a su hijo, sería tan fácil que le pareció que no valía la pena, lo único que quería era que desapareciera de su vista.

—Buscaré una mujer, te casarás con ella y volverás a tu casa, no quiero volver a verte.

Salió del despacho y Johnny se dejó caer al suelo, lo golpeó con todas sus fuerzas.

—Johnny —escuchó que su madre lo llamaba.

No se movió de donde estaba, su madre no le perdonaría que hubiera golpeado a su padre, pero él lo merecía. Había estallado, debía cuidar sus espaldas, su padre no iba a dejar que aquello quedara así.

—Estoy aquí —le contestó a su madre.

Oyó cómo se acercaba, desde que se había roto el pie, sus pasos eran renqueantes, su madre no andaba bien y le partía el corazón saber que era culpa suya.

Se agachó junto a él, cogió su cara y buscó heridas, no tenía ni una. Después de ver la cara sangrienta de su marido sintió pánico por lo que este le hubiera hecho a su hijo, pero parecía que no lo había tocado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Margaret angustiada, mirándolo—. ¿Te ha hecho daño?

—No puedo seguir viviendo aquí —le contestó Johnny al borde de las lágrimas—, no puedo aguantar que siga torturándome cada día, me muero aquí dentro mamá, no lo aguanto más, deja que me vaya.

Margaret lo abrazó, debía dejarlo marchar y Amanda no iba a volver. Hacía un año que había estado con ella. Aquella mujer con mini falda, botas altísimas y demasiado escote, no tenía nada que ver con la chica recatada que salía con su hijo. A pesar de que ella quiso visitarlo, si no iba a volver con él le pidió que no lo hiciera, no quería verlo sufrir más.

—Deberías casarte, Johnny —le dijo su madre—, buscaremos una buena mujer, ella cuidará de ti y podrás volver a tu hacienda e intentar ser feliz, hijo. No permitiré que te vayas solo.

—No quiero casarme con una desconocida a la que no amo, mamá.

—Lo sé, pero podrías llegar a amarla, no soporto ver cómo sufres —dijo su madre en tono compasivo, un tono que Johnny no soportaba; necesitaba alejarse, no solo de su padre, también de su madre—; cástate, vuelve a tu casa y recomparte.

Los dos se quedaron callados.

Las lágrimas de Margaret mojaban su rostro a medida que estas salían de sus ojos; no quería que su madre sufriera y ser además él el causante de su sufrimiento, lo mejor que podía hacer era alejarse, volver a su casa y, si la única manera de que lo dejaran hacerlo era casándose, se casaría. Amanda no iba a volver.

—Lo haré —dijo al fin.

Su madre lo abrazó con todo su amor, ahora faltaba encontrar a la mujer idónea para él.

A la mañana siguiente, se reunió con su marido para decirle que Johnny se casaría y se marcharía. Dan estaba satisfecho, ya sabía quién sería su mujer, una chica preciosa a la que no podría ver; tenerla en la familia sería bueno, eso evitaría que la gente se fijara en él, era una chica joven, podría darle nietos, incluso con un poco de suerte podría darle algo más, después de todo su hijo era un despojo y él no.

Al llegar a la oficina le pidió a su nueva secretaria que localizara al señor Stewart.

—Buenos días, señor Stewart —dijo cuando lo tenía en línea—, he estudiado su oferta de venta o asociación, además conozco su precaria situación financiera y estoy dispuesto a hacerle una oferta.

Al otro lado de la línea a Roger le temblaron las piernas; se sentó, dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidiera. Le habían advertido que tenía que andarse con cuidado con el señor Reese, era un tiburón.

—Esa es una excelente noticia, me gustaría escuchar su oferta.

—Lo que le ofrezco es una asociación —le explicó—, yo asumiré todas sus deudas, invertiré el dinero para poder comprar la nueva maquinaria, todos los beneficios serán para usted.

No podía creerlo, no era una oferta, era su salvación, y tenía trampa, era demasiado bonito para ser cierto, nadie daba tanto por nada, y menos un millonario que era conocido por su garra en los negocios.

—¿Qué quiere a cambio? —preguntó tragando saliva.

—A su hija —le contestó y a Roger se le revolvieron las tripas—; como le dije, tengo un hijo, quiero que se casen y perderlo de vista, eso nos convertiría en familia y yo cuido de mi familia.

No, no podía vender a su hija, no podría cambiarla por su negocio.

—Mi hija no es una pertenencia de la que yo pueda disponer, puedo darle cualquier otra cosa.

—Esa es mi única oferta, tiene hasta final de año para pensarlo, después la oferta expirará, no volverá a saber nada de mí. —El corazón de Roger golpeaba con fuerza, era su única oportunidad de no perderlo todo. Dan, ante el silencio de su interlocutor, hizo su oferta más succulenta—. Antes de tomar una decisión piense que, si nuestros hijos se casan, seremos familia, cualquier persona mataría por ser de mi familia, a su hija no le faltaría de nada, viviría como una reina, sin tener que preocuparse por el trabajo o el dinero, incluso a su hijo, cuando vuelva de Vietnam, si es que vuelve —puntualizó—, y lo hace en buenas condiciones, no como el mío, podría darle un trabajo decente y bien pagado.

Roger lo escuchaba hablar, era cruel, no parecía tener ningún amor por su hijo.

—¿Qué le pasó a su hijo? —se obligó a preguntar.

No quería ni plantearse casar a Beth con un desconocido, dejarla en las manos de ese hombre, aún recordaba cómo él la miraba el día que se reunieron, pero muy a su pesar ya lo estaba haciendo.

—Es ciego, además se ha vuelto un blando, así que su hija no deberá preocuparse por él, pondré personas en el servicio de la casa para que lo atiendan, tendrá todo lo que quiera. ¿Qué me dice?

Era una buena oferta, no perdería ni la casa, ni las tierras, incluso se quedaría con los beneficios. Ese hombre no tenía ni idea de cómo era Beth, no podía aspirar a más, no era capaz de mantener un trabajo más de una semana, las labores de la casa eran un reto para ella. Si se casaba tendría dinero, no tendría que trabajar y él no tendría que preocuparse por ella, pero a pesar de todo no sabía si podría hacerlo.

—Debo pensarlo —dijo sintiéndose mareado—, debo hablarlo con Beth.

—Tiene hasta final de año para hacerlo, espero su llamada.

Roger oyó el pitido que indicaba que el señor Reese había acabado la comunicación, colgó el teléfono y se quedó allí sentado. Debía ir a trabajar, pero no se sentía capaz de levantarse de la silla.

Su mujer se había tenido que poner a trabajar por cuatro centavos, Beth no tenía ni idea de llevar la casa, solo servía como adorno, ella misma se había buscado aquello por su falta de interés en todo.

Antes de irse a trabajar, llamó a la puerta de Beth.

—Levántate, Beth —le ordenó mirándola hecha un bulto en la cama—, tu madre está trabajando y tú tienes que encargarte de la casa, ya puedes ir poniendo de tu parte.

Beth se despertó con las voces de su padre, su vida estaba a punto de cambiar, aunque ella no tenía ni idea de lo que se le avecinaba. Ignoró a su padre y se dio la vuelta en la cama. Roger negó con la cabeza, debía considerar la oferta de ese hombre al que despreciaba, debía hablar con su mujer.

Por la noche, al llegar a casa, encontró a su mujer haciendo la cena, tenía cara de fatiga, su hija estaba delante de una revista cuya portada era una descocada a la que se le veían los pechos más de lo decente.

Se sentaron a la mesa y Roger la bendijo:

—Bendice señor estos dones que vamos a recibir de tu bondad, por Cristo nuestro señor.

—Amén —contestó su madre.

Beth no dijo nada, no había mucho que agradecerle a Dios, la cena era más bien escasa.

Cenaron en un ambiente tenso, Roger estaba enfadado con Beth por no haber hecho nada en todo el día, por cargarle el trabajo de casa a su madre, cada vez veía más tentadora la oferta del señor Reese.

Cuando se fueron a dormir, le explicó a su mujer la oferta que le habían hecho, se la adornó tanto como pudo y, para su sorpresa, ella quería que lo hiciera, que su hija se casara con ese hombre.

—¿Estás segura? —le preguntó sin poder creerla.

—Completamente —contestó Rachel.

Su hija no iba a cumplir sus sueños, no iba a llegar a ser actriz, no valía, ni siquiera sabía mentir, lo único que conseguiría era que ese sinvergüenza de Robbie la dejara embarazada y tirada. El hijo de ese señor venía de una buena familia, le daría una buena vida y no tendría que trabajar, otra cosa para la que, por lo visto, era una negada. La echaría de menos, pero confiaba en que se cuidaría y viviría bien.

Roger llamó al día siguiente al señor Reese para aceptar su oferta, este se mostró complacido. Prepararía todo para que el enlace fuera a finales de año y, en cuanto estuvieran casados, pagaría sus deudas.

Roger se sentía morir, su mala inversión había conseguido que tuviera que vender a su hija para poder recuperar su casa, su estabilidad económica. Beth no le perdonaría aquello.

Los días pasaban y no encontraba la forma de decirle a su hija que iba a casarse, que debía hacerlo para salvar a la familia. Beth no era sacrificada. Veía cómo su madre llegaba molida casi cuando se hacía de noche, después de haberse ido de madrugada de casa, y no era capaz ni de pasar el aspirador, o fregar los platos, ni hacer las camas, no hacía nada a pesar de ver cómo su madre se fatigaba día a día.

—Beth —dijo entrando a su habitación a tres días de navidad—, tenemos que hablar.

Beth se sentó en la cama con las piernas cruzadas, ya imaginaba lo que su padre iba a decirle, estaba asqueada, eran pobres y necesitaba una nueva crema para la cara, su madre no quiso comprársela.

—Ya sé que no habrá regalos este año, que somos pobres y nos moriremos de hambre.

—Tú puedes cambiar eso, Beth.

—No sé cómo —se encogió de hombros.

Pensó que su padre le habría buscado un nuevo trabajo, ella no creía tener la culpa de que los trabajos no le duraran, la culpa era de él por los trabajos que le buscaba.

—Vas a casarte —anunció.

—¿Qué? —exclamó poniéndose de pie—. ¿Es porque me acosté con

Robbie?

Se sentía decepcionada y traicionada por su madre, ni un par de meses le había guardado el secreto.

Roger miró a su hija intentando procesar lo que acababa de decir, no podía creer que hubiera escuchado bien, su hija tenía muchos defectos, pero no era una descocada o una fulana, ella no se acostaría con un chico sin antes casarse, no era así como la habían educado.

—¿Cómo has dicho, Elisabeth? —intentó aparentar una calma que no sentía.

—Le dije a mamá que no volvería a hacerlo —aclaró—, y al final no estoy embarazada...

Su padre no lo soportó más, no quería escuchar una palabra más de su hija, con manos temblorosas a causa de la rabia le dio una bofetada a Beth que hizo que su cara se girara y cerrara la boca.

Beth no esperaba la bofetada, lo miró con los ojos abiertos como platos y la cara ardiente por el impacto, no era la primera, pero desde luego era la más fuerte que había recibido, le había alcanzado el oído y este le pitaba.

—¿Te has acostado con Robbie? —demandó cogiéndola de los brazos—. ¡Contesta, Elisabeth! —la zarandeo y ella lo miraba atemorizada—. ¿Has estado con Robbie? —gritó.

Beth no sabía qué decir, si le mentía se llevaría otra bofetada, si le decía la verdad, sería peor.

—Yo, yo no lo sabía, papá —intento zafarse de su agarre—, me haces daño —se quejó asustada—, suéltame por favor, papá.

—Me has avergonzado, Elisabeth, vas a casarte y no vas a volver a ver a ese chico.

¿Qué? Se preguntó Beth, si no iba a volver a ver a Robbie, ¿con quién se suponía que debía casarse? Su padre la empujó con fuerza y se cayó al suelo, dándose en la frente contra la cómoda.

Roger no se sintió mal por haber golpeado a su hija, las manos le temblaban por darle unos azotes, se sentía avergonzado del comportamiento de Beth, muy decepcionado.

Beth sintió el golpe y fue peor que el anterior, le iba a dejar marca, su cara marcada, aquello no podía soportarlo. Ella había confesado, había pedido perdón y Dios la había perdonado, no estaba embarazada.

—¿Con quién crees que voy a casarme si no es con Robbie? —se giró para mirarlo.

—¿Con quién creo, Elisabeth? —demandó lleno de rabia—. ¡Eres mi hija y te casarás con quien yo te diga, y no quiero ni verte abrir la boca! —le advirtió colérico viendo cómo ella lo desafiaba con la mirada.

—¡No voy a casarme si no es con Robbie! —gritó ignorando el chichón que le iba a salir en la frente.

—¡Harás lo que yo te diga! —exclamó Roger, que apenas podía contenerse de lo enfadado que estaba.

—¡No! —gritó ella de vuelta, poniéndose de pie, a su altura.

—¡Sí! —se acercó su padre, dispuesto a darle otra bofetada si lo ponía a prueba.

—¿Con quién quieres casarme? —demandó con la respiración acelerada.

—Con un hombre que no mereces, un hombre decente, al que no le dirás que te has entregado a otro, me has avergonzado. Te irás de esta casa y vivirás con él, si quieres puedes ir preparando tus cosas, la semana que viene te irás a Tejas, con o sin ellas.

Su padre salió de la habitación y ella miró la puerta, fue detrás de él.

—¿A Tejas? —se preguntó qué pintaba ella en Tejas y recordó a aquel hombre de mirada sucia de los terrenos—. ¿Me has vendido? —lo alcanzó en el pasillo y, llena de rabia, lo empujó por detrás, algo que no debió hacer—. ¿Yo tengo que pagar que tú hayas llevado a tu familia a la ruina?

—Elisabeth —intervino su madre, que estaba llegando a casa cuando oyó los gritos.

—¿Ya sabes lo que quiere hacer tu marido? —la atacó a ella—. ¡Quiere venderme!

—Harás lo que tu padre te diga y no hay más que hablar —dijo su madre tajante.

No podía creer que su madre ya lo supiera, que los dos estuvieran de acuerdo en venderla, el corazón le iba a toda máquina mientras la boca se le secaba, pero eso no le impediría gritar.

—¡No pienso casarme con ese hombre! —gritó con todas sus fuerzas haciéndose daño en la garganta.

Roger no podía aguantar las ganas de volver a abofetearla, la cogió del brazo y la llevó a su habitación.

—Si no quieres que te dé una paliza, quédate aquí y no vuelvas a salir hasta que te lo diga —la empujó dentro—, porque te juro que cada vez que recuerdo lo que has hecho con ese chico quiero matarte.

Beth vio la puerta cerrarse en su cara, nunca se había sentido como en aquel momento, era pura rabia e indignación.

—¡Pues mátame! —salió ella gritando al momento, prefería que la matara a tener que casarse con ese viejo que podría ser su padre, se lo imaginaba tocándola y sentía ganas de vomitar—. ¡Mátame!

—Elisabeth, ya está bien —le dijo su madre intentando cogerla.

—¡No! —gritó—. No está bien, no pienso casarme, yo no tengo por qué pagar sus errores —señaló a su padre con dedo acusador—, por eso quería que fuera con él, para exhibirme como un trozo de carne.

Otra bofetada, esta vez de su madre, la miró sin creer que lo hubiera hecho, el de las bofetadas y las cachetadas en el culo era su padre, su madre era la buena.

—Métete en tu cuarto ahora mismo —señaló la habitación—, cuando te relajamos hablaremos.

Beth sentía la cara arder, se dio la vuelta y se metió en la habitación, cerró de un portazo, deseando ser suficientemente fuerte para tirarla abajo; pero no lo era y se lio a patadas con ella. Le daba igual volver a recibir otro golpe, prefería tener la cara llena de marcas para que ese hombre no quisiera casarse con ella.

Margaret, al otro lado de la puerta, cogió a su marido del pecho para que no entrara y abofeteara a su hija. Beth a veces tenía carácter, pero no la había visto con una rabieta así desde que era una niña, enseguida se le pasaría y podría hablar con ella, debía irse haciendo a la idea.

Dejó de golpear la puerta y la atrancó con una silla, tenía un carácter tranquilo, nunca se enfadaba de aquella forma, pero sus padres estaban locos si pensaban que se iba a casar con ese hombre.

Se miró en el espejo, como hacía cada día, varias veces al día en realidad, le gustaba mirarse, le gustaba lo que veía. En ese momento, por primera vez en la vida, no deseaba ser como era, por primera vez deseaba ser normal, incluso fea, cualquier cosa antes que casarse con ese viejo mirón.

Cogió la bola de cristal que su hermano le regaló cuando hizo la primera comunión; dentro de la misma había un angelito rezando, no recordaba que su hermano le regalara nada más en la vida. La tiró contra el espejo con todas sus fuerzas, no quería verse; el espejo estalló ante sus ojos, creyó verse a sí misma rota en cada pedazo mientras caían al suelo, con un ruido escandaloso y potente.

Cuando Roger oyó los cristales romperse se apartó de su mujer e intentó abrir la habitación. Beth la había atrancado con algo, quizás es lo que hacía cuando iba su novio a verla, se colaba por la ventana de la habitación y se aprovechaba de la tonta de su hija. La sangre le hervía al imaginarlo.

Beth se agachó frente a los trozos de espejo, cogió uno de los más grandes y se lo llevó a la mejilla; si se desfiguraba, aquel hombre ya no la querría. Se sobresaltó cuando sus padres intentaron abrir la puerta al otro lado y se clavó el trozo de espejo, que le hizo un corte en la mejilla; las lágrimas escaparon de sus ojos, no podía hacerlo, no podría hacerse aquello, no era suficientemente fuerte ni valiente para dañarse a sí misma de ese modo. No podría soportar el dolor, ni podría volverse a mirar en un espejo.

—¡Abre ahora mismo la puerta, Elisabeth! —gritaba su padre desde el pasillo.

—¡No voy a casarme con él! —gritó.

Se cogió la cola de caballo y, sin pensarlo, la cortó con el trozo de espejo afilado; cuando la tuvo en la mano sintió que su corazón se rompía, su pelo, lloró con más fuerza, su hermosa cabellera, su signo de identidad, con un movimiento de pelo podía hacer que la gente la mirara embobada, y ya no estaba.

Las manos le temblaban, su padre empezó a golpear la puerta mientras no dejaba de gritarle que abriera; tiró el espejo y el pelo al suelo, tenía sangre en

las manos.

No podía cambiar quién era ni ser otra persona, y no iba a casarse con ese hombre. Se marcharía con Robbie, él se casaría con ella para que no pudiera casarse con otro, lo haría, él no podía haberla olvidado, no después de lo que pasó la última vez que se vieron, a pesar de no haber contestado a sus cartas.

Cogió su hucha y la metió en el bolso, solo esperaba que hubiera suficiente dinero para llegar hasta Robbie; abrió la ventana y un fuerte frío la golpeó, fuera estaba nevando. Se puso el abrigo antes de que su padre tirara la puerta abajo, bajó por el desagüe y se marchó sin mirar atrás.

No le resultó fácil llegar hasta Roselawn, donde podría coger un autobús; su padre nunca quiso enseñarla a conducir, decía que aquello era para hombres. Lo que debía ser un viaje en bici de veinte minutos se convirtió en uno de más de cuarenta, debido al frío y la nieve.

Al llegar a la estación estaba cerrada, no podía volver a casa. Pensó dónde podía ir, el único sitio que se le ocurría, donde sabía que sus padres no la buscarían y podría pasar la noche, era el establo de la casa de Estefany; llevaba desde final de curso sin hablar con ella, no la buscarían allí. Además estaba en Thayer, a mitad de camino de Shelby, ni siquiera tendría que cruzar el río Kankakee, que estaba congelado.

Estefany siempre había sido su mejor amiga, prácticamente su única amiga de verdad, pero habían dejado de hablarse poco después de que empezara a salir con Robbie. Se inventó que había visto a Robbie con otra chica besándose en el cine, era una envidiosa, Robbie estaba con ella.

No le costó entrar en el establo, guardaban una llave debajo del farol; en lo que no había pensado era en que estaba lleno de animales, fuera seguía nevado, estaba todo congelado y estaban todos allí. A ella le aterraban los animales, no le gustaban, de ningún tipo, ni siquiera las dulces y pacíficas ovejas. A pesar de estar cerrado hacía mucho frío, y apestaba, no tenía luz y le daba miedo que alguno de los animales la atacara. Se escondió detrás de la bicicleta, se hizo un ovillo junto a la puerta, procurando moverse lo menos posible para no incomodar a ningún animal, y esperó a que se hiciera de día para ir a la estación.

Apenas pudo dar un par de cabezadas, tenía demasiado frío y miedo para dormirse, cuando podría ser devorada por una vaca o un caballo. Cuando a través de los huecos de los tablones vio que salía el sol, salió oliendo igual que cualquiera de esos animales, cubriéndose la cara con la capucha del abrigo.

Llegar hasta la universidad Carbondale del Sur de Illinois no fue difícil, cogió un autobús hasta Jennings, que tardó más de cinco horas en dejarla allí. Desde allí cogió otro autobús que la dejó en la universidad Carbondale. La gente la miraba, pero no de la forma en que ella estaba acostumbrada, apestaba a caca de vaca y debía tener un aspecto terrible después de pasarse la noche llorando.

Esperaba encontrar un edificio y que dentro estuviera Robbie, aquello era muy grande, había muchas facultades distintas y residencias, muchísima gente por todo el campus a pesar de la nieve. No tenía ni idea de por dónde empezar a buscar a Robbie, aquello sería mucho más difícil de lo que había imaginado; además, se sentía avergonzada de su aspecto, eso era nuevo para ella. Negó con la cabeza, convenciéndose de que no se iba a rendir, había llegado hasta allí, nunca se había alejado tanto sola, podía hacerlo.

Preguntó a un chico con gafas y cara de empollón, él la acompañó hasta el edificio de información y allí le dijeron cuál era la residencia de Robbie, se suponía que debía estar en clase. Era el último día antes de las vacaciones de navidad, esperaba que no se hubiera marchado a casa, no tenía dinero para volver a Shelby, tendría que llamarlo y se enfadaría.

—¿Quieres que te acompañe? —le ofreció el empollón.

Beth mostró su mejor sonrisa, su aspecto era desastroso, olía a animal y a caca, seguramente tenía la cara llena de churretes, llevaba dieciocho horas sin mirarse en un espejo y le daba terror ver lo que se había hecho en un acto desesperado en lugar de pensar. Robbie la sacaría del embrollo, sería su salvador.

—Te lo agradecería de veras —le contestó agradecida.

—Parece que has pasado una mala noche —dijo él mientras la guiaba por el enorme campus.

—Sí, he dormido en un granero, con los animales, me he escapado de casa, mis padres me han vendido, quieren que me case con un viejo verde que tiene

la edad de mi padre.

—Eso es horrible —dijo el chico—, además de ilegal.

Beth se encogió de hombros, era horrible, y lo que se había hecho en el pelo era aún peor; cuando Robbie la viera fliparía, pero él la ayudaría, él la salvaría, intentaba convencerse que todo acabaría con él.

Estaban llegando a la residencia de Robbie cuando lo vio a lo lejos, estaba en un banco con varias personas, un grupo de chicos y chicas. Corrió en su dirección cuando se dio cuenta de que rodeaba a una chica que estaba sentada a su lado, protegiéndola del frío; frenó en seco intentando comprender qué estaba pasando, y entonces la besó en la boca, delante de todos, y ella le devolvió el beso.

Quería morirse.

¿Se suponía que ese era su salvador? ¿El mismo que besaba a la chica del pelo negro y gorro de papá Noel? Había llegado hasta él para encontrarlo besando a otra, lo miraba sin comprender nada.

A pesar del agotamiento y la fatiga, fue hasta él y se plantó allí, delante de sus amigos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

El chico que tenía al lado se apartó de ella, riéndose; cuando Robbie la miró, su cara enrojeció.

—¡Eli! —exclamó soltando a la chica—. ¿Qué haces aquí? —se levantó del banco—. ¿Qué ha pasado? —se acercó hasta ella—. ¿A qué hueles? —demandó apartándose de ella con cara de asco.

Robbie no comprendía qué hacía allí, cómo lo había localizado y qué le había pasado; esa no era su chica, olía fatal y estaba hecha una mierda, había perdido todo su encanto. Lo estaba avergonzando.

—¿Quién es esa chica? —intentó no precipitarse de nuevo, como le había pasado con el pelo.

Robbie no iba a permitir que lo dejara en evidencia.

—Ven —la cogió de la mano y la apartó del grupo—, es una amiga, no es nada más que eso.

—He visto cómo la besabas —le reprochó enfadada—. ¿Te gustaría que yo besara a otros?

—No —contestó él, una cosa era lo que hiciera él y otra ella—, solo era un juego, no significa nada.

Lo miró preguntándose qué debía hacer, en otras circunstancias lo mandaría a la mierda, esa chica no le llegaba a la suela de los zapatos, pero las circunstancias eran las que eran, solo lo tenía a él.

—He estado muy angustiada, te he estado escribiendo.

—¿De veras? —hizo ver que no sabía de qué le hablaba—. No he recibido tus cartas.

—¿De veras? —demandó ella poco convencida.

Beth pensó que todo tenía sentido, Robbie no había recibido sus cartas, por eso no la había llamado. Debía olvidarse de la chica del gorro de papá Noel y centrarse en el problemón que tenía.

—¿Qué te ha pasado, Eli? Tienes una pinta horrible y hueles peor.

—Eso no es lo peor.

—No creo que haya algo peor al olor que desprendes.

Beth se quitó el gorro del abrigo y le mostró el pelo, se lo tiró hacia delante, intentó peinárselo y notó los trasquilones por todas partes; no creía ser capaz de volver a mirarse al espejo de nuevo.

—¡Tu pelo! —exclamó Robbie espantado mirándola—. ¿Qué ha pasado?

—Tienes que casarte conmigo, Robbie.

—¿Pero qué dices? —le contestó apartándose de ella.

—Quieren que me case con un hombre que tiene al menos la edad de mi padre —le explicó—, mis padres me han vendido, me he escapado para estar contigo —dijo llena de esperanza; pensó que, cuando lo encontrara, se sentiría tranquila, esperaba sentirse relajada sabiendo que él la cuidaría, pero se sentía dubitativa e insegura—; cuando nos casemos, no podrán obligarme a estar con ese viejo, podremos estar juntos —Robbie la miraba con incredulidad—. ¿Eso es lo que queremos, no? —preguntó indecisa.

Robbie no quería estar con ella, la había engañado con varias chicas desde que llegó a la universidad, incluso antes de irse. Beth lo sabía, su amiga se lo había dicho, pero no quiso creerlo. Volvió para cortar con ella, pero no pudo hacerlo. Ahora sí podía, ella había perdido todo ese encanto que la hacía irresistible.

—No voy a casarme contigo —se sinceró—, no quiero estar contigo.

—¿Qué? —exclamó ella sin creerlo, al darse cuenta de que su madre tenía razón y había sido una tonta.

—Quise decírtelo cuando fui a verte —dijo viendo el dolor en su mirada gris—, pero no pude.

Sentía unas ganas terribles de llorar, el mundo se desmoronaba a su alrededor, se sentía como el espejo de su habitación, rompiéndose en mil pedazos.

—Te di mi virginidad —dijo asqueada—, hice eso por ti, pasé por un infierno pensando que estaba embarazada mientras tú no respondías a mis cartas. Tuve que aguantar a mi madre, escuchar todo lo que opinaba de ti y te defendí, pero ella tenía razón, te has aprovechado de mí, eres un cerdo —comprendió.

—Lo hiciste porque quisiste —le contestó molesto de que se lo echara en cara—, me da igual lo que diga tu madre. ¿De verdad pensabas que nos íbamos a ir a Los Ángeles? —Beth apartó la vista, no podía seguir mirándolo—. ¿De verdad piensas que las cosas funcionan así?

Aquello era humillante, no solo estaba rompiendo con ella, sino que además se estaba burlando.

Le dio una bofetada con todas las ganas.

—Eres un cerdo, no quiero volver a verte, olvídate de mí.

Robbie quería devolverle el golpe, se había atrevido a pegarlo y encima delante de sus amigos.

—A ver si te enteras, Beth —dijo su nombre con desprecio—, me olvidé de ti en cuanto salí de esa urbanización y vi que las chicas, además de calentarte la polla —Beth abrió la boca sin creer lo que estaba diciendo—, también saben utilizarla, no como tú, que eres frívola, estrecha y frígida.

Beth no sabía lo que era frígida, puede que fuera frívola, lo era, y ser

estrecha, aunque él lo dijera como un insulto, era una virtud. A pesar de eso, sus insultos o intentos le dolían, se sentía una desgraciada.

—Que te den —fue lo único que acertó a decir.

—Que te den a ti, guapa —le contestó Robbie deseando perderla de vista—, a ver ahora a quién le cuelgas el muerto, porque estás acostumbrada a obtener lo que quieres a base de movimientos de cabello y pestañas, pero ahora mírate, das pena.

—Tú sí que das pena —contestó herida e intentando ocultar las ganas de llorar que sus duras y crueles palabras le provocaban—, nunca, nunca vas a estar con una chica como yo.

—Esa es la idea —se rio Robbie de ella y quiso abofetearlo de nuevo—, contigo he quedado harto, y ahora lárgate, me da vergüenza que la gente me vea contigo.

Ese era el peor insulto que podía hacerle, ambos lo sabían, quería herirla y bien por él, lo había conseguido.

Robbie se dio la vuelta mientras ella, petrificada, observaba cómo él volvía al banco y chocaba los cinco con uno de sus amigos. Cogió la cara de la chica con el gorrito de papá Noel, volvió a mirar a Beth, y la besó.

Se dio media vuelta incapaz de seguir allí, buscó una cabina y llamó a su casa.

Seis: Un almuerzo movidito

—Tendrías que haberte cortado el pelo —dijo su madre arreglándole el cabello leonado hacia atrás, que casi le llegaba a los hombros—, así pareces un bárbaro.

—¿Me he afeitado, no?

—Gracias a Dios.

—Dios no tiene nada que ver en esto —dijo cabreado.

Johnny no soportaba la mención de Dios. Margaret tenía miedo de que este se vengara de su hijo por haberse vuelto un impío, ni siquiera los acompañaba a misa los domingos.

—Tu padre me ha dicho que tu prometida es joven y muy guapa, se llama Elisabeth, estoy deseando conocerla —dijo emocionada—, dice que es una mujer muy agradable.

Johnny afirmó con la cabeza mientras su madre le anudaba la corbata, preguntándose qué más le daba a él si la mujer era guapa o no, cuando no podía verla; a él, con que lo dejara tranquilo, era suficiente.

Habían llegado la noche anterior a Chicago, después de un largo viaje en coche de casi doce horas; su padre, por supuesto, había ido en avión, él no iba a aguantar ese viaje. La vuelta la haría con su ya esposa, su madre se marcharía en avión con su padre, ella sí podía volar; él había vuelto a intentarlo, pero había tenido una crisis de ansiedad. Los médicos decían que era estrés postraumático y le daban medicamentos que él no tomaba; cuando volviera a su casa todo terminaría, con un poco de suerte hasta las jaquecas cesarían.

Su padre tenía oficinas en Chicago, viajaba mucho hasta allí, aunque él creía que tenía algo más que negocios. En el estado vecino, en un lugar llamado Shelby, en el condado de Jasper, Illinois, vivía su prometida; la palabra aún se le atragantaba. Maldecía por no haberse casado con Amanda cuando pudo hacerlo. Ahora iba a casarse con una desconocida a la que conocería en un almuerzo; ambas madres se habían empeñado, la boda sería por la tarde; buscó consuelo en que al menos, al día siguiente, estaría en su hacienda.

Bajaron al vestíbulo del hotel y, al salir del ascensor, se pegó a la espalda de su madre y la cogió del hombro; en casa podía guiarse, allí no conocía la distribución y lo del bastón no lo llevaba bien. El ruido incesante de gente moviéndose a su alrededor le disgustaba y le provocaba jaqueca, no podía concentrarse.

No tenía ningún interés en conocer a sus suegros, ni a ella; aún no los conocía y ya le parecían detestables. No sabía qué le había ofrecido su padre pero estaba seguro de que los había comprado.

Su madre le dijo a alguien del servicio que tenían una mesa reservada; siguió a su madre.

—Es aquí, Johnny —le dijo Margaret—, siéntate aquí. —Lo guió hasta la silla. Se veía a la legua que estaba nervioso, algo que antes de Vietnam sabía disimular muy bien

Johnny dejó que su madre lo guiara, cogió la silla y palpó hasta encontrar la mesa; se sentó y tanteó la misma para saber qué tenía delante y se puso la servilleta sobre las piernas.

—¿Cómo es esto mamá? —le preguntó algo más relajado, al menos allí el bullicio era menor.

Podía oír conversaciones lejanas, ruido de cubertería, pero era un sonido amortiguado.

—El hotel es muy bonito, es elegante, las sillas y las cortinas son rojas —dijo mirando a su alrededor—, todo muy señorial, aunque un poco tosco; aun así es bonito. El reservado está separado del gran comedor, delante nuestro tenemos dos grandes ventanales desde donde se ve el jardín.

—¿Sigue nevando? —demandó.

Nieve, podría haber visto nieve, por Tejas no se veía mucha, él ya nunca la vería y todo era una mierda; sabía que no volvería a ver, pero aun así esa certeza lo machacaba cada día como si fuera algo nuevo. Era doloroso e irritante, deseaba superarlo, no volvería a ver, era un hecho, pero no era capaz de hacerlo.

—No —contestó mirando por la ventana—, pero está nevado, todo está lleno de blanco, rojo y dorado, unas navidades de verdad, no como las que tenemos en el sur; al menos no tenemos que soportar este horrible frío —afirmó con la cabeza de acuerdo, si no podía ver la nieve no quería sufrir su frío—. Estamos en una mesa redonda con seis comensales, estoy nerviosa por conocerla —le confesó.

—¿Nos iremos en cuanto acabe la boda, verdad? —se aseguró.

—Sí hijo, tranquilo —le había hecho aquella pregunta una docena de veces—. Nana y su hija están preparando la hacienda; he convencido a tu padre para que ellas se queden allí para ayudar a Elisabeth con las tareas de la casa, estarás bien con ellas, seguro que Elisabeth es una gran mujer.

Se preguntaba qué clase de persona sería la tal Elisabeth, ya que tendría que vivir con ella. Vietnam le había cambiado mucho, su carácter era cambiante, intentaba estar bien, pero lo cierto es que estaba frustrado y agotado. Creía ser más paciente, pero no quería serlo con ella, quería que lo dejara tranquilo. Siempre había tenido carácter y eso no había cambiado, le habían robado su independencia y eso le hacía vulnerable; él creía que esa vulnerabilidad era lo peor, estaba amargado. Esperaba encontrar la paz en su casa, en sus tierras, ahí estaban todas sus esperanzas, pero no olvidaba que la esperanza era un arma de doble filo.

En el vestíbulo, Dan esperaba a sus futuros consuegros y a ese bombón con el que iba a casarse su hijo; estaba deseando ver a esa dulce y excitante jovencita. Su hijo no merecía tanto, pero sería interesante tenerla en la familia, al menos la gente desviaría la vista de su hijo para fijarse en la hermosa mujer.

Al primero que vio entrar fue al señor Stewart, detrás de él iba la hermosa chica y una mujer más menuda que la cogía por la cintura como si la obligara a moverse. Se dirigió hacia ellos.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó tendiéndole la mano al señor Stewart.

—Bien, Chicago está relativamente cerca —le soltó la mano Roger—; le presentó a mi esposa, Rachel.

—Es un placer señor Reese —le ofreció la mano y él la estrechó mientras ella lo analizaba.

Era atractivo, su piel estaba ligeramente bronceada, llevaba el pelo corto, oscuro y entrecano peinado hacia atrás y su traje parecía caro, como el hotel; se sentía fuera de lugar, no estaba acostumbrada a tanto lujo. Se moría de ganas de conocer a su hijo, quería saber cómo era, asegurarse de que trataría bien a Beth. Le había rogado a Dios que la ayudara con su hija y los negocios, y esa había sido su respuesta.

—Oh, por favor —dijo con teatralidad—, llámeme Dan, pronto seremos familia. Ya veo de dónde ha heredado su belleza Elisabeth —dijo fijándose en la joven. No era cierto; la mujer, para su edad, estaba bien, pero estaba seguro de que de joven no fue tan hermosa como lo era su hija—. Es un placer verte de nuevo.

Cogió la mano de la joven y la besó; se había cortado el pelo, demasiado para su gusto, era un peinado muy poco femenino, aun así su belleza seguía

ahí, inamovible. Esperó a que le contestara, pero no lo hizo.

Beth se sentía como si todo aquello fuera irreal; a pesar de ello deseaba decir que estaba allí contra su voluntad, que se casaría por obligación, que ser de su familia, y en especial su compañía, la asqueaba más que la complacía, pero le había prometido a su madre que mantendría la boca cerrada y eso haría.

—He reservado una suite —anunció— para que Elisabeth pueda prepararse; pueden dejar allí sus cosas —volvió a centrarse en Beth. Su madre, contrariada, veía cómo ese hombre la miraba y no le hacía gracia—. Supongo que habrás traído todas tus cosas, después de la ceremonia nos marcharemos.

Beth se quedó callada de nuevo, había tenido una semana para hacerse a la idea, pero aún le costaba digerir lo que estaba pasando, creía que se había hecho a la idea, pero no era así.

—Discúlpela —dijo su madre—, está nerviosa, cualquier novia lo está antes de su boda —dijo con una risa estridente y forzada.

Un botones con todas sus cosas llegó hasta ellos. Dan dijo que los acompañaría a la suite para que dejaran todos sus enseres. Beth le dijo a su madre que prefería quedarse en el hall del hotel. Rachel que no se fiaba un pelo de su hija, así que decidió quedarse con ella, tenía miedo de que intentara huir de nuevo.

Dan observó cómo la chica se quitaba el abrigo; bajo él, llevaba un vestido hasta las rodillas de color blanco, con una rebeca del mismo color. Se obligó a dejar de mirarla.

Los hombres, con el botones, se marcharon. Beth fue hasta una de esas sillas tan señoriales, doradas y rojas, y se sentó. Recordó cómo había acabado allí, se sentía estúpida y odiaba a sus padres y a Robbie.

—Beth —la llamó su madre—, vamos —le tendió la mano—, ha llegado el momento —parecía que todo iba a cámara lenta, como en una pesadilla. En un gesto cotidiano iba a apartarse el pelo, pero ya no estaba. Cogió la mano que su madre le tendía y se puso en pie, las piernas eran de gelatina—. Por favor Elisabeth —dijo su madre preocupada en voz baja—, sé que no es esto lo que quieres, sé que tenías sueños, pero Dios nos ha enseñado que debemos ser sacrificados, ha llegado el momento de que tú lo seas, de que aprendas esa lección, por Dios y por el bien de la familia.

No quería saber nada de Dios, ni del bien de la familia. La avaricia era un pecado, pero fue su padre quien lo había cometido, tenían cuanto necesitaban y él quiso más, quien debía sacrificarse era él, no ella.

Los dos hombres iban delante mientras ella era empujada por su madre, que la cogía de la cintura. Entraron en el comedor más grande que había visto nunca, pero también era la primera vez que estaba en un hotel. Todos los que estaban allí vestían de forma anticuada, cuanto más color más moderno, y a ella le encantaban los estampados; a su madre no, y la obligaban a vestir con esa ropa de colores apagados. Esa gente, salvo alguna excepción, vestía con los mismos colores aburridos.

Margaret seguía hablando con su hijo, parecía que había recuperado su aplomo, la inseguridad había desaparecido, por momentos le parecía el chico duro que había sido años atrás, antes de la guerra.

Esperaba que su marido hubiera acertado con la mujer, quería que su hijo encontrara la paz que no podía alcanzar en su casa, que Elisabeth le diera motivos para ser feliz, que lo hiciera sonreír de nuevo.

Por el rabillo del ojo vio a su marido entrando en el reservado.

—Ahí viene tu padre —le dijo en voz baja para que estuviera atento—, junto a él viene el que imagino debe ser el señor Stewart.

Johnny oyó como la silla de su madre corría por el suelo, se había puesto de pie y él hizo lo propio.

—Roger —oyó Johnny la voz de su padre—, ella es mi mujer, Margaret.

—Es un placer —le estrechó Roger la mano a la señora, pero apenas la miró, observaba a su hijo.

—Él es mi hijo, John.

Johnny alzó la mano hacia delante, esperando que él la estrechara, y al momento lo hizo.

Beth miraba la escena un paso por detrás, como si fuera una espectadora y eso no fuera con ella, nada más lejos de la realidad. Estaban allí por ella y por ese hombre al que su padre estrechaba la mano.

El hombre al que sus padres la habían vendido, porque para ella no había otra manera de llamarlo, era alto, de espalda ancha, musculado. Tenía la piel bronceada, era moreno de ojos pequeños y marrones, el pelo largo casi hasta los hombros, mucho más que ella; se llevó la mano a la nuca, acariciando su pelo corto. No era guapo, aunque tampoco era feo, tenía algo, además de una nariz alargada y grande. Beth pensó que era mucho mayor que ella, al menos quince años, demasiado mayor.

Margaret cogió la servilleta que su hijo tenía sobre las piernas y había caído al suelo al ponerse de pie. Beth, que observaba con interés, se preguntó si siempre se lo hacían todo, ella no era displicente.

—Encantado, John —dijo Roger soltándole la mano, nada convencido de casar a su hija con ese hombre; era muy grande, demasiado grande, y más mayor de lo que esperaba—, ella es mi mujer, Rachel.

Johnny mantuvo la mano alzada y estrechó la mano de la mujer, mucho más pequeña que la de su marido, también más suave, aunque no tanto como las manos de su madre.

—Es un placer señora —dijo educadamente.

Rachel pensó que el hombre era educado, a pesar de su aspecto con ese cabello largo; parecía que tenía modales, era mucho mayor que su hija y, a pesar de que no era guapo, era atractivo, muy atractivo en realidad; dudaba que su hija fuera capaz de ver eso en él, ella era demasiado joven e inmadura.

Soltó la mano del hombre y cogió la cintura de su hija, la hizo ponerse junto a ella.

—Esta es mi hija, Elisabeth —dijo Rachel ofreciéndole a su hija.

No había sido capaz de decirle a su hija que el hombre con el que iba a casarse era invidente. Ella estaba tan enamorada de sí misma, de su físico y aspecto, que no sabía cómo le sentaría aquello.

Su madre la empujó ligeramente. Beth miró la mano que su futuro marido tenía tendida para ella, miró al resto, sus padres y los de él, todos la miraban, pero él no lo hacía, miraba en dirección a su padre.

Johnny esperó sentir la mano de la mujer y, cuando estaba a punto de retirar la suya, una mano sumamente cálida y suave la estrechó. Se tomó la libertad de rodearla con la otra mano. Como le había parecido era suave como la seda, parecía la mano de una mujer joven; su madre ya le había advertido que ella era joven y guapa, seguramente se cuidaba, aquella suavidad en su mano así lo indicaba.

—Es un placer, Elisabeth —dijo y después le soltó la mano.

Johnny esperó escuchar la voz de la joven, pero ella no dijo nada.

Beth lo observó esperando que se fijara en ella, pero su mirada estaba clavada en su hombro; no había hecho ninguna exclamación, ni parecía impresionado por ella, como le pasaba a todo el mundo cuando la conocían; él no, seguía con los labios estirados en una mueca en forma de sonrisa que no expresaba nada.

—Yo soy Margaret —se presentó la madre de Johnny. Tenía muchas ganas de conocer a la muchacha. Era más joven de lo que imaginaba, pero no había duda de que era muy bonita, mucho; deseó que su hijo pudiera verla, se enamoraría de ella, era como un ángel. Sus ojos se veían atemorizados, a pesar de ello, era preciosa, y deseó que fuera igual de bonita por dentro—, eres muy guapa, Elisabeth.

—Me llamo Beth —corrigió a la agradable mujer.

La mujer le sonrió afablemente y se presentó a su madre; ella volvió su atención al hombre con el que se iba a casar, él seguía sin centrar su mirada en ella.

—Ahora que ya están las presentaciones hechas, sentémonos —dijo el padre de Johnny.

—Siéntate aquí, Beth —le ofreció la madre de Johnny un asiento junto a su hijo.

Beth afirmó y se sentó donde la señora le había pedido; se relamió los labios secos, se le secaban cuando estaba nerviosa, y estaba muy nerviosa a pesar de intentar aparentar. Ambas madres se sentaron junto a sus respectivos hijos, ellos junto a sus esposas, y al momento se pusieron a hablar de negocios.

—Llevas un corte de pelo muy moderno Beth —le dijo Margaret, observando a la chica que estaba junto a su hijo, y vio cómo sus ojos se ponían cristalinos; temió haber metido la pata—. ¿He dicho algo inapropiado? —dijo angustiada mirándola.

—No se preocupe Margaret —intervino Rachel, antes de que su hija metiera la pata como siempre—, se lo han cortado demasiado y no le gusta, pero ya le he dicho que solo es pelo, volverá a crecerle.

Beth expulsó el aire ruidosamente; sí, volvería a crecerle, pero tardaría años, muchos años.

Johnny ladeó la cabeza en dirección a la mujer. Beth esperó que al fin la mirara, pero seguía sin hacerlo. No quería gustarle, no quería casarse con él, pero su ego la obligaba a gustar a todo el mundo. Se quitó la rebeca que su madre le había obligado a ponerse. Llevaba un precioso vestido palabra de honor blanco, le había extrañado que su madre le comprara un vestido con los hombros descubiertos.

Johnny sentía cómo la mujer se movía a su lado entre bufido y bufido, el aroma de ella llegó hasta sus fosas nasales, olía a flores y fresa, una mezcla dulce y agradable; antes que pudiera seguir intentando identificar ese aroma tan particular que desprendía, el camarero llegó para tomar nota.

—¿Qué te apetece, Beth? —oyó que su madre le preguntaba a la mujer.

—Un té con limón.

—¿Tú qué quieres, hijo? —siguió Margaret preguntándole a su hijo.

—Un batido de fresa —el olor de esa mujer le había abierto el apetito de algo dulce y a la vez ácido.

—¿Un batido, Johnny? —preguntó Margaret extrañada.

—Yo quiero uno de chocolate —corrigió Beth su anterior pedido.

Años atrás le salían muchos granos y además el chocolate engordaba, así que se lo prohibió; en ese momento tenía un cutis perfecto pero ya le daba igual. No quería gustarle a ese hombre y sin embargo tenía la ferviente necesidad arraigada de agradar a todo el mundo, le costaba digerir su falta de interés.

—Tú nunca tomas chocolate, Beth —dijo su madre extrañada, y entonces se dio cuenta de que se había quitado la rebeca—. Elisabeth —dijo endureciendo la voz—, ponte la rebeca.

Johnny oyó cómo ella volvía a resoplar, volvió a removerse a su lado, imaginó que poniéndose la prenda. Se preguntó qué aspecto tendría, cómo era, cómo iba vestida, él era observador. Amanda solía decir que veía la belleza en todas partes, pero ahora no podía ver nada, para él siempre era de noche.

Beth, de mala gana, volvió a ponerse la rebeca; le parecía una estupidez llevar un vestido tan bonito y ocultarlo bajo esa rebeca horrible y anticuada. Entonces vio cómo su futuro suegro la miraba, era indecente, la asqueaba que la mirara así, y aún era peor sabiendo que iba a casarse con su hijo. Asqueroso.

El resto de la mesa pidió y el camarero les ofreció ir al buffet o tomarles nota; la madre de Johnny dijo que irían al buffet, quería que su hijo pudiera conversar un poco con la joven.

Dan, al lado de su mujer, la miró, preguntándose desde cuando su mujer llevaba la voz cantante, en los actos sociales ella debía mantener la boca cerrada y dejar que fuera él quien hablara, el que tomara las decisiones. Quiso recriminarle su falta de educación y respeto, pero prefirió no hacerlo delante de todos.

—Johnny, quédate aquí —le dijo Margaret a su hijo—, te traeré algo que te guste.

—En ese caso quédate con él, Beth —intervino el padre de ella—, así podéis iros conociendo un poco.

Beth miró a su padre, seguía enfadado con ella; no estaba segura de si era porque lo había desafiado, por lo que había hecho con Robbie, o por haberse escapado, pero desde antes de navidad le hablaba con tono duro y autoritario. Ella también estaba enfadada con él, pero se había limitado a retirarle la palabra.

Todos se levantaron de la mesa, a excepción de ellos dos. Beth se fijó en cómo las mujeres hablaban entre ellas, detrás iban los hombres hablando de negocios seguramente.

—No quiero casarme contigo —confesó con la cabeza girada mirando cómo sus padres se alejaban.

—No lo hagas —contestó Johnny en el mismo tono bajo de voz—. Yo tampoco quiero casarme.

Johnny comprendió que su padre no la había comprado a ella, había comprado a su familia; le sabía mal por la mujer, pero ella era su vía de escape, si tal cosa existía, y no iba a renunciar por propia voluntad.

—¡Entonces no nos casemos! —agrandó los ojos volviéndolo a mirar, satisfecha e impresionada por la contestación del hombre; él seguía sin mirarla, no comprendía por qué no la miraba—. Di que no quieres casarte conmigo —dijo emocionada—, rompe nuestro compromiso y ya está.

Su voz sonaba entusiasta, jovial. No lo había entendido, no rompería el compromiso. Al menos ya sabía que a quien debía detestar era a sus padres, no a ella; como a él, aquello le había sido impuesto.

—No puedo —negó con la cabeza Johnny y Beth se sintió muy decepcionada por esa contestación—, tengo que volver a mi casa, mi madre no me dejará volver solo, únicamente si me caso me dejarán marchar, por eso estoy aquí; si no quieres casarte, no lo hagas, ya encontrarán a otra a la que atarme de por vida.

Beth seguía mirándolo, él no movía los ojos de la ventana, aunque parecía que en realidad no la estaba mirando. Era mucho más mayor que ella, ya tenía edad para tomar sus propias decisiones.

—Yo no voy a ser una buena esposa —intentó razonar con él.

—Me da igual —contestó Johnny indiferente, solo Amanda sería una buena esposa para él.

Claro que le daba igual, pensó Beth, a todo el mundo le daba igual cómo fuera, solo se fijaban en su físico, nadie se preocupaba por conocerla, ni siquiera ella misma, empezaba a darse cuenta.

—No quieres casarte conmigo —le dijo desesperada, debía hacer que entrara en razón, no estaba hecha para sacrificarse, su padre tenía razón, era demasiado egoísta—, ningún hombre decente querría.

—¿Y eso? —preguntó Johnny interesado en esa afirmación.

La mujer tenía una voz aguda y estridente, estaba nerviosa, él también, pero disimulaba. Sentía cierta curiosidad por ella, no demasiada, empezaba a lamentarse por ella, pero no faltaría a su palabra.

El camarero se acercó con las bebidas y esperó a que se marchara para gastar su último cartucho.

—No soy virgen —dijo bajando el tono de voz y acercándose a él para que nadie la oyera.

Johnny se echó a reír ante esa confesión, el perfume de la mujer era dulce, olía realmente bien, a flores silvestres y fresa, un olor peculiar que hasta ese momento no había apreciado en otra persona; el olor se había intensificado, ella se había acercado a él.

Beth se sentía abochornada, no comprendía por qué se reía de ella. Acalorada, se quitó la rebeca, dispuesta a preguntarle de qué se reía, un taco temblaba en su lengua. Su madre había dicho que ningún hombre decente querría casarse con ella, él no debía hacerlo.

—Imagino que yo no debo ser un hombre decente —le contestó Johnny en el mismo tono confidente cuando dejó de reírse—, porque me da igual; yo tampoco soy virgen, si eso de algún modo te consuela.

—¿Eres un libertino, verdad? —preguntó ella molesta dejando la rebeca en la silla—. Seguro que eres un hippie, mi madre dice que son fanáticos sexuales, no voy a tener sexo contigo —le advirtió—, aunque seas mi esposo no voy a tener nada contigo, así que será mejor que te lo pienses.

—No tengo nada que pensar —contestó Johnny.

—Lo digo en serio —le advirtió, cada vez más incómoda por su falta de interés, no la había mirado ni una sola vez, era inaudito—, me da igual lo que diga Dios, no voy a complacerte de ningún modo.

Johnny sonrió con desgana y negó con la cabeza, la mujer era creyente, qué alegría, pensó con ironía.

—Así que eres creyente, devota imagino.

—¿A caso tú no? —preguntó alarmada.

—No, Dios me quitó demasiado en muy poco tiempo —contestó molesto arrugando la servilleta que reposaba sobre sus piernas, intentando ignorar sus propios pensamientos—. ¿Eres viuda?

—¡No! —exclamó volviendo a mirar su perfil. ¿Cómo iba a ser viuda con lo joven que era?

—Entonces dime: ¿cómo una mujer creyente que no se ha casado nunca no es virgen?

Porque había sido rematadamente estúpida, quizás si se lo decía, si le explicaba por qué Robbie había cortado con ella, él se pensara lo que iba a hacer, puede que reflexionara.

—Tenía un novio —elevó el mentón para dejar de sentirse tan insignificante—, tuve sexo con él, creía que nos casaríamos; cuando mis padres me dijeron que debía casarme, cuando mi padre me vendió al tuyo —se corrigió—, fui a buscarlo y rompió nuestra relación, dijo que yo era estrecha, frívola y frígida.

Johnny se sentía cada vez peor por ella, aquello debió ser humillante, fue a pedirle ayuda al hombre con el que quería casarse y él la dejó, hundiéndola con esas afirmaciones. No debía hacer juicios, a saber por qué él le había dicho aquellas cosas. Con los años había aprendido algo muy importante, siempre hay que escuchar las dos versiones antes de hacer un juicio, él debía tener motivos para decirle aquello.

—¿Lo eres? —preguntó—. ¿Eres esas cosas de las que él te acusó?

—No sé qué es frígida —confesó, y eso dejó a Johnny impactado—, pero sí, soy frívola y estrecha, mi padre dice que soy egoísta, engreída, egocéntrica, vanidosa, altiva, soberbia...

—¿Por qué te dice esas cosas tu padre? —intentó montar el puzle que era ella.

—¿Acaso no me has visto? —Johnny ladeó la cabeza en su dirección, preguntándose de qué iba, estaba empezando a cansarse de ella y solo la conocía de cinco minutos—. Yo no tengo la culpa de ser tan guapa, no puedo cambiar que los hombres me deseen y las mujeres me envidien.

Johnny se sentía estupefacto ante esa afirmación, no sabía cómo sería físicamente, pero desde luego parecía muchas de las cosas de las que su padre le acusaba, además de una inmadura.

—¿Sabes que no puedo verte, verdad? —le preguntó indeciso y a la vez molesto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Beth mirando sus ojos, que eran de un marrón claro.

Él miraba en su dirección al fin, pero era como si no la mirara, no la estaba mirando.

—¿No te han dicho tus padres que no puedo ver?

Beth estiró el cuello mirándolo, no tenía ni idea de qué le estaba hablando.

—No te entiendo —dijo sintiéndose algo estúpida, algo a lo que ya estaba acostumbrada.

Johnny imaginó que no era un cerebritito, se imaginó a una mujer altiva y frívola, le había parecido vulnerable e indecisa, pero no la conocía para saber cómo era, sin embargo su padre sí, si él decía esas cosas por algo sería.

—Me quedé ciego en Vietnam —aclaró Johnny sin creer que no se hubiera dado cuenta.

—¿Qué?! —exclamó Beth en un grito poniéndose de pie—. ¿Se supone que yo tengo que hacerme cargo de ti? —lo miró desde arriba, él seguía sin mirarla, no podía—. No pienso hacerlo, no voy a malgastar mi vida cuidando de un ciego, puedo aspirar a más, a mucho más.

Beth comprendía la situación, él no podía valerse por sí mismo y querían colgarle el muerto a ella.

Johnny no podía creer el poco tacto de esa mujer, era detestable; él, sin conocerla, se había compadecido de ella, pero ella no iba a hacerlo. Sabía que aquello era una encerrona de su padre, él no podía buscar una buena mujer, debía buscar una que le amargara la vida y parecía que ella era perfecta.

Sus padres volvían al reservado cuando oyeron que Beth estaba gritando. Rachel, su madre, se temió lo peor y corrió hacia el reservado con los platos de comida; su hija estaba de pie al lado de su prometido.

—¿Qué pasa, Beth? —le preguntó a su hija dejando los platos sobre la mesa.

—Es ciego —contestó apartándose de él y señalándolo con el dedo—, ciego, no me merezco esto.

Roger, el padre de Beth, no podía creer lo que su hija estaba diciendo, cómo se atrevía a hablar así delante de él; la sangre le hervía, su hija era una maleducada y estaba seguro de que lo había ofendido.

—Elisabeth, basta —dijo cogiéndola del brazo con la mano que no sostenía el plato.

—¡No! —le gritó a su padre—. No me merezco esto, no puedes castigarme casándome con un ciego.

Johnny oía cómo detrás de él aquella familia discutía, no soportaba cómo la mujer lo menospreciaba; él también se despreciaba, pero eso no significaba que no le afectara lo que pensarán los demás.

Margaret fue hasta su hijo, la madre de la chica le había caído muy bien, era educada y agradable, la chica también le había gustado, pero ya no, no le gustaba nada cómo estaba hablando de su hijo.

—Es un hombre decente, Elisabeth —le advirtió su padre—, muestra más respeto y discúlpate.

—¿Por qué debo disculparme? —preguntó elevando la voz—. Yo no tengo la culpa de que no vea. ¿Por eso quieres que me case con él, verdad? Para que no pueda verme y hacerme sentir tan inferior como él.

Johnny oyó una bofetada, la exclamación de la mujer, alguien le había dado una bofetada, pensó que hasta cierto punto se merecía una regañina, era muy desagradable, pero era a él a quien había ofendido y él nunca le pondría la mano encima a una mujer.

Se tocó la cara mirando a su padre, la mejilla le ardía, su padre estaba furioso, pero ella también.

—Puedes pegarme cuanto quieras —dijo llena de rabia, empujó el plato que su padre sostenía en la mano y lo hizo caer al suelo. Johnny, que estaba concentrado en la discusión, se sorprendió cuando impactó sobre el suelo—; si crees que es un castigo casarme con el ciego estás equivocado, el peor castigo es tenerte a ti como padre —le dio otra bofetada y Johnny pensó que no podía aguantar más aquello, así que se puso de pie—. Te odio —siguió Beth.

—Deje de pegarla —intervino Johnny—. Elisabeth, si no quieres casarte, no te cases, pero no vuelvas a hablar así de mí —le advirtió. Sintió la mano de su madre junto a la de él—. Vámonos mamá —le pidió.

Él no huía de las situaciones, pero todo aquello escapaba a su control, su vida entera se le escapaba; que no se casara con él si no quería, le hacía un favor. Pero no seguiría escuchándola a ella o al padre.

Margaret lo cogió del brazo dispuesta a irse, lo guió algunos pasos y su marido la detuvo.

—El almuerzo no ha acabado, no vais a ir a ninguna parte —les advirtió.

Roger quería abofetear a su hija hasta dejarla la cara roja, lo había ofendido; esa era la especialidad de su hija, creerse mejor que los demás y ofenderlos, ahora no querría casarse con ella y su padre no le ayudaría.

—¿Estás contenta, Elisabeth? —le preguntó su padre furioso.

Roger iba a darle otra bofetada, pero su mujer le cogió el brazo, aquello era bochornoso, se habían puesto en evidencia delante de aquella familia tan distinguida, se sentía avergonzada de su hija y de su marido.

—Basta —les dijo—, los dos —se giró hacia la familia Reese—. Lamento mucho lo sucedido. Comprendo que no quieran que su hijo se case con Elisabeth, nos marcharemos ahora mismo.

Cogió la rebeca de su hija dispuesta a salir de allí en la mayor brevedad posible, debieron decirle a Beth que él no podía ver. Se sentía avergonzada de su hija, sabía que era superficial, pero nunca hubiese imaginado que estuviera tan vacía, que pudiera llegar a ser tan cruel, no respetaba nada ni a nadie.

—No, por favor —intervino Dan Reese, complacido con la muchacha. A pesar de tener cara de ángel, era tan cruel como él, era perfecta, no encontraría una mejor, seguiría torturando a Johnny por él—, creo que Elisabeth será para mi hijo mucho mejor de lo que yo esperaba.

Empujó a su mujer hasta la mesa y ella arrastró a su hijo. Margaret no comprendía a su marido, aquella mujer no era adecuada para Johnny, era desagradable y maleducada, pero no se atrevió a contradecirle, no quería provocar que se enfadara y él y Johnny se enzarzaran de nuevo. Bastante escándalo se había montado; a pesar de estar en el reservado, estaba segura de que todo el restaurante se había enterado.

—Johnny, por favor, no contradigas a tu padre y siéntate —le imploró su madre—, lo arreglaremos.

Johnny se mordió la lengua y se sentó donde su madre le indicaba, esta le puso la servilleta en la mano y él se la puso sobre las piernas. Todos ocupaban sus sitios, oyó a la madre de Elisabeth exigiéndole que se pusiera la rebeca y no volviera a abrir la boca hasta dar el sí quiero. Una vez había tenido a la mujer más fantástica del mundo, y no solo había perdido a Amanda, sino que además tenía que casarse con esa mujer a la que no creía que pudiera soportar.

Dan se puso a hablar con Roger sobre el negocio, ignorando la incomodidad de este. No comprendía por qué quería casar a su hijo con Beth después de ver lo desagradable, altiva y soberbia que era.

El camarero fue al reservado cuando la discusión cesó. El ambiente era tenso, a excepción de los dos hombres nadie hablaba, miraban los platos callados, cada uno avergonzado por motivos propios.

Siete: La boda

Volvió a mirarse en el espejo, había soñado con aquel día desde muy pequeña y se imaginaba con un precioso vestido blanco y reluciente, no con el anticuado vestido de boda de su madre; en sus sueños, su larga melena rubia estaba recogida en un moño donde se sujetaba el velo, pero en la realidad tenía el pelo tan corto que el velo no le aguantaba. La peor diferencia entre sus sueños y la realidad era la persona que la esperaba en el altar, ella no amaba a ese hombre, no iba a hacerlo nunca, ni siquiera quería conocerlo.

Llamaron a la puerta, se quitó el velo con desgana y se sentó sobre la cama, mientras su madre atendía a los padres del novio.

—Un botones recogerá las cosas de Elisabeth —decía el señor Reese mientras se acercaba a ella—, las cargará en el coche que la llevará a ella y a mi hijo hasta su casa.

—Pensaba que íbamos a ir en avión —dijo ella contrariada.

—Mi hijo es un cobarde —le contestó Dan a la joven—, no puede volar, tiene miedo.

Margaret se mordió la lengua, su marido era incapaz de compadecerse de su hijo. Los médicos decían que sufría estrés postraumático, no entendía el término, aunque sí el significado.

—Lo tiene todo —dijo Beth ganándose una mirada reprobatoria de todos, excepto de Dan, que se rio.

—Sé educada —le dijo su padre rabioso, no iba tolerar otra insolencia—, debes respetar a tu marido.

—Espero que me respete él a mí manteniendo las distancias —le contestó a su padre.

Dan se echó a reír, esa mujercita cada vez le gustaba más, pero a Margaret no le hacía ninguna gracia su insolencia. Había intentado convencer a su marido de que la boda no debía celebrarse, pero su contestación había sido que, o se casaba con ella o se quedaba en su casa, y entonces Johnny había dicho que se casaría.

—¿Dónde está John? —preguntó Rachel en un intento de que su hija se callara.

—Está en la habitación preparándose —contestó Margaret antes de que su marido volviera a decir algo inapropiado o desagradable sobre Johnny—, saldremos en cinco minutos.

—Claro —dijo Beth asqueada—, da mala suerte ver a la novia antes de tiempo.

Dan volvió a reírse por la ocurrencia de la chica, no iba a encontrar a nadie más indicada para su hijo. Él había decidido destruir su vida, debía sufrir por ello y ella parecía que no iba a compadecerlo.

—¡Elisabeth, por favor! —dijo su padre intentando aguantar las ganas de ir hacia ella.

—No la riñas —dijo Dan acercándose a Beth y poniendo la mano sobre su hombro—, ella tiene toda la razón.

Beth quiso decirle que no la tocara, aquel hombre le gustaba tan poco como el primer día, su contacto la asqueaba, esperaba no tener que verlo a menudo, porque no soportaba su forma de mirarla, de escrutarla sin ningún disimulo o respeto, ni siquiera delante de sus padres o de su mujer. Era bochornoso, era un viejo salido y ahora sería su suegro, su situación no podía ser peor y tenía ganas de vomitar.

—Estás muy guapa, Elisabeth —dijo cogiéndola de la mano, ella se apartó, no quería que la tocara, pero Dan ignoró el gesto de la joven—, esto es para ti —le ofreció una cajita de terciopelo rojo. Beth le miró llena de desconfianza. La cogió y la abrió, en su interior había un precioso collar de perlas—, espero que no olvides quién te lo ha regalado —le dijo en voz baja guiñándole el ojo—, no es comparable a tu belleza.

La madre de Beth se acercó hasta su hija y observó la joya que le había regalado, era muy bonita. A pesar de que a su hija le encantaban las joyas, no mostró ningún signo de entusiasmo o interés.

Beth miró la joya con cara de asco, no la quería, no quería nada de ese hombre.

—Dale las gracias al señor Reese —dijo su madre abochornada.

Estaba segura de que su hija mostraba esa falta de educación para causar una mala impresión, pero no había vuelta atrás y en realidad, lo que estaba haciendo, era dejarla a ella y a su padre en evidencia.

—No lo quiero —dijo cerrando la caja y tendiéndosela de vuelta a su dueño.

—Elisabeth —la censuró su madre.

Roger no aguantaba más el comportamiento de su hija, debía salir de la habitación y perderla de vista, o al final en lugar de a una boda, iban a asistir a un funeral. En aquel momento estaba muy enfadado con Beth, pero eso no cambiaba que, cuando se fuera, la iba a echar mucho de menos; su pequeña, el ángel de la casa se iba y no estaba seguro de cuándo volvería a verla, si ella le perdonaría haberla obligado a casarse con un desconocido. Debía hablar con él, asegurarse de que sería paciente y la trataría bien.

Llamó a la puerta, oyó un golpe, después una maldición y se abrió la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Johnny de mal humor.

Roger miró a su futuro yerno, debía medir un metro noventa, era fuerte y tenía una expresión fiera cincelada en el rostro, no parecía estar de muy buen humor.

—Soy Roger, el padre de Elisabeth, me gustaría hablar un momento contigo.

Johnny no quería hablar con él, suspiró retirándose el pelo de la cara con ambas manos.

—¿Qué quiere? —demandó cortarte, sin apartarse de la puerta para que no pudiera entrar.

—¿Puedo entrar?

—No —contestó seco—, no creo que sea necesario, no hay mucho que tengamos que decirnos.

A Roger le impresionó la hostilidad que desprendía. Beth podía sacar lo peor de cada persona, pero en el fondo no era más que una niña insegura pidiendo atención, necesitaba saber que él la cuidaría.

—Entiendo que estés enfadado, pero te pido que seas paciente con Beth, que la trates bien —Johnny enarcó una ceja incrédulo de que dijera aquello después de abofetearla—, dice lo que piensa y no suele pensar lo que dice, no es una mala chica, es joven y necesita madurar, ten paciencia con ella, por favor.

Roger se mostró humilde, todo lo que le pedía lo hacía de corazón, a pesar de estar enfadado con Beth, a pesar de todo, era su hija, mitad ángel, mitad demonio. Él la quería mucho.

—Sinceramente —dijo Johnny asqueado cogiendo la puerta—, creo que su hija es una impertinente, además de cruel y maleducada, pero eso usted ya lo sabía. —Roger se quedó callado, si el padre era duro, empezaba a darse cuenta de que el hijo también, quizás a Beth le iría bien, él ya lo había probado todo con ella, pero no había forma de hacerla ir por el buen camino, ni por las buenas, ni por las malas, era inútil; quizás él lo lograra—. A pesar de ello, creo que ella estará mejor conmigo —concluyó—. Ustedes no la valoran, ella no quiere casarse conmigo, opina que usted la ha vendido —le acusó—, y eso me dice qué clase de persona es, que antepone sus negocios con mi padre a su hija. La clase de hombre que se atreve a maltratar a una mujer, la clase de gente que lo hace incluso delante de otras personas. —Roger se sintió avergonzado, él no era así, su hija lo estaba llevando al límite en las últimas semanas—. Su hija no me gusta —confesó—, pero menos me gusta usted, así que ahora no venga aquí disfrazado de padre ejemplar preocupado por su hija, a pedirme que sea paciente con ella, cuando es usted quien le ha puesto la mano encima, no yo, yo nunca le pegaría a una mujer, ni siquiera en la intimidad, me parece tan despreciable como mi padre y no tengo nada más que hablar con usted.

Empujó la puerta que sostenía en la mano y la cerró, le daba igual si le daba en la cara, no sentía ningún respeto por ese hombre; le había dicho todo lo que pensaba y esperaba sentirse mejor, pero no era así.

La puerta se cerró y Roger se quedó con dos palmos de narices. Aquel hombre le había dado un buen rapapolvo, lo merecía, pensó que no debió pegar a Beth. Siempre que lo hacía, después le dolía más a él que a ella, pero no había forma de hacer las cosas bien con ella.

Johnny, a tientas, volvió hasta la cama, quería hacer ejercicio, sentía que debía quemar la rabia que lo comía por dentro, pero su madre había dicho que lo recogerían en cinco minutos y no quería estropearse el traje.

Puso música en la radio, sonaba Elvis Presley, el rey, se sentó en la cama y bebió de la petaca que llevaba en el bolsillo interior; se dejó caer, esperando que llegara el momento.

Sus padres lo recogieron pasado un rato; con la ayuda de su madre, llegó hasta el coche que los llevaría a la iglesia. Después podría marcharse, tendría que hacerlo con esa impertinente, pero una vez en casa podrían ignorarse mutuamente. Él no la molestaría para nada, esperaba que ella hiciera lo mismo.

Beth recorrió el pasillo del brazo de su padre, las piernas le temblaban más con cada paso que daba. En el coche se había quitado las perlas que su madre le había obligado a aceptar, no quería nada de ese hombre, pero la habían obligado a volver a ponérselas; sentía que el collar la estrangulaba, no podía respirar. La pastilla que su madre le había dado para los nervios hacía que todo pareciera ir despacio, como en un sueño lejano, pero sus nervios seguían ahí, demostrando que aquello era real.

A excepción de los primeros bancos, la iglesia estaba vacía. El sonido de la música era atronador y molesto, lento en comparación con el rápido ritmo de su corazón.

Llegaron hasta el hombre con el que debía casarse, Roger puso la mano de su hija sobre la de él y Johnny se giró hacia Elisabeth.

—Lo lamento —le dijo en voz baja apenas audible.

—Más lo lamento yo —aseguró ella sin mirarlo.

Tuvieron que aguantar media hora de misa mientras el cura no dejaba de venerar la santa institución del matrimonio; ambos querían salir corriendo, pero ninguno lo hizo, aguantaron allí de pie el sermón.

Beth, sin escuchar al cura, miraba el Cristo en la cruz, y en silencio le preguntaba por qué.

Cuando se dieron el sí quiero, Johnny buscó con las manos la cara de Elisabeth; la mujer era alta, más que Amanda, o al menos eso le pareció. Sus mejillas eran increíblemente tersas y suaves, era como la piel de un recién nacido, además las tenía frescas, era un tacto sumamente agradable, a diferencia de ella.

Beth aguantaba la respiración mientras su ya marido le tocaba la cara, los ojos de él estaban puestos sobre ella, pero no la estaba mirando, no podía; pensó que quizás aquello fuera bueno, si no podía verla, no podría cogerla, no querría tenerla. Ella agradaba a la gente por su físico, a nadie le interesaba cómo era, cuando la conociera no le gustaría, así que aquello debía ser medio indulto a su penitencia. No haría nada por agradarlo. Pensó que Dios la castigaba por su arrogancia, quizás lo mereciera, pero lo que se había hecho en el pelo y lo que le hizo Robbie ya había sido bastante castigo.

No quería que la besara, pero había llegado el momento; ella seguía queriendo salir corriendo. Su marido le besó la mejilla y ella pudo exhalar el aire que contenía.

Sus padres se acercaron hasta ellos y los felicitaron. Beth miraba las caras de aquellas personas como si eso no fuera con ella, se sentía fuera de contexto, nadie debía felicitarla por aquel sacrificio.

La despedida con sus padres fue tensa e incómoda, seguía enfadada con ellos, con los dos, su padre la había vendido y su madre había dejado que aquello ocurriera, no se había compadecido de ella. Su madre lloraba y le pedía prudencia, le daba consejos que ella no quería escuchar, no le interesaba, el mal ya estaba hecho, debía marcharse y compartir su vida con un desconocido, una vida de desdicha y vacío.

En la puerta del coche, su madre volvió a abrazarla; no le devolvió el abrazo, esperó a que acabara y se subió al coche sin despedirse de su padre ni de sus recién estrenados suegros.

Johnny se despidió con un apretón de manos de Roger, el padre de su mujer. Ya estaba hecho, aquella mujer insolente e impertinente era su esposa, y él necesitaba un trago. La madre de ella estaba llorando, su voz estaba quebrada y no dejaba de sorber por la nariz. Parecía que la mujer, como su madre, tenía buen corazón, a diferencia de los maridos que tenían.

Rachel cogió la mano del hombre con el que su hija se había casado. Era un hombre enorme y tenía cara de enfadado, su ceño no se había relajado un solo momento y temía lo que pudiera hacerle a Beth.

—Sé paciente con ella —le pidió entre hipidos—, mi hija está asustada y estoy segura de que te atacará, pero solo lo hará para defenderse; trátala bien por favor, no es una mala chica, tiene buen corazón —le aseguró—, pero no sabe medir sus palabras, aún es muy joven.

—Lo intentaré —dijo intentando suavizar su expresión—, le prometo que nunca le haré daño, si es eso lo que le preocupa.

No quería que la mujer sufriera, él no era un monstruo, tenía mal carácter, era cierto, y solía ser demasiado chulo para el gusto de muchas personas, pero su ceguera lo había cambiado; intentaría ser paciente, solo esperaba que ella no se lo pusiera demasiado difícil.

Rachel cogió los hombros del gran hombre, su aspecto podría atemorizar a muchos, esperaba que cumpliera su palabra; lo obligó a inclinarse y le besó la mejilla.

—Gracias —le dijo en voz baja pegada a su oreja.

Se separó de él y Johnny se subió al coche, después de despedirse de su madre y prometerle que la llamaría cuando llegaran a casa.

Beth se tensó cuando su marido se sentó junto a ella y cerró de un portazo.

—Podemos irnos —le dijo al chofer y al momento el coche arrancó.

Se desabrochó la corbata y los primeros botones de la camisa. Beth no perdía detalle de cada gesto que él hacía. Se quitó el anillo de casado y lo guardó en un bolsillo; ella se fijó en sus manos, eran grandes, todo él era grande, tenía una espalda ancha y era muy alto, al menos media un metro noventa.

Dejó de mirarlo y se inclinó en el asiento del conductor, que estaba frente a ella, y le pidió que pusiera la radio, a Beth le encantaba la música, cantar le apasionaba, podía pasar horas delante de un espejo u hojeando una revista de moda con la única compañía de la música.

En la radio sonaba (I can't get no) Satisfaction, de los Rolling Stone, y aquella música Rock transportó a cada uno a un lugar muy diferente. Beth pensaba en Robbie, él le había regalado aquel sencillo para su cumpleaños ese mismo verano, después de que el líder de la banda la dejara, pero antes de que muriera a causa de un ataque de asma mientras nadaba. A su padre no le gustaba y solo lo ponía cuando estaba sola en casa. Aquel disco que estaba guardado con sus cosas en el maletero del coche era cuanto le quedaba de Robbie, todo lo demás lo había dejado en casa de sus padres, no quería un solo recuerdo de la humillación, lo odiaba y solo quería vengarse de él, aunque eso era tan imposible como ser feliz. Johnny se compadecía de sí mismo, él tampoco estaba satisfecho, dudaba de que pudiera volver a sentirse así bajo esa oscuridad que lo oprimía y, como si eso fuera poco, se había tenido que casar con esa mujer.

Ninguno de los dos dijo nada mientras se alejaban de las luces de Chicago. Beth al fin se sentía más tranquila; a pesar de las circunstancias, su cuerpo se sentía más relajado.

Johnny sacó la petaca que tenía en el bolsillo interior de su traje, la abrió y le dio un buen trago al whisky, sintió cómo este ardía a su paso, pero no sería suficiente, cuando pararan para dormir le pediría al chofer de su padre que comprara una botella de verdad.

Le ofreció la bebida a la mujer que estaba sentada a su izquierda.

—¿Quieres?

—¿Qué es? —preguntó Beth mirando la petaca y después al hombre.

Nunca había bebido, solo algunas cervezas o ponche edulcorado, pero nada más que eso, no tenía edad suficiente para beber y sin embargo, su marido, le ofrecía alcohol.

—Whisky —aclaró Johnny sintiéndose un idiota porque ella no cogía la petaca.

—No puedo beber.

Johnny se rio sin ganas, dejó de ofrecerla la petaca a la mujer y dio otro trago.

—¿Te lo prohíbe tu religión? —le preguntó después de beber—. Que le den por el culo a tu Dios Elisabeth, seguro que le has suplicado no casarte conmigo y él ha hecho oídos sordos, que le den, yo le pedí muchas cosas y aquí estoy, tan jodido como tú.

Beth pensó que él se reía de ella, aunque debía admitir que tenía bastante razón en sus palabras, estaba jodida y él también, eran dos desgraciados. Ella había sido reina del baile, había podido tener al chico que quisiera, pudo casarse con quien quisiera, sin embargo había elegido mal y ahí estaba, casada con un hombre que nunca la valoraría, pues todo el mundo la valoraba por su aspecto y él no podía verla.

Cogió la petaca de su mano y le dio un trago, y su boca empezó a salivar a medida que el líquido amargo y ardiente bajaba por su esófago. Tosió como una loca.

—Qué asco —se quejó—. ¿Cómo puedes beber esto?

—¿Nunca habías bebido whisky? —le preguntó en un intento de conversar con ella.

—No tengo edad para beber —contestó dejando la petaca en la mano de Johnny.

Aquello sorprendió a Johnny, nadie le había dicho qué edad tenía y él no se molestó en preguntarlo. Su voz sonaba joven y musical ahora que parecía más relajada; la madre de ella había dicho que era joven, su padre también, pero nadie le había dicho cuánto.

—¿Qué quiere decir que no tienes edad para beber? —demandó él sin comprender.

—¿Eres tonto además de ciego? —preguntó mirándolo, y el gesto de Johnny cambió.

—Nadie me ha dicho tu edad —dijo con voz severa, molesto por su falta de educación.

Empezaba a plantearse si vivir con esa mujer sería peor que vivir con su padre, al menos conocía a su padre, sabía que era un enorme hijo de puta, que disfrutaba vejándolo e insultándolo, con él podía intentar trampear su malicia, pero con ella no, no la conocía, no sabía si podía creerla o no.

—Tengo diecinueve años.

—Mientes —contestó al momento muy seguro, aunque se preguntaba si ella la decía la verdad.

Beth volvió a mirarlo, él tenía la cabeza girada en su dirección, no la creía.

—¿Quieres que te enseñe mi carnet? —preguntó con la misma chulería que él había usado.

—No me toques los cojones y dime la verdad —le exigió elevando el tono de voz para acobardarla.

Beth alzó el mentón, no quería que ese hombre la intimidara, lo cierto era que lo hacía hablándole así, pero si no temía a su padre no iba a temerle a él. No pensaba acobardarse o estaría perdida.

—Yo no te toco nada, mal hablado —le contestó con voz firme—, nací a principios de julio del cincuenta, espero que puedas hacer la resta sin necesidad de un papel.

Johnny maldijo, se llevó las manos a la sien intentando calmar el dolor de cabeza que aumentaba; no podía ser, eso era una auténtica mierda, ni siquiera era una mujer, era una chica, trece años menor que él.

—¡Eres una cría! —gritó molesto, golpeando el asiento delantero.

Claro que era una cría, él debería saber con quién iba a casarse. Se apartó de él, impresionada por el estallido de rabia de su marido. Asustada, miró al chofer que se removía en su asiento delante de ella.

Johnny entendía algunas cosas, sus comentarios inocentes, su forma de hablar, su inmadurez. ¿Cómo no iba a ser inmadura si ni siquiera tenía veinte años? Intentó recordar cómo era él a esa edad.

A los veinte años conoció a Amanda, ella acababa de empezar la universidad; la conoció en una fiesta, era su primera fiesta, sin embargo él ya era un veterano. Se llevaban casi tres años, ella acababa de cumplir dieciocho. Lo que hizo que se fijara en ella fue su risa, su risa era fuerte e impetuosa y pudo oírla desde la distancia que los separaba; al fijarse en ella

la recorrió con la mirada de abajo hacia arriba, sus piernas eran largas enfundadas por medias de seda, una falda roja ajustada y un suéter del mismo color, a juego con sus rizos de fuego. A diferencia de las otras chicas, Amanda llevaba el pelo mucho más largo, libre. Por alguna razón que nunca llegó a comprender, la imaginó blandiendo un arco como una de las elfas de Tolkien, su amando Tolkien, ese al que se había pasado su adolescencia leyendo mientras su padre lo criticaba por ello. No le costó llamar su atención e iniciar una conversación, ella se mostró educada y comedida, respetuosa y a la vez divertida con aquella sonrisa torcida que le atravesó el corazón. En ese momento, supo que quería pasar el resto de su vida viendo aquella sonrisa traviesa y picara, sabía que aquellos ojos verdes escondían grandes secretos y él quería cada uno de ellos. No desfalleció hasta que consiguió una cita con ella, desde entonces no volvieron a separarse.

Amanda era educada, respetuosa y comedida, pero Beth era todo lo contrario; no era una cuestión de edad, sino de carácter, posiblemente nunca tuviera aquellas cualidades.

Se quitó la americana Manhathan Igle de tres botones, la dejó sobre su pierna y se recostó en el asiento, intentando tranquilizarse, aquellos arranques aumentaban su jaqueca.

El coche se quedó en completo silencio, a excepción de la radio donde sonaba “You really got me” de The Kinks.

Beth observó al hombre yoyo, con aquellos cambios de humor; él cerró los ojos, parecía tranquilo aunque su ceño seguía fruncido. Sentía cómo sus propios parpados pesaban, no sabía cuánto les costaría llegar hasta Tejas, al menos medio día, iba a ser un viaje largo y ella se sentía agotada y fatigada.

Se restregó los ojos con las manos sin importarle el maquillaje y los cerró y, antes de que la canción acabara, ya estaba durmiendo.

Transcurrieron horas sin que nadie dijera nada, al menos así se lo pareció a Johnny, y él fue el primero en romper ese silencio. En la radio sonaba una canción que lo estaba deprimiendo del todo, como si ya no tuviera suficiente mierda encima. *«Hola oscuridad, mi vieja amiga, he venido nuevamente a hablar contigo, porque una visión deslizándose suavemente dejó sus semillas mientras yo dormía, y la visión que fue plantada en mi cerebro, aún continúa, dentro del sonido del silencio».*

—Apaga la radio, ¿quieres? —le pidió al chofer, que al momento lo hizo y todo quedó en silencio.

Oyó suspirar a la chica, apoyó la cabeza sobre su hombro, su respiración era fuerte y tranquila, debía estar dormida. Se inclinó y se recreó en el olor a flores y a fresa que ella desprendía, tenía el aroma más dulce que había oído en lo que le parecía una vida entera. Se relajó con el vaivén del coche y se durmió.

Estaban en aquella maldita selva, escondidos en las trincheras, el cielo estaba completamente encapotado y había estado lloviendo; al fin la lluvia se había detenido, pero las nubes no le daban una sola tregua para ver las añoradas estrellas. Le había escrito una carta a Amanda pidiéndole que mirara el cielo, que viera las estrellas y pensara en él, pues él haría lo mismo y, de ese modo, no estarían tan alejados el uno del otro como creían. De repente, el sonido de los disparos, las explosiones, cada vez se oían más cerca. Jack lo cogía del chaleco y le hablaba, le pedía que se movieran. Johnny se recreó en la imagen de su amigo, su mejor amigo, no podía moverse, solo verlo con vida. Ben, junto a ellos, hablaba por radio, gritaba y maldecía como no lo haría un buen chico sureño. En medio de aquel caos, el sonido de los helicópteros, el sonido de las hélices le hacían temblar de los pies a la cabeza.

—Señor —oía una voz que no era de ninguno de sus amigos—, señor, debemos parar para descansar.

Beth se había bajado del coche para estirar las piernas. El chofer había parado en un motel a pie de carretera, no tenía nada que ver con el hotel donde se había reunido con el hombre que dormía en el coche, su marido. Habían conducido toda la noche, estaba empezando a amanecer en medio de ninguna parte, en aquella carretera recta que se perdía en el horizonte como si no tuviera fin.

Oyó unos gritos, se giró y vio cómo su marido cogía al chofer de la camisa, sintió que se le secaba la garganta al ver que lo golpeaba.

—No te lo vas a llevar —gritaba Johnny—, no te lo llevarás otra vez.

Beth quería saber qué había pasado, tenía miedo, se había prometido a sí misma que no temería a su marido, pero empezaba a hacerlo, parecía un hombre impaciente y violento.

—Señor, suélteme —le pedía el chofer intentando en vano zafarse del puño

de acero.

Negó con la cabeza y lo soltó, las manos le temblaban, el corazón desbocado iba a salirse por la boca. Todo volvía a estar en completa calma, la oscuridad volvía a saludarlo, ya no estaba en Vietnam.

Se reclinó en el asiento, estaba en el coche, de camino a casa, con el chofer de su padre y aquella deslenguada chica. Se retiró el pelo de la cara, había tenido otra crisis, había vuelto a la maldita guerra.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó al chofer.

—No —mintió, le había dado un buen derechazo, además de casi causarle un infarto del susto.

La mano le dolía, lo había golpeado, lo había vuelto a hacer, tocó el asiento donde estaba Elisabeth buscándola pero no estaba allí, se alegraba de que no hubiera visto aquello.

—¿Dónde está la mujer?

—Está fuera —dijo volviendo a girarse en el asiento y mirándolo desde el retrovisor—, he conducido toda la noche, necesitaría descansar un par de horas al menos, para seguir —dijo temeroso.

—De acuerdo, para en un hotel y descansemos un poco.

—Estamos en un motel de carretera, me pareció tan buen lugar como cualquier otro, se me cerraban los ojos; lo lamento señor, no quería molestarlo.

—No te disculpes —dijo severo, aquello era culpa de él—, ve a recepción y coge tres habitaciones.

—¿Tres, señor? —demandó extrañado.

—Sí, tres —contestó tajante.

—Muy bien —contestó, y al segundo abrió la puerta para bajar del coche.

—Espera —le pidió Johnny—. ¿Crees que sería posible conseguir por aquí algo para beber?

—¿Quiere desayunar?

No, no quería desayunar, quería embotar su cerebro y sus emociones, necesitaba anestesiarse su ansiedad; pensó que ya debería estar acostumbrado a esos sueños que le devolvían al pasado, habían pasado años desde que salió

del campo de batalla, pero el dolor, así como la oscuridad, no mitigaban.

—¿Ya es de día? —preguntó sin saber ni qué hora era.

—Sí señor, ha amanecido hace un rato.

Johnny afirmó con la cabeza, la chica tendría que comer, se sentía incapaz de cuidar de sí mismo y ahora debería cuidar de ella. Sentía una terrible impotencia, todo se volvía tedioso e insoportable.

—De acuerdo, ve a coger las habitaciones.

El chofer se bajó del coche antes de que volviera a decir nada más. Johnny se tiró el pelo hacia atrás, tenía la cara llena de sudor, así como la espalda, la camisa se le pegaba al cuerpo.

Se bajó del coche bajo la atenta mirada de Beth, que no perdía detalle de él sin moverse de su sitio a diez metros del coche; vio cómo el chofer se alejaba hacia la recepción y corrió detrás de él.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —demandó cuando lo alcanzó.

—No lo sé, señorita —dijo el chofer mirando a la joven un momento, se compadeció de ella, era muy hermosa y él un bruto—, yo de usted no me acercaría mucho a él, no parece que esté en su sano juicio.

—¿Por qué han discutido? —preguntó Beth con curiosidad.

—Lo he despertado y me ha golpeado.

Beth agrandó los ojos al escuchar aquello, así que el hombre no tenía buen despertar, ella tampoco y sin embargo nunca había golpeado a nadie por eso.

A Beth le agradó que el chofer alquilara tres habitaciones en lugar de dos, eso quería decir que no tendría que compartir la suya con su marido, y deseó que siempre tuviera esa deferencia con ella.

Volvieron al coche, Johnny estaba apoyado en él, esperando que el sol calentara su cara, estaban demasiado lejos de casa, el sol no era tan fuerte o era demasiado temprano.

Le pidió al chofer que cogiera el equipaje que ella fuera a necesitar y le pasara su maleta, necesitaba quitarse ese traje empapado en sudor, y este lo hizo al momento y sin rechistar.

—Elisabeth —llamó a su mujer, detestaba tener que pedir ayuda, pero la necesitaba.

—¿Qué? —le contestó ella en tono chillón y estridente.

En cuanto la oyó, supo que ella había sido testigo de lo ocurrido. Desde que era invidente, le daba mucha importancia a todo lo que sí podía hacer, en todo lo que podía observar sin ver.

—Necesito que me guíes hasta la habitación.

—¿Cómo? —demandó ella.

Su voz sonaba lejana, ni siquiera se atrevía a acercarse a él.

—Ven, por favor —le pidió, aunque la petición se le atragantara en la garganta.

—¿Por qué? —demandó sin moverse del sitio.

—¿Quieres venir de una puta vez, por favor? —demandó exasperado.

Beth cogió aire y fue hasta él, recorría la corta distancia entre ambos mientras el miedo en su estómago crecía. Había creído que, si no podía verla, no podría alcanzarla, pero al chofer lo había alcanzado y lo había golpeado con mucha facilidad. Aquello era peor de lo que había pensado.

Johnny oía cómo los pasos de la joven se acercaban, la buscó con la mano hasta localizar su brazo y ella dio un respingo cuando la tocó. Con suma delicadeza, para no asustarla, deslizó la mano por el brazo, llegó hasta su cuello, que no estaba cubierto por la ropa, y se recreó más de lo debido en él en lugar de detenerse en su hombro. Tenía una piel tersa y suave como el raso, su tacto era muy agradable, se dio cuenta de que llevaba el pelo corto, muy corto, tan corto como un hombre.

Beth tragaba saliva mientras ese hombre la tocaba, lo hacía con respeto y cuidado, no le pareció que ese contacto tuviera nada de sexual o censurable, a pesar de ello no le gustaba.

—Solo debes caminar hacia la habitación —dijo cogiéndola del otro brazo y haciéndola ponerse de espaldas a él, le soltó el brazo y cogió su equipaje—, yo te seguiré hasta ella.

Tenían habitaciones contiguas, fue hasta la primera con ese hombre a sus espaldas, que tropezó con un pequeño peldaño y blasfemó.

Abrió la habitación para él.

—Ya está —le dijo—, es aquí.

Se separó de él y Johnny se sintió perdido y desubicado, debería haber sacado el bastón, detestaba usarlo, creía que llamaba la atención de la gente para que se compadecieran de su ceguera.

—Gracias —le contestó.

Elisabeth cogió la llave de la habitación de al lado y se metió en su interior.

El chofer se sentía mal dejando allí al hombre. A pesar de lo ocurrido en el coche, durante todo el camino de ida con su madre ambos habían sido muy amables. Imaginó que al despertar y no recordar dónde estaba se había asustado. Se sentía incapaz de no ofrecerle su ayuda, si había algo que pudiera hacer por él.

—Señor —se acercó a él, que estaba cogiendo el marco de la puerta a punto de entrar—, si necesita algo, su mujer está en la habitación de su derecha, yo estaré en la siguiente.

—¿Crees que podrías conseguir algo de licor? —demandó dándose la vuelta.

—Claro señor.

—Bien —exhaló el aire, cogió la cartera y sacó un par de billetes—, pregúntale a Elisabeth si quiere desayunar —le tendió el dinero—, desayunad los dos o lo que queráis y consígueme esa botella.

—Muy bien —contestó el chofer obediente cogiendo el dinero.

—¿Hay suficiente dinero? —demandó indeciso sin tener la más mínima idea de lo que le había dado.

—Sí señor, ahora mismo iré a buscar lo que me ha pedido y hablaré con su mujer.

Johnny afirmó con la cabeza en un suspiro, su mujer. Se dio la vuelta y entró en la habitación, cerró la puerta y, de su maleta, sacó su bastón blanco plegable, lo abrió y, con su ayuda, investigó la habitación; no tenía sueño, tenía dolor de cabeza y sentía que necesitaba una ducha.

Se sentó en la cama y esperó a que el chofer volviera con lo que le había pedido; cuando lo hizo, abrió la botella e intentó en vano ahogar su desánimo y hastío en el alcohol.

Beth había dormido con el horrible traje de novia puesto, se dio una ducha y se puso ropa normal. Desayunó con el chofer, este no sació su curiosidad, el padre de su marido lo había contratado para ir y volver de Chicago, no los conocía. La informó que saldrían a media tarde. Durmió algunas horas.

Llamaron a la puerta, era el chofer, la ayudó con el equipaje y lo metió en el coche.

—¿Quiere que avise a su marido o prefiere hacerlo usted? —preguntó el chofer.

—Por mí como si se queda aquí —contestó Beth subiéndose al coche, y lo decía en serio.

El chofer puso cara de circunstancia ante la respuesta de la joven y fue hasta la habitación del señor; llamó y este le abrió al momento, con la camisa de cuadros abierta.

—Su esposa ya está lista, señor —le aclaró mientras él se abotonaba la camisa—; he pagado la cuenta con el dinero que me dio esta mañana, podemos salir ya, o si lo desea esperamos a que coma algo.

—¿Ella ha comido?

—Esta mañana, señor, le he ofrecido comer algo más y no ha querido.

—Entonces salgamos ya.

Volvió sobre sus pasos, siete hasta la cama, donde tenía sus cosas; aunque había estado bebiendo, no había bebido suficiente para sentirse ebrio, ya lo haría cuando llegara a casa.

Beth, desde el coche, vio a los dos hombres acercarse; el chofer iba junto a su marido, él se guiaba con un bastón blanco que blandía de un lado a otro mientras caminaba.

—¿De qué se ha disfrazado? —se preguntó en voz alta.

A pesar del bastón con el que se guiaba, sus pasos eran decididos, caminaba con la cabeza alzada y su andar era chulesco, movía las caderas de una forma casi hipnótica. Se había vestido del salvaje oeste, llevaba un pantalón de color marrón con la americana del mismo color y una camisa a cuadros de color caqui, pero lo peor de todo era el sombrero. Parecía un disfraz de Halloween, en Shelby nunca había visto a nadie vestir así, solo en la tele, en las películas de indios y vaqueros con las que su padre tanto disfrutaba.

Se bajó del coche.

—¿De qué te has vestido? —le preguntó.

—Siempre visto así, ¿algún problema?

—Es ridículo —dijo lo que pensaba sin medir sus palabras—, Halloween ya pasó.

Ahí estaba otra vez la impertinente, solo tenía ganas de llegar a casa y perderla de vista, no tener que oírla ridiculizarlo de nuevo.

—Me alegra que te guste —ironizó.

—Es que no me gusta —le aclaró ella, que no entendió la ironía.

Johnny negó con la cabeza, no parecía tener dos dedos de frente.

—Vas camino de Texas, querida, en dos días tú vestirás igual —ignoró su inocencia e ignorancia.

—Ni muerta —contestó ella con cara de asco.

Se sentó en el asiento de delante y cerró la puerta del coche, no quería ir con él y que le hiciera algo; le había pegado al chofer porque sí, no quería recibir después de haberle dicho lo ridículo que le parecía.

Johnny le preguntó en voz baja al chofer si se había sentado delante, este le dijo que sí y él se alegró, podría llevar su equipaje detrás y tendría la botella de whisky a mano.

Se pusieron en marcha. Johnny, desde atrás, la oía conversar con el chofer, se recostó en el asiento y se puso el sombrero Stetson sobre los ojos; no es que el sol le molestara, claro que no, pero era la costumbre, cerró los ojos y esperó a llegar a casa.

Ocho:
Persona no grata

Habían salido de la carretera. Beth esperaba haber llegado, tenía las piernas entumecidas, solo habían parado dos veces desde el motel. No había vuelta atrás, por más que quisiera retrasar el momento, no podía eludir su destino. Estuviera lista o no lo estuviera, el momento llegaría, su vida estaba en marcha, no podía detener el tiempo, de haber podido hacerlo no estaría casada.

A lo lejos vio unas luces, a medida que se acercaban iba viendo las proporciones de la enorme casa. No pudo ver mucho más, era de noche y el cielo estaba encapotado.

El chofer detuvo el coche justo enfrente de ella. Beth, desde el asiento delantero, se fijó en la casa en penumbras. En el porche había un hombre con bigote que se levantó de una mecedora. Era menudo y de espalda ancha, se fijó en que sus vestimentas eran similares a las del hombre con el que se había casado. El hombre llamó con los nudillos a la puerta principal y salió de la luz del porche, acercándose al coche.

—Hemos llegado —anunció el chofer.

—Por fin —dijo Johnny desde el asiento trasero harto del viaje.

Se bajó del coche e inspiró con fuerza, estaba en casa. Por fin estaba de vuelta en su casa; no pensaba cagarla como la otra vez, no bebería tanto, se controlaría, haría lo necesario para vivir tranquilo.

Estiró la espalda y flexionó las piernas después del largo viaje.

El chofer también bajó del coche, lo rodeó y empezó a descargar el maletero.

—Ya creía que no venías, amigo —oyó Johnny la voz de Armando.

—¿Qué haces tú aquí? —se alegró al escuchar una voz amiga—. ¿Tu mujer te ha echado de casa?

—Que más quisieras tú —se abrazaron unos segundos, suficiente para que Armando se diera cuenta que olía a alcohol—. Tu madre ha estado llamando preocupada. Nana está que se sube por las paredes.

Johnny afirmó con la cabeza al escuchar aquello.

—Estas mujeres se preocupan por nada, no estábamos precisamente cerca.

Beth observaba sin moverse. La puerta principal de la casa se abrió y una mujer de color, ancha y bajita, salió, volvió a asomar la cabeza dentro de la casa unos segundos y después salió de la luz del porche.

Había llegado el momento, debía bajar del coche y enfrentar la situación. Los nervios hacían que sintiera un nudo en el estómago, intentó adivinar el perfil del hombre con el que hablaba su marido.

Johnny oyó cerrarse la puerta delantera del vehículo, dedujo que Elisabeth se había bajado.

—Armando, ella es Elisabeth —los presentó—. Armando es el capataz, mi mano derecha.

—Beth —contradijo a su marido ofreciéndole la mano al capataz.

—Un placer, señora —dijo Armando con acento español estrechándole la mano, a la vez que la miraba con interés; no había suficiente luz para verla bien, aunque era obvio que era alta, más que él, y delgada.

Beth le soltó la mano, lo de señora no le sentó demasiado bien, era demasiado joven para que la llamaran señora, por más casada que estuviera.

—Señorito John —escuchó Johnny la voz de Nana—, al fin ha llegado, empezábamos a preocuparnos.

—Hola Nana —la buscó con la mano hasta tocar su hombro, se lo estrechó—, me alegra que estés aquí, treinta y dos años y aún tienes que cuidarme, debería darme vergüenza —le dijo de broma.

—No me haga hablar, señorito John—le pidió—, ya sabe que prefiero estar con usted.

—Deja ya lo de señorito Nana, mi padre no está aquí, soy Johnny, sin señoritos.

—Debería llamarlo señor, ahora ya está casado —intervino Armando con regocijo, alegrándose por él.

—Johnny —le dijo él—, Nana, deberías llamarme Johnny, ella es Elisabeth.

Beth le tendió la mano a la señora de color.

—Beth —volvió a corregirlo a la vez que estrechaba la suya—, todo el mundo me llama Beth.

—Es un placer tenerla aquí señorita Beth —le dijo la mujer al tiempo que le soltaba la mano.

Alargaba las vocales tanto como su marido, tenían acento sureño y pueblerino, se preguntó si después de un tiempo ella acabaría hablando y vistiendo como ellos, como él le había advertido.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —contestó Beth con pesar—, estar aquí es peor que un dolor de muelas; tener que casarme, el peor castigo que he tenido que sufrir, y más con él —dijo con desprecio.

Johnny negó con la cabeza: Nana censuró con la mirada a la mujer.

—Debería mostrar más respeto por su marido —dijo Nana tajante, estremecida por el tono de la joven y por sus modales.

—Nana, no importa —le dijo Johnny indiferente—, déjalo, es así de educada y agradable.

—Ayúdame a entrar las cosas Nana —intervino Armando rompiendo la incómoda atmósfera.

—Esto no está tan mal Elisabeth —dijo Johnny en un intento de ser amable con ella—; si quieres, mañana puedo enseñártelo, ahora es muy tarde, pero de día es un sitio bonito.

Johnny esperó que ella lo rectificara como había hecho con los demás, esperaba que le pidiera, como a los demás, que la llamara Beth, pero ella no lo hizo, por lo visto no quería esas confianzas con él.

—¿Qué vas a enseñarme tú si no puedes ver? —demandó incrédula—. Si lo que quieres es un perro guía, cómpratelo, a mí no vas a usarme como a ese palo para que te guíe mientras presumes de mujer.

Nana creía que iba a envenenarse mordiéndose la lengua. Empezaba a comprender la preocupación de la señora, por qué el señor había escogido a esa mujer, era impertinente y maleducada. No iba a permitir que le hablara así al señorito, si había que darle lecciones de modales y educación, ella se las daría hasta que mostrara el respeto que el señorito merecía.

Johnny intentó mantener la calma, que sus palabras dañinas no le afectaran.

—Desde luego, si quisiera un guía preferiría un perro antes que a ti —le contestó sin poder ocultar su enfado—, y que no pueda ver no significa que no pueda hacer nada.

—Ni siquiera eres capaz de llegar a una habitación de hotel solo, así que ya me dirás...

Al segundo se arrepintió de esa afirmación, de todo lo dicho, no porque no fuera verdad, sino porque no quería cabrearlo y que le diera un golpe por su sinceridad. Dio un paso atrás apartándose de él.

—Soy capaz de muchas cosas, algunas que no querrás comprobar —la amenazó, aunque no pensaba ponerle un dedo encima por mucho que lo exasperara—, así que te recomiendo que sigas el consejo de Nana y me trates con un mínimo de respeto o lo pasarás mal, muy mal.

Beth tragó saliva y dio otro paso atrás.

Armando seguía descargando el maletero del coche de cajas, la mujer de Johnny parecía tan desagradable como el padre, a pesar de ello no le había gustado cómo le había hablado Johnny, nunca le había oído usar ese tono de voz con ninguna mujer, claro que nunca había oído a nadie hablarle así. Johnny había llegado oliendo a whisky, esperaba que no se repitiera lo que ocurrió cuando volvió un año atrás, esperaba que con la presencia de Nana y su mujer no volviera a caer a pasarse el día tirado y borracho. Él era un buen hombre, quería que volviera a ser el de siempre, pues ahora estaba amargado.

—¿Lo subimos todo a la habitación, Johnny? —preguntó Armando.

Beth negó con la cabeza incapaz de intervenir, no quería dormir con él, no quería que la tocara, tenía miedo de volver a intervenir y cagarla de nuevo, temía llevarse una buena bofetada ya la primera noche.

—Sí —contestó Johnny—. Nana, prepara alguna habitación para Elisabeth.

Beth respiró tranquila, después de que él alquilara dos habitaciones, tenía la esperanza de que aquello se repitiera, pero estaba intranquila. Después de todo era su mujer, él la querría como algo más que un bonito souvenir que ni siquiera podía ver, aunque sí lucir.

—¿No van a dormir juntos? —demandó Nana.

—No —intervino Beth.

—Mañana nos organizaremos —dijo Johnny—. Armando, ¿puedes ayudar a entrar las cosas?

—Claro que sí.

—Después vete a casa, no quiero líos con tu mujer —curvó los labios al pensar en ella, lo llevaba recto como un palo, tenía mucho carácter y, a pesar de ello, podía ser encantadora—, dale un beso a ella y otro a María, dile que espero que se pase a verme pronto, tengo muchas ganas de charlar con ella.

A Beth, que empezaba a acostumbrarse a la falta de luz, le pareció que el rostro de él se dulcificaba al nombrar a la tal María, y se preguntó quién sería. Él había dicho que no era virgen y no quería compartir habitación con ella, seguramente era su amante, empezó a atar cabos en su cabeza. Debería sentirse humillada, pero no se sentía así, era lo mejor que podía pasarle, de ese modo no la buscaría a ella.

—Quería venir esta noche —le dijo Armando cogiendo las cajas más pesadas—, ya sabes cómo es.

Johnny abrió la puerta trasera del coche del que no se había separado, cogió su propio equipaje, abrió el bastón blanco y se marchó. Al entrar en la casa lo saludó la hija de Nana amablemente con esa timidez que caracterizaba a la muchacha; no hacía mucho que había tenido la edad de Elisabeth y nunca fue impertinente, otra muestra de que la impertinencia de su mujer era cuestión de carácter, no de edad.

Entraron en la casa, los hombres dejaron las cajas más pesadas en el recibidor, el chofer se despidió de Beth y le dio el cambio del dinero que su marido le había dado para gastos; pensó en decirle que se lo quedara, pero cuando vio que eran más de treinta dolores se los metió en el bolsillo y le dio dos de propina.

Nana observaba a la chica, que miraba a todas partes con los ojos como platos y la boca abierta. Le había parecido que llevaba el pelo recogido, en lugar de eso lo llevaba extremadamente corto; su cuello se veía largo y esbelto, como toda ella, era muy guapa. Cuando su hija Florence la vio, se le iluminó la mirada. Nana pensó que iba a causar mucho revuelo entre los trabajadores, no pasaría desapercibida.

En procesión, los cuatro cruzaron el piso inferior hasta una gran escalera de caracol por la que podrían haber subido los cuatro juntos en lugar de hacerlo en fila india. Nana lideraba la marcha y Beth la cerraba observando todo a su alrededor, cargada con la maleta donde tenía sus enseres más preciados, sus cosméticos. Aquella casa no tenía nada que ver con su humilde residencia en Shelby, era todo lo contrario, era grande, espaciosa, demasiado señorial para su gusto.

Armando dejó las cajas en la habitación y finalmente se fijó en la mujer de su amigo; no le había causado buena impresión pero, en cuanto la vio, se le olvidó el motivo de su disconformidad; la observó furtivamente mientras ella miraba la habitación. Pensó que, si Johnny pudiera verla, no la dejaría dormir sola y se olvidaría de Amanda de una vez por todas, era la mujer más bella que había visto nunca.

Se despidió de las mujeres y Beth se fijó en él; cuando lo miró, pensó que aquello era lo más parecido a que te mirara un ángel; había sido cruel con Johnny, pero él era idiota por no quererla en su cama.

Mientras Nana y su hija, de la que ya había olvidado el nombre, hacían su cama, se maravilló de la habitación que le habían dado. Era tan grande como una de las plantas de la casa de sus padres, tenía una zona de reposo y otra de dormir, con un tocador enorme donde podría poner todas sus cosas.

Dejó la maleta en un rincón y exploró la habitación. En lugar de armario tenía vestidor, tan grande como su antigua habitación, no podría llenar ni una pequeña parte. Lo mejor lo descubrió al abrir la puerta que había junto al vestidor, era un baño, tenía baño propio, algo que había codiciado toda la vida.

Las mujeres le desearon buena noche y la dejaron sola.

Se sentó en la cama pensando en si podría acostumbrarse, lo poco que había visto de la casa le gustaba. El mobiliario y la decoración de la habitación eran anticuados, pero tenía la materia prima. El clima era diferente, no esperaba que nevara, pero tampoco aquella temperatura tan cálida y agradable. Casada con ese hombre no tendría que trabajar en algo que no le gustara y tenía servicio, todas aquellas tareas del hogar que su madre había intentado enseñarle y para las que mostró ser una negada las hacían otras personas. Ella podría dedicar su tiempo a lo que quisiera, el único inconveniente era él.

El hombre le parecía duro y amenazador, le daba miedo, al recordar lo grandes que eran sus manos sintió un escalofrío. La había amenazado y parecía muy capaz de cumplir su amenaza y convertir su vida en un infierno. De momento la había respetado, procuraría mantenerse lo más alejada posible de él, su lengua iba por libre y no quería meter la pata, esperaba que él hiciera lo mismo y no se acercara a ella.

Johnny, al meterse en la cama, deseo sentir el olor de Amanda entre las sábanas. El paso de los años le había hecho olvidarlo, antes esas pequeñas cosas no tenían importancia, en cambio ahora sí. Se preguntó si ella sabría lo que había hecho, si algún día volvería y se lo echaría en cara para rematarlo.

Como cada noche, intentó soñar con ella, pero era imposible. Podía soñar con ella mientras estuviera despierto, una vez se dormía volvía al horror, a la guerra, a la pena y al miedo más profundo de perder lo que ya había perdido, de revivir su pérdida y horror sin ser capaz de cambiar lo que pasó. No solo perdió a Jack en Vietnam, se había perdido a sí mismo, parecía que, como Jack, él tampoco iba a volver.

Despertó empapado en sudor y se duchó intentando borrar el horror que tenía que revivir cada noche.

Bajó los escalones intentando animarse, recordándose que estaba en casa, era cuanto quería. Se había sacrificado casándose, pero estaba de vuelta. Esperaba obtener un poco de paz entre esas paredes en las que había llegado a ser tan feliz; no anhelaba la felicidad, esta no llegaría si no era de la mano de Amanda.

—Buenos días —saludó entrando en la cocina.

Nana estaba cocinando, podía oler los huevos, el beicon y el café. Olores que le abrieron el apetito.

—Buenos días señor —contestó Nana a la que oía trasteando—. ¿Le apetece desayunar en el porche?

—Creo que esa es una idea genial —intentó sonar entusiasta—. ¿Está Florence contigo?

—Estoy aquí —contestó la joven tímidamente.

—Ve a las tierras a pedirle a alguien que le diga a Armando que se reúna conmigo en el porche.

—Ahora mismo señor.

—Johnny —dijo con paciencia—, en esta casa no hay señores, ni señoritos, y eso va para las dos —advirtió, para que Nana tomara nota de una vez por todas.

Florence dejó lo que estaba haciendo y salió hacia las tierras, sin hacer ningún comentario.

—¿Qué tal ha dormido? —le preguntó Nana preparando una bandeja con el desayuno.

—Como siempre —un escalofrío lo recorrió al recordar sus pesadillas—. Me gustaría que desayunaras con nosotros, hay cosas sobre las que quiero hablar contigo y Armando. ¿Se ha levantado ya Elisabeth?

—No, todavía no.

—Iré a despertarla, ayer no comió mucho... ¿Está demasiado delgada Nana? —preguntó con indecisión—. Ayer la cogí del brazo y me pareció que lo estaba, no quiero que enferme.

—Está delgada, pero sinceramente tiene un aspecto de lo más saludable. Además es una mujer muy atractiva, es muy guapa, aunque si me lo permite señor...

—Nana —la censuró cansinamente—, déjate de esas formalidades de una vez.

—De acuerdo —contestó ella—, lo que iba a decirle es que esa chica necesita mano dura. No permita que le falte al respeto del modo que lo hizo anoche —titubeó un momento sin saber cómo decirle lo que quería sin herirlo—. Me sentí avergonzada por su comportamiento y su forma de hablarle y menospreciarlo, no permita que le hable así, ni siquiera en privado, y mucho menos en público.

Johnny había estado pensando en la escenita de la noche anterior, sabía que Nana tenía razón, a él tampoco le gustaba un pelo cómo le hablaba o trataba. De alguna manera, empatizaba con ella, su padre le pareció de la misma calaña que el suyo y le había prometido a su madre, que le dio una opinión contraria a su marido, que sería paciente con ella.

—Démosle tiempo —le contestó—, le prometí a su madre que sería paciente con ella. No quería casarse conmigo —le explicó—, cree que su padre la ha vendido, imagino que se siente vulnerable.

Eso no convencía en absoluto a Nana.

—A usted también le han obligado a casarse y estoy segura de que no le hablará así.

—Solo tiene diecinueve años, se siente herida y vapuleada, debemos intentar ser pacientes.

Johnny ni siquiera sabía por qué defendía su comportamiento. Nana tenía razón, debía tener mano dura, aun así, se compadecía de ella, aunque lo sacara de quicio.

A Nana le sorprendió que fuera tan joven, a la vista estaba que era más joven que él, aunque no pensó que tanto. Daba igual la edad que tuviera, eso no le daba ningún derecho a ser cruel.

—Una cosa es ser paciente y otra cosa permitirle según qué comentarios y comportamientos, que le hable de esa forma por ejemplo, ese desprecio en su voz delante de todo el mundo... Si ahora lo permite, después no podrá detenerlo, hágame caso.

—Ella no te ha gustado demasiado, ¿no es cierto?

A pesar de que no era una pregunta, le respondió:

—En absoluto, la verdad.

—Su padre la abofeteó, debe sentirse herida y humillada, sé lo que es que tu padre te haga sentir así. Quiero que se sienta a salvo aquí, dejémosle un tiempo de transición, dejemos que se adapte.

—Haga lo que quiera, pero recuerde mis palabras, ella no parece que vaya a compadecerse de usted.

—De momento, es lo único que me gusta —curvó los labios—, que no se compadece de mí. Parece sincera, desearía que no fuera tan hiriente, pero lo prefiero a que mienta; no te agobies, todo irá bien.

No sabía si todo iría bien, eso esperaba, que fuera a mejor y no a peor. Intentaría complacerla, tenerla contenta y que le diera el menor número de problemas posibles, para que ambos pudieran vivir en paz.

Dejó de apoyarse en el marco de la puerta con la intención de ir a buscarla.

—Yo iré a despertarla —intervino Nana—, llame a su madre, quería hablar con usted.

Nana le marcó el número y le dio el teléfono, le acarició el brazo al pasar junto a él. Habló un momento con el mayordomo de casa de sus padres y enseguida se puso su madre, que le preguntó por el viaje de vuelta y su mujer; se limitó a decir que todo iba bien. Su madre le dijo que su padre daba una fiesta al día siguiente para despedir el año y celebrar que empezaría una nueva década, él quería que fuera con Elisabeth y no era una petición, quería presentarla a todas sus amistades. A Johnny no le apetecía en absoluto volver a casa de sus padres, aunque fuera por una noche. Sabía cómo eran las fiestas que organizaba su padre, las multitudes le hacían sentirse desubicado y nervioso.

Margaret esperaba que ahora que Johnny se había ido y se había casado con quien su marido había elegido, fuera más benévolo con él. Cuando Johnny dijo que no quería ir, no dio su brazo a torcer.

Johnny salió al porche trasero hastiado después de hablar con su madre. El ambiente estaba impregnado de un olor a césped recién cortado, a lo lejos podía oír el rugido de la cortacésped, lo suficientemente lejos para que escuchara piar a algunos pájaros. Pegado a la pared fue hasta la mesa redonda de madera y se sentó en una de las sillas del exterior. Intentó sentirse bien, se suponía que al volver a casa todo mejoraría, pero era el primer día y ya estaba asqueado, no debía permitir que la fiesta le arruinara la vuelta a casa. Solo era una noche, lo haría por su madre.

Oyó unos pasos acercarse y esperó que le hablaran para saber de quién se trataba.

—Buenos días jefe —le saludó Armando con su acento mejicano—. ¿Qué tal la primera noche?

—Como el culo —contestó—, mañana mi padre da una fiesta para celebrar la entrada al año setenta. Quiere que vaya con la deslenguada de mi mujer —apartó una silla con el pie—, siéntate.

Armando hizo lo que su amigo le pedía y se sentó junto a él.

—Te he traído algo, es un regalo con los mejores deseos de parte de mi mujer.

Cogió la mano de Johnny y puso la caja de cartón sobre ella.

—¿Qué es? —preguntó Johnny tanteando la cajita.

—Es una caja de gomas —dijo en una carcajada—, la ha comprado de extranjis.

—No la necesito —dijo negando la cabeza y tendiéndosela—, esa mujer no es Amanda.

Estaba cansado de oírlo lloriquear por Amanda, él podía amarla, pero ella se había marchado. Era joven y se había casado con una mujer preciosa, ella podría hacerle olvidar a Amanda de una vez por todas.

—Amanda ya no está, Johnny —le recordó—, deja que se marche, hace años que lo hizo, olvídala —le recomendó—; ahora estás casado y te aseguro que quieres usar las gomas —le apartó la mano que él le tendía—. Tu mujer es muy guapa, ya sabes que yo solo tengo ojos para la mía, pero esa chica es preciosa y es tu mujer, no seas idiota y mira hacia adelante.

Armando tenía razón, él sabía que Amanda se había marchado y no volvería. Si hubiera tenido la más mínima duda, por pequeña que fuera, no se habría casado, pero sabía que era imposible que ella volviera.

Su amigo le pedía que mirara hacia adelante, pero no veía nada, solo oscuridad; sin embargo, cuando miraba hacia atrás, lo veía todo con colores llamativos que no volverían y le cortaban el aliento. Podía volver a verla a ella, se recordaba con ella montando a Bella y Bestia por la hacienda, hasta llegar al lago, la recordaba pintando en su estudio, danzando por la casa como un hada de cabellos rojos.

—Dale las gracias a Mary, pero no voy a usarlo —volvió a tenderla la caja de preservativos.

—No pienso cogerla —dijo Armando molesto, no quería que Johnny siguiera viviendo en el pasado—. ¿Para qué querías que viniera?

Nana fue hasta la habitación de la joven mujer, intentó levantarla de la cama pero ella obstinadamente se negó, alegando que estaba cansada del viaje. Estuvo un buen rato intentando convencerla de que se levantara, ya estaba despierta, si después de comer seguía tan agotada como decía, podría echarse una siesta, pero Beth no dio su brazo a torcer y al final Nana tuvo que darse por vencida.

Volvió a la cocina. Florence estaba acabando el desayuno, cogió la primera bandeja y salió al porche.

Cuando Johnny oyó abrirse la mosquitera escondió la caja de preservativos en el bolsillo, no quería que Beth los viera y se pensara lo que no era, no quería problemas con ella.

—Buenos días Armando —oyó que Nana saludaba al capataz.

—Buenos días Nana —contestó este.

—La señorita Beth se niega a salir de la cama —informó Nana a Johnny—, dice que está cansada.

Johnny se encogió de hombros con indiferencia, si no quería levantarse que no lo hiciera. Una cosa era ser paciente con ella y otra ser su niñera, no pensaba interpretar ese rol.

Le pidió a Nana que desayunara con ellos, quería que ella y su hija tuvieran su propio espacio, por eso quería hablar con ambos. Nana lo había criado, era como de la familia y agradecía que estuviera allí.

Casi tocando los campos traseros había varias casitas que, en su momento, habían servido para que vivieran los esclavos. Ahora, excepto un par, estaban desocupadas, y quería que Nana escogiera una y que Armando buscara a alguien para reformarla y ponerla a su gusto.

—¿No quiere que vivamos bajo su mismo techo? —preguntó Nana preocupada y desconcertada.

—No es eso, Nana —contestó Johnny oyendo el tono herido de su voz; deseaba lo opuesto, que ella se sintiera valorada, lo último que quería era ofenderla o hierla, pues la tenía en alta estima—. Lo que quiero es que tú y Florence tengáis vuestro propio espacio, creo que ya es hora de que tengáis una casa que sea vuestra, que podáis disfrutar un poco de la vida, que a veces no es más que un suspiro —buscó su mano callosa y la envolvió entre las suyas—. Quiero que vivir aquí sea diferente a vivir bajo el yugo de mi padre. ¿Me comprendes? Has cuidado de mí toda mi infancia, como si fuera hijo tuyo; cuando volví de aquel infierno volviste a hacerlo, me has ayudado mucho toda la vida y me gustaría regalarte esto.

Vivir allí no sería como servir en casa de sus padres, donde no podías dar un paso sin que su padre te cuestionara. Quería darle libertad, se la había ganado después de más de treinta años trabajando para él.

Nana tragó saliva intentando bajar el nudo que se formaba en su garganta. Le emocionó que el señorito Johnny pensara en ella de eso modo, que se preocupara por ella la hacía sentirse valorada y querida.

—Gracias —atinó a decir, no quería llorar, no era propio de ella echarse a llorar, era sensible pero no una sensibilera, tenía carácter y no lloraba delante de nadie—, recogeré el desayuno.

—No tienes por qué darlas Nana—le contestó negando con la cabeza y soltándole la mano, la oyó alejarse y suspiró antes de dirigirse a Armando—. Quiero que las acompañes hasta las casas, que elijan la que más les guste y que busques a alguien para que trabaje en ella hasta dejarla a su gusto. Reformas, pintura, construcción, muebles, decoración... —enumeró con los dedos—. Me da igual si tienen que tirarla abajo y empezar de cero, quiero que sea perfecta, me da igual lo que cueste.

—No hay problema jefe, me encargaré de ello, conozco a la persona perfecta para el trabajo.

Armando le sirvió otro café a Johnny y hablaron de negocios. Él solía visitarlo en casa de sus padres para ponerlo al día sobre el negocio que seguía prosperando. Johnny le escuchaba mientras el sol le acariciaba la cara; intentó disfrutar, pero se sentía a años luz de la satisfacción en aquella oscuridad perpetua.

Armando volvió al trabajo. Johnny se quedó un tiempo indefinido para él fuera, al sol. Al entrar se cruzó con Florence, la hija de Nana; le preguntó qué le parecía la idea de la casa, ella dijo que estaba contenta, pero a Johnny no le pareció que expresara ninguna emoción, algo propio de ella. Florence era una chica muy tímida y no solía mostrar demasiado de sí misma. A pesar de que se llevaban siete años, habían crecido y jugado juntos. Cuando se fue a la universidad, su relación se enfrió; desde entonces ella siempre lo trataba con la misma timidez y distancia con la que trataba a todo el mundo, excepto a su madre.

Beth había decidido no levantarse de la cama. En tres ocasiones, la encargada del servicio, Nana, había intentado que se levantara, que bajara a desayunar, a almorzar y a cenar, pero no lo hizo. Había notado que no le gustaba a Nana, así que decidió que a ella tampoco le gustaría. Quizás se precipitaba y era una apreciación errónea, no la conocía, pero le pareció que intentaba obligarla a compartir tiempo con el que era su marido y no pensaba hacerlo, le daba miedo aquel hombre.

Desde la cama y a través de las ventanas, vio cómo el sol se ponía hasta dejar la habitación a oscuras; se levantó de la cama e instaló su anticuado tocadiscos mientras esperaba que la bañera se llenara.

Se metió en la bañera e intentó contener las lágrimas, analizando todo lo que había hecho mal. Pensando en el millar de circunstancias que hubieran podido cambiar su situación, aquello le hacía sentirse más melancólica. Ya estaba hecho, estaba en esa casa desconocida alejada de todo lo que había conocido en la vida. Seguía enfadada con sus padres y los extrañaba como no recordaba haber extrañado a nadie.

Llamaron a la puerta y se puso la bata para ir a abrirle a Nana.

Al abrir la puerta no era Nana la que estaba en el pasillo, sino su marido, con la mirada perdida y una bandeja de plata en las manos. Había olvidado lo grande que era, lo atemorizante que resultaba.

—Te he traído la cena —dijo Johnny cuando ella abrió la puerta.

No había salido en todo el día de la habitación. Nana se había negado a subirle la comida, alegando que, si ese día la dejaban comer allí, lo tomaría como una norma. Había dicho que debían tener mano dura con ella y tratarla como a una adolescente desbocada, que no se moriría de hambre si no comía un día. Pero Johnny no compartía esa opinión. Si no quería compartir la mesa con él, que no lo hiciera, pero se sentía incapaz de dejarla sin comer todo el día.

—No tengo apetito —mintió Beth asustada, mientras su estómago rugía por el olor de la comida.

—Oigo tu estómago Elisabeth —negó con la cabeza—, no seas cabezota y come.

Johnny le tendió la bandeja y Beth la cogió; sentía un agujero negro en lo que debía ser su estómago. En la bandeja había un estofado de carne que olía deliciosamente bien y el estómago rugía por engullirlo.

—Mañana es noche vieja —dijo Johnny—, mis padres dan una fiesta.

—¿Y a mí qué me importa? —preguntó Beth relamiéndose los labios al ver la comida.

Al escuchar aquella contestación, las palabras de Nana resonaban en la cabeza de Johnny. Ella tenía razón, era una impertinente maleducada. Intentó mantener la calma, debía controlar su genio.

—Debemos ir, juntos —Beth dejó de prestar atención a la comida y lo miró a él; antes de que pudiera negarse, él siguió hablando—; mi padre quiere presentarte, ahora eres de la familia.

—No quiero ir —negó mirando sus facciones duras.

—Yo tampoco —contestó Johnny rascándose la barba que empezaba a salir—, pero eso no importa.

—No voy a ir —insistió ella.

—Irás, y yo también —dijo Johnny tajante, dejando claro que no admitiría discusión.

Beth dio un paso atrás, no quería enfadarlo pero tampoco volver a ver a su padre, no le gustaba la forma descarada con que ese hombre la miraba, el hombre en sí no le gustaba, la hacía sentirse incomoda.

—No tengo qué ponerme.

Johnny había empezado a perder la paciencia en su primera negación, no tenía ganas de discutir.

—¿Sabes conducir?

Claro que no sabía, su padre decía que los coches eran para los hombres, no para las mujeres.

—No —contestó contrariada.

—De acuerdo —intentó no perder la paciencia—, le pediré a alguien del campo que te lleve mañana al pueblo, allí podrás comprarte algo de ropa.

—No tengo dinero.

—Yo te lo proporcionaré.

—No quiero ir —volvió a insistir.

—¡Me da igual! —exclamó Johnny perdiendo la paciencia. Beth dio otro paso atrás asustada, no quería provocarlo. Johnny se aclaró la voz intentando recuperar la calma, él tampoco quería ir pero era lo que había—. Deja de poner excusas Elisabeth, iremos a esa fiesta, no me hagas perder la paciencia.

Beth deseaba decirle que ella no era otra de sus esclavas, y apenas pudo contener las palabras dentro de su boca. Lo hizo, su padre era un hombre mucho más menudo que ese y la quería, si él le hacía daño cuando le daba una bofetada, un golpe de ese hombre enorme sería doloroso de verdad.

—¿Algo más? —levantó el mentón, intentando no mostrar el miedo que él le producía.

—Sí, esta noche te he traído la cena, pero esto no volverá a repetirse —le advirtió—. Si quieres pasarte el día encerrada, haz lo que te dé la gana, pero bajarás a comer y no quiero ni oírte rechistar.

Su voz había sonado dura, quería que ella comprendiera que hablaba en serio, pero por otro lado tampoco quería ser demasiado duro. Le había hecho una promesa a su madre e intentaba cumplirla.

Esperó un momento que ella dijera algo, pero no lo hizo. Giró en dirección a su habitación y se marchó.

Beth no pudo pegar ojo en toda la noche, después de pasarse todo el día en la cama. A la mañana siguiente, cuando le parecía que hacía cinco minutos que había empezado a dormir, llamaron a la puerta.

Nana llamó a la puerta y no esperó, entró con su hija pegada a los talones y descorrió las cortinas. Debían ir al pueblo para que ella se comprara un vestido para la fiesta que daba el señor en su casa.

—¡Buenos días! —dijo con una voz tan fuerte que a Beth le retumbó en el cerebro—. Si quiere ir al pueblo debe levantarse —Beth se tapó con la sabana—. Florence, prepárale el baño a la señorita.

—Acabo de dormirme, no voy a levantarme —se quejó escondida bajo la sábana.

—En ese caso no irá al pueblo —contestó Nana poco dispuesta a dar su brazo a torcer—, el coche estará preparado en una hora, esté usted lista o no.

Beth se sentía de mal humor, sacó la cabeza de debajo de la sábana preparada para plantarle cara a esa mujer tan desagradable.

—¿Quién se cree que es usted? —preguntó llena de rabia mirando sus ojos oscuros.

—¿Y usted? —demandó Nana cansada de su impertinencia.

—Me levantaré cuando quiera, e iré al pueblo a comprar cuando yo quiera, no cuando tú digas —la encaró—. Tú me sirves a mí, no al revés, procura no olvidarlo.

Aquel comentario encendió a Nana como una mecha. Johnny no parecía dispuesto a tener mano dura, así que lo haría ella, no pensaba dejarle pasar ni una, ni media.

—Está muy equivocada señorita, yo no le sirvo a usted, sino al señor; si no está lista en una hora, no irá a ninguna parte, a no ser que quiera ir andando. El pueblo está a más de cuatro kilómetros.

Beth abrió la boca como un pez y volvió a cerrarla, salió de la cama como un vendaval y se fue en busca de su marido. Lo encontró en la cocina, le explicó lo que la criada le había dicho y a Johnny le enfadó mucho el desprecio que mostraba al referirse a Nana, así que consiguió cabrearlo a él también.

Asustada por haberlo hecho enfadar y derrotada al ver que no encontraría

ningún apoyo en esa casa, que todos estaban en su contra, volvió a la habitación. La cruzó sin abrir la boca mientras madre e hija hacían la cama, y de un portazo cerró la puerta del baño.

Antes de salir, su marido la esperaba en el porche delantero; le dio algunos billetes de cien dólares y ella miró el dinero sin poder creer que le diera aquel dinero para un vestido, pero no dijo nada y lo cogió.

Nana y Armando iban hablando en la ranchera de camino al pueblo. Florence iba atrás en la zona de carga y Beth miraba por la ventana, ajena a la conversación. Observaba los campos, campos y más campos, mientras se compadecía de sí misma y su situación; llegar al pueblo apenas les llevo unos minutos.

Dejaron a Beth junto a las tiendas y ellos se fueron a comprar sin ofrecerle su ayuda; de camino a la tienda, Nana le contaba a Armando lo desagradable que era la chica, cómo la había tratado antes de salir y cómo se había ganado una regañina de Johnny por su culpa.

Armando no conocía mucho a Nana, aunque fue suficiente para darse cuenta de que tenía mucho carácter, a diferencia de su hija, que los seguía un paso detrás de ellos sin abrir la boca.

Cuando acabaron de comprar, cargaron la ranchera. Beth aún no había vuelto y Nana no podía creer que tardara tanto en elegir un vestido, pensó que además de impertinente era impuntual, lo tenía todo.

—¿Te puedes creer que aún no esté aquí? —le preguntó a Armando de mal humor mirando la hora—. Tengo que hacer la comida —se quejó—, si fuera por mí la dejaría aquí y que se buscara la vida para volver a la hacienda, con un poco de suerte no volvería y todos estaríamos más tranquilos.

—Iré a buscarla y enseguida nos marcharemos —le contestó Armando intentando calmar su enfado.

Fue a las tres únicas tiendas en las que creyó que podía estar, había estado en las tres, en todas había levantado curiosidad, todos querían saber más de la bella mujer de John Reese.

En los pueblos pequeños como Smithville todo el mundo se conocía, no era un sitio donde pasaran grandes cosas y no había muchos secretos. Cuando se mudó, todo el mundo lo aceptó y en poco tiempo se sintió uno más en la comunidad, pero eso no quitaba que eran curiosos y siempre querían saber más.

Armando la encontró en el escaparate de la tienda de música, iba cargada con muchas bolsas, se acercó hasta ella y le cogió las bolsas para ayudarla; ella se sobresaltó.

—Debemos irnos, señorita Beth —dijo cuando ella lo miró.

Era una mujer preciosa, su nariz era pequeña y respingona, las cejas de un rubio algo más oscuro que el color de su cabello, eran finas y curvadas, sus ojos almendrados bajo la luz del sol se veían brillantes, los tenía de un particular color gris que nunca había visto en la mirada de nadie. Tenía la boca pequeña y unos labios llenos que se curvaron en una sonrisa cuando lo reconoció. Ella le señaló el escaparate.

—Siempre quise tener una Jukebox —volvió a mirar el escaparate, con lo que Armando intuía que era nostalgia—, es de los años cincuenta, sé que lo antiguo no se lleva, pero es una preciosidad.

Armando se fijó en el tocadiscos que señalaba, el precio era desorbitado, él no pagaría ni una cuarta parte. No comprendía eso de que lo antiguo no se llevaba, en el pub de Billy habían instalado una parecida ese año, introducías una moneda y elegías el disco que querías escuchar.

—Nana debe hacer la comida y Johnny se preguntará por qué tardamos tanto —le dijo a la mujer.

Beth afirmó aún maravillada por la vieja máquina, se giró para mirar a Armando y suspiro.

—Vámonos.

Un té a medianoche

No podía dormir. No soportaba dar otra vuelta. Extrañaba su cama, su casa, lo extrañaba todo. Pensó que, por poco que tuviera, por poco que esa aburrida urbanización le ofreciera, siempre sería mejor que estar donde se encontraba, en medio de la nada, rodeada de campos de maíz y arroz, casada con un hombre que no la podía ver, que no tenía una palabra amable para ella, que la ignoraba como ella a él.

Llevaba tres meses prácticamente encerrada en aquella habitación, desde fin de año. La fiesta en casa de sus suegros fue aburrida al principio y demasiado movida al final. Discutió con su suegro, él se peleó con su hijo, este discutió con ella y la madre no dejaba de llorar. Ella había sido el detonante de aquella guerra, pero ni siquiera fue por ella, parecía que era la excusa. No recordaba cómo había explotado todo, pero no se olvidaba de cómo padre e hijo se habían apartado de la fiesta y habían llegado a las manos.

Solo salía de la habitación para comer y hablar con su madre por teléfono. Las mujeres del servicio la odiaban, la hija la ignoraba y la madre la maltrataba con sus palabras. En aquella casa era una intrusa.

No encontraba motivos para levantarse por las mañanas, ni uno solo. Se quedaba allí horas y horas, en un estado de duermevela donde estaba lejos de esas tierras y del dueño de ellas. Se levantaba a deshoras, rozando el medio día con suerte, y por la noche estaba demasiado descansada para dormir. Dio otra vuelta y golpeó la almohada, quería dormirse, evadirse de la realidad, quería soñar que volvía a estar en casa, que Robbie iba hasta allí y se arrastraba como un gusano para que lo perdonara y le pedía su mano a su padre.

—Basta, Beth —se regañó a sí misma.

Se levantó de la cama, se puso la bata y con sigilo fue hacia la cocina, dispuesta a prepararse un té. Al cruzar una de las salas tropezó con una mesita de té que hizo un fuerte ruido, se preguntó cómo Johnny era capaz de moverse por la casa sin ver nada como si fuera un fantasma, en silencio, sin tropezar.

Preparar un té le pareció una buena idea en un principio, hasta que se vio en la ardua tarea de encontrar una tetera en esa enorme cocina; cuando la halló, no sabía cuánto tiempo debía calentar el agua, la cocina no era lo suyo, nada era lo suyo, nada se le daba bien, solo agradar, y allí no agradaba a nadie. Las mujeres del servicio la miraban por encima del hombro, su marido la ignoraba y los campesinos no le gustaban, le parecían rudos y sucios, prefería no tener atención a levantar la de ellos.

Se sentía como un bote perdido en un mar de desidia, desgana, inadaptación y dejadez.

Mientras el agua se calentaba, buscó las bolsas de té.

—¿Qué haces, Elisabeth?

Beth se sobresaltó y dio una exclamación, su corazón se descontroló por el susto que le había dado. Se giró para mirar a su marido que, a pesar de que ella podía ver y él no, solía sorprenderla.

—¿Cómo sabías que era yo? —demandó mirándolo.

Su marido estaba en la puerta de la cocina y solo llevaba un pantalón ancho de pijama; apartó la mirada de su cuerpo avergonzada, después recordó que podía mirarlo cuanto quisiera, ya que él no podía ver cómo lo hacía. Se fijó en su anatomía sin pudor. Tenía la piel bronceada y un vello oscuro y rizado se concentraba en su pecho, bajaba estrechándose por su abdomen, hasta perderse bajo su ombligo y los pantalones. En el pecho y en el abdomen lucía dos cicatrices que, lejos de disgustarla, le daban masculinidad, como si el hombre no fuera ya bastante masculino. Era un hombre muy grande, eso ya se veía con ropa, tenía una espalda ancha y el cuerpo fuerte, sus músculos estaban hinchados, como si trabajara con ellos, aunque ella sabía que no era así, estaba segura de que los ejercitaba de algún modo.

—Somos cuatro en la casa y tú eres la menos silenciosa —le aclaró Johnny alargando las vocales con su acento del sur—, eres como un potro desbocado, arrasas con todo a tu paso.

¿Un potro desbocado? Se preguntó Beth, supuso que debía ser la forma de hablar de esos paletos sureños, imaginó que en algunos años ella hablaría y quizás incluso vestiría igual que ellos, y eso la horrorizó.

—No podía dormir, quería preparar té, pero es imposible encontrar nada en esta casa.

Johnny negó con la cabeza, le parecía increíble cómo aquella chica era capaz de hacer un drama de cualquier cosa. Todo podía ser una tragedia, era cansino y desagradable que hiciera eso. Amanda se tomaba las cosas de manera opuesta, no hacía dramas, era mucho más madura y realista que su mujer.

Beth se fijó en cómo él se acercó a ella, sus andares eran chulescos y soberbios, extrañamente le atraía su forma de caminar, creía que era demasiado mayor para ser tan chulo y, a pesar de aquello, le agradaba verlo moverse, a la vez que le sorprendía la facilidad con la que lo hacía sin poder ver.

Llegó hasta la nevera, tanteó los muebles superiores y se golpeó la cabeza con una portezuela abierta; maldijo para sus adentros y la cerró de un golpe que retumbó por toda la cocina. Parecía que ella disfrutaba tanto como su padre poniéndole trabas en el camino.

—¿Tan difícil te resulta no dejar cosas por medio? —le preguntó malhumorado.

—No encontraba la tetera —contestó ella a la defensiva, no le gustaba que le hablara de ese modo o diera golpes—, me da igual que creas que lo hago para molestarte, no es así, el problema lo tienes tú no yo, te molesta todo, yo no tengo la culpa de que no puedas ver.

Apenas había hablado con ella desde que habían llegado, sin embargo en cada ocasión le recordaba que no podía ver, parecía regocijarse en ello; como su padre, disfrutaba restregándose.

—No —le contestó cabreado—, tú no tienes la culpa de que yo esté ciego, pero sabiendo que lo estoy deberías ser más considerada conmigo y no dejar cosas en mi camino.

Beth se puso a cerrar todos los muebles que había abiertos, empezando por los que estaban más cerca de él para que no se golpeará y le echara la culpa. Él parecía que disfrutaba culpándola de todo.

Johnny escuchaba cómo iba cerrando los armarios, se preguntó si había abierto cada uno de ellos dejándolos abiertos. Siguió tanteando los muebles superiores hasta llegar a la quinta y sexta puerta,

—Debería estar aquí —dijo abriendo las puertas, se apartó un poco y se apoyó en la encimera.

Beth se acercó hasta donde estaba él y lo miró de arriba abajo cuando lo tuvo al lado; a pesar de que ella era alta, él le sacaba un buen trozo. Recordó cómo Robbie siempre le pedía que no se pusiera alzas, como si su madre fuera a comprarle algo tan moderno como unos zapatos de tacón.

Si había algo que a Johnny sí le gustaba de Beth era su olor; a veces se ponía perfume, casi nunca, y él prefería que no lo hiciera, le gustaba su olor natural. Cuando estaba en una sala podía olerla, podía saber si acababa de salir de un sitio por esa sinfonía aromática que dejaba a su paso. Cuando estaba suficientemente cerca, se recreaba en aquel aroma cálido y dulce que desprendía. Le agradaba en demasía, incluso a veces lo excitaba, pero nunca lo demostraría ni se lo diría a nadie.

Todos decían que Elisabeth era preciosa, hasta Armando, que no se fijaba en nadie que no fuera su mujer, había reparado en la belleza de la suya, así como en su juventud. Él no sabía mucho de su físico, sabía que era rubia y que llevaba el cabello corto, tenía los ojos claros, las piernas largas y estaba delgada. Su personalidad era otra historia, casi no había hablado con ella, pero la veía perfectamente. Era egoísta, egocéntrica, engreída, maleducada, descarada, impertinente, deslenguada... *Un amor de chica*, ironizó.

Beth cogió el recipiente de cristal, miró a su marido y se rascó detrás de la oreja con timidez. Agradeció que él no pudiera verla, no le gustaba mostrarse tímida, prefería que la gente viera lo segura de sí misma que era, que lo era, pero se sentía insegura respecto a él. Se sentía muy sola y pensó que, si se ganaba un poco de su afecto, la trataría bien, sería más amable con ella, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Ella no debía ser amable, ponía cara de niña buena, una sonrisa, un pestañeo, mover el cabello... Todo aquello servía con cualquier hombre, menos para ese.

—¿Quieres un té? —le preguntó llena de dudas.

A Johnny le sorprendió el ofrecimiento. Hasta ese momento no se había preocupado por él, no le había ofrecido nada, y lo único que le había pedido, ella se lo había negado sin más.

—Claro —contestó ladeando la cabeza.

—No sé cómo estará —le advirtió ella cogiendo dos sobres y dejando el recipiente en su armario—, nunca había hecho té hasta ahora —le dijo alejándose.

Johnny cerró los ojos con fuerza, había dejado el armario abierto. Lo cerró de modo que ella lo oyera, no sabía si lo estaba mirando y quería que supiera que había vuelto a hacerlo sin tener que decirlo.

—¿Nunca has hecho té? —le preguntó sorprendido.

—No —dijo ella con una mueca al darse cuenta que se había dejado la puerta del armario abierta—, mi madre se encargaba de la cocina.

Johnny buscó el mueble donde estaban las tazas grandes, cogió dos y, con ellas, cruzó hasta la isleta central; con la cadera siguió el mármol para guiarse, giró y caminó hasta la mesa, tenía la distancia contada, tanteó la mesa y dejó las tazas sobre ella.

—¿De qué te encargabas tú en la casa? —le preguntó mientras se sentaba.

—¿Yo? —le preguntó Beth mientras localizaba el paño de cocina para poder sacar la tetera del fuego—. De nada, no me gustan las labores del hogar, no valgo para eso.

Apagó el fuego, el agua estaba hirviendo, no estaba segura de si era eso lo que debía hacer, pero creía que no, estaría demasiado caliente; cuando su madre hacía té, podía beberse nada más sacarlo del fuego.

—¿Y para qué vales, Elisabeth? —le preguntó él. Al momento se arrepintió de la pregunta, no era eso lo que quería decir, al menos no era así como quería que sonara—. Quiero decir —intentó rectificar mientras Beth se preguntaba para qué servía él, no iba a dejarlo que la mirara por encima del hombro como su padre, cuando él era tan negado o más que ella—, no te gusta encargarte de la casa, me preguntaba qué era lo que te gustaba hacer, qué hacías en casa de tus padres.

—No hacía nada —contestó ella de malhumor llenando las tazas de agua—. ¿Quieres azúcar? —preguntó dejando la tetera sobre la mesa de madera.

—Vale —contestó él al oír el tono molesto en su voz.

—¿Dónde está? —preguntó metiendo las bolsitas en las tazas, no quería volver a registrar la cocina.

—Al lado del té, en la puerta de la derecha —le aclaró.

Beth suspiró, fue hasta allí y cogió el azucarero, dejando que la puerta se cerrara de golpe para que se diera cuenta de que la había cerrado, que no era tan estúpida como él se pensaba. Cogió dos cucharillas y volvió a la mesa, le dejó la cuchara y el azúcar junto a la taza y se sentó frente a él.

Johnny puso las manos sobre la mesa, rodeó la taza, que estaba ardiendo, y se preguntó cuánto rato había calentado el agua y si eso podría beberse.

—¿Qué estudiaste en la universidad?

—No fui a la universidad.

Johnny se sintió fatal, imaginó que sus padres no debían tener dinero para pagársela, pensó que quizás podría ir ahora, él se la pagaría, de ese modo no se pasaría el día encerrada en su habitación.

—Ahora puedes ir —le dijo—, busca una carrera que te guste y ve —la animó.

—¿Por qué? —preguntó ella.

No quería ir a la universidad, aquello le había costado broncas enormes con su padre. En general, toda su trayectoria escolar había sido una enorme disputa con él. Parecía que él no quería entender que ella no valía para estudiar, que aquello no era lo suyo.

—¿Por qué qué? —le preguntó Johnny sin comprender.

—¿Por qué tengo que ir a la universidad?

—Yo puedo costearla y no me importaría hacerlo —intentó que ella no se sintiera violenta. Le resultaba muy difícil tratar con ella, era la primera persona que no conocía con la que había intentado profundizar un poco después de perder la vista. Sin ver, le costaba mucho entenderla; si pudiera verla, pensó que sabría leer sus gestos, sus cambios, conocerla un poco, pero de ese modo le estaba resultando muy difícil entenderla—, puedes estudiar lo que quieras, entiendo que tus padres no pudieran pagarla.

—¿Acaso crees que mis padres son unos muertos de hambre? —preguntó ella molesta.

—No quería decir eso —contestó Johnny negando con la cabeza.

—¿Entonces qué querías decir? —demandó entrecerrando los ojos.

Creía que ya lo había dicho, ella misma le dijo que su padre la vendía, eso quería decir que su familia no era especialmente adinerada, si no ella hubiera ido a la universidad.

—¿Por qué no fuiste a la universidad? —intentó comprenderla.

—Porque tampoco valgo para eso —aclaró Beth alzando el mentón.

—¿No quisiste ir? —preguntó sorprendido.

Ya tenía un padre, no pensaba tener otro. Que ese hombre no intentara nada de carácter romántico era un punto a su favor, pero más le valía no ir de padre, porque no iba a pasar por el aro.

—No —le aclaró—, ni quise ir, ni quiero ir, ni querré ir —dijo de forma tajante—; me da igual lo que tú o mi padre penséis de mí, estudiar no es lo mío.

Estudiar no era la suya, las tareas del hogar no eran lo suyo, no le gustaba leer. Johnny se preguntaba de nuevo qué era lo suyo, qué le gustaba, qué ambiciones tenía en la vida, de qué trabajaba antes de casarse con él.

—¿Trabajabas entonces? —intentó comprenderla.

—No, nunca he durado más de dos semanas trabajando —contestó a la defensiva.

A Beth aquella conversación estaba empezando a cansarle. Estaba segura que él, como su padre, pensaba que era una inútil, que no servía para nada. Quería pensar que le daba igual lo que él pensara de ella. Pero en realidad le importaba, sentía la necesidad de agradar a los demás, incluso a él.

—¿Entonces a qué te dedicas? —negó con la cabeza—. ¿Qué quieres ser en la vida?

—Me recuerdas al orientador con el que hablé a final de curso —dijo con desgana—, tuve el dudoso honor de ser la única chica de mi promoción en no ir a la universidad. Siempre he soñado con ser actriz.

Johnny pensó que al menos aspiraba a algo, aunque no le parecía una ambición demasiado madura o realista, y además allí no iba a encontrar muchas posibilidades para lograr su sueño.

—¿Eres buena actriz? ¿Tienes talento?

Nunca nadie le había hecho aquella pregunta. ¿Tenía talento? Quería pensar que sí, pero no estaba segura, nunca lo había intentado.

—No lo sé —contestó con sinceridad rodeando la taza ardiente—, mis padres decían que no, creen que soy demasiado sincera para mentir o engañar a alguien. Pero soy guapa, engancho a la gente y sé que se enamorarían de mí si me vieran en una pantalla de cine.

Johnny se acarició la barba pensando que seguramente sus padres tuvieran razón. Lo poco que conocía a Beth le hacía pensar que era una inmadura, ni siquiera había querido ir a la universidad.

—¿Cómo piensas ser actriz?

—Quería mudarme a California con Robbie, mi novio.

Johnny se preguntó si sería el mismo que la había dejado tirada cuando ella más lo había necesitado.

—¿Tu novio, el mismo que te dijo todas aquellas cosas? —intentó recordar lo que le había dicho pero no se acordaba—. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Frívola, estrecha y frígida —contestó ella quitándole la taza de las manos—, y sí, es ese.

Beth no quería hablar de Robbie, era doloroso recordar cómo le había negado su ayuda después de lo que hizo por él, cómo la había humillado y le había hecho sentirse más pequeña que nunca.

Sacó la bolsita de té e intentó exprimirla dentro de la taza, pero estaba demasiado caliente y se quemaba los dedos, soplo sobre ella e hizo lo que pudo, le puso azúcar y lo removió, y volvió a dejarla entre sus manos.

—Lamento lo que pasó con tu novio, es obvio que él no te merecía.

—¿Acaso tú sí? —preguntó enarcando una ceja, mientras preparaba su propio té.

Johnny enarcó una ceja preguntándose qué estaba haciendo, para qué se molestaba en interesarse por ella cuando era una impertinente a la que no soportaba.

—Al menos yo te respeto, que es más de lo que hizo tu novio —le reprochó.

Johnny apartó la taza, ya no le apetecía ni el té, ni su compañía.

Beth vio que él iba a levantarse, imaginó que lo había ofendido. Le sorprendía la facilidad con la que la gente solía ofenderse. Sin pensarlo cogió su mano que, como la suya, estaba caliente, su tacto era áspero.

No disfrutaba en su compañía, pero estaba cansada de estar sola, se sentía sola y dejada. La única compañía que tenía era la del televisor o el tocadiscos y no podía hablar con ninguno de los dos.

Johnny sintió la calidez del tacto de Elisabeth, tenía las manos calientes y suaves.

—No te vayas —le pidió con un hilo de voz, avergonzada por tener que pedir que se quedara con ella—, quédate un rato, por favor.

La vergüenza podía ser muy pesada, pero la soledad la estaba asfixiando. Se quedó mirando al hombre severo, al hombre que la detestaba, como hacían todos en aquella casa.

—¿Para qué? —preguntó enojado, a la defensiva—. ¿Para que sigas insultándome? ¿Eso te divierte?

—No —contestó ella sin soltarle la mano—, yo no pretendía insultarte, solo ser sincera.

Johnny lo pensó un momento y finalmente volvió a sentarse; ella fue a soltarle la mano y él la capturó entre las suyas. La acarició, la moldeó intentando adivinar su forma. Tenía los dedos largos, llevaba las uñas largas y cuidadas. Su tacto era como acariciar la seda, no recordaba una piel tan sumamente suave. No había una sola imperfección o duricia, pero ella era dura y cruel. Como él, no llevaba la alianza.

Beth observaba al hombre, su caricia era muy cálida, nada que ver con su aspecto duro y rudo. Sus manos eran ásperas pero su contacto era una caricia hipnotizante. Se fijó en lo diferentes que eran sus manos, su piel era pálida, la de él morena, sus manos eran enormes y las suyas eran finas.

—¿Quién es Amanda? —preguntó.

Vio cómo Johnny se crispaba, le soltó la mano y volvió a coger la taza. Beth sintió el vacío de su contacto, nadie le había tocado, ni había sido amable con ella desde que llegó. Apartó la mano, a pesar de que quería que siguiera tocándola y acariciándola como lo estaba haciendo. La hacía sentirse menos sola.

—¿Quién te ha hablado de ella? —preguntó él molesto.

—Hay cuadros de ella por toda la casa, además encontré una foto tuya montando a caballo con una chica pelirroja, me preguntaba si era la misma persona.

—Sí —dijo con pesar.

—¿Quién es?

—No debes preocuparte por Amanda, ella se fue y no volverá —no quería hablar de Amanda con Elisabeth y ensuciar su memoria hasta deprimirse—. No hay más que hablar.

Beth se preguntaba quién debía ser Amanda, por qué él se mostraba reticente a hablar de ella.

—¿Está muerta? —le preguntó Beth.

—¿Por qué iba a estar muerta? —preguntó Johnny frunciendo el ceño.

—No lo sé —se encogió de hombros Beth volviendo a rodear la taza con las manos—, como has dicho que se fue y no volverá.

—No —contestó haciendo una mueca con los labios, se llevó la mano a la mejilla y se rasco la barba—, ella está viva pero me dejó, no quería que fuera a Vietnam.

La forma en que hablaba de ella sorprendió a Beth, su voz parecía volverse cálida, llena de añoranza. Había estado enamorado de esa mujer; quizás, como le pasaba a ella, seguía estándolo.

—¿Te dejó porque te quedaste ciego?

—¡No! —exclamó molesto por su interpretación de los hechos—. Ella ni siquiera lo sabe —se lamentó.

Beth se fijó en cómo él apretaba el entrecejo molesto, aquel gesto le hacía parecer mayor.

—¿Entonces por qué te dejó?

—Ella no quería que fuera a Vietnam —dijo lleno de pena—, nunca me lo perdonó. Me dejó cuando estaba allí, con una carta que, en lugar de mandarme allí, me mandó a esta casa y que leí cuando volví.

Le sorprendía que un hombre, en apariencia tan fuerte, pudiera ser tan vulnerable.

—Aún estás enamorado de ella, ¿verdad?

—Sí —contestó acariciándose la barba—, pero eso no cambia que no volverá, por eso accedí a casarme.

—Quizás si ella hubiera sabido lo que te pasó en la guerra, se hubiera casado contigo.

—Puede que lo hiciera —estuvo de acuerdo con ella. Amanda tenía muy buen corazón, pero había decidido dejarlo, no la haría volver por lástima—, pero ella se ha marchado.

—¿Por qué no se lo dijiste? —preguntó probando el té, que estaba demasiado caliente.

—Porque ella me dejó, se marchó sin mirar atrás y no quise mendigar su amor. Me encantaría volver a estar con ella, pero no por lástima, no quiero migajas de compasión disfrazadas de amor.

—Eres demasiado orgulloso —le dijo lo que pensaba—. Ella era tu novia, así que algo debía ver en ti, debiste ir a buscarla, podrías estar con ella y yo no me tendría que haber casado contigo.

Johnny resopló y negó con la cabeza, se sentía un estúpido por hablarle a ella de Amanda, al final todo acababa en ella. Era así de egocéntrica, se creía el centro del mundo y solo se preocupaba por sí misma.

—Puede que yo sea orgulloso, pero al menos no soy un vago —le dijo con desdén.

—¿Insinúas que yo lo soy? —demandó ella enfadada, sin comprender por qué la atacaba.

—No lo insinúo Elisabeth, te lo digo bien clarito: eres una vaga.

Beth sintió cómo la rabia la quemaba, ella no era ninguna vaga, simplemente no podía hacer nada en esa casa en la que todos aprovechaban cualquier descuido para despellejarla, como estaba pasando. Le ofrece un té y él aprovecha para insultarla y hacerla sentir mal.

—Al menos yo no soy una cobarde —le escupió ella enfadada—, yo tuve el valor de ir a la persona que quería y luchar por él, aunque me saliera mal, al menos lo intenté.

Johnny no la aguantaba, sus palabras siempre acababan ofendiéndolo. Puede que ella tuviera razón y fuera un cobarde, así se sentía, sabía que pudo hacer más de lo que hizo, que fue nada. Detestaba que le diera lecciones una persona como Elisabeth, que no aspiraba a nada y no tenía dos dedos de frente.

—Claro, tú eres muy valiente —le dijo lleno de rabia—, lo demuestras encerrándote en tu habitación y holgazaneando todo el día. Eres una vaga y una egocéntrica.

—¡Yo no soy ninguna de esas cosas! —contestó llena de rabia.

—Por supuesto que lo eres, te pasas el día en la habitación tirada, no aspiras a nada en la vida, no ambicionas nada. Te regodeas en lo guapa que eres y puede que lo seas, yo eso no lo sé, y la verdad es que me da igual. Porque parece que no tienes nada más, por dentro estás vacía.

Beth sabía que en parte él tenía razón y eso la mataba. Sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, pero se negaba a llorar delante de él, así que se levantó de la mesa.

—No me conoces, ni te has molestado en intentarlo, lo único que habéis hecho es hacerme el vacío.

Johnny escuchó su voz entrecortada y temblorosa, estaba llorando o a punto. Eso hizo que se sintiera mal por ella, después recordó cómo ella lo hacía sentir siempre y, cuando pasó por su lado, no la detuvo.

Apartó la taza de té, ya no le apetecía, hablar con Elisabeth lo había alterado. Lo alteraba lo que le había dicho, cómo lo hacía sentir y hablar de Amanda en voz alta.

Se levantó y cogió la botella de whisky, volvió a la mesa de la cocina y se sirvió un trago tras otro, esperando adormecer sus sentimientos y sus emociones.

Le había prometido a su madre que no volvería a pasarse el día borracho, aquello se había acabado. No quería convertirse en un infeliz peor del que ya era, pero era de noche, seguramente casi de madrugada. Llevaba un rato durmiendo cuando Elisabeth lo había despertado y le había hecho salir del infierno que vivía cada noche.

Elisabeth creía que le hacían el vacío, no merecía mucho más, había sido maleducada con cada una de las personas que vivían en esa casa. Nana no la soportaba y la pobre Florence no diría nada ni en contra ni a favor, apenas se la oía cuando hablaba, como para pedirle que se posicionara de un lado u otro.

Cuando empezó a sentirse anestesiado, guardó la botella y volvió a la cama; al pasar junto a la habitación de Elisabeth, oyó que ella estaba escuchando música; aunque podía oír el sonido, la tenía a un volumen tan bajo que no pudo reconocerla.

No quería dormirse, ya había tenido su ración de infierno por una noche, así que se quedó allí pensando en Elisabeth. Nana le había dicho que debía tener mano firme con ella, él se había compadecido de ella, le había dado tiempo y espacio para que se adaptara y ella le salía con que le estaban haciendo el vacío.

No sabía cómo, pero haría que todo cambiara, debía hacer algo con aquella chica.

Diez: Día de visitas

A la mañana siguiente, después de ducharse y antes de bajar a desayunar, llamó a la puerta de Beth; ella no contestó y entró. Su esencia impregnaba el estancia, dulce y agradable, a diferencia de ella.

—Elisabeth —la llamó desde la puerta—, despierta Elisabeth.

A Beth le había costado mucho dormirse, había pasado un par de horas escuchando música y desahogándose, en los últimos meses estaba llorando más de lo que recordaba haber llorado en toda su vida.

Alguien le tocó el brazo y despertó de golpe. Johnny estaba en su habitación, su primer impulso fue taparse con la ropa de cama, pero después recordó que él no podía verla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mirándolo sobresaltada.

Volvía a estar vestido con una de sus camisas de cuadros color arena y pantalón del mismo color.

—He estado pensando en lo que dijiste ayer —dijo él conciliador—. No quiero que creas que te hacemos el vacío o que te sientas desplazada —Beth se quedó callada y él se sintió un estúpido—. Hoy viene mi amigo Ben, servimos juntos en Vietnam. Baja a desayunar conmigo, intégrate, podríamos hacer algo mientras él viene, puedo enseñarte cómo es esto y después puedo presentártelo, es un tío divertido.

—No me interesa tu amigo — le dio la espalda cambiando de posición en la cama—, ni nada de lo que quieras enseñarme.

Johnny deseaba reprocharle su actitud, pero no quería empezar el día discutiendo con ella.

—Tú misma eres la que se aísla —le dijo intentando mantenerse tranquilo—, te estoy ofreciendo que nos acompañes, que te integres. No vuelvas a decir que te hacemos el vacío —le advirtió.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —grito incorporándose en la cama—. No voy a tolerar que me insultes y me pisotees.

Apenas podía creer lo que ella decía.

—No lo he hecho, ni una cosa ni la otra, pero si me atacas responderé —aquello le sonaba a amenaza hasta a él, y no lo era, era un hecho. Lo estaba cabreando, intentó aligerar la voz, le resultaba muy complicado comunicarse con ella—. Las cosas van a cambiar, no puedes seguir escondida en esta habitación, esto no es vida, lo sé muy bien, yo también he estado deprimido y encerrado en mí mismo.

—No tienes ni idea de cómo me siento —le contestó enfadada—, no me conoces.

—Intento que eso cambie, creo que tú quieres lo mismo, te he oído hablar con tu madre por teléfono, sé que te sientes sola, que estás deprimida, pero tú misma lo provocas. Sal de la habitación, relaciónate con nosotros, ve al pueblo, conoce gente... Cuanto más tiempo te escondas, más difícil te resultará salir.

Él tenía razón, se sentía deprimida y cada vez le costaba más moverse, sus ojos se inundaron de lágrimas, se quedó callada, no quería que su voz delatara lo que los ojos de él no podían ver.

Johnny suspiró, dejaría que ella pensara en lo que le había dicho, esperaba que entrara en razón.

Ben llegó poco después del desayuno. Desde la muerte de su padre había tenido muchos problemas que les habían impedido verse antes, pero aun así conversaban por teléfono a menudo.

Era un domingo en pleno mes de marzo, los días empezaban a alargarse y la temperatura ascendía, pronto los días volverían a ser cálidos, como a Johnny le gustaba.

Disfrutó paseando con Ben, él estaba impresionado por el volumen de la hacienda; mientras sirvieron en Vietnam, Jack solía hablar de las tierras de Johnny, pero nunca había imaginado las dimensiones. Hablaron de Jack, Johnny pensaba mucho en él, no pasaba un día en que no lo recordara y lo extrañara, había sido su mejor amigo, se alistó por él, quería protegerlo, sabía lo impetuoso, arrogante e imprudente que era y quiso cuidar de él, pero no lo había conseguido y día tras día deseaba cambiarse por él.

Ben le contó que las cosas no le iban bien, su padre había dejado muchas deudas de las que no supieron nada hasta que murió, a las que debían sumar las facturas de los hospitales; morir lentamente en América es caro. Johnny le ofreció dinero y Ben declinó la oferta por puro orgullo, Johnny lo sabía, sabía que lo necesitaba e insistió en que solo sería un préstamo.

Johnny le pidió a Nana que fuera a buscar a Elisabeth para comer; por supuesto, ella decidió no bajar, parecía que la conversación que había mantenido con ella esa mañana no había servido para nada.

Salieron al porche trasero y siguieron charlando de una cosa y otra, hasta que llegó al momento de hablar sobre su esposa.

—Es como un grano en el culo —dijo Johnny—, intento que no me afecte, le he dado espacio, nos hemos ignorado durante los tres meses que llevamos casados, pero sé que lo está pasando mal y yo me siento mal, pero después me acerco a ella y recuerdo por qué la ignoro.

—¿Desde cuándo esquivas los problemas? —demandó Ben sin comprender—. El Johnny que yo conozco es combativo y se enfrenta a lo que venga.

Johnny afirmó, sí, él también recordaba a aquel hombre, pero ya no se sentía la misma persona.

Vietnam lo había cambiado para siempre, había perdido demasiado, a Jack, la vista, el gusto por la vida y a Amanda, y solo le había dado pesadillas diarias. No creía poder volver a ser la misma persona.

Se había vuelto más paciente, se había ablandado y le daba demasiadas vueltas a las cosas, tenía demasiado tiempo para pensar y extrañaba demasiado.

—Ese tío se quedó en Vietnam, con Jack supongo —dijo rascándose la barba.

—Solo si tú quieres que se quede ahí, Johnny. Jack siempre decía lo bueno que eras con los caballos, esa chica es joven, dómala, puedes hacerlo.

A Ben no le gustaba ver así a su amigo, no dejaba de compadecerse de sí mismo. Habían pasado más de dos años desde que salieron de aquel maldito país, debía superarlo y seguir adelante.

—Es una mujer, no una yegua —sonrió Johnny.

—La misma cosa es —dijo Ben con simplicidad.

Johnny se echó a reír. Ben no tenía ni idea de mujeres, no es que él fuera un experto, con Amanda nunca había tenido ningún problema de comunicación, estaban en el mismo canal, se entendían solo con una mirada. En cambio Elisabeth era un acertijo al que no sabía cómo llegar.

—Procura que ninguna te oiga decir eso o no te casarás en la vida.

—Ni pienso hacerlo —dijo Ben—, ahora que me he quedado al mando rodeado de mujeres, no quiero otra, con mi madre y mis hermanas adolescentes me sobran mujeres. Además me desahogo con Karen.

Johnny sonrió, no tenía ni idea, cuando llegara la adecuada se olvidaría de esas estupideces, se aburriría de perseguir chicas en bares y de liarse con casadas que nunca le pedían más de lo que él ofrecía.

—Ya te llegará —dijo palmeándole la rodilla—; cuando yo conocí a Amanda, supe que quería estar con ella y que no habría otra.

—¿La misma mujer toda la vida? Paso, eso es un mal negocio —se rio dándole un trago a la cerveza—. Mírate a ti, casado y amargado.

—Porque ella no es Amanda, si Amanda estuviere aquí, todo sería diferente.

—¿Sabe que te has casado?

—No lo creo, puede que ella también se haya casado, no lo sé —negó asqueado—, no quiero saberlo.

La puerta del porche se abrió.

—Tío Johnny —lo llamó María.

María corrió a saludar a Johnny, que estaba sentado en la mesa del porche con un hombre al que no conocía. Lo abrazó y él le devolvió el abrazo besándole la mejilla.

—Ya era hora de que vinieras a verme, llevabas semanas sin venir.

—Mamá me castigó —le contó María.

María era la hija adolescente de Armando, ella y Johnny siempre se habían llevado muy bien, él le enseñó a montar cuando aún era una niña. Aunque no tenían ningún parentesco, María consideraba a Johnny como uno más de la familia, era su tío favorito.

Armando saludó a Ben, al que ya había visto en un par de ocasiones.

—No sabía que tenías visita, si no, no hubiéramos venido. Mary tiene guardia y no aguantaba encerrado en casa con María ni un minuto más.

—Siéntate anda —le dijo Johnny—. ¿Por qué estás castigada? —le preguntó a la niña.

Para Johnny siempre sería una niña, pasarían los años, se casaría, tendría hijos, y a pesar de ello él siempre vería a aquella niña de piel morena y ojos oscuros, con dos coletas mal hechas.

—Química avanzada —se encogió de hombros ella, como si eso lo explicara todo.

—Sí, química avanzada, como vuelva a suspender se quedará sin ir al baile de fin de curso.

—¡Vale! —exclamó ella, cansada de oír eso.

—No le hables así a tu padre —la regañó Johnny.

—Es que son unos pesados —se quejó hastiada—, todo el día con lo mismo.

—Tienes que estudiar —le dijo Johnny.

—Ya lo hago ¿vale?

A Johnny le sorprendió aquella contestación, parecía que las hormonas también estaban revolucionadas en casa de los Rodríguez.

—¿También le vas a hablar así a Johnny? —le preguntó su padre.

—Es que ya lo sé, estoy cansada de que me lo digáis —volvió a mirar a Johnny—; tienes que afeitarte, pareces viejo.

Johnny se echó a reír y afirmó con la cabeza, debía afeitarse, la niña tenía razón.

Beth se despertó a media tarde con un hambre voraz, demasiado tarde para comer y demasiado temprano para cenar. Abrió la ventana y le llegaron voces del porche, parecía que la visita aún no se había marchado; oyó la voz una mujer que no era la madre de Johnny y se preguntó quién sería.

Se dio una ducha y bajó; esperó encontrar a Nana en la cocina, pero no había nadie. Decidió hacerse un sándwich, era imposible encontrar nada en aquella cocina tan grande.

Salió al porche trasero a ver si encontraba a Nana y, en efecto, ella estaba allí. Alrededor de la mesa estaba Johnny, que tenía a una chica sobre las piernas, junto a él Nana, su hija, el ayudante de Johnny, del que no recordaba el nombre, y cerraba un hombre muy guapo que no conocía, imaginó que el amigo de Johnny.

Se acercó hasta la mesa, la chica levantó la vista de la mesa y la miró con curiosidad. La analizó con todo descaro, también el amigo de Johnny la miraba con los ojos muy abiertos.

—Mentirosa —dijo Johnny.

—No voy a volver a sentarme a su lado —dijo Nana recogiendo todas las cartas que había en el centro de la mesa.

—Hola —María saludó a la mujer de Johnny, se moría de curiosidad por conocerla. Siempre que iba estaba en su habitación, y eso le hacía sentirse más curiosa. Era muy guapa, aunque muy joven para estar casada con él—, soy María —se levantó de las piernas de Johnny y fue a saludarla.

Beth recordó que Johnny la nombró la noche que habían llegado, pero no la había visto, no sabía quién era. Se acercó hasta ella, era una chica de piel morena con unos bonitos ojos oscuros, bajita, no era mucho más joven que ella, alrededor de unos cuatro o cinco años, quizás aún tenía que dar el estirón.

Ben miraba a la mujer que acababa de salir de la casa, su amigo era un rematado idiota.

—No puedo creerme que esa Barbie sea tu mujer y te quejes —le dijo a Johnny en voz baja para que solo él lo oyera—, no veas qué piernas tiene, sé que es tu mujer, pero joder tío, pagaría por entrar ahí.

Johnny empujó a su amigo para que dejara de decirle gilipolleces al oído.

—Beth —le estrechó la mano a la chica que le ofrecía la suya—, encantada —cuando le soltó la mano se dirigió a Nana, que estaba de espaldas a ella—. ¿Podrías decirme dónde está el pan de molde, Nana?

A Nana le molestaba todo de Beth, no podía hacer nada por tolerarla, le había dicho a Johnny que sería paciente con ella, pero esa chica no necesitaba mimos, sino más mano dura.

Se levantó de la mesa, arrastrando la silla.

—¿Qué quiere comer?

—Solo quiero un sándwich —contestó Beth impresionada por la hostilidad de la mujer, sin duda era a quien peor caía, y no trataba de disimularlo ni una pizca—, yo puedo prepararlo, no te molestes.

—Será mejor que yo lo prepare, ayer quemó la mesa con la tetera.

—Lo siento —contestó Beth cuando ella pasó a su lado.

Johnny maldijo por dentro, le había dicho a Nana que no le dijera nada, que no se preocupara por la mesa, pero ella había tenido que decírselo en cuanto la había visto y encima delante de todos.

—No importa Nana —dijo Johnny, aunque esta ya no podía oírlo—. Elisabeth ven —le ofreció—, ocupa el sitio de Nana.

—Sí —dijo María cogiéndola de la mano para que se acercara a la mesa.

—Yo no sé jugar a las cartas —negó con la cabeza.

No se sentía cómoda en esa casa, veía a aquellas personas allí sentadas y se sentía fuera de lugar. No quería ocupar el lugar de Nana y caerle aun peor.

—Yo te enseño —le dijo María con entusiasmo.

Beth observó la mesa y se mostró reacia a interrumpirlos o molestarlos con su presencia.

—No —dijo señalando la puerta por la que había salido Nana—, iré a comerme el sándwich.

—Venga —tiró María de su mano—, solo esta mano, es muy fácil, yo te ayudaré, como a Johnny.

Dejó que María tirara de ella hasta la mesa. Conocía a todos excepto al que se levantó de la silla.

—Soy Ben —le tendió la mano a la espectacular mujer de su amigo.

Beth le sonrió al amigo de su marido. Decir que era guapo, no le hacía justicia. Era muy guapo, rubio con unos ojos azules y llamativos, de facciones pronunciadas y un mentón ancho con un hoyuelo en la barbilla. Alto, aunque no tanto como Johnny, ni tampoco tan fuerte, aunque delgado y fibroso. Con el polo verde de manga corta que llevaba, se adivinaban unos brazos no demasiado musculados, aunque sí fuertes y definidos.

Antes de sentarse se la estrechó, y Ben apreció lo suave y cálida que era la mano de la joven mujer.

—Beth —contestó dedicándole otra sonrisa.

—Es un placer —dijo Ben soltándole la mano y sonriéndole al ver su bonita sonrisa.

Beth se sentó y María recuperó el sitio sobre las piernas de Johnny.

—Quédate con las cartas de Nana—le dijo María a Beth—, esta será de prueba para ti.

—Dos nueves —dijo Florence dejando las cartas sobre la mesa.

Los demás siguieron jugando mientras María le contaba a Beth las reglas del juego, y enseguida cogió la dinámica, era muy sencillo.

Ganó Armando, que les llevaba una ventaja considerable. En la siguiente ronda jugó con todas las de la ley. En el centro de la mesa había unas piedras y el ganador cogía una, cuando acabaran de jugar cada piedra era un dólar de cada uno. La siguiente partida la ganó ella, aquel juego le estaba gustando.

—Tres cuatros —dijo Johnny dejando tres cartas sobre la mesa.

Beth miró sus cartas, no tenía ningún cuatro, pero Ben había dicho que tenía dos, así que él no podía tener tres; iba a decirle mentiroso cuando miró a María, ella negó con la cabeza, cogió tres cartas al azar y las dejó con las demás.

—Tres cuatros —dijo al hacerlo.

—¡Venga ya! —exclamó Johnny.

—Tres cuatros —siguió Florence.

—¿De verdad? —intervino Johnny sin poder creer que le dejara pasar otra mentira, no la había llamado mentirosa ni una vez—. Es una mentirosa Florence, no puedes creerte eso —dijo riéndose.

—Tú calla —dijo Beth sonriendo, estaba a punto de ganar.

Nana volvió con el sándwich y le sorprendió ver a Beth jugando con los demás, no solo eso, sino que además se reía, hasta el momento no la había visto reír.

Le dejó a Beth el plato delante y ella hizo ademán de levantarse.

—No se levante —le dijo la mujer—, iré a buscarle un poco de leche.

Beth siguió jugando y gracias a la bondad o la falta de carácter de Florence ganó.

Nana volvió con la leche y una silla.

—¿Sigues jugando, no Nana? —le preguntó Johnny.

—Claro.

—Pues ponte al lado de tu hija, porque no le ha cantado ni un mentiroso a Elisabeth y nos ha ganado las dos rondas seguidas.

—Lláname Beth —le rectificó por primera vez—. Y si gano es porque soy muy buena —sonrió.

Johnny podía oír la sonrisa en su voz, al fin parecía considerarlo persona grata, ya podía llamarla Beth.

Beth se acercó más a Johnny y Florence también se pegó a Armando haciéndole sitio a Nana.

—Veremos lo buena que eres con Nana a tu lado, es un tiburón cazando mentiras y mentirosos.

Beth era una pésima mentirosa y enseguida Nana pillo cuándo mentía y cuándo no lo hacía, tener a un rival tan débil junto a ella le ponía las cosas más fáciles, pero Florence le complicaba las partidas. Beth, sorprendida, veía cómo le cantaba mentirosos cuando a ella no le había cantado ni uno solo, se preguntaba por qué, pero no lo dijo.

Cuando el sol se ponía, dejaron de jugar. Nana ganó más partidas que nadie, seguida de Armando y Johnny, Florence solo ganó una y Beth y Ben empataron a dos

—¿Os quedáis a cenar? —preguntó Johnny de buen humor.

Se había sentido muy a gusto en compañía de todos, se alegraba de que Ben estuviera allí. Beth se había adaptado a la perfección en el juego, se notaba que se estaba divirtiendo. María y ella parecía que habían conectado muy bien, incluso Nana parecía más relajada.

—Mañana María tiene que ir al instituto y no ha estudiado nada en todo el día.

—Va papá —se quejó ella, haciéndole un puchero a su padre, que era mucho menos estricto que su madre—, esta mañana he estado estudiando y no quiero irme a casa.

—Bueno, pero no se lo digas a tu madre —cedió, él tampoco quería ir a casa y volver a discutir.

—¿Qué dices tú, Ben? —preguntó Beth.

—Sí, claro —contestó mirándola con admiración—, me quedo.

—Vamos Florence —se levantó Nana de la silla—, vamos a hacer la cena.

—No Nana —dijo Johnny—, iremos al pueblo, no quiero que os metáis en la cocina otra vez.

—No diga tonterías —le contestó Nana—, la haremos en un momento, faltaría más.

—Lo sé, pero iremos todos al pueblo, vosotras también.

—¿Señor? —preguntó Nana.

—No hay discusión.

—Voy a ir a cambiarme de ropa —dijo Beth pensando en que no quería salir con esa ropa teniendo ropa que aún no había estrenado y no teniendo ni idea de cuándo volvería a salir.

—Te acompaño —se levantó María de las piernas de Johnny, que ya hacía horas que las había dejado de sentir; no había duda de que, aunque él la siguiera viendo como a una niña, no pesaba como tal.

Nana y Florence se pusieron a recoger, dejando a los hombres solos en el porche.

—Parece que a Beth le ha salido una admiradora —comentó Armando.

—Sí, está claro que se han caído bien, es la primera vez que la oigo reírse desde que llegó.

—Hazla reír tú —dijo Ben—, tiene una sonrisa preciosa, no entiendo tu preocupación, es fantástica.

Armando enarcó una ceja nada de acuerdo, no parecía una mala chica, era cierto, pero le perdía la boca. Nana, que no la tragaba, le había explicado algunas cosas. Como que Johnny le había pedido que leyera para él un rato al día y se había negado, que en la fiesta de los padres de Johnny había montado una buena y que era una impertinente maleducada, que no respetaba a nadie, mucho menos a Johnny.

—No tengo ni idea de cómo hacerla reír, no la conozco. No tiene aficiones ni ambiciones, por lo que sé. No se deja conocer, se mantiene escondida en la habitación todo el día, solo sé que le gusta la música.

—Incentívala —contestó Ben acabándose la cerveza.

—¿Qué la incentive? —preguntó Johnny sin comprender.

—Es otra manera de decir que la chantajeas, mi mujer lo hace mucho con María—intervino Armando.

Ben señaló a Armando dándole la razón, sabía de lo que hablaba.

—Exacto, con mis hermanas funciona, antes lo hacía al revés, las amenazaba: si no haces esto pasará aquello, pero no había manera, entonces Karen me aconsejó que lo hiciera al revés y funciona.

—Creo que olvidáis que Beth no es mi hija, se supone que es una mujer adulta, no una quinceañera.

—Yo he conversado un par de veces con ella y no es demasiado adulta —comentó Armando.

—Puedes decirlo Armando, no te cortes, es una inmadura —dijo Johnny.

—Yo lo utilizo con todas mis hermanas, la mayor de ellas, Cat, tiene un año menos que Beth y no falla.

—No sé —dijo Johnny, no estaba seguro que aquello funcionara con Beth.

—Es así hermano —siguió Ben—, no sé si es porque son mujeres o que son de otra generación, yo no hace tanto que tuve su edad y me hace sentir como un vejstorio.

—No dejes que se dé cuenta de que intentas manipularla —le aconsejó Armando—, no hay nada peor que una mujer cabreada y con ganas de vengarse, pueden ser muy rencorosas.

—Todavía es joven —siguió Ben—, debes domarla y dejar de respetarla tanto. Armando estará de acuerdo conmigo en que esa mujer merece ser atendida en todos los sentidos.

—Yo ahí no entro —dijo Armando zanjando el tema con las manos.

Ben y Johnny se echaron a reír, los dos pensando en la mujer de él. A pesar de que Ben ni siquiera la conocía, estaba claro que tenía carácter y que era ella quien llevaba los pantalones en casa.

—Pues ya lo digo yo, esa chica es como una Barbie, piernas largas, cintura estrecha y una cara bonita, le falta un punto de picante y de pecho, pero el conjunto a pesar de ello es explosivo. No seas idiota y olvídate de Amanda de una puta vez, si me obligaran a casarme ojalá fuera con una hembra como esa.

—¿Qué me importa a mí lo guapa o buena que esté? No puedo verla Ben, solo sé de ella que es impertinente, que se lo deja todo por medio, que es egoísta y no controla lo que dice.

—Y a pesar de ello te preocupa —señaló su amigo.

—Es vulnerable y me da pena —lo simplificó Johnny—. Le prometí a su madre que la trataría bien, si supiera qué es lo que quiere se lo daría y seguiría ignorándola, pero no lo sé, está deprimida y me jode.

Beth se cambió de ropa y empezó a maquillarse, en el espejo vio el anhelo con que María la miraba.

La hizo sentarse en la banqueta con ella y le puso un maquillaje muy sutil, como lo hacía ella cuando tenía su edad, solo se llevaban tres años. Cuando María se vio en el espejo le encantó, no parecía que fuera maquillada y, sin embargo, su mirada parecía que se iluminaba y sus ojos se agrandaban.

Beth disfrutó de la compañía de María como no había disfrutado de nadie en mucho tiempo, desde que había acabado el último curso de instituto. Todo el mundo se fue a la universidad, menos ella.

Con tristeza recordó el día que había roto su relación con su mejor amiga por Robbie, ella le había dicho la verdad, él era un cerdo y ella la acusó de envidiosa. En aquel momento aquellas cosas no tenían importancia, sin embargo, en ese momento con María, recordó lo que era tener una amiga y sintió que debía disculparse con ella, había sido muy injusta y cruel.

Se dividieron en los coches para ir al pueblo; Beth prefirió ir con Ben y María iría donde fuera Beth. Johnny se fue con ellos y, en la ranchera, iban Armando, Nana y Florence.

Por el camino las dos chicas iban en el asiento trasero hablando como cotorras. Johnny nunca había oído a Beth hablar tanto con nadie sin ofenderlo, era obvio que se habían caído muy bien.

En el grill, todos se acercaban a saludar. Beth comprendió que aquello no era tan diferente a Shelby. Olía diferente, el tipo de gente era diferente, desde luego vestían muy diferente a como lo hacían al norte, de donde era ella. Pero al final era una comunidad pequeña en la que todo el mundo se conocía; sabía que Johnny y ella, sobre todo ella, serían el cotilleo de la semana y, si el pueblo era aburrido, del mes.

Después de cenar, María y su padre se marcharon a casa. Ben llevó al resto a casa, los dejó y prometió volver pronto a ver a Johnny, volvió a agradecerlo lo del dinero y él le pidió que lo olvidara.

En cuanto Beth entró en su habitación, se dio cuenta que no quería estar allí, había convertido su habitación en una cárcel. Pensaba que las cosas fuera de ella eran horribles, pero lo horrible era pasarse el día allí encerrada. Había pasado una tarde y una noche divertida y entretenida. María era genial, creía haber encontrado una amiga, también el amigo guapo de Johnny la había caído bien, era muy divertido.

La casa estaba en completo silencio, todos estaban durmiendo. Ella se había levantado a media tarde, no podría dormirse aunque quisiera, no quería empezar a dar vueltas en la cama. Se puso una rebeca y salió de la habitación. Bajó al porche trasero, se acercó a la mesa donde habían estado jugando y acarició la madera de la mesa con la punta de los dedos. Deseó que todos los días fueran como aquel, no solo había estado a gusto, sino que se había divertido. Llevaba meses sintiéndose sola y abandonada.

—¿Qué haces, Elisabeth? —le preguntó Johnny que la oía moverse por el porche.

Beth se sobresaltó, empezaba a sospechar que él disfrutaba sorprendiéndola.

—¡Me has asustado! —se quejó mirando al otro extremo del porche—. ¿Qué haces?

No quería irse a dormir, el día había sido genial. Le había alegrado la visita de Ben, no quería estropear el día sumergiéndose en otra pesadilla. Eso era imposible, así que prefería alargarlo al máximo.

—Me estaba tomando una cerveza.

La luz del porche estaba apagada, claro que él no la necesitaba, pero ella sí. Beth se acercó hasta donde estaba él.

—¿No podías dormir? —le preguntó.

—Más bien no quiero dormir. ¿Quieres una cerveza?

Beth lo pensó un momento, no quería estar sola, pero ellos dos no se entendían.

—Vale —accedió—, iré a buscarla.

—Ven —Johnny se inclinó, cogió un botellín de la caja y lo abrió con los dientes bajo la atenta mirada de Beth, que estaba más cerca y empezaba a acostumbrarse a la falta de luz.

Le tendió la botella y se puso a un lado del balancín blanco, dejándole espacio por si quería sentarse.

Beth cogió la botella que él le ofrecía y se sentó junto a él.

—No deberías abrir los botellines con la boca, te romperás algún diente —le advirtió.

—Y a ti te daría igual.

Tenía razón, a ella le daría igual que se rompiera un diente, como si se rompía toda la dentadura. Seguramente eso le quitara ferocidad a su aspecto, aunque puede que el resultado fuera contrario.

Johnny se acabó la cerveza y cogió otra, se había pasado el día bebiendo y se sentía algo ebrio, estaba cansado y tenía sueño. Tener a Beth a su lado calladita era agradable, con su olor se sentía en una nube.

—Parece que María y tú os habéis caído muy bien —dijo para no quedarse dormido.

—Sí —contestó limpiando la boquilla de la cerveza con la rebeca—, ojalá podamos ser amigas.

—¿Hechas de menos a tus amigas de Shelby?

—No tenía amigas en Shelby —contestó bebiendo de su cerveza—, al menos no amigas de verdad, no caigo muy bien a las chicas... En el instituto todas me hacían la pelota y se acercaban a mí porque los chicos siempre estaban a mi alrededor; cuando todas se fueron a la universidad se olvidaron de mí.

Johnny bostezo involuntariamente, ella se giró para mirarlo, lo estaba aburriendo.

—Seguro que aquí puedes hacer amigas nuevas, a María ya te la has ganado.

—Tu amigo también me ha caído muy bien, habla mucho y es muy simpático.

—Ben, se llama Ben —le recordó Johnny.

—Soy fatal para los nombres —reconoció Beth con una sonrisa.

—Es un tío de puta madre, servimos juntos en Vietnam, me salvó la vida, sino fuera por él no estaría aquí, aunque no estoy seguro de que hubiera sido

peor.

Se rasco la barba, no quería decir eso, a ella no le interesaba y era demasiado sincero para confiárselo.

—¿Qué pasó? —preguntó subiendo los pies al banco, apartó el cojín del balancín con los talones y apoyo la cabeza sobre las rodillas abrazándose las piernas, mientras lo miraba.

Su cara se veía relajada, demasiado relajada. Beth comprendió que estaba fingiendo y ella lo sabía, normalmente mantenía el ceño fruncido, todo le molestaba.

—No vale la pena hablar de ello —negó con la cabeza.

Beth dejó de mirarlo, pero no cambio su postura.

—Como quieras.

—Elisabeth...

—Me llamo Beth —lo interrumpió ella—, deja ya lo de Elisabeth, mis padres son los únicos que me llama así, sobre todo mi padre y solo cuando está enfadado conmigo.

Al fin, pensó Johnny; le había llevado más de tres meses entrar en ese círculo en el que todo el mundo, excepto él y unos pocos, no estaban invitados a llamarla Beth.

—¿Y eso pasa a menudo? —preguntó bebiendo del botellín.

—Algunas veces —contestó Beth indiferente—, por lo visto soy demasiado sincera.

—Eso no es malo, a mí me gusta que la gente sea sincera.

Beth volvió a ladear la cabeza hacia él, con aquella melena que ya le pasaba los hombros y esa barba mal cuidada parecía un bárbaro; ya no la aterraba pero seguía imponiéndole.

—No es verdad. La gente miente hasta en eso, decís que os gusta la sinceridad, pero después llega alguien como yo que la practica y ya no os gusta tanto.

—¿Has pensado que quizás no es lo que dices sino cómo lo dices?

—No pienso demasiado lo que digo, simplemente digo lo que pienso, no puedo evitarlo.

—Eso puede traerte muchos problemas.

—Lo sé —sonrió con pesar—, es la historia de mi vida.

Ambos se quedaron callados, a Johnny le estaba venciendo el sueño, no tenía la menor idea de qué hora era, pero sabía que era muy tarde.

Beth volvió a mirar hacia la noche estrellada que se imponía en aquel lugar sin luces. En Shelby no se veían tantas estrellas, además tampoco se paraba a miraras; se giró y vio que se estaba durmiendo.

—Te estás durmiendo —le advirtió—, deberías irte a la cama.

—Supongo que sí —se dio por vencido, a pesar de ello no se movió.

—Cuándo duermes sueñas, ¿no es cierto? —Johnny afirmó con la cabeza frunciendo el ceño mientras se preguntaba a qué venía eso—. ¿En tus sueños puedes ver?

—Sí, pero lo que veo no me gusta —confesó, no quería hablar sobre sus pesadillas—. Tú también deberías irte a la cama —cogió las cervezas y se levantó—. Mañana voy a ir a ver a mi madre a Austin, mi padre no estará, si quieres venir puedo despertarte antes de desayunar.

Ir a ver a su madre no era un súper plan, pero la mujer le caía bien, era muy buena y saldría de allí.

—De acuerdo —contestó después de pensarlo.

—Entonces vete ya a la cama o mañana no podrás levantarte —le advirtió él levantándose.

Beth, sin moverse del balancín, observó cómo sin ningún guía llegó hasta la puerta, la palpó y entró por ella; se preguntó cómo sabía que estaba allí la puerta, aunque no le dio muchas vueltas, inclinó el balancín y dejó que se columpiara mientras se acababa la cerveza.

Once:
La antipatía de todos

Florence tendía la ropa en el patio mientras a lo lejos veía cómo trabajaban en la que sería algún día su casa, cuando acabaran de reformarla. A su madre no le gustaba la idea de vivir lejos de Johnny, pero a ella sí.

Siempre habían vivido en la casa de los Reese, se había criado con aquella familia, al lado de Johnny, del que estuvo enamorada cuando era una cría. Por supuesto, nunca se lo dijo, se veía como una niña a su lado. Habían pasado muchos años y seguía viéndose igual, pero al menos ya no lo veía igual a él, no sentía nada por él, era un consuelo haber dejado ese estúpido enamoramiento atrás, no quería sufrir más.

Siguió mirando a los trabajadores, soñando con compartir su vida con alguien que no fuera su madre o uno de los Reese. Tenía ganas de tener su propia vida y ser dueña de ella, pero parecía que eso no llegaría nunca.

—¿Qué miras? —la sorprendió la mujer de Johnny con la voz entrecortada.

La miró un segundo, iba vestida de sport, tenía las mejillas sonrojadas de haber estado corriendo. Le había costado más de tres meses salir de su habitación y ahora no paraba, se pasaba el día correteando alrededor de la casa, o hacía que alguien la llevara al pueblo, incluso a veces a Austin.

—Nada —contestó sin mirarla, siguiendo con su tarea de la ropa.

Beth, que había salido a hacer footing, miró en la dirección que hasta el momento lo hacía ella.

—¿Quieres que bajemos a ver cómo van las obras?

—No —dijo con un hilo de voz.

—¿Por qué? —Beth esperó una contestación que no llegó. No comprendía a las mujeres del servicio, parecía que ambas la despreciaban, al menos la hija no era hostil—. ¿No tienes curiosidad? Yo la tendría.

—Tengo que acabar esto —se limitó a decir Florence esperando que ella se fuera.

—Yo te ayudo —se puso junto al cestillo de la ropa—, después bajamos —concluyó sacando una camisa de Johnny del cesto que no tenía ni idea de cómo debía tenderse.

—No, señorita Beth —dijo quitándole la ropa de las manos. Beth la miró sorprendida por su rapidez.

—¿Por qué no te caigo bien? —le preguntó Beth mirándola a los ojos.

—No, no, no me cae mal —tartamudeó con nerviosismo Florence.

—¿Entonces por qué me evitas?

Florence se sentía muy violenta, no quería hablar con ella, no tenía nada que decirle, la gente extraña no le gustaba, en realidad la gente no le gustaba, punto.

—No es eso, señorita —siguió con la ropa—, pero tengo cosas que hacer, puede bajar usted.

—Esa no es mi casa, es la tuya, me gustaría verla —insistió—, que tú me la enseñaras.

—Ahora no puedo.

—Como quieras —contestó decepcionada.

Beth no comprendía la antipatía que sentían por ella, la casa le importaba bien poco. Quería charlar un rato con ella, pero esta no estaba por la labor, más bien parecía que molestaba, así que se fue.

Siguió corriendo, los pulmones la abrasaban y estaba toda sudada. Aquel clima la estaba matando y ni siquiera era verano, no quería ni imaginar qué temperaturas habría allí en pleno verano. Su marido le había dicho que aquello era bonito, pero para ella no era nada del otro mundo. Se preguntaba cuándo llenarían la piscina que seguía vacía y sucia, no era una buena nadadora pero disfrutaba nadando.

El padre de María, que estaba en las cocheras, la saludó con la mano, pidiéndole que se acercara. Ella fue hasta él corriendo y se apoyó en las rodillas intentando recuperar el aliento.

—¿Por qué corre? —le preguntó Armando, que no comprendía aquel ritual.

—Me gusta estar en forma —los músculos se le tensaban después de tanto tiempo de inactividad.

Él negó con la cabeza, ya estaba en forma. Estaba delgada y tenía unas piernas firmes, no necesitaba machacarse de aquella manera, pero él no era nadie para decírselo.

—María me ha pedido que le diga que la llame, pero no ha querido decirme por qué.

—Ah, vale, luego la llamo, gracias —quiso decir su nombre pero no lo recordaba.

Armando se marchó y ella necesitaba descasar un poco, así que se tumbó en el suelo, el sol le calentaba la piel.

—Debería refrescarse, empieza el calor.

Por el acento pensó que era el padre de María que había vuelto, pero al abrir los ojos descubrió que no era él.

—Creo que he acabado por hoy —comentó incorporándose.

—Está muy sudadita —dijo él mirándola de arriba abajo y vuelta arriba.

—Hace calor —dijo Beth poniéndose de pie incómoda.

La mirada de aquel hombre no le gustaba, era tan sucia como la del señor Reese, el padre de Johnny. Debía rondar la treintena, su piel era morena y vestía como todos por allí, camisa de cuadros y sombrero.

—No nos han presentado —le tendió la mano—, soy Antonio, me encargo de las cocheras.

—Elisabeth —le estrechó la mano con cierta reticencia—, soy la esposa de Johnny.

Quería que a ese hombre le quedara claro quién era y que no debía mirarla de ese modo.

—Lo sé —se soltaron la mano—, hace días que la observo, se cuida mucho —la repasó entera.

—No debería mirarme así —le advirtió Beth.

—Solo la miraba, no pretendía incomodarla —le dedicó una sonrisa arrogante.

—Entonces no lo haga —dijo antes de dar media vuelta con intención de marcharse.

—Si me lo permite —la cogió de la muñeca y Beth sacudió el brazo para que la soltara, él ignoró el gesto—, detrás de los establos y cruzando el campo hay una pequeña arboleda, si la sigue encontrará un lago. He visto cómo miraba la piscina, allí podría refrescarse, nadar, su marido solía ir con su prometida.

—¿Su prometida?

—Amanda —aclaró él—. A ambos les gustaba montar, solían ir hasta allí dando un rodeo. Si le gusta montar puedo ensillarle un caballo, puedo acompañarla si lo desea —se relamió esperando que aceptara.

—No —negó Beth aterrada ante la idea de acercarse a un caballo—, no sé montar.

—Yo podría enseñarle a montar, sé montar cualquier cosa —añadió mirándola con lascivia.

Beth lo miró asqueada preguntándose qué pasaba con la gente del sur. Estaba acostumbrada a que la miraran, pero la mirada de ese hombre, al igual que la de su suegro, iban más allá del deseo o el anhelo.

—Pues felicidades, a mí no me gustan los caballos —se dio la vuelta de nuevo.

—Ha sido un placer, señorita —contestó el hombre mirándole el culo—, ya nos iremos viendo por aquí. Si le interesa, ya sabe dónde estoy.

Beth ni siquiera se molestó en contestarle, empezó a correr y no paró hasta llegar a la casa.

Estaba en la cocina hablando con María por teléfono cuando oyó cómo Nana le pedía a su hija que les bajara algo de beber a los obreros. Beth observó cómo Florence se ponía nerviosa, la miró de reojo y, al ver que ella la miraba, apartó la mirada corriendo y se puso a hacer lo que su madre le había pedido.

Beth entendió que la callada Florence tenía un secreto, estaba aburrída y quería saber cuál era.

Siguió cotilleando con María, que estaba loca por el chico malo del instituto y no sabía cómo llamar su atención. Esperaba que Beth le diera algún consejo, le dijo lo poco de flirteo que sabía.

Nana, que preparaba la enchilada, observó cómo Beth seguía los pasos de su hija con la mirada.

—María, tengo que dejarte, ven el sábado y pasemos el día juntas —oyó decir a Beth, y después colgó.

Beth observó por la ventana cómo Florence bajaba la empinada cuesta por el caminito de piedra que la llevaría hasta las casas de los trabajadores. Se dirigió a la puerta.

—¿A dónde va con tanta prisa, señorita Beth? —la interrumpió Nana antes de que saliera de la cocina.

—Quiero bajar a ver la casa —le contestó.

—¿Qué más le da la casa? —la cuestionó.

—¿Qué más te da a ti que quiera bajar? —preguntó ella a la defensiva, cansada de que la cuestionara.

Nana no podía con la insolencia de la joven, en general no podía con ella, no le caía nada bien.

—Deberías tener más educación y hablarme con un poquito de respeto, soy una persona mayor.

—Se supone que eres tú la que debes respetarme a mí, al fin y al cabo soy la señora de la casa.

—Lo que es —se interrumpió e intentó morderse la lengua. Beth alzó el mentón, la desafiaba a que siguiera hablando, y lo hizo—, es una deslenguada sin educación, ni respeto, además de una sinvergüenza.

Beth abrió la boca y después la cerró, buscando una contestación que darle.

—Lo que tú digas —contestó con desgana sin saber qué decir.

Salió de la cocina sin dedicarle una última mirada a la mujer y fue a la sala a coger unos prismáticos que había dentro de una vitrina. Johnny estaba allí con la tele puesta, escuchando un partido de béisbol.

—Dile a tu criada que me deje tranquila —dijo de camino a la vitrina.

Johnny se rascó la frente al escucharla, le dolía la cabeza y las riñas entre las dos lo tenían cansado. Eran como el perro y el gato, no se caían bien y en cada oportunidad que tenían iban a él a criticar a la otra.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó de forma cansina.

—Pues que me ha insultado.

—No me lo creo —dejó la cerveza en la mesa—. Nana sería incapaz de insultar a nadie y menos a ti.

—Pues lo ha hecho —contestó Beth tercamente cogiendo los prismáticos.

—Nana me ha criado, he crecido junto a ella y nunca la he oído insultar a alguien, ni por la espalda. ¡Ni siquiera a mi padre! —exclamó, no había un blanco mejor para los insultos que él—. Si te aburres, búscate un pasatiempo, haz algo, pero no malmetas porque no voy a permitirte que inventes cosas.

Beth lo miró apretando la boca, al final siempre era ella la mala. Johnny no era imparcial, la había insultado y él no la creía, siempre se ponía del lado de Nana, siempre.

—Me creas o no, lo ha hecho y deberías echarla a la calle.

Johnny se echó a reír, antes la echaría a ella que a Nana.

Cuando vio que se reía de ella se sintió rabiosa, oleadas que la recorrían de pies a cabeza. Miró los prismáticos deseando tirárselos a la cabeza, pero no lo hizo, cogió el periódico e hizo un canuto con él.

—No vuelvas a reírte de mí —le golpeó la cabeza con él.

Johnny se sorprendió cuando sintió el impacto. Se levantó del sofá e intentó cazarla, pero no la cogió. Era como cazar una mosca, se sentía estúpido, sentimiento que lo embargaba cada vez más a menudo.

—¡No vuelvas a hacer eso, Beth! —gritó colérico.

Beth, que lo había esquivado por los pelos, tragó saliva al ver lo enfadado que estaba.

—No vuelvas a llamarme mentirosa —dijo ella antes de marcharse.

Salió corriendo de la casa y fue hasta el sendero serpenteante que la llevaría hasta las casas. La zona de las casas estaba en una explanada por debajo de la casa y la zona de la piscina, donde había un cenador de madera con un aspecto deplorable. Aquella zona estaba delimitada por unos arbustos bajos, se escondió tras ellos y espío a Florence; se dio cuenta de que estaba demasiado aburrida.

Beth observó que Florence estaba llegando a las casas, solo había cinco, dos de ellas no se podían considerar casas, más bien chabolas medio derruidas. Las cinco hacían un semicírculo, encaradas unas a otras, aunque estaban claramente separadas. La suya era la más grande, la primera del lado derecho.

Florence se acercó a la casa y cogió aire al ver que él estaba allí, justamente él. En la mesa que habían puesto en el exterior para trabajar sobre el plano, justo donde ella debía dejar las bebidas.

—Buenas tardes señorita —la saludó el ebanista cuando la vio acercarse.

—Hola —contestó Florence completamente avergonzada solo porque se dirigía a ella.

Agachó la cabeza incapaz de mirarlo, le gustaba hacerlo de lejos, inventar historias en las que ella era la protagonista, una mujer guapa, decidida y segura de sí misma, que tenía un romance con ese hombre.

—Parece que viene el verano —comentó mientras ella acababa de recorrer la distancia que le quedaba hasta llegar a la mesa—, algo fresco nos sentará bien a los muchachos y a mí, muchas gracias.

Florence negó con la cabeza incapaz de contestar con coherencia o siquiera mirarlo.

Había hablado con él cinco veces, en realidad, su madre había hablado con él en su presencia. Era educado y había pedido su opinión, había reparado en ella, cosa que no hacía nadie. Le gustaba tener su atención pero no la quería; él le gustaba, y eso la hacía sentirse aún más tímida de lo que ya era, y su carácter le impedía tener una conversación con él. La ponía muy nerviosa que le hablara, le desquiciaba los nervios, no era capaz de mirarlo a la cara, por eso prefería hacerlo de lejos, sin que él se diera cuenta.

—Deja que te ayude con eso —le ofreció.

Florence negó con la cabeza, a pesar de ello él la ayudó a coger los vasos y dejarlos sobre la mesa.

Sus manos se tocaron y ella se apartó abruptamente. Steven la miró sin comprender su reacción.

—¿Quieres que te enseñe algunas de las modificaciones que vamos a hacer en la casa? —le preguntó.

Sí, claro que quería, quería poder tener una conversación normal con él, conocerlo, quería saber que le gustaba, quería gustarle, pero nada de aquello pasaría. Cogió la bandeja con intención de marcharse.

—No —contestó sin levantar la cabeza—, gracias —logró decir antes de marchar a la carrera.

Beth, desde arriba, observaba cómo Florence huía del hombre, él la miró alejarse y después llamó a los hombres que estaban en la casa. Todos se reunieron alrededor de la mesa.

Cuando Florence pasó junto a Beth no la vio agachada detrás de los arbustos.

—Estúpida, estúpida, estúpida —iba repitiendo con cada paso que daba.

—¿Qué te pasa? —preguntó Beth levantándose del suelo.

Florence se giró para mirarla y vio que tenía unos prismáticos en la mano, negó con la cabeza y siguió su camino. Se preguntó si la estaba espionando, pero no encontraba una razón para que lo hiciera.

—¿Qué te pasa con ese hombre? —la siguió Beth con paso veloz.

—Déjeme tranquila señorita Beth —le contestó sin aminorar el paso.

Beth paró en seco y la observó alejarse. Se preguntó qué le había hecho ese hombre, quizás la había mirado de manera lasciva y asquerosa, o algo peor. Decidió que lo descubriría y se encargaría de ello.

Volvió a la casa, tenía algo que hacer, iba a ser espía, como James Bond, pero más guapa y con más estilo. Debía descubrir qué le había hecho aquel hombre a la criada y después se lo haría pagar.

—Necesito ir al pueblo —anunció al entrar en la sala.

Johnny maldijo. Ben tenía razón, vivir con mujeres era un coñazo. Solo quería escuchar el maldito béisbol tranquilo, pero no le dejaban; primero Beth, luego Nana y ahora de nuevo Beth, le dolía la cabeza.

—Pues ve, así podré escuchar el partido tranquilo —contestó Johnny.

—Alguien tiene que llevarme.

—Búscate la vida.

¿Que se buscara la vida? Se preguntó Beth y se encogió de hombros, eso haría.

—Necesito dinero.

Cogió la cartera del bolsillo trasero del pantalón y la alzó. Beth se acercó desde atrás sin hacer ruido, Johnny tenía un oído muy fino, no quería que la cogiera y le hiciera pagar por haberlo golpeado antes.

Atrapó la cartera al vuelo, la abrió y cogió un par de billetes de veinte, más de lo que necesitaba, le tiró la cartera sobre el regazo y se marchó al campo en busca del padre de María.

—¿Puedes llevarme al pueblo? —le preguntó cuando lo encontró.

—Ahora no puedo señorita Beth, si me dice lo que quiere mañana puedo traérselo.

—Lo necesito ahora —dijo haciendo una mueca.

—Lo lamento —contestó apartándose el sombrero y limpiándose el sudor de la frente.

Pensó en ir andando, sólo debía seguir la carretera, era una caminata, pero si algo tenía, era tiempo.

—No importa —negó con la cabeza—, iré andando —se dio la vuelta con intención de irse.

Armando pensó en dejarla marchar, no se fiaba de que se fuera sola, si le pasaba algo sería culpa suya.

—Espere, señorita Beth —Beth se giró y lo miró—, buscaré a alguien que la acompañe.

—Gracias —le dijo sonriéndole y se acordó de María—. ¿Podrá venir María el sábado a pasar el día?

—No creo que su madre la deje, está castigada.

—Ya me lo ha dicho —afirmó Beth estirándose un mechón de pelo que le había crecido un poco—. Podría venir un rato, por la tarde, después de estudiar, es mi única amiga y me apetece verla un rato.

—De acuerdo, la traeré —cedió.

—Gracias —contestó ampliando su sonrisa y señaló hacia atrás—, esperaré en el porche.

Armando le dio un capón a uno de los campesinos más jóvenes, que miraba embobado a Beth como si nunca hubiera visto a una mujer, y le pidió que fuera a buscar a Antonio a las caballerizas.

Cuando Beth vio que debía ir con el hombre de los caballos, se le quitaron las ganas de ir al pueblo. A pesar de ello, se subió a la ranchera con él, lo más alejada posible, y dejó que él la llevara.

Por el camino él intentó darle conversación y ella lo cortó tajante, pidiéndole que se callara.

En el quiosco compró una libreta pequeña, bolis de colores y una pistola de agua que le hizo gracia, nunca había tenido una y era muy de espía. Después fue a buscar una crema para la cara, aquel calor hacía que su hidratante habitual se volviera grasa y pesada, pero no tenían lo que ella buscaba.

Al pasar junto a la tienda de música miró la máquina de discos, se había enamorada de ella, el precio era el mismo, excesivo, un abuso, pero la quería, y se preguntó si Johnny se la compraría si se la pedía.

—Serás mía —dijo mirándola desde el escaparate y volvió a la ranchera.

Se subió a la ranchera y dejó que el hombre la llevara de vuelta a la hacienda.

—¿Qué hacía espiando a la negrita? —preguntó él cuando ya llegaban.

—No la llares negrita —le advirtió muy seria, no le gustó el desprecio con el que había usado ese apelativo, él no era nadie para hablar así. Endureció su postura para sentirse más señora, más ama de la casa—, tiene nombre y, si no lo sabes, no hables de ella.

—No creo que sea para tanto —se quejó dándole ojeadas.

—Quedas advertido —dijo señalándolo con el dedo—, si se lo cuento a mi marido, te echará a la calle.

—No, no lo creo —sonrió con la misma arrogancia que había mostrado por la mañana—, huye de usted, prefiere estar con su caballo o con el capataz a estar con usted. Cuando sale a correr él se queda en casa, cuando usted está dentro él fuera. Ni siquiera duermen juntos —Beth lo miró preguntándose cómo sabía todo eso, el miedo crecía provocándole una sensación de mareo en el estómago—. Es una lástima que una mujer como usted duerma sola —concluyó estirando el brazo para acariciarle la pierna.

Beth agrandó los ojos al ver que iba a tocarla y le apartó la mano de un manotazo.

—¡Ni se te ocurra tocarme, o te juro que mañana estarás buscando trabajo! —le advirtió.

Él se echó a reír, no había problema, ya buscaría la forma de que ella acabara rogándole que la tocara.

En cuanto el coche paró, Beth salió disparada huyendo de ese hombre, se había pasado de la raya. Buscó a Johnny, tenía que hacer algo, obviamente la vigilaba; si no hacía nada con Nana, que no lo hiciera, pero eso era demasiado. No estaba en la sala de estar, ni en la cocina donde estaban Nana y su hija, miró en el porche trasero, en el piso de arriba, en su habitación, pero no había rastro de él.

—¿Dónde está Johnny? —preguntó entrando en la cocina, después de buscarlo por toda la casa.

Florence miró a su madre esperando que le contestara, pero no lo hizo, siguió con lo que estaba haciendo como si la señorita Beth no hubiera entrado en la cocina.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar y se acercó a Nana—. ¡Te estoy hablando! —le gritó nerviosa.

—¡Elisabeth! —gritó Johnny detrás de ella.

Florence los miró; cuando Beth la miró, agachó la cabeza y se fue. Aquello no iba a ser agradable, padre e hijo se habían peleado cuando el señor Reese trataba mal al servicio, le esperaba una buena.

Johnny la buscó palmeando el aire y la cogió del brazo, la sacó de la cocina y la llevó hasta el estudio. Allí tenía una pequeña biblioteca, llena de libros que solo le interesaban a él. Extrañaba perderse en un buen libro, al llegar le había pedido a ella que le leyera, pero le dijo que no le gustaba leer y que no lo haría.

—¿Quién te has creído que eres? —demandó cuando entraron en el estudio y le soltó el brazo.

—¿Cómo? —preguntó sin comprender, a la vez que él cerraba la puerta de un portazo.

—Que sea la última vez que le hablas así a Nana, a Nana o a cualquier persona de estas tierras. No sé cómo le hablabas a tu familia, pero creo que empiezo a entender algunas cosas.

Beth temió por su integridad observando su cara de enfado, le sacaba una buena cabeza y si la cogía podría hacerle mucho daño. Las aletas de su nariz se movían mientras él intentaba contener su enfado.

—¿Qué cosas? —lo desafió ella, intentando mostrar una entereza que no

sentía.

—Tu padre —le aclaró muy enfadado—, entiendo que tu padre te abofeteara, supongo que debió hacerlo antes, quizás así serías más respetuosa y educada.

—No me conoces de nada —contestó rabiosa—, no te atrevas a juzgarme.

Johnny detestaba ese tono de desprecio, estaba harto de que se creyera por encima de los demás.

—Que sea la última vez que le hablas así a Nana, te lo advierto, y como se te ocurra amenazar a alguien con echarlo, serás tú la que te irás.

—Pues échame —lo encaró poniéndose de puntillas delante de él—, estaré encantada de irme.

—Eres libre de largarte, todos estaremos mucho mejor —negó con la cabeza—. Intento ser paciente contigo, pero me lo estás poniendo muy difícil, te has ganado la antipatía de todos, incluyendo la mía.

Esas palabras eran ciertas e hirientes, no creía haber hecho nada para ganarse la antipatía de todos.

—Ese hombre es un cerdo, no tienes ni idea...

—¡Que no hables así de la gente! —le gritó Johnny interrumpiéndola, con la sensación de que la cabeza le iba a estallar de tanto que le dolía. Beth dio un paso atrás impresionada por su enfado—. ¿Quién te crees que eres para hablar así de la gente?

No le contestó, se dio media vuelta y se marchó del estudio llorando, se metió en su habitación y no salió más que para comer.

Doce: Florence está enamorada

Johnny y Beth ni siquiera se hablaron en las semanas posteriores, se ignoraban.

Por las mañanas, Johnny se reunía con Armando para hablar sobre el negocio, que iba tan bien como siempre; aprovechaba para que le leyera el periódico. Por las tardes solía bajar a las cocheras y pasaba un rato cepillando a su caballo o bebiendo cerveza mientras escuchaba los deportes; después de cenar se iba a su habitación y hacía ejercicios, se duchaba y volvía a las pesadillas.

Beth ocupaba el día cuidándose y espiando a la joven de color. A veces, mientras lo hacía, sorprendía al hombre de los caballos vigilándola y observándola. Cada vez se escondía menos y eso la preocupaba. Después de un encuentro desagradable con él, procuró que no se repitiera, manteniendo la distancia.

A Florence no le gustaba tener la atención de la señora de la casa. Hizo como si no se diera cuenta de nada, incapaz de preguntarle qué era lo que buscaba, incapaz de encararla, esperando que se aburriera.

A finales de abril, con regocijo, Beth comprendió que lo que le pasaba a Florence era que le gustaba el ebanista. A medida que sus visitas se iban espaciando, se la veía más apagada, más nerviosa cuando él iba, hasta que en mayo acabó el trabajo. Beth veía cómo Florence se esforzaba en aparentar normalidad y entereza, pero no la engañaba, llevaba dos meses vigilándola. Decidió que debía hacer algo, ella era una enamorada del amor, más de la idea que tenía del amor que de lo que había experimentado.

Johnny y Beth desayunaban en la cocina, en un imperturbable silencio. Johnny se preguntaba qué la había hecho madrugar tanto aquella mañana, aunque no se lo preguntó. Llamaron a la puerta y Beth se puso de pie nerviosa, no esperaba que llegara tan pronto y ni siquiera había hablado con Johnny.

—Es para mí —dijo antes de que Nana, que la observaba extrañada, fuera a abrir—; ve a abrir tú, Florence —miró a la joven—, haz entrar a mi visita a la sala de estar y entreténlo un momento.

—Yo iré —dijo Nana secándose las manos con un paño, su hija lo pasaba mal atendiendo a la gente.

—¡No! —exclamó Beth y todos la miraron, incluso Johnny, que no podía verla, alzó la cabeza en su dirección preguntándose qué mosca le había picado—. Tú prepara café —le dijo a Nana, rodeó la mesa y se puso junto a Johnny, apoyó la mano en su hombro y lo estrechó—. Necesito hablar contigo.

—¿Cuánto quieres? —demandó Johnny, al que solo hablaba para que le diera dinero.

—No se trata de eso —lo pensó un momento—, bueno, no exactamente. ¿Podemos hablar a solas?

Johnny se limpió la boca y se levantó de la mesa.

—Ve a abrir, Florence —le dijo con impaciencia Beth.

Los tres salieron de la cocina. Beth y Johnny se perdieron en el interior de la casa, hacia el estudio, y Florence fue a abrir la puerta, sin comprender el extraño comportamiento de Beth.

Abrió la puerta principal y frente a ella estaba Steven; quiso que se la tragara la tierra, mientras su corazón se aceleraba estrepitosamente a la vez que él ampliaba su sonrisa.

—Buenos días señorita Florence —buscó su propia voz, pero esta no salía de su boca, le saludó con la mano sintiéndose una idiota—. ¿Puedo pasar? Me ha citado la señora de la casa.

Florence afirmó y se apartó para que él pudiera entrar. Steven volvió a sonreír a la chica y entró. Ella cerró la puerta y, sin mediar palabra, lo llevó a la sala de estar de sofás rosas.

—¿Le gusta cómo ha quedado la casa?

—Sí —contestó apresurada—, iré a buscarle un café —salió corriendo de la sala de estar.

—Gracias —contestó él preguntándose por qué esa chica siempre se comportaba de aquella manera.

Florence entró en la cocina alterada e, histérica, le pidió a su madre que fuera ella quien lo atendiera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Johnny dentro del estudio.

—¿Sabes el cenador que hay junto a la piscina? —demandó Beth.

—Sí. ¿Qué pasa con él?

—No sé cómo estaría cuando tú podías ver, pero ahora da pena —le aclaró—. El ebanista que ha trabajado en la casa de Florence ha hecho un trabajo tan bueno que pensé que podría arreglarlo. He visto algunos de sus diseños, es muy bueno y creo que puede hacer un buen trabajo.

Johnny se preguntaba a qué venía eso, sabía que detestaba la decoración de la casa, la había oído decírselo a su madre por teléfono y no se había preocupado en cambiar nada.

—¿Quieres arreglar el cenador? —preguntó creyendo haber entendido mal.

—Sí.

—¿Por qué? —demandó sin comprender.

Beth volteó los ojos, solo debía dar su aprobación y listo, no era tan complicado.

—Creo que puede quedar un sitio muy cálido y reconfortante para las noches de verano, algo bonito.

Johnny seguía sin comprender, pero si eso la mantenía ocupada, no merecía buscar una explicación.

—Está bien, haz lo que quieras.

—¡Bien! —exclamó pasando por su lado—. Gracias —dijo antes de salir del estudio.

Corrió hacia la sala de estar, donde comprobó con insatisfacción que era Nana quien lo atendía.

—Señorita Beth —se levantó él del asiento cuando la vio acercarse.

Beth borró la expresión molesta de su cara y estrechó la mano que él le ofrecía con una sonrisa.

—¿Cómo le va? —preguntó incapaz de recordar su nombre, solo había hablado con él un par de veces.

—Muy bien, gracias. ¿Quiere que veamos ese cenador?

—Por supuesto —contestó y se giró hacia Nana—, necesito que Florence me acompañe —le pidió.

Nana ladeó la cabeza mirando a la chica de pelo rubio, se había pasado dos meses espiando a su hija y ahora hacía venir a ese hombre. Florence no había querido hablar del tema, pero sabía que le gustaba.

—Iré a buscarla —contestó, preguntándose qué intenciones tenía—, un placer verlo de nuevo, Steven.

—Igualmente Luciana, me alegro de que le haya gustado tanto cómo ha quedado la casa.

Beth se quedó con él en la sala y esperó a que Florence volviera charlando con él, era un hombre muy agradable. Como Florence no volvía, decidió ir a buscarla y la encontró en la cocina discutiendo con Nana.

—Necesito que me acompañes fuera con Steven —dijo en la puerta de la cocina.

Florence dio un golpe con el puño sobre la encimera y su madre la observó incrédula.

—¿Por qué hace esto? —demandó sin poder controlarlo.

—¿Por qué hago el qué? —preguntó Beth apartándose los mechones cortos de la cara.

—¿Por qué lo ha llamado?

Beth la miró sin comprender, parecía angustiada, incluso a punto de llorar.

—El cenador —aclaró—, la madera está comida, tiene un avispero y es una pena tener eso ahí.

—¿Y para qué quiere que yo la acompañe?

Era la primera vez que Beth la oía hablar con voz firme, que no se había tenido que esforzar por escucharla; a pesar de eso, estaba dolida y no sabía qué estaba haciendo mal.

—Me gustaría que vinieras con nosotros, que nos dieras tu opinión, tú eres de por aquí, seguro que tienes más idea que yo de lo que puede quedar bien.

—¡Eso no le importa! Es una entrometida, deje de perseguirme y vigilarme, ¡déjelo a él tranquilo!

Florence salió de la cocina y, al pasar junto a Beth, le pareció que estaba llorando. Su intención no había sido hacerla llorar, al contrario, quería alegrarla; desde que él había acabado el trabajo parecía triste. Lo había hecho por ella, pero pensó que quizás se había precipitado en sus conclusiones. Quiso disculparse delante de Nana, pero después recordó que eso no serviría de nada y se marchó.

Florence fue a hacer la habitación de Beth. Sobre la mesita tenía los prismáticos, los cogió y se puso a observar por la ventana. Ella y Steven charlaban y reían en el cenador. En aquel momento odió a Beth, quería para ella esa facilidad que tenía para relacionarse, no pudo evitar llorar, nunca sería como ella.

A Steven le pareció que Beth era imaginativa e ingeniosa, tenía muchas ideas, algunas descabelladas. Él tomaba nota de todo, a pesar de ello le daba total libertad para hacer lo que él creyera, sabía que podrían llegar a un buen punto medio. Le haría unos diseños y volvería la semana siguiente.

Beth pasó el día persiguiendo a Florence por la casa, intentando comprender qué había hecho mal, pero solo halló indiferencia. Como su madre, le había retirado la palabra; intentó animarse pensando que antes tampoco es que le hablara mucho. Estaba decaída, había conseguido lo opuesto a lo que quería.

Después de cenar llamó a María, pero estaba estudiando y no podía hablar; llamó a su madre y esta insistió en que hablara con su padre, pero no estaba preparada. Colgó el teléfono y fue a la sala de estar a ver su serie.

La tribu de las Brady, que siempre la distraía, aquella noche le parecía más aburrida que nunca. Se cambió de ropa y salió a correr para despejarse. Necesitaba hablar con alguien, que le dijeran qué era lo que había hecho mal, no le gustaba cómo se sentía, había metido la pata y ni siquiera sabía por qué.

Johnny no podía dormir, pensó en hacer ejercicio y machacarse un poco más, pero ya se había duchado y no quería ponerse a sudar otra vez. Bajó a la cocina, cogió un paquete de cervezas y salió al porche.

Cuando vio salir a Johnny supo que acabaría en el balancín en el que estaba ella. Parecía que ese era su sitio preferido. No debió ir allí, sabiendo que era posible que él saliera, solo le faltaba discutir con él.

Intentando no hacer ruido se levantó. Johnny pasó por su lado e iba a sentarse cuando paró en seco.

—¿Beth? —preguntó extrañado.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —demandó ella sin comprender cómo la había descubierto.

—La luz está encendida— señaló hacia arriba con el dedo índice—, puedo oír el zumbido —recorrió los dos pasos que le quedaban y se sentó a un lado del balancín—, además tu perfume te delata.

Johnny dejó la caja de cervezas en el suelo y sacó una, abrió el botellín con la boca y se lo tendió.

Beth olió su ropa, apenas quedaba olor al perfume que se había puesto por la mañana. Miró el techo y después lo miró a él, preguntándose cómo podía oír el zumbido de la luz. Él le ofrecía una cerveza.

—¿No te gusta cómo huele mi perfume?—preguntó cogiendo la cerveza y sentándose junto a él.

Le gustaba, aunque prefería su olor natural, era más femenino y sensual, pero no le diría aquello.

—No me quita el sueño —contestó indiferente abriendo otro botellín para él.

—¿Y qué te lo quita? —preguntó—. Ya deberías estar durmiendo.

—¿Qué te lo quita a ti?

Beth sonrió, aquello le pasaba por preguntar.

—A mí nada me quita el sueño —contestó dándole un trago a su cerveza.

Ambos se quedaron callados. Apenas habían hablado en dos meses, a los dos se les daba bien evitar al otro. Johnny había estado muy enfadado con ella por gritarle a Nana y amenazar a sus trabajadores.

—¿Cómo te ha ido con el ebanista? —le dio conversación, ya no estaba enfadado con ella.

—Una pérdida de tiempo, la semana que viene traerá algunos diseños, pero el cenador me da igual.

—Eso ya lo sé —contestó él curvando una ceja.

Se giró para mirarlo, su ceja se curvaba con soberbia, él siempre parecía saberlo todo, se suponía que debía ir un paso detrás de ella y, sin embargo, ella siempre iba un paso por detrás de él.

—¿Te crees muy listo verdad?

—No hay que ser muy listo —contestó él—, que no te engañen, dos y dos siempre son cuatro.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Beth sin comprenderlo.

—Te he oído despotricar con tu madre sobre lo desfasada que es la decoración de la casa, vives aquí y no has hecho nada por cambiarla. ¿Y de repente te preocupa el cenador? No me lo creo, lo siento.

—No deberías escuchar conversaciones ajenas —le riñó a pesar de que le daba igual. Dejó de mirarlo y tiro el cuello hacia atrás—; además, yo nunca dije que me preocupara el cenador.

—¿Entonces por qué has llamado al ebanista?

—Por Florence.

Johnny ladeo la cabeza. Nana le había advertido que Beth vigilaba a Florence, que la espiaba, había dicho. Él no había querido darle importancia, creía que Nana exageraba, lo poco que sabía de Beth era que solo se preocupaba de sí misma, no tenía ningún sentido que espicara a Florence.

—¿Has estado espiándola? —giró la cabeza en su dirección.

—¿Cómo sabes eso? —se giró para mirarlo y él estaba mucho más cerca de lo que creía.

—¿Lo has hecho?

—Sí —volvió a mirar hacia la oscuridad de la noche—, tú tenías razón —sintió cómo un nudo le cerraba la garganta—. Me he ganado la antipatía de todos, solo a María parece que le caigo bien.

A Johnny no le gustó el tono dolido de su voz, el día que dijo eso ella lo había llevado al límite. Su prepotencia y soberbia le molestaron, ahora se mostraba humilde y vulnerable, no sabía qué pensar.

—Te dije eso porque estaba cabreado, Beth.

—Es la verdad. Nana me odia, ella no me cae bien, nunca nos llevaremos bien, pensé que con Florence sería diferente, pero no. Debería irme, pero no tengo a donde ir —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Estoy incómoda, no me acostumbro a esta hostilidad; yo gusto a la gente, pero aquí no le gusto a nadie...

Johnny oyó como a ella se le rompía la voz al final de la última frase.

—No llores, Beth —le pidió.

—No estoy llorando —alzó el mentón orgullosa, no quería que se compadecieran de ella, y menos él.

Volvió a beber de la cerveza y procuró serenarse. No acababa de comprender su malestar, ella no había hecho nada malo, por una vez que no pensaba en ella, le había salido el tiro por la culata.

—Nadie te odia, a Nana no le caes bien, es cierto, trátala con respeto y ella también lo hará. Y en cuanto a Florence, dale tiempo, no es muy sociable que digamos, la gente no le gusta, es muy tímida e introvertida, te lo digo yo que me he criado con ella. Lo que no entiendo es qué tiene que ver el ebanista.

—A ella le gusta, o eso creía, ahora no lo sé —volvió a beber de la cerveza—, no sé qué pensar.

—¿Por eso la espías?

—No, eso fue antes —aclaró—, intenté acercarme a ella, le pedí que me enseñara la casa y no quiso, había algo raro y decidí ver qué pasaba, entonces la vi con él, se comportaba de forma estrática.

—¿Qué es estrática? —le interrumpió Johnny sin comprenderla.

—Ya sabes, de forma rara y cortante, como forzada y extraña —intentó explicarse.

—¿No será errática? —preguntó con una mueca.

—Pues será —dijo ella con indiferencia, estaba acostumbrada a que la corrigieran.

—Sigo sin entender por qué la espías.

—No me gusta la gente de por aquí —Johnny se preguntó cómo esperaba gustar a la gente diciendo esas cosas—, pensé que él le había hecho algo malo, ella no me lo diría y decidí descubrirlo por mí misma.

—¿Estás muy aburrida, verdad?

Beth suspiró, sí, estaba aburrida, ¿si no por qué iba a meterse en las vidas de los demás?

—Supongo que sí —contestó con desánimo.

—¿Cuánto tiempo has estado con esta charada?

—¿Charada? —demandó ella girando la cabeza para mirarlo.

—Locura —aclaró él.

—No sé —volvió a mirar hacia las estrellas—, un par de meses, supongo.

—¿Dos meses, Beth? —preguntó incrédulo. Beth se encogió de hombros, él debía pensar en lo estúpida que era, así se sentía, una idiota de manual—. Temo preguntar pero, ¿qué has averiguado?

—Pensé que le gustaba, cuando se fue, ella parecía cada vez más triste, pensaba que estaba enamorada, supongo que lo he imaginado, tampoco es que hable mucho, al menos no conmigo, claro.

—¿Por eso querías que él volviera? —empezaba Johnny a comprender las cosas.

—Sí, pensé que al hacerlo volver, ella podría dejarse conocer y puede que enamorarlo —se rio de sí misma—, pero soy una tonta soñadora, una idiota de remate; ella se ha enfadado y ahora no me habla.

—Eso dice mucho de ti, Beth, demuestra que no eres tan egoísta como parece.

—Lo soy, quería ganarme su amistad, que viera que no soy tan horrible como todos pensáis, pero me equivocaba, he conseguido lo contrario —chasqueó la lengua—. Me voy a ir a la cama, mañana antes de entrar a trabajar el padre de María me acercará al pueblo, quiero comprarme un hula hoop.

—¿Qué es un hula hoop?

Beth lo miró, preguntándose si él tenía cien años; todo el mundo conocía el juego del hula hoop.

—¿Bromeas? —Johnny se giró hacia ella y negó con la cabeza—. Es un juego, un aro de plástico que tienes que hacer girar con la cintura, sin tocarlo con las manos y sin que caiga al suelo.

—¡Qué tontería! —exclamó Johnny.

—No, no lo es. Yo era animadora en el instituto, fortalece el abdomen y estrecha la cintura.

A Johnny eso le parecía una real estupidez, incluso más que espiar a Florence e intentar emparejarla con alguien, cosa que era poco sensata con el carácter de la mujer.

—¿Necesitas dinero?

—No —se levantó del balancín—, aunque —volvió a sentarse mirándolo—, en la tienda de música, tienen una máquina de discos de los años cincuenta, es preciosa, con luces, amarilla y negra.

—Si te gusta, cómprala —contestó cogiendo su tercera cerveza del paquete.

—Es un poco cara —dijo con una mueca— y habría que comprar discos nuevos.

—Dime cuánto es y mañana te daré el dinero.

—Vale trescientos dólares.

Beth entrecerró los ojos, esperó que él pusiera el grito en el cielo, como hubiera hecho su padre.

—Sí que es cara, sí —estuvo de acuerdo Johnny.

—Lo sé —dijo decaída, resoplando por la nariz, nunca sería suya.

—Te daré el dinero, pero deberás comprar algún disco del rey, si no, olvídate.

—¿De verdad? —preguntó sin poder creérselo.

—Claro, ¿por qué no?

Beth quiso abrazarlo, pero no lo hizo. En cada visita al pueblo había ido a comprobar que seguía en venta.

A la mañana siguiente, Nana aporreó su puerta para que se levantara; cuando lo hizo le tendió un sobre y, al abrirlo, vio que era el dinero. Se sentía de tan buen humor que incluso quiso besar a Nana, que la miraba con gesto severo; no veía con buenos ojos que Johnny le diera aquel dinero para un tocadiscos.

Al bajar, el padre de María miraba la hora mientras la esperaba. La dejó en el pueblo y se marchó, la recogería a media mañana, ya que tenía trabajo como para perder la mañana con ella.

Beth tomó un café en el grill al que habían ido a cenar una vez, mientras esperaba con ansias que abrieran la tienda. Algunas personas se acercaron a saludarla, todos sabían quién era, algunas caras le sonaban, como la mujer de la tienda de ropa o la dependienta de la perfumería, todos fueron agradables.

Cuando abrieron la tienda de música fue hasta allí, decidida a hacer un buen negocio. No le resultó difícil, el dependiente era todo un hippie, además de sureño. Cuando la vio entrar, solo le faltó silbar mientras la miraba con los ojos rojos y cristalinos. Llevaba media melena castaña con un liso artificial que no le llegaba a los hombros y la raya en el medio, como si le hubieran dado un hachazo.

No dejaba de sonreír de forma bobalicona mientras le miraba las piernas. Aquella era la clase de atención a la que Beth estaba acostumbrada, en la que sabía moverse sin problemas. No es que en Shelby los chicos fueran fumados, ella vivía en una buena urbanización, una decente de devotos cristianos que se echaban a perder cuando salían de allí. El caso es que los chicos se interesaban por ella, anhelaban su atención, la miraban, pero no de la misma forma sucia que su suegro o el de las cocheras.

Se mostró encantadora y coqueta. Echó de menos su melena rubia, pero no la necesitó. Con su sonrisa y zalamería tenía más de lo que buscaba. Un buen precio y los veinte discos que podía cargar gratis.

Cuando Armando la recogió, Beth corrió a comprar el hula hoop. El dependiente ayudó a Armando a cargar la maquina en la ranchera y aprovechó para preguntarle por Beth; cuando le aclaró con quién estaba casada, no podía creer que fuera la mujer de John Reese.

El fin de semana los visitó Ben, a Beth le gustaba mucho el amigo guapo de Johnny, era simpático y siempre sonreía, a diferencia de su marido. Después de comer llamó a María para saber a qué hora llegaría, le dijo que tenía un examen y no podía salir, habló un rato con ella y después se fue al porche.

—¿No eres un poco mayorcita para eso Beth? —le preguntó Ben saliendo de la casa.

—¿Me estás llamando vieja? —preguntó ella curvando una ceja y sonriendo a la vez que se detenía.

—Dios me libre —se acercó hasta ella.

—¿Dónde está Johnny? —le preguntó quitándose el hula hoop.

—Le dolía la cabeza, está descansando —le quitó el juguete de la mano—. ¿Te divierte jugar con esto?

—¿Quieres probar? —lo retó.

—No —sonrió abiertamente devolviéndoselo—, creo que será mejor que me vaya.

—Creía que te quedarías a cenar —dijo Beth contrariada.

—Johnny no se encuentra bien y no quiero molestar.

—Se le pasará —le aseguró Beth—, dale un rato. ¿Te apetece dar un paseo?

—Claro —accedió Ben.

Beth lo guío. Le enseñó el cenador medio caído, la casa que habían hecho para Florence y Nana, que a pesar de estar acabada, seguía vacía. Siguieron más allá paseando, charlando y bromeando. Ben se dio cuenta de que ella no era muy diferente a sus hermanas, era algo inmadura y divertida. Físicamente era otra historia, ninguna de sus hermanas tenía las piernas como las suyas, ni su cara de ángel; se alegró, no quería que los chicos persiguieran a sus hermanas. Disfrutó tomándole el pelo sobre algunas costumbres del sur, ella se creía todo lo que decía, era inocente y crédula. Al llegar al lago ambos se maravillaron. Beth pensó que algo similar debía ser el paraíso y lamentó no haber cogido el traje de baño.

El lago estaba rodeado de vegetación, todo teñido de verde y azul del cielo. Hablaron horas en la orilla mojándose los pies, mientras el sol iba tiñendo el cielo de naranjas y amarillos. La conversación se volvió seria, ambos sentían que habían conectado. A Beth, Ben le recordaba cómo era tener un hermano mayor, aunque él era mucho más simpático, Jason era muy serio. Le habló de cómo él solía tratarla cuando los dos estaban en casa, le explicó que estaba en Vietnam y le preguntó cómo era aquello. Ben respondió a todas sus preguntas sin reparo, sin ofenderse por su honestidad y poco tacto. Él le habló de la muerte de su padre, su madre seguía sin levantar cabeza a pesar del tiempo, le había costado adaptarse a su nueva faceta de hombre de la casa. Ella le explicó que también era una inadaptada.

Johnny se despertó después de una siesta algo repuesto, había bebido demasiado.

—¿Se ha ido Ben, Nana? —le preguntó mientras ella preparaba la mesa para cenar.

—Salió hace horas con su mujer —contestó molesta por el comportamiento de la joven, no pasaba más de diez minutos conversando con su marido y ahora desaparecía con ese extraño—, no sé qué hace ella con ese hombre tanto rato.

Para Johnny no pasó desapercibido el modo en que ella había dicho que era su mujer, y eso que Nana no tenía ni idea de que su amigo las prefería casadas, decía que le daban menos problemas.

—¿Qué más te da? —le preguntó con cansancio.

—Pues claro que me da —contestó ella molesta—, ella debería estar aquí, no por ahí.

—Que haga lo que quiera, Nana —no tenía ganas de discutir, aún le dolía la cabeza.

—¡Pues no me parece correcto! —exclamó ella, que no le dejaba pasar ni una a Beth—. Ella debería pasar tiempo con usted, no con ese hombre o María, sino con usted.

—Basta Nana —le dijo de forma cansina.

Salió del comedor y fue a la cocina a por una cerveza, no quería que Nana le provocara más dolor de cabeza. Si Beth quería pasar tiempo con Ben, que lo pasara; si él quería ligársela, que lo hiciera. Después de todo, solo era su mujer sobre el papel y no era un secreto para nadie que entre ellos no había nada.

Cogió un paquete de cervezas, no quería volver a emborracharse pero necesitaba algo más que una cerveza. Salió al porche trasero, su lugar favorito. Recordaba cómo desde allí se veían todas las tierras y se preguntó si el paisaje sería el mismo o habría cambiado como él; con pesar, pensó que nunca lo sabría.

Iba por la tercera o cuarta cerveza cuando oyó la risa de Beth acercarse. Ben la hacía reír, tenía una risa bonita, agradable y cálida, una carcajada de Ben, entrecerró los ojos, parecía que se lo pasaban bien.

—Ahí lo tienes —le dijo Beth a Ben—, te dije que se le pasaría.

—¿Cómo estás amigo? —preguntó Ben acercándose a él y palmeándole la

pierna.

Beth entró dentro de la casa y fue a la cocina a ver qué había preparado Nana para cenar.

—¿Quieres una birra? —ignoró Johnny su pregunta.

—Después de cenar tengo que conducir y llevo todo el día bebiendo, tú tampoco deberías beber más.

—Como quieras —dijo bebiendo de la suya—, pero permíteme que haga lo que me salga de la polla.

Ben miró a Johnny extrañado y se sentó junto a él, preguntándose si estaba borracho.

—Beth y yo hemos dado un paseo hasta el lago del que me hablaste —explicó observando el sol cayendo a plomo—, es simpática, inmadura y muy ingenua —reconoció sonriendo—, pero divertida.

—¿Te la has tirado?

—¡No! —exclamó mirándolo, su amigo parecía impasible e indiferente—. ¿Cómo se te ocurre?

—Tú mismo dijiste lo buena que estaba y que no la dejarías dormir sola —se encogió de hombros—; si la quieres, cógela, a mí me da igual lo que hagáis, ella no significa nada para mí.

Ben se frotó la cara sin poder creer lo que acababa de salir de la boca del que creía que era su amigo. No comprendía cómo podía pensar aquello, se preguntó si estaba borracho, celoso o ambas cosas.

—¿Me la estás ofreciendo, tío? —preguntó sin creer que eso hubiera pasado.

—¿Eso es lo que te va, no? —demandó Johnny—. Mujeres casadas, pues ahí tienes la mía.

Aquel comentario ofendió a Ben, le molestó muchísimo que Johnny pensara eso de él.

—Estás enfermo, Johnny —negó con la cabeza sin creer lo que estaba diciendo—; una cosa es que me folle mujeres casadas con capullos, pero esa es tu mujer y yo tu amigo, nunca la tocaría.

—Ella te gusta y parece que a ella le gustas tú, la has hecho reír, reír de verdad. Ya sabes que nuestro matrimonio no es más que una farsa, no veo el problema.

—El problema lo tienes tú, Johnny —Ben no quería enfadarse—, pasas de ella, la ignoras y te pones celoso porque hemos dado una vuelta. ¿Porque la he hecho reír? Tú estás mal, no me lo puedo creer.

Johnny negó con la cabeza, a él no le importaba que se llevaran bien. Lo que le molestaba era la facilidad con la que gente podía mentirle, lo poco que él podía hacer al respecto sin ver, eso le frustraba.

—Yo no estoy celoso, lo único que esa chica me provoca es indiferencia.

—No es lo único que te provoca, si no, no te preocuparías por ella, pero no vas a colgarme el muerto a mí; es tu mujer, conócela y verás que no es tan egoísta, vacía y superficial como tú crees que es —se puso de pie, no valía la pena hablar más—. Me largo.

—¿No te quedas a cenar?

—¿Después de esto? —le preguntó y Johnny no le contestó—. No, no me quedo a cenar y deberías hacértelo mirar, porque te estás comportando como un idiota.

—Ese soy yo, el ciego idiota que no se entera de nada.

—Tu ceguera no tiene nada que ver con lo gilipollas que te estás volviendo. Espero que, cuando se te pase el efecto de las cervezas, pienses en lo que has dicho, ya sabes mi número.

Johnny no dijo nada y eso aún lo cabreó más; iba a entrar a la casa cuando salió Beth.

—Nana dice que la cena ya está lista —anunció mirando a ambos hombres.

—Yo no me quedo a cenar Beth —le contestó Ben—, gracias por el paseo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella sin comprender.

Los dos parecía que estaban enfadados. Ben aflojó su ceño al mirarla, pero el de su marido se mantuvo en su sitio.

—Se me ha hecho tarde y tengo que irme, ya nos veremos.

Cuando pasó junto a Beth para entrar en la casa, ella lo cogió del brazo para que no se fuera. Al llegar del paseo él estaba bien, en el tiempo de ir y volver a la cocina había pasado algo.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar, esta vez mirando a Ben.

—Pregúntale a tu marido —la besó en la mejilla—, nos vemos.

Se soltó del agarré flojo de Beth y se marchó.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó a Johnny.

—Hazme un favor y piérdete Beth, no estoy de humor para escucharte.

—¿Que no estás de humor para escucharme? —preguntó incrédula—. Será por lo que yo te molesto.

—Tu sola presencia me molesta, así que lárgate.

Quiso mandarlo a la mierda, se contuvo por los pelos, se dio la vuelta y lo dejó allí prometiéndose a sí misma que no dejaría que volviera a hacerle eso; si no la quería cerca, se mantendría aún a más distancia.

A la mañana siguiente Nana la despertó, el ebanista vendría a entregarle los diseños; se metió en la ducha y se vistió. Al bajar a desayunar Johnny ya estaba allí, pero ni siquiera abrió la boca, ¿para qué? Tampoco nadie la saludó; se sentó en la mesa frente a Johnny y se sirvió cereales en un bol.

—Armando te llevará al pueblo, Nana —dijo Johnny—. Florence se quedará aquí haciendo las tareas.

—De acuerdo.

—Vete ya, no le hagas esperar.

A Nana le extrañó que Armando quisiera ir tan pronto al pueblo, normalmente prefería ir cuando ya sabía cómo iba a ir la mañana. No hizo comentario alguno y salió a buscarlo.

Beth desayunaba ajena a todos, no iba a dejar que su indiferencia siguiera afectándola. Le había prometido a Ben que se dejaría conocer, pero después de la noche anterior, había cambiado de opinión.

El timbre sonó. Florence sintió cómo su corazón se aceleraba presa del pánico, debía ser Steven para entregar los diseños. El señor había enviado a su madre al pueblo, tendría que atenderlo ella.

—La puerta, Florence —dijo Johnny—, por favor.

—Ahora mismo —contestó ella dejando la cafetera en la encimera.

De camino a la entrada se miró en el espejo de la salita y negó con la cabeza al verse. Abrió la puerta. Steven tenía tan buen aspecto como siempre, era muy atractivo, aunque su madre dijera lo contrario.

—Buenos días señorita Florence.

Inclinó la cabeza y se apartó de la puerta para dejarlo pasar. Él siempre se acordaba de su nombre, cuando la miraba la veía y eso le gustaba.

Johnny esperó a oír a Florence salir de la cocina y se dirigió a Beth.

—Ya tienes lo que querías.

—¿Me hablas a mí? —preguntó Beth con altivez—. No quisiera molestarte con mi presencia.

No estaba de humor para gilipollices, estaba amargado. No dormía bien, las pesadillas no le dejaban descansar y las jaquecas no cesaban. Se sentía como una bomba de relojería a punto de estallar.

—Me duele la cabeza, no estoy para tus niñerías.

—¿No piensas disculparte por lo que pasó ayer? —demandó Beth.

—¿Y qué pasó ayer?

—Que fuiste muy desagradable —le contestó ella enfadada—, eso pasó.

—¿No lo eres tú siempre? —la criticó él.

—No, no lo soy —dijo Beth apretando la boca, muy segura de lo que decía.

—Yo pienso que sí y no voy a disculparme.

Beth negó con la cabeza, no, claro que no iba a disculparse, no con ella, desde luego.

—Haz lo que quieras, al fin y al cabo a mí me da igual, pero Ben es otra historia.

—No tienes ni idea de cómo es mi relación con Ben, te aconsejo que no te metas.

—Es verdad, pero algo debiste hacerle para que se marchara de la forma en que lo hizo.

Iba a decirle lo bien que Ben le había hablado de él, lo mucho que lo apreciaba, cuando Florence anunció que en la sala la esperaba Steven; le echó

una mirada envenenada a su marido y se marchó.

Quizás sí debía disculparse, pero no pensaba humillarse haciéndolo de frente. Por eso había mandado a Nana al pueblo, la ayudaría en sus planes de casamentera, parecía que aquello era importante para ella.

—Florence —la llamó cuando la oyó regresar a la cocina—, ve a la sala y ofrécele un café al ebanista.

—Ahora mismo.

—Quiero que te quedes con ellos, no me fio un pelo de lo que Beth quiere hacer en el jardín, así que no te separes de ellos y, cuando él se marche, me cuentas.

Florence no quería salir, quiso cuestionarlo pero no se atrevió. Su madre no estaba en casa y no le quedó otra que hacerle caso a Johnny. Salió de la cocina cargada con una bandeja. La dejó sobre la mesa baja y preparó sus cafés. Beth la miró un momento y volvió a agachar la cabeza hacia los diseños.

—Es un trabajo magnífico —comentó pasándose el pelo aún húmedo detrás de la oreja.

—Me alegra que le guste Beth.

Cuando Florence oyó que la llamaba por su nombre, sintió un latigazo de celos. Sus manos temblaron un segundo, suficiente para que el café que estaba sirviendo se derramara fuera de la taza.

—Lo siento —dijo muy bajito—, iré a buscar otra taza —añadió sin levantar la mirada del suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Beth alzando la vista de los dibujos—. No te molestes —dijo Beth—, estamos entre amigos, no hacen falta tantas formalidades —volvió a mirar los dibujos distraída.

Steven le sonrió a Florence, ella apartó la mirada al momento, avergonzada.

Beth siguió hablando con él. Florence envidiaba la seguridad que desprendía, la soltura con la que hablaba. Beth quería poner una enredadera alrededor del cenador aprovechando que estaba en una zona ajardinada, aquello horrorizó a Steven; ella se dio cuenta enseguida, pero Beth no parecía notarlo.

—¿Desean algo más, señorita Beth? —demandó Florence esperando que ella le pidiera que se retirara.

—¿Quieres ver los diseños? —le ofreció rascándose detrás de la oreja—. Merece la pena verlo, es un gran trabajo —observó a Florence, que miró hacia el pasillo de la cocina, suspiró y afirmó con la cabeza—. Ven, siéntate aquí —dijo entusiasmada palmeando el sofá, ofreciéndole un sitio entre ella y Steven.

Hizo lo que Beth le había dicho y se sentó entre ambos. Deseaba salir corriendo de allí, que Steven la viera y ser como Beth. Parecía que eran deseos que chocaban entre sí, pero para ella no lo eran. Si fuera como Beth no le importaría que Steven la viera, entonces no desearía que se la tragara la tierra.

—Mira qué cosa más maravillosa —dijo Beth animada entregándole los bocetos. Florence los cogió, eran preciosos, mágicos, hechos con la sensibilidad de un artista—. ¿Qué te parece? —la apremió.

—¿Le gustan? —preguntó Steven observando a Florence.

—Mucho —contestó ella sin mirarlo.

Bajo la nariz de Beth apareció una sonrisa y animó a Florence a seguir hablando; no le sacó mucho, pero al menos habló. Dejó que fuera ella quien decidiera qué cenador harían, a ella todos le parecían bonitos; cuando tomó la decisión, Beth animó a Steven a hablar de sí mismo, para que Florence pudiera conocerlo.

—¿Siempre te has dedicado a la madera, Steven? —le preguntó.

—Sí, me he criado rodeado de árboles grandes y altos, no me gustan las cosas artificiales como el metal, que es frío; la madera es suave —se acarició las manos mientras hablaba y Florence se lo quedó mirando embobada, como si él no pudiera ver cómo lo observaba—, antes ha estado viva, es cálida.

Beth casi suspiró por lo romántico que parecía. Le dio un leve codazo a Florence para que dejara de mirarlo de aquella manera. Ella apartó la mirada al momento, saliendo de su burbuja.

—Yo no llevo mucho aquí, y tú no pareces del sur. No arrastras las vocales como lo hace la gente de aquí.

—Soy canadiense —aclaró Steven.

—¡Oh, qué interesante! —exclamó sobreactuando un poco—. ¿Verdad que sí, Florence?

—Mucho —contestó ella dedicándole una tímida mirada a Steven.

—En realidad, he viajado mucho. Durante años he sido un nómada, pero ya me he cansado, llevo aquí un par de años y esto me gusta, tengo mi tallercito y trabajo. No creo que vuelva a moverme.

—¿Qué te ha hecho quedarte? —preguntó Beth descarada—. ¿Una mujer quizás?

Ambas cruzaban los dedos esperando su respuesta. Beth pensó que, como dijera que sí, se flagelaría.

—No —sonrió pensando que era eso lo que buscaba, formar una familia—, estoy soltero.

—¿Puedo preguntarte cuántos años tienes?

—Veintiocho —contestó Steven, ella ya lo estaba preguntando.

—¿Más o menos como tú, no Florence? —preguntó Beth haciéndose la inocente. Florence solo afirmó y Beth decidió tirarse a la piscina—. Deberíais salir un día. —Florence giró la cabeza hacia Beth sin poder creer que acabara de decir eso—. Florence siempre ha vivido en Austin y no conoce a nadie —aclaró.

Steven sintió que se ruborizaba y miró a Florence, que tenía la cabeza girada hacia su patrona. Él había intentado ser amable con la mujer, pero ella siempre había sido muy esquiva.

—No sé si a ella le gustaría —contestó Steven avergonzado—, para mí sería un placer.

Beth creyó que era la mejor emparejadora del mundo y esperó que Florence dijera algo, pero no lo hizo.

—Claro que sí, deberíais ir a cenar y a ver una película; mi amiga María dice que dan Love Story en el autocine, dice que es muy bonita.

—¿Te gustaría? —le preguntó Steven a Florence.

Florence no sabía qué contestar a eso, no le gustaría, le encantaría. Agachó la cabeza y pensó en cómo sería. Cena y cine, una cita en toda regla, la primera de su vida y con Steven, que le gustaba más cada día que pasaba, hasta el punto de que solo podía pensar en él.

Beth le dio un pisotón a Florence para que reaccionara de una vez por todas, si ahora le decía que no, habría perdido toda posibilidad después de la vergüenza que le estaba haciendo pasar al chico.

—Vale —dijo sabiendo que se iba a arrepentir de aquello.

Beth le sonrió a Steven, este dejó de mirarla y volvió a centrarse en Florence.

—¿El viernes por la noche te va bien? —preguntó buscando su mirada esquiva.

—Sí —contestó ella intentando no pensar mientras la invadía el pánico por lo que estaba haciendo.

Después de aquello, Florence se excusó y volvió a la cocina; al poco tiempo Steven se marchó y llegó su madre. Cuando vio lo nerviosa que estaba le preguntó qué ocurría y Florence le explicó lo de su cita.

Johnny escuchó cómo madre e hija hablaban. Beth lo había conseguido.

Trece: La cazadora cazada

Beth había quedado con María aquella tarde, estaba mirando en el vestidor qué ponerse y de reojo vio cómo Florence alisaba las sábanas de su cama por cuarta o quinta vez.

—¿Estás nerviosa por la cita? —le preguntó sin girarse para mirarla, observando un vestido amarillo.

El primer impulso de Florence fue decirle que no. Pero mentir no tenía sentido, era obvio que estaba nerviosa, llevaba toda la semana con los nervios de punta.

—Mucho —confesó.

—Te irá bien, Steven es agradable y habla mucho, seguro que te lo pasas muy bien.

—¿Por eso me espiaba, señorita Beth?

—¿No fui muy discreta, verdad? —giró la cabeza para mirarla.

—No —sonrió con timidez—, no mucho.

Beth le devolvió la sonrisa. Eligió aquel vestido y cogió un cinturón para combinarlo con unas botas.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le preguntó mientras se acercaba a ella.

A Florence le costaba mucho hablar de sus cosas, de sus sentimientos. Pensó que, si no podía mantener una conversación con la señorita Beth, mucho menos podría hacerlo con Steven.

—Yo no soy como usted, usted tiene esa seguridad al hablar, cuando habla todos la miran y la escuchan, siempre tiene algo que decir, yo no sé de qué voy a hablar con él.

Qué equivocada estaba, ella no siempre sabía qué decir, y la mitad de las veces metía la pata. Desde que había llegado allí había perdido su seguridad, tendría que haberla visto en su época de instituto.

Empezó a vestirse y Florence apartó la vista azorada.

—Mi madre decía que es muy importante saber escuchar y cuándo hablar, tú sabes cosas de él, juegas con ventaja, puedes preguntarle por sus viajes, por su infancia en otro país, háblale de ti y sé tú misma.

—Si soy yo misma lo aburriré —dijo sin poder esconder un puchero alisando las sábanas.

Beth pensó que lo que necesitaba era seguridad en sí misma, además de un cambio de look urgente. Florence vestía como ella antes de llegar allí, todo le quedaba como un saco, su ropa tenía un aspecto triste. No podía ponerse esa ropa para su gran cita; quizás con un cambio de look se sintiera más segura, a ella le pasaba, pero no estaba segura de decírselo, no quería despertar la ira de su madre.

—No lo aburrirás, así que deja de decir tonterías —la aconsejó—, todo irá bien —aseguró.

Antes de salir de la habitación se dio una ojeada en el espejo, cada vez lo hacía con menos frecuencia, el pelo corto tenía sus ventajas, como que no debía dedicarse dos horas arreglándolo.

Bajó a la cocina en busca de Nana, pero no estaba allí. La encontró en el estudio limpiando el polvo. Johnny estaba allí con el padre de María, que le leía el periódico como cada mañana. Se acercó hasta Nana.

—¿Te parecería muy mal que me llevara a Florence al pueblo a comprar ropa?—preguntó rascándose detrás de la oreja.

—¿Por qué quiere ir con mi hija? —preguntó Nana mirándola.

Johnny dejó de prestarle atención a Armando y escuchó la conversación entre Beth y Nana.

—Por su cita—le explicó—, está insegura y creo que un cambio de look le iría bien. Yo puedo ayudarla y aconsejarla para que esté más moderna, más favorecida, ahora parece un espantapájaros.

Nana negó con la cabeza, ella siempre tan delicada.

Armando dejó de leer los titulares ante la poca atención de Johnny.

—¿Qué es lo que quiere, señorita Beth? —preguntó Nana con impaciencia.

Beth miró hacia la mesa donde estaban los dos hombres, tenía todas las miras encima de ella, incluso Johnny, que no podía ver, tenía los ojos en ella.

—Que me des permiso para ir con ella al pueblo y comprarle ropa más moderna para su cita.

—¿Acaso piensa que mi hija tiene doce años para que yo le dé permiso? —se rio de ella.

Beth sintió cómo sus mejillas se encendían, hiciera lo que hiciera con esa mujer siempre lo hacía mal.

—Lo único que quería era no ofenderte, porque todo lo que hago parece molestarte.

Nana volvió a negar con la cabeza, esa chica era una impertinente.

—No se preocupe tanto por mí y preocúpese más por su marido.

—Basta Nana —intervino Johnny interrumpiéndola.

—Es a él a quien debería pedirle permiso —siguió Nana como si no la hubieran interrumpido—, después de todo, mi hija tendrá que faltar a su puesto de trabajo y es su empleada.

—¿Te importa Johnny? —le preguntó dejando de mirar a Nana.

—No, claro que no. Armando os llevara al pueblo.

Beth se giró hacia Nana, quiso enseñarle la lengua, pero pensó que eso sería demasiado inmaduro. Ladeó la cabeza con chulería. Nana estrechó los ojos deseando decirle cuatro cosas a cada uno.

—Gracias —dijo Beth antes de salir del estudio.

—No debería consentirla tanto —le dijo Nana a su patrón.

—Tú no deberías atacarla de esa forma, Nana —contraatacó Johnny.

—Pueda que sea su mujer, pero no es más que una niña impertinente con delirios de grandeza.

Salió del estudio antes de que Johnny le saliera con que debían ser pacientes con ella, ya habían sido pacientes y ella no espabilaba.

Al cabo de media hora, que fue lo que le costó a Beth convencer a Florence, fue al estudio en busca del padre de María para que las llevara al pueblo.

—Acércate Beth —le pidió Johnny al otro lado de la sala.

Beth se acercó hasta él, que estaba sentado en unos sillones junto a una ventana abierta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó cuando estuvo junto a él.

Johnny había estado pensando en su conversación con Ben de la semana anterior, cuando habían discutido; su amigo tenía razón, ella no era tan egoísta como todos pensaban, muestra de aquello era lo mucho que se estaba molestando por Florence.

—Quería decirte que lo que estás haciendo por Florence está muy bien.

Se olvidó de su enfado con él y se sentó en el otro sillón, por fin podía hablar con alguien sobre ello.

—Deberías haber visto cómo lo miraba, está súper enamorada —suspiró soñadora, ojalá aquello le pasara a ella—; tengo que ayudarla, la pondré guapa, o haré lo que pueda, y todo será precioso; una cena con buena conversación, el cine, un paseo bajo las estrellas que tanto brillan aquí, será perfecto.

Johnny curvó los labios por su entusiasmo.

—Necesitarás dinero —dijo sacando su cartera y entregándole un par de billetes de cien—, cómprale lo que necesite y, si quieres comprarte algo para ti, hazlo, te lo has ganado.

Beth cogió el dinero. Escondido tenía el sobre que él le dio cuando compró el tocadiscos; nunca le devolvía los cambios y ya tenía un buen pellizco, más de lo que había ahorrado en toda su vida.

Armando llevó a las dos mujeres hasta el pueblo. Beth le pidió que las recogiera en el instituto de María media hora después de que ella saliera de clase. Había quedado con ella para que le presentara a sus amigas, pero ya habría tiempo para eso; aquel día, era el día de Florence.

La llevó a las tres únicas tiendas de moda, a pesar de que una de ellas era para octogenarias. Florence era bajita, de caderas anchas y busto generoso, tenía la piel de color y buscó algo que resaltara sus cualidades, estampados alegres con colores vistosos que le dieran alegría a su aspecto. La invitó a comer al grill y siguieron con los zapatos, la obligó a ponerse unos altos con los que Florence se sentía como si estuviera caminando sobre una tabla de la que podía caerse en cualquier momento.

Al recoger a María, esta decidió unirse al cambio de look de Florence. Al llegar a casa, Beth llamó a su representante de Avon, a la que había conocido un par de meses atrás, y le pidió que fuera aquella tarde.

—¿Nunca te has depilado? —le preguntó Beth perfilándole las cejas—. Hay que quitarte el bigote.

Beth la depiló y Florence gritaba de dolor. Después, mientras se duchaba, ella y María escogieron cuál era el modelo más acertado para aquella primera cita. Steven había dicho que no le gustaban las cosas artificiales, así que no quería pasarse y que pareciera una chica disco, aquello no le gustaría a él.

María le pintó las uñas mientras Beth la peinaba. Le sorprendió que Florence siempre llevara el pelo recogido, tenía un rizo bonito aunque un corte horrible. Beth se lo cortó y arregló, procurando que no perdiera largura, era una amante de las melenas largas.

Cuando llegó la representante de Avon con la que Beth ya tenía cierta confianza, intentó aconsejarla, no tenía ni idea. Beth sabía perfectamente lo que buscaba para Florence, algo que le iluminara el rostro de forma natural, lo natural estaba de moda y a él le gustaría.

Florence se sentía agasajada con la atención de las chicas, que no la dejaban mirarse al espejo. Necesitó que Beth la ayudara a bajar la escalera, no estaba acostumbrada a los zapatos de tacón, y la llevó a un espejo de pie. Cuando se vio, sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, no parecía ella misma.

—No llores o se te correrá el maquillaje —le advirtió Beth—; estás increíble ¿verdad?

Florence afirmó enérgicamente. Beth le sonrió abiertamente y la abrazó levemente, indecisa de pasarse de la raya, pero Florence le devolvió el abrazo muy agradecida por lo que había hecho.

María fue a buscar a Nana para que viera el cambio de su hija.

—¿Qué te parece, mamá? —preguntó Florence insegura cuando la tuvo delante.

Su hija parecía otra persona, sonreía con timidez y sus ojos se veían alegres, parecía que lo había pasado bien con las chicas y ya era hora de que hiciera algo por ella.

—Estás muy guapa, aunque creo que el escote es exagerado, de buscona.

Beth no podía creer que Nana dijera aquello, no llevaba un escote de buscona, llevaba un escote, sin más. Tenía un pecho generoso y bonito, no iba a dejar que desanimara a Florence.

—No, no lo es —la contradijo Beth—, tiene un pecho bonito y luce muy bien.

María rodeó la cintura de Beth mientras observaban cómo Florence se miraba en el espejo.

—Quiero que me ayudes con el baile de fin de curso —le dijo a Beth y ella se echó a reír.

María se quedó a dormir y esperaron a Florence viendo la tele con Johnny. Él disfrutaba teniendo a María en casa, aunque desde que había conocido a Beth no le hacía mucho caso.

Cuando Florence llegó, ambas chicas la avasallaron a preguntas. Florence solo dijo que había ido bien, que le había gustado la película y poco más, le daba vergüenza hablar delante de Johnny.

A la mañana siguiente fueron hasta el lago. María miraba con envidia el cuerpo semidesnudo de Beth, deseaba ser como ella. Beth la animó a hacer ejercicio y un poco de dieta para poder ponerse un vestido ajustado en el baile de fin de curso. Con nostalgia, le contó cómo había sido su baile.

Después de comer, estaban en la habitación hablando del chico que le gustaba a María mientras ojeaban una revista cuando llamaron a la puerta. Florence le devolvió las perlas a Beth y ella le dijo que se las quedara, se las había regalado su suegro el día de la boda, no quería nada de aquel hombre.

Volvieron a interrogar a Florence y ella les contó cómo había ido la cita. Beth y María se sintieron decepcionadas al saber que no había habido beso, ni siquiera de despedida.

Cuando Steven empezó a trabajar en el cenador, Florence volvió a mostrarse nerviosa e insegura, a arreglarse, pero después volvió a sus harapos y Beth sintió que el cuento se rompía, pero no pensaba permitirlo. Cambió la ruta que hacía corriendo para pasar junto a Steven y poder entablar conversación.

—Buenos días —la saludó cuando se acercó a él—. ¿Va a correr un rato?

—Haré lo que pueda con este calor —contestó ella cuando estuvo junto a él.

Le preguntó por el cenador, cosa que no le interesaba lo más mínimo en

realidad. Lo escuchó y fue paciente y, después de insistir en que le hablara de tú, le preguntó por Florence.

—¿Cómo fue la cita?

—Fue bien —dijo volviendo al trabajo—, pero algo debí hacer mal, parece que vuelve a esquivarme, he intentado darle conversación, pero no parece muy interesada.

Beth esperó que se mostrara abatido, pero no lo hizo, se mostró inexpresivo y siguió trabajando.

—¿Tú estás interesado? —le preguntó Beth a bocajarro, no quería perder el tiempo.

Steven se quedó mirando a la chica, era directa y no sabía qué contestar a aquello. Estaba interesado pero ella no se lo parecía, además no creía que fuera de la incumbencia de su jefa.

—Lo pasé bien —repitió seco.

—Es muy tímida —intentó no ser tan directa—, supongo que te habrás dado cuenta.

—Sí —dudó un momento y Beth lo observaba con ojo clínico—. ¿Ella dijo algo de la cita?

—Sí, lo pasó genial —sonrió Beth abiertamente y su sonrisa se transfirió a los labios de él, que se curvaron, alegre por la afirmación—. Deberías volver a invitarla a salir —añadió.

—Creo que lo haré —volvió a lijar la madera con la que estaba trabajando—, la invitaré a ir a la fiesta del pueblo.

—Esa es una gran idea —comentó antes de salir corriendo.

Siguió corriendo, absorta en sus pensamientos. María también iba a ir a esa fiesta con sus padres, sus amigas estarían allí, por lo visto iría todo el pueblo. Johnny no había dicho nada, pero si no iban, iría con María.

El calor era sofocante, hacía bochorno. Paró bajo un árbol para recuperar el aliento, miró al cielo preguntándose si iba a llover, estaba despejado y sol calentaba con fuerza. Decidió correr un poco más hasta el lago, refrescarse y volver para comer. Al llegar al lago se maravilló por lo bonito que era ese lugar. Miró a ambos lados, asegurándose que no hubiera nadie, se quitó la ropa y se zambulló en el agua.

Disfrutó del baño y nadó, pensando en los enamorados. Debía prevenir a Florence de que iba a invitarla a salir. Ella también iría, si debía darle algún empujón para que dejara de mostrarse tan tímida, lo haría.

Volvió a la casa dando un paseo, ya había hecho bastante por un día, pero cuando oyó los cascos de un caballo todos sus instintos se pusieron alerta pensando en el hombre de las caballerizas. Procuró seguir caminando sin alterar el ritmo, su malestar aumentaba con el sonido de los cascos acercándose.

—¿Ha disfrutado del baño?

Cuando Beth oyó eso sintió que un escalofrío le recorría la espalda, paró y se giró para mirar al hombre, que le sonreía con arrogancia sobre el caballo y bajo su sombrero tejano.

—¿Me has visto? —preguntó avergonzada, suplicándole a Dios que él contestara que no.

—¿Tú qué crees preciosa? —sonrió haciendo una caída de ojos.

La vergüenza tiñó sus mejillas rojo escarlata y eso excitó más al hombre. Después de lo que había visto solo tenía ganas de bajarse del caballo y montarla a ella. Se había cansado de observar, quería acción.

—Pienso decirle a mi marido que me estás siguiendo.

Antonio se carcajeó. Beth alzó la barbilla intentando mostrar una seguridad que no sentía en absoluto.

—¿Qué te hace pensar que te va a creer?

—Mi palabra vale tanto o más que la tuya —contestó Beth llena de rabia.

—No, no le dirás nada, porque si no, yo le diré que te has desnudado en público, que andas provocando a los trabajadores. Paso muchas tardes con él, ya lo sabes, veremos a quién cree.

Empezó a bajarse del caballo, casi podía oler su miedo y, cuanto más lo temiera, mejor. Cuando sus pies tocaron el suelo ella ya estaba corriendo, dejó que se marchara. Él era un cazador, dejaría que su presa se confiara, después la alcanzaría y le bajaría los humos, en su mente ya podía ver cómo lo haría.

Beth no iba a permitir que él la cogiera, empezó a correr todo lo deprisa que sus piernas daban de sí. No frenó el ritmo cuando llegó a la pendiente que le llevaría a la casa, ni cuando pasó junto al cenador donde Steven estaba trabajando. No se detuvo hasta llegar a la casa.

Al llegar a casa, encontró a Johnny en el salón escuchando música, uno de los discos country que había comprado, parecía que le gustaban.

—Tienes que hacer algo —dijo con voz entrecortada apoyándose en las rodillas.

Johnny se sobresaltó al escuchar a Beth tan fatigada, parecía que le faltaba el aliento.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, esperando que ella hablara para poder oír de dónde venía su voz.

—Ese cerdo mejicano, me ha seguido al lago, me sigue a todas partes —las palabras se atropellaban, intentando recuperar el aliento—. Me vigila, persigue, contrala mis pasos, se insinúa, no soporto cómo me mira, me da miedo —confesó desesperada—. Debes hacer algo. ¡Incluso me ha amenazado!

Johnny resopló, no estaba seguro de haberla entendido bien, no quería cabrearse antes de tiempo, así que decidió contar hasta diez y pedirle que se lo explicara con calma.

—Tranquilízate y explícamelo.

—¡Acabo de hacerlo! —gritó ella— Tienes que echarlo, me ha seguido hasta el lago y ha estado observándome sin que yo lo viera, es un cerdo —siguió angustiada—, no puedo vivir así más tiempo.

Johnny sabía que levantaba miradas a su paso entre los trabajadores, Armando se lo había dicho, pero eso era una cosa y que alguien la acosara y la siguiera hasta el lago, era otra.

—¿Quién es? ¿Quiénes es ese hombre?

—No me acuerdo de su nombre —intentó recordarlo, era malísima para los

nombres—, mejicano, con bigote, ese con el que pasas mucho tiempo.

—¿Armando? —preguntó Johnny sin creerlo.

—¡Sí! —contestó Beth dando un salto y señalándolo—. Ese, ese es, me ha amenazado con contarte mentiras, dice que lo creerías antes a él que a mí, pero yo no miento.

Cerró las manos en dos puños que mantuvo a cada lado, no creía ni una palabra, le confiaría su vida a Armando, no solo era el capataz de la hacienda, era un buen amigo, además ella era amiga de su hija.

—Mientes más que hablas —dijo lleno de asco y rabia a partes iguales—
¿Por qué Beth?

—¿No me crees? —demandó incrédula Beth dando un paso atrás.

—¿Qué pretendes conseguir con esas mentiras? —preguntó mientras el calor de la rabia le recorría el cuerpo—. De otro podría dudar, pero Armando jamás haría eso que dices.

—Lo juro —le dijo Beth desesperada—, te juro que no miento, tienes que creerme.

—Vete, no quiero ni oírte —le dijo entre dientes intentando contener su enfado.

—¡No! —exclamó ella—. Tienes que hacer algo, de verdad, te estoy diciendo la verdad.

Johnny apenas podía contener la rabia que sentía, deseaba callarla de cualquier manera, a cualquier precio, ella lo desestabilizaba como nadie y parecía disfrutar. Sin el sentido de la vista solía sentirse muy perdido, muy desubicado, y todo lo que giraba entorno a Beth le hacía sentirse completamente desorientado. Hacía casi medio año que estaban casados, que vivían bajo el mismo techo, y no la conocía en absoluto. Le parecía que era brutalmente sincera, pero después inventaba historias sobre sus empleados, se mostraba egoísta y egocéntrica, después ayudaba a Florence sin pedir nada a cambio.

No la entendía, sabía de sobra que Armando nunca la miraría más de la cuenta, que no haría ninguna de aquellas cosas, y no iba a permitir que dijera una palabra más.

—Lárgate —le advirtió.

El semblante de su marido estaba cincelado por la rabia, el recuerdo casi olvidado de él cogiendo al chofer del cuello y golpeándolo la asaltó, parecía a punto de abalanzarse sobre ella, como un león a punto de saltar sobre su presa. Sus ojos se llenaron de lágrimas que desdibujaban cuanto la rodeaba.

—¿Cómo? —preguntó ella—. ¿No vas a hacer nada? Por favor, tienes que creerme, tengo miedo.

—No, no voy a hacer nada, y pobre de ti que vuelva a oírte decir una sola palabra negativa de alguno de mis empleados, porque estás llevando mi paciencia muy muy lejos.

Con las pocas fuerzas que le quedaban corrió hasta su habitación; en el pasillo de arriba se cruzó con Nana, que cargaba ropa de cama entre los brazos, y cerró de un portazo.

Nana vio que Beth estaba llorando, se quedó mirando la puerta de su habitación, preguntándose qué habría pasado, que había hecho ella en esa ocasión. Un estruendo terrible en la planta de abajo la sacó de sus cavilaciones. Tiró la ropa de cama al suelo y bajó corriendo para ver qué estaba pasando.

Su señor parecía dispuesto a acabar con todo el mobiliario, dando patadas a diestro y siniestro. Cogió una silla y la estampó contra la vitrina de cristal, haciendo que ambas piezas volaran por todas partes.

Su hija se acercó hasta ella aterrada, su cara reflejaba lo asustada que estaba. Nana le hizo un gesto negativo con la cabeza, se llevó el dedo índice a la boca y le pidió que se callara. Rodeó sus hombros y, en absoluto silencio, salieron de la sala, mientras Johnny rompía todo lo que estaba a su alcance, incluyendo el tocadiscos de Beth.

En la planta superior, el cuerpo de Beth temblaba con cada golpe, temiendo que el siguiente fuera contra su puerta. Esperó sentada en el suelo llorando contra la puerta hasta que el ruido cesó.

Debía salir de aquella casa, debía escaparse y no volver.

Cogió el sobre que tenía escondido y contó el dinero, no llegaba a los cuatrocientos dólares. Con eso no llegaría a ninguna parte y sus padres no le darían refugio. Su padre la haría volver, incluso él mismo la llevaría allí de vuelta, no podía contar con nadie, estaba sola, debía reunir todo el dinero que pudiera, algunos cientos más y largarse.

Catorce: Trato con el diablo

Nana corrió a llamar a Armando, él era un hombre fuerte y un referente para Johnny, al menos lo había sido cuando este había sido más joven. Alguien debía calmarlo antes de que tirara la casa abajo.

Armando entró en la casa seguido por Nana, que parecía al borde de un ataque de nervios. Al ver la sala de estar entendió la preocupación de la mujer. Johnny ya no estaba allí, pero sí todo el destrozo que había hecho a su paso. Lo encontró en el estudio con una botella de whisky en la mano.

—No quiero hablar con nadie —dijo Johnny cuando oyó la puerta abriéndose.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Armando—. ¿Estás borracho?

A pesar de la advertencia de su amigo se acercó hasta a él.

—No, ojalá lo estuviera —le dio un tragó a la botella esperando encontrar en ella un poco de paz y olvido—, no quiero hablar con nadie, y menos contigo, no quiero charlas ni sermones, lárgate.

Armando conocía perfectamente a ese hombre, o al menos conocía al muchacho que había sido en otro tiempo. Ya no era la misma persona, creía que había mejorado, pero ya no lo tenía tan claro.

—No puedes seguir así jefe, hablo en serio, has asustado mucho a Nana y a su hija.

Armando se sentó a su lado, esperando que hablara con él.

—¿No me has oído? —le dijo Johnny destilando rabia—. Quiero estar solo.

Armando lo observó, cogía la botella apretando mucho el puño, el musculo de su brazo se veía enorme, esperaba que no se le fuera la cabeza y le diera un golpe, lo tumbaría.

—¿Qué ha pasado, Johnny?

Johnny resopló y volvió a beber de la botella.

El problema no era lo que había pasado, eso sólo había sido la gota que colmaba un vaso que llevaba demasiado tiempo a rebosar. Pensó que, al volver a casa, las cosas mejorarían, y habían mejorado, pero no tanto como él esperaba. Seguían embargándolo los mismos sentimientos negativos que le hacían hundirse como una piedra en un río. La frustración por no poder controlar lo que pasaba a su alrededor, la impotencia de no poder ver, la melancolía por todo lo que no podía recuperar, la rabia por no poder hacer las cosas por sí mismo... Volvía a costarle dormir y, cuando lo hacía, seguían allí las pesadillas, las jaquecas y encima Beth, intentando desestabilizar la casa por alguna razón que no podía comprender.

Cuando la oyó acusar a Armando quiso abofetearla, deseó golpearla y él no era así, él no era su padre. Se odiaba a sí mismo y a la persona en la que se había convertido. Era una bomba de relojería y había explotado, necesitaba una válvula de escape, un poco de luz, pero todo estaba negro.

Armando se quedó allí en silencio observándolo. Su pierna iba a toda máquina, detrás de la barba larga y dejada podía ver la rabia en su rostro, cómo apretaba la mandíbula hasta chirriar los nervios.

—Armando, estoy mejor, no voy a salir de aquí en todo el día, necesito estar solo, tranquilo.

—Como quieras, pero recuerda que le hiciste una promesa a tu madre.

Le había prometido a su madre que no volvería a las andadas, que no se pasaría el día borracho.

—Hoy lo necesito de verdad.

—Esa no es la solución a los problemas, lo sabes muy bien, ni siquiera te ayuda.

—No tienes ni idea de cómo me siento —contestó rabioso—, ni puta idea.

—Pues explícamelo —le pidió Armando, que lo único que quería era ayudarlo.

Johnny negó con la cabeza, no era capaz de decirle lo que Beth había inventado sobre él, se le había ido la cabeza, decir esas mentiras sobre el padre de su amiga del alma no tenía sentido alguno.

—No quiero hablar.

Armando se levantó de la silla y lo dejó solo, volvió a la sala de estar donde

Nana intentaba arreglar aquel desastre, ni siquiera la tele había sobrevivido.

Le pidió a uno de los muchachos que lo ayudara y sacaron las cosas más pesadas. Nana barría y recogían aquel desastre, mientras su hija acababa de hacer la comida; normalmente cocinaba ella, pero su hija era muy sensible y prefería que estuviera en la cocina por si volvía a desatarse la guerra.

Pasado un rato Nana decidió hablar con Johnny, ver qué había pasado. Seguía en el estudio, lo encontró frotándose los ojos con saña. Estaba borracho, Nana se dio cuenta en cuanto se acercó a él y este no se dio cuenta. No quiso hablar con ella, cogió la botella y subió a su habitación, donde se encerró durante el resto del día

Ninguno de los dos bajó a comer, ni a cenar, ni siquiera a por un vaso de agua.

A Beth la despertó un fuerte ruido, abrió los ojos buscando el peligro, temiendo que ahora su marido fuese a por ella, a pesar de que no se había oído nada en todo el día. Fue a encender la luz y no funcionaba, la lluvia repicaba en las ventanas de su habitación y un rayo iluminó toda la habitación; sintió cómo el corazón se le subía a la boca, no podía pasarle aquello y mucho menos después del día que había tenido.

Se tapó con la sabana y cerró los ojos con fuerza. Los truenos empezaron a sonar, muy fuerte, tenían la tormenta encima y ella tenía pánico a las tormentas eléctricas desde que un rayo cayó en el árbol donde se resguardaba. Se tapó las orejas y empezó a tararear la primera canción que le vino a la mente.

Era la segunda del año, la primera la pasó al teléfono con su madre, pero no estaba segura de llegar hasta la cocina sin luz, como si la tormenta sola no fuera suficientemente terrorífica.

Cuando los truenos volvieron a retumbar dio un grito y salió de la cama, tenía demasiado miedo para estar sola. Movida por el pánico y la desesperación, acudió a la única persona de la casa que no la odiaba. Llamó a la puerta de su habitación con el puño, no esperó que ella saliera, abrió la puerta y entró dentro.

Florence se despertó sobresaltada por los golpes en la puerta, después de lo ocurrido aquella mañana temía que el señor se volviera loco y las matara a todas mientras dormían, no sería el primer caso.

Intentó encender la luz y no funcionaba, quien fuera entró en la habitación.

—¿Quién es? —preguntó tapándose con la sabana.

—Déjame dormir contigo —oyó la voz de Beth, parecía aterrada.

Beth no esperó a que le contestara, se metió en la cama y, a pesar de que le sacaba más de veinte centímetros, se abrazó a ella como si fuera una niña y Florence su madre.

Florence se violentó, nunca había dormido con nadie que no fuera su madre, y hacía años que no compartían cama. Nunca nadie la había abrazado como lo estaba haciendo Beth, se sentía avergonzada.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada al notar cómo el cuerpo de Beth temblaba abrazado a ella.

—Tengo miedo —aclaró Beth.

—¿El señorito Johnny le ha hecho algo? —¿Qué otra cosa podía ser?

Todo volvió a atronar y Beth gritó.

—Las tormentas. No, no me gustan, no me gustan las tormentas, me dan miedo los rayos, no me echas, por favor Flor no me echas. Haré lo que quieras, pero déjame dormir contigo.

Buscó sus ojos en la oscuridad, no los encontró hasta que la luz de un nuevo rayo iluminó la habitación y sintió que el corazón se le salía del pecho.

Florence vio el terror en la mirada de Beth, se tumbó de nuevo y ella se pegó como una lapa.

—¿Podrías cantarme?

—No —contestó Florence al momento.

—Eso me relaja, tengo mucho miedo —se quejó al borde de las lágrimas.

Se sentía fatal por ella, Beth la había ayudado mucho cuando ella estaba aterrada. Pensó que podía cantarle, solo una canción le venía a la mente, y a pesar de la vergüenza que sentía cantó para ella “Be my baby” de The Ronettes. Al acabar, Beth le pidió que siguiera, así que volvió a cantársela una y otra vez mientras la tormenta se marchaba, junto con la noche, y ambas se quedaban dormidas.

A la mañana siguiente se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Beth. Dormir con Beth no había sido fácil, se pegaba como un caracol y no

dejaba de moverse. Antes de ponerse en marcha tomó un café, ella no solía tomar café, la ponía muy nerviosa, pero no estaba acostumbrada a dormir con nadie. Mientras se lo bebía estiraba el cuello en la ventana para ver si Steven ya había llegado.

—Buenos días —anunció Johnny entrando en la cocina.

—Buenos días—contestó Nana—. ¿Se encuentra mejor? —le preguntó mientras se sentaba.

—Sí —contestó Johnny a la vez que ella le servía un zumo—, he ido a buscar a Beth y no estaba en su habitación, ¿ha salido a correr?

—No la he visto —contestó Nana mirándolo, seguía teniendo mal aspecto.

—Está en mi habitación —dijo Florence con un hilo de voz.

Nana se giró para mirar a su hija extrañada.

—¿Puedes repetir eso? —le preguntó Johnny.

—Se despertó por la tormenta supongo, tenía miedo y ha dormido conmigo.

Johnny expulsó el aire por la boca ruidosamente.

—Ve a despertarla, la quiero en quince minutos en el estudio, he de hablar con ella.

Florence no contestó, salió de la cocina a toda prisa.

—¿Qué le ha hecho? —demandó Nana.

—No quiero hablar sobre ello, cuando acabe de desayunar necesito que llames a mi madre, he de ir al médico y quiero que ella me acompañe, hace muchos días que no la veo.

Florence despertó a Beth.

—Johnny quiere que vayas al estudio en quince minutos, no parece que esté de buen humor.

—¿Qué pasó ayer? —pregunto desperezándose en la cama—. ¿Qué eran esos golpes?

—Destrozó la sala de estar, entera, de arriba abajo, sólo el sofá quedó en pie.

Beth pensó que ya podría haberlo destrozado también, ese sofá era horrible y anticuado.

—¿Para qué quiere verme? —preguntó Beth levantándose de la cama—. ¿Te lo ha dicho?

—No.

Beth la miró de arriba abajo, volvía a vestir como un saco.

—Ayer hablé con Steven, va a invitarte a salir de nuevo, así que deja de ponerte esa ropa horrible y deja de esquivarlo o al final lo espantarás.

—¿Él te lo dijo?

Beth afirmó con una sonrisa adormilada.

—Dijo que lo había pasado bien en la cita —inclinó las cejas—. Gracias por dejarme quedarme contigo, y por cantarme, no soporto las tormentas.

Florence negó con la cabeza avergonzada de que ella le diera las gracias; cuando Beth pasó junto a ella, le besó la mejilla y salió de la habitación para darse una ducha.

Johnny habló con su madre y esperó a Beth en el estudio, no podía permitir que aquello siguiera así, si ella inventaba aquellas cosas por aburrimiento, le daría algo que hacer, algo con lo que entretenerse y además, iba a tener que hacerlo con Armando.

—¿Qué quieres? —preguntó Beth desde la puerta.

—Creo que tienes demasiado tiempo libre y te aburres, por eso inventas esas historias.

—Yo no he inventado nada —contestó ella a la defensiva cruzándose de brazos.

—No quiero oír una palabra más sobre el tema —la cortó Johnny—. Tengo un trabajo para ti, para que te entretengas y no siembres discordia en la casa.

Beth lo miró llena de rabia y reproches, no se enteraba de nada, ni quería enterarse.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó acercándose a él, pero lejos de su alcance.

—La sala de estar está en obras, te quejas de que no te gusta la decoración, ya tienes algo que hacer, Armando, el padre de María —le recordó—, te acompañará esta tarde.

Aquello no era un trabajo, aquello era una vía de escape, podría conseguir el

dinero que necesitaba para marcharse. No sabía a dónde iría, pero debía salir de allí, coger un tren o un bus y alejarse.

—Creo que es una muy buena idea —dijo sin mostrar ninguna emoción en su voz, hablándole de la misma forma llana en que lo hacía él—. ¿Florence podría acompañarme?

—No veo por qué no —contestó Johnny indiferente.

Beth se dio media vuelta y se marchó a la cocina.

Armando fue al estudio un poco antes de lo habitual, estaba preocupado por Johnny, pero él no quiso hablar sobre lo ocurrido la mañana anterior. A Armando no le hacía ninguna gracia hacer de canguro de su mujer, pero era un mandado y haría lo que se le dijera.

Beth disfrutó eligiendo la decoración de la sala de estar; al volver a casa, Steven aún no se había marchado, y habló con él para que le hiciera los muebles. Al día siguiente la llevó a ella y a Florence a su taller. Beth de vez en cuando le daba algún empujoncito a Florence para que hablara con él y mientras fingía estar muy interesada en su trabajo, los oía hablar y después le daba consejos a Florence.

Johnny esperaba que Armando acabara con Beth para que lo llevara a casa de su madre, tenía hora para ir al médico. En el hospital, y durante el primer año, se estuvo medicando, aunque dejó de hacerlo porque se quedaba alelado, pero lo necesitaba, no podía seguir así, debía controlar su ansiedad.

Oyó cómo Beth y Armando hablaban de forma tranquila, cordial, incluso Armando rio por un comentario de ella, no comprendía por qué decía aquellas cosas horribles de él.

—No vas a empapelar las paredes —le advirtió a Beth oyendo lo que hablaban.

—No hablo de un estampado llamativo, una cosa intermedia, cálido y elegante.

—No me han gustado las paredes empapeladas nunca, no hay más que hablar.

—¿Qué más te da? —se enfadó ella porque no podía hacer lo que quería—. Ni siquiera puedes verlo.

Le ponía enfermo que ella se regodeara de aquella manera en que no podía

ver.

—He dicho que no hay más que hablar —intentó controlar su genio—, nos vamos Armando.

Armando se encogió de hombros mirando a Beth, que apretaba la boca disgustada.

Beth compró algunas cosas, el sofá, sillones a juego con él y un televisor. Steven estaba trabajando en el resto de muebles, lo primero que haría sería el mueble para el televisor, que en aquel momento estaba sobre una de las dos mesitas que había comprado en el taller de Steven.

Aquellos muebles por encargo eran caros, pero a Beth le daba lo mismo, Johnny tenía dinero y el hombre era un artista. Ella no entendía de arte, pero la primera vez que estuvo en el taller de Steven con Florence le pareció que una galería de arte debía ser algo así.

Johnny estaba tirado en el sofá, buscando la pose en el sofá nuevo, mientras se bebía la única cerveza que después de ir al médico le permitían beber. Cuando oyó unos pasos acercarse, mientras los escuchaba, se preguntaba quién debía ser, parecía que cojeaba.

Presto atención, sí, sin duda uno de los pies iba renqueando.

—¿Quién es? —se incorporó en el sofá.

Beth dio un grito del susto, las luces estaban apagadas cuando entró en la sala de estar, no esperaba que el topo de su marido estuviera allí.

—Me has asustado —le recriminó molesta.

Johnny se levantó del sofá y fue en dirección a su voz, por supuesto su aroma lo llevó hasta ella. Beth siempre olía de maravilla, ya se pusiera uno de sus perfumes o no lo hiciera, siempre olía bien, de una forma femenina y atrayente; en ocasiones se sorprendía queriendo impregnarse de su aroma, de ella, lo que era una estupidez porque no la aguantaba. No la tocó, solía no hacerlo.

—¿Qué te ha pasado? —demandó preocupado.

—¿Cómo sabes que me ha pasado algo? —preguntó ella sin comprender cómo, sin ver, a veces era consciente de tantas cosas, aunque después no era capaz de confiar en su palabra.

Pasó junto a él, ignorando que él se había levantado del sofá para llegar hasta ella.

—Estás cojeando, Beth —le enseñó él las palmas de las manos, señalando la obviedad.

Beth se giró un segundo para mirarlo, se acercaba a ella con paso decidido y la arrolló sin que ella pudiera hacer nada.

Al chocar con ella, las manos de Johnny corrieron veloces por puro reflejo a cogerla de la cintura, la acercó a su cuerpo para que no cayera y, a esa distancia, sintió su esencia más dulce y fuerte que nunca. Una oleada de sensaciones lo golpeó, había olvidado lo que era el calor de otro cuerpo junto al suyo, la fragilidad de una mujer entre sus brazos. Con avaricia, inspiró su aroma.

Beth lo miró desde la poca distancia que los separaba, pensó en lo pequeña que parecía a su lado, en cómo sus grandes manos hacían que su cintura pareciera diminuta.

—Ten cuidado —dijo empujándolo del pecho y apartándose de él.

Su rechazo no le sorprendió, no esperaba otra cosa de ella, habían chocado por su culpa, él no podía verla moverse y sin embargo era él quien debía tener cuidado.

—Si no dejas de moverte, me desconciertas —dijo él molesto, su padre hacía lo mismo, y lo odiaba.

—Eres un raro —le contestó Beth—, ¿lo sabías?

—Sí, ya me lo habías dicho —contestó con cansancio—, ahora dime qué te ha pasado.

—He tropezado corriendo y me he torcido el tobillo, iré a ponerme hielo.

—Ponte en el sofá y deja que yo te lo mire.

—¿Ahora puedes ver? —le preguntó yendo hacia el sofá—. ¡Milagro! —exclamó teatralmente.

—Muy graciosa, Elisabeth —dijo él detrás de ella.

Aquello no gustó a Beth.

—No me llames así —le advirtió—, así me llaman mis padres cuando están enfadados.

Se sentó en el sofá y estiró la pierna sobre él, solo se había torcido un tobillo, no le pasaba nada, pero no entendía cómo algo tan tonto podía dolerle de aquella manera.

—Puede que tome la costumbre de llamarte así cuando me cabrees, que es muy a menudo.

—Seguramente me gastarás el nombre, a pesar de que te cabreas tú solito.

Johnny intentó no entrar al trazo y tanteó el sofá hasta encontrar su pierna. No sabía si llevaba pantalón corto o falda, pero su piel estaba al descubierto y era extremadamente suave y sedosa, se arrodilló frente al sofá y moldeó su pantorrilla firme y atlética hasta el tobillo. Era indudable que se mantenía en forma.

A pesar de que Beth era cariñosa, no solía gustarle que los hombres la tocaran, pero aquello era diferente.

—¿Dónde te duele?

—Todo el tobillo, me lo he torcido y he seguido corriendo, creía que se pasaría y he forzado demasiado —se lamentó por su estupidez—, hasta que ya no he podido aguantar más el dolor.

Johnny tocó su tobillo, era fino y no parecía que estuviera hinchado, pero era difícil de saber sin poder verlo. Tocó ambos tobillos, a fin de compararlos. Sin duda uno estaba hinchado, pero no parecía estar roto; no es que él fuera médico, pero había aprendido algunas cosas sobre la marcha en Vietnam.

—¿Te duele si hago esto? —dijo moviéndoselo.

—¡Au! —se quejó, cogió una revista que había sobre la mesita y le dio con ella en la cabeza—. Me has hecho daño —se quejó.

Johnny resopló, odiaba que hiciera eso, odiaba que le diera con cosas en la cabeza como si fuera estúpido, le hacía sentirse como un niño y lo detestaba, ella lo sabía, por eso lo hacía.

—No vuelvas a hacer eso —le advirtió molesto.

—Entonces deja de hacerme daño —le contestó, su tobillo se resentía mientras él lo tocaba.

—Lo tienes hinchado, aunque no parece que esté roto; espera aquí, iré a buscarte una crema que te calmará el dolor y hará bajar la inflamación —con cuidado, volvió a dejar la pierna sobre el sofá—; si mañana te sigue doliendo, te llevaremos al médico.

Beth observó cómo él se levantaba del suelo y, sin chocar con nada, con una precisión milimétrica, se perdía en el pasillo. No entendía por qué él se preocupaba por ella, no lo había hecho hasta entonces, al contrario, cuando le había pedido ayuda la había acusado de mentirosa y le había dado la espalda.

Johnny volvió con la crema, le cogió la pierna y se sentó en el sofá; puso su pierna sobre las suyas.

—¿Huías de algo o corrías hacia algo? —preguntó mientras le desabrochaba la deportiva.

Beth se preguntaba por qué hacía aquello.

—Me gusta hacer footing, me mantiene en forma, me gusta correr y sentir el aire acariciándome la cara mientras lo hago. Eso me recuerda que sigo aquí, que sigo viva, aunque a veces lo dude.

Aquello era demasiada información, su cerebro no solía procesar sus palabras, lo que había dicho era cierto, pero le parecía humillante abrirse tanto delante de alguien que la odiaba.

—Se a lo que te refieres —estuvo de acuerdo Johnny mientras le quitaba el calcetín y dejaba ambas cosas en el suelo, él también solía correr antes de perder la vista—. Recuerdo la sensación de la adrenalina recorriéndome el cuerpo, llenándome de vitalidad mientras mis músculos se tensaban a medida que corría, cómo los pulmones arden por el esfuerzo...

—Sí. ¿Lo echas de menos? —preguntó Beth mirándolo.

—¿El qué? —contestó él poniéndose crema en los dedos, estaba fría.

—Correr.

A pesar de lo mal que olía la crema, la restregó entre sus dedos para que ella no la sintiera tan fría, aunque ese mal olor se quedara en sus manos.

—Echo de menos muchas cosas —dijo con una nostalgia que impregnaba su voz; carraspeó intentando eliminar la autocompasión de su voz—. Está fría —le advirtió.

Sintió la crema fría. Johnny torneaba su tobillo con mano firme y a la vez delicada, sin lastimarla. Notaba sus manos endurecidas por el trabajo, pero su contacto estaba lejos de serle desagradable. Con pericia, masajeó el tobillo mientras ella lo observaba. A Beth su aspecto le seguía pareciendo bárbaro, el pelo le pasaba los hombros un buen trozo, la barba se veía descuidada, era alto, fuerte y ancho. No era tan malo como ella había creído y, a pesar de ello, tampoco era bueno, nada bueno. A veces la aterraba.

—¿Por qué cuidas de mí? —le preguntó mientras él masajeaba el tobillo.

—¿Se supone que ese es mi deber, no? —dijo indiferente, encogiéndose de hombros.

Quiso decirle que no lo había hecho cuando ella se lo pidió, pero se sentía relajada y no tenía ganas de discutir; su respuesta sería: «*no hay más que hablar*», así zanjaba él los temas.

—Nadie te obliga a cuidar de mí —contestó Beth contrariada.

No, claro que nadie le obligaba a cuidar de ella, pero en cierto modo se preocupaba por Beth; aunque no quisiera, se sentía responsable de ella y quería que estuviera bien.

—¿Entonces te gusta hacer deporte? —preguntó por hablar de algo.

Sabía que llevaba meses corriendo, jugando con el aro ese en el porche. Siempre lo había hecho de día, y se preguntó por qué ahora corría de noche, en lugar de hacerlo cuando pudiera ver lo que la rodeaba.

—Sí —contestó ella mirándolo—, tú no puedes verme, pero tengo un bonito cuerpo.

Johnny se crispó, pero intentó disimularlo; siguió masajeando el tobillo, ella no se quejó.

—¿Por qué te gusta tanto recordarme que no puedo ver?

—¿Te molesta? —demandó ella mirándolo a la cara.

Empezaba a acostumbrarse, no es que necesitara que ella se lo recordara para darse cuenta de que no podía ver. Estaba sumido en una oscuridad perpetua, en la que por más que se esforzaba no amanecía, tampoco podía acostumbrarse. Se sentía perdido en aquella noche.

—No hace falta que me lo recuerdes cada vez que hablemos, sé que no puedo ver.

—Por eso mismo no debería molestarte —contestó ella—, eres ciego —Johnny negó con la cabeza, ella disfrutaba torturándolo, se preguntó si su padre la tenía a sueldo para hacerlo—; ser ciego es como ser feo —concluyó muy segura de lo que decía.

Johnny siguió masajeándole el tobillo, pensando qué parecido había entre ser feo o ciego. No era capaz de hallar la respuesta, no tenía nada que ver una cosa con la otra, aunque pensó que quizás, para alguien tan superficial como ella, sería similar.

—Está bien Beth —dijo pasado un minuto—, tú ganas —le dijo—, morderé el anzuelo: ¿en qué se parece ser ciego a ser feo?

—Muy simple —contestó ella—, es algo que todo el mundo sabe —Johnny sonrió con desgana—, no puedes disimular, fingir que no lo eres, porque es así y no hay más. No es como por ejemplo ser gilipollas, que también lo eres —declaró para total sorpresa de Johnny—, eso puedes disimularlo, puedes fingir porque no es algo que se ve a simple vista.

Sí, Johnny pensó que era gilipollas, porque en lugar de mandarla a la mierda, estaba allí, masajeando su pie para que ella se sintiera mejor, cuando lo trataba como el culo y no merecía más que desprecio.

—¿Así que crees que soy gilipollas?

Hizo una mueca con la boca que él no pudo ver, sí lo creía, pero no quería decírselo a él y despertar su ira. El problema era que se sentía relajada y había dicho lo que pensaba, sin pensar en lo que decía.

—Sólo un gilipollas se casaría por obligación —declaró aligerando el tono de voz, sintiendo cómo el dolor desaparecía.

—En ese caso, somos un matrimonio de gilipollas, supongo.

—No —negó ella muy segura—, yo me he visto obligada a esto, tú tenías opciones.

¿Él tenía opciones?, se preguntó. Ella no tenía ni idea.

—¿Mi padre te paga un plus por torturarme, Elisabeth?

—No, tu padre me parece despreciable, tanto o más que el mío, no quiero nada de él.

Bueno, al menos estaban de acuerdo en algo. Él también despreciaba a ambos hombres, más a su padre que al de ella, por supuesto, aunque eso no significara que simpatizara con el suyo.

—¿Y eso?

—No me gusta cómo me mira, tú no puedes verlo —Johnny pensó que, definitivamente, ella disfrutaba recordárselo—, pero me mira con una lascivia asquerosa, me parece un viejo verde que no tiene ningún respeto ni por ti, ni por mí, ni por su mujer, ni por nadie.

Beth se acomodó en el sofá. El tobillo había dejado de dolerle, él seguía masajeándolo con esa maestría que la relajaba, podría acostumbrarse a uno de esos masajes cada noche.

—¿Por qué crees que todo el mundo te mira así? —preguntó negando con la cabeza.

Todos decían que era muy guapa, pero su padre tenía razón, era egocéntrica y engreída, le encantaría poder verla, aunque solo fuera un segundo, saber cómo era ella físicamente para quererse tanto a sí misma.

—Todo el mundo no lo hace —le contestó—, pero aquí hay mucho paleta salido, es desagradable.

—¿Me incluyes a mí en esa categoría? —porque ya sería el colmo, pensó.

—No, claro que no —contestó rascándose bajo la oreja, gesto que repetía cuando se sentía insegura o avergonzada—, tú me has respetado y yo te lo agradezco.

Johnny sonrió sin abrir la boca mientras expulsaba el aire por la nariz, era lo más amable que le había dicho desde que la conocía.

—¿Por qué corrías de noche?

—¿Qué quieres que te responda a eso? Ya sabes la respuesta y no me crees —le reprochó—. Dime qué quieres oír y te mentaré, no quiero que destruyas la sala de nuevo.

—¿Sigues con lo mismo después de toda esta semana?

Johnny le cogió el tobillo con ganas de retorcérselo. Había estado toda la semana con Armando y no se había quejado ni una vez, le había preguntado a él por su comportamiento y le había dicho que era normal. A pesar de ello, ella seguía con que la acechaba.

—Es la verdad —le respondió con simplicidad.

No quería cabrearse, estaba disfrutando de un poco de amabilidad de Beth, aquello no se daba todos los días.

—Sinceramente no te entiendo Beth —no creía que llegara a hacerlo nunca—, podrías caerte y hacerte daño de verdad, de noche nadie podría socorrerte.

—Supongo que ha sido una mala idea correr de noche —contestó cerrando los ojos relajada.

—Lo ha sido —aseguró Johnny—, no vuelvas a hacerlo.

No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, y menos él. Se mostraba preocupado, y eso le gustaba, le gustaba que la protegiera a su manera; aunque no fuera como ella necesitaba, algo era algo.

—¿Sigues enfadado con Ben? —le preguntó y Johnny no esperaba aquello.

—No estoy enfadado con él —contestó Johnny.

—Yo creo que sí —dijo ella sin abrir los ojos—, pero tú mismo, es tu amigo, no el mío, aunque me cae bien, me contó que os conocisteis en Vietnam, mi hermano también está allí.

Johnny creyó que era imposible que hubiera escuchado bien, no podía creerlo.

—¿Tu hermano sirve en Vietnam? —demandó él incrédulo.

—Sí —contestó Beth bostezando.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó sin comprender.

—No sé, yo no te caigo bien, ni tú a mí, no es que hablemos mucho —sonrió con pesar—. Además, no pienso en ello, en los últimos años no lo he visto mucho, se fue a la universidad con una beca, es bueno jugando al fútbol, después se alistó, él sabrá por qué; espero que vuelva pronto, mis padres lo extrañan y mi madre, aunque no lo diga, sufre por él.

Su simplicidad para decir las cosas tal cual le venían lo noqueaba. No comprendía por qué después mentía, aunque puede que también le mintiera en aquello; parecía sincera, pero siempre lo parecía.

—¿Y tú? —preguntó Johnny.

—¿Yo qué? —dijo Beth sin comprenderlo.

—¿Sufres por él?

—No —contestó sincera—, es listo, fuerte y rápido, volverá. Además, en la tele dicen que vamos ganando, así que seguramente lo hará pronto.

Ella no tenía ni idea, no sería él quien se lo dijera.

—Nadie gana en una guerra, Beth —fue lo único que le dijo.

Eso ella no lo sabía, desde luego él había salido de allí, pero no podía considerarse vencedor. Beth no era capaz de imaginar una vida en completa oscuridad.

—Nixon ha dicho que estamos retirando nuestras tropas —contestó Beth.

—¿Y tú te lo crees? —le preguntó Johnny—. Lleva diciendo eso desde que fue elegido, sin embargo seguimos en medio del conflicto, cuando el pueblo no quiere seguir participando.

—¿Mataste a alguien?

Johnny ladeo la cabeza y la giró en su dirección, nadie le había preguntado aquello, nadie se había atrevido, nunca.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó masajeándole el tobillo, disfrutando del tacto de su piel.

—Supongo —se incorporó en el sofá para mirarlo o se quedaría dormida.

—Sí —contestó a regañadientes—, maté a alguien.

—¿Te arrepientes? —preguntó con curiosidad.

Negó con la cabeza, no, no se arrepentía, hizo lo que debía hacer para mantenerse a salvo, para salvar a sus amigos, igual que ellos hicieron por él, a veces era matar o morir.

—¿Fue allí donde te quedaste ciego, no?

Johnny negó con la cabeza, ella siempre tan directa.

—Sí, allí perdí la vista.

—¿Qué pasó?

Otra pregunta difícil que pocos se atrevían a hacerle, aunque allí estaba ella, siempre tan directa.

—Sufrimos una emboscada y Jack fue alcanzado, intentaba reanimarlo a pesar de que tenía una bala en el pecho cuando un helicóptero cayó, no estoy seguro si amigo o enemigo —no le gustaba hablar de aquello, bastante tenía con revivirlo por las noches—. Ben me sacó de allí, me salvó la vida. Cuando desperté estaba en el hospital y todo era completamente negro, creía que la oscuridad me engullía.

—No puedo imaginar vivir así —dijo Beth, observando la expresión de su cara.

No quería que ella se compadeciera de él, no quería que nadie lo hiciera, hería su orgullo y, sin embargo, era inevitable. Otra cosa que no podía controlar de una lista interminable.

—¿Podemos cambiar de tema? —preguntó frotándose la barba incómodo.

—Me gustaría ir a la ciudad —dijo volviendo a tumbarse.

—¿No te vale con el pueblo? —preguntó resoplando.

—Este calor me está matando, tengo el cutis graso y necesito una crema nueva, mi piel está acostumbrada a un clima más frío y en el pueblo no tienen lo que necesito.

Johnny pensó que no podía molestar a Armando para que llevara a la señorita hasta Austin por una crema. Él tenía trabajo, bastante lo había entretenido ya con la remodelación de la sala de estar.

—¿Qué te parece si aprendes a conducir? —le ofreció.

Beth volvió a incorporarse con los ojos como platos mirándolo. Siempre había querido conducir, pero por más que se lo pidió a su padre nunca la dejó, decía que las mujeres no conducían.

—¿De verdad? —preguntó feliz, a punto de dar saltos de alegría a pesar del tobillo resentido.

Johnny afirmó, le gustaba el entusiasmo en su voz, estaba seguro de que sonreía, parecía ilusionada y hacerla feliz, de algún modo, le calentaba el pecho; no debería, pero él no mandaba en sus sentimientos. No debía dejarse llevar, tendría que darle algo a cambio, estaba cansado de dar y no recibir nada.

—Claro, eso te dará independencia y no tendrás que ir molestando a la gente. Tengo un coche que ya nadie conduce, podrías quedártelo, pero a cambio tendrías que hacer algo por mí.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó escéptica, entrecerrando los ojos con desconfianza.

—Lo que te pedí desde un principio. Quiero que cada día leas un poco para mí, es un trato justo.

A Beth no le gustaba leer, pero podría conducir, no tendría que depender de nadie, como él había dicho sería independiente, podría ir a ver a María, salir de compras sola, se aseguraba de que nunca más la llevaría ese cerdo. Y lo más importante, ese sería su billete de salida de aquel lugar, había reunido poco más de quinientos dólares, aprendería a conducir, lo haría antes del baile de fin de curso de María y, después del baile, se marcharía. Intentaría reunir en aquel mes todo el dinero que pudiera y se iría.

—Hecho —contestó Beth.

*Quince:
Te quemaré viva*

En la semana siguiente, pasaron más tiempo juntos del que habían pasado hasta entonces.

Beth se agenció la bicicleta de Amanda para ir a la autoescuela del pueblo cada mañana; él se ocupaba de los negocios con Armando y después bajaba dando un paseo a las caballerizas. Comían y pasaban la tarde juntos. A veces Johnny ayudaba a Beth con la teórica del carnet, otras ella leía para él. Antes del anochecer, Beth salía a correr cuando los trabajadores se habían marchado, él se ejercitaba en su habitación. Cenaban y veían la serie de Beth en la sala de estar, otras veces salían al porche trasero, disfrutaban del frescor de la noche, mientras seguían con Tolkien. Johnny había elegido *El señor de los anillos* pensando que le gustaría, hizo diana. Beth nunca pensó que le gustara leer, pero quería saber cómo seguía, qué pasaría, y aunque se interrumpía constantemente para que él le aclarara el significado de alguna palabra, disfrutaba. Johnny sentía que salía a flote, la lectura le llevaba a otro mundo, un mundo que veía perfectamente dentro de su cabeza, durante algunas horas volvía a sentirse vivo.

La casa estaba tranquila. Nana veía cómo la relación de aquellos dos cambiaba a pasitos de hormiga. Veía a Johnny de mejor humor, no parecía tan amargado y, contra todo pronóstico, Beth le hacía reír.

Florence seguía los consejos de Beth, le llevaba bebidas a Steven mientras trabajaba e intentaba darle conversación; él la invitó a ir juntos a la fiesta del pueblo. Florence no cabía en sí de alegría.

Beth llegó fatigada y acalorada, intentaba recuperar el aliento en el porche cuando Florence llegó como una colegiala dando saltos; por fin Steven le había pedido que fuera a la fiesta del pueblo con él.

—Tienes que conseguir que te bese —le dijo Beth—, es el escenario perfecto.

En su cabeza podía imaginarse la fiesta del pueblo como un baile de instituto pero con gente mayor.

—¿Me ayudarás, Beth? —preguntó Florence en una nube.

—Claro, iremos a comprarte un bonito vestido de baile, te arreglaré el pelo y te maquillaré, tú estarás encantadora —la miró severa señalándola con el dedo—, la vergüenza tendrás que dejarla aquí.

Florence abrazó a Beth y ella le devolvió el abrazo, se había ganado la amistad de Flor.

Johnny iba a avisar a Beth de que la cena estaba lista cuando oyó que ella y Florence hablaban en el porche, volvían a cotillear sobre el ebanista, que era de lo único que hablaban. Salió al exterior.

—La cena está lista —dijo.

Florence sintió cómo el calor se instalaba en su cara, esperaba que no las hubiera escuchado.

—Me doy una ducha rápida y bajo —dijo Beth cruzando la puerta a su lado.

Después de cenar estaban en la sala de estar viendo la tribu de los Brady.

—He oído que a Florence le va bien con el ebanista —le dijo Johnny.

—¡Está loca por él! —exclamó Beth entusiasmada.

—No puedes mandarla a la fiesta del pueblo con un vestido de baile, estás en Tejas, querida.

—No te burles de mí —le pidió, golpeándole el brazo sin fuerza.

Johnny se echó a reír, era dulcemente ingenua, cualidad que valoraba mucho de ella.

—¿Quieres que vayamos? —le ofreció, a pesar de que las multitudes le ponían muy nervioso.

Beth pensaba ir con María, ya lo había hablado con ella y todo.

—¿Tú quieres ir? —le preguntó entrecerrando los ojos incrédula.

—Lo haría por ti.

Beth no se creyó eso, seguramente quería salir de la casa, se pasaba allí el día encerrado.

—Tendrás que afeitarte esa barba de mendigo si quieres ir a alguna parte conmigo —le dijo Beth muy seria y Johnny tuvo que reírse de nuevo, brutalmente sincera—, pareces un *nadartal*.

—¿Un qué? —preguntó Johnny sin comprenderla.

—Un *nadartal* —le explicó Beth—, ya sabes, un hombre de esos antiguos, esos que vivían en cuevas y pintaban.

—Se llaman neandertales —la corrigió Johnny negando con la cabeza. Debía mejorar su vocabulario urgentemente, le daba algunas patadas al diccionario que daban miedo.

—Como se diga —contestó Beth—. Yo puedo cortarte el pelo, solía cortárselo a Jason, sé hacerlo.

Lo miró preguntándose qué encontraría debajo de esa barba de seis meses, no era poca cosa, apenas recordaba cómo era él sin ella.

—Seguro que sí —le contestó Johnny.

No quería esperar al fin de semana para verlo, quería saberlo ya.

—Hagámoslo ahora —dijo ella animada—, salgamos fuera, al porche, te quitaré todo ese pelo molesto, no entiendo cómo no te asfixias bajo tanto pelo con el calor que hace.

Beth cargó con un cubo de agua y las tijeras, lista para un cambio de look; se le daba bien, sabía sacar el mejor partido al físico de la gente. Encontró a Johnny sentado en el balancín, bebiendo una cerveza.

Cuando él la oyó acercarse le ofreció la bebida y ella la cogió, poniéndose detrás de él.

—¿Puedo fiarme de ti, Beth?

—Por supuesto —contestó ella después de darle un trago a la cerveza—, esto se me da bien.

Dejó la cerveza sobre el balancín a su lado, le mojó el pelo, lo recogió en una coleta y la cortó. Empezó a arreglarle el corte, había perdido toda la largura, pero no se lo dejaría demasiado corto. Era un empresario importante, el más rico en muchos kilómetros a la redonda, pero tampoco era un viejo.

—¿Cómo es la fiesta del pueblo? —preguntó mientras le arreglaba el corte de pelo.

—Nada del otro mundo —contestó él limpiándose las gotas de agua que bajaban por su rostro—, se reúne todo el pueblo, hacen un desfile y después todos acaban borrachos en el rancho de los Anderson.

—¿En un rancho? —preguntó con una mueca—. Me tomas el pelo otra vez —lo acusó.

—No, es así —se rio él—, por eso no puedes enviar a Florence con un vestido de baile, llamará la atención y eso no le gustará, se sentirá incómoda y no podrá dejar aquí la timidez.

—Escuchar conversaciones ajenas es de mala educación —le empujó la cabeza hacia adelante—, te lo tengo dicho.

A Johnny no le gustaba que hiciera eso, pero se lo dejó pasar. Ella estaba bromeando, empezaba a conocerla. Había descubierto que era muy expresiva, en su voz se notaba enseguida su estado de ánimo.

Beth pensó en lo que había dicho, tenía razón, a Flor no le gustaba llamar la atención. Debía hablar con María para que le dijera cuál era la ropa adecuada y le hablara de aquella fiesta.

Se puso frente a él para ver cómo le quedaba; con aquella barba seguía pareciéndole un bárbaro. Cruzó el porche y cogió una silla, se sentó entre sus rodillas y le arregló aquella barba asquerosa.

—Cuando mañana vaya al pueblo, compraré unas tijeras más adecuadas —le dijo.

El aliento de Beth rozaba la cara de Johnny, no recordaba haber estado tan cerca de ella. Su aliento era tan dulce como su aroma, mezclado con cerveza. Lo embriagaba lo bien que olía siempre, a veces quería impregnarse de su aroma, le gustaba sentirlo cerca, le gustaba que su aroma lo rodeara.

Beth trabajaba en su barba cuando se dio cuenta de que no era tan horrible como parecía con aquellas pintas de bárbaro. Su nariz era larga y grande, los labios finos y equilibrados, rosados, sus ojos marrones y pequeños miraban a ninguna parte, como hacían siempre. No era guapo, pero el conjunto era armónico, incluso atractivo. Solía tener una expresión dura e incluso fiera algunas veces, pero no era para tanto, solo era una máscara tras la que él se escondía, pero bajo ella había un hombre bueno.

—He hecho lo que he podido —dijo apoyándose en las rodillas de él observándolo—, ahora pareces un hombre decente.

Johnny se llevó la mano a la cara y se acarició la barba; se la había recortado mucho, parecía que estaba alineada, no podía verse, pero creía que había hecho un buen trabajo.

—Gracias, Beth.

—De nada —negó ella con la cabeza.

Johnny apoyó las manos sobre las suyas, quería tocarla, le gustaría poder verla, saber cómo era.

—¿Puedo? —le preguntó, a la vez que subía las manos por sus brazos y se inclinaba hacia ella.

Beth lo miró sin comprender para qué le pedía permiso.

Johnny acarició la suave piel de sus brazos, no era una mujer velluda, tenía un fino bello, que se erizó mientras él subía sus manos por los brazos de ella.

—Tienes una piel tan suave —le dijo mientras seguía su recorrido hasta sus hombros.

—Lo sé —contestó Beth con un hilo de voz, algo azorada.

¿Era timidez lo que oía en su voz? No era su intención incomodarla, pero esperaba que, de ser así, ella se lo dijera, tenía una lengua muy larga para decir lo que pensaba.

Johnny tenía las manos grandes y frescas, muy morenas en contraste a su piel clara y lechosa. La tocaba con una dulzura extrema, deslizándose en una caricia suave y agradable.

Sus hombros eran estrechos y su clavícula huesuda, siguió por su cuello, largo y esbelto, donde halló la primera imperfección.

—¿Qué tienes en el cuello? —preguntó mientras lo acariciaba con el pulgar.

—Un lunar —contestó ella mirándolo a los ojos fijamente.

—¿Como Marilyn? —sonrió de medio lado, la había oído decirle a Florence que ella era su ídolo.

Beth curvó sus labios en una sonrisa, pero no dijo nada. Él siguió acariciándola hasta la nuca, debía llevar el pelo como se lo había cortado a él más o menos. Se deslizó hasta su rostro, mandíbula firme, mentón acentuado. Se concentró en su boca entreabierta, labios tersos y carnosos, pronunciados, cálidos, dulces y húmedos, *sexys*, «*una delicia*», pensó Johnny, aunque no quería tener esa clase de pensamientos.

Beth, en silencio, se estremecía, intentando leer en unos ojos inexpresivos qué pensaba. Aquello era íntimo, sentía cómo sus mejillas explotaban en calor; esperó que él no se diera cuenta de que se ruborizaba.

Johnny dejó una mano en su boca, incapaz de dejar de tocar aquella nube de azúcar y picante, la otra mano rodeó todo su rostro; su dedo índice se quedó sobre una marca diminuta que tenía en su mejilla derecha.

—Es una cicatriz —le explicó Beth, acariciándolo con su aliento.

Beth lo veía cada vez más cerca, un suspiro separaba su rostro del de él.

—¿Cómo te la hiciste? —preguntó él, dejando de tocar su mini cicatriz.

Johnny seguía con su escrutinio mientras ella parecía titubear ante su pregunta. Pómulos altos, frente completamente lisa, un mechón le acariciaba la frente, cejas finas y curvadas, bajó sus parpados.

—Quería ser fea —confesó Beth y Johnny ladeó la cabeza al escuchar aquello—, quería desfigurarme, pensé que así no querrías casarte conmigo —negó con la cabeza con los ojos que él le había hecho cerrar—, no fui capaz, menos mal —sonrió sin ganas—, no hubiese servido de nada.

Johnny pensó en el sacrificio que hubiera sido eso para alguien como ella. Quería preguntar si aquello era tan horrible como había pensado, ella le diría que sí y eso lo machacaría, así que mantuvo la pregunta dentro de su boca. Apartó los dedos de sus ojos y Beth los abrió, el rostro de Johnny era inescrutable.

—Lo siento mucho por ti, Beth —le acarició la mejilla con cariño y apartó las manos de su rostro. Se apoyó en el respaldo del balancín, alejándose de ella y de ese aroma que lo embriagaba. Cogió su cerveza y le dio un trago largo—, espero que algún día puedas sacar algo positivo de todo esto.

—Al menos voy a aprender a conducir, mi padre nunca me hubiera dejado hacerlo.

Se levantó de la silla y cruzó el porche para dejarla en su sitio, volvió y se sentó en el balancín con él.

—Nana dice que no quieres hablar con él —comentó Johnny.

—No —le quitó la cerveza de la mano y bebió de ella—, sigo enfadada con él —le devolvió la bebida.

Subió los pies al balancín y se abrazó a sus piernas mirándolo con la cabeza apoyada sobre sus rodillas.

El corte de pelo le sentaba bien, cuanto más lo miraba, más atractivo le parecía. Johnny era cuidadoso con ella, a pesar de su aspecto duro, la había tocado con suma suavidad y cuidado. Era más o menos paciente, lo más importante era cuánto la respetaba y que nunca la había golpeado. Ya no le tenía miedo.

—Tu padre parece de la calaña del mío —siguió Johnny ajeno a que ahora el escrutado era él.

—Mi padre no tiene nada que ver con el tuyo —le contestó Beth ofendida bajando los pies del balancín—. ¡Nada! —exclamó enfadada.

—¿Qué he dicho? —preguntó sin comprender por qué ella se ponía de esa forma.

—Es que no tienen nada que ver, mi padre es un buen hombre.

¿Que su padre era un buen hombre? ¿Estaba ella de broma? Pensó Johnny.

—Te abofeteó delante de mí y de mi familia —dijo Johnny contrariado—, te niegas a hablar con él por teléfono. ¿Cómo puedes decir que es un buen hombre?

—Porque lo es; me pegó porque estaba enfadado conmigo, yo sigo enfadada con él, pero sé quién es mi padre, no es una mala persona, no vuelvas a compararlo con el tuyo.

—No lo defiendas, Beth —le dijo molesto, no debía defender ningún tipo de maltrato—; un hombre jamás, bajo ninguna circunstancia, debería golpear a una mujer.

—Di lo que quieras de mí, aquí estoy para poder defenderme, pero jamás vuelvas a meterte con mi padre, no lo conoces, no eres nadie para juzgarlo.

Se levantó del balancín y se fue del porche enfadada.

Johnny se quedó allí, escuchando el sonido de la noche, sin comprender qué había hecho para enfadarla tanto. Por cada paso hacia adelante que daba con ella, parecía que daba dos hacia atrás.

Al día siguiente, cuando bajó a desayunar, ya se había ido al pueblo; llamó desde allí al mediodía y le dijo a Nana que no iría a comer, a la hora de su lectura seguía fuera. No llegó hasta que se oía la cena desde la sala de estar, ni siquiera lo saludó al entrar, subió a su habitación y después salió a correr.

Johnny seguía sin comprender qué era lo que tanto le había molestado, le había estado dando vueltas y no creía haber dicho nada del otro mundo, esperaba que parara para hablar con ella.

Nana sirvió la cena y Beth aún no había vuelto, era muy extraño, hacía mucho que había salido.

—¿Ha anochecido ya, Nana? —le preguntó antes de sentarse a la mesa.

—Hace rato ya.

—¿Hace mucho que Beth salió a correr, no crees?

Nana miró hacia la ventana, sí, hacía mucho que había salido y ella volvía antes del anochecer.

No esperó la respuesta de Nana, salió al porche trasero y se paseó de un lado al otro, como un animal enjaulado. Tenía un mal presentimiento que le oprimía el estómago, le urgía saber que Beth estaba bien.

—Se le va a enfriar la cena —lo interrumpió Nana.

—Voy a ir a buscarla —le anunció a la mujer.

—No es una buena idea, está muy oscuro —le advirtió.

Para él siempre estaba oscuro, no había un solo rayo de sol, ni una estrella, nada.

—Siempre está igual, Nana —negó con la cabeza y bajó los escalones del porche.

Beth llegó a casa y escondió el mapa que había comprado junto al dinero con el que pensaba marcharse. Se cambió de ropa, se calzó las deportivas y salió a correr, el verano le pisaba los talones y pronto se sintió cansada y fatigada, pero no se detuvo.

Tenía un humor de perros, había pasado el día en el pueblo, estudiando señales de tráfico, tipos de velocidad, normas de conducción... No daba una y había oído a dos de sus compañeras riéndose de ella a la salida. Detestaba sentirse de aquella forma, nunca había estudiado porque no le interesaba, pero ahora que necesitaba aquello, se planteaba si lo que en realidad pasaba era que no era suficientemente inteligente para memorizar cuatro datos. Había comido con el profesor, un señor de casi sesenta años con buenos modales y una paciencia infinita. Había pasado la tarde con él, revisando aquel maldito librito. Necesitaba sacarse aquello de encima y empezar a practicar con un coche, pero el profesor, el señor Murphy, decía que no estaba preparada. Se sentía idiota, una tonta de remate que tenía la cabeza para poder lucir el pelo y nada más, que dentro de ella no había más que serrín, como le decía su padre.

Corrió y corrió hasta que llegó al lago, no había vuelto desde el desagradable incidente con aquel hombre. Estaba oscureciendo y no quedaban

trabajadores, a pesar de ello no se desnudó, no volvería a hacerlo. Se lanzó al agua, se sentía derrotada y a la vez llena de una rabia que la hacía seguir en marcha.

Se sentó en la orilla y se tumbó, intentó recordar señales de tráfico, aquello no debía ser tan difícil. Todo el que se proponía sacarse el carnet lo hacía, ella también lo haría, debía hacerlo, pensaba. Cuando se dio cuenta, la noche había caído sobre ella, no había rastro de luz y se sintió incómoda.

Se levantó del suelo y cruzó la arboleda, pensaba hacerlo dando un paseo, pero sin luz todo le parecía tétrico y oscuro, tuvo miedo de perderse. Empezaba a refrescar y su ropa seguía mojada, la recorría un escalofrío detrás de otro. Aligeró el paso y, cuando veía la salida de la arboleda, oyó los cascos del caballo. El más absoluto de los miedos se coló en su ser, ahí estaba de nuevo ese hombre, estaba segura de que era él, se preguntó si la había vuelto a seguir, si no tenía vida propia para seguir allí a esas horas.

Caminó oculta en la noche en dirección contraria al ruido de cascos del caballo, salió por detrás de las casas de los empleados, una de ellas tenía luz, se sintió tentada a llamar a la puerta y pedirle a quien la habitara que la acompañara a casa, pero no lo hizo. Había salido de la arboleda, no había nada que obstaculizara el resplandor de la luna casi llena, correría hasta la pendiente y seguiría corriendo por ella, nada la entorpecería hasta llegar a casa, no encontraría nada con lo que caerse por el camino.

Empezó a correr y el sonido de los cascos lejanos la alarmó y la alentó a esforzarse más. Corrió lo más deprisa que pudo, mientras la falta de aliento y el pánico le hacían parecer que cada vez corría más despacio. El sonido de cascos se acercaba muy deprisa, no se atrevía a mirar atrás. No iba ni por la mitad de la empinada cuesta cuando algo la golpeó en la espalda con fuerza, gritó asustando con todas sus fuerzas y cayó al suelo, intentó parar la caída con las manos, pero no fue suficientemente rápida y se rascó la barbilla.

Intentó recuperarse de la impresión y ponerse a correr de nuevo, estaba paralizada por el miedo, ni siquiera podía levantar la cabeza y enfrentarse al hombre que le había pateado la espalda.

Antonio se bajó del caballo y se dirigió hasta Beth; cuando ya la tenía al lado, ella se levantó del suelo e intentó correr. Dos pasos pudo dar, la cogió del tobillo antes de que escapara de su alcance y la derribó.

—¿A dónde te crees que vas? —le preguntó tirando de su tobillo y arrastrándola por el suelo de graba hasta él, no podía permitir que se acercara más a la casa o perdería aquella oportunidad.

—¡No! —gritó Beth intentando patalear—. Déjame —suplicó con lágrimas en los ojos.

Beth lo miró y supo que debía hacer algo, dejó de patalear en el aire y le dio una patada con el otro pie que lo golpeó. Corrió en dirección contraria, de vuelta a las casas, gritó desesperada, esperando ser capaz de llegar a la casa donde había visto luz, o al menos que la oyeran y saliera alguien, quien fuera. No llegó muy lejos, él la cogió del brazo, perdió el equilibrio y, con la inercia de su cuerpo, cayó rodando cuesta abajo; no fue capaz de levantarse, le dolía todo el cuerpo.

—Me pone mucho que huyas —dijo él acercándose, advirtiéndole que aún no había acabado.

Beth intentó levantarse y él le pisó la espalda impidiendo que lo hiciera; ella gritó con todas sus fuerzas. Las lágrimas corrían veloces una detrás de otra, empapando sus mejillas llenas de polvo y suciedad.

—¿Por qué? —preguntó con la voz entrecortada—. Déjame, por favor, basta —luchó por sacarse su pie de encima—, deja que me vaya, por favor, por favor —suplicó desesperada—, me haces daño.

Ella había empezado a suplicar muy pronto, demasiado. Antonio dejó de pisarla y la cogió del pelo, obligándola a girarse, a mirarlo a la cara. Su cara estaba descompuesta por el terror, le pareció precioso.

—Ayer te vi con el jefecito —le dijo lleno de rabia poniéndose a su altura—, no debiste acercarte tanto, si vuelves a hacerlo te quemaré viva, pobre de ti que permitas que vuelva a tocarte.

Una exclamación ahogada murió en su boca, intentó encontrar sentido a lo que él decía.

—¿Me has entendido? —tiró más fuerte de su pelo.

El cuero cabelludo le ardía con cada tirón que le daba. Se inclinó y puso su cara a la altura de la de ella, sus ojos oscuros y malvados la llenaron de terror. A pesar de la poca luz que había, veía en ellos que ese hombre era capaz de cumplir su amenaza, de quemarla viva, y su cuerpo temblaba. Estaba tan aterrada que el oxígeno no parecía llegar a sus pulmones, el corazón se le subió al cuello y latía desesperado.

—¡Dime que lo has entendido! —le gritó a un palmo de la cara.

Le tiró del pelo con más fuerza, Beth gritó, no soportaba más dolor, sin pensarlo intentó defenderse. Le arañó la cara con todas sus fuerzas hasta que una bofetada la hizo caer de lado. Aquello era una bofetada de verdad, no lo que le propinaba su padre, le ardía la cara. Lo miró, estaba distraído tocándose la cara con la mano, pensó que aquella era su oportunidad de intentar huir.

—¡Me has hecho sangre, puta! —gritó Antonio al tocarse la cara y ver que tenía sangre en la mano.

Beth no oyó cómo se acercaban a ellos, lo único que oía era su corazón precipitado en los oídos, mientras sentía su latir en el cuello. Una enorme sombra, un gran borrón, pasó junto a ella, se lanzó hacia el hombre que la estaba maltratando y ambos rodaron por el suelo.

Johnny oyó un grito angustiado de Beth y bajó por el caminito de graba todo lo deprisa que pudo sin miedo a caerse y bajar rodando la inclinada cuesta. Creía que la había perdido cuando oyó que alguien la amenazaba, ella gritó más fuerte, una exclamación de dolor, él también le gritaba a ella, se lanzó hacia el hombre y chocó contra él, ambos cayeron al suelo y rodaron, Johnny lo cogió de la camisa.

No sabía dónde estaba Beth, si estaba bien o no. La rabia lo consumía. Beth era su responsabilidad y había permitido que alguien la maltratara en su cara, no le importaba qué había pasado, nadie la tocaría.

Cogió el cuello de la camisa del hombre, no le permitiría que saliera de su alcance, lo había cogido, había hecho lo más difícil, no permitiría que escapara de su agarre, moriría antes de soltarlo.

—¿Quién eres? —lo zarandeó golpeándole la cabeza contra el suelo—. ¡Dime quién eres!

Beth miraba a ambos hombres en el suelo. Johnny estaba encima de su agresor, le hizo una pregunta y el otro se quedó callado. Los golpes llegaron uno detrás de otro, en la cara al principio, en los costados después, en el estómago... Johnny estaba haciendo papilla a aquel malnacido, el otro no tenía opción a intentar defenderse, ninguna. A Beth le parecía una escena horrible y, a pesar de ello, no era capaz de apartar la mirada, de ponerse de pie y salir corriendo ahora que tenía oportunidad.

—Por favor —dijo Antonio molido, sentía la cara como si fuera una gran masa de gelatina machacada—, para Johnny —suplicó con un hilo de voz.

¿Antonio? Se preguntó Johnny al escuchar su voz, pasaba un rato con él casi a diario. Era el responsable de los establos, él era quien cuidaba de sus caballos. Trabajaba para él desde que compró la hacienda, empezó como mozo, el viejo Dick le enseñó todo y, cuando este se jubiló, se quedó su puesto.

—¿Antonio? —preguntó sin poder creerlo, él no contestó—. ¿Por qué le has pegado a mi mujer? —lo zarandeó y el otro no decía nada, le propinó otro golpe en el costado—. ¡Contesta!

—¡Para! —le gritó, no podía con otro golpe—. Ella me está provocando desde que llegó, se desnudó delante de mí, ha estado insinuándose y calentándome durante meses, hablando mal de ti, Johnny.

No, eso no era cierto, lo había oído decirle que no se acercara a él o la quemaría viva. No sabía qué había pasado entre ellos, pero prefería escucharla a ella antes que a él, tenía claro que él mentía.

—Te vas a ir ahora mismo de mis tierras —le advirtió enfurecido, lo acercó tirando de la camisa hasta pegar su frente a la de él—, voy a perdonarte la vida, pero te aseguro que, como vuelvas por aquí, te mataré; cogeré mi revolver, te lo meteré en la boca y no fallaré, no necesito ver para acabar contigo.

Lo soltó lleno de asco, se levantó del suelo y le dio una patada con toda la rabia que sentía.

—¿Beth? —preguntó sin saber si ella seguía allí.

Beth tragó saliva, se levantó del suelo y se abrazó a él.

Johnny no esperaba que ella se abalanzara sobre él, se tambaleó un segundo y la estrechó. Le acarició la cabeza inclinando la suya sobre su pelo y la besó. Le cogió la cara y la obligó a mirarlo, odió no poder verla, no poder saber si estaba bien, tenía la cara llena de polvo y humedad de las lágrimas.

—¿Estás bien? —le preguntó tratando de controlar el tono de su voz.

Beth negó con la cabeza y Johnny la estrechó entre sus brazos. Allí, sepultada por sus brazos, empezó a sentirse segura. Como si el hombre que había detrás de él hubiera desaparecido, como si el miedo la abandonara a medida que su protección la calmaba.

—Vámonos de aquí.

Se agachó y cogió sus piernas, no quería perder el tiempo allí. Acababa de darle una paliza a ese miserable traidor, lo había cogido desprevenido. Ya no tenía el factor sorpresa, no le daría a tiempo a recuperarse para que intentara devolverle algún golpe, para que le disparara por la espalda.

Beth se colgó de su cuello y lloró sobre su pecho, entre sus brazos sentía que nada malo podía pasarle.

—Ya está, Beth —intentó que ella se tranquilizara—, no llores más.

No estaba segura de por qué seguía llorando, el terror había pasado. La adrenalina corría rápido por su cuerpo, a pesar de que su corazón empezaba a ralentizarse.

Nana, desde el porche trasero, vio cómo Johnny volvía a casa; en sus brazos llevaba a su mujer, que parecía muy pequeña a pesar de lo alta que era. Bajó los escalones y se apresuró hacia ellos.

—¿Qué ha pasado? —demandó mirando a uno y a otro sin que Johnny se detuviera.

Beth se restregaba contra el pecho de Johnny como una gatita mansa que busca que la mimen y la acaricien. Su aspecto era terrible, toda ella estaba cubierta de polvo y barro, su cara llena de churretes. Él estaba muy enfadado, tenía la cara contraída y estaba lleno de polvo.

—Llama a Armando, quiero que venga ahora mismo —dijo severo.

—Cuidado con el escalón —le advirtió antes de que se cayera, le cogió el brazo y lo guió—, suba el pie —él lo hizo y subió los tres escalones. Beth hacía rato que había empezado a pesarle—. ¿Quiere que llame a Armando

ahora? —preguntó mirándolos a ambos—. Es muy tarde —le advirtió abriendo la puerta.

—¡Ahora mismo, Nana! —gritó entrando en la casa. Intentó aligerar el tono de voz, Nana no tenía la culpa de lo que había pasado—. Dile a Florence que prepare un baño para Beth.

La rabia seguía lamiendo todo su sistema nervioso, debía calmarse. No sabía cómo estaba Beth, aún no había abierto la boca, pero sentía su cuerpo caliente sobre él, su respiración se había acompasado. Quería dejarla en las manos de Nana y bajar para rematar a ese cerdo. No se había quedado a gusto con ese hijo de puta, no había mentido al decirle que le perdonaba la vida, podría haberle hecho papilla y nadie lo hubiera impedido, aún deseaba hacerlo. No comprendía por qué pero quería matarlo, era lo que más deseaba en aquel momento, acabar con él por lo que le había hecho a Beth.

Odiaba a los hombres que pegaban a las mujeres, lo había vivido en casa y no lo toleraba. Ese hombre, al que había considerado un amigo, no solo había maltratado a una, sino que se había atrevido a ponerle la mano encima a la suya. Se recordó que Beth no significaba más para él que Nana o Florence.

Johnny subió a Beth hasta la habitación, olía como ella o quizás sus fosas nasales estaban repletas de su aroma. Se golpeó contra algo de camino a la cama, maldijo por dentro, era desordenada y descuidada, siempre dejaba cosas por medio. No podía echárselo en cara, no en su habitación, no en aquel momento.

Se inclinó y le soltó las piernas dejándola en el suelo, junto a la cama.

Beth no se separó de él, no quería que se fuera, la sola idea le provocaba temblores.

—No te vayas —le cogió la mano y lo miró a la cara—, no me dejes sola, por favor.

Se sentó en la cama y, para su sorpresa, ella se sentó sobre sus piernas. Volvió a rodear su cuello con los brazos, abrazándolo, pegando su delicada nariz sobre su cuello.

Había dejado de temblar, pero seguía llorando en silencio; sus lágrimas le empapaban el cuello. Rodeó su cintura con el brazo, pasó la otra mano por su cabello corto, le acarició la cara buscando heridas, borrando sus lágrimas. Un látigo invisible de frustración lo sacudió, quería consolarla pero no sabía cómo. Quería que le explicara qué había pasado, pero no sabía cómo preguntar sin herirla, él era directo y la indecisión lo quebraba.

La puerta de la habitación se abrió, Beth cerró los ojos intentando pegar su cuerpo aún más al de Johnny, él no permitiría que le pasara nada, él la protegería de nuevo.

Florence entró en la habitación. Johnny estaba sentado al pie de la cama y entre sus brazos tenía el cuerpo de Beth hecha un ovillo sobre él.

Se apresuró hacia ellos y se arrodillo delante, tocó la pierna de Beth y ella la apartó.

—¿Qué te pasa, Beth? —preguntó angustiada.

Beth, al escuchar la voz de Florence, abrió los ojos, dejó de esconderse en el cuello de su marido y miró a su amiga.

—Creía que me mataría —dijo con un hilo de voz mirando a su amiga llena de terror.

—Nadie va a tocarte —le aseguró Johnny, alzó la cabeza de su cuello y miró su perfil, él seguía acariciando su mejilla—, nunca permitiría que te pasara nada, Beth.

—No me creíste —le recriminó—, te lo dije, te dije que era un cerdo y no me creíste.

Florence miraba a uno y a otro sin decir nada, no sabía de qué hablaban y no se inmiscuiría.

—Dijiste que era Armando quien te había estado molestando —intentó mantener la calma y no gritarle aunque fuera lo que más le apetecía—, Armando, dijiste Armando, Beth.

—¿Y qué? —preguntó ella sin comprender.

—¿Y qué? —exclamó Johnny perdiendo una calma que pendía de un hilo.

—Beth —llamó su atención Florence—, Armando es el padre de María —le explicó—. ¿Quién te ha hecho esto?

—¿Por eso te enfadaste de esa forma? —preguntó Beth mirando a Johnny—. ¿Porque me equivoqué de nombre?

—¿Que te equivocaste de nombre? —preguntó él rabioso.

—Creía que se llamaba así —intentó defenderse.

—Llevas aquí casi medio año —Johnny no podía contener más su enfado—, ves a Armando a diario, eres amiga de su hija. ¿Acaso eres tonta, Beth? ¿No eres capaz ni siquiera de recordar un nombre?

Aquello era lo peor que podría haberle dicho, ya se sentía una completa estúpida. Esperaba un poco de comprensión por su parte. La había defendido como si ella realmente le importara y ahora la trataba como a una estúpida. Su barbilla empezó a temblar, incapaz de contener su enfado y más lágrimas.

—¡Sí! —se levantó de encima de él, prefería sentirse una estúpida enfadada, que una mujer rota—. Soy tonta, no es necesario que me lo digas, que intentes humillarme.

Johnny se levantó a la vez que ella, Florence se apartó de su camino antes de que la pisara. Se levantó del suelo y se dirigió al baño. Iban a empezar a discutir y ella no debería estar en medio. No comprendía qué había pasado, Beth se lo contaría cuando ella quisiera.

—No es mi intención humillarte, solo quiero que lo comprendas. Si me hubieras dicho el nombre correcto no hubiera pasado esto. ¡Yo le hubiera parado los putos pies, Beth! ¡Joder!

—¡No me grites! —rogó Beth con la voz rota.

Seguía llorando y ella tenía razón, no debía gritarle, ya bastante había pasado.

—Joder, Beth —intentó calmarse—. Ven —le pidió tendiendo el brazo en la dirección de donde venía su voz—, ven, por favor.

Beth se lo quedó mirando, su ceño estaba profundamente fruncido, sus labios eran una línea recta. Extrañaba cómo su ceja se curvaba cuando le tomaba el pelo. Se acercó hasta él y le tendió la mano; cuando Johnny sintió su mano sobre la de él, tiró de ella y la acercó a su cuerpo abrazándola de nuevo, acarició su cabello y lo olió, aliviado de que ella estuviera bien.

—Yo no mentí —dijo Beth rodeándole la cintura con los brazos.

—Por favor, Beth, la próxima vez asegúrate del nombre antes de acusar a alguien. Armando es mi mano derecha, la persona en la que más confío —negó con la cabeza, no había motivo para seguir con aquello—. Cuéntame qué ha pasado.

Dieciséis: Un secreto bajo tierra

Nana esperaba en el porche delantero a que llegara Armando. Jugaba con una medalla que llevaba al cuello cuando vio unas luces de un vehículo acercarse.

Armando bajó del coche. Corriendo, se acercó a la mujer que le esperaba en el porche.

—¿Qué ha pasado? —preguntó subiendo los escalones.

—No lo sé —contestó ella entrando en la casa—, Johnny estaba muy enfadado, ha pasado algo con la señorita Beth, iba con ella en brazos hecha un Cristo.

Armando esperó en el estudio a que Nana avisara a Johnny. Se había llevado un susto de muerte cuando esta lo había llamado, no comprendía qué podía ser tan importante para que lo llamaran en plena noche, no le había dado ninguna explicación.

Cuando Johnny entró en el estudio, supo que había pasado algo grave; tenía la cara contraída, ahora que se había quitado todo aquel pelo de la cara, sus facciones eran más visibles y Nana no mentía, estaba muy cabreado.

—¿Qué pasa jefe?

—¿Quieres una copa? —le preguntó de camino a la mesita donde tenía el licor.

—No —contestó Armando observando sus movimientos.

—Yo sí necesito una —se llenó un vaso bajo hasta arriba de wiski, se lo bebió de un trago y volvió a llenarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Armando nervioso.

—Antonio, el encargado de los caballos, ha estado acosando a Beth. ¿Lo sabías?

—¡No! —exclamó incrédulo—. Claro que no sabía nada, ¿estás seguro?

—Tan seguro como que lo he pillado pegándola.

Armando se quitó el sombrero, se tiró el pelo hacia atrás y se rascó la frente. Ese chico estaba muy perdido desde que su mujer había muerto, lo había perdido todo en aquel incendio donde ella murió.

—¿Le ha hecho daño a Beth? —preguntó comprendiendo el enfado de su patrón.

—Sí, la ha golpeado por la espalda, la ha abofeteado, le ha tirado del pelo, la ha arrastrado por el suelo... Por lo visto no es algo nuevo, ha estado observándola, vigilándola, amenazándola... Si no llego a aparecer, no sé qué hubiera hecho con ella.

Volvió a beber de un trago lo que le quedaba en la copa y la llenó por tercera vez.

—¿Por qué no dijo nada?

—Lo hizo —sonrió con desgana—, la muy estúpida se equivocó de nombre y me dijo que eras tú; como comprenderás, no la creí, y se la he dejado en bandeja a ese cabrón —se llevó la copa a los labios y volvió a vaciarla en su garganta—. Eres mis ojos aquí Armando, sabes que aprecio tu trabajo, cómo te encargaste de todo cuando yo me fui a Vietnam, que te aprecio a ti y a tu familia —dejó el vaso sobre la mesita—. Ahora me planteo si puedo confiar en ti, si no eres suficientemente bueno o te he exigido demasiado.

—¿Vas a despedirme? —preguntó sin poder creérselo.

—¿Debería hacerlo?

—No, claro que no.

No quería hacerlo, pero no podía permitir que algo así volviera a pasar. Quizás había sido culpa suya, quizás le exigía demasiado a Armando, pero él era sus ojos allí y algo tan grave no debió pasarle por alto.

—¿Cómo no te diste cuenta? —le reprendió.

—No puedo estar en todas partes, Johnny.

—¿Te exijo demasiado entonces?

Armando se preguntó si aquello era una prueba, buscaba la respuesta correcta, no sabía cuál era, así que decidió decirle la verdad:

—No lo sé, hago todo lo que puedo, me encargo de que todo el mundo trabaje, de que las cosas funcionen, de revisar las cuentas contigo, procuro que todo esté bajo control. Si tu mujer necesita una niñera, yo no puedo estar por todo —negó con la cabeza, no sabía cómo hacérselo entender a él—. No me cuenta Johnny, ella no pasa desapercibida, todos los trabajadores la miran, es una mujer bonita y despierta el interés de los hombres.

—¿Entonces es culpa de ella? —demandó molesto—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—No.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que no soy omnipresente. Te he dedicado más tiempo a ti y a tus tierras que a mi propia familia, que a mi propia casa, no puedo hacerme responsable de tu mujer también.

Armando suspiró y se volvió a poner el sombrero, iba a despedirlo, no creía merecerlo.

Johnny pateó el aire y volvió a llenarse el vaso, le exigía demasiado y no tenía ningún derecho. Si no fuera por Armando, no tendría nada, se había encargado de todo cuando él no pudo hacerlo, y seguía haciéndolo a pesar de que él había vuelto, no podía pedirle más.

—Yo me encargaré de mi mujer, pero quiero que te mantengas alerta, que no permitas que algo así vuelva a pasar. Si necesitas ayuda, delega en alguien y contrataremos más gente, no quiero que ese tío vuelva a poner un pie en mis tierras.

—¿No vas a despedirme? —preguntó algo más relajado.

—No, eres mis ojos, la persona en la que más confío —se restregó los ojos, empezaba a tener jaqueca—. Quiero que ese hijo de puta se marche del pueblo, habla con quien tengas que hacerlo, haz correr la voz, si alguien quiere que le deba un favor, que no lo contrate.

Titubeó un momento, Johnny parecía que había bajado la guardia, que se relajaba.

—Él está viviendo aquí —dijo con una mueca esperando su reacción.

—¿Cómo? —preguntó Johnny en un grito, enfureciéndose.

—Su casa se incendió, su mujer murió en el incendio, estaba destrozado, lo había perdido todo —le explicó—, le ofrecí que se mudara a una de las casas junto a las caballerizas.

Johnny quería golpear a Armando, quería golpear al otro, quería destruir todo cuanto lo rodeaba. Se sentía consumido por la rabia, no se enteraba de nada y eso lo frustraba de mala manera. El bastardo estaba viviendo en sus tierras, eso explicaba cómo controlaba cada movimiento de Beth, cómo sabía todas aquellas cosas que ella le había explicado.

Se apoyó en la mesita intentando calmar su humor, calmar su ira y frustración, las manos le temblaban. La mesita voló por los aires, como todo lo que había sobre ella.

Cuando Armando lo vio acercarse a él dio dos pasos atrás. Johnny se había vuelto una persona agresiva, cuando las cosas escapaban a su control, se volvía medio loco y nada lo detenía.

—Bajaremos a hablar con él —fue hasta el escritorio y cogió su revólver—; si sabe lo que le conviene, se irá muy lejos —anunció guardando el arma en la parte trasera de su pantalón.

Juntos, bajaron hasta las casas de los empleados. La puerta de la casa donde vivía Antonio estaba cerrada. Johnny la pateó hasta abrirla, descargando algo de toda la rabia que lo consumía.

Las luces estaban encendidas, el televisor también. Armando subió a la planta de arriba, todo estaba en orden hasta que llegó a la habitación; sobre la cama había una maleta abierta, a medio hacer, seguramente lo habían sorprendido marchándose cuando Johnny empezó a golpear la puerta principal.

En la planta de abajo a Johnny le pareció oír un ruido, fue hasta el sonido del televisor, golpeándose con todo lo que cruzaba en su camino, para después patearlo rabioso. Llegó hasta él y lo apagó.

—No está arriba —dijo Armando bajando la escalera—, pero ha estado aquí, tiene la maleta a medio hacer.

Johnny tenía todos los sentidos alerta, le pidió a Armando que se quedara donde estaba, había oído algo, ese cabrón andaba cerca y entonces sintió el olor a gas; se lo dijo a Armando y este fue a la cocina.

Armando comprobó que los fogones de la cocina estaban abiertos, la puerta de la cocina no tenía echada la llave. Dedujo que había salido por ahí cuando ellos habían llegado. Abrió las ventanas para que la casa se ventilara, preguntándose qué pretendía abriendo el gas de la cocina.

—Ha dejado el gas abierto, todos los fogones estaban abiertos —le explicó a Johnny abriendo el resto de ventanas del comedor.

—Estaba aquí cuando hemos entrado —comprendió Johnny.

Armando revisó el resto de la casa mientras Johnny se enrabieta solo, si hubiera podido ver no se le habría escapado. Lo imaginaba moviéndose a su alrededor, sin que él se diera cuenta, y quería matarlo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Armando al abrir la puerta del sótano.

En los peldaños que bajaban había varias velas encendidas, por eso había dejado el gas abierto, esperando que salieran por lo aires; si Johnny no llega a detectar el olor, podrían haber muerto.

—¿Qué pasa? —preguntó Johnny intentando llegar hasta él y chocando con todo a su paso.

Armando encendió la luz, era de baja intensidad de color roja; volvió sobre sus pasos, no quería que Johnny, con lo alterado que estaba, se cayera por las escaleras.

—En el sótano hay varias velas encendidas —le explicó.

Johnny se cogió a su hombro y bajaron juntos al piso bajo tierra. Armando observaba aquello sin dar crédito a lo que veía, en el lado izquierdo de la sala había un montón de velas encendidas.

—No puedes imaginar lo que hay aquí —dijo observando lo que había junto a las velas—, es peor de lo que creías —negó con la cabeza—, mucho peor.

Johnny se quedó junto a la barandilla de madera de las escaleras, allí abajo había un olor extraño, algo que no fue capaz de identificar, un olor fuerte de algo químico sin duda, no tenía ni idea de qué clase.

—¿Qué es ese olor? —demandó ansioso.

—Se ha hecho como un estudio fotográfico —observó las cuerdas donde tenía fotografías colgadas.

—¿Un estudio fotográfico? —preguntó Johnny frustrado sin comprender.

—Tiene fotos por todas partes, un altar —se corrigió—, con fotografías de Beth —sintió que se ruborizaba al ver algunas de las más grandes, donde ella estaba desnuda en el lago.

La sangre se le heló cuando vio a su hija en traje de baño con ella en el lago, también había de Johnny, de su amigo Ben, de Florence, del ebanista, incluso de él... Todas tenían una cosa en común: Beth.

—¿Qué clase de fotografías? —preguntó Johnny ansioso de información.

—De toda clase —apartó la mirada de las fotos, sobre el altar había varios álbumes, todos de ella, aquello era enfermizo—, tiene cientos de fotos Johnny, no exagero, también sales tú con ella, tu amigo, mi hija... Tendríamos que llamar al Sheriff, esto es espeluznante.

—Llámalo —ordenó Johnny a punto de estallar de un momento a otro—, que venga ahora mismo.

Armando no quiso hablarle de las fotografías en las que Beth estaba desnuda, no quería ni mirarlas. Las quitó de la pared, así como las tres en las que salía su hija. Guardaría aquellas fotos en la caja fuerte de Johnny, por si acaso algún día las necesitaba. No quería que nadie las viera.



—Beth, dijiste que estarías allí —le reprendía Florence.

—Te irá bien —insistió Beth recogiendo algunos mechones de su pelo y colocándole florecillas—, no dejes que la vergüenza te venza y listo.

—Johnny estará contigo, si ese hombre se presenta allí no permitirá que se acerque a ti.

Su sola mención hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Florence, desde el espejo, vio cómo Beth se estremecía. Había perdido su seguridad, se pasaba el día encerrada en casa con el libro de la autoescuela arriba y abajo, había dejado de ir a clase, incluso había discutido por ello con Johnny. Tenía miedo y Florence la compadecía, por eso dormía cada noche con ella, en contra de los deseos de su madre, que se lo había prohibido. Por primera vez le había llevado la contraria y su relación parecía enfriarse. Se sentía incapaz de dejar a Beth sola, con el miedo brillando en sus ojos claros, aunque su madre estuviera decepcionada con ella, creía que hacía lo correcto.

Llamaron a la puerta y Beth dio un brinco.

—Adelante —dijo intentando mantener la compostura.

—Tenemos que irnos, Beth —dijo Johnny entrando en la habitación de su mujer.

Beth lo miró un momento, se había vestido para salir, camisa de cuadros azules y blancos, tejanos oscuros y botas. Había cambiado su acostumbrado sombrero de Stetson de cowboy marrón, por uno blanco, resaltando el tono moreno de su piel, le quedaba bien, estaba guapo. La noche anterior le había vuelto a retocar la barba, mientras repasaban el maldito libro de la autoescuela.

—No estoy preparada —dijo alzando el mentón volviendo la vista al peinado de Flor.

—¿Qué te falta? —preguntó intentando ser paciente—. Armando está esperando abajo.

—No es eso, no estoy preparada para el examen, voy a suspender, no quiero ir.

No quería volver a discutir, era muy terca, pero él también, no pasaría por el aro. La había animado a volver a la rutina, aunque ella se negaba. Antonio se había ido, la misma noche en que la atacó había desaparecido; la policía lo buscaba y darían con él, no se atrevería a ir al pueblo. Estaba a salvo, sin embargo parecía que no se sentía así, no quería ir al pueblo ni muerta, ni dormir sola, no quería salir de casa y él estaba harto.

—Ya lo hemos discutido, Beth —intentó ser paciente, por ella—, estás preparada.

—No, no lo estoy —dejó el pelo de Flor y se giró hacia él cruzándose de brazos—, no voy a examinarme para hacer el ridículo.

Desde que le preguntó si era tonta en una discusión, parecía que había hecho aflorar su inseguridad. Ya empezaba a conocerla, era una niña insegura que se escondía detrás de un físico espectacular (por lo que todos decían), pero que estaba llena de complejos que intentaba ocultar tras esa fachada.

Se acercó con la mano alzada hacia ella y Beth le cogió la mano; se llevó su mano a la cara.

—No quiero ir —dijo con voz lastimera restregando su cara contra su mano.

Johnny sonrió de medio lado a pesar de que llevaba su paciencia al límite.

—Hacerme la pelota no te servirá de nada —negó con la cabeza alzando una ceja.

Beth le soltó la mano y él le acarició la nuca con ambas manos, las bajó por los brazos y se los acarició arriba y abajo. Johnny había descubierto que era más cariñosa de lo que parecía y a él le gustaba tocarla.

—No vas a suspender —le aseguró paciente—, he estudiado contigo, estás preparada y si suspendes, no pasa nada, volverás a intentarlo, eso no significa que hagas el ridículo.

—No pienso ir —siguió ella terca arrugando los labios.

—Me da igual lo que digas —se agachó y, antes de que pudiera escapar a su alcance, la cargó al hombro—, si tengo que llevarte a rastras lo haré.

—¡Johnny, bájame! —le golpeó la espalda, pataleando en el aire.

Se dirigió a la puerta cargando con ella mientras soltaba improperios. Florence se levantó del tocador y le abrió la puerta a Johnny antes de que se golpeará con ella y se agachó para mirar a Beth.

—Suerte —le dijo sonriendo.

—Suerte las narices, ayúdame, haz que este bárbaro me suelte —le pidió a su amiga.

—Esa boca —la regañó Johnny dándole un cachete en el culo—. Tendrías que volver a salir a correr, porque me parece que estás engordando, la última vez no pesabas tanto —le dijo de broma.

Flor no hizo nada por ayudarla, le decía adiós con la mano sonriendo como una idiota.

—Yo no he engordado, ¡bájame! —se quejó—. Bájame ahora mismo o te arrepentirás, hablo en serio.

Johnny soltó una carcajada ante su amenaza. Se cogió a la barandilla para no perder el equilibrio, ella pesaba y que no dejara de moverse no se lo ponía fácil.

Salió al exterior y, cuando Armando vio a Johnny acercarse con Beth al hombro como si fuera un saco, tuvo que reírse.

—Cuando dijiste que la bajarías quisiera ella o no, no pensaba que harías

esto —le cogió del brazo para que se detuviera o chocaría contra el vehículo.

Johnny se paró y dejó a Beth en el suelo. Armando le abrió la puerta de la ranchera.

—Es una mula —le contestó a su amigo cogiéndola del brazo para que no se escapara.

—¡Yo no soy ningún animal, bárbaro! —contestó ella.

Johnny ignoró su insulto, buscó la puerta del coche y la empujó hacia ella.

—Adentro.

Beth lo miró con los labios fruncidos, no estaba lista para aquello; además, tenía miedo de encontrarse con ese hombre, por eso no había ido a clase, por eso no quería ir a la fiesta, por eso dormía con Flor.

—No quiero ir —dijo con voz lastimera—, porfa Johnny, de verdad —le rogó—, no estoy lista.

—Lo estás Beth, lo harás muy bien.

De mala gana subió a la ranchera y Johnny se sentó junto a ella. Cuando Armando inició la marcha, Johnny intentó que repasara por el camino, pero se cruzó de brazos y no dijo ni media palabra.

Al llegar, el examen ya había empezado, a pesar de ello la dejaron entrar por deferencia a Johnny. Era una persona importante en el pueblo, a pesar de vivir a las afueras.

Se aseguró de que entrara y le pidió a Armando que se marchara. Sacó su bastón blanco, no le gustaba usarlo, le hacía sentir vulnerable y estúpido. A pesar de eso, debía predicar con el ejemplo; si Beth no podía esconderse, él tampoco, y conocía sus limitaciones muy bien.

Beth se sentó en aquel estúpido pupitre y cogió el examen. Unas chicas soltaron una risita mirándola, eso la ponía de los nervios. Aquello era volver al instituto, solo que allí al menos la respetaban; la criticaban, sabía que lo hacían, pero nadie se atrevía a reírse de Beth Stewart en su cara, o al día siguiente sería un marginado. Ahora era Beth Reese, una mujer casada, de la que las chicas de su edad se reían.

El examinador llamó la atención de las chicas, ella rompió el precinto del examen y se puso manos a la obra; ya estaba allí, no había vuelta atrás.

Johnny esperaba en la recepción a que saliera, había aprovechado para comprarle algo para aquella noche. Ya la había arrastrado hasta el pueblo, ahora debía convencerla para que se quedara a la fiesta.

Oyó cómo la gente salía poco a poco, pero Beth no salía, esperaba que lo viera al salir.

—¡Johnny! —oyó que ella lo llamaba, se puso de pie y ella lo arrojó—. ¡He aprobado! —gritó abrazándolo—. ¡He aprobado! —repitió llena de incredulidad.

—Sabía que lo harías —la estrechó y le besó la cabeza.

—Solo he cometido un fallo, y una de las idiotas que se reían de mí, ha suspendido.

Se puso a reír como una loca. Johnny se preguntaba qué era lo que más le alegraba.

—Sabía que aprobarías, he aprovechado para comprarte un regalo para esta noche.

Le tendió una caja grande; a Beth le encantaban los regalos, pero no le gustaba cómo sonaba lo de esa noche, no quería ir a la fiesta. María le había dicho que iba todo el mundo y no quería encontrarse con aquel cerdo. Con recelo, cogió la caja y la abrió, en su interior había un sombrero Stetson muy parecido al que llevaba él, del mismo color blanco impoluto, pero más pequeño.

Se echó a reír de buen humor y se lo probó, le quedaba como anillo al dedo.

—Gracias —le dijo poniéndose de puntillas para besarle la mejilla.

Johnny no esperaba que ella lo besara, no había sido más que un besito de lo más casto en la mejilla y, a pesar de ello, le supo a gloria.

—Vamos a tomar algo para celebrarlo —dijo él cogiéndola de la cintura.

Salieron al exterior. Beth se miró en el aparador de la cafetería de manteles rojos y blancos. Le gustaba el sombrero, le quedaba bien, aunque no le pegaba nada con la ropa. Le daba lo mismo, había aprobado, no era tan idiota como todos pensaban.

Johnny le dijo que irían a la fiesta del pueblo, que había quedado en un rato con Armando, que iría con María y su mujer, la cual tenía muchas ganas de conocer a Beth. Ella se mostró reacia, pero al final se dejó convencer, la alternativa era volver a casa andando y estaba demasiado lejos, demasiado trayecto para que ese hombre la encontrara y acabara lo que había empezado.

Para hacer tiempo fueron de compras, compró unas botas altas a juego con el sombrero, una minifalda tejana y una camisa de cuadros muy parecida a la que llevaba Johnny, que se anudó a la cintura. Quizás se veía mucha carne, si su madre la viera le daría un ataque. Al pensar en ella sonrió mirándose al espejo, debía decirle que ya tenía la teórica del carnet, a la primera, iba a sorprenderla; aún más se sorprendería su padre, pero no sería ella quien se lo dijera.

Beth se cogió del brazo de Johnny para guiarlo por el pequeño pueblo; la siguiente parada fue la tienda de música, ya estaban cerrando, en cuanto atardeciera empezaba el desfile.

Entraron en la tienda, sonaba *bang bang*, de Nanacy Sinatra, una canción de hacía varios años. Beth pensó que quizás ahora llegaba a Tejas, era probable que el problema fuera del pueblo, no del estado.

Detrás del mostrador, en lugar del chico joven y fumado, había una señora mayor.

—¡Señor Reese! —exclamó cuando entraron—. Cuánto tiempo, me alegra verlo.

Johnny no recordaba el nombre de la mujer, apenas se acordaba de su cara, lo único que recordaba era que tenía el cuello largo como el de una jirafa y que era muy huesuda.

—Buenas tardes —contestó él cortésmente—, un placer saludarla, le presento a Beth, mi esposa.

Beth alzó la mirada mirándolo con incredulidad.

—Señora Reese —inclinó la cabeza saludándola. Beth odiaba que la llamaran de esa forma—. Es usted muy guapa, ahora comprendo por qué me hijo le hizo aquel precio en su última compra, una ganga —comentó apretando la boca en una línea recta.

Beth alzó una ceja con chulería. No quería que esa mujer metiera su nariz aguileña donde no debía, no le había devuelto a Johnny ni un centavo del dinero que le dio, ni le habló de la rebaja.

—Fue un trato justo —replicó a la defensiva. Johnny ladeo la cabeza, algo había cambiado, parecía molesta, se estaba perdiendo algo y eso le molestaba—; además, para lo que duró, demasiado pagamos.

—¿Se les ha estropeado? —demandó esperando poder recuperar parte de las pérdidas en la reparación—. Si es así podemos repararla, mi marido puede hacerlo, es su trabajo.

—Aquí mi marido —le señaló Beth con el dedo pulgar—, la hizo volar por los aires, solo pudimos recuperar los discos y gracias.

Johnny no podía creer que hubiera dicho eso, a nadie le importaba si la había roto, solo faltaba que le dijera que destrozó la sala de estar entera.

—Beth —le recriminó Johnny en tono seco.

Beth se giró para mirarlo, volvía a estar serio, parecía que su buen humor había desaparecido. Se preguntó si había descubierto que le estaba quitando dinero. La dependienta miraba a uno y otro. Beth dejó de mirar a Johnny, había entrado allí con un propósito y no era discutir con Johnny, ni con esa mujer.

—Quiero un tema, pero no sé cómo se llama la canción o quién la canta, ni siquiera de qué año es.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó la dependienta.

—Me sé la letra, si quiere se la puedo cantar.

—Eso ayudaría —dijo la mujer apenas sin abrir los labios.

Beth empezó a cantar, Johnny la escuchaba con atención, la había oído cantar pero nunca sin música. Cantaba muy bien, tenía una voz suave y musical, conocía la canción y la cantaba con mucha dulzura.

—Be my baby, la canta un trío que se llaman The Ronettes —dijo Johnny—. ¿Dónde la has escuchado?

—Me la canta Flor cuando estoy nerviosa o no puedo dormir.

Johnny casi no podía creerlo, no se imaginaba a Florence cantando delante de alguien, su amistad se estrechaba día a día y parecía que era buena para ambas.

Quedaron en recoger el single y fueron al grill; allí se encontraron con Armando y su familia.

Mary, la mujer de Armando, se moría de curiosidad por Beth. No comprendía cómo la mujer del jefe de su marido se había convertido en la amiga íntima de su hija. Armando le había asegurado que en cuanto la conociera lo comprendería, y había llegado el momento.

En cuanto entraron en el grill, María corrió en su busca, la abrazó a ella y después a Johnny.

—Qué monos —dijo María inocente, a la vez que se acercaban a la mesa donde estaba su familia—, vais vestidos a conjunto, me gustan tus botas Beth, son lo más.

Mary los observó acercarse, la mujer de Johnny era impresionante, tenía un cuerpo delgado y definido, era esbelta, de piernas largas y tenía una cara muy bonita y resultona.

—Sí, lo más que se le puede pedir a este pueblucho —contestó ella con su arrolladora sinceridad.

—¿Te has vestido igual que yo? —se rio Johnny por lo bajo.

Llegaron a la mesa. Beth no prestó atención. Johnny se estaba riendo de ella, no sabía si seguía enfadado y quería humillarla, o solo era una broma; por si acaso, decidió atacar, era la mejor defensa.

—Sí —le contestó con soberbia—, me he vestido como tú, de paleta sureña.

Johnny soltó una carcajada. Beth intentaba incomodarlo o molestarlo, ella sabría por qué, le resultaba muy gracioso cómo intentaba sacar las uñas y el poco efecto que tenía.

Mary los miró con la boca abierta, era buena juzgando a la gente, no solía equivocarse, y Beth le pareció una snob, además de una maleducada. Volvió la cabeza hacia a su marido, él parecía divertido mientras volteaba los ojos, pensando que seguían en pie de guerra. Cuando miró a su mujer la sonrisa se le borró de la cara, estaba molesta y su mujer tenía mucho carácter, no quería enfadarla.

Mary no tenía ninguna gana de reír, no quería que su hija aprendiera modales de esa mujer maleducada, con cuerpo de infarto, que vestía con tan poquita ropa. Su hija la idolatraba, no había más que ver la forma en que la miraba, como la halagaba, a pesar de que María no era muy dada a los halagos.

Se hicieron las presentaciones, Mary habló con Johnny preguntándole cómo se encontraba, apenas habían hablado desde su regreso.

Beth le contaba a María que había aprobado el examen, estaba entusiasmada. Johnny apenas escuchaba lo que Mary le decía, escuchaba la sonrisa en la voz de Beth. No se había separado de él con la llegada de María, seguía cogida de su brazo. Pensó en lo fácil que sería acostumbrarse a tenerla cerca. A pesar de esa lengua tan larga que tenía, era dulce y cálida, vulnerable, y él deseaba protegerla.

Se sentaron en la mesa. Beth se sentó al lado de Johnny y le cogió la mano bajo la mesa. Miraba a su alrededor, asegurándose de que no había rastro de ese hombre que quería matarla. El grill estaba mucho más lleno que por la tarde y empezaba a sentirse nerviosa.

—¿De dónde eres, Beth? —preguntó Mary interesándose por ella.

—De Shelby —contestó aún observando a su alrededor—, Indiana.

—¿Y qué te parece esto? —intentó que se mostrara un poco—. ¿Te gusta Smithiville?

—No es muy diferente a Shelby —contestó con gesto indiferente, algo más tranquila al ver que no estaba ese hombre entre el gentío—, la gente del pueblo es amable, aunque obviamente sureña y huele a mierda de vaca, parece que por aquí todo huele igual, supongo que con el tiempo me acostumbraré.

Johnny intentó ignorar que acabara de decir en la mesa que olía a mierda de vaca, era el comentario más inapropiado que podría haber hecho, había sido muy desagradable. Se recordó que así era ella, sincera, de una forma descarada y aplastante, pero sincera.

—¿Tienes algo en contra de los sureños o el olor a mierda de vaca? —demandó Mary.

Johnny se frotó los ojos, aquello no iba bien; si a Mary no le gustaba Beth, la despellejaría sin piedad, era una mujer de armas tomar.

—Ninguno de los dos me agradan, pero tú tampoco eres de aquí —miró los ojos verdes de la madre de María sonriéndole—, tampoco pareces mejicana, no reconozco tu acento, pero no eres del sur.

—No —contestó Mary, satisfecha—, soy de Tennessee.

Tennessee, pensó Beth, ella era de un punto intermedio entre Indiana y Tejas, entre Johnny y ella.

—¿Te gustó esto al llegar? —preguntó interesada; soltó a Johnny y apoyó los codos en la mesa.

A Mary se le daba muy bien la gente, era muy intuitiva y no solía fallar en sus primeras impresiones. Su marido le había hablado de Beth, también su hija, los dos tenían opiniones opuestas, ella se formaría la suya y, como de costumbre, no erraría.

—Me gusta el clima, la gente es amable y me aceptaron muy bien en la comunidad.

—María, acompáñame a pedir a la barra o nos perderemos el desfile —le pidió Armando a su hija.

—Yo iré contigo —se puso Johnny de pie.

—Voy contigo —se levantó Beth de su asiento como un resorte, cogiendo la mano de Johnny.

—No —contestó Johnny—, quédate aquí con las chicas.

—No —observó de nuevo su alrededor, a su lado se sentía protegida—, voy contigo.

Mary le ordenó a su hija que fuera con ellos y a Beth que se quedara. Beth, contra su voluntad, volvió a sentarse.

Mary le daba conversación, ella le contestaba errática, mirando a cada momento hacia atrás, asegurándose de que Johnny seguía allí; si ese hombre entraba por la puerta llegaría antes a Johnny que él a ella, no se dejaría coger de nuevo.

Mary no tardó en entender el comportamiento de Beth, su marido le había explicado lo sucedido días atrás. Ella estaba muerta de miedo, era joven y sociable, no le costaba hablar, lo hacía con total sinceridad, sin preocuparse de cómo afectarían sus palabras a los demás. También era impertinente y necesitaba madurar, parecía que tuviera la edad de María.

Beth vio entrar a Flor con Steven, los saludó con la mano y ellos le devolvieron el saludo. Flor estaba guapa, el peinado que le había hecho le sentaba bien, sus facciones se pronunciaban, los labios carnosos llamaban la atención, esperaba que Steven la besara.

—Florence parece otra —comentó María cargada con las bebidas que dejó sobre la mesa.

—Espero que Steven cumpla y la bese —contestó Beth con gesto soñador siguiéndolos con la mirada.

Armando y Johnny venían detrás de ella con una camarera, dejaron toda la comida sobre la mesa y se sentaron. Beth se pegó a Johnny, teniéndolo al lado el miedo dejaba de oprimirle el estómago.

Bendijeron la mesa, Beth ya había perdido la costumbre, Johnny no lo hacía nunca, había perdido su fe. Aquello le recordó a su casa, a sus padres, seguía muy enfadada con su padre, pero a pesar de ello los extrañaba a los dos. Cenaron bebiendo cerveza, Beth bebió más de lo que estaba acostumbrada, se sintió contenta y la sensación de miedo había pasado, así que siguió bebiendo, no le gustaba vivir con miedo.

Algunos vecinos del pueblo se acercaron a la mesa a saludar, también las amigas de María, ella les había hablado mucho de Beth y sentían curiosidad por la rubia de pelo corto. Johnny ignoraba la conversación de los mayores, se interesó por cómo las amigas de María hablaban con Beth, le pedían consejos de belleza, de maquillaje y cosas así. Beth era brutalmente sincera, hasta el punto de la ofensa, pero ellas seguían allí, preguntándole una cosa y otra.

—Deberías llevarte a tus amigas —le dijo a María en voz baja—, Beth las está ofendiendo y se molestarán contigo, conseguirá que te quedes sin amigas.

—No —contestó María—, lo que dice es verdad, y si quieren que ella las ayude para el baile, tienen que estar preparadas para escuchar las críticas.

Johnny no comprendía nada, no entendía por qué esas chicas querrían que Beth las ayudara.

Antes de marcharse pidieron una botella de tequila, pero a Beth aquello le sabia a rayos y centellas; dos chupitos después, cuando fueron a salir del grill para ver la cabalgata, a duras penas podía caminar recta.

—¿Estás borracha? —le preguntó Johnny, que notaba que se la trababa la lengua.

—Creo que sí —dijo Beth con una risita tonta y los ojos brillantes—, estoy mareada.

Le cogió el brazo e hizo que él le rodeara los hombros, Johnny pensó que aquello no era una buena combinación, él no podía ver y Beth estaba borracha, iba tropezando con todo.

En la calle había mucha gente, no dejaban de pasar por su lado rozándolo, empujándolo, empezaba a agobiarse y eso le daba jaqueca. No le gustaban las aglomeraciones.

Armando veía cómo el agobio de Johnny se acentuaba, lo conocía muy bien y, solo con mirarlo, sabía que no estaba cómodo. Los llevó algo alejados del mayor bullicio, desde donde podrían ver la cabalgata perfectamente aunque fuera a distancia.

A María no le gustó el sitio que eligieron sus padres para ver el desfile, estaban demasiado lejos. Le pidió a Beth que fuera con ella más cerca, pero Beth se mostró reticente a separarse de Johnny.

Beth se apoyaba en el pecho de Johnny de espaldas a él. Sentía el olor de su pelo bajo su nariz, ella decía que allí olía a mierda de vaca, pero él solo era capaz de olerla a ella y le encantaba cómo olía.

—¿Por qué no te has ido con ella? —preguntó acariciándole los brazos, su suave piel estaba helada.

—Prefiero quedarme aquí contigo —contestó apoyándose en su pecho.

Johnny sonrió, prefería estar con él que con sus amigas, no estaba celoso de María o de Florence, pero le gustó que lo eligiera a él por una vez. Beth no era una persona especialmente interesante, a pesar de ello se sentía bien en su compañía, le gustaba estar con ella, tomarle el pelo. Desde lo ocurrido con Antonio estaba tensa, esperaba que pronto lo encontraran y ella volviera a ser ella misma.

—Explícame cómo es la cabalgata —le pidió Johnny.

Beth lo hizo, empezó por contarle cómo el pueblo estaba iluminado con bombillas pequeñas como si fuera navidad, con lengua ligera le explicaba las carrozas que pasaban, las criticaba. Se ensañó con la última carroza, la reina de la belleza. Johnny la corrigió, era la reina del maíz; fuera como fuera, Beth le sacó diez mil defectos a aquella pobre chica. Johnny la imaginaba como uno de los orcos de Tolkien.

La gente empezó a dejar las calles, todos irían al rancho de los Anderson. Johnny quería marcharse a casa, le dolía la cabeza y allí estaría todo el pueblo metido, apiñados. Además, Beth no debía beber más, su lengua había dejado de trabarse, parecía que se le pasaba la borrachera y no quería que bebiera más.

Johnny le pidió a Armando que los llevara a casa. Beth ni replicó.

*Diecisiete:
Contigo me siento segura*

Los cinco fueron en coche hasta la hacienda de Johnny. Armando y su familia volverían a la fiesta en cuanto los dejaran. María quería quedarse a dormir con Beth, pero también quería ir a la fiesta del pueblo, por el camino iba sopesando qué era mejor.

—Huele a humo —dijo Johnny en el asiento delantero.

Beth miró por la ventanilla, ella no olía nada. Bajó la ventanilla de la parte trasera, donde estaba con María y su madre, seguía sin oler nada.

Armando tardó un poco en captar el olor, este llegó a él y se temió lo peor. Aceleró la velocidad y, a medida que se adentraban en el camino de tierra que los llevaría a la hacienda, el olor se hacía más intenso. No paró frente a la casa, sino que la rodeó.

—¡Hijo de puta! —exclamó al ver las llamas.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Johnny.

Beth miró por la ventanilla, en la casa no había fuego, ella no lo veía, aunque sí podía olerlo.

—Las caballerizas, bajaros del coche —dijo apremiante—, bajaré a intentar apagarlo.

—Vamos María —le dijo su madre bajando del coche. La cogió del brazo y la obligó a salir—, entra en la casa y llama al Sheriff Pierce, dile que hay fuego y no salgas de allí.

María miraba el fuego con los ojos abiertos como platos, llenos de lágrimas de la impresión. Creía oír a los caballos relinchar mientras se quemaban vivos, aunque era imposible a aquella distancia.

—¡Muévete! —le gritó su madre subiendo al coche de nuevo—. Bajaré a ayudaros.

—¿Beth ha bajado del coche? —preguntó Johnny incapaz de mantearse más tiempo allí parado mientras sus tierras eran consumidas por el fuego.

—No voy a separarme de ti —dijo con un hilo de voz impresionada, mirando hacia el fuego.

Armando pensó que no era buena idea que las mujeres bajaran, ni siquiera Johnny. Esperó que él le dijera a Beth que se quedara, pero no lo hizo y sabía que ocho manos, aunque fueran torpes, eran mejores que dos; si el fuego llegaba a la cosecha ardería como paja.

Vio cómo María entraba en la casa y salió de allí como alma que lleva el diablo; se apresuró a bajar la pendiente hasta las caballerizas.

En cuanto el coche paró, Johnny se bajó de él, completamente desubicado y rabioso. Sabía muy bien quién había hecho aquello, no sabía qué magnitud tenía el fuego, pero imaginó que debía ser grande, el humo lo asfixiaba y el calor era muy intenso.

—Debemos controlar el fuego para que no se expanda por toda la cosecha —le dijo Armando a Johnny—; Mary, ven conmigo.

Mary se bajó del coche y corrió junto a su marido. Beth, en el coche, se sentía paralizada, todos se habían puesto en marcha. Armando y su mujer habían desaparecido, Johnny iba directamente hacia las llamas y tuvo que buscar fuerzas de donde no creía tenerlas para bajar del coche y detenerlo.

María corrió todo lo rápido que pudo hasta llegar a la cocina y llamó a la comisaria del Sheriff, que estaba en la fiesta del pueblo. Le dijo a su ayudante que las tierras del señor Reese estaban en llamas y le aseguraron que llegarían lo más rápido posible. Colgó el teléfono y llamó a Nana a voces, ella debía estar allí.

Nana, que estaba durmiendo, oyó unas voces; se despertó de golpe y salió a ver qué estaba pasando. Se estaba colocando la bata de camino a las escaleras cuando encontró a María, estaba llorando, hecha un manojo de nervios, mientras las subía.

—¡Nana! —le gritó María—. Los establos están en llamas, tenemos que bajar a ayudar.

Armando encendió todo el sistema de riego, le dio una manguera a su esposa y le pidió que no se acercara al fuego más de lo necesario. Aquello no era un accidente, lo habían provocado y los cuatro sabían muy bien quién había sido.

Rodeó las caballerizas, la puerta trasera estaba cerrada, cogió una pala y la rompió; al abrir la puerta una llama salió hacia él; se tiró al suelo, esquivándola por puro reflejo.

En el interior, los caballos relinchaban de forma desesperada y dolorosa. Helaba la sangre, a pesar del inmenso e insoportable calor que salía de allí dentro.

Un chorro de agua lo empapó. Su mujer estaba allí detrás, guardándole las espaldas con otra manguera. La que en un principio le había dado se la había dejado a Beth y a Johnny.

—¡Ten cuidado! —le pidió Mary desesperada al ver cómo las llamas crecían.

Armando afirmó con la cabeza, cogió una de las mantas que ponían debajo de las sillas de montar y entró al mismísimo infierno. Mary no creía que fuera a entrar, se acercó a la puerta y siguió rociándolo con el agua. Debía protegerlo.

Armando fue a abrir el primer box, el caballo se movía inquieto de un lado a otro y se quemó la mano al coger el acero, que estaba al rojo vivo.

—¡Sal de ahí ahora mismo! —le gritó su mujer angustiada.

Ignoró a su mujer, cogió la manta con la mano izquierda y abrió el primer box, el animal salió despavorido. Se tapó la boca con la camisa mojada e hizo lo mismo con el siguiente. La estructura crujía con fuerza, temía que todo se fuera a venir abajo, debía darse prisa.

Los caballos salieron en estampida, Mary se apartó de su camino para que pudieran ir saliendo y ponerse a salvo. Hasta que salió el cuarto o quinto, su lomo estaba en llamas.

—¡Apaga a los animales, no dejes que mueran quemados! —gritaba su marido, al que ya no podía ver.

Mary afirmó con la cabeza e intentó hacer lo que Armando le pedía. El siguiente caballo era uno de los potros más jóvenes, quien cayó al suelo desplomado cuando estaba llegando a la salida; extinguió el fuego de su lomo con la manguera, pero el animal no se movía, con lo que entró para tirar de él, pero pesaba demasiado.

Oyó los cascos de otro caballo mientras se ahogaba por el humo que había consumido al hacer el esfuerzo de sacar al caballo, y pasó junto a ella casi tirándola al suelo.

Armando abrió un box tras otro todo lo deprisa que pudo. El ruido de la estructura era cada vez mayor y ni siquiera había acabado con la primera hilera, debía darse prisa y salir de allí o no lo conseguiría.

Llegó hasta los últimos boxes; el box donde debía estar Bestia, el caballo de Johnny, estaba comido por el fuego, fue a la otra hilera y Bella, la yegua de Amanda, no se movía, sus ojos reflejaban cuan alto era su terror; abrió el box y el animal no se movió.

Entró dentro sabiendo que se estaba jugando la vida por una yegua. No quería para ella la misma muerte que había tenido su compañero. Bestia estaba muerto, a Johnny se le partiría el corazón, no podía permitir que Bella también muriera.

Tiró de ella hasta que se puso en pie y la golpeó en el lomo para que saliera.

Al otro lado de la infraestructura que empezaba a ceder estaban Beth y Johnny.

El aire avivaba las llamas y el humo iba hacia ellos. Johnny sentía que se ahogaba, los ojos le escocían. Beth le había dado una manguera y le había dicho que no se moviera de donde estaba, así que ahí estaba, regando no sabía qué, mientras el calor se volvía más y más intenso.

No recordaba una situación más frustrante, y a menudo se sentía muy frustrado. Los demás hacían algo por ayudar, mientras él estaba quieto, con la manguera en la mano como si fuera una fuente, sin posibilidad de saber qué estaba pasando mientras sus tierras se quemaban, sin saber qué cojones estaba haciendo. No quería quedarse allí plantado, sin embargo no podía hacer otra cosa por miedo a quemarse.

Beth luchaba contra las llamas, en las manos tenía una especie de manta, que golpeaba contra el suelo intentando que el fuego no se extendiera. Apenas podía mantener los ojos abiertos de tanto que escocían, esperaba escuchar unas sirenas que no llegaban, el sonido del establo cediendo, la alarmó aquello, se iba a caer de un momento a otro.

Fue hasta Johnny y lo cogió de la cintura, empujando hacia atrás.

—Está a punto de caerse, retrocede —lo empujó con todas sus fuerzas—; vamos, retrocede.

Ambos cayeron al suelo, Beth miró hacia atrás. Johnny, con un movimiento rápido, se sacó a Beth de encima, se puso sobre ella para protegerla, golpeándole la cabeza contra el duro suelo.

El cuerpo de Johnny apenas la dejaba ver. Observó por debajo de su axila cómo la estructura de madera caía al suelo con un sonido atronador, pasto de las llamas, el humo era cada vez más espeso.

Johnny oyó un ensordecedor ruido, sentía que volvía al pasado. El olor a destrucción, el calor infernal de las llamas, el sonido del helicóptero al caer, su cuerpo empezó a temblar. No podía permitirse aquello en ese momento, debía superar sus miedos, ser más fuerte. Agarró el cuerpo de Beth, la pegó a él e inspiró su cuello con fuerza, buscando su aroma. Olía a humo y a destrucción, pero también le llegó una porción de su dulzor, ese olor a Beth. No estaba seguro de si lo había imaginado o era real, pero fue suficiente para recordar dónde estaba.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —contestó Beth tosiéndole en la cara—, tenemos que movernos.

Johnny la cogía de la cintura y se puso de pie, arrastrándola con él. Beth tenía que salir de allí, no quería que acabara en el fuego; en cuanto este tocara el campo, se extendería como la pólvora, y ella debía salir de allí, alejarse y ponerse a salvo con María.

—Vete —la soltó—, ve a la casa y espera a que vengan los bomberos.

—No —dijo Beth tosiendo—, esto es por mí, él lo ha hecho porque no pudo matarme.

Johnny negó con la cabeza, debía hacer que saliera de allí, no tenía tiempo para su cabezonería, no quería que muriera por ella. Antonio no quería matarla, lo que quería era algo muy diferente, estaba obsesionado con ella. La noche en que la atacó, cuando el Sheriff llegó e inspeccionó la habitación, descubrió una carpeta con recortes sobre el incendio que consumió su casa y a su mujer. Aquel incendio fue provocado y, al ver todos aquellos recortes guardados como un trofeo, el Sheriff admitió que sospechaba que lo había provocado él. No pudo dormir en toda la noche, al día siguiente Armando y él habían cogido un bidón y habían hecho un fuego en medio de la plaza donde estaban las casas, habían arrojado los álbumes y las fotos que tenía de Beth en las paredes, los negativos, todo lo que el Sheriff no se había llevado como prueba.

—No quería matarte, estúpida —le escupió Johnny para que se fuera—, lárgate de aquí.

Beth apretó la boca, odiaba que la llamaran tonta o estúpida, en demasiadas ocasiones se sentía de aquella forma, pero no ese día. Había aprobado, no era tan estúpida como todos pensaban, aquello era por ella, no iba a moverse de

allí mientras los demás siguieran.

Fue en busca de la manguera, cada vez le resultaba más difícil mantener los ojos abiertos; el humo la asfixiaba y creía que su corazón se le saldría del pecho de fuerte que latía. Encontró la manguera, no salía agua, y sin agua no tenían nada, no podía apagar el fuego.

Estaban entre las llamas y el campo, el fuego seguiría su curso, se expandiría a razón del viento que soplabla hacia ellos, como el humo, iba en su dirección, y ellos estarían en medio.

—Hay que salir de aquí —dijo cogiendo a Johnny del brazo.

Johnny la rechazó empujándola, ella debía marcharse, no él, él debía proteger lo que le pertenecía.

—¡Dame la manguera y vete!

—¡No hay manguera! —gritó, volvió a cogerlo del brazo y tiró de él—. No sale agua, el fuego cada vez está más cerca, vámonos.

Se sentía impotente, sentimiento que odiaba más que ningún otro. Dejó que tirara de él.

María, desde el porche trasero de la casa, vio cómo el edificio se venía abajo. Quería bajar y echar una mano. Ella podía ayudar, pero no la dejaban. Todos la veían como una niña, todos excepto quizás Beth, que la trataba como a una igual. Iba a entrar a llamar de nuevo al Sheriff Pierce, incapaz de seguir allí parada mirando sin saber qué era lo que realmente estaba pasando, solo veía el fuego, cuando oyó las sirenas. Las luces tardaron lo que a ella le parecieron minutos enteros en aparecer, el coche del sheriff iba delante con sus luces azules; detrás de él, el camión de los bomberos y dos ambulancias.

Cuando todos pasaron junto a la casa, se sintió incapaz de seguir allí arriba. Corrió por el caminito de grava que la llevaba hasta las casas vacías de los trabajadores. Al llegar abajo, siguió corriendo hacia el fuego. Los bomberos mojaban toda la zona con sus largas mangueras, a cada lado había una ambulancia.

Nana volvía, a esa distancia no había sido capaz de ver a nadie más que a ella y a los bomberos.

—¿Dónde están mis padres? —gritó mientras se acercaba a ella a la carrera.

Nana la cogió del pecho antes de que la sobrepasara y no fuera capaz de

cogerla. Su madre sabía que bajaría, le había dicho que volviera a llevarla a casa y eso iba a hacer.

—Están bien María, tranquila, tranquila —le pidió mientras ella forcejeaba por soltarse y comprobarlo por sí misma—, tus padres están en la ambulancia, todos están bien.

—¡Suéltame, Nana! —forcejeó en vano—. ¡Suéltame!

—Tu madre no quiere que te acerques hasta que el fuego esté extinto, tenemos que volver a casa.

—¡No!

—Sí —contestó Nana severa.

La cogió del brazo y la arrastró de vuelta. Si tenía que encerrarla para que no se le escapara, lo haría.

El fuego había llegado hasta el campo. Por fortuna, lo habían podido contener suficiente tiempo, para que, cuando llegaran los bomberos, lo extinguieran antes de que se propagara.

Trataban a Armando en una ambulancia. Se había quemado en la mano, una quemadura de segundo grado, nada grave. Rebosaba de orgullo por su mujer junto a él, llena de hollín y ceniza pero intacta.

En la otra ambulancia trataban a Johnny, había tropezado y se había cortado en la mano. Beth estaba junto a él, hasta que vio la sangre; no le importaba ver un poco de sangre, pero cuando veía mucha le entraba un cosquilleo desagradable en el estómago. Se apartó y se quedó cerca, observando cómo el fuego que había llegado hasta el campo era extinguido. Se preguntaba qué habría pasado si llegan a tardar diez minutos más en llegar, incluso cinco. Quizás no se hubiera podido salvar nada.

Johnny tenía una mala sensación en el cuerpo, aquello no había acabado, si no pillaban a ese cabrón puede que no acabara nunca. A aquel cerdo le gustaba el fuego y también observar.

Todo su cuerpo se tensó, seguro de que él seguía observando en aquel momento.

—¡Beth! —la llamó Johnny.

Su voz parecía apremiante, se asomó a la ambulancia.

—Estoy aquí —dijo agotada, masajeándose las cervicales.

—Ven —extendió Johnny la mano que tenía intacta.

—No quiero ver la sangre —dijo con una mueca al ver cómo le cosían la herida.

—Me da igual lo que quieras —contestó en tono severo—; ven aquí, ahora mismo.

Beth no comprendía a qué venía esa contestación, se acercó hasta él y le dio la mano para que supiera que estaba allí. Johnny la cogió y tiró de ella hasta sentarla a su lado.

—Escúchame atentamente, porque no voy a repetírtelo. —La cogió con fuerza de la nuca y la acercó a él, sorprendiéndola—. No quiero que te alejes de mí ni medio centímetro.

Beth giró la cabeza y lo miró, sus caras quedaron casi pegadas. Johnny estaba furioso y el miedo se extendió por su cuerpo, observando los rasgos de su apuesto rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó a escasos centímetros del rostro de Johnny.

Johnny sintió cómo su aliento le rozaba la cara, la acercó a él y le besó la frente. La impotencia de nuevo, Beth era su responsabilidad, debía protegerla y no sabía cómo hacerlo sin poder ver cuanto lo rodeaba. Aquel hijo de puta iba a por ella o a por los dos. Él sabía que ellos no estaban en casa, todos estaban en la fiesta. No había quemado la casa, sino el que hasta hacía unos días era su puesto de trabajo. Era un aviso, no había acabado, solo acababa de comenzar. No podía contarle a ella sus sospechas.

—¿Qué pasa, Johnny? —repitió la pregunta mirándolo.

—No pasa nada —intentó suavizar la voz—, pero no quiero que te alejes.

Eso era mentira, cuando empezaron a coserle la herida Johnny estaba cabreado, habían pasado unos minutos, lo conocía lo suficiente para saber que estaba rabioso. Se quedó allí hasta que acabaron de coserle la herida, después Johnny la cogió de la mano y le pidió que lo llevara con el Sheriff.

Armando y su esposa hablaban con el Sheriff, le explicaban cómo había pasado todo.

—Armando —lo llamó Johnny.

—¿Estás bien? —preguntó ignorando al Sheriff, que cogía notas en un bloc.

—Necesito hablar con el Sheriff, no quiero que pierdas a Beth de vista.

—¿Qué ocurre, Johnny? —preguntó Mary.

La mujer de Armando se acercó hasta Beth y rodeó su brazo con el de ella, protegiéndola.

—Sheriff Pierce, tengo que hablar con usted —se limitó a decir.

El Sheriff se adelantó y cogió a Johnny del brazo, apartándolo del resto. Beth intentó ir con ellos, pero Mary la cogió del brazo con más fuerza y negó con la cabeza.

—Has tenido mucha suerte —dijo el Sheriff mientras se alejaban—, teníamos todos los dispositivos preparados por si había algún problema en el desfile, de no ser así, no sé qué hubiera pasado.

—¿A esto le llama suerte? —preguntó incrédulo.

—Ya sabes a lo que me refiero, Johnny —intentó justificarse, Johnny se detuvo.

—¡Me importa una mierda la cosecha! —estalló Johnny—. Hoy han sido las caballerizas. ¡Mañana puede ser mi casa o mi mujer! Dijo que lo buscaría, estoy seguro de que él está aquí, observando, mueva el culo y encuéntralo, porque como lo encuentre yo en mis tierras y se ponga a mi alcance, estará muerto.

Armando, sin perder de vista a las mujeres, se puso junto a su jefe. Dispuesto a separarlo del Sheriff si lo atacaba, cosa de la que era muy capaz. Le costaba creer que Antonio estuviera tan loco, siempre le pareció un tipo normal, pero estaba enfermo y Johnny tenía razón, la próxima vez podía ser su casa.

—Johnny, no sabemos si ha sido él —intentó calmarlo Armando—, relájate.

—No pienso relajarme mientras todo cuanto me pertenece esté en peligro, cuando las personas a mi cargo sufren el miedo de no saber si el próximo fuego será bajo el techo en el que viven y duermen.

Se sentía colérico, estaba perdiendo el tiempo allí hablando con él. Si pudiera ver, estaría buscando a ese mamón, no perdiendo el tiempo discutiendo con el incompetente de Pierce.

—Lo cogeremos —dijo el Sheriff Pierce mirando a ambos hombres.

—¡No! Eso ya lo dijo y aquí estamos, yo no puedo ver pero usted sí. Vio las fotografías de Beth, tiene sospechas sobre el incendio en el que murió su mujer. Esto es un aviso, ¿y me pide calma? —resopló intentando no cogerlo de la camisa y golpearlo, aunque deseaba hacerlo—. Creo que conoce a mi padre.

El Sheriff se tensó al escuchar la sola mención de su padre. Todo Texas conocía el nombre de Dan Reese, incluso en los estados vecinos, era una de las personas más importantes de Estados Unidos.

—No lo conozco en persona —se limitó a decir mirando a Johnny a la cara.

—Seguro que ha oído su nombre —contestó intentando mantener la calma.

—Por supuesto.

Johnny pudo oír el temor en la voz del Sheriff. Había sido paciente, había confiado en él cuando aseguró que lo cogerían, ahora su caballo estaba muerto, las caballerizas eran cenizas y Beth estaría todavía más aterrada. Debía plantearse enviar a Beth a Shelby, con sus padres, allí estaría a salvo y feliz.

—Si sabe lo que le conviene, encontrará a ese hijo de puta y le hará pagar por todo lo que ha hecho. Si no, le aseguro que mi padre le parecerá una monjita a mi lado, tendrá que despedirse de su placa y de todas las ventajas de su cargo. Yo no puedo ir a por él, pero sí puedo ir a por usted y pagará por él.

El Sheriff Pierce conocía a Johnny, en dos años había conseguido ser una de las personas más importantes, influyentes y la más rica del condado. Llevaba diez años allí y la gente que contaba, como el alcalde, siempre estaban dispuestos a escucharlo. Su amenaza no caería en saco roto y ambos lo sabían.

—Vamos Johnny —dijo Armando cogiéndolo del brazo antes de que la situación se le fuera de las manos—, Beth está aterrada y debemos dejar trabajar al Sheriff.

Johnny señaló al Sheriff con el dedo índice, o al menos en la dirección donde él creía que estaba.

—Si sabe lo que le conviene ese cabrón dormirá esta noche en la cárcel.

Con la ayuda de Armando volvió junto a las mujeres. Beth se soltó de Mary y le rodeó la cintura abrazándose a él. Había oído la conversación, no se

habían alejado demasiado y Johnny gritaba. Había muchas cosas que él no le había contado, quería reprochárselo, pero entre sus brazos encontraba esa seguridad que no era capaz de encontrar en otro sitio, y era cuanto le importaba en aquel momento.

Johnny se dio una ducha y buscó a Nana para saber cómo estaba Beth. Esta le contó que estaba aterrada e histérica, no quería estar sola, la había obligado a quedarse en el baño mientras se lavaba.

Alguien llamó a la puerta. Beth, con la mirada frenética, buscaba dónde podía esconderse.

—¿Cómo estás? —le preguntó Johnny abriendo la puerta.

Beth corrió hacia él, también se había lavado y se había sacado el hollín de encima. Solo llevaba el pantalón del pijama y, cuando estuvo a su lado, lo abrazó, buscó el latido de su corazón en el pecho.

—¿Qué te pasa? —preguntó acariciándole la cabeza, su pelo estaba húmedo y volvía a oler a ella.

—¿Por qué no me lo contaste? —preguntó ella reprochándole.

La adrenalina había pasado y ahora solo le quedaba el miedo, estaba aterrada.

—No quería que te asustaras —contestó Johnny peinando su pelo—. ¿Preferirías haberlo sabido?

—No —contestó; levantó la cabeza mirándolo—, pero debiste decírmelo, tenía derecho a saberlo.

—Solo intento protegerte Beth, lo hago lo mejor que puedo dentro de... mis limitaciones —suspiró.

—Duerme conmigo esta noche —le pidió sin pensarlo. No quería seguir en aquel estado de estupor y nervios, con él estaría bien—, solo contigo me siento segura, si no es contigo no podré pegar ojo.

Se sintió halagado por sus palabras, su cuerpo también en cuanto la idea de dormir con ella cruzó su mente. Su aroma, que tanto lo atraía, lo rodeaba, su piel estaba fría pero sentía su cuerpo cálido pegado a él y deseó llevar más ropa. No quería tener una erección en ese momento, no imaginaba un instante más inapropiado, pero su miembro crecía deseando dormir con Beth y presentarse. Se apartó antes de que se diera cuenta, quería cubrirse, pero no

quería llamar su atención y que ella se fijara en su entrepierna.

—Dormiré contigo y te contaré lo que quieras —dijo azorado alejándose de ella.

Beth apartó un baúl abierto que estaba en medio de su camino antes de que tropezara, ya que en lugar de dirigirse a la cama estaba cruzando la habitación, lo cogió de la mano.

—La cama no está ahí —dijo contrariada.

—Cogeré una de las sillas —siguió su camino, no había contado los pasos y se sentía perdido.

—No vas a dormir en una silla —le dijo Beth—, puedes dormir en mi cama, sé que me respetarás.

Él no estaba tan seguro. Respetarla había sido muy fácil, hasta ese momento solo lo había atraído su olor. Aquella noche, había demostrado que se preocupaba por él, lo había protegido arriesgando su vida, y lo había sacado del pozo cuando en aquel calor abrasador pensó que estaba de nuevo en la guerra.

Beth lo llevó hasta la cama, se tumbó al otro lado y esperó a que él se tumbara a su lado, parecía incómodo y tenso. Quizás había ido demasiado lejos, quizás era mejor esperar a que llegara Flor y dormir con ella, pero sabía que con ella no se sentiría tan a salvo como se sentía en aquel momento con él.

Johnny se tumbó en la cama boca abajo, aquella cosa no bajaba y la cama olía a Beth en estado puro.

Beth le preguntó que había encontrado en la casa de ese hombre; su miembro se desinfló al recordarlo, se dio la vuelta y le explicó todo, cada pregunta que ella le hizo la respondió con sinceridad.

—¿Crees que está aquí ahora mismo? —le preguntó en la oscuridad de la noche.

—Sí —sintió que Beth temblaba y se acercaba a él—, pero no debe preocuparte. Armando ha revisado toda la casa, él conoce las tierras y en este instante está con la policía buscándolo, lo encontrarán.

—¿Por qué? —preguntó ella intentando contener las lágrimas—. Yo tengo la culpa y ni siquiera...

—No digas eso, Beth —la interrumpió Johnny—, tú no tienes la culpa de nada, él está enfermo.

Beth le cogió el brazo e hizo que él la rodeara, necesitaba sentirlo ahí, cerca, con ella, protegiéndola. Se apoyó en su pecho y no pudo contener las lágrimas por más tiempo.

—No entiendo qué he podido hacer para que se obsesione así, te juro que nunca me acerqué a él.

—Lo sé Beth —la estrechó besándole la cabeza—, no llores, haré lo que haga falta para que estés a salvo.

—Lo sé —contestó ella segura de que lo haría.

No volvieron a hablar. Beth acarició el bello de su pecho hasta quedarse dormida, él no podía dejar de darle vueltas al asunto. Ella tenía fe ciega en él, una fe que no creía merecer; no había mentido, haría lo necesario para mantenerla a salvo y, la mejor manera, era apartándola de allí hasta que lo cogieran. Aquello había sido un aviso, iba a por Beth, ese maldito cabrón se la había jugado bien, había matado a Bestia, acojonado a su familia, había quemado su propiedad. Quería matarlo con sus propias manos.

A la mañana siguiente llevó a Beth a casa de Ben. Una vez estuvo allí, le ofreció pasar unos días con él; la animó diciéndole que la enseñaría a conducir. Ella se enfadó, se sentía estafada, no le había explicado sus intenciones y eran claras, tenía hasta una maleta con sus cosas para aparcarla allí.

—Lo más prudente es que no vuelvas hasta que la cosa se arregle, puedes ir a casa de tus padres.

No quería ver a su padre y allí estaría a salvo. Sin embargo, la recorrió un escalofrío; junto a Johnny se sentía protegida, no estaba segura de querer separarse de él y perder esa sensación de protección.

—¿Crees que es culpa mía lo que está pasando? —le preguntó con un nudo en la garganta.

Johnny pasó la mano por su espalda, necesitaba tocarla, saber que estaba allí con él, que estaba bien.

—Ya te lo dije ayer Beth, esto no es culpa tuya. Él está enfermo, no voy a permitir que se acerque a ti. Puedes irte a casa de mis padres, de los tuyos o quedarte aquí. Confío en Ben y sé que él cuidará de ti.

—Quédate aquí conmigo —le pidió con la voz rota, incapaz de mantener las lágrimas por más tiempo.

—No, yo debo volver a casa.

—Contigo me siento protegida —negó con la cabeza—, me siento segura.

No quería separarse de él. ¿Estúpido? Esa era ella, la gran estúpida, pero quería quedarse con él.

—Ven —tiró de su nuca acercándola a él, le acarició la cara, estaba llorando—. No puedo protegerte.

—Ya lo has hecho —lo abrazó.

Le acarició la nuca a la vez que se frotaba los ojos con la otra mano. Le halagaba que Beth se sintiera protegida por él, le llenaba de orgullo, pero no iba a permitir que su orgullo la acabara matando.

—Se ha enfadado conmigo —le dijo a Armando en la ranchera, de vuelta a casa; una suave brisa le acariciaba la cara—, ni siquiera ha querido despedirse —se lamentó.

—Has hecho lo correcto Johnny, ella aquí estará bien. Ben la aprecia, se nota, cuidará de ella.

Johnny era un hombre frustrado, terriblemente frustrado. Beth era su responsabilidad y allí estaba él, delegando en otra persona, siempre delegando en alguien sin sentirse capaz de hacer algo por sí mismo.

Al llegar a casa le pidió a Armando que llevara a Nana y a Florence a casa de sus padres y se fuera a su casa, él tampoco había dormido nada. Nana se negó a marcharse y, por consiguiente, Florence. A la mañana siguiente el Sheriff se había reunido con él, estaban siguiendo una pista. Johnny volvió a amenazarlo, descargó toda la rabia en ese hombre que a su parecer no estaba cumpliendo con su deber.

Los días pesaban como una condena, no había rastro de ese hombre, el Sheriff decía que sí, que cada vez estaban más cerca, pero él lo dudaba, no creía en su palabra y llamó al alcalde. Cuando lo tuvo en su casa, le recriminó el mal trabajo que el Sheriff Pierce realizaba. Se atrevió a amenazar al alcalde

también.

Nana salió al porche trasero donde estaba Johnny y se sentó con él en el balancín.

—Ha venido el chico de la tienda de música, ha traído un vinilo que la señorita Beth pidió —Johnny afirmó, después la llamaría—. El día que se marchó, encontré algo mientras preparaba su maleta.

—¿Qué encontraste? —preguntó sin humor para los rodeos de Nana.

—Dinero, un sobre con bastante dinero y un mapa —aclaró—; le pedí a uno de los muchachos que me dijera de dónde era. Ella ha marcado el trayecto para ir a California.

—Quiere irse —entendió Johnny y no estaba seguro de cómo sentirse ante eso.

No le hacía feliz, pero no la culpaba, ni siquiera se lo reprocharía, quería marcharse y él lo respetaba. Iba a echarla de menos, ya la estaba extrañando. La única duda que tenía era desde cuándo y cuándo lo haría. Estaba seguro de que le quitaría muchos dolores de cabeza, seguramente sería lo mejor para todos y, sin embargo, le entristecía que quisiera marcharse, se había acostumbrado a tenerla en casa y le gustaba.

—Ese dinero es suyo —dijo Nana—, sé que no es el momento, pero esa chica le ha estado robando.

Era su mujer, lo suyo había pasado a ser de los dos el día que se casaron, así que eso no era robar.

—Déjalo como lo encontraste, cuando vuelva no quiero que le digas nada.

—¿No va a decirle nada, verdad? —preguntó Nana incapaz de contenerse.

—No, cuando ese cabrón esté en la cárcel, si quiere irse que se vaya —fingió indiferencia.

—Es su esposa —le recordó Nana.

—No, es una chiquilla que no tiene por qué cargar con un inútil como yo.

—No diga eso —lo censuró Nana.

—Retírate Nana, por favor, y no le digas nada a Beth o tú te marcharás antes que ella.

Nana se marchó dolida, él lamentaba haberle dicho aquello a Nana, nunca la

echaría de su casa, era una más de la familia, pero ella debía mantener la boca cerrada. Se acabó la cerveza que tenía en la mano y entró en la casa, preguntándose si ya había oscurecido o todavía no, ni siquiera eso podía saber.

Llamó a Ben, este le contó que Beth estaba más tranquila. Decía que era un peligro al volante, la oía a lo lejos quejarse. Entre los dos consiguieron hacerlo sonreír por primera vez desde la fiesta.

Beth dejó de pegar a Ben por meterse con ella y se puso al teléfono. Johnny sintió cómo su tono de voz cambiaba al hablar con él. Con Ben parecía divertida, los dos se estaban riendo, ahora estaba seria.

—¿Cómo estás? —le preguntó Johnny.

—Bien —afirmó con la cabeza y se giró para que Ben no la viera—. ¿Lo han cogido?

—No, todavía no —contestó Johnny con pesar—, pero están cerca de hacerlo.

—¿De verdad lo crees o me lo dices para que no me preocupe?

—Están siguiendo una pista, la policía vigila la casa, si vuelve a venir por aquí lo cogerán —Johnny no quería desanimarla hablando de eso, bastante traumatizada estaba ya—. ¿Cómo van las prácticas?

—Mejor de lo que Ben dice —pudo oír la sonrisa en su boca, seguro que estaba disfrutando—, no soy tan mala como dice, lo hago bastante bien.

—Seguro que sí —sonrió al pensar que ella también estaba sonriendo—. ¿Y te están tratando bien?

—Sí, a su madre no le caigo bien —dijo bajando la voz en tono confidente—, y a su hermana mayor me parece que tampoco...

No le extrañaba, era muy impertinente y eso a la gente le molestaba, quizás no había sido tan buena idea llevarla allí.

—Si prefieres ir a casa de tus padres ve con ellos Beth, pensé que solo serían un par de días.

No quería volver a casa, había hablado con su madre, le había explicado lo sucedido. Su padre había querido hablar con ella y ella seguía negándose, aunque sabía que llegaría un día en que tendría que hablar con él.

—No, no quiero irme, aquí estoy bien. Duermo con Amy, la hermana mediana de Ben, es majísima conmigo; su hermana pequeña, Gala, me hace reír mucho, todo está bien.

—Me alegro —contestó Johnny—, tengo tu disco, el fin de semana puedo acercarme con Armando.

—De acuerdo —contestó animada—. ¿Tienes a Flor por ahí? Me gustaría hablar con ella.

Johnny se sintió decepcionado y no le gustó sentirse así, apenas había hablado con él.

—Claro, iré a buscarla —contestó sin mostrar cómo se sentía.

*Dieciocho:
Ben se mete en camas ajenas*

—¿Salimos a tomar algo? —le preguntó Ben.

—¿Puedo conducir? —preguntó ella animada.

—¿De noche? —le dedico su mejor sonrisa—. Ni en broma, me quiero demasiado para morir.

—No soy tan mala —le golpeó el brazo.

—Eres peor —contestó él agrandando su sonrisa para provocarla.

—¡Retíralo! —exclamó Beth intentando golpearlo de nuevo.

Ben la cogió de la muñeca y se pegó a su espalda, le encantaba jugar con ella. Beth le gustaba mucho, demasiado, cada día que pasaba con ella quería estar más cerca y eso no era bueno.

—Cuando aprendas a conducir, lo retiraré —le dijo pegado a su oreja y la soltó.

Fueron al pub dando un paseo. Beth estaba de buen humor, la conversación con Flor la había animado mucho. Alegre, se lo contaba a Ben, por fin Steven la había besado y la había vuelto a invitar a salir. Al entrar en el pub, Beth se sentó en una mesa mientras Ben pedía en la barra. Nunca había estado en un pub de noche; el local estaba mal iluminado, olía a una mezcla de tabaco, alcohol y sudor, no era muy alentador.

—Él es un artista ¿sabes? —siguió contándole Beth cuando él se sentó con ella—. Ya me imagino la boda, Flor vestida de blanco, con un vestido de encaje, Johnny podría llevarla al altar, no tiene padre.

—¿No es un poco pronto para pensar en boda? —le preguntó riéndose.

—Ella está muy enamorada —lo miró estricta apretando la boca—; cuando se está enamorado, nunca es demasiado pronto.

—¿Alguien le ha preguntado a ese pobre diablo si él también lo está? —le sonrió.

La sonrisa se le esfumó al ver entrar a Helena en el pub; iba con su marido, y volvió a mirar a Beth.

—La ha besado —le contestó Beth, como si aquello respondiera a su pregunta.

—Un beso no es una declaración de amor. ¿Por qué las mujeres retorcéis tanto las cosas? Siempre lo idealizáis todo. Ese pobre chico solo le ha dado un besito y tú ya estás pensando en la boda.

—Eso es lo que hace la gente, se enamoran y se casan, no todos son como tú —le dijo bebiendo.

Ben estaba incómodo, Helena no dejaba de mirarlos sin cortarse, su marido acabaría dándose cuenta.

—¿Y cómo soy yo, Beth? —le preguntó Ben sonriendo de medio lado.

Beth lo miraba, era muy guapo y seguro de sí mismo, sexy. El tipo de hombre que te rompía el corazón antes de que te dieras cuenta de que se lo habías entregado. ¡Pobres mujeres las que cayeran en sus garras!

—Un cretino —le contestó—, sales con mujeres casadas, las utilizas, eso está muy feo —le recriminó.

Ben se echó a reír, siempre esa moralidad del bien y del mal. ¿Qué estaba bien y qué estaba mal? Él prometía diversión, y eso era lo que daba, diversión y placer, nada más.

—Eso díselo a ellas, yo estoy soltero, las mujeres que salen conmigo saben lo que hay, no les hago promesas a la luz de la luna, no las engaño.

—¿Y sus maridos? —lo atacó Beth alzando una ceja mientras bebía de su cerveza.

—No es mi problema, es el de ellos; si las satisficieran no correrían a mí como perras en celo.

—Que desagradable, Ben—lo censuró Beth; él le sonrió como diciendo: «paso de todo» o «es lo que hay»—. ¿Por qué lo hacen, qué les das tú que no les den ellos?

—Sexo, Beth —le aclaró él preguntándose si no era obvio—, les doy buen sexo, de ese que hace que tus piernas tiemblen y se abran para mí —le sonrió arrogante—, las satisfago y les doy placer.

Los ojos de Ben brillaban traviosos, disfrutaba de la conversación y ella creía no entender nada.

—El sexo está sobrevalorado —dijo con indiferencia.

—¿Es una broma? —preguntó soltando una sonora carcajada.

Beth sintió cómo sus mejillas se teñían de rojo escarlata, sentía mucho calor en la cara.

—Eres un encantador de serpientes.

—Soy encantador a secas —contestó él volviendo a su pose de rompecorazones.

—¿Intentas ligar conmigo, Ben? —preguntó Beth curvando una ceja.

—¿Funciona? —imitó el gesto de ella a la vez que bebía.

—No —contestó muy segura.

Ben se echó a reír; funcionaba, conocía a la perfección el efecto que causaba en las mujeres. Beth era joven, las chicas querían quedarse con el canalla y cambiarlo, por eso había empezado a salir con casadas.

—Eres la mujer de Johnny, me gusta jugar y tú me gustas, Beth —se sinceró con ella—; me encantaría jugar contigo, perderme entre tus piernas y anidar

ahí, pero no lo haré.

Beth sintió cómo las piernas le temblaban. Bebió de su cerveza para poder apartar la mirada de sus penetrantes ojos azules y traviosos, sentía la cara cada vez más caliente.

—No te sonrojes, Beth —le advirtió Ben lamiéndose los labios—, eso te hace aún más sexy.

—Cállate ya —se quejó Beth cada vez más avergonzada.

—Dile a Johnny que te dé caña —le aconsejó divertido—, verás que el sexo no está sobrevalorado, es increíble que eso lo diga alguien tan joven como tú.

—Johnny y yo no tenemos esa relación, él me respeta y yo se lo agradezco, no me gusta el sexo.

—¿Que no te gusta el sexo? —preguntó abriendo mucho los ojos—. ¿Es una broma?

Demasiado perfecta para ser real, algún fallo debía tener. Era guapa, le recordaba a una de aquellas muñecas Barbie que tenía su hermana pequeña. Era divertida e ingenua de una forma atrayente y sexy.

—No me gusta, duele, no es divertido y puedes quedarte embarazada —explicó ella segura.

Ben se echó a reír y ella sintió que enrojecía otra vez, no de vergüenza sino de rabia. Ben le caía muy bien, se podía hablar con él de cualquier cosa, era divertido, pero no toleraba que se rieran de ella.

—A mí no me hace ninguna gracia —dijo muy seria.

—No me reía de ti, Beth —intentó aguantar una carcajada, la había hecho enfadar y aún era más dulce.

—Ya veo que no te ríes de mí —le dijo irónica cuando él soltó otra carcajada.

—Vale, un poco —intentó serenarse y ponerse serio—, prometo intentar no hacerlo de nuevo.

—Ríete lo que quieras, me da igual —le dijo cruzándose de brazos.

—Mientes fatal, Beth —le advirtió Ben divertido—. ¿Entonces Johnny te ha hecho daño?

—No he hecho el amor con Johnny, no estoy enamorada de él.

—No hablo de amor Beth, estoy hablando de sexo, no hace falta estar enamorado para practicarlo.

—La respuesta sigue siendo no.

—¿Entonces quién te hizo daño? —preguntó él muy interesado.

—Mi ex —descruzó los brazos y bebió de su cerveza—, no quiso casarse conmigo y me humilló.

Sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas al recordarlo, recordó las cosas horribles que le dijo.

—¿Te humilló por no querer casarse contigo? —preguntó Ben incrédulo.

—No, me dijo cosas horribles y cortó conmigo, ¡conmigo! La chica con la que todos querían salir, la más guapa, podría haber estado con quien quisiera y lo había elegido a él, me entregué y él me pisoteó.

Ahí aparecía la vanidad de la que Johnny le había hablado, pensó Ben. Parecía a punto de llorar.

—Ese chico era gilipollas —dijo alargando la mano y capturando la suya—, eso seguro.

—Lo sé —contestó. Titubeó un momento, con Ben podía hablar de cualquier cosa—. ¿Qué es frígida?

—¿Eso te dijo? —ella afirmó con la cabeza—. Ese tío era un imbécil —dijo Ben poniéndose de pie.

Dejó a Beth en la mesa y fue a la barra a por otra ronda.

—¿Quién es la rubia? —preguntaron detrás de él mientras esperaba a que Amber lo atendiera.

Helena se puso a su lado, su marido seguía en la mesa, aquella loca iba a estropearle la noche.

—¿Quieres que me parta la cara con tu marido? —preguntó girándose hacia la barra.

—Ya sabes que mi marido me da igual, quiero dejarlo Ben, quiero estar contigo.

Aquello no iba a pasar, ya lo habían hablado, con marido o sin él, lo suyo había acabado.

—Tú y yo no vamos a estar juntos, ya lo hemos hablado Helena; vete, por favor, no quiero líos.

Le hizo señas a la camarera y Amber le pidió calma con la mano, había más gente esperando. Sintió la mano de Helena en la entrepierna y la apartó de un manotazo. Estaba loca, cualquiera podría verla.

—¿Quieres que tu marido te vea? —le preguntó severo, sin rastro de su humor habitual.

—¿Estás celoso? —preguntó ella coqueta.

¿Si estaba celoso? Ella estaba loca. ¿Por qué iba a estar celoso? Necesitaba quitársela de encima,

—No, no estoy celoso, la rubia es mi novia, vamos en serio, así que aléjate de mí.

Amber se acercaba a ellos moviendo las caderas. Ben y ella se habían hecho “amigos”, solían coquetear, aunque nunca habían llegado a nada; ella quería más de lo que él ofrecía y él no la engañaría.

—Será mejor que te vayas, Ben —le advirtió Amber al acercarse a él.

—¿Y eso por qué, guapa? —le preguntó Ben con su sonrisa torcida, esa que enloquecía corazones.

—Deja de pensar con la polla —le advirtió y señaló detrás de él—. Esa mujer huele a problemas.

Ben se giró y miró en la dirección que señalaba. Helena paraba frente a Beth en la mesa. Mierda.

—Te debo una —dijo volviendo a la mesa a toda prisa.

—Ya me has oído —oyó que Helena le decía a Beth—, no sé qué te habrá dicho, pero está conmigo.

Ben cogió a Helena del brazo y miró en dirección a su marido, que los estaba mirando.

—Vete con tu marido —advirtió volviendo a mirarla y soltándole el brazo—, está mirando para aquí preguntándose qué estás haciendo, me vas a meter en un lío.

—Me da igual mi marido —dijo ella mirándolo—, quiero estar contigo, Ben.

—Estoy con ella —dijo señalando a Beth, que no entendía nada—, lo nuestro se acabó.

Beth miraba a una y a otro, miró más allá de ellos y vio cómo un hombre corpulento, con una barriga que debería presentar a un concurso de comer pizzas, se acercaba a ellos.

—Déjala o le cuento a mi marido lo que has estado haciendo conmigo —lo amenazó.

Ben vio cómo el marido de Helena se acercaba a ellos. Ya está, lo había conseguido. Ahora tendría que pelearse con ese perdedor y no lo recordaba tan grande.

—Hazlo, quizás aprenda algo —contestó con chulería—. Veremos qué te hace a ti cuando se entere.

Beth alzó la cabeza en dirección a Ben, negó con ella y él se encogió de hombros. Aquel monstruo traga pizza lo iba a destrozar, eso le pasaba por meterse en camas ajenas.

—¿Qué está pasando, Helena? —le preguntó su marido y ella se giró para mirarlo.

Entre los cuatro se hizo el silencio; a Beth le pareció que todo el pub estaba pendiente de su mesa.

—Saludaba a Ben, mi padre es cliente suyo —se limitó a decir, sabiendo que si su marido se enteraba, ella se iba a llevar la peor parte.

—No me gusta la fama que tienes, chico —le dijo este a Ben—, no quiero verte cerca de mi mujer —la cogió por la cintura acercándola a él—. Vamos.

Ambos se fueron y Ben soltó el aire que retenía.

—¿Decirle que soy tu novia es ser sincero? —preguntó Beth mirándolo.

—Situaciones desesperadas merecen mentiras desesperadas —se justificó—. ¡Está loca!

La camarera se acercó hasta la mesa y dejó un par de cervezas para ellos.

—Te has librado por un pelo Ben, pensaba que hoy sí te daban una paliza.

Ben se acercó a ella, le rodeó la cintura con el brazo y le habló en el oído:

—Eso te hubiera gustado, ¿verdad preciosa? —sonrió torciendo sus labios.

Amber lo empujó del pecho, apartándolo de ella con coquetería. Ben le gustaba, le gustaba muchísimo, le encantaría tener algo con él, pero lo que él ofrecía no era suficiente para ella.

—Te lo mereces, pero me hubiera tocado a mí limpiar los platos rotos.

—Eso sí que es amor —dijo Ben riendo—. Te presento a Beth, es la mujer de un amigo.

—¿Ni siquiera a tus amigos respetas ya? —preguntó mirándolo—. ¿Hasta ahí llega tu depravación?

—¡No! —exclamó Beth, no quería que pensara que era una fresca—. Solo somos amigos, nada más.

—Deberías ir con cuidado, tiene la mano muy larga. —Ben se sentó y ella le ofreció la mano—. Amber.

—Encantada —contestó Beth estrechándosela.

—¿Por qué no haces un descanso y te sientas a tomar algo con nosotros? —le preguntó Ben—. Estamos hablando de sexo.

—Ni que eso fuera una novedad. ¿Sabes hablar de otra cosa? —le golpeó el hombro con la cadera.

—Esa chica me gusta —le dijo Beth mirando cómo Amber volvía a la barra.

—¿Vas a ligártela o vas a intentar emparejarme con ella, como a Flor y al ebanista? —sonrió.

—Podría hacerlo —dijo ella limpiando la boquilla de la botella mientras lo miraba—, ella te gusta.

—A mí me gustan todas, Beth —le aclaró bebiendo de la cerveza.

—¿De qué tienes miedo, Ben? —preguntó ella estrechando los ojos.

—Yo no tengo miedo de nada, ni siquiera de ese grandullón sopla pollas —señaló detrás de ella.

Beth negó con la cabeza, debería dejar de hacer el amor con mujeres casadas y buscarse una soltera solo para él, antes de que algún marido cabreado le pegara un tiro.

Amber volvió con unos vasos de chupito, un salero, cortes de limón y una botella de tequila.

—Hablemos de sexo —dijo acercando una silla y sentándose entre ambos—, mi jornada a acabado.

—¿Tan pronto? —preguntó Ben extrañado mirando la hora.

—Bill me debe horas que no va a pagarme, como hace siempre, así que me ha dejado salir antes; prefiero hablar de sexo que seguir trabajando o volver a casa.

—Si no quieres volver a casa sola, puedo dejar a Beth en casa e irme a la tuya —le ofreció Ben acercándose a ella—; si en lugar de hablar de sexo prefieres practicarlo, se me da muy bien el tema oral.

Beth cogió su botellín de cerveza y bebió de él intentando calmar la hoguera que sentía en su cara.

—¿Qué zalamero eres! —lo empujó Amber apartándolo de ella.

—Algún día me dirás que sí —le guiñó un ojo Ben—, nadie se me resiste.

—Para decirte que sí tendría que trastornarme o estar muy borracha —le aclaró ella.

—¿Entonces a qué esperas para empezar a beber? —dijo Ben llenando los vasitos.

—¿Cómo lo aguanta tu marido? —le preguntó Amber a Beth sonriendo.

Beth se encogió de hombros. Ben capturó la mano de Amber y se la lamió para después ponerle sal.

—¿Alguna vez has bebido tequila, Beth? —preguntó Ben, a lo que ella negó con la cabeza—. Lames la sal, lo tomas y después muerdes el limón —le explicó—. ¿Quieres que te ponga la sal como a Amber?

—No —sonrió—, puedo hacerlo sola —aseguró cogiendo el vasito que Ben le ofrecía.

—Tú te lo pierdes —le dio otro de los vasitos a Amber y le lamió la otra muñeca.

—Por el sexo y la amistad —alzó su chupito Ben.

Chocaron los vasos. Beth lamió la sal de su propia mano mientras Ben la lamia de la muñeca de Amber y los tres bebieron. Beth tragó ese líquido y empezó a toser como una loca, la boca le salivaba como si fuera a vomitar y Ben chupaba el limón riéndose de ella.

—El segundo no estará tan malo —le tendió el limón para que lo chupara.

—Yo no quiero más —aseguró Beth cogiendo el limón que Ben le tendía.

—¿Cómo es que nunca habías probado el tequila? —le preguntó Amber.

—No tiene edad para beber —le explicó Ben llenando los vasos de nuevo.

Amber la miró, era obvio que era joven, pero no parecía tener menos de veintiún años.

—Creía que estabas casada con un amigo de Ben. ¿Cuántos años tienes?

—El mes que viene cumplo veinte —dijo muy orgullosa de cambiar de número.

—¿Cuántos años tiene tu amigo? —le preguntó a Ben.

—Cuatro más que yo, así que treinta y dos —aclaró Ben tendiéndoles los chupitos.

Ben capturó la muñeca de Amber y la lamió mirándola a los ojos. Ella lo deseaba, quería que le hiciera todo lo que él quería hacerle. Observaba su expresión mientras la lamía, era el hombre más sexy de por allí, también el más divertido. A Ben le gustaba mucho jugar y a ella le encantaría hacerlo, si no fuera porque sabía que al final acabaría pillada por un cabrón; él era muy

divertido como amigo, pero nada más.

Ben le sonrió a Amber, estaba hambrienta de él, lo deseaba y algún día caería.

—¿Por qué brindamos ahora? —dijo Ben repartiendo los vasitos.

—Yo no quiero beber más tequila —se quejó Beth con una mueca de asco cogiendo la cerveza.

—Es como el sexo, pequeña —Beth alzó una ceja al oírlo llamarla así, él miraba su vaso reflexivo—, la primera vez puede decepcionarte, incluso desagradarte, pero cuando le coges el gusto ya no puedes dejarlo.

—Por las decepcionantes primeras veces —dijo Beth alzando su vaso.

—Amén —chocó su vaso Amber.

—Ags, sigue pareciéndome asqueroso —se quejó Beth tosiendo, tenía ganas de vomitar.

—Seguro que el sexo no te parece igual —le sonrió Amber.

—La pequeña Beth solo lo ha hecho una vez —dijo Ben recogiendo los vasos.

—¿Cómo eres tan bocazas? —se quejó Beth.

—Hay confianza —negó él con la cabeza juntando los vasos—. ¿Cómo fue tu primera vez, Amber?

Dejó que ellas hablaran mientras él preparaba la siguiente ronda de chupitos.

—Fatídica —negó con cara de espanto mirando a Beth—, los dos éramos vírgenes y no estábamos seguros de lo que hacíamos, ni siquiera acabamos —sonrió al recordarlo.

—¿Por qué? —preguntó Beth interesada, apoyando los codos en la mesa.

—Supongo que yo era muy quejica y él muy cuidadoso, una mala combinación.

—¿Te dolió?

—Mucho —afirmó vehemente—, tanto que tuvimos que dejarlo —se río—. Volvimos a intentarlo, estaba tensa como una cuerda, temía que me doliera tanto como la primera vez y fue peor, ni siquiera me había desvirgado, un desastre —hizo un gesto con las manos.

—¿Entonces por qué volviste a hacerlo? —preguntó Beth bebiendo cerveza.

—No quería perderme eso de lo que todos hablaban, decían que solo dolía la primera vez y es verdad.

—¿Disfrutaste la primera vez, Amber? —preguntó Ben ya con el chupito en la mano.

—No, para nada, él no era el idóneo para la primera vez, de todos modos rompimos poco después.

—Por la persona idónea —levantó el vaso Ben a modo de brindis.

A Beth aquello le seguía sabiendo igual de mal que la primera vez. La conversación era interesante. Amber hablaba de forma clara y directa, algo que apreciaba mucho en la gente, ella era muy directa.

—¿Cómo se les llama a las mujeres que no disfrutan del sexo, Amber? —preguntó Ben.

—Yo disfruto mucho del sexo, que no disfrutara las primeras veces no significa que sea frígida, imbécil —le contestó ella a la defensiva, medio en broma, medio en serio.

—Ya sabes lo que es ser frígida —le dijo a Beth señalando a Amber—. Amber tampoco disfrutó la primera vez y no es frígida; si el capullo de tu ex no fue capaz de hacerte sentir nada, es que era un inútil en la cama.

—¿Y tu marido? —preguntó Amber.

—Otro capullo —intervino Ben—. Ya lo pillaré... Medio año casados y no ha intentado nada con ella.

—No puedes contárselo —le advirtió Beth—, te lo he contado en confianza y me gusta que me respete.

—Cuando deje de hacerlo, te gustará más —contestó Ben guiñándole un ojo con picardía.

—¿Acaso no le gustan las mujeres? —preguntó Amber, que cada vez entendía menos.

—No puede verla, si no, no hubiera aguantado tanto por muy arisca que sea ella.

—¡Yo no soy arisca! —se defendió Beth.

—No quisiste despedirte de él cuando te dejó en mi casa —le recordó Ben.

—Estaba enfadada, ni siquiera me había consultado —se enfadó—, quería quedarme con él... —aligeró el tono de voz—. Supongo que soy estúpida, pero Johnny me hace sentir a salvo, protegida.

Agachó la cabeza mirando el botellín de cerveza, era así como se sentía.

—¿Por qué crees que eres estúpida? —preguntó Ben.

—¿Cómo va a protegerme si no puede ver cuanto le rodea? —preguntó Beth.

—Es muy capaz de hacerlo.

—Lo sé —contestó Beth avergonzada.

Siguieron bebiendo; tres chupitos más tarde, Beth hablaba por los tres, cuanto más bebía más hablaba y hablaba. Hasta que Ben le prohibió seguir bebiendo.

—No deberías mirarla así —le advirtió Amber cuando Beth fue al baño tambaleándose.

—¿Y cómo la miro? —preguntó Ben a la defensiva.

—Como si estuvieras colado por ella.

—Tonterías —contestó Ben de mal humor llevándose el vaso a los labios.

—Si no te conociera pensaría que estás loco por ella, pero te conozco y sé que es un capricho, espero que respetes a tu amigo; si no puedes respetarla a ella o a ti mismo, al menos respétalo a él.

—¿Estás celosa, Amber? —intentó disimular cómo sus palabras le hacían sentir, volviendo a su pose de rompecorazones—. Porque sabes que cuando quieras puedo ser tuyo toda una noche.

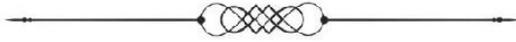
—No me gusta comerme sobras de otras —le dedicó una sonrisa irónica.

—Amber, Amber —se acercó a ella y le besó el hombro—, no tienes ni idea de lo que te pierdes.

—Lo sé demasiado bien y no me interesa —intentó sonar firme, aunque sus labios le hacían perder la convicción.

—Algún día caerás —prometió en un susurro junto a su oreja, deslizando los labios por el cuello de ella—, y ese día descubrirás lo que es estar con un hombre de verdad.

La cogió de la barbilla y acercó su rostro al de ella, sus ojos le suplicaban que la besara, y eso fue lo que hizo. Su lengua invasora se coló entre sus finos labios y peleó con la suya, que se movía desesperada.



—Beth —oía una voz lejana, sintió una caricia, no sabía si aquello era real o no—. ¿Está desnuda?

—Un poco, jefe —contestó Armando, que quería salir de allí. Con las fotos había tenido suficiente información sobre la anatomía de la mujer de su jefe, no quería verla en ropa interior.

Ella y Ben habían estado juntos y eso lo cabreaba. No quería sentirse así, solo era su mujer en teoría, en la práctica se ignoraban. No tenía nada que reprocharle y, a pesar de eso, estaba furioso. Ben le había prometido hacía tiempo que nunca la tocaría, ni una semana la había dejado con él y al volver la encontraba apestando a alcohol, tabaco y vómito, desnuda en la cama de Ben y él desaparecido.

—Vamos Beth, despierta —siguió zarandeándola.

—¿Qué pasa? —consiguió abrir un ojo—. ¡Johnny! —exclamó tenuemente mirándolo adormilada.

Esperó a que ella dijera algo más que su nombre, pero se quedó callada.

—¿Dónde está Ben? —le preguntó impaciente.

—No lo sé, me encuentro fatal —se quejó—, ve a buscarlo y déjame dormir tranquila —cerró los ojos.

—¿Lo pasaste bien anoche? —preguntó, no comprendía por qué estaba enfadado, no quería sentirse así, pero lo estaba y mucho.

—Mucho —contestó Beth intentando recordar cómo acabó; después del baño todo se volvía negro.

Volvió abrir los ojos intentando ubicarse, no estaba en la habitación de Amy, la hermana de Ben, y estaba en ropa interior. Se incorporó en la cama de golpe, cubriéndose confusa. Intentó recordar cómo había acabado allí cuando sintió una arcada. Apartó a Johnny de un empujón y corrió al baño.

Johnny se incorporó y salió de la habitación, siguió la pared del pasillo con la mano hasta la esquina del comedor. Allí Armando lo acompañó al sofá donde dos de las hermanas de Ben veían la tele; después salió fuera a fumar, aquello no iba a acabar bien, prefería no verlo.

—Buenos días —saludó Ben entrando en casa pasados diez minutos, ajeno a todo—, traigo el desayuno.

Cerró la puerta y se encontró a Johnny levantándose del sofá con una cara que no presagiaba nada bueno, parecía muy cabreado.

—Johnny —lo saludó sorprendido—, no esperaba que vinieras.

—Ya me lo imagino —contestó él en tono gélido—; quiero hablar contigo a solas.

Ben exhaló el aire, la había cagado, Johnny estaba muy enfadado y motivos no le faltaban.

—¿Se ha levantado mamá? —les preguntó a sus hermanas; ellas negaron sin dejar de mirar la tele, abducidas por la caja tonta—. Amy, toma —le tendió la bolsa con el desayuno—, id a la cocina.

—Estamos viendo la tele —se quejó ella con la misma chulería que solía emplear él.

—Me da igual, las dos —chasqueó los dedos—; largo, me duele la cabeza y no quiero discutir.

Su hermana pequeña, Gala, le dedicó una mirada envenenada, se levantó del sofá y tiró de la mano de su otra hermana hacia la cocina.

—Deja que te lo explique, Johnny —empezó cuando ellas salieron del comedor.

—Confiaba en ti, por eso la dejé aquí; debí esperarme algo así de ti.

—Ya lo sé —intentó justificarse—; no debí dejarla beber tanto, pero ella ha estado bien.

—Eso seguro —contestó Johnny con ganas de golpearlo en la cara—, como también es seguro que ahora te alegrarás de que me la lleve, ¿así funcionan las cosas por aquí, no?

Ben se lo quedó mirando, preguntándose a qué venía eso. Él había cuidado de Beth como si fuera otra de sus hermanas. Vale que la había dejado sola con una borrachera importante, debió quedarse en casa en lugar de irse con Amber, pero solo debía dormir para que se le pasara, él no podía ayudarla con eso.

—¿A qué viene eso? —preguntó sin entenderlo—. ¿Acaso me he quejado de algo?

—Solo faltaba —contestó Johnny agrandando los ojos—, eres un mierda —lo acusó rabioso—, me hiciste una promesa, ella me da igual, también lo que haya pasado, pero me jode que me hayas mentido a la cara, tu palabra vale tan poco como tú.

—No te pases, Johnny —le advirtió Ben—, tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? —le gritó.

Beth salió del baño, no había vomitado pero ganas no le faltaban. Oyó a Johnny discutir con alguien, imaginó que con Ben, se puso la bata de Amy y salió al comedor.

—¡Tú! —señaló a Ben enfadada—. Capullo —se dirigió hasta él y le dio un golpe en el brazo—, me encuentro fatal, debiste decirme que me encontraría tan mal.

—Yo no te obligué a beber Barbie, si no querías resaca, debiste dejarlo al quinto chupito.

Beth apretó los labios y volvió a golpearlo, no podía discutirle, él tenía razón, no debió beber tanto.

—¿Qué has hecho con mi vestido?

Johnny exhaló el aire intentando calmarse. Encima se había aprovechado de ella, eso ya era el colmo.

—¿A mí qué me cuentas? —preguntó fijándose en Johnny; lo conocía muy bien, quería machacarlo.

—Tú sabrás qué hiciste con él, cuando me he despertado no lo tenía —se frotó la cara con las manos, le dolía tanto la cabeza que le molestaba pensar—. Ni siquiera recuerdo cómo llegué aquí —se quejó.

—Tuve que traerte a caballito —al recordarlo se le escapó la risa—, fue muy divertido.

Beth le echó una mirada envenenada y fue al sofá; al pasar junto a Johnny vio lo tenso que estaba, tenía los músculos hinchados, volvió un paso atrás y lo miró a la cara, parecía furioso.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó antes de tumbarse en el sofá.

—¿Que a mí qué me pasa? —preguntó Johnny gritando—. ¿Que qué me pasa? —repitió.

Beth sintió como si su cabeza fuera a explotar al oírlo vociferar de aquella manera.

—¿Estamos locos? —preguntó Beth gritándole de vuelta—. Como vuelvas a gritarme, te juro que la próxima vez que tengas dolor de cabeza cogeré una cacerola y me dedicaré a golpear el suelo con ella hasta que te explote la cabeza.

Las niñas en la cocina oyeron a Beth gritar. Gala, la pequeña de nueve años, salió.

—¿Cómo te encuentras, Beth? —le preguntó acercándose a ella.

—Alguien que se preocupa por mí —dijo Beth sacándose el cojín de encima—; me encuentro fatal, nunca —dijo tajante, exagerando—, jamás, bebas tequila, no dejes que te convenzan, es horrible.

—¿Por eso vomitabas? —preguntó la niña mirándola preocupada, era como Ben, pero cien veces más mona— Te oí desde mi habitación, te llevé un cubo y cuide de ti.

La noche había acabado peor de lo que ella creía, con razón se encontraba tan mal.

Johnny se frotó los ojos sin comprender; si la niña había cuidado de Beth, eso quería decir que no había pasado la noche con Ben, pero él se había disculpado. ¿Por qué?

—Siento que tuvieras que ver eso —se disculpó Beth avergonzada mirando a la niña.

—¿Qué hiciste con su ropa, Gala? —le preguntó Ben.

—Lo siento —se disculpó mirando a Beth con ojos vidriosos—, el vestido estaba sucio, intenté lavarlo pero creo que lo he estropeado; yo solo quería limpiarlo, era muy bonito.

—Solo era un vestido —le sonrió Beth—, gracias por cuidar de mí, ahora te debo un favor.

—¿Quieres desayunar? —sonrió al darse cuenta de que Beth no se había enfadado.

Beth miró a Johnny, del que solo podía ver el perfil, y después miró a Ben.

—Me muero de hambre —dijo poniéndose de pie, salió del comedor y dejó a aquel par allí, por ella como si se sacaban los ojos.

—¿Quieres un café? —le preguntó Ben, incómodo, a Johnny.

—¿Qué pasó anoche, Ben? —ignoró Johnny su oferta.

—Salimos a tomar algo y una cosa llevó a la otra... —Johnny parecía más relajado, así que se acercó hasta donde estaba él y se sentó en el sofá; él tampoco se encontraba espléndido—. No debí dejarla beber tanto y mucho menos dejarla en esas condiciones sola en casa, pero ella no es una niña Johnny; sé que no es excusa, pero Amber estaba receptiva, llevo un año detrás de ella, no podía dejarla escapar.

Johnny se sentó en el sofá a su lado y sonrió al comprender que la presa no fue Beth.

—Siempre pensando con la polla —negó Johnny con la cabeza.

—Lo mismo me dijo anoche Amber, ya me conoces —se encogió de hombros mirándolo, ya no parecía enfadado y comprendió lo que le pasaba—. Creías que había estado con Beth, ¿verdad? —Johnny se quedó callado, tenía unos cambios de humor que no sabías por dónde te iba a salir—. Yo que tú dejaría de tratarla como si fuera tu hija; que sea joven no significa que sea una niña, es tu mujer, deberías meterle un poco de caña, ni siquiera sabe lo que es un orgasmo —aún no podía creerlo—, pobrecilla.

—¿Eso te ha dicho? —se ríó Johnny.

—Estuvimos hablado con ella, cree que el sexo está sobrevalorado, que es frígida y nunca ha tenido un orgasmo... Tienes que hacer algo Johnny, es una pena.

—Ya sabes que nosotros no tenemos esa clase de relación, no sé cómo decírtelo.

—Tú mismo, ella es preciosa, encantadora, simpática... Vale, también es una bocazas, a mi madre le ha caído fatal. Pero si tú no vas a por ella, lo hará otro y te comerán los celos, como te ha pasado hace un momento. Sé que no lo vas a admitir, pero es así, ella te importa, te preocupa y significa mucho para ti.

—¿Te das cuenta de que sueñas como un moñas, verdad?

Oyó cómo Ben se echaba a reír, se daba cuenta. Él se quedó serio, pensando en lo que le había dicho, preguntándose si le importaría que otro se la ligara. No era nada suyo y la idea le molestaba, pensar que Ben había estado con ella le había quemado como el fuego. ¿De verdad estaba celoso?

—Voy a darme una ducha —Ben se levantó del sofá, no había negado nada de lo que había dicho—; no le digas que te he hablado de lo de anoche, no quiero que piense que he traicionado su confianza.

Johnny se limitó a afirmar con la cabeza. Se quedó allí solo, siguió dándole vueltas a lo que Ben decía, preguntándose qué era Beth para él. Se llevaba bien con ella a ratos, tan pronto lo exasperaba como lo enternecía, no la quería y sin embargo le preocupaba, la había extrañado mucho aquellos días.

Beth volvió al comedor con dos cafés, no era lo mejor para aquel par pero, después de pensarlo, se había dado cuenta de que no le daba igual que se sacaran los ojos. Johnny estaba solo en el comedor.

—¿Ya se te ha pasado el enfado? —preguntó sentándose a su lado—. Me duele mucho la cabeza.

Le cogió la mano y le dio la taza de café. Johnny tanteó hasta encontrar la mesita y la dejó encima.

—Mírame —le pidió Johnny

—Ya lo estoy haciendo —contestó ella bostezando apoyada en el reposacabezas del sofá.

Johnny tanteo el sofá hasta encontrar su mano y tiró de su muñeca incorporándola. Le alivió darse cuenta de que se había puesto algo encima mientras su mano recorría su brazo; llevó las manos a su cabeza.

Le masajeó las sienes con la punta de los dedos y ella cerró los ojos. Disfrutó mientras el dolor se calmaba, otra cosa no, pero Johnny sabía dar masajes, era bueno usando las manos.

—No me gusta cómo hueles —le dijo Johnny.

—Pues no me toques —contestó a la defensiva abriendo los ojos, preguntándose de qué iba.

—Siempre hueles bien —le aclaró Johnny sin dejar de masajearle las sienes—, vengas de correr, acabes de levantarte o de ducharte, siempre hueles de muerte, me gusta tu aroma, Beth —se sinceró—. Sin embargo, ahora es como estar con una desconocida, no hueles a ti y no me gusta.

—¿Te gusta cómo huelo? —preguntó Beth deseando oír algún halago de él.

—Mucho, estoy deseando llevarte a casa y que te des un baño. Además, creía que te estaba gustando el señor de los anillos, ¿no quieres saber si Galadriel acepta el anillo de poder?

—¿Qué pasa con el hombre de las cocheras? —preguntó cogiéndole las manos, su voz tembló.

Johnny oía temor en su voz, no quería que viviera con miedo, vivir así era estar medio muerto; ella parecía llena de vida, quería oírla correr de un lado a otro de nuevo. Había extrañado su aroma, sus horas de lectura, sus quejas, incluso sus discusiones con Nana. La había extrañado a ella, a todo lo que representaba. Le acarició la cara, deseando que volviera a ser ella, que olvidara el miedo. Que no se fuera.

—Lo cogieron anoche.

Diecinueve: Baile de graduación

María esperaba que la hicieran pasar al despacho del director, en el pasillo, a punto de llorar. Ya podía despedirse del baile, y todo por culpa de esa estúpida de Tracy Cooper, ella había provocado la pelea.

Tracy salió del despacho dedicándole una sonrisa triunfal.

—Me parece que Jota no podrá llevarte al baile, espalda mojada —dijo maliciosa al pasar junto a ella.

Quería cogerla del pelo oxigenado y arrastrarla por la cafetería para acabar lo que habían empezado.

—Pasa María —le pidió la secretaria en la puerta del despacho.

Le dedicó una mirada envenenada a esa nueva enemiga que le había salido. La odiaba.

Entró y se sentó en la silla frente al director. Ni siquiera le preguntó qué había pasado; a pesar de ello, trató de justificarse, aunque parecía que no quería escucharla. Tracy había estado allí un buen rato, a ella sí la había escuchado y creído. La buena y fantástica Tracy, cómo la odiaba, era un lobo con piel de cordero.

Ya podía despedirse del baile, su madre la castigaría. Estaba marcando cuando llamaron a la puerta. Al girarse se encontró con Beth, que entró pisando fuerte. Desprendía seguridad con cada paso que daba.

—Buenas tardes, director —le ofreció la mano y con seguridad la estrechó—, soy Elisabeth Reese.

—Es un placer conocerla señora Reese —contestó el hombre complacido saludándola—. Siéntese.

—Es usted muy amable —le dedicó su mejor sonrisa y se sentó—. Venía a recoger a María —la miró de reojo—; su padre trabaja para mi marido, John Reese —combinó la sonrisa con un coqueto movimiento de pestañas—. Ha tenido un pequeño accidente y su madre me ha pedido que la recogiera.

—¿Qué ha pasado, Beth? —demandó angustiada. C cogió a Beth del brazo para que la mirara.

Beth borró su sonrisa y la miró con una superioridad que no le había visto nunca.

—Tu padre está bien —le aseguró—, pero se va a llevar un gran disgusto con esto. Una niña me ha explicado fuera lo que ha pasado mientras te esperaba. ¡Pelearte en el instituto! Es intolerable —usó el mismo tono que su padre usaba con ella—, pensaba que eras más madura, estoy muy decepcionada.

María la miró extrañada, preguntándose de qué iba Beth, ella nunca le hablaba así. ¿Por qué fingía?

Beth pensó que estaba de Oscar, se sorprendió disfrutando de esa interpretación.

—Ahora iba a llamar a sus padres para explicárselo —intervino el director.

—No hace falta —contestó Beth demasiado apresurada, la estaba cangando. Otra sonrisa cómplice para el director, se serenó—. Están en el hospital, no los encontrará en casa, yo misma hablaré con ellos para que María reciba un castigo apropiado a su comportamiento. ¿Puede explicarme qué ha pasado?

—¿Qué le ha pasado a papá? —preguntó María angustiada poniéndose de pie.

—Hablaemos de ello después, ahora cálmate y siéntate —siguió con el tono duro de su padre.

Beth se mantuvo recta como un palo, esperó a que María se sentara y, cuando lo hizo, volvió a mirar al director. Él empezó a contar lo que Tracy había explicado. Calló, a pesar de que quería protestar. Sabía muy bien que esa chica le estaba haciendo la vida imposible a María desde que había empezado a salir con su novio. Pero aquel hombre debía pensar que ella estaba de su parte, no de la de María.

—¿Es eso lo que ha pasado? —le preguntó a María. Quería que ella tuviera ocasión de defenderse.

María volvió a dar su versión. Había sido Tracy quien había provocado la pelea, llevaba semanas buscándola, insultándola, contando mentiras por todo el instituto, provocando que se mofaran de ella.

—¿Se encargará usted de hablar con sus padre? —preguntó el director a Beth.

—Eso haré —continuó seria, enfadada porque ese hombre no parecía haber escuchado una sola palabra de las que María había dicho—, ahora mismo hablaré con ellos, descuide.

—Ha sido un placer conocerla, señora Reese —se levantó ofreciéndole la mano.

—Lo mismo digo —se levantó estrechándosela—, lamento que haya sido en estas circunstancias.

Le soltó la mano asqueada, pensando que era un imbécil y un racista. Ni se había inmutado cuando María había explicado los moteos despectivos con los que la otra chica la llamaba por tener orígenes mexicanos.

—¿Tú de qué vas? —preguntó María en cuanto salieron del despacho.

—¿Quieres ir al baile? —la miró de camino a la salida, ella afirmó—. Tu madre no debe enterarse.

—¿No se lo vas a decir? —preguntó María emocionada.

Beth le sonrió a María sin poder creer ese tono de duda en su voz.

—Claro que no, ese tío es un gilipollas y la tal Tracy una hija de puta —ella, que nunca decía tacos—; no podía permitir que por su culpa te quedaras sin tu gran noche, espero que no llame a tus padres.

—¡Eres la mejor! —la abrazó contenta—. ¿Cómo te has enterado? —la soltó y cruzaron las puertas.

—Estaba esperándote cuando ha venido tu amiga, esa del culo tan gordo, y me lo ha contado —rodeó sus hombros bajando los escalones—. Por cierto, como tu amiga vuelva a llamarme señora tendrá problemas.

Junto a sus amigas fueron a recoger los vestidos para el baile. La del culo gordo había elegido un vestido ceñido que no la favorecía. Beth le dijo lo enorme que se veía su culo y la chica se ofendió. María, mucho más diplomática que Beth, que decía las cosas a bocajarro, habló con ella. Eligieron otro vestido y las ayudó con los complementos. Aquello se le daba bien, ella podría vivir de un baile tras otro, eligiendo vestidos, bolsos, zapatos, joyas... Le apenaba haber dejado aquella época atrás, no volver a vivir los nervios de un baile, la noche en sí, deseaba volver al instituto, solo había estado allí el último año.

María animó a sus amigas a que se prepararan en casa de Beth. Había visto el cambio espectacular de Flor, quería que ella la maquillara, peinara y ayudara a vestirse. Sus amigas se mostraron entusiasmadas, todas querían ser como Beth, excepto María, que era más realista; un peinado y algo de maquillaje no te convertían en una reina de la belleza.

Beth, al volver a casa, fue directamente a la cocina y llamó a su representante local de Avon antes de que se le olvidara. Quedó con ella para la tarde siguiente, iba a necesitar algunas cosas que no tenía.

—Estás de buen humor.

Beth dio un salto, no se había fijado en que Johnny estaba allí.

—Me has asustado —se quejó acercándose a él—. ¿Qué haces?

—Me estaba bebiendo una cerveza —la levantó para que ella la viera—,

hace mucho calor, necesitaba algo fresco. Acabo de subir de las caballerizas. Steven y un par de carpinteros están trabajando en ellas. ¿Cómo te han ido las prácticas? Has tardado mucho —no se quejaba, solo intentaba darle conversación.

—Mi profesor dice que estoy preparada para examinarme, que lo hago muy bien —contó contenta sentándose delante de él—, estoy deseando tener el carnet para restregárselo a Ben por la cara.

—Solo te decía que lo hacías mal para hacerte enfadar —le dijo Johnny—. ¿Qué más has hecho?

—He recogido a María en el instituto —no pensaba contarle el incidente de la cafetería—. He ido con ella y sus amigas a por los vestidos del baile, mañana vendrán aquí a prepararse. ¿No te importa verdad?

—Claro que no —contestó Johnny indiferente—, te he oído hablar con esa mujer de los cosméticos.

—Quieren que las ponga guapas —le explicó Beth animada.

—Necesitarás dinero —se puso de pie—, ven conmigo.

Johnny había pensado mucho en la conversación que había tenido con Ben, también en lo que Nana le había contado sobre el pequeño secreto de Beth. Ella quería irse de allí, tenía dinero y un mapa, pronto tendría el coche y, si lo que quería era irse, le pondría las cosas fáciles, no tenía derecho a retenerla allí. La llevó hasta el estudio, le enseñó dónde tenía la caja fuerte y le dio la combinación, una mezcla de su fecha de nacimiento y la de Amanda; le dio un papel donde Armando la había apuntado para que no la olvidara.

—No quiero que andes pidiéndome dinero, coge lo que necesites y asegúrate de cerrarla al acabar.

Beth miró la caja fuerte, allí estaba su salida. Había tenido muy claro que quería marcharse, pero en ese momento tenía dudas. Las cosas estaban cambiando, el hombre que la acechaba estaba entre rejas, esperando el juicio. Johnny le había asegurado que pasaría una larga temporada en la cárcel, le habían caído tres penas de cárcel. Había hecho amigos allí, tenía a María, a Flor, a Ben e incluso a Johnny.

—No me importa pedirte dinero —le dijo Beth rascándose detrás de la oreja, incómoda.

—No digas tonterías —contestó Johnny—; vamos, ábrela, coge dinero para mañana, lo necesitarás.

Johnny salió al patio trasero, donde una brisa fresca acariciaba su cara mientras bebía una cerveza. Su casa había sido tomada por las hormonas adolescentes, su mujer era una más. No dejaban de chillar como locas, las oía desde el piso de abajo corretear, gritar y exclamar sin cesar. Le estaban provocando jaqueca.

—¿Me invitas a una?—le preguntó Armando apoyándose en una columna.

Johnny le tendió una cerveza, que él cogió al momento.

—¿Tú también estás nervioso por el baile? —le preguntó irónico.

—Más bien asqueado —contestó dándole un trago a la cerveza, iba a necesitar más que eso para aguantar lo que se le venía encima—. Lleva semanas hablando de lo mismo, me tiene loco. Encima Mary se presentó voluntaria para ir a vigilar a los chavales, resulta que tiene guardia; ¿adivinas a quién le toca ir?

—Estás jodido —se echó a reír Johnny, aquello sí que era una verdadera faena.

—Muy jodido —estuvo de acuerdo con su jefe.

Beth salió, Johnny estaba con Armando, no iba a olvidarse de su nombre jamás. Sonrió saludándolo.

—Cuando veas a tu hija, volverás a enamorarte de ella —le dijo Beth—, está preciosa.

—¿Todavía está aquí? —preguntó Armando mirando la hora.

—Sí, Jota la recogerá aquí para ir al baile, es tan emocionante —dijo excitada y dio unos saltitos.

Johnny puso los ojos en blanco, una adolescente más.

A Armando no le gustaba Jota. María decía que no era su novio, quería creerla, pero había visto cosas que lo impedían. Estaba creciendo, hacía tiempo que sentía que la perdía y no sabía cómo llegar a ella.

—Armando tiene que ir al baile a vigilar a los chicos, podrías ir por él —intervino Johnny.

Armando miró a su jefe, no quería colgarle el muerto a nadie. Era su hija, se comería él el marrón.

—¿Puedo ir? —preguntó Beth emocionada dando palmas además de saltitos.

—¿Quieres ir? —le preguntó Armando incrédulo, con una mueca.

—Me encantaría —le dedicó Beth una sonrisa radiante.

—Si no quieres ir —le dijo Johnny a Armando—, ella puede ir por ti, ya la has oído: le encantaría.

—Quiero ir —afirmó Beth con vehemencia mirando a Armando.

—Por mí perfecto —contestó sorprendido, el sí que estaba encantado.

Salió corriendo a decírselo a las chicas. La madre de una de ellas había ido a buscarlas y antes de que se fueran las repasó, orgullosa de su trabajo. Subió y le explicó a María que iría al baile, mientras buscaba qué ponerse. María bajó a hablar con su padre, quería que le diera permiso para quedarse a dormir allí.

Beth se quedó a solas con Emily, la representante de Avon que ya estaba recogiendo sus cosas.

—Esto se te da bien —dijo Emily—, creo que gracias a ti he cubierto el objetivo del mes.

—Me alegro por ti —contestó Beth.

—En agosto me caso —le explicó—, mi chico y yo nos iremos a California.

—Qué emocionante —le sonrió soñadora dejando de mirar la ropa para mirar a la chica—, yo sueño con ir a California. Te echaré de menos, solo espero que tu sucesora sea tan agradable como tú.

—Tú podrías ser mi sucesora, sé que no necesitas trabajar, eres la mujer de John Reese —sonrió como si eso lo explicara todo—, aunque como te he dicho, se te da bien.

—¿Crees que podría hacerlo? —preguntó Beth indecisa.

—Es obvio que sí, lo harás mucho mejor que yo —le sonrió—, si te interesa el trabajo, es tuyo.

Beth se preguntó si podría hacerlo, nunca había sabido qué hacer con su vida, quería ser actriz, pero ni siquiera sabía si era buena. Sin embargo, sí era buena en mejorar el aspecto de la gente, era algo innato, podría hacerlo,

disfrutaría haciéndolo. Emily se marchó y le pidió que lo pensara antes de decidirse.

Johnny disfrutó de la calma en la que la casa se sumió cuando todos se marcharon. Beth y María habían sido las últimas en irse, María estaba histérica, nunca la había oído así.

Cenó en la salita escuchando el béisbol. Florence había salido con Steven, y en cuanto Nana recogió, se marchó a dormir. Él se quedó allí, con la única compañía de la tele, escuchando la serie que solía ver Beth.

Beth llegó a casa cuando casi era medianoche. La noche no había salido como ella esperaba, nada más lejos de la realidad. Al principio fue bien, pero al final todo se había torcido de la peor manera.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Johnny cuando la oyó entrar.

—Bien —dijo desanimada sentándose a su lado—. ¿Qué haces?

—¿Dónde está María? Pensaba que se quedaba a dormir contigo.

—Ha subido a dormir —mintió—, estaba cansada.

Beth mentía fatal, su tono de voz cambiaba a uno culpable, ella sola se delataba.

—Mientes fatal —la acusó Johnny—. ¿Has discutido con ella?

—No —contestó quitándose los zapatos—, con ella no.

—¿Con una de sus amigas?

—No —contestó resoplando.

—No me hagas sacarte las palabras —empezó a perder la paciencia—, dime qué te pasa.

—Me duelen los pies —se quejó—, estoy cansada, eso es todo.

—Te doy un masaje si me explicas qué ha pasado.

Beth sonrió. Johnny era bueno con las manos, subió las piernas al sofá y puso los pies sobre él. Johnny se los masajeó con maestría y ella se relajó. Le explicó que había una chica que le hacía la vida imposible a María. Habían discutido y ella se había metido en medio, al final habían llegado a las manos.

—¿Le has pegado a una niña, Beth? —preguntó Johnny crispado.

—¡No es una niña! —se defendió molesta—. Deberías verla...

—Beth —se quejó frotándose los ojos con la mano.

—¿Qué querías que hiciera? —preguntó—. No dejaba de meterse con María, le ha tirado la bebida encima, humillándola delante de todos... Me ha hartado, me he puesto entre las dos y la he abofeteado.

Johnny maldecía por dentro, si los padres de la niña decidían denunciar a Beth, se le iba a caer el pelo

—No tenías ningún derecho a hacerlo —le dijo severo—, eres mayor de edad, Beth, y esa chica no, no puedes ponerte a su altura. Te guste o no, ahora eres adulta, aunque no te sientas como tal.

—Ella me la ha devuelto —se defendió Beth—, y después ha conseguido tirarme al suelo y golpearme, así que ella me ha pegado a mí, yo solo he podido defenderme.

—¿Dónde está María? —preguntó sin ganas de discutir.

—Ha ido a dar una vuelta con Jota, su pareja de baile, me ha dicho que no irían lejos.

—¿Es ese su novio?

—No se lo digas a su padre —le pidió Beth—, no quiere que sepan que tiene novio.

Beth cambió de tema, ya había metido bastante la pata; hablaron un poco más y se fueron a la cama.

Llamaron a la puerta. Nana miró la hora preparando café, preguntándose quién podía ser tan pronto. Al abrir se encontró a la mujer de Armando, la estaba haciendo entrar cuando Johnny bajaba la escalera.

—¿Quién es? —preguntó Johnny acercándose.

—Soy Mary —dijo muy enfadada—, vengo a buscar a mi hija.

—Nana, sube a buscar a María —le pidió Johnny.

—Ya subo yo —se adelantó Florence, que bajaba la escalera; se había dormido.

—¿Quieres un café mientras baja? —le ofreció Johnny.

—No —contestó Mary, quería subir ella misma a buscar a su hija y sacarla de la cama.

—Pensaba que habías trabajado esta noche —comentó Johnny.

—Sí, he estado toda la noche trabajando, cuando ha acabado mi turno he pensado en ir a comprar, así no tendría que hacerlo después, y me he encontrado con la tutora de María.

Johnny ya se imaginaba lo que había pasado, se había enterado de lo ocurrido la noche anterior.

—¿Ha pasado algo? —se hizo el loco.

—María se metió en un lío hace unos días y no me lo dijo. ¡Me ha mentido! Y lo peor de todo es que tu mujer la ha tapado, habló con el director y le aseguró que hablaría con nosotros, pero no lo ha hecho.

Beth daba vueltas nerviosa, había oído la puerta; esperaba que fuera María, pero le había dado llaves, no debería llamar para entrar. La puerta de su habitación se abrió, iba a gritarle cuando entró Flor.

—La madre de María está abajo muy enfadada —le explicó—. ¿Dónde está María? —preguntó.

—No está —contestó Beth preocupada deteniendo sus movimientos—, no ha vuelto.

—¿Dónde está? —preguntó Florence acercándose a ella sin comprenderla.

—No lo sé —contestó Beth con ganas de echarse a llorar—, anoche no volvió.

Flor se llevó la mano a la boca. Beth la miró, debía encontrarla antes de que su madre se enterara.

—No se lo digas a su madre —le pidió Beth—, iré a buscarla, dile que hemos ido al lago.

—No puedo Beth, si no la encuentras sabrán que he mentado, puedo perder el trabajo.

—Lo entiendo —dijo desesperada—, pero necesito tiempo. Tienes que mentir Flor, por favor —le suplicó—, no le digas que ella no ha dormido aquí, di que no estábamos ninguna de las dos y ya está.

Las dos bajaron al piso de abajo y Beth se escabulló sin que nadie la viera.

—No están arriba —dijo Florence—, ni María ni Beth están en la habitación.

—¿Y dónde están? —preguntó Mary cada vez más enfadada.

—Puede que hayan ido al lago —dijo Florence como una suposición—, puedo bajar a ver si están allí.

Johnny oyó el sonido de su coche y comprendió que Florence mentía. Había encontrado a Beth en la habitación, no sabía a dónde iba o por qué, pero seguro que era ella la que estaba en el coche.

—Dile a tu madre que nos traiga un café y ve a buscarlas —pidió Johnny con calma.

—Ahora mismo —contestó Florence intentando mostrarse tranquila.

Beth sentía taquicardia cuando llegó al final del camino de grava. Debía llegar hasta el pueblo y nunca había conducido sola. Se recordó que hacia aquello por su amiga, giró a la derecha y se incorporó a la carretera. Estaba muy enfadada con María, mucho, pero ya tendría tiempo para echarle la bronca cuando la encontrara. Además, la que le esperaba en casa sería suficiente. Se concentró en calmarse y conducir.

No sabía dónde buscarla, no tenía ni idea de dónde podía estar. Supuso que no estaría en casa. Decidió ir a casa de la amiga del culo gordo, sabía dónde vivía y quizás ella sabría dónde estaba.

Entraba en el pueblo cuando se cruzó con un policía. Sentía que el volante le resbalaba por el sudor, aún no tenía carnet. El policía no le prestó atención y siguió hasta casa de la amiga de María sin incidentes.

Apartó la mosquitera y aporreó la puerta. Por suerte fue la amiga de María quien abrió, con la cara echa un cuadro, no se había desmaquillado antes de irse a dormir.

—Necesito que me ayudes a encontrar a María —le dijo antes de dejarla hablar.

—Se fue contigo —contestó la otra bostezando.

—Se quedó con Jota. Su madre está en casa —explicó precipitadamente con los nervios de punta—. Debo encontrarla antes de que se dé cuenta de que no ha dormido allí.

—¿Ha dormido con Jota? —preguntó despertándose.

—¿Dónde pueden estar?

—No lo sé —pensó—, quizás en el autocine, o puede que en la casa abandonada, una vez la llevó allí.

—Vamos —la cogió de la muñeca—, tienes que acompañarme a buscarla.

La amiga de María la guío hasta una casa en ruinas, al otro lado del pueblo.

—No creo que estén aquí, el coche de Jota no está, a lo mejor están en el cine.

—¿Crees que han pasado allí la noche? —preguntó Beth.

—No, es un picadero; vas, haces lo que tienes que hacer y te marchas, no te quedas.

Quizás se habían cruzado con ellos, puede que María estuviera de camino a su casa.

—Vamos —dijo Beth bajándose del coche—, si no está aquí iremos al cine. ¿Qué es un picadero?

—Donde la gente va a montárselo —le aclaró alcanzándola de camino a la casa.

—¿Crees que lo ha hecho con Jota? —preguntó empujando con asco la puerta de la casa en ruinas.

—¿Tú qué crees? —preguntó con una risita—. Han pasado la noche juntos, no creo que hayan estado jugando al parchís.

María era virgen. En un par de ocasiones le había preguntado a Beth cómo era hacerlo. Ella, sincera como era, le había hablado de su mala experiencia, también le había contado lo que le dijo Ben.

La encontraron dormida en el suelo polvoriento de lo que debía ser el comedor, sobre una manta, no había rastro de Jota.

—¡Eres una guarra! —exclamó su amiga despertándola.

—¿Qué haces aquí? —preguntó tapándose con la manta—. Beth —la miró culpable.

—¿Por qué me mentiste? —le preguntó herida.

—No quería mentirte, no esperaba que pasara esto, me quedé dormida.

—¿Dónde está Jota? —le preguntó su amiga.

—Estaba aquí, nos quedamos dormidos —dijo María buscándolo con la mirada.

Encontró una nota a su lado.

Voy a buscar el desayuno.

Te quiero, Jota

—¡Qué cabrón! ¿Te ha dejado tirada? —preguntó su amiga espantada.

—Todos los hombres son iguales —dijo Beth decepcionada.

—Ha ido a buscar el desayuno, bocazas —levantó la nota—, que sois las dos unas bocazas.

—Vístete —le dijo Beth—, tu madre está en mi casa y no parece que esté muy contenta.

—¿Qué? —exclamó poniéndose de pie.

Beth observó cómo ella se vestía en segundos, y miró a su amiga que llevaba un pijama de verano.

—Intercambiaros la ropa —les pidió—, si llegas con eso, tu madre sabrá que no has dormido en casa.

—No creo que me quepa su vestido —la miró su amiga.

—Pues no te lo abroches —contestó María dándole el vestido.

Su amiga la miró cansada, después de resoplar se quitó el pijama y se lo dio.

—¿Te vas a ir sin decirle nada a Jota? —le preguntó mientras se ponía el vestido.

—Tú te quedas —dijo Beth—, no podemos perder tiempo; dile a Jota lo que ha pasado y que te lleve.

Cogió a María del brazo y la sacó de la casa. Se subieron al coche y volvieron a casa. Seguía nerviosa por conducir sin supervisión, pero su profesor tenía razón, estaba lista para examinarse.

—¿Por qué está mi madre en tu casa tan pronto?

—No lo sé, pero Flor me ha dicho que estaba muy enfadada.

—Maldito pueblo de cotillas chismosos —se quejó—, seguro que alguien le ha dicho lo de la pelea.

—No debería estar enfadada contigo, fui yo la que me peleé con ella.

—Yo ya estaba discutiendo con ella cuando tú te metiste, además Jota y yo os separamos.

—Me duele la raíz del pelo de los tirones que me dio —se quejó Beth masajeándose la cabeza.

María se quedó mirando a Beth. Tenía que disculparse, darle las gracias por todo lo que había hecho por ella. No estaba segura de cómo hacerlo, se sentía avergonzada.

—Siento haberte mentido —le dijo con un tono de voz suave, mirándose las manos.

—Pensaba que éramos amigas —le reprochó—, debiste decirme que no vendrías a dormir.

—No pensaba quedarme a dormir, solo quería estar un rato con él.

—¿Lo hicisteis? —preguntó mirándola de reajo. María le sonrió—. ¿Cómo fue?

—Oh, Beth —se emocionó—, fue tan bonito, había un montón de velas y fue muy romántico.

—¿Te dolió? —preguntó Beth indecisa.

—Solo un poco, pero Jota fue muy cuidadoso, intentó no hacerme daño y fue genial.

Beth la miraba de reajo, tenía un brillo especial en la mirada, estaba radiante. Se dirigían al purgatorio, su madre estaba muy enfadada y ella sonreía con ilusión. Un pensamiento fugaz inundó su mente.

—¿Qué pasa si estás embarazada? —preguntó angustiada.

—Usamos protección —contestó María tranquila—, aunque Jota tenga esa pinta de chulito que pasa de todo, es un sol, estoy tan enamorada de él, Beth.

—Me alegro por ti María —contestó severa—, de verdad que sí. Pero no vuelvas a mentirme.

—No te he mentido —se defendió—. Él quería sorprenderme, pero no sabíamos que pasaría eso, solo surgió; después nos quedamos abrazados y me dormí —le explicó—. Gracias por cubrirme, Beth.

—Dámelas si tus padres no nos pillan al llegar.

Al llegar a casa, el coche de la madre de María seguía allí. Beth dejó el coche de cualquier manera. Se dirigieron a la puerta cuando alguien salió de la esquina de la casa. Suspiraron al ver que era Flor.

—Venid aquí —dijo Flor en un susurro apremiante. Ellas se acercaron hasta el lateral de la casa—. Les he dicho que iba a buscaros al lago, no podéis entrar por delante.

—Gracias Flor —le dijo Beth muy agradecida.

—Vamos —dijo Flor guiándolas, cogió la manguera y les moja la cabeza.

—Flor —se quejó María.

—Se supone que venís del lago, no podéis llegar secas, y esos zapatos —señaló los pies de María—, quitátelos, mejor ir descalza que con esos zapatos, os van a pillar.

María se los quitó y se los dio. Estaba impresionada, nunca había visto tan suelta a Flor.

—Piensas en todo Flor —le dijo sonriendo—, gracias.

—Yo no os he visto; si os preguntan, habéis subido por otro sitio y no nos hemos cruzado —iba a marcharse cuando se giró y volvió a mirarlas—. Beth, no abras la boca —le advirtió—; si hay que mentir, que lo haga María, tú eres una pésima mentirosa, todos lo sabemos, a ti seguro que te pillarán.

—Es verdad —estuvo de acuerdo María—, mientes muy mal, excepto el día que hablaste con el director, es la única vez que me has parecido creíble, y aun así en algunos momentos sobreactuabas.

—Estuve de Oscar —contestó Beth.

—No nos arriesgaremos —dijo María condescendiente—, deja que yo hable.

Florence se escabulló entre las tierras. María y Beth entraron por el porche trasero y fueron a la cocina como si no supieran que la madre de María estuviera allí.

—Elisabeth —oyó el tono cortante de Johnny desde la sala.

Exhaló el aire y miró a María.

—Allá vamos —dijo apretando los dientes. Juntas fueron hasta la sala de estar, Johnny y Mary las esperaban sentados en el sofá—. ¿Qué ocurre? —fingió una sonrisa, procurando parecer despreocupada.

—¿Dónde estábais? —preguntó Mary enfadada levantándose del sofá.

—Estábamos en el lago —dijo María fingiendo inocencia—. ¿Ha ocurrido algo?

Mary se acercó a ella y la cogió del brazo, estaba muy enfadada. Comprendía que María estaba pasando por una edad difícil, que tenía las hormonas revolucionadas y todo eso, pero cada vez iba a peor. La influencia de Beth parecía agravar las cosas, no permitiría que su hija se echara a perder.

—¡Lo que ocurre es que estás castigada! —gritó poniendo su cara delante de la suya furiosa.

—¿Por qué? —preguntó María.

Por un momento pensó que su madre se había enterado de lo que había pasado aquella noche, de lo que había hecho con Jota, su madre estaba muy enfadada.

—¡Porque me has mentido! —le gritó su madre—. ¿Puedes imaginar la vergüenza que he pasado esta mañana cuando me he encontrado con tu tutora? —le preguntó enfadándose más al recordarlo—. Nos has dejado a tu padre y a mí en evidencia, nos has mentido y vas a pasarte todo el verano castigada. ¡Estoy muy decepcionada contigo y tu comportamiento!

María quiso suspirar, aquello era por Tracy, no por Jota, menos mal.

—Mamá, por favor, deja que te lo explique —dijo María intentando razonar con ella.

—¡No hay nada que explicar! —gritó su madre—. Si tenías problemas con una compañera, debiste decírnoslo, no esperar a que me enterara por ahí de que mi hija es una busca peleas.

—¡Fue ella quien me buscó a mí! —se defendió María—. Lleva todo el curso provocándome.

—Ya no me interesa —dijo su madre muy seria—, has tenido todo el curso para contármelo.

Beth se mordía el labio observando el tanteo, quería intervenir, fue ella quien se peleó con Tracy en el baile, no María.

—¡Es injusto! —gritó María alterada—. Yo no tengo la culpa.

—¿Crees que voy a creerte? —le preguntó su madre—. Has roto mi confianza, ahora mismo no puedo creer nada de lo que me digas —siguió mirándola severa—. Sube a recoger tus cosas y despídete, vas a tardar una muy larga temporada en volver a ver a Elisabeth y a Johnny.

—Porque tú lo digas —le contestó con chulería.

—A mí no me hables así jovencita —le advirtió su madre—, o estarás castigada hasta la universidad.

—¿Para qué voy a contarte nada? —preguntó María cada vez más enfadada. Beth tiró de su brazo para que se separara de su madre y se callara—. ¿Para que me castigues? Es lo único que sabes hacer.

—Fue culpa mía —intervino Beth—, yo tuve la culpa, no deberías castigarla a ella.

Mary fulminó a Beth con la mirada, sabía muy bien que era culpa de ella, no era una buena influencia.

—Beth, no te metas —intervino Johnny—, están hablando madre e hija, nadie ha pedido tu opinión.

—Es que es verdad —le dijo Beth impotente—, no fue culpa de María, no hizo nada, fui yo la que...

—¡Basta Beth! —gritó Johnny.

—A mí no me grites así —contestó enfadada con los ojos muy abiertos por la impresión.

—Entonces cállate de una puta vez y no te metas donde no debes.

—Tú a mí no me dices lo que tengo que hacer, no soy tu hija y no te consiento que me hables así.

—Te hablaré como deba hacerlo —dijo serio—. Si no quieres que te trate como a una niña, empieza a comportarte como una adulta, que ya tienes edad, o al final serás tú la que acabe castigada.

Beth sintió sus mejillas enrojecer. Johnny se había pasado de la raya, la estaba ridiculizando.

—Vete a la mierda —dijo antes de salir de la salita y subir a su habitación.

Johnny quiso ir detrás de ella y decirle un par de cositas, pero en aquel momento estaba demasiado enfadado. Acababa de salvarle el culo y la muy sinvergüenza lo mandaba a la mierda.

—No vas a salir más con esa chica —le advirtió Mary a su hija—, es un mal ejemplo para ti.

Madre e hija siguieron discutiendo. Pasados unos minutos, Johnny ya no lo aguantaba más. Se fue a buscar a Beth, preguntándose por qué no se iban a su casa a pelear, le habían dado dolor de cabeza.

Entró en su habitación sin llamar a la puerta y cerró de un portazo.

—Me debes una disculpa —dijo muy serio.

—No pienso disculparme —dijo Beth tumbada a los pies de la cama—, me has humillado.

—Te he salvado el culo. Ni siquiera sabes por qué está Mary tan enfadada. No es por lo que ocurrió anoche —le explicó—. María se peleó en el instituto y tú la cubriste para que sus padres no se enteraran, ni siquiera me lo has dicho a mí —le reprochó—. Puedes imaginarte cuando su madre se ha encontrado a la tutora y le ha dicho lo mucho que le había extrañado ver a María en el baile después de lo sucedido en la cafetería. Ella no tenía ni idea de lo que le hablaba y, cuando se lo ha contado, casi le da un ataque.

—¿Has intentado cubrirme tú a mí? —pregunto incrédula incorporándose en la cama.

—No lo he intentado —le contestó Johnny—, lo he hecho, tres veces —puntualizó—. Para empezar, no le he dicho lo sucedido anoche, ni te he delatado cuando te has ido en coche a buscarla, no quiero saber dónde, y después he conseguido que cerraras la boca antes de que la cagaras, como de costumbre.

Era cierto, la había cubierto, había guardado sus secretos y quiso disculparse, pero no le salían las palabras.

—No vuelvas a gritarme —escupió su boca mientras ella buscaba una disculpa en su cabeza.

—Entonces escuchándome cuando te hable —se dio la vuelta y abrió la puerta—, y eso no es una disculpa.

Salió de la habitación. Al bajar, madre e hija seguían discutiendo; pensó en ir a buscar a Armando y que se las llevara a las dos. Volvió a subir y se fue a su habitación.

*Veinte:
He apostado por ti*

Estaba en el estudio hablando con Armando, en la radio sonaba All along the watch tower, de Jimi Hendrix, mientras intentaba convencerlo de que pasara el 4 julio allí, con su familia. Mary seguía sin dejar que María viera a Beth, había cortado la relación por lo sano y nadie estaba satisfecho con la situación.

—El padre de la señorita Beth está al teléfono —le interrumpió Nana—, se niega a colgar.

—¿Por qué? —preguntó Johnny—. ¿Qué quiere?

—Hablar con ella. Le he dicho que ha salido, pero no me cree, y ya no sé qué decirle para que cuelgue.

Johnny se puso de pie y fue a la salita a atender la llamada. Comprendía que el padre de Beth no creyera a Nana, cada vez que el hombre había intentado hablar con ella, le había dado largas.

—Señor Stewart —lo saludó—, Beth no está en casa, ha salido.

Desde que le habían dado el carnet unos días atrás no paraba en casa. Lo primero que hizo fue ir hasta Houston para restregarle a Ben que lo había conseguido, él la había acompañado. Iba de un lado a otro y, cada vez que salía de casa, él se angustiaba preguntándose si volvería o si se habría ido sin despedirse.

—¿Ni siquiera el día de su cumpleaños quiere hablar conmigo? —preguntó Roger desanimado.

Roger ya no sabía cómo llegar hasta su hija. Su mujer le había pedido que le diera tiempo, que acabaría olvidándolo. Había pasado más de medio año y ella seguía sin querer hablar con él.

—Ella no está aquí —contestó Johnny sorprendido de que no le hubiera dicho que era su cumpleaños.

Roger no lo creyó e insistió en que quería hablar con su hija. Cuando al fin el hombre se dio por vencido y colgó el teléfono, fue a buscar a Florence. Ella le confirmó que era el cumpleaños de Beth.

Johnny no comprendía por qué no se lo había dicho, su relación había cambiado, se contaban las cosas. Entendía que tuviera secretos, como querer largarse, entendía que no le confiara aquello, pero no que no le dijera que era su cumpleaños. Llamó a Ben y lo invitó a ir el fin de semana; habló con Armando para que dejara ir a María y le pidió a Florence que invitara a la chica de Avon. Le dio dinero para que le comprara un regalo. No le dijo nada del cumpleaños, ni ella a él tampoco.

El sábado por la mañana envió a Beth a buscar a su madre. Al volver, le habían preparado una fiesta. Beth se mostró entusiasmada, Johnny había reunido a todos los que apreciaba. Ben y dos de sus hermanas, la representante de Avon con su prometido, Steven el ebanista e incluso había convencido a Armando para que llevara a María a escondidas de su madre. Recibió varios regalos, el que más le llamó la atención fue el de Ben. Le regaló una botella de tequila, dos limones, un salero y algo que no sabía qué era. Cuando preguntó, todos excepto Johnny y Gala, la hermana pequeña de Ben, de once años, se rieron.

—¿Por qué os reís? —preguntó mirando la caja.

—No la abras —le advirtió Ben divertido con su inocencia—, bébete el tequila y dásela a tu marido —le dedicó una de sus sonrisas torcidas—, él sabrá utilizarlo, no sufras, ya me darás las gracias.

—Viniendo de ti, miedo me da —le contestó ella—, podrías haber traído a Amber, me cayó muy bien.

—Tú a ella también, pero Amber no es mi novia, Beth —le recordó.

Cuando todos se marcharon, ella y Johnny salieron al porche trasero. Beth se sentó en el suelo y él, desde el balancín, le masajeaba los hombros.

—Gracias por la fiesta —le dijo Beth.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó él disfrutando del tacto de su piel.

—Mucho —contestó animada—, tenía muchas ganas de ver a María, ha estado muy bien.

—Te he oído hablar con esa mujer de Avon, no me habías dicho nada de la oferta de trabajo.

—Iba a decírtelo, pero me lo dijo el día del baile, con lo que pasó me olvidé —se encogió de hombros.

—¿Vas a hacerlo? —le preguntó Johnny—. ¿Vas a coger el puesto de trabajo cuando ella se case?

—¿Crees que debería hacerlo? —preguntó ella tirando la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

Johnny creía que era una buena idea que trabajara. Eso la ayudaría a madurar; además, si pensaba largarse a California, más le valía saber hacer algo hasta encontrar una oportunidad de ser actriz.

—No necesitas trabajar —le contestó—, es tu decisión. Yo creo que te iría bien, conocerás gente nueva y te sentirás útil. Además, los cosméticos te gustan, estoy seguro de que serías una buena vendedora.

—Creo que lo haré —contestó dejando de mirarlo y volviendo la vista hacia el cielo imponente.

—¿Qué es lo que te ha regalado Ben? —cambió de tema Johnny.

—Tequila y una caja que no me ha dejado abrir, voy a buscarla —se levantó del suelo y se fue.

Johnny disfrutaba de la brisa nocturna que le acariciaba mientras la esperaba. Cuando se fuera iba a echarla mucho de menos, la idea de perderla le provocaba un cosquilleo desagradable en el estómago.

—Toma —le dijo Beth, tendió la mano y ella dejó la cajita sobre ella.

Abrió la caja mientras Beth se sentaba junto a él. Tanteó lo que había dentro, no tardó más de dos segundos en comprender lo que le había regalado ese sinvergüenza.

—¿Qué es? —le preguntó Beth mirando lo que tenía entre las manos.

—No quieres saberlo —le aseguró él guardándolo.

—Ben ha dicho que tú sabías utilizarlo —contestó Beth intrigada—. ¿Qué es?

—Déjalo Beth —contestó molesto, cuando pillara a Ben se iba a enterar.

—Dímelo —insistió ella haciendo un puchero—; vamos, dímelo —lo empujó cariñosamente.

—Son gomas, Beth —contestó para que le dejara tranquilo.

—¿Gomas? —preguntó sin comprender—. ¿Gomas para el pelo? —siguió extrañada.

Johnny tuvo que echarse a reír, quiso decirle que sí y olvidarse de aquello, pero le pareció injusto.

—No, no son para el pelo, ni siquiera son para ti, son para mí —esperó que sumara dos y dos.

—¿Entonces por qué me las ha regalado a mí? ¿Qué se supone que debes hacer tú con ellas?

—¿Podemos cambiar de tema? —exhaló el aire por la nariz.

—No —contestó Beth muy segura—, no me gusta no entender las cosas, explícamelo —le pidió.

—¿De verdad no sabes para qué sirven? —ella no le contestó—. Los hombres se las ponen para no dejar embarazadas a las mujeres, supongo que sabes cómo se hacen los niños.

—¡Ben es idiota! —dijo ella con las mejillas acaloradas de la vergüenza.

—Estoy completamente de acuerdo. ¿Ahora podemos cambiar de tema?

—Por favor —le pidió ella avergonzada y arrepentida de haber insistido tanto.

Los dos se quedaron callados sin saber qué decir. Ben era capaz de incomodarlos hasta a distancia.

—Cuéntame que noche hace —pidió Johnny.

Johnny la escuchaba con atención, su melodiosa voz se convertía en sus ojos y aquello le gustó.

El verano pasó volando, Johnny y Beth se hicieron amigos, pasaban casi todo el día juntos. Él había tomado la costumbre de preguntarle cualquier cosa y ella le describía lo que él quisiera con detalle, haciendo que se olvidara de la noche, que a ratos se olvidara de la realidad. Habían acabado con los libros de Tolkien y Beth había comprado uno nuevo que a Johnny le llevaba por el

camino de la amargura.

Beth solo había visto a María en contadas ocasiones, pero se telefoneaban. Ella y Johnny iban a menudo a ver a Ben, además tenía a Flor, que cada día era más sociable. Disfrutaba observando cómo la relación de ella y Steven se formalizaba, le encantaba oírle hablar de él, de las cosas que hacían, los sitios a los que la llevaba, las cosas que le decía... Ya tenía ganas de ir de boda. En secreto hacía planes para cuando llegara el día, si ella no había podido tener la boda soñada, se aseguraría de que la tuviera Flor.

Johnny había vuelto a ir al médico, su ansiedad mejoraba. Beth estaba cambiando, le hacía la vida más fácil, más llevadera, su risa le daba vida. Dejó de medicarse otra vez, no quería seguir haciéndolo, aquellos medicamentos le hacían estar cansado y dormir más de lo normal. Las pesadillas seguían allí, pero al menos despierto volvía a sentirse vivo. No podía decir que estuviera recuperando su vida, pero estaba construyendo una nueva; no quería plantearse si era mejor que la anterior, pues esa no volvería.

Beth había salido pronto para reunirse con Emily, la chica a la que sustituiría en la empresa Avon.

—¿De verdad va a ponerse a trabajar? —preguntó Nana incrédula.

—Está entusiasmada —contestó orgulloso—, acompañará a Emily esta semana y después ira sola.

—Ni una semana le doy —dijo Nana muy segura de lo que decía mirando a Johnny—, antes de que acabe el mes, lo ha dejado. Y soy muy generosa con ella —añadió.

—Ella ha cambiado mucho —le recordó Johnny—, está madurando.

—Ha cambiado —estuvo de acuerdo Nana—, pero aún le queda mucho por madurar. Hágame caso, no aguantará ni dos días, a esa chica no le gusta trabajar.

A Johnny no le gustó lo que Nana decía, él tenía fe en Beth, confiaba en que no lo dejaría tan rápido.

—¿Quieres apostar? —le preguntó animado.

—Lo que quiera —le contestó a su jefe.

—Diez dólares —dijo Johnny ofreciéndole la mano—, tengo tanta confianza en ella que, en lugar de una semana, te doy tres meses, me juego diez pavos a

que el año que viene seguirá trabajando.

—Si el año que viene no se ha marchado y sigue trabajando, serán suyos —le estrechó la mano Nana.

La contestación de Nana desagradó a Johnny, aunque no quería pasó el día desanimado.

Estaba en el porche trasero, bebiéndose un trago de whisky. Hasta nueva orden no se medicaba y podía tomar lo que quisiera. La conversación con Nana de aquella mañana le había dejado afectado. Aunque él quisiera disimular, no podía engañarse a sí mismo. Había estado tan bien con Beth todo el verano que había olvidado los planes de ella de marcharse. No sabía cuándo lo haría, pero la fecha era cada vez más próxima. Iba a intentar disfrutar de ella cada minuto que estuviera a su lado, pensaba beber cada palabra de sus labios, olerla en cada ocasión que la tuviera cerca para no olvidar su esencia.

—¿Qué haces?

—¡Beth! —exclamó sorprendido—. No te he oído llegar.

Beth se lo quedó mirando extrañada, fue hasta el balancín y se sentó a su lado.

—¿Te he pillado desprevenido? —preguntó en tono juguetón y le besó la mejilla—. Eso es nuevo.

Sí, lo había pillado desprevenido. Estaba tan concentrado en sus pensamientos, en la idea de no volver a escucharla, de no volver a tocarla, que había desaparecido todo lo demás.

—¿Cómo te ha ido el primer día? —preguntó animado de que ella estuviera de vuelta.

—Bien —contestó ella desanimada.

—Ese bien no ha sonado nada bien —le contestó sonriendo—, deja que te vea.

Llevó las manos hasta su rostro y le acarició la cara. Su piel estaba suave y fresca, su aliento le rozaba la cara, dulce como ella misma. Aquel verano descubrió que era mucho más cariñosa de lo que imaginaba.

—Te he echado de menos —confesó.

Beth sonrió mirándolo sin pestañear, ella también lo había extrañado a él.

—¿De verdad? —le preguntó coqueta—. No te creo, seguro que has estado de lo más tranquilo.

Johnny esperaba que ella también lo hubiera extrañado a él, apenas se habían separado en meses.

—Mucho, ha sido un día demasiado tranquilo y aburrido, la casa ha estado en excesivo silencio, nadie ha discutido con Nana... Ha sido muy aburrido.

—Seguro que Nana también me ha echado de menos —se rio Beth.

—Yo no apostaría por ello —contestó Johnny—. Cuéntame cómo te ha ido.

Beth le explicó que Emily la había llevado a un montón de casas, la había presentado como su sustituta y les había enseñado los nuevos productos. A Beth le pareció que Emily era una pelota de cuidado, no recordaba que a ella la trataran de esa forma cuando era su clienta, y no se sentía capaz de hacerlo.

—Me voy a la cama —le dijo después de explicárselo.

—¿Tan pronto? —preguntó Johnny—. Creía que ya quedaba poco para acabar ese horrible libro.

—Mujercitas no es horrible —le golpeó el brazo—, es una historia preciosa y sí queda poco, pero estoy cansada y mañana tengo que madrugar, ya lo acabaremos —le besó la mejilla—. Buenas noches.

A penas pasaron tiempo juntos las siguientes semanas. Johnny no podía ver y sin embargo veía su ausencia en todas partes, en todo lo que hacía, en todo lo que se decía en la casa.

Beth llegó un mediodía enfadada, harta de visitar casas cada día sin vender nada. Aquello no era para ella, había creído que sí, pero se había equivocado. Subió a su habitación sin decir nada a nadie.

—Beth acaba de llegar a casa —salió Nana al porche trasero donde estaba Johnny escuchando un partido de béisbol por la radio—, ya puede ir preparando mi dinero —le dijo antes de volver a entrar.

Johnny subió a la habitación de Beth, llamó a la puerta y entró.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —le preguntó extrañado.

—Estoy harta, nadie me toma en serio, estoy perdiendo el tiempo y hace mucho calor —se quejó.

La voz de Beth sonaba estridente, estaba enfadada y quería saber qué había pasado.

—Ven aquí —le pidió extendiendo la mano y entrando a la habitación—, y cuéntame qué ha pasado.

—Estoy sudada —se quejó Beth sin acercarse—, no entiendo cómo puede seguir haciendo este calor.

Le molestaba todo, el calor, la ropa, la gente, estaba de muy mal humor.

—¿Por qué no coges ese libro horrible y vamos al lago? Nos refrescamos y me cuentas qué ha pasado.

Quería acabar ese maldito libro que tan poco le gustaba a él y tanto le gustaba a ella. Le apetecía ir hasta el lago, no había vuelto desde antes de Vietnam, y sobre todo quería tener a Beth para él solo.

Beth le sonrió a Johnny, él no tenía la culpa de que ella estuviera de mala leche.

—Nadie quiere hablar conmigo, no quieren que las asesore. He decidido pasar de las clientas de Emily e ir por libre —le explicaba de camino al lago, mientras él blandía su bastón—; he acabado en casa de una anciana, junto a la tienda de música —explicó—. Me ha dicho que circula el rumor de que le he pegado a una niña y que le habían dicho que no me comprara nada. ¡Eso es mentira! —exclamó indignada.

—Eso no es un rumor —tuvo que reírse—, le pegaste a una niña en el baile de graduación de María.

—Yo no la pegue, en todo caso ella me pegó a mí, te aseguro que ella me hizo más daño que yo a ella.

—Sea como sea, tú eres mayor de edad y esa chica no.

Cruzaron la arboleda, Beth ayudó a Johnny para que no se tropezara con ninguna rama o raíz salida y lo guío hasta llegar al lago. Estaba tal y como lo recordaba, no había vuelto desde el día que ese miserable había intentado matarla. Era un sitio bonito y tranquilo. Los pájaros cantaban contestos y en paz.

—A este sitio le faltan unas tumbonas —comentó, maravillada por el paisaje.

—Para eso tienes la piscina —le recordó Johnny.

—Piscina que no hemos llenado —puntualizó ella.

—Lo haremos el año que viene —le aseguró Johnny—. ¿Acabamos con esa tortura de libro?

Beth negó quitándose la ropa, *Mujercitas* era un libro precioso. Se sentó en el suelo mientras el sol calentaba su piel y una suave brisa los acariciaba. No aguantaron mucho bajo el sol de mediodía, hacía mucho calor a pesar de que ya había acabado el verano y, sofocados, se metieron en el agua.

—Creo que voy a dejarlo —le dijo Beth después de zambullirse en el agua—, nadie me toma en serio.

—Ya lo harán —dijo metido en el agua hasta el cuello—, no puedes dejarlo ahora, he apostado por ti.

—¿Qué quiere decir eso? —le preguntó Beth acercándose a él.

—Nana y yo hemos hecho una apuesta —le explicó Johnny. Aquello era absurdo, él quería volver a tenerla en casa y le estaba dando un incentivo para que siguiera trabajando. Beth lo haría por orgullo, por fastidiar a Nana, estaba seguro de ello—, dijo que dejarías de trabajar antes de que acabara el año.

Beth se molestó, le parecía injusto que se hicieran apuestas sobre ella a sus espaldas.

—No debiste apostar —le dijo molesta—, espero que no apostaras mucho, porque vas a perder.

—He apostado por ti, Beth —le recordó—, porque confío en ti, porque sé que puedes hacer todo lo que te propongas. ¿No te gustaría cerrarle la boca a Nana? Es tu oportunidad —le sonrió.

Beth se lo quedó mirando, el agua caía de las puntas de su pelo, su sonrisa era sexy y tenía un cuerpo fuerte y esplendido, bonito. Johnny era muy atractivo y no era la persona dura y recia que había conocido, ahora sonreía, se reía con ella, ya no estaba amargado, ni vagaba por la casa como un fantasma.

—No debiste apostar —volvió a decirle tirándole agua en la cara.

Johnny le tiraba agua a ella. Beth no dejaba de moverse esquivándolo y tirándole más agua.

—No deberías remover así el agua —le advirtió Johnny poniéndose serio—, eso hace que las anguilas se alteren y muerdan —le tomó el pelo—, son como serpientes, pueden comerse a una persona entera.

—¿Qué? —exclamó Beth corriendo hacia él.

Se subió encima de él rodeándolo con las piernas, intentando tener la menor proporción de cuerpo bajo el agua. Johnny se echó a reír, era tan inocente que creía cuanto le dijeras.

—¿Me tomas el pelo, verdad? —intentó bajarse de encima de él molesta.

Johnny la cogió de la cintura desnuda, impidiéndole separarse de él. El cuerpo delgado, firme y caliente de ella se ajustaba perfectamente al suyo y su miembro despertó al darse cuenta. Se zambulló en el agua arrastrándola a ella con él; al volver a subir la soltó, pero ella no se bajó de encima de él.

—Podrías haberme ahogado —se quejó Beth de broma.

—¿Cómo eres tan exagerada? —preguntó acariciando su rostro mojado con la punta de los dedos.

Beth observó sus ojos. Era curioso que estos no funcionaran y, sin embargo, a veces sentía su mirada, la veía incluso más allá de lo que los demás lo hacían. Aquello le gustaba, Johnny la conocía, la valoraba por su forma de ser, no por su físico, y creía que la apreciaba, así la hacía sentirse, valorada y apreciada.

Johnny no podía mirar sus ojos pero sí sentir su mirada, sin ninguna duda Beth lo miraba.

—¿Qué miras? —le preguntó.

—Hay un poco de verde en tus ojos —contestó escrutando su mirada.

—¿De qué color son los tuyos? —preguntó Johnny; acariciando un mechón de su pelo, le había crecido mucho.

—Seguro que le has preguntado a alguien cómo soy —contestó Beth curiosa mirándolo a los ojos.

—A Nana —sonrió Johnny.

—¿A Nana? —preguntó decepcionada—. ¿No había alguien que me tuviera más manía?

—Sabía que ella sería imparcial.

—Seguro —ironizó Beth—, creo que ni quiero saber lo que te habrá dicho.

Johnny se rio, quería que se bajara de encima de él, estaba excitado y eso lo incomodaba. Se excitaba con facilidad cuando la tenía tan cerca, parecía un adolescente siempre a media asta. No quería que ella se diera cuenta, sin embargo no la quería un centímetro más lejos de donde estaba, su cuerpo se sentía demasiado bien para renunciar a tenerla entre sus brazos, de aquella forma tan íntima sin llegar a serlo.

—Dice que eres alta y delgaducha, con la piel muy clara, pelo rubio y una sonrisa bonita. Ben me dijo que tenías los ojos de un extraño color gris, ella dice que son azules, así que no sé de qué color son.

La descripción de Nana no le hacía justicia, aunque viniendo de ella era más de lo que Beth esperaba.

—Son grises —contestó Beth—, la gente cree que son azules, pero si te fijas son grises.

Johnny desearía verlos, si le dieran un solo momento de luz, la contemplaría a ella, no miraría nada ni a nadie que no fuera Beth. Memorizaría sus gestos, los rasgos de su cara, las curvas de su cuerpo. La alzó por las axilas y la tiró al agua, se alejó nadando. Necesitaba distanciarse de ella, de su cuerpo y de su olor.

Aquella tarde, a la orilla del lago, Beth acabó de leer *Mujercitas* y Johnny se dio cuenta de que Beth le gustaba. Le gustaba como mujer, había aprendido a ver las virtudes de las que un día Ben le habló y que él creyó imposible que tuviera. Su cuerpo reaccionaba al de ella y, cuando reía, le devolvía la vida.

Beth decidió alejarse del pueblo, ir a los pueblos vecinos donde no la conocían. Eso no ayudó mucho. No estaba segura de cuál era el problema, la gente se ofendía con demasiada facilidad. Fueron a casa de los padres de Johnny, su madre invitó a su hermana, que aún no conocía a Beth, y esta fue con su cuñada.

Johnny animó a Beth a hacer una simulación de cómo trataba a sus clientas. Con espanto se dio cuenta de por qué no vendía ni un lápiz de labios, era demasiado sincera e hiriente, no tenía ningún tacto.

Durante un par de semanas, fueron cada día. Margaret, la madre de Johnny, animaba a Beth a pensar antes de hablar, cómo debía ser cordial sin llegar a ser pelota, le dio consejos de cómo decir las cosas sin ser hiriente. Cuando creyó que ya estaba lista, preparó una merienda con sus amistades. Beth estaba nerviosa, insegura de poder hacer lo que había aprendido delante de todas aquellas estiradas.

—Lo harás bien —la animó Johnny acariciándole los brazos—, estaré contigo y también mi madre. Si metes la pata, ella te ayudara. Solo intenta pensar antes de hablar y todo irá bien.

Beth le sonrió, Johnny tenía fe ciega en ella y no pensaba decepcionarlo, tampoco a Margaret, que había invertido tantas horas en ella.

Todas aquellas mujeres estaban allí por ella, no por los cosméticos, sino por conocer a la mujer de Johnny. Beth hizo una presentación de lo que vendía y después les dio consejos. Tuvo que morderse la lengua durante toda la tarde, pero cuando acabó, no había ofendido a casi nadie y había vendido, en una sola tarde, mucho más de lo que le pedían que vendiera en un mes. Recuperó su confianza.

Veintiuno: Puedes quemarte en la cocina

Estaba solo en casa, preguntándose cómo le diría a Beth que debían ir a casa de sus padres a pasar Acción de Gracias. Ella se llevaba muy bien con su madre, pero sentía la misma intolerancia por su padre que él. Flor se había ido a Canadá a conocer a la familia de Steven y Beth había llevado a Nana al pueblo.

Cuando sonó el teléfono, se apresuró a cogerlo en la cocina antes de que colgaran. Era la madre de Beth y, para su sorpresa, no quería hablar con ella, sino con él.

—Me gustaría que vinierais para navidad —le dijo Rachel—. Roger y yo hemos echado mucho de menos a Beth todo este año, la casa está tan silenciosa —sonrió con pesar.

La comprendía, él también sentía la casa demasiado silenciosa desde que había empezado a trabajar.

—Claro —contestó Johnny, al menos no tendría que estar con su padre—, pasaremos allí la navidad.

—No creo que mi hija quiera venir —contestó Rachel con pesar—, sigue sin querer hablar con su padre... Ya ha pasado casi un año, he hablado con ella, sé que la tratas bien, que está a gusto, que ha encontrado su sitio en tu casa, pero no parece dispuesta a perdonar a su padre y él sufre por ella.

—No te preocupes por Beth —le contestó Johnny—, la convenceré, no sufras.

Rachel se puso a llorar. Aquel año había sido muy difícil, no habían perdido la casa, pero sí a sus hijos. Jason decía en cada carta que volvería pronto, las tropas estadounidenses se retiraban, pero él seguía sin volver y Beth, a ella la habían alejado de la peor manera.

Johnny intentó consolar a la mujer, la oía llorar y no sabía qué decir, ni siquiera estaba seguro de por qué lloraba. Llevaría a Beth como fuera, la madre de ella le recordaba a la suya y no le gustaba oírla llorar.

Beth llegó a casa alegre. Mientras Nana hacía la compra, había quedado con María, aquellas citas clandestinas le parecían un sinsentido. No entendía cómo la madre de María seguía enfadada, habían pasado meses y seguía sin dejar que se vieran. Una pérdida de tiempo, se veían igual, aunque no tanto.

—¿Cómo ha ido por el pueblo? —le preguntó Johnny cuando la oyó salir al porche.

—Bien. He estado con María, está loca, se ha cortado el pelo —le contó riendo. Se sentó con él en el balancín y lo inclinó para que se balanceara, subió los pies y se abrazó las piernas—. ¿Qué has hecho tú?

—He estado hablando por teléfono con tu madre.

—¿Le has dicho que estaba comprando? —afirmó con la cabeza—. Ahora la llamaré.

—Quería hablar conmigo —dijo Johnny—, le he dicho que pasaríamos las navidades en su casa.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó molesta—. Sabes de sobra que no quiero ver a mi padre.

Beth lo acusó con la mirada, ya había hablado con su madre del tema. Le había dicho que no irían, al ponerse pesada le había mentado, diciéndole que pasarían las fiestas en casa de sus suegros.

—No te cabrees Beth —le pidió Johnny.

—Ya estoy cabreada —contestó bajando los pies del balancín dispuesta a irse.

—Si te sirve de consuelo, mañana es acción de Gracias y tendrás que ver a otro hombre que detestas.

—¿A tu padre? —se detuvo esperando su respuesta.

—Sí, me apetece tan poco como a ti —se justificó Johnny—, solo será un rato.

—¿Qué pasa contigo? ¿Te piensas que soy tu perrito faldero, que hará todo lo que tú digas?

Se levantó del balancín y Johnny la cogió del brazo impidiéndole que se marchara, se puso de pie.

—A mí no me hables así —le advirtió sin soltarla.

—Yo te hablo como me da la gana y no consiento que gobiernes mi vida ¿Acaso mi opinión no cuenta? —intentó deshacerse de su agarre y él la cogió con más fuerza, en dos zancadas la tenía contra la pared—. Suéltame —le dijo enfadada—, no eres mi padre.

No, no era su padre, y sin embargo se comportaba como tal. Había empezado a raspar la superficie, sus sentimientos por ella lo embargaban y lo desconcertaban incluso a él, pero qué cojones significaba él para ella, no tenía ni idea y estaba cansado de dar y nunca recibir.

—¿Y qué soy Elisabeth? —preguntó enfadado.

Él era él, Beth se preguntaba a qué venía esa estúpida pregunta.

—Suéltame —le advirtió Beth—. Suéltame ahora mismo o...

—¿O qué? —la interrumpió. Se quedó callada mirándolo, hacía mucho tiempo que no lo veía tan enojado, había olvidado lo atemorizante que era cuando se lo proponía—. Hasta donde yo sé, soy lo más parecido a un padre que tienes en este momento. Desde que llegaste no te he negado nada, he sido paciente, te he complacido en todo, te he dado cuanto has querido o necesitado, ¡todo! ¿Así me lo pagas?

—¿Para esto me has hecho confiar en ti? —preguntó rabiosa—. ¿Para echármelo en cara a la primera ocasión?

—Eres tan inmadura e injusta —se quejó Johnny soltándole el brazo—, creía que habías cambiado...

Se separó de ella, dejó de intimidarla con su cuerpo y entró en casa. Beth entró detrás de él, se cambió de ropa y salió a correr. Mientras lo hacía pensó en aquella discusión estúpida. Él debía estar tan insatisfecho como ella por la situación. El padre de ella no parecía caerle demasiado bien, y solo con que le cayera la mitad de mal que a ella el suyo, sabía que no quería ir. Lo que le molestaba era que tomara decisiones por los dos, en lugar de consultarla y tomarlas juntos. Había comprado un libro nuevo en el pueblo y ni siquiera se lo había enseñado, estaba enfadada con él. No quiso cenar, al volver se encerró.

Johnny se había enfadado, ella había vuelto a comportarse como la niñata inmadura y consentida que era al llegar. Le parecía que estaba cambiando y ahora se preguntaba si ese cambio solo se debía a que le daba cuanto ella quería, si al final Nana tendría razón y la consentía demasiado. Había algo en lo que Beth tenía razón, debió consultarla, debía pedirle disculpas por eso, pero dudaba que su orgullo lo permitiera.

A la mañana siguiente, antes de bajar a desayunar, llamó a su puerta, no le contestó y decidió entrar. Al llegar a su cama se dio cuenta que no estaba allí, imaginó que debía estar desayunando, no había cenado.

—¿Beth? —preguntó entrando a la cocina.

—No está —le dijo Nana—, se fue esta mañana temprano.

Sintió un fuerte golpe en el corazón, que se aceleró ante la idea de que se hubiera ido para siempre.

—¿Se ha ido? —preguntó con la voz estrangulada. El miedo a perderla le hacía difícil respirar.

—Sí —contestó Nana extrañada al ver cómo su cara palidecía—. ¿Qué ocurre?

Se apoyó en el marco de la puerta, preguntándose en qué momento había empezado aquello, desde cuándo se sentía así por ella. Era cuestión de tiempo que se marchara, creía estar preparado para cuando llegara el momento. No lo estaba, no estaba listo para dejarla ir, no podía creer que se hubiera marchado por una tonta discusión, que él lo hubiera permitido. Le dolía respirar al saber que no tendría más su olor.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Nana acercándose a él.

—¿Se ha llevado todas sus cosas? —preguntó sintiéndose caer en el pozo negro de su propia noche.

Nana comprendió lo que le pasaba al observar cómo se tocaba el pecho, cómo sus ojos se volvían cristalinos. Creía que se había ido y estaba muy afectado, ella le importaba, mucho más de lo que parecía.

—¿Sus cosas? —demandó Nana mirándolo—. Solo ha ido al pueblo, estará aquí en un rato.

—¿Estás segura, Nana? —no se fiaba, no se fiaba un pelo. Beth era capaz de las peores cosas.

—Claro.

—Sube arriba —le pidió—, ve a su habitación y asegúrate de que el sobre sigue en su sitio.

Nana estaba segura de que Beth no se había marchado, a pesar de ello hizo lo que le pidió y comprobó que el sobre seguía allí. Parecía que había mucho más dinero que la última vez que lo abrió. Al bajar se lo comentó a él, parecía que lo único que le importaba era que no se hubiera ido.

Al llegar a casa, subió a su habitación, puso Let It Be en el tocadiscos y tarareó la canción. Sacó la ropa que se había comprado, preguntándose qué sería más adecuado para la cena familiar de aquella noche. No le apetecía en absoluto ver a su suegro, incluso menos que a su padre.

—¿Beth? —oyó la voz de Johnny. Se giró y él estaba en la puerta.

—Estoy aquí —contestó mirándose en el espejo de nuevo.

—¿Dónde has estado? —preguntó Johnny acercándose a ella.

—He ido al pueblo a comprarme ropa para esta noche —le explicaba ella sobreponiendo un vestido y otro mirándose en el espejo—, no estaba segura de cuán formal sería la cena, así que no me decido.

Volvió a girarse para mirarlo, le cogió la mano antes de que tropezara con uno de los sillones, la distribución de la casa parecía sabérsela de memoria, pero no la de su habitación.

Johnny cogió su mano y buscó su cara. Se la acarició perdido en ella, en la suavidad de su piel, en el aroma de su esencia, la acercó a su cuerpo y la abrazó besándole la cabeza.

—Siento que discutiéramos anoche —dijo Beth rodeándolo con sus brazos.

—Yo también —contestó él inspirando el aroma de su pelo—, debí consultarte.

—No importa —dijo ella levantando la cabeza para mirarlo—, sé que te apetece tan poco como a mí, pero no me dejes sola —le pidió, cuando estaba con él se sentía segura—, no te separes de mí.

El cálido aliento de Beth le acariciaba el rostro y se moría por inclinarse y robarle un beso. Su cuerpo reaccionaba imaginándose, preguntándose cómo sabría un beso de Beth. ¿Sería dulce como ella?

—Ni un centímetro —contestó capturando un mechón de su flequillo—. Te ha crecido el pelo.

¿Qué le estaba pasando? Ella era Beth, podía ser su esposa pero no debía significar tanto para él. No podía permitir que sus sentimientos siguieran creciendo, ella se iría y no quería hundirse de nuevo, le había costado demasiado salir a flote para volver a caer en el pozo.

—A ti también —contestó Beth—, antes de comer te lo cortaré y te arreglaré la barba.

Beth se separó de él y Johnny se sintió vacío lejos de ella, sus emociones lo tenían muy desconcertado.

Dan Reese se estaba tomando un whisky en el salón. Su cuñado le estaba calentando la cabeza, no pensaba invertir en sus negocios, era un inútil con pretensiones y no iba a ayudarlo. Se puso de pie cuando llegaron su hijo y esa preciosa y delicada mujer que había buscado para él. Su hijo no la merecía, ni la merecería nunca. La llevaba cogida de la cintura y le susurraba algo al oído mientras entraban al salón; ella se reía y lo miraba. Observó la mirada de la joven, no le gustó nada la complicidad en ella.

—¡Ya estáis aquí! —exclamó Margaret acercándose a ellos.

Besó la mejilla de Beth, había elegido un vestido ceñido de manga larga de color azul, con un colgante de plata muy largo y un cinturón a juego con sus botas altas. Johnny se había puesto un traje negro con una corbata azul, a juego con el vestido de ella, estaba segura de que era cosa de Beth.

—¿Cómo te va, Margaret? —le preguntó Beth—. Llevas un vestido precioso.

—Muchas gracias, Beth —le sonrió—, estás aprendiendo. ¿Cómo estás, hijo? —preguntó mirándolo.

—Estoy bien, mamá —le besó la mejilla separándose un momento de Beth sin soltarle la cintura.

—¡Hacéis una pareja tan bonita! —exclamó la hermana de Margaret acercándose—. Johnny, te veo muy bien —dijo mirándolo—, y tú, Beth estás guapísima, como siempre. Ven, te presentaré a mi marido.

—Es que es guapísima —se acercó Dan y la cogió de la mano, se la besó y tiró de ella. Beth no dejó que la moviera del sitio, no se separó de Johnny, al contrario, se pegó más a él—. ¿Cómo te va Elisabeth?

La mirada de su suegro le recordaba a la mirada de aquel hombre que intentó matarla. En ella brillaba la misma maldad y deseo lujurioso que en los ojos de aquel hombre, le ponía el bello de punta.

—Bien —contestó ella seca.

—¿Te trata bien mi hijo? —preguntó echándole un vistazo a él.

—Mejor de lo que tú eres capaz de tratar a nadie —contestó Johnny por ella—. Vamos a saludar a mi tío, Beth —le pidió Johnny.

Dan miró a su hijo cabreado, no le gustaba que tuviera esa disposición con ella. La había elegido porque era preciosa y desviaría la atención de la gente

de él hacia ella. Cuando se dio cuenta de lo cruel que era, pensó que era perfecta, justo lo que él merecía. Había pasado un año y parecía que se entendían, no le gustaba la forma en que se tocaban, no quería que fuera feliz, no lo merecía, y menos con esa mujer.

Beth pasó junto al padre de Johnny, guiándolo para llegar hasta donde estaba su tío.

—Después tú y yo tenemos que hablar —le dijo a Elisabeth cuando pasó por su lado.

Beth sintió un escalofrío, aquel hombre le había dado mala impresión desde la primera vez que lo vio. Ahora, además de ese picor en las palmas de las manos, sentía el miedo crecer en la boca del estómago.

—No te dejaré sola con él —le susurró Johnny al sentir cómo ella se pegaba más a él.

Johnny no dejó de beber, intentando ignorar cada comentario de su padre, cada una de sus palabras insanas y malintencionadas. Beth se mantuvo a su lado, pendiente de él, incluso encaró a su padre en su defensa, dándole algunas contestaciones de las suyas, con esa lengua tan larga que tenía.

Cenaron pavo relleno, verduras y puré de patata, una cena muy parecida a la que Beth tomaba cada año en su casa, aunque allí no tenía que aguantar a alguien como el padre de Johnny. No estaba segura de qué era lo que le esperaba en su casa por navidad, pero no sería peor que aquello. Solo deseaba que llegara la hora de marcharse, no lo aguantaba más y, aunque Johnny intentara hacerse el duro e indiferente, cada insulto le afectaba y bebía más; si pudiera, ella también lo haría, pero debía conducir.

Excepto Dan, todos en la mesa estaban incómodos. Margaret le pedía que dejara a Johnny tranquilo, su hermana no se atrevía a hablar y el marido de esta ni siquiera levantaba la cabeza del plato.

Sirvieron el postre, un banquete en realidad, pastel de calabaza, de nuez pecana y de manzana. Margaret había preparado el último, el favorito de Johnny, y animó a Beth a probarlo.

—Cómete el puto pastel de mi madre —le susurró Johnny—, quiero largarme de aquí.

Beth alzó la mirada hacia él, su aliento olía a licor y su lengua iba demasiado deprisa. Parecía que estaba borracho. No era la primera vez que lo veía así, pero hacía mucho tiempo desde la última vez.

—Está delicioso Margaret —comentó Beth comiéndose el pastel, y era cierto, estaba buenísimo.

—¿Quieres que te dé la receta? —le preguntó Margaret

—Yo no sé cocinar —le sonrió Beth, agradecida de que Dan hubiera cerrado la boca un poquito.

—Es muy fácil querida, es el favorito de Johnny. Estoy segura de que agradecerá que se lo prepares.

Johnny negó con la cabeza, acabándose el trago de whisky que tenía en la mano. Al momento alguien del servicio le dio otro. Pensó que así daba gusto, Nana no le serviría así alcohol ni muerta.

—Eso no es necesario mamá —intervino Johnny cada vez más mareado—, además nos vamos a ir ya.

—Sí, creo que ha sido suficiente por una noche —dijo Beth—; además, no voy a saber hacerlo.

—Tonterías —se puso de pie Margaret—, ven conmigo, te daré la receta, Nana puede ayudarte.

Johnny se frotó los ojos, quería salir de allí, no quería pastel de manzana, ni que Beth cocinara.

Beth se dividía entre Johnny y su madre. No quería dejarlo solo y tampoco quería negarle aquello a su madre, que siempre había sido tan amable con ella, a pesar de sus meteduras de pata.

—Cojo la receta y nos vamos —le dijo a Johnny; él afirmó y ella le besó la mejilla antes de irse.

Fue con ella a la cocina. Recordaba cómo había acabado la fiesta de fin de año. Johnny y su padre peleando, no discutiendo, sino peleando. No quería dejarlos mucho tiempo solos y que volviera a darse.

—Lamento el comportamiento de Dan —dijo buscando la receta—, la tiene tomada con su hijo.

—No debes disculparte, su comportamiento es inexcusable —le contestó Beth, que había aprendido palabras nuevas—. No sé qué hace alguien tan buena como tú con una persona que no tiene corazón.

—Beth, no digas esas cosas —le pidió Margaret, ella tenía razón, pero no había motivo para decirlo.

—¡Es la verdad! —exclamó Beth—. No tiene corazón, no hay derecho a que trate así a Johnny, se ha pasado toda la cena provocándolo... Eres una buena mujer, Margaret, mereces algo mejor.

Margaret encontró la receta y se acercó a Beth, que estaba apoyada contra el mármol de la cocina.

—Él es mi marido —le tendió la receta con una sonrisa triste en los labios.

—Deberías separarte y venir con nosotros, Johnny estaría feliz de tenerte en casa y yo también.

—Eres demasiado joven, Beth —le acarició la mejilla maternal—, las cosas no funcionan de esa forma.

—Ahora sí, las parejas se separan tras años de casados, con hijos y todo, no se acaba el mundo.

—Yo no podría hacer eso —contestó muy segura de lo que decía.

—¿Por qué? ¿Por el qué dirán? —Margaret no le contestó, y Beth lo tomó como una afirmación—. Que les den a todos, ese hombre no puede hacerte feliz y mereces serlo, mejor sola que mal acompañada.

—Hay mucho más que eso. No hablemos más de esto, si él se enterara se enfadaría mucho.

—No deberías vivir con miedo —se lamentó Beth mirando los ojos verdes de la mujer.

—Margaret —la interrumpió Dan—, Johnny dice que vayas.

Margaret lo miró con temor, preguntándose cuánto de la conversación había escuchado. Agachó la cabeza y salió de la cocina. Beth iba a salir detrás de ella cuando él la cogió del brazo deteniéndola.

—¿Qué ocurre hijo? —le preguntó sentándose en el sitio de Beth.

—Nos marchamos ya —dijo Johnny poniéndose de pie, por un momento sintió que el suelo se movía.

—¿Estás mareado, Johnny? —preguntó su madre poniéndose de pie con él.

—Estoy bien —contestó, estaba borracho y desesperado por irse—. ¿Dónde está Beth?

Margaret había corrido a ver qué necesitaba y no se había fijado que Beth no había salido con ella.

—Debe estar en la cocina con tu padre —comentó ella.

—¿La has dejado sola con él? —pregunto colérico apartándose de la mesa.

—Tu padre no va a hacerle nada —contestó su madre.

—¿Después de cómo le ha hablado esta noche? —preguntó Johnny enfadado dirigiéndose a la cocina.

Cuando se dio cuenta, no sabía dónde estaba, no había contado los pasos y estaba ebrio. Su madre lo cogió del brazo y lo acompañó a la cocina.

—No me toques —oyó Johnny que Beth le decía a su padre, y el negro se volvió rojo sangre.

—¡Suéltala ahora mismo! —dijo con todo el poder de su voz, entrando a la cocina.

Beth se soltó del agarre del padre de Johnny y fue a su lado, el rodeó sus hombros y olió su cabello.

—¿Qué crees que le estoy haciendo? —preguntó su padre—. Solo estábamos hablando, pero claro, tú tendrás que imaginarlo, como todo, porque eres un inútil que solo puede imaginar.

—El único negado e inútil eres tú —contestó Beth, valiente al tener a Johnny a su lado, rodeándola y protegiéndola—. En lugar de menospreciar a tu hijo, deberías aprender de él cómo tratar a las personas.

—Tienes una lengua muy larga, Elisabeth —le advirtió Dan harto de que la insolencia de la joven fuera dirigida a él en lugar de a su hijo—, deberías cuidar tus palabras.

—No —dijo Johnny temblando de rabia—, tú deberías cuidar las tuyas. Ya te partí la cara una vez, si vuelves a acercarte a mi mujer, a amenazarla, ni siquiera a tocarla, te romperé algo más que la nariz.

—Llévatelo Beth —pidió Margaret a su nuera imaginando cómo acabaría aquello si seguían hablando.

Beth hizo lo que Margaret le pedía, no se despidieron de los tíos de Johnny, ni hablaron hasta llegar a casa. En el coche, sentía una calma como la que precede a una tormenta, y no le gustaban las tormentas.

La hora de viaje a casa solo le sirvió para hacerse mala sangre en lugar de calmarse. Estaba enfadado con su padre, con Beth por defenderlo, con él mismo por permitir que Beth se enfrentara a su padre.

Entraron en casa. Beth encendió las luces, parecía que Nana se había ido a la cama, fue hasta la cocina y dejó allí la dichosa receta del pastel de manzana. Cuando se dio cuenta, Johnny estaba allí con ella.

—¿Qué ha pasado con mi padre? —le preguntó en la puerta de la cocina.

—No ha pasado nada —contestó Beth, quería olvidar aquella noche y ya está.

—¿Dónde está tu sinceridad ahora? —le preguntó molesto.

—Vamos a dormir —ignoró Beth su pulla pasando a su lado—, ha sido una noche muy larga, es tarde.

Johnny no lo dudó, odiaba que le mintieran, más aún que lo hiciera ella, que siempre era tan sincera con él, o al menos eso creía. La cogió de la cintura cuando pasó a su lado y la arrinconó entre la pared y él.

—Me has hecho daño —protestó al golpearse la cabeza contra la pared—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te ha hecho mi padre? —preguntó Johnny severo ignorando su quejido.

Beth se lo quedó mirando preguntándose de qué iba. La intimidaba cuando se ponía de aquella forma, pero no le tenía miedo, no le haría nada, con él siempre se sentía segura y protegida. Sin embargo, aquel no parecía ser el Johnny que ella conocía, temía que se le fuera la cabeza y le diera uno de sus arrebatos.

—¡Nada! —lo empujó por el pecho, intentando sacárselo de encima—. Suéltame, estás borracho.

Johnny se apretó más contra ella cuando intentó apartarlo. No sabía qué estaba haciendo, estaba borracho y necesitaba saber la verdad, cuidarla y protegerla a toda costa. Se arrepentía de haberse ido de casa de sus padres por las buenas, lo había hecho por su madre, pero conocía muy bien a su padre y,

si le había puesto un dedo encima en contra de su voluntad, lo pagaría, se lo haría pagar muy caro.

—Dime la verdad Elisabeth —le pidió furioso—. ¿Te ha tocado? ¿Se ha propasado contigo?

—¡No! —le gritó Beth—. Solo hemos discutido, no ha pasado nada, de verdad —intentó calmarlo.

—¿Por qué? —preguntó él sin acabar de creerla—. ¿Por qué habéis discutido?

—Quería que trabajara para él, le he dicho que no y se ha molestado. No quería dejarme marchar y le he dicho lo que pensaba. Que no quería nada suyo, que había regalado las perlas que me dio el día de la boda porque él me daba asco. Lo he cabreado y cuando me he dado cuenta me he asustado un poco, he intentado irme y me ha cogido del brazo, le estaba pidiendo que me soltara cuando has entrado tú.

Johnny exhaló el aire por la nariz, preguntándose si era sincera. Llevó la mano derecha a su rostro.

—¿Me estás diciendo la verdad? —preguntó acariciándole la suave piel de su mejilla.

—Siempre lo hago, Johnny —contestó ella, mirándolo a los ojos, rogando porque la creyera.

El aliente de Beth rozaba su rostro, sus cuerpos estaban pegados y quiso besarla como nunca pensó que anhelaría besar a otra persona. No pensó en lo que hacía, ni en las consecuencias, solo la besó.

Johnny la cogió de la barbilla, se inclinó y sus labios se rozaron con los suyos, enviando una sensación eléctrica que le recorrió todo el cuerpo. Ella miraba sus ojos, incapaz de moverse, de rechazarlo, de reaccionar. Johnny le dio un momento de tregua y ella no se movió. Él volvió a besarla, esa vez de verdad.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, Beth no le había apartado de un empujón, ni le había dado una bofetada, ella respondía a sus besos. Sus labios de nube contestaban a sus besos, su lengua saludó a la suya cuando se introdujo dentro de su boca, una lengua invasora y avariciosa de Beth.

El cosquilleo que recorría el cuerpo de Beth se quedó instalado en su bajo vientre. Johnny dejó de estrechar su cintura y bajó por su trasero, mientras su lengua la volvía loca con el beso más ardiente y apasionado que había recibido en la vida. La humedad de sus bocas se volvía una y ella enloquecía.

Johnny llevó la mano a su trasero, lo estrechó, era pequeño y firme y acercó la parte más íntima de Beth a su miembro hinchado y dolido, estaba a cien, quería hundirse en ella. Se coló bajo la falda de su vestido y la acarició, mientras con la otra mano la cogía de la nuca, haciendo aquel beso interminable. Cuando Beth gimió sobre su boca, pensó que podría correrse con ese sonido, su fragancia y el tacto de su piel.

Beth apenas podía corresponder a las exigencias de la lengua de Johnny, ni siquiera podía mantener los ojos abiertos. Sintió unos calambres en su parte más íntima, su vulva palpitaba de insatisfacción. Él apartó sus braguitas, le acarició justo donde empezaba a dolerle de excitación y sintió que explotaba.

Johnny supo el momento exacto en que Beth llegó al máximo placer, pero eso no le hizo detenerse, quería oírla gritar de nuevo, quería que siguiera gimiendo sobre su boca, era pastel de manzana para todos sus sentidos. Metió un dedo dentro de ella y ella separó su boca de la suya, le cogió de las caderas.

—Para —le pidió Beth con la respiración tan acelerada como su corazón—, no puedo, para, para.

Sacó la mano de debajo de su falda y le rodeó la cintura con ambas manos. Beth apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó sin comprender qué había hecho mal.

—Creo que he tenido un orgasmo —dijo Beth mirando el suelo—, ahora entiendo lo que decía Ben.

A Johnny no le hizo ni pizca de gracia que estuviera pensando en Ben en aquel momento. Quiso hundirse en ella hasta que simplemente dejara de pensar, hasta solo existir ellos sobre la Tierra.

Beth levantó la cabeza, le acarició los labios, limpiando el carmín que había dejado en ellos. Se puso de puntillas y le besó la mejilla como hacía cada noche.

—Ha sido genial, Ben tenía razón, mi ex era un puto inútil —sonrió—. Buenas noches.

Aquello no había acabado para él; sin embargo, después de besarlo, escapó de su agarre flojo y lo dejó ahí, solo, en la cocina, con una erección que hasta le dolía y mil preguntas dándole vueltas en la cabeza.

Veintidós: Me quedo contigo

Había pasado una semana desde Acción de Gracias. Beth sentía que debía dar las gracias por lo que descubrió aquella noche. Al día siguiente, Johnny se mostró muy arrepentido, se disculpó, alegando que estaba borracho, que había sido un error, que se había pasado de la raya, que estaban bien como estaban y que no volvería a pasar. No comprendió por qué se justificaba tanto y no se atrevió a preguntarlo.

Era el cumpleaños de Johnny y Beth estaba muy emocionada con su regalo, estaba deseando dárselo, había sido una odisea conseguir que estuviera para la fecha. Era lo último y lo más de lo más, estaba segura de que a él le encantaría. Lo había descubierto por casualidad y, cuando se lo planteó a Ben, él la ayudó a llegar hasta el creador, y entre los tres habían llegado a un acuerdo. Lo habían enviado el día anterior desde Nueva Jersey; para que Johnny no se enterara habían pasado el día en casa de Ben.

Beth entró en la cocina con una caja. Johnny estaba allí desayunando y ella se sentó en su regazo.

—Feliz cumpleaños —dijo besándole la mejilla.

Desde Acción de Gracias, cada vez que estaba con Beth se excitaba, era constante, se pasaba el día empalmado y era muy molesto. Su pene insatisfecho quería estar con ella. Había sido como acariciar al cielo para después caer en el infierno, y allí hacía demasiado calor para el buen chico que fingía ser.

—Gracias Beth —contestó Johnny incómodo por su proximidad.

—Estoy deseando que veas mi regalo —le dijo Beth emocionada, inconsciente de la incomodidad de él o cómo el bulto bajo su pantalón crecía—, pero te lo daré en la fiesta; de momento te he traído esto.

Se levantó de encima de él y le puso la caja entre las manos.

—¿Qué es? —preguntó Johnny, por el tamaño parecía una caja de zapatos.

—Ábrelo y averígualo —le sonrió Beth nerviosa.

Johnny abrió la caja, en su interior parecía que había unas deportivas. Él siempre llevaba botas.

—¿Unas deportivas? —preguntó.

—Son especiales para correr —le contestó Beth contenta.

Se rascó la barba preguntándose a qué venía eso, si quería tocarle los cojones el día de su cumpleaños. Ella sabía de sobra que él echaba de menos correr, lo habían hablado alguna vez.

—¿Quiere un café señorita Beth? —preguntó Nana pensando en lo mala que llegaba a ser.

—Gracia Nana —contestó Beth—. ¿Has hablado con Flor? —le preguntó interesada sentándose.

—Sí, dice que está pasando mucho frío, está deseando volver, si todo va bien el lunes estará aquí.

—Seguro que allí está nevando —dijo Beth soñadora—, echo de menos la nieve.

—No te preocupes —dijo Johnny malintencionado, cerró la caja—, pronto la veras en Shelby.

—Ni me lo recuerdes —advirtió Beth—, soy capaz de dejar que vayas tú solo a ver a mis padres.

—Eso ni lo sueñes.

—¿No te las pruebas? —preguntó Beth mientras Nana le dejaba un café con leche y sus cereales.

—¿Para qué? —preguntó de mal humor—. ¿Acaso voy a salir a correr?

Beth y Nana se miraron. Beth quería esperar a la fiesta para darle el regalo, el regalo de verdad, pero estaba ansiosa y él parecía de mal humor. ¿Para qué esperar? Seguro que su regalo le alegraba el día.

—¿Te has enfadado?

—¿Por qué? ¿Porque me has regalado algo que sabías que no iba a poder utilizar?

Beth se levantó de su sitio y volvió a sentarse en su regazo, su ceño estaba fruncido.

—No te enfades —le dijo como quien regaña a un niño, acariciando su ceño para que se relajara.

Ahora que su entrepierna estaba a media asta, era tenerla cerca y saltaba en su pantalón.

—¿Tienes que pasarte todo el día pegada a mí como una lapa? —preguntó de mal humor.

—¡Pero qué mal carácter! —exclamó Beth sin perder su humor—. Cumplir años te sienta muy mal.

—A ti te vendría bien cumplir unos cuantos —contestó de pésimo humor—, quizás así maduras.

Nana subió a hacer las habitaciones, él la estaba provocando y no quería oírlos discutir.

—Si sigues así —le advirtió—, no pienso darte mi regalo.

Johnny quiso decirle por dónde se podía meter su regalo, era una desconsiderada que solo pensaba en sí misma. No había pensado ni un poquito en él, ni siquiera el día de su cumpleaños.

—Pues quédatelo, seguro que le das más uso que yo.

—No, tú le vas a dar un uso fantástico —no quería que siguiera enfadado—, las deportivas solo son una parte del regalo, la otra parte está arriba —se levantó de encima de él—. Pensaba dártelo por la tarde, pero mejor ahora, no quiero que estés de morros cuando vengan los demás.

Le cogió la mano y tiró de él. Johnny no se movió del sitio, estaba empalmado y no quería que lo viera.

—Desayuna primero —dijo acercando su silla a la mesa para que no volviera a ponerse encima.

Después de desayunar, le cogió la mano y lo llevó arriba. Nana y Armando habían preparado la habitación la tarde anterior. Beth quería hacerlo en el antiguo estudio donde la ex prometida de Johnny pintaba. Era un espacio vacío que nadie utilizaba, pero Nana se negó sin tener el consentimiento de él.

Entraron en la habitación. Johnny no podía verlo, pero habían cambiado la distribución, habían llevado allí sus pesas, haciendo un pequeño gimnasio. Beth lo llevó hasta la máquina que le había comprado, le parecía increíble que aquello existiera. A ella y a Ben les costó bastante dar con quien las fabricaba.

—¿Sabes qué es? —demandó ayudándolo a subir.

—¿Debería saberlo? —preguntó Johnny completamente desconcertado subido en aquella plataforma.

—En realidad no —sonrió Beth, le cogió las manos y las puso en las agarraderas a cada lado—, voy a encenderlo y se moverá, vigila los pies —le advirtió—, no quiero que te caigas. Debes caminar.

Beth la puso en marcha y la cinta bajo sus pies se movió. Caminó sobre la cinta para no caer al suelo.

—¿Esto es algún método de tortura? —le preguntó Johnny desconcertado.

—En su época lo fue —contestó Beth—, al menos algo similar, me lo explicó el señor con el que hablé para que la enviara hasta aquí. Dijiste que echabas de menos correr, es una cinta caminadora, puedes correr encima de ella sin miedo a tropezar o caerte, solo tienes que cogerte y así no te caerás.

Estaba impresionado. La cinta se movió más deprisa hasta hacerlo correr. Su corazón latía con fuerza, la adrenalina corría y le gustó sentirse vivo. Sí había pensado en él, aquel regalo era muy ingenioso.

Beth lo vio sonreír y tuvo que sonreír con él, sabía que era el regalo perfecto. La paró.

—Deberías ponerte las deportivas, ya te he dicho que eran para correr —lo ayudó a bajar de la cinta.

—Es el mejor regalo que podrías haberme hecho —dijo Johnny cuando la tuvo delante.

—Lo sé —le contestó feliz de saber que había acertado.

La cogió del hombro y con la otra mano acariciaba los mechones de su pelo que ya le pasaban las orejas. Deseaba abrazarla, volver a besarla y darle las gracias por pensar en él un millón de veces.

—Debe haberte costado un dineral, le diré a Armando que vaya al banco para reponer el dinero.

—No lo he cogido de la caja fuerte —se encogió de hombros Beth, nunca había abierto esa caja.

Johnny ladeó la cabeza al escuchar aquello. Su buen humor se fue disipando y la sangre empezó a hervirle, a la vez que comprendía que se había gastado todo su dinero en aquello.

—¿De dónde cojones has sacado el dinero? —demandó cabreado.

—Eso no importa —contestó Beth muy segura—. Lo único importante es que te guste.

—¿De dónde Beth? —le gritó cogiéndola de los brazos y acercándola a él.

Beth se lo quedó mirando, no sabía qué decirle. Si le decía la verdad, sabría que le había estado quitando dinero desde la primera vez que pisó la casa. No quería que pensara que era una ladrona, no quería que sintiera que se aprovechaba de él. Esa nunca había sido su intención, solo quería huir de allí.

—¿Por qué te enfadas? —preguntó evadiendo su pregunta.

—¡Contesta a la pregunta! —le gritó, apretándole los brazos con fuerza, frustrado y desconcertado.

—¡No me grites! —le gritó ella también—. Me estás haciendo daño —le advirtió—, suéltame.

—No voy a soltarte hasta que no me contestes.

—Por favor Johnny, me estás haciendo daño —se quejó perpleja al verlo tan furioso.

—¿Por qué lo has hecho? Dímelo —exigió—, dime por qué.

Beth negó con la cabeza, a la vez que forcejeaba para que la soltara. No trataba de intimidarla, por primera vez le estaba haciendo daño, cuanto más se resistía ella más fuerte apretaba él.

—¡Me haces daño! —gritó Beth.

Nana, que estaba en la habitación haciendo la cama de él, oyó que habían empezado a discutir. Iba a irse de vuelta abajo cuando oyó gritar a la señorita Beth, ella decía que le estaba haciendo daño.

—¿Qué ocurre? —preguntó entrando en la habitación de al lado.

—Ve a su habitación —le dijo Johnny a Nana enfurecido—, busca el sobre.

Beth agrandó los ojos mirándolo, él ya lo sabía. ¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no se lo había dicho?

—El sobre ya no existe —contestó Nana—, suéltela —le pidió—, le está haciendo daño de verdad.

Al momento Johnny abrió las manos y Beth escapó de su presa. Estaba a punto de llorar y no quería hacerlo, salió corriendo de la habitación antes de derramar la primera lágrima.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nana mirándolo—. ¿Acaso no le ha gustado el regalo?

Johnny se frotó los ojos, era demasiado pronto para que le doliera tanto la cabeza.

—¡No! —le gritó—. No me gusta el regalo.

Nana se sintió muy decepcionada, era cuanto podía esperar de Beth, le estaba diciendo que no se marchaba, que pensaba y se preocupaba por él. Ella se había sentido muy sorprendida y contenta por él.

—Estaba muy emocionada, lleva semanas hablando de lo mismo cuando usted no estaba cerca.

—Ese dinero era suyo —señaló el suelo rabioso—, no debió gastarlo en mí —sintió que se le cerraba la garganta de pura frustración—. Debía irse con él, ser feliz, cumplir sus sueños.

—Usted no quería que se fuera —le recordó Nana sin comprender por qué se ponía así—, cuando discutieron la semana pasada y creyó que se había marchado, parecía que le iba a dar algo.

Era cierto, no engañaba a nadie. Él no quería que se fuera, perderla era perder la única luz que brillaba en la oscuridad. Con el paso de los días, Beth lo había devuelto a la vida, le alegraba un poco la existencia.

—No, no quería perderla por egoísmo, pero era lo mejor que podía hacer, alejarse de esta casa, de mí —sintió ganas de llorar—. No tengo derecho a retenerla, Nana —se lamentó—, nunca podré hacerla feliz. Es demasiado joven, tiene toda la vida por delante, sueños que cumplir, puede aspirar a más que cuidar de mí.

—¿Cómo puede ser tan estúpido? —le preguntó Nana harta de oírlo menospreciarse. Johnny levantó la cabeza del suelo al oírlo llamarlo así—.

Nadie la retiene, tenía el dinero, pudo marcharse hace meses, pero no lo ha hecho. Ha preferido quedarse, por voluntad propia; tenía dos posibilidades y ha hecho su elección.

—¿Por qué Nana? —preguntó incrédulo—. ¿Por qué querría Beth quedarse aquí?

—¿Por qué no quiere usted que se marche? —replicó ella, pensando en lo obvio que era—. Sabe Dios que la señorita Beth no es santo de mi devoción, pero admito que está cambiando. A mí, me alegró mucho que quisiera gastarse ese dinero en algo que creía que le haría feliz, de manera desinteresada.

Johnny se frotó la cara y se rascó la barba preguntándose que era él para Beth. Ella significaba mucho para él, más de lo que nunca admitiría. Desde que había empezado a trabajar, lo único que podía ver era su ausencia, la falta de su risa. Beth le gustaba, la quería a su lado, la quería, no estaba enamorado de ella, pero le hacía mucha falta, era una estrella en la oscuridad, el único punto de luz que veía.

—Debería disculparse —lo sacó de sus pensamientos—, parecía asustada, creo que iba llorando.

—No puedo creer que la defiendas —le dijo incrédulo—, la has criticado más que nadie.

—No la defiendo, trato de ser justa. Una acción no cambia todo, pero creo que está cambiando, que va por el buen camino y que le hace feliz —le acarició el brazo—. No quiero verlo como el año pasado.

Él tampoco quería volver a ser esa persona muerta en vida, no quería seguir viviendo amargado. Apoyó la mano en el hombro de Nana, le acarició la mejilla con el pulgar, su piel estaba arrugada, blanda y áspera. Toda la vida le había dado buenos consejos, ella era más mayor y más sabia que él, lo había tranquilizado antes de que hiciera algo de lo que se hubiera arrepentido, ahora ya estaba calmado.

—Ve a buscarla —le pidió—, hablaré con ella.

Nana le sonrió y salió a buscar a la señorita, no la encontró en casa y al salir vio que no estaba el coche.

Johnny esperó ansioso que ella volviera, se arrepentía mucho de haberle hecho daño, había ido demasiado lejos. Se había vuelto loco sólo porque ella le había dado lo que quería, con la cabeza fría se sentía un gilipollas total. Ella no apareció a la hora de comer, ni por la tarde cuando llegaron los invitados.

—¿Dónde está Beth? —preguntó María, que había ido hasta allí con su madre.

—No lo sé —contestó Johnny, haciendo un esfuerzo por no ir a por la botella de whisky.

—¿Te ha dado el regalo? —preguntó extrañada de que no supiera dónde estaba.

Johnny se levantó del sillón, no le contestó. Le había dado el regalo y él se lo había tirado por tierra. Había echado por tierra todo lo que había preparado, la fiesta era un desastre absoluto sin ella.

—Ven María —le dijo Nana—, si quieres te lo enseño.

Johnny salió al porche trasero y se sentó en el balancín. Fuera hacía frío, estaban en pleno invierno, debía hacer unos diez grados, no creía que fuera hacer más frío en todo el invierno.

—¿Dónde está la Barbie? —preguntó Ben saliendo al exterior detrás de Johnny.

—¿Por qué la llamas así? —preguntó Johnny.

—Es el nombre de una muñeca de Gala, rubia y con curvas —sonrió—. ¿Te suena?

No, no le sonaba, él nunca había visto a Beth, ni tampoco a esa muñeca, nunca las vería.

—Necesito un trago —dijo en un suspiro.

—¿Qué te lo impide? —le preguntó Ben apoyándose en el porche—. Yo también me tomaría uno.

—Si me tomo uno, luego necesitaré otro —le explicó—, después otro y no quiero emborracharme.

—Ya no te pasas el día borracho, no eres ningún alcohólico. Además, no quiero ofenderte, pero tu fiesta es una mierda, creo que tienes derecho a emborracharte por tu cumpleaños.

—Esa no es la solución a los problemas.

—Quizás si me contaras qué te pasa, podría ayudarte —le dijo Ben.

—He discutido con Beth, le he hecho daño y se ha ido llorando, por eso no está... No sé dónde ha ido, no ha aparecido en todo el día. Flor está en Canadá, María y tú aquí, ¿con quién está ella entonces?

Ben se preguntó qué había pasado, le costaba creer que le hubiera hecho daño intencionadamente. Iba a preguntarle cuando la puerta del porche se abrió y salió una mujer bajita y rubia.

—¡Cariño! —exclamó al salir al porche, se acercó y le besó la mejilla—. Feliz cumpleaños, mi vida.

—¿Qué haces aquí mamá? —preguntó de mal humor, lo último que necesitaba era a su padre por allí.

—Queríamos darte una sorpresa —le contestó Margaret contrariada—, creía que te gustaría.

—Me gusta que estés aquí, pero no quiero a tu marido en mi casa, nunca ha venido y ha tenido años.

—No te preocupes por tu padre —le quitó importancia—, me ha traído Beth.

—¿Beth? —se puso de pie—. ¿Dónde está? —preguntó ansioso.

—Tenía que recoger algo en el pueblo —contestó extrañada—. Estaba rarísima, me ha dicho que había hecho algo malo y te habías enfadado, no ha querido hablar del tema. ¿Qué ha pasado?

Johnny no quiso contar lo que había pasado, eran cosas de él y Beth, de nadie más. Cuanto más pasaba el tiempo, más ansioso estaba. Ben salió a buscarla, no le gustaba ver a Johnny tan preocupado e inquieto. No la encontró, cuando todos se marcharon, llevó a su madre a casa y lo dejó en casa con Nana.

—¿Es de noche ya, Nana?

—Ya hace rato —contestó Nana nerviosa—, seguro que la señorita Beth está bien, en cualquier momento llegara —dijo solo por tranquilizarlo, en realidad quería llamar al Sheriff—, iré a hacer la cena.

Beth salió de casa llorando, cogió el coche y empezó a conducir sin destino, sin rumbo. Llegó hasta el estado de Oklahoma y dio la vuelta preguntándose a dónde iba. Fue hasta Austin y recogió a Margaret, tal y como habían planeado. Johnny no la esperaría, no le había dicho que iría.

—¿Te pasa algo, querida? —le preguntó Margaret ante el extraño mutismo de su nuera.

Beth sintió ganas de llorar. La había cagado, no había podido cerrar la boca un poquito. Johnny sabía que le había estado robando dinero, estaba furioso y no era para menos, estaba avergonzada.

—Johnny se ha enfadado conmigo —fue lo único que le dijo—. No me he portado bien con él —contestó con pesar, con un sentimiento de culpa que la hacía sentirse muy desdichada.

—¿Qué ha pasado?

Beth no le contestó, Margaret se había portado muy bien con ella, la había ayudado con su incontinencia verbal y no quería que pensara que era una ladrona. Era estúpido, seguramente Johnny se lo contaría cuando llegaran a casa, pero ella no estaría delante para ver la cara de decepción de ambos.

Dejó a Margaret en casa y se marchó. Cruzó varios condados hasta que anocheció, entonces dio la vuelta. Al cruzar el condado de Bastrop, una suave y moderada lluvia caía sobre el parabrisas, después se volvió más fuerte y oyó el primer trueno, que la hizo temblar. No quería estar en el coche, sola, en medio de una tormenta; pisó el acelerador con pie tembloroso y corrió en contra de la tormenta hasta casa.

Al bajar del coche se quedó mirando la casa iluminada, la lluvia caía a plomo empapándola. El cielo se iluminó, corrió hacia la casa y entró. Prefería la ira y el desprecio de Johnny a que la partiera un rayo.

Johnny creyó oír el coche. Era la décima vez que le parecía oírlo y solo era producto de su imaginación. Entonces oyó la puerta y no tuvo ninguna duda, dejó el vaso de whisky sobre la mesa y fue al recibidor.

—¿Beth? —preguntó apoyándose en el marco de la puerta con la respiración acelerada.

—Lo siento —dijo ella en un lamento, mientras se encogía debido al trueno que retumbó.

La gabardina goteaba agua que mojaba el suelo, se rascó detrás de la oreja aún encogida, mirándolo.

—Ven aquí —le pidió sin soltar el marco de la puerta; al momento, ella se abrazaba a su cintura. Estaba empapada y temblaba entre espasmos, soltó el marco y la abrazó acercándola más a él, ignoró cómo su cuerpo reaccionaba a su proximidad, la tenía donde la había querido todo el día—. ¿Dónde has estado?

—Conduciendo —contestó Beth temblando—, sé que estás muy enfadado, que tienes motivos para estarlo —se le llenaron los ojos de lágrimas—, pero esta noche no —levantó la cabeza, Johnny tenía el ceño fruncido, lo miró a los ojos, segura de que seguía enfadado—, por favor Johnny, esta noche no.

Johnny le cogió la cara, tenía el pelo chorreando, las mejillas congeladas, estaba mojada y temblaba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó preocupado, acariciándole las mejillas—. ¿Alguien te ha hecho algo?

Beth negó, el aliento de Johnny olía a licor, como la noche de Acción de Gracias. Había rememorado ese momento por muchos motivos. Un trueno retumbó en la casa y escondió la cabeza en su pecho.

—Tienes que quitarte esa ropa mojada —le dijo Johnny cogiéndola de los hombros, apartándola de él mientras ella hacía fuerza para que no se separara de ella—, vamos Beth, no querrás enfermarte.

Nana salió de la cocina, Johnny rodeaba a Beth por el hombro y ella lo abrazaba por la cintura. Estaba empapada, temblorosa y blanca, sus ojos vidriosos mostraban terror. Parecía muy pequeña contra él.

—Señorita Beth —se acercó a ellos angustiada al ver el aspecto de la muchacha.

—Nana, caliéntale la cena y súbesela a la habitación —ordenó Johnny—, tiene que entrar en calor.

Johnny la acompañó hasta su habitación, le dijo que se diera un baño

caliente mientras Nana le preparaba la cena. Se negó, ni siquiera quería quitarse la ropa por no separarse de él. Johnny la convenció, se quitó la ropa empapada y se puso uno de los pijamas gordos que usaba en Shelby.

Johnny oía cómo se deshacía de la ropa a escasos centímetros de él, aquella habitación era un invernadero con esencia de Beth en estado puro. Demasiado para él, a pesar de su preocupación.

—Cuando Nana te suba la cena, come lo que te traiga y después vete a dormir, mañana hablaremos.

—No te vayas —le cogió de la mano y la tenía helada—, no me dejes sola, por favor, quédate Johnny.

Johnny estaba seguro de que algo había pasado durante el día, aquel comportamiento no era normal.

—Acaba de vestirme —le pidió, ella le soltó y lo hizo, él se sentó en la cama—. ¿Has comido algo?

—No —contestó Beth poniéndose la parte de arriba del pijama.

—¿Qué has estado haciendo?

—Solo he conducido —contestó Beth, se subió encima de Johnny y se acurrucó contra él.

Johnny suspiró, su nariz congelada se pegaba a su cuello, las gotas que caían de su cabello, le hacían cosquillas y ella se estremecía. Metió la mano bajo el pijama y le acarició la espalda, no llevaba sujetador.

—¿Cómo con esos dedazos tan gordos y ásperos puedes acariciar tan bien? —preguntó relajándose.

—¿Qué ha pasado, Beth? —le preguntó por millonésima vez, había perdido la cuenta.

—No me ha pasado nada —vio la luz de un rayo desde la ventana, se pegó más contra él temblando, el trueno no tardó en llegar—, la tormenta se acercaba, me aterrorizan desde que me cayó un rayo.

—¿Por eso estás así? —preguntó incrédulo, ella afirmó con la cabeza acariciándole la nuca y Johnny tuvo que sonreír. Siempre lo sorprendía—. Dudo mucho que te cayera un rayo y vivieras para contarlo.

—Te lo juro —contestó muy segura—. La culpa fue de Robbie —le explicó—, él debió protegerme, no dejarme sola debajo de aquel árbol. En ese momento debí darme cuenta que no era para mí, nunca cuidó de mí, sólo cuidaba de sí mismo —alzó la cabeza mirándolo a los ojos—. Tú no me hubieras dejado sola.

No le gustó que lo comparara con su ex novio, ni que hablara de él, aunque fuera de manera negativa.

—Yo no te hubiera dejado meterte debajo de un árbol en una tormenta eléctrica, eso seguro.

Beth sonrió mirándolo, Robbie era un crío además de un gilipollas, Johnny era un hombre de verdad.

—Tú siempre cuidas de mí, sé que no dejarás que me pase nada. Siento mucho lo del dinero, Johnny.

—Lo sabía desde que estuviste en casa de Ben —confesó negando con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Beth buscando la respuesta en sus ojos.

—Lo entendí —suspiró—, entiendo que quisieras irte y solo esperaba que llegara el momento.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó creyendo que entendía su enfado—. ¿Por eso te has enfadado?

—No —se giró hacia ella y sus narices se rozaron, se humedeció los labios, quería arder en un beso—, no quiero que te vayas —aseguró y, con esfuerzo, se apartó—. Solo que entiendo que quisieras irte, pero no que hayas gastado el dinero en mí. Por eso me he cabreado, me frustra no entender las cosas.

Nana abrió la puerta. Johnny estaba sentado a los pies de la cama, con la mano debajo del pijama de la señorita Beth, que estaba ovillada encima de él. Dejó de mirarlo a él y la miró a ella, tenía mejor aspecto.

—¿Se encuentra bien señorita Beth? —le preguntó cruzando la habitación hasta la zona de reposo.

—Sí —le contestó apoyada en el pecho de Johnny, observando cómo dejaba la bandeja en la mesita.

—Pues cene antes de que se enfríe, después métase en la cama, mañana será otro día —le sonrió.

—Gracias Nana —le dijo Beth antes de que saliera por la puerta, extrañada con aquella amabilidad.

—Esta mañana te ha defendido —dijo Johnny cuando oyó la puerta cerrarse—, no podía creerlo, nunca pensé que Nana se pusiera de tu parte.

—Ni yo —le aseguró Beth.

La luz de otro relámpago, cerró los ojos con fuerza y se abrazó a él, esperando el estallido.

—Ya pasó —dijo Johnny sacando la mano de debajo de su pijama y acariciándole el pelo mojado.

Le cogió las piernas y se levantó de la cama; con cuidado la dejó en el suelo y la acompañó hasta la zona de reposo. Se sentó en una de las butacas, Beth se sentó en el suelo entre sus piernas. Estaba junto a Johnny pero lo necesitaba más cerca, rodeándola por completo. Johnny le masajeaba los hombros.

—Estás muy tensa —dijo Johnny, con el sonido de otro trueno, ella dejó la sopa y se abrazó a su pierna—. Vamos Beth —intentó tranquilizarla—, aquí dentro no puede alcanzarte un rayo, no sufras.

Beth se tomó la sopa lo más deprisa que pudo, se levantó del suelo y se sentó encima de él. Puso los pies congelados, debajo de la pierna de Johnny.

—No pienses en la tormenta —dijo poniéndose de pie y sacándosela de encima—, tienes que dormir.

Beth se pegó a su costado, poco dispuesta a separarse de él.

—¿Puedes dormir conmigo hoy? —le preguntó—. Flor no está y contigo siempre me siento segura.

Le llenaba de orgullo oírle decir aquello. Podía protegerla de una tormenta, sin dudar se interpondría entre ella y un rayo. La protegería de cualquier cosa. ¿Podría protegerla de él mismo? Dormir con ella, tener a Beth junto a él en una cama, con su olor y su cuerpo. Quizás sería demasiado para sus hormonas.

—Si quieres podemos poner música, eso te relajará y no pensarás en la tormenta —le contestó.

—Quédate conmigo, por favor —le pidió Beth—, te lo suplico Johnny, de verdad, estoy aterrada.

Johnny suspiró, no necesitaba que ella suplicara. Quería dormir con ella, quería hacer mucho más que dormir. Pero eso solo complicaría las cosas, como si ya no fueran bastante confusos sus sentimientos.

—Debes superar esto cariño —le contestó Johnny—, en casa no puede alcanzarte un rayo, de verdad.

—Por favor Johnny —le pidió mirándolo a los ojos, descalza se sentía bajita a su lado.

—Me quedaré hasta que te duermas —accedió, dividido entre lo correcto y lo que deseaba.

Beth lo abrazó agradecida, quería que se quedara hasta que la tormenta acabara, se imaginaba despertando sola mientras los truenos retumbaban en el cielo y la recorrían los escalofríos.

Johnny se separó de ella, se sentó en la cama y se quitó las botas, el cinturón y la camisa, no pensaba quitarse nada más. Empezó a sonar una canción, se tumbó en la cama, tenso, ni siquiera se metió dentro de las sábanas. Al momento Beth había apagado la luz, y estaba tumbada a su lado, pegada a su costado.

Beth cantaba flojito, aquella canción le gustaba, era la canción que Flor le cantaba, le daba seguridad. “Te haré feliz, bebé, solo espera y observa, por cada beso que me des yo te daré tres. Desde el día en que te vi he estado esperándote, sabes que te adoraré hasta la eternidad. Así que por favor, se mi chico, se mi pequeño bebe, dime que serás mi amor, se mi chico ahora, mi primer y único chico.”

—Cantas muy bien —dijo Johnny—, tienes una voz muy bonita.

Otro trueno sonó, más fuerte que ninguno, tan fuerte que heló la sangre de Beth. Se imaginó los rayos cayendo alrededor de la casa, intentando alcanzarla y tembló. Con el corazón a mil, se apoyó en el pecho de Johnny, se concentró en el latir del corazón de él, no iba mucho más despacio que el suyo.

—Shhh —intentó tranquilizarla Johnny—, tranquila, pronto se habrá ido, no pasa nada Beth.

Beth buscó sus ojos, todo estaba a oscuras, no podía ver nada, así debía sentirse él siempre. Buscó su cara en la oscuridad, se la acarició como él solía hacer con ella, intentando verlo sin ver.

—Tengo que arreglarte la barba —comentó acariciándole la cara hasta encontrar sus labios finos y suaves—, querría haberlo hecho esta mañana. Gracias por quedarte conmigo, Johnny —le besó la mejilla.

Johnny sentía que no aguantaba, quería saltarle encima. Su aliento le acariciaba la cara, su delicado cuerpo pegado a él, sentía la curva de sus senos en el costado, al recordar que no llevaba sujetador su pene lloró por un poco de acción. Llevaba demasiado tiempo excitado y empezaba a ser doloroso.

—Duérmete —le pidió, quiso suplicar, estaba aguantando más de lo que creía posible—, por favor.

—¿Te molesto? —pregunto ella con la boca demasiado cerca de la suya.

—Es justo lo contrario —se quejó sin atreverse a tocarla y no poder contenerse.

—¿Qué es lo contrario de molestar? —se preguntó Beth—. Agradar, creo. ¿Te gusto? —le preguntó.

¿Por qué le hacía preguntas cuya respuesta ya conocía? Claro que le gustaba, ella lo sabía de sobra.

—Ya sabes la respuesta Beth —intentó que su voz no sonara quejicosa, fracasó.

—¿Entonces por qué fue un error lo que pasó en la cocina? ¿Por qué no has vuelto a besarme?

Porque no quería complicar su relación, ya de por sí inestable, pero si ella quería acabar lo que habían empezado solo debía decirlo. Desde entonces no había podido estar relajado, su cuerpo quería calmarse con ella. Solo entre sus piernas encontraría la paz para ese infierno caliente que rugía en su interior.

—¿Me estás pidiendo que te bese, Elisabeth? —preguntó incrédulo, muerto de deseo por hacerlo.

—¿Querrías hacerlo? —preguntó Beth insegura.

—Querría hacerte muchas cosas —contestó muy seguro de lo que decía.

—¿Qué te lo impide? —preguntó ella sin comprender.

Ya había tenido suficiente, si eso no era una proposición, que lo partiera un rayo. Un trueno retumbó y, antes de que empezara a temblar, la besó. Metió la lengua en su boca e hizo una carrera entera.

Beth se olvidó de la tormenta, de los rayos que iluminaban la habitación, y le devolvió el beso. Del pecho de él nació un gruñido que la puso a cien. Le cogió la nuca y se pegó a él en aquel beso ardiente. Johnny metió la mano bajo su pijama y capturó un pecho. De forma ruda y casi desesperada, la cogió de la cintura y la puso a horcajadas sobre él, como si fuera una muñeca que él ponía manipular sin dificultad. Se inclinó y le quitó la parte de arriba del pijama, volvió a besarla y Beth gimió, él también, satisfecho de oírla, de sentirla. Deslizó la boca y la lengua por la suave piel de su cuello, hasta sus pechos, apresó uno y se metió el pezón en la boca. Beth jadeó y casi explotó al oír ese sonido tan sexy escapar de su boca. Desesperado, se desabrochó el tejanos y la acomodó justo encima de su tremenda erección. Ella se movía involuntariamente sobre la rigidez de él, intentando calmar la insatisfacción. Lo cogió del pelo y gimió extasiada, por la sensación de placer y humedad que él dejaba a su paso.

La mano de Johnny se deslizó por su vientre plano, por su cintura estrecha y se perdió entre los rizos bajo sus bragas. Su clítoris estaba hinchado, lo pellizcó y ella jadeó otra vez. Deseaba que ella lo tocara, se sentía demasiado excitado e insatisfecho, tenía que entrar en ella ya. Le cogió la barbilla con la otra mano y la besó. Metió la lengua en su boca con toda la desesperación que su cuerpo insatisfecho sentía.

Beth se deshizo y se perdió en todas aquellas sensaciones que invadían su cuerpo, haciéndole olvidar todo. Johnny la estaba matando con sus caricias, cuando la besó lleno de anhelo y rudeza, volvió a sentir la sensación de vértigo, las piernas se le entumecieron y gritó sobre su boca, disfrutando del orgasmo.

Inerte, se dejó caer encima de él. Johnny también se recostó en la cama, quería sentir su piel, la ropa le molestaba, sobre todo los calzoncillos. Con cuidado la dejó caer de lado y se quitó los tejanos que le estaban machacando las pelotas. Los dejó caer al suelo, con los calcetines y la camiseta. Se giró hacia ella y le daba la espalda, se pegó a su espalda y frotó su rigidez contra su culo prieto, la cogió de la cadera.

—Me estás clavando algo —suspiró satisfecha—. ¿Qué haces? —le preguntó Beth somnolienta.

—¿Tú qué crees? —le preguntó en tono juguetón, sin darse cuenta de que Beth ya no jugaba.

—Duérmete, ha sido un día de muchas emociones —le dijo sintiendo cómo el sueño la vencía.

Johnny no podía creer lo que había dicho. ¿Pensaba dejarlo a medias otra vez? ¿Acaso ella quería que se muriera de una hinchazón de huevos? Porque eso era lo que iba a pasarle, estaba que explotaba.

—¿Es una broma, verdad Elisabeth?

No contestó y su respiración se acompasó. No sabía si se había dormido o fingía, pero lo había dejado a medias y quiso azotarla por ser tan desconsiderada. Él también tenía necesidades, muchas más que ella, lo había dejado dos veces tirado. Fue a levantarse, necesitaba una ducha fría, o haría algo que nunca le pasó por la cabeza fuera capaz de hacer. Beth se removió, se giró hacia él y lo abrazó, su pecho se pegaba a su costado y su rodilla rozaba su pene hinchado e insatisfecho. Un suave ronquido escapó de su boca. La muy sinvergüenza se había quedado dormida, dejándolo con un dolor de huevos de los que hacen historia.

Veintitrés: Volver a casa por Navidad

Beth despertó sola en la cama y se estiró satisfecha. Recordaba la noche anterior y le temblaban las piernas, no había tenido nada que ver con Robbie. Johnny la tocaba entre una delgada línea que separaba el deseo y la calidez. La hacía sentirse deseada y sin embargo había sido cuidadoso con ella.

Bajó a desayunar. Nana le dijo que Johnny había salido y que no volvería hasta la noche. Cuando se fue a dormir aún no había regresado. A la mañana siguiente Johnny estaba en las caballerizas, quería bajar y preguntarle dónde había estado todo el día anterior, pero lo descartó, tenía que ducharse e ir a trabajar.

El día fue redondo, por el pueblo se había extendido el rumor de que había asesorado a la mujer del gobernador, que ella compraba sus productos. Era cierto, Margaret se la había presentado, pero no sabía cómo se habían enterado esas mujeres. Esas que una vez la miraban por encima del hombro, por haberse peleado con una niña de dieciséis años, dejaron de hacerlo, querían comprar sus cosméticos y escucharla.

Al volver a casa, iba en busca de Johnny cuando vio que Flor había vuelto y venía con accesorios. En su dedo anular tenía un anillo de pedida. Beth saltaba con ella nerviosa ante el anuncio de la boda.

—Sueño con este momento desde que me di cuenta de que te gustaba —dijo abrazándola—, tengo miles de ideas —se apartó de ella para mirarla—, deja que yo organice la boda —le pidió sobreexcitada.

Florence le sonrió alegre, iba a casarse, ella, no solo había conseguido que el hombre que amaba se diera cuenta de que existía, lo había enamorado, iban a casarse, viviría su propia vida.

—Dejaré que lo hagas —le dijo emocionada—, pero nada de excesos, yo te supervisaré —no se fiaba.

—¿Qué te ha dicho tu madre? —preguntó Beth.

—Se ha alegrado mucho. Steven y yo hemos hablado con ella al llegar. Quería hacer las cosas bien, no me ha dado el anillo hasta tener su aprobación —miró el anillo, ese con el que todas soñaban, era suyo.

—¡Oh Flor! —exclamó Beth abrazándola de nuevo—. Soy tan feliz por ti. ¿Cuándo os casaréis?

—Estoy pensando en junio —le contestó cuando Beth la soltó.

—Johnny y yo vamos a pasar las navidades con mi familia, cuando vuelva lo organizaremos todo. Va a ser muy emocionante, buscaremos un vestido perfecto, me encargaré de las flores, los invitados, el menú... Me encargaré de todo y tú solo tendrás que preocuparte de disfrutar y dar el sí quiero.

—No te embales —le pidió Flor—, seremos pocos, yo no tengo a nadie, aparte de mi madre y ustedes; por parte de Steven, solo vendrán los más cercanos, así que no montes un bodorrio para cuatro gatos.

—No te preocupes, durante este mes lo prepararé todo, recopilaré todas las ideas y descartaré las descabelladas; cuando vuelva de Shelby te lo enseño y decides, va a ser la mejor boda de la historia.

Flor se quedó mirándola alejarse. No quería desanimarla, pero ella no quería un bodorrio, quería algo sencillo y discreto, como ella. Acababa de decirle que no se embalara y quería montar la boda de la historia. Beth era muy pasional con las cosas que le gustaban, debería pararle los pies.

Beth fue en busca de Johnny. Lo encontró bebiendo en el estudio, sentado frente al escritorio donde solía hablar con Armando de negocio. Apartó la silla en la que estaba sentado y se sentó en su regazo.

—¿Te ha dicho Flor que se va a casar? —preguntó emocionada rodeando su cuello con los brazos.

—Sí —contestó seco—. Bájate de mis piernas, te agradecería que mantuvieras la distancia conmigo.

—¿Cómo? —preguntó Beth extrañada, mirándolo a los ojos.

Johnny se levantó, sacándosela de encima y volvió a sentarse. Estaba de mal humor.

—Quiero que respetes mi espacio Beth —le advirtió—, necesito distancia, no hace falta que te pases el día pegada a mí como una lapa, me incomoda.

—¿Te incomoda que esté a tu lado? —demandó herida.

No, no le incomodaba, cuanto más cerca estaba, más cerca la quería, y aquello se le estaba yendo de las manos. La noche que durmieron juntos, por primera vez en años, no había tenido pesadillas, soñó con su casa en un día soleado, lleno de luz y color. Beth estaba a su lado, pero cuando intentaba alcanzarla escapaba y no llegaba a verla, hasta que en el sueño se hizo de noche y todo cambió. En sus sueños, ella no solo se dejaba querer, también lo quería y el sueño se caldeó. Tuvo una polución nocturna, como si fuera un puto adolescente. Eso le había cabreado más, estaba de muy mala hostia.

—No, me gusta que estés a mi lado —aclaró mostrándose firme en su convicción—, pero no que estés encima de mí. No creo que sea tan difícil de entender, ni siquiera para ti.

¿La estaba llamando estúpida? Sintió el calor en su cara al enrojecer, agradeció que él no pudiera verlo.

—¿Ni siquiera para mí? —demandó enfadada—. ¡Que te den! Deja de beber —le advirtió—, te sienta mal.

Salió de la habitación pisando fuerte. Johnny se acabó la copa y volvió a llenarla, eso no tenía nada que ver con el alcohol, sino con lo calientapollas que era. Sentía que se había aprovechado de él, ella, una niña de veinte años, toreándolo a su antojo, como si fuera un gilipollas con el que podía jugar a placer.

Dos semanas después viajaron a Shelby. Beth estaba nerviosa e irascible, culpaba a Johnny de su mal humor, él la había metido en aquel aprieto, no quería ver a su padre a pesar de que había pasado un año.

—Hemos llegado —dijo parando el motor frente a la casita de sus padres.

—¿Estás bien?

—No —contestó Beth mirándolo—. Te odio.

Johnny se echó a reír, qué más quisiera ella que odiarlo. Estaba enfadada con él, a medida que se acercaba la fecha se había dedicado a recordárselo con más frecuencia, pero estaba lejos de odiarlo, él lo sabía.

—Yo también te odio a ti mi amor —le contestó Johnny riendo.

Beth lo miraba, cada día que pasaba era más atractivo, o quizás ella antes lo miraba con otros ojos, no estaba segura. Lo había afeitado y le había dejado

unas patillas anchas y largas, estaba muy guapo.

—Yo no me río —se quejó Beth.

Johnny buscó su mano y se la llevó a los labios, le besó el interior de la muñeca.

—Voy a estar contigo Beth —dijo poniéndose serio—, creía que conmigo te sentías segura.

—Ahora no tengo miedo —le contestó ella que solo quería abrazarlo.

Cada día le costaba más respetar su orden de alejamiento. Los primeros días había sido fácil, estaba enfadada con él, pero ya hacía días que se le había pasado el enfado y, aunque habían vuelto a su relación normal, él no permitía que se acercara demasiado y eso la turbaba, no sabía qué había hecho mal.

—No me mientas Beth —le advirtió Johnny—, cuando lo haces tu voz se vuelve estridente.

—Eso es porque estoy nerviosa, no porque este mintiendo o tenga miedo.

—Vale, entonces vamos, solo será una semana —le recordó soltándola y bajándose del coche.

Beth exhaló el aire y lo imitó. Fuera hacía frío, estaba en casa. Había hecho lo imposible por alargar el viaje, después de todo era ella la que debía conducir, pero ya no podía dar más rodeos, estaba en casa. Rodeó el coche y sacó el equipaje del maletero. Johnny cogió la maleta de ella, que llevaba su peso en ropa, ella cogió la de él y le cogió la mano, guiándolo en dirección a la casa.

Llamó a la puerta, fue la madre de Beth la que abrió. En cuanto vio a su hija se abrazó a ella. Beth soltó la mano de Johnny y la rodeó, la había echado mucho de menos, sobre todo los primeros meses en los que se había sentido tan sola y perdida.

—¿Cómo estás mamá?

Rachel se separó y la analizó. Llevaba un abrigo largo y el pelo suelto ya le pasaba las orejas, donde lucía unos pendientes azules y grandes. Estaba tan guapa como siempre, no sabía de dónde había salido tanta belleza, ella fue resultona de joven y su marido tampoco era feo, pero Beth estaba por encima.

—Estás tan cambiada cariño —dijo mirándola—, qué alegría teneros en casa.

Johnny saludó a la mujer besándole la mejilla. El día de la boda ya le había caído bien. Habían hablado por teléfono en varias ocasiones, sabía lo mucho que se preocupaba por Beth, era una buena mujer.

—Pasad, anda —dijo apartándose de la puerta—, antes de que entre todo el frío de la calle.

Beth cogió la mano de Johnny y él se la apretó diciéndole que estaba allí, con ella.

—Hace frío —dijo Johnny, que no estaba acostumbrado a aquellas temperaturas tan bajas.

—Sí que lo hace —estuvo de acuerdo Rachel—, enseguida entrarás en calor. Beth, dejad las cosas en tu habitación, tu padre ha ido a buscar una botella de vino para la ocasión, no tardará en llegar.

Beth guió a Johnny hasta la escalera, era una escalera estrecha, no como la de la hacienda de Johnny. Le puso la mano sobre la barandilla y subió la primera, Johnny le seguía los pasos.

—¿Te importa que Johnny duerma en la habitación de Jason? —le preguntó Beth subiendo la escalera.

—Te hemos comprado una cama de matrimonio —le contestó su madre detrás de Johnny—. La hemos puesto en tu habitación, ya contábamos con que no cabríaís los dos en esa cama tan pequeña.

—Cuidado —le advirtió Beth a Johnny en el último peldaño, volvió a cogerle la mano y lo guió por el estrecho pasillo hasta su habitación—. No debiste molestarte mamá —dijo Beth girando para entrar en su habitación—; de todos modos, Johnny prefiere dormir en esa habitación que conmigo.

Entró en su antigua habitación, todo seguía en su sitio, excepto por aquella cama tan grande que se comía el espacio libre de la habitación, haciendo que empequeñeciera aún más, era claustrofóbico.

Johnny quiso llevarse la mano a los ojos, no pudo hacerlo, en una mano tenía la súper maleta de Beth y en la otra su mano, que apretó. Había tardado menos de dos minutos en ponerlo en evidencia.

Rachel miró a su hija confundida, sabía por sus conversaciones que ella y

Johnny se llevaban bien, que tenían algún rocecillo tonto, como todo matrimonio. No había motivo para que no durmieran juntos.

—Beth, estáis casados, ni tu padre ni yo nos vamos a escandalizar —comentó sin comprender.

—Dormiré aquí con ella —intervino Johnny antes de que Beth metiera la pata—, no se moleste.

Beth se lo quedó mirando preguntándose qué había pasado con su orden de alejamiento. Se quitó el abrigo, en la casa hacia demasiado calor para el frío de fuera.

—¡Elisabeth! —exclamó su madre al verle la ropa—. ¿Qué llevas puesto?

—Un vestido —contestó mirándose en el espejo nuevo que sus padres le habían puesto donde debía estar el otro, con la cama no podía verse bien—. ¿No te gusta? —preguntó mirándose por detrás.

—¡No! —exclamó su madre—. Por supuesto que no me gusta, es indecente, demasiado ceñido y le falta un palmo de falda —se escandalizó—, quítatelo antes de que tu padre te vea así.

—Mamá respira —le pidió Beth—, es lo que se lleva y no es indecente, además a mí me gusta.

—¿Quieres pelearte con tu padre nada más llegar? —demandó Rachel incrédula.

—¡Yo no quería venir! —dijo enfadada—. Si soy una persona adulta para casarme, también lo soy para vestirme como me dé la gana y me gusta vestir así, es lo que se lleva y no voy a cambiarme.

—Pues empezamos bien —contestó su madre apretando la boca y salió de la habitación molesta.

Beth se acercó a la puerta y la cerró.

—¿Seguro que quieres dormir conmigo? —le preguntó a Johnny—. No tenemos que quedarnos toda la semana, podemos quedarnos esta noche y volver, será lo mejor para todos.

—Ni lo sueñes —le contestó Johnny—, no nos iremos hasta año nuevo y dormiré contigo —su estúpido pene despertó con la idea—. Haz el favor de cambiarte de ropa como te ha pedido tu madre.

—Es una exagerada, no voy a cambiarme, te aseguro que no es indecente, lo que pasa que ella quiere que vista como si fuera un saco y no voy a seguir vistiendo así.

Johnny estiró la mano y ella se la cogió. Se acercó a Beth, llevó sus manos a los hombros de ella. El vestido era de manga larga, la cogió de la cintura y comprobó que se ceñía a ella como una segunda piel.

—¿Vas a tomarme medidas? —le preguntó Beth molesta.

—Es la única forma de comprobar quién tiene razón —dijo Johnny disfrutando de tenerla tan cerca.

Bajó por sus caderas, tampoco era tan corto, no le pareció indecente. Lo único indecente era que, teniendo una mujer con ese cuerpo y esas piernas, estuviera a dos velas, eso sí era indecente.

—¿Acaso importa? —le preguntó—. Seguro que te pones de su parte, como con la cama.

—Mira Beth —se separó—, si no quieres dormir conmigo, dormiré en el suelo, ya ves el problema.

—Es a ti al que le da miedo que me acerque, el que no quiere dormir conmigo —le recordó.

—No te tengo miedo Elisabeth —contestó muy seguro—, pero si me acercó demasiado puede que lo tengas tú —le advirtió—. Ahora cámbiate de ropa.

Beth apretó la boca enfadada, sabía que al final se pondría de parte de su madre. Cogió su maleta y la puso sobre la cama, ellos lo habían querido, buscó el vestido más provocativo que tenía y se cambió.

Johnny se quitó el abrigo. Se ponía malo con solo oírla quitarse la ropa, iba a ser una semana muy larga. Pensó que debería hacerle caso e irse al día siguiente, no había necesidad de sufrir aquella tortura, una semana durmiendo con Beth, con ese olor que lo volvía loco, no estaba seguro de ser tan fuerte.

—Te sienta bien el traje —le dijo Beth arreglándole la corbata—, hoy estás muy guapo.

—¿Me estás haciendo la pelota? —curvó una ceja cogiéndole las manos—. No vamos a irnos, esto es importante, puede que ahora no te lo parezca, pero es necesario que enfrentes las situaciones difíciles.

—Prometiste que estarías a mí lado —le recordó Beth.

—Y lo estaré —le acarició la cara deseando besarla—, no voy a separarme de ti.

La puerta de la habitación se abrió, Beth se giró y allí estaba su padre. Tenía los ojos vidriosos mientras la miraba, un nudo de emoción le cerró la garganta. Se acercó a él y su padre la abrazó con fuerza. Allí Beth se dio cuenta de que ya no estaba enfadada con él, y lamentó haberle hecho daño con sus evasivas.

Su padre ni siquiera se fijó en su ropa, no le dijo ni media palabra. Cuando bajaron y su madre vio lo que se había puesto, pensó que no había madurado tanto como ella creía, los estaba provocando.

Beth se pasó la cena hablando, le contaba a su padre todas aquellas cosas que había hecho a lo largo del año. Le explicó que había empezado a trabajar, algo que enorgulleció a su padre, le habló de los amigos que había hecho, de Ben, María y Flor. Johnny disfrutó escuchándola, no todo lo que contaba era bueno, pero prefirió quedarse con que parecía que era medianamente feliz en su nueva vida, con él.

Después de los regalos se fueron a dormir. Beth prefirió quedarse con su padre, él aprovechó que estaban solos para preguntarle por Johnny. Aquella noche no había visto rastro del hombre hostil que conoció el día de la boda, se fijó en como Beth lo miraba y le sonría cuando hablaba, en cómo él, sin darse cuenta, acompañaba sus movimientos a los de ella. Aun así quería asegurarse de que él la trataba bien.

Johnny disfrutó de esas vacaciones, dormir con Beth cada noche no era fácil, pero despertar sin haber sufrido pesadillas no tenía precio. Beth le hizo un tour por la urbanización, lo llevó a cada sitio que le traía algún recuerdo y eran muchos, hasta que se fue con él no había salido de allí. Aquel era el juego favorito de Johnny, le gustaba escucharla e imaginar cada cosa que ella le explicaba, sus descripciones cada día eran más precisas, más ricas en vocabulario; leer para él le había ido mejor de lo que ella creía. Le pidió que lo llevara al árbol donde casi le cae un rayo, a Beth no le hacía gracia ir hasta allí, no había vuelto desde que pasó aquello, pero a pesar de eso fueron, cogida a su mano nada malo podía pasarle.

En un par de ocasiones fueron a la ciudad, donde Beth compró y compró, aquel era el juego preferido de ella. A un día de fin de año estaban en el Bar Sidecar, donde trabajó un par de semanas, bebiéndose una cerveza en la barra mientras la propietaria, la señora Ricci les daba conversación. A Beth le extrañaba que se alegrara de verla, siempre pensó que no le caía bien. Hablaban con ella cuando la sorprendieron.

—¿Eli? —preguntaron detrás de ella. Beth se incomodó, hubiera preferido no tener que verlo.

Beth se giró en la barra, Robbie estaba frente a ella, tan guapo como siempre, sin embargo ahora le parecía un niño fingiendo ser mayor. No sintió nada, apenas había pensado en él, aún recordaba la última vez que se vieron. Agradeció que él no quisiera casarse con ella, pero quería vengar la humillación.

—¡Madre mía! —se llevó las manos a la cabeza—. Mírate —la miró de arriba abajo—, estás guapísima. No sabía si eras tú con esa ropa tan sexy, pero esas piernas —sonrió—, solo podían ser tuyas.

Johnny se removió en la barra, preguntándose quién era el gilipollas que le miraba las piernas a su mujer y era tan descarado de decírselo. Esperó que los presentara como había hecho con todo el mundo.

—Ahora ya lo sabes —le contestó seca girándose de nuevo hacia la señora Ricci.

—Vamos Eli —la cogió de la cintura girándola—, no me digas que sigues enfadada.

—No me toques —le advirtió Beth sacándose sus manazas de encima—, tú y yo no somos amigos, nunca lo fuimos. Me estás jodiendo la cerveza, así que mejor vuelve a la cloaca de la que hayas emergido.

Johnny apenas pudo contener las ganas de darse la vuelta y partirle la boca a ese imbécil. No tenía ni idea de quién era, pero estaba molestando a Beth. Más le valía cerrar la boca y alejar sus manos de ella o se iba a liar. Allí todos conocían a Beth y a su familia, no quería pelearse por no avergonzarlos a ellos.

—¡Vaya cambio! Qué bien suena el verbo joder en tu boca, no imaginas cuánto he pensado en ti.

—¿Eres tonto? —se giró Johnny, que ya no podía aguantarlo más—. Deja tranquila a mi mujer.

Se fijó en él, le sacaba casi una cabeza y era un hombre enorme, muy fuerte, la clase de tipo con quien no quieres pelearte. Tenía una expresión feroz mientras pasaba la mano por la estrecha cintura de Beth.

—¿Al final te casaste? —preguntó dando un paso atrás, alejándose de ellos.

—Sí —contestó Beth satisfecha de ver cómo el muy cobarde retrocedía—, me casé. ¿Y sabes qué he descubierto? Que no soy frígida, simplemente es que tú no tienes ni idea de satisfacer a una mujer.

Robbie sintió que enrojecía, muchas de las personas del bar los miraban, esperando ver si al final habría pelea, todos habían oído el comentario malintencionado de su ex novia. Lo estaba humillando.

—No te pases, preciosa —le advirtió Robbie cabreado.

—¿Estás amenazando a mi mujer? —le preguntó Johnny—. Porque te advierto que, como vuelvas a molestarla, vas a pasar el fin de año en un hospital, así que mejor piérdete o lo lamentarás.

Robbie quería contestarle, nadie le vacilaba como lo estaba haciendo el marido de Beth, miró a Beth que le sonría con aquella soberbia suya. Quería borrarle esa estúpida sonrisa de la cara.

—Ya lo has oído —le dijo Beth con chulería, satisfecha de ver cómo Robbie se acobarda—, piérdete.

La miró a ella y después lo miró a él, no valía la pena que ese hombre le partiera la cara por Beth. Se dio la vuelta y salió del bar sin abrir la boca.

—Ya se ha ido —le dijo Beth a Johnny volviéndose a la barra—, gracias por interferir, deberías haber visto cómo se acobardaba —sonrió feliz de la vida—; no sé qué pude ver en ese gilipollas.

—Ya he imaginado que era tu ex —contestó Johnny relajándose—, tampoco entiendo qué viste en él.

—Era joven e idiota, he aprendido a valorar otras cosas, no es más que un gilipollas de cara bonita.

Johnny se sintió satisfecho de que ella no fuera la misma persona con la que se casó, había cambiado, había madurado, quizás no tanto como él quería, pero era suficiente con que no fuera tan impertinente, ni superficial y frívola. No aguantaba a la antigua Beth; la nueva, le gustaba, le gustaba mucho, muchísimo.

Al día siguiente del encontronazo con Robbie en el bar, Beth fue sola a visitar a su amiga Estefany. En el pasado se había portado muy mal con ella, cuando solo trataba de abrírle los ojos respecto a Robbie y que viera lo equivocada que estaba. Al principio Estefany no mostró ningún interés por hablar con Beth, ella también había cambiado mucho desde el instituto. Después de escucharla, decidió dejar aquello atrás, Beth le había pedido perdón y parecía sincera, la veía cambiada, más madura y comedida.

La tía soltera de Beth pasó fin de año con ellos y los vecinos, como cada año. No dejó de halagar a Johnny en toda la noche y Beth se reía en sus intentos de ligárselo. Le resultaba divertido y surrealista que una mujer de su edad quisiera ligarse a Johnny.

La despedida no fue fácil, le costó dejar a sus padres atrás. Johnny había tenido razón, era necesario hacer ese viaje, se había dado cuenta de muchas cosas. Además lo había arreglado con su padre, habían estado mejor que nunca, habían podido hablar como dos personas adultas, además de como padre e hija.

Al volver a casa pararon en un motel de carretera para dormir. Era su última noche antes de llegar a casa, Johnny solo cogió una habitación para los dos. Dormir con Beth le resultaba difícil, sus instintos primarios despertaban con ella, pero cuando se dormía y su olor lo envolvía, no había pesadillas, no había guerra, ni miedo, ni pérdida, solo estaba Beth y quería disfrutar de aquella paz una última noche.

Al llegar a casa, Flor ayudó a Beth a deshacer el equipaje; en lugar de una enorme maleta, había vuelto con dos, por lo visto lo había pasado bien en el norte, desde luego había ido de compras.

—Esto es para ti —le dijo a Flor, tendiéndole el álbum de la boda.

—¿Es para la boda? —se sentó en la cama y empezó a ojearlo—. Vamos a adelantarla.

—Sería lo mejor —contestó Beth frente al tocador—, en junio hace mucha

calor, se te deshará todo el maquillaje y la familia de Steven se derretirán acostumbrados al clima de Canadá... ¿Qué te parece abril?

—Más bien estábamos pensando a finales de este mes.

—¿Qué? —preguntó Beth girándose en el banco para mirarla—. ¿A qué vienen esas prisas? Johnny quiere regalaros la boda y tengo muchas ideas, no me va a dar tiempo a preparar nada —se quejó.

—No podemos esperar a abril, tiene que ser este mes.

—¿Por qué? —preguntó Beth molesta.

—Bueno... —Flor no estaba segura de cómo decírselo, no lo sabía nadie, solo Steven, pero podía confiar en Beth, ella le guardaría el secreto, o eso esperaba—. Tengo una falta.

—¿Qué te falta? —preguntó Beth sin comprenderla—. Dime qué necesitas y lo arreglaré.

—Esto no puedes arreglarlo —se rio por lo bajo avergonzada—, tengo un retraso de un mes —aclaró.

¿De qué le hablaba? Se preguntó Beth, observando su mirada oscura y brillante, sin comprender.

—Como no me hables claro, yo no te entiendo Flor —le dijo contrariada.

—¿Más claro? —le preguntó Flor avergonzada—. Tenía que venirme el periodo al volver a casa y aún no me ha venido —Beth seguía mirándola sin parecer comprender—, tengo una falta de un mes.

Beth la miraba a los ojos clavados en los suyos, más claro ya era imposible, a no ser que pintara en el cielo que estaba embarazada. Beth abrió la boca y después volvió a cerrarla, ella inclinó la cabeza.

—¿Estás embarazada? —exclamó mirándola.

—Shhhh —la hizo callar y corrió hasta ella para tapparle la boca—, no grites —pidió—. Mi madre no lo sabe, no queremos que nadie se entere, debes guardarme el secreto —se preguntó si podría hacerlo.

—No sabía que tú y Steven —dijo Beth flipando, buscando las palabras adecuadas—, ya sabes...

—¿Qué esperabas? —le preguntó Flor con una risita—. Hemos estado durmiendo juntos dos semanas.

Beth le dijo que sí con la cabeza, como si entendiera de lo que hablaba, aunque en realidad no lo hacía. Ella había dormido con Johnny y no lo habían hecho, claro que Johnny y ella no se amaban. Además ella tampoco quería, o no había querido, tenía dudas, a María le gustaba el sexo, a Ben le encantaba y a Flor tampoco debía disgustarle mucho si se había quedado embarazada. Había disfrutado con Johnny y no lo había hecho, aunque él había perdido todo el interés, no creía que la deseara.

Veinticuatro: Pesadillas

Johnny volvía a casa después de haber pasado un rato en las caballerizas, el nuevo encargado le gustaba. Era un chico joven pero sabía lo que se hacía, era muy vivaz y entusiasta, le caía bien.

—¿Te han abandonado? —escuchó la voz de Ben.

Sonrió, no había ido a visitarlos desde su cumpleaños, con el bastón encontró los escalones.

—Me alegra que lo hayan hecho —subió los escalones del porche—, Flor se casa y están todas como locas. Nana y Beth no dejan de discutir por la boda, y la novia en medio de las dos, parece desesperada.

Algo había oído Ben, se levantó del balancín y lo abrazó golpeándole la espalda.

—¿Cómo estás tú? —preguntó mirándolo, tenía buen aspecto, mucho mejor que en su cumpleaños.

—Ya sabes, pasando las horas sin sentido, aburrido —se sentó en el balancín—. Con la mierda de la boda, Beth está todo el día ocupada, parece que se vaya a casar ella. Ha dejado de ir trabajar y se ha traído el trabajo a casa, cada dos por tres me llena la casa de marujas que no dejan de cotorrear.

—Entonces no digas que estás aburrido —le contestó Ben riendo.

—Me gustaría verte en mi situación... ¿Qué te trae a ti por aquí? ¿Vienes a liberarme?

—Me temo que no —dijo sin perder la sonrisa—. Me llamó Beth, quería hablar conmigo de algo ultra secreto.

—Diez pavos a que está relacionado con la boda —apostó Johnny.

—Los veo —le contestó Ben que, después de hablar con Beth, sabía que no iban por ahí los tiros.

Estaban a finales de enero y, como hacía frío, decidieron entrar en la casa. Tomaron un par de cervezas hablando de una cosa y otra. Para sorpresa de Johnny, Ben había iniciado una relación normal con una chica, no lo oía demasiado entusiasmado, pero algo debía haber visto en ella para alejarse del mercado.

Cuando Beth llegó a casa se alegró de que Ben estuviera allí, había cosas de las que quería hablar con él, pero no había querido hacerlo por teléfono. Ben siempre la engañaba, siempre bromeaba con ella y le tomaba el pelo y aquello era serio. Cuanto Johnny más la apartaba de su lado, más cerca quería estar.

Como ya era tarde, Beth decidió ir con Ben a buscar comida china para todos, así podría hablar con él a solas, lejos de Johnny y del radar de Nana, que metía su nariz en todo lo que pasaba en la casa.

Ben la escuchó paciente hablar de la boda mientras conducía al restaurante. Dudaba que le hubiera hecho ir hasta allí para hablarle sobre el vestido, la ceremonia, el menú y la banda. Recogieron la cena y ella siguió con lo mismo. Ben no podía seguir aguantando tanta cháchara sobre el mismo tema.

—No creo que me llamas para hablar de la boda —le dijo de vuelta a casa.

—No —contestó Beth mirándolo—, quería hablar sobre Johnny, me besó, nos hemos besado.

—¡Aleluya! —exclamó Ben dejando de mirar la carretera, para mirarla a ella un momento—. ¿Y cuando sucedió ese gran acontecimiento?

—El año pasado —le contestó—, dos veces, la noche de Acción de Gracia y en su cumpleaños.

Esperó que le contara algo más, pero Beth se quedó callada y él atónito. Beth nunca titubeaba. Era directa, no había que sacarle las palabras, ella decía las cosas sin más, como le venían. Aquello no era normal.

—¿Y después? —preguntó extrañado por su comportamiento.

—Después, nada... En verdad, pasó algo más —dijo rascándose detrás de la oreja.

—Suéltalo ya, Barbie —le pidió impaciente.

—Digamos que ya sé lo que es un orgasmo.

Ben se echó a reír y ella le golpeó el brazo con suavidad pensando que se reía de ella.

—¿Y qué te pareció? —le preguntó riéndose.

—Ni te imaginas, Ben —se giró hacia él en el asiento—. ¡Dios! Cada vez que lo pienso me tiemblan las piernas... Tenías razón, no tuvo nada que ver con lo de Robbie. ¡Nada! —añadió tajante—. Fue increíble.

Beth parecía entusiasmada, le gustaba verla así, se sentía un poco celoso de Johnny, era normal, cualquier hombre lo envidiaría por haber estado con ella.

—¿Entonces por qué no ha vuelto a pasar? —le preguntó Ben.

—No lo sé —contestó Beth—, por eso te he llamado, creo que Johnny no me desea, no lo sé.

—¡Venga ya, nena! —exclamó Ben—. Es imposible que no te desee, cualquier hombre te desea, rubia.

No era imposible, la gente se sentía atraída por su aspecto, no por su personalidad, y él no podía verla.

—La primera vez me dijo que aquello no se repetiría, que era mejor que lo olvidáramos, y la segunda me lo dejó aún más claro, estaba sentada encima de él, el día anterior había desaparecido —le explicó—. Me apartó de su lado, dijo que no me quería todo el día encima de él, que era una lapa y que necesitaba su espacio, que lo incomodaba... No lo sé, cada vez me hace sentir más insegura, pensé que pasaría algo en casa de mis padres, dormimos juntos, él hizo lo imposible para ni siquiera rozarme en la cama.

Ben la escuchaba y no daba crédito a lo que decía, Johnny sentía algo por ella, decía que no, pero él sabía muy bien que sí. Cuando hablaba de ella lo hacía con cariño y, aunque se quejaba mucho de ella, era todo palabrería, recordaba cómo se puso el día que pensó que se habían acostado, estaba celosísimo.

—¿Le has preguntado qué le pasa?

—¿Qué quieres que le pregunte, Ben? —se quejó—. Lo ha dejado bastante claro, no me quiere a su lado, me hace sentir insegura y no me gusta sentirme así.

—Habla con él —contestó entrando al caminito que llevaba a la hacienda—. ¿Quieres que lo haga yo?

—Ni se te ocurra —le advirtió abriendo mucho los ojos al pensar cómo se tomaría eso Johnny.

—No te entiendo, Beth —se quejó parando frente a la casa—, no entiendo qué quieres que haga yo.

Beth resopló, aquello era bochornoso, menos mal que era Ben, con él podía hablar de cualquier cosa.

—Quiero que vuelva a hacerlo, que no me aparte de su lado, pero no sé cómo hacerlo —se quejó mirando sus despiertos y astutos ojos azules—. Nunca he tenido que esforzarme por gustarle a un chico, siempre me han ido detrás, pero él no puede verme y no sé qué hacer para que se fije en mí de ese modo...

—Fácil —contestó dedicándole una sonrisa torcida—, métete en su cama, verás como no te aparta.

—No digas tonterías —le golpeó el brazo—, me echará a patadas. ¿No me has escuchado? —resopló molesta—. Creo que solo se acercó a mí porque había bebido... —añadió rascándose detrás de la oreja

—No digas tú tonterías —contestó seguro—, te he escuchado y conozco a Johnny, es un tío simple. Seguramente pensará que se ha aprovechado de ti, o alguna mierda así. Nunca ha llevado bien que seas tan joven, te trata como a una niña. Demuéstrale que no lo eres, da tú el paso y verás como no te aparta.

Lo que decía Ben tenía sentido, solía tratarla como a una cría descerebrada; ya no lo hacía, pero era posible que siguiera pensando lo mismo de ella. No estaba segura de nada, y esa inseguridad la mataba.

—¿De verdad lo crees? —demandó insegura.

—Claro que sí, tonta —le acarició la cara, él sí que era tonto, se deshacía por ella y la lanzaba a la cama de Johnny; era lo correcto, pero eso no significaba que fuera fácil—. Vamos, se está enfriando la cena.

—Ben —le cogió el brazo Beth para que no saliera del coche—, no le digas

nada —le advirtió.

—Entonces hazme caso y date un buen revolcón, ya era hora de que supieras lo que es correrse.

—¿Qué es correrse? —preguntó Beth.

—¡Joder, Beth! —se quejó él—. ¿Tú de dónde has salido? Todo el mundo sabe lo que es una corrida. —Beth apretó el ceño echándole una mirada matadora. Ben se echó a reír, incluso cuando trataba de ser mala era encantadora—. Es una forma de llamar a los orgasmos —le explicó—, no importa —negó.

Se bajaron del coche y entraron en la casa. Johnny, que escuchaba la tele, la apagó.

—Habéis tardado —comentó Johnny poniéndose de pie.

—Me debes diez pavos, capullo —le dijo Ben detrás de Beth.

—¿Estás seguro? —fue tras ellos al comedor.

—Segurísimo —se echó a reír—, ya me darás las gracias.

A Johnny no le gustó nada la risa de Ben, sonaba malvada. Se preguntó qué sería lo que Beth le había contado y por qué no lo había compartido con él. Pensaba que ya no había secretos entre ellos, por lo visto se equivocaba, ella había preferido hablar con Ben y a él solo le hablaba de la dichosa boda.

La noche siguiente Beth daba vueltas en la habitación, intentaba convencerse de que aquello era una idiotez, no tenía motivos para hacerle caso a Ben, ni necesidad. Después recordaba las caricias de Johnny, sus besos húmedos, largos y apasionados, cómo se sintió con él, y todo su cuerpo temblaba.

Decidió dejar de darle vueltas a la cabeza y actuar. Beth Stewart no iba detrás de los chicos, pero tampoco se le resistía ninguno. Normalmente se alegraba de haber dejado a esa chica atrás, pero en otras ocasiones, como aquella, la extrañaba, esa Beth era frívola e insensible, pero también segura de sí misma.

No llamó a la puerta, entró y encendió la luz. Johnny estaba a un lado de la cama, dormía y se removía inquieto, se preguntó si tendría una pesadilla. Se acercó a él, tenía los ojos cerrados, estaba soñando y gemía, lo estaba pasando mal, alargó la mano y le cogió del hombro para despertarlo.

Todo pasó muy deprisa, estaba de pie junto a la cama y al momento estaba sobre ella y él se imponía encima, cogiéndola del cuello. Su presa se hizo pesada y empezó a ahogarla. Desesperada, intentó gritarle que se detuviera, pero no podía hablar, ni balbucear, la estaba ahogando, estrangulándola. El aire no llegaba y sentía su falta; angustiada pateó, le cogió las manos y las arañó intentando en vano apartarlas de su cuello. Su cara se pegó a la suya, pudo ver la rabia en sus ojos, parecía que la miraba fijamente a los suyos.

Johnny tenía su cuello entre las manos, apretó con más fuerza y disfrutó. No dejaría que se llevaran a Jack otra vez, ese día no, no volvería a perderlo. No podía ver la cara del asesino de su mejor amigo, de su hermano, pero sabía que era él, siempre era él. Estrujó con toda su rabia, dispuesto a estrangularlo y acabar con él de una vez por todas. Él le arañó las manos y la cara, pegó su cara a la de él para que fuera lo último que viera antes de morir entre sus manos y, al coger aire, olió algo que no debía estar allí: Beth.

Cerró y abrió los ojos, todo volvía a estar en tinieblas y entre las manos tenía un cuello delgado y esbelto, la soltó al momento.

En cuanto soltó su cuello, Beth se tiró al suelo de rodillas, intentando recuperar el aliento. Una tos ronca emergió de su boca a la vez que trataba de llenar sus pulmones del aire que le faltaba, estaba mareada.

—Beth —la llamó Johnny desesperado intentando comprender qué había pasado, no sabía dónde estaba, ni como había llegado allí, se arrodilló en el suelo y la buscó—; Beth, contéstame —suplicó.

Beth vio cómo Johnny se arrodillaba a su lado y la buscaba.

—¡No te acerques! —intentó gritarle cuando estaba a punto de tocarla. Su voz sonó débil y estrangulada, le dolían los pulmones, el corazón, el cuello, la faringe...

Johnny ignoró su advertencia y la cogió del brazo, ella intentó apartarse y él no se lo permitió.

—Beth, lo siento —se disculpó, le cogió la cara y ella luchaba por apartarse.

La seguridad de que él nunca le haría daños no estaba, había intentado matarla y casi lo había conseguido. No sabía por qué se había puesto así, no volvería a entrar en esa habitación, ni a molestarlo.

—Suéltame, suéltame —pidió histérica—, no volveré a entrar aquí, por favor, suéltame —le suplicó.

Beth lo golpeaba, tuvo que soltarle la cara para poder apresarle las manos y que dejara de pegarlo.

—Para, para Beth —dijo Johnny cogiéndole ambas manos con una y volviendo a acariciarle el rostro—, lo siento, estaba soñando, dime que estás bien, por favor, dime que no te he hecho daño.

Beth se apartaba de sus caricias, la tenía bien sujeta, no podía hacer más que apartar la cara. Había desaparecido la maldad de su rostro. Volvía a ser el Johnny de siempre, aquel que la había protegido cuando lo había necesitado, aquel que la había abrazado cuando más lo necesitó, el que la animaba a realizarse y a crecer como persona. Johnny parecía estar de vuelta, pero ya no se fiaba de él.

—Deja que me vaya —le pidió dejando de forcejear, tampoco estaba consiguiendo nada.

Johnny oyó su voz rota, estaba llorando y le partía el corazón saber que él era la causa. Saber que la había asustado y le había hecho daño; se maldijo por dentro por todo lo que era, por lo que había hecho.

—Primero háblame —Johnny la cogió de la nuca y pegó su frente a la de ella—, dime que estás bien, que no te he hecho daño, dime qué ha pasado —no contestaba—, por favor, háblame.

—Estoy bien, no debí entrar a tu habitación, no volverá a suceder, deja que me marche.

—Yo nunca te haría daño Beth —le suplicó Johnny—, nunca, no sabía que eras tú, estaba soñando.

—Ahora mismo me estás haciendo daño reteniéndome —lloró—, deja que me vaya, quiero irme.

Johnny tragó saliva y la soltó, ella pareció que ni dudo en irse, al momento se puso de pie y oyó la puerta de la habitación abrirse y cerrarse de un portazo. Quiso ir detrás de ella, explicarle sus pesadillas, excusarse, disculparse, le había hecho daño, de eso estaba seguro, estaba muy asustada y acongojada.

Se apoyó en la cama y se quedó en el frío suelo, se frotó los ojos preguntándose qué hacía en su habitación, quizás le había pasado algo y por eso había ido allí. Quería ir a buscarla, necesitaba saber qué había pasado, asegurarse de que estaba mejor. No lo hizo, le dio espacio, sabiendo que solo empeoraría las cosas. Después de un rato bajó a la planta de abajo y se encerró en el estudio. Necesitaba un trago, hacía mucho tiempo que no lo necesitaba tanto como en aquel momento. Se quedó allí hasta que Nana lo sorprendió, ya por la mañana; seguía confundido y frustrado, además estaba borracho, muy borracho.

Nana buscó a Johnny por toda la casa, no sabía qué había pasado pero sabía que había pasado algo. Lo encontró en el estudio, con una botella vacía a su lado y solo vestido con la parte de abajo del pijama.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Nana acercándose a él—. Está helado —le dijo al tocarle el hombro.

—¿Dónde está? —preguntó Johnny con la lengua trabada—. ¿Cómo está Beth, Nana?

—¿Ha pasado aquí la noche? —preguntó mirándolo.

—¡No me jodas, Luciana! —gritó Johnny apartándose de su mano—. Dime cuánto daño le he hecho.

Se lo quedó mirando, él nunca la llamaba por su nombre, él había sido el primero en llamarlo Nana y después lo hicieron los demás. Su nombre en sus labios sonaba mal, su forma de hablarle también.

—No he visto a la señorita Beth esta mañana, sé que ha dormido con mi hija, no ha habido tormenta, así que imagino que ha pasado algo. Florence está de lo más excitada y me temo que no es por la boda.

—Hazla venir y tráeme otra botella.

—Ya le he dicho que no está en casa —contestó Nana preguntándose qué había pasado.

—A tu hija —contestó impaciente—, dile a Florrrrr que venga ahora mismo a hablar.

—No es buena idea —intentó ser razonable—, duerma un poco, cuando se levante lo verá todo mej...

—¡Basta! —gritó fuera de sí, interrumpiéndola—. ¿Cuándo te vas a enterar

de que no volveré a ver?

La frustración volvía a envolverlo, golpeándole de la peor manera posible. Si le había hecho daño, no se lo perdonaría. Ni siquiera era capaz de saber eso por sí mismo y la frustración quemaba como la lava líquida que sale de un volcán, destruyéndolo todo. Así se sentía él, como un volcán dormido que había entrado en erupción.

—No me refería...

—¡Que te calles! —volvió a interrumpirla y Nana lo miró impresionada, era la viva imagen de su padre y eso la atemorizó. Johnny no era así, él no era el señor—. Dile a tu hija que venga aquí de una puta vez.

No discutió, hizo lo que le pidió y fue a buscar a su hija. La llevó al estudio advirtiéndola que no estaba bien, estaba borracho y fuera de sí. Temía que destrozara el estudio como una vez hizo con el salón.

Johnny oyó los pasos acercarse, Nana estaba con Florence. Seguramente no se fiaba de dejarla a solas con él. En otras circunstancias se habría reído, pero estaba demasiado amargado para hacerlo.

—¿Cómo está Beth?

—Estaba asustada, pero esta mañana ya estaba mejor —mintió.

Al levantarse seguía aterrada, en su cuello tenía unas marcas rojas con el dibujo de los dedos de él.

—¿Te ha dicho por qué fue a mi habitación?

Flor miró a su madre que afirmó con la cabeza. Beth se lo había explicado, pero no quería traicionarla.

—Ben le dijo que lo hiciera —fue lo único que dijo.

—¿Ben? —preguntó poniéndose de pie, se mareó al sentir cómo la botella que se había bebido se le subía a la cabeza—. ¿Está con Ben ahora? —preguntó encolerizado. Nana cogió el brazo de su hija obligándola a dar un paso atrás con ella—. ¿Por eso se ha ido tan pronto, para correr y explicárselo a él?

—No —contestó Flor al momento—, ha ido con María a probarse le vestido de dama de honor.

—¿Me estás mintiendo? —preguntó acercándose a ella.

Nana veía cómo él se tambaleaba, como tropezara o se cayera no podrían levantarlo. Debería avisar a Armando, quizás lo mejor era que lo hiciera ya, no le gustaba verlo de aquella manera, él lo tranquilizaría.

—No —contestó Flor dando otro paso atrás—, claro que no, su madre iba a acompañarlas.

Eso lo tranquilizó, su madre lo conocía mejor que nadie en el mundo, para algo lo había parido. Ella la convencería de que aquello había sido un accidente, que él no era su padre, que nunca le haría daño a propósito. Quizás no merecía que ella lo perdonara, pero había sido un accidente, nunca le haría daño.

—¿Le hice mucho daño?

—Estaba asustada —contestó Flor.

—¡Eso ya lo has dicho! —gritó acercándose más a ellas, se tambaleaba y no estaba seguro de estar siguiendo una línea recta—. Deja de repetirme como un loro y dime cuánto daño le he hecho.

—Pare —le dijo Nana antes de que tropezara con la silla que había frente al escritorio.

Él no se detuvo y chocó contra la silla, estaba colérico, borracho, frustrado, triste y preocupado. El volcán iba a estallar y solo agradecía que Beth no estuviera allí para verlo. Cogió la silla y la tiró por los aires con todas sus fuerzas, esta impactó contra la pared y se rompió. No se sintió mejor, necesitaba destrozarse algo más, necesitaba descargar un poco de la rabia y de la impotencia que lamía todo su ser.

—¿Qué le he hecho? —gritó cogiendo otra silla—. ¡Dímelo! —ordenó levantándola del suelo.

—¡Nada! —gritó Flor en la puerta de la estancia, dispuesta a salir corriendo para que no la cogiera.

Tiró la silla en la misma dirección que la anterior. En lugar de impactar contra la pared, lo hizo contra uno de las ventanas, que se rompió. Se dejó caer al suelo, sintiéndose tan roto como la ventana.

—Vete —le dijo Nana a su hija empujándola del hombro—, ahora mismo —añadió severa.

Cuando su hija salió del estudio, cerró la puerta y se acercó a él, se arrodilló

en el suelo a su lado.

—No sé qué ha pasado ahora —le dijo—, pero la señorita Beth está bien, deje de castigarse.

—¿Cuándo Nana? —levantó la cabeza limpiándose dos lagrimas que escaparon de sus ojos por mucho que intentara retenerlas—. ¿En qué momento me convertí en un monstruo? ¿Desde cuándo soy mi padre?

Nana lo abrazó, lo arrulló contra su pecho, como hacía cuando era niño y su padre le hacía llorar. Con los años se convirtió en un hombre fuerte, su fortaleza no solo residía en sus músculos, sino también en su interior, y le dolía volver a verlo de aquella forma.

—Usted no es su padre —dijo Nana acariciándole el pelo—, nunca lo será, y sea lo que sea lo que le ha pasado con la señorita Beth, estoy segura de que ella no piensa que lo sea, no se torture.

—Desperté enloquecido —dijo con la voz rota—, la cogí del cuello e intenté matarla —se abrazó a Nana, necesitado de redención y cariño, aunque no lo mereciera—, pude matarla Nana —lloró.

Nana lloró con él, estaba destrozado y ella no comprendía qué lo llevó a hacer eso. Conocía lo suficiente a Johnny para saber que nunca le haría daño a una mujer y mucho menos a la señorita Beth.

—No se torture, por favor —le acariciaba la cabeza, él la abrazaba con fuerza, como si temiera caerse, como lo hacía de niño, aunque hacía muchos años que no lo era—, todo se solucionará, ya lo verá.

—La quiero, Nana —confesó en voz alta—, voy a perderla para siempre y la quiero. La necesito a mi lado. Después de tantos años viviendo en tinieblas, llega ella y cambia mi mundo, se convierte en una estrella que me ilumina, llena de colores el cielo con su calor y su risa, es lo único real que hay en mi vida.

Un nudo le cerró la garganta, estaba demasiado borracho. No había una verdad mayor en su vida que la que acababa de decir, pero eso demostraba cuán débil era, y no le gustaba mostrar sus debilidades.

Nana no se sorprendió, era consciente de que la quería, lo que nunca imaginó es que fuera capaz de decirlo en voz alta, sin temor. Lo convenció para ir a la cama, pero se negó a ir a su habitación, quería hablar con ella cuando volviera, necesitaba explicarse. Se tumbó en la cama de Beth y abrazó su almohada, olía a ella, toda la habitación tenía su esencia y aquel olor calmó su corazón y ansiedad como nada.

Cuando Nana le llevó la cena, Beth no había vuelto, había llamado para avisar de que se quedaba a dormir en casa de Armando, con María. Johnny no lo creyó, le dolía muchísimo la cabeza, tenía jaqueca y resaca, una mezcla que parecía que iba a hacerle estallar la cabeza. Se levantó, no para cenar, bajó a la planta de abajo y llamó a Ben. Imaginaba a su amigo consolándola y los celos lo comían, ella confiaba más en Ben que en él y eso dolía. Conocía muy bien a su amigo, era un mujeriego. Le había prometido que nunca se acercaría a Beth de esa forma, pero sabía que le gustaba y no se fiaba. La hermana de Ben le dijo que no estaba, que había salido con su novia y que Beth no había aparecido por allí. No la creyó, discutió con ella exigiéndole que le dijera la verdad y, cuando la otra se hartó, le colgó el teléfono. Llamó a Armando.

—Hola, soy Johnny —dijo cuando su amigo se puso al teléfono.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó Armando alarmado.

—¿Beth está en tu casa? —ignoró su pregunta.

—¿Tienes idea de qué hora es? —le preguntó Armando molesto.

—No, no lo sé —contestó intentando mantener la calma—, solo quiero saber si ella está con María.

—Sí, está aquí, acaban de subir a dormir, si quieres voy a buscarla.

—No —contestó al segundo—, solo quería asegurarme, saber cómo está, cómo se encuentra.

—Pues está rara —contestó Armando dubitativo—, apenas ha abierto la boca desde que he llegado, ni siquiera para hablar de la boda. Le he preguntado por ti, Nana me ha dicho que estabas durmiendo y pensé que quizás estabas enfermo, y aún se ha quedado más ausente de lo que ya estaba.

—¿Tenía marcas? En la cara o en el cuello.

Armando pestañeó preguntándose qué había pasado, aquella pregunta era rarísima.

—¿Qué clase de marcas? —preguntó sin comprenderlo—. ¿Te encuentras bien?

—Marcas —contestó con ansiedad esperando su respuesta—, quizás algún moratón o algún golpe.

—No —contestó extrañado—, su cara está perfecta y creo que llevaba un pañuelo al cuello.

—Entiendo —dijo sintiendo cómo se le cerraba la garganta—, no te molesto más, hasta mañana.

No esperó a que contestara, colgó el teléfono y volvió a la habitación de Beth. Pasó un buen rato tocando sus cosas, por el simple hecho de ser suyas. Encendió el tocadiscos, sonó una canción que ya había oído antes, a ella le gustaba pero nunca se había parado a escucharla. La letra de la canción le recordó a Beth. Se preguntó qué no le recordaba a ella y qué significaba aquello.

—¿La amo? —se preguntó a sí mismo.

El corazón se le aceleró al pensarlo, se pasaba el día con Beth en la cabeza, anhelaba tocarla, besarla, abrazarla, su cuerpo respondía cada vez que estaba a su lado y ese olor... Ese olor a Beth que lo enloquecía. Cuando no estaba con ella se sentía incompleto. Si aquello no era amor, ¿qué lo era?

—¡Estoy jodido! —se dejó caer en la cama.

Buscó en sus recuerdos cómo se sentía con Amanda, y entonces se dio cuenta del tiempo que hacía que no pensaba en ella, que no la recordaba, ni siquiera le dolía ya. Sin darse cuenta había conseguido pasar página, sin darse cuenta Beth se había hecho un hueco en su corazón y había ido ganando espacio hasta echar a Amanda. La recordaba con cariño, pero nada más. No debía dejar que Beth se enterara, ella podía ser como un tornado, no quería que arrasara con él, era capaz de las mejores cosas, pero también de las peores. No le diría lo que sentía por ella, ni todo lo que provocaba en él cuando estaba cerca, cuando su olor lo rodeaba robándole la razón y el sentido, cuando su aliento lo rozaba. No, no lo haría.

Le costó mucho dormirse, tenía demasiado en lo que pensar, estaba demasiado preocupado por Beth. Intentando averiguar cuál sería su siguiente paso, el corazón se le empequeñecía al pensar en cómo estaría ella. Seguramente le tendría miedo y no volvería a decirle lo segura que se sentía a su lado. Eso dolía.

Estaba desayunando cuando sonó el teléfono. El corazón se le aceleró, presa del pánico, de la esperanza y el anhelo de que fuera Beth y quisiera hablar con él. Oyó a Nana contestar y contuvo la respiración.

—Es para usted —le dijo Nana y al momento ya iba en su dirección.

—¿Es ella? —preguntó ansioso acercándose, sin molestarse en contar los pasos.

Chocó contra la encimera y se golpeó la cabeza con el mueble de la cocina, estaba siendo estúpido.

—No, es su amigo Ben —contestó Nana poniéndole el auricular en la mano.

No quería hablar con Ben, seguro que quería echarle la bronca por discutir con su hermana la noche anterior. Debió llamar directamente a Armando, en lugar de llamar a casa de Ben en un ataque de celos.

—Hola Ben —contestó desanimado.

—Buenos días —contestó el otro alegre—, acabo de hablar con mi hermana Cat, dice que anoche llamaste y te pusiste muy pesado. ¿Qué te ha pasado con la rubia?

—Sí —ignoró su pregunta—, la educación de tu hermana brilla por su ausencia, me colgó el teléfono.

—Multiplica eso por tres, añádele hormonas adolescentes y estarás en mi casa —se rio de su propio chiste, pero Johnny no estaba para sus coñas—. ¿Qué te pasa? Te noto más taciturno de lo normal.

—No tengo ganas de hablar —le contestó con sinceridad.

—Pensé que después de mi última conversación con la Barbie estarías de mejor humor.

—¿Qué cojones le dijiste? —preguntó molesto—. Me sorprendió durmiendo y se ha liado que te cagas.

—¿No me digas que no te gustó la sorpresa? —se rio Ben, ajeno a todo.

—No seas gilipollas, soñaba con el día que murió Jack, como cada noche, y cuando me tocó enloquecí, creí que era su asesino y la cogí del cuello aún dormido, apreté y apreté, por poco la mato.

—¿Qué? —preguntó Ben preocupado—. ¿Cómo está Beth?

—No está —contestó cabreado—, ayer por la mañana se largó y no ha dormido en casa.

—¿Dónde está? —preguntó dispuesto a salir en aquel momento a buscarla—. Aquí no ha venido.

—Ha dormido en casa de Armando, con María, su hija —le explicó Johnny.

—Mierda Johnny, joder, mierda, no tenía ni idea de que siguieras teniendo pesadillas. ¿Cómo iba a saberlo? Yo ya pasé por eso, de vez en cuando vuelvo allí, pero no cada noche, como antes.

Él sí, cada noche, excepto cuando Beth estaba cerca. En Shelby no tuvo pesadillas, pero fue volver a casa y las pesadillas también. Aquella noche en la habitación de Beth no había soñado con Vietnam.

—Pues yo sí, cada noche —dijo con pesar—. ¿Por qué le dijiste que me sorprendiera durmiendo?

—Mierda, no tenía ni idea, ella me dijo que tú no la deseabas y...

—¿Que dijo qué? —lo interrumpió cabreado, no hacía otra cosa que deseársela—. Espera un momento —le pidió y tapó el auricular—. Nana, salid de la cocina por favor, necesito hablar con Ben a solas.

—Ahora mismo —contestó Nana; cogió a su hija del brazo y salieron de la cocina, dándole intimidación.

—¿Eso te ha dicho? —preguntó incrédulo volviendo a ponerse el auricular en la oreja.

—Sí tío, te lo juro —contestó Ben contrariado—, me dijo que no querías acostarte con ella.

Johnny sintió que la sangre se le iba a la cabeza, su enfado iba en aumento. Era ella la que no quería estar con él, lo había dejado claro la noche de su cumpleaños cuando lo dejó a dos velas con el calentón.

—¿Eso es mentira! —dijo Johnny, preguntándose por qué se había inventado eso.

—Es lo que me dijo, que os habíais acostado dos veces y que des...

—Nunca me he tirado a Beth —lo interrumpió—, te aseguro que me acordaría —dijo enfadado.

—No lo entiendo, ella parecía sincera, estaba insegura, me dijo que lo habíais hecho y que después pediste que se apartara de ti —Johnny no podía creer lo que estaba escuchando, aquello no había sido así—, que te agobiaba y necesitabas espacio. Pensé que tenías un problema moral por su edad, tú eres así. Le aconseje que se metiera en tu cama y te demostrara que era una mujer.

—Tú eres imbécil. Moral los cojones —contestó molesto—, no quiero que se acerque tanto porque me tiene malo. Cuando está cerca me paso el día empalmado, las dos únicas veces que hemos intimado, me ha dejado a medias y con un dolor de huevos que ni te imaginas, me tiene jodido de la cabeza.

—¿Entonces habéis intimado? —intentó Ben comprender qué pasaba—. ¿Lo habéis hecho?

—No —contestó impaciente—, la he besado y bueno, también la he tocado, pero no ha habido sexo.

—Ahora que lo dices —dijo Ben pensativo—, ella no habló de hacerlo, sino de orgasmos —se echó a reír y Johnny se crispo—. Ni siquiera sabía lo que era una corrida. ¿Qué persona no sabe eso?

—¿Y la mandas a mi cama para que me deje a medias y me mate de un dolor de huevos?

—¿Yo que sabía? Lo di por hecho, pensaba que eras un tío de acción, que no dejarías...

No podía seguir escuchando, colgó el teléfono. Esa niña tonta se iba a enterar. Le tenía la cabeza del revés con sus idas y venidas. Si era un orgasmo lo que quería, se lo iba a dar, más de uno en realidad.

Veinticinco: Déjate llevar

María se fue al instituto y sus padres a trabajar. Beth se quedó en la cama hasta que todos se marcharon. Al levantarse se dio un baño y se miró en el espejo; ya no le dolía el cuello, pero aún tenía la marca de la presa de las manos de Johnny en él. No era capaz de comprender por qué le había hecho eso, por qué había intentado matarla, lo único que sabía era que debía volver a casa y hablar con él.

Se vistió con la ropa del día anterior y se anudó el pañuelo al cuello, no quería verse aquellas marcas. Se estaba secando el pelo cuando llamaron a la puerta. Dio un salto sobresaltada, con el ruido del secador no se había dado cuenta de que había alguien en casa; fue a abrir la puerta y esta se abrió.

—¿Qué haces aquí? —preguntó dando un paso atrás al ver a Johnny.

—He venido a llevarte a casa —contestó Johnny entrando en el pequeño baño—. Lamento lo que pasó Elisabeth, no era yo, sabes que jamás te haría daño —ella se quedó callada—. ¿Lo sabes, verdad?

—Me hiciste daño —le reprochó Beth sin acercarse—, me asustaste mucho.

—Ya lo sé —su voz sonaba entrecortada, se preguntó si ella estaba llorando—, fue un accidente Beth, son esas putas pesadillas —se quejó—, estaba soñando, creí que eras otra persona, nunca te haría daño.

Johnny le tendió una mano y esperó que ella se acercara. Beth se lo quedó mirando, no debía temerlo, él tenía razón, no le haría daño, con él se sentía segura, le había dado una explicación y la creía. Cuando entró en la habitación él se removía en la cama, gemía, parecía que tenía una pesadilla.

Suspiró cuando ella no se acercó, apretó la boca tragando saliva y bajó la mano que le ofrecía. Entonces ella se acercó y se abrazó a él. Johnny la estrechó con todo el amor que sentía, le olió el pelo con avaricia, estaba justo donde deseaba estar, no quería a Beth un centímetro más lejos de él.

—¿Podrás olvidarlo? —le preguntó con aprensión, acariciándole la mejilla.

—No vuelvas a darme un susto así —le advirtió mirándolo.

Estaba guapo aquella mañana, solo había estado un día lejos de él y lo había extrañado. A pesar de estar enfadada y triste por lo ocurrido, también había estado preocupada por él, sin saber cómo estaba.

—No te acerques tanto cuando esté durmiendo —le pidió Johnny, no quería que aquello volviera a repetirse, no había sido consciente hasta que había pasado, y no permitiría que se repitiera.

—No pienso hacerlo —le contestó Beth muy segura—, debo ir a la floristería, ¿me acompañas?

—Claro —Beth le dio la mano y lo guio hasta la habitación de María, donde recogió sus cosas—. ¿Por qué viniste a mi habitación en plena noche?

Ya sabía la respuesta, el sinvergüenza de Ben le había dicho que lo hiciera, quería que ella se lo dijera. Quería que le confesara qué era lo que buscaba aquella noche, y tuvo una erección al pensarlo.

—No me acuerdo —mintió Beth cogiendo el bolso, preparada para irse—. ¿Nos vamos?

—¿Cuándo aprenderás a mentir? —preguntó con una sonrisa imposible de ocultar.

Johnny se sentía feliz, ella le había perdonado. Beth era generosa, lo demostraba día a día, y la amaba. Estaba enamorado de ella, de lo bueno, de lo malo, sin sus defectos no sería ella y amaba el conjunto.

La cogió con suavidad del cuello, dispuesto a besarla, dispuesto a demostrarle en un beso lo que no podía decirle con palabras por miedo a que lo hiriera. Llevaba un pañuelo anudado, seguramente cubriendo el daño que le había hecho a su suave y delicado cuello. Deshizo el nudo y le besó el cuello, intentado curar la herida con ese amor que había descubierto que sentía por ella, no sabía desde cuándo.

—Lo siento mucho Beth —dijo pegado a su cuello.

—Lo sé —contestó ella estremecida por sus besos, dejando el bolso y rodeándole el cuello.

—No volveré a hacerte daño —subió por su cuello y su barbilla—, te lo juro, nunca volveré a hacerlo.

Iba a contestarle que lo sabía, pero la boca de Johnny cubrió la suya. La besó, no un beso cualquiera, parecía que Johnny no daba besos mediocres. No

la besaba nunca, pero cuando lo hacía era de verdad, era apasionado, caliente y sexy. La hacía sentirse la persona más especial y deseada del mundo.

El cuerpo de Beth se pegó a él, besándolo con la misma intensidad y deseo. Johnny intentó en vano acercarse más, hasta que las piernas de Beth chocaron contra el escritorio de María. Johnny se las acarició y le subió la falda, coló las manos bajo sus braguitas, la alzó del culo y la subió al escritorio.

—Dime por qué viniste a mi habitación —se colocó entre sus piernas abiertas.

Cogiéndola del culo, rozó su erección contra su parte más íntima, los tejanos le molestaban. Estaba tan duro que pensó que su pene los rompería, loco por salir y encontrarse con ella de una vez por todas.

Beth negó, jadeó cuando Johnny la rozó en esa parte que palpitaba por un orgasmo, sus caderas se movían solas al ritmo que lo hacían las de él buscándola. Johnny la besó otra vez y se dejó llevar por el deseo, rodeó sus caderas con las piernas y se frotó contra él hasta sentir ese placer que la dejó cao.

—¿Era esto lo que buscabas? —volvió a preguntarle Johnny.

Beth no contestó, jadeaba pegada a su boca, mirándolo a los ojos, intentando recuperarse del placer que la embargaba. Johnny apartó la mano de su culo y barrió el escritorio tirando todo lo que había en él.

—¿Qué haces? —preguntó Beth mirando los cuadernos y las cosas de María en el suelo.

—Vas a tener que contestar a mi pregunta, Elisabeth —dijo muy seguro de lo que decía.

Se apartó un poco y, cogiéndola del culo, la acercó a él, deslizándola por el escritorio, para después volver a besarla, con tanto fervor que acabó tumbada sobre la madera. Sus lenguas se hicieron el amor.

Beth aún no se había recuperado y ya volvía a estar sobreexcitada. Sentía las manos de Johnny en todas partes y solo podía intentar seguir respirando. Él le desabrochó los primeros botones del vestido sin dejar de besarla, sin darle tregua a su cara magullada.

—No te imaginas cuánto llevo a desearte —dijo apartándose de su boca y bajando por su cuerpo.

Liberó uno de sus pequeños pechos, se lo llevó a la boca, era terso y suave, sintió cómo su pezón se endurecía dentro de su boca. Pasó la mano por su delgado cuerpo, quería arrancarle el vestido y sentir su piel, estaba loco por hundirse en ella, pero no lo haría, aquello era para ella, solo para Beth.

—Estás muy húmeda, Elisabeth —dijo después de meter la mano dentro de su ropa interior.

—¿Qué? —preguntó Beth en un jadeo medio lela, incapaz de levantar la cabeza para mirarlo.

—Me gusta —ronroneó Johnny acariciándole el pecho que acababa de sacarse de la boca.

Se inclinó frente a su entrepierna y rozó su nariz contra su hendidura. Inhaló su aroma, su esencia estaba en toda ella, dejó de tocarla y apartó las bragas, le dio un lametón de arriba abajo y Beth tembló.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Beth con la boca seca, impresionada.

—Dime que era esto lo que buscabas —le ordenó Johnny—, dime que me deseas tanto como yo a ti.

Cuando volvió a sentir la humedad de su boca en la entrepierna no pudo decir nada, solo suplicar. Aquello era demasiado, su excitación se convertía en dolor, un látigo invisible lamía su entrepierna.

—No puedo —jadeó sin aire—, es demasiado, Johnny por favor, para, para, es demasiado.

No, no era demasiado, no se detendría. Ella no podía verlo y se desabrochó el tejano incapaz de aguantarlo más. Liberó su erección y la rodeó, se acarició arriba y abajo, él también estaba húmedo.

—No voy a parar hasta que me digas que era esto lo que querías aquella noche —dijo con la voz estrangulada por las caricias que él mismo se infringía, mientras la esencia de Beth bailaba en su lengua.

Le hizo el amor con la boca, se tocaba a sí mismo imaginándose que su pene estaba haciendo lo que su afortunada boca. Beth se retorció, gemía y jadeaba y creyó que explotaría en cualquier momento.

—No puedo más —se quejó Beth tan excitada que era doloroso—. Fui a tu habitación buscando esto —dijo con la respiración jadeante y entrecortada— porque te deseo. Por favor, Johnny, para, no puedo.

Johnny dejó de tocarle el pecho y bajó la mano, se coló entre sus rizos y le acarició el clítoris, estaba muy hinchado y húmedo. Ella gimió con más fuerza y pensó que se corría.

—Déjate llevar —le pidió, metiendo la lengua dentro de ella.

Beth lo hizo, se dejó llevar y el orgasmo fue demoledor, largo e intenso como ninguno.

Johnny supo el momento exacto de su orgasmo, sintió cómo sus paredes le estrangulaban la lengua, se imaginó lo que sería capaz de hacerle a su pene cuando se hundiera dentro de ella. Ese pensamiento envió una orden directa a su miembro, estaba perdido, sintió que no había retorno, se apartó de ella y le dio la espalda, se la estranguló pero iba a correrse, salió de la habitación y cerró la puerta. Se apartó la ropa y pegó su pene al torso, al momento el líquido de su excitación le mojaba el torso y la mano.

Desesperado buscó el baño arrasando a su paso con todo. No conocía la distribución de la casa y al imaginar a Beth viéndolo de esa guisa quiso que se lo tragara la tierra. Necesitaba lavarse, serenarse, aquello se le había ido de las manos, ella siempre le hacía ir más allá de lo que estaba dispuesto.

Beth se incorporó al escuchar el portazo, estaba demasiado relajada para moverse, pero oyó ruidos en el pasillo. Johnny no conocía la distribución de la casa, podía hacerse daño. Bajó al suelo y fue a buscarlo.

—¿Qué te pasa? —dijo asomada a la puerta.

—No te acerques —le advirtió Johnny cuando ya lo estaba haciendo, paró en medio del pasillo—, necesito un momento Beth —le pidió—, dime dónde está el baño.

Beth lo miraba preguntándose si ahora le diría que aquello no había estado bien, que no volvería a repetirse. No entendía los remordimientos de él, ella no se arrepentía, nunca. No podía arrepentirse de uno solo de sus besos que la llevaban al paraíso, que la excitaban y le hacían tocar el cielo con los dedos.

—Has pasado el baño —le advirtió Beth—, está detrás de ti.

—Guíame, pero no te acerques —le advirtió él—, necesito espacio Beth.

Johnny retrocedió sobre sus pasos sin girarse, Beth lo miraba extrañada. Quería acercarse y que le contara qué había hecho mal para que él necesitara estar lejos de ella. Lo respetó y no se acercó.

—Para —le dijo a Johnny cuando estaba junto a la puerta del baño—, es la puerta de tu izquierda.

La buscó con la mano que no tenía manchada, la abrió y entró en el baño, cerrando la puerta tras de sí.

Beth se acercó al baño, pegó la oreja a la puerta, solo oía el sonido del agua. Pensó en entrar pero no quería ser una pesada. Volvió a la habitación colocándose la ropa, recogió todo lo que Johnny había tirado al suelo, incluido su pañuelo, recogió la habitación como si no hubiera pasado nada y acarició el escritorio, impresionada por lo que le había hecho. Volvió a anudarse al pañuelo al cuello y esperó.

Cuando oyó la puerta del baño abrirse fue a buscarlo, se había mojado la cara y parecía más tranquilo.

—¿Estás bien? —le preguntó acercándose.

—Claro —contestó Johnny, seguro de que no se había enterado de nada—. ¿Vamos a la floristería?

Beth se acercó a él y le cogió la mano húmeda, Johnny se la llevó a los labios y la besó. Salieron de la casa y dieron un paseo hasta la floristería. No estaba lejos y hacía un día soleado y agradable, era como si fuera primavera en Shelby. Esperaba que siguiera igual hasta el fin de semana, que se celebraría la boda.

Al salir de la floristería, pasaron por el quiosco y la tienda de música; después, comieron en la cafetería.

—¿Has hablado con tu madre? —preguntó Beth removiendo su batido de fresa.

—No —le contestó Johnny tranquilo, relajado después de los nervios que había pasado—. ¿Por?

—Ayer me dijo que me llamaría para confirmar si venían a la boda, pero como no he estado en casa...

—¿Venían? —demandó Johnny molesto—. ¿Flora invitado a mi padre a la boda?

No podía creerlo, él no se merecía estar invitado, la fiesta era en su casa y no lo quería allí.

—Su madre la ha obligado —contestó Beth echándole la culpa a Nana, nadie quería que ese hombre les arruinara el día con su presencia—, dijo que tenía que invitarlo o se ofendería, ella no quería hacerlo.

—No quiero a mi padre en casa —dijo cabreado.

—Ni tú ni nadie —le contestó Beth—. Podrías hablar con él e invitarlo a no venir.

—Creo que lo haré —le dijo de acuerdo con ella, no quería que le estropeará el día.

—Mañana vamos a buscar los vestidos, tu madre vendrá con nosotras, podrías venir y hablar con él —le ofreció Beth—; además Flor ya está bastante nerviosa para añadir a tu padre, tantos nervios no son buenos en su estado.

—¿En su estado? —preguntó Johnny ignorado todo lo demás. Beth hizo una mueca. Había aprendido a controlar su incontinencia verbal, pero cuando estaba con él y estaba relajada, le era imposible pensar en todo lo que decía, con él era ella misma—. ¿Por eso las prisas? ¿Steven le ha hecho un bombo?

—No sé qué es eso —contestó Beth.

—¿Está embarazada? —le aclaró Johnny, incapaz de comprender cómo era tan rápida para algunas cosas y tan lenta para otras. Todo el mundo sabía lo que era un bombo, o unas gomas, o una corrida.

—Un poquito —contestó Beth con la boca pequeña y él se echó a reír. No se podía estar un poco embarazada, o lo estabas o no—. No se lo puedes decir a nadie —le advirtió—, no quieren que se sepa.

A la mañana siguiente acompañó a Flor, Nana y Beth a la ciudad. Flor y Beth se pasaron todo el camino cotorreando sin descanso, faltaban cinco días para la boda y los nervios iban aumentando cada día.

—Cariño —saludó Margaret a su hijo contenta de verlo, le besó la mejilla—. ¿Qué haces aquí?

—Me ha traído Beth —le contestó—, te están esperando en el coche, yo venía a hablar con tu marido.

—Ah —dijo Margaret extrañada—, estás de suerte, aún no ha ido a trabajar, está esperando una visita —no quería dejarlos solos, cada vez que se veían se peleaban—. Espera, le diré a Beth que se marche y me quedará contigo, solo

van a buscar los vestidos, pueden hacerlo sin mí.

—Vete con ellas mamá —le dijo Johnny muy seguro—, no voy a pelearme con él, vete tranquila.

—¿Seguro Johnny? —preguntó Margaret nada segura de hacerle caso.

—Por supuesto, Beth quiere que vayas con ellas, no quiero tener que escucharla de vuelta a casa.

Le sonrió a su madre y se fue al despacho de su padre. Margaret se lo quedó mirando, preguntándose qué debía hacer. Johnny estaba mucho mejor, su carácter ya no era tan volátil, por lo que decidió irse.

Llamó a la puerta del despacho de su padre, abrió la puerta sin esperar a que le contestara y entró.

—Hombre —dijo su padre sorprendido—, el hijo pródigo ha vuelto.

—Puedes meterte tu sarcasmo por el culo —le contestó Johnny sentándose—, no me impresiona.

—Vienes con ganas de pelea —sonrió Dan con malicia—, me gusta. ¿Qué cojones quieres?

—Sé que Flor te ha invitado a su boda, dudo que quieras ir, pero si se te ha pasado por la cabeza, ya puedes ir descartándolo. La celebración es en mi casa y no te quiero allí, haré que alguien recoja a mamá.

¿Él en la boda de la servidumbre? No pensaba ir, pero el estúpido de su hijo le acababa de dar un motivo para asistir. Si yendo podía joderlo un rato, lo haría, estaba demasiado tranquilo, además, Elisabeth no estaba cumpliendo como él esperaba, ella no era cruel como pensaba, quería que su hijo lo pasara mal.

—¿Quién se casa? —le preguntó entretenido—. ¿Tú o la sirvienta?

—No me des por culo —le advirtió—, deja que mamá venga y vete por ahí con alguna de tus guarras.

—Hablando de guarras —lo provocó Dan—. ¿Cómo está tu mujer?

Johnny apretó la boca, los dientes le chirriaban, le costó un esfuerzo titánico no levantarse de la silla y machacarlo. No pensaba aquello de Beth, solo lo decía para provocarlo y no iba a caer en su provocación.

—Beth no es ninguna guarra, y si lo fuera, tampoco lo sabrías, porque te tiene tanto asco como yo.

Dan lo miró impresionado, estaba rabioso, se le notaba en la cara lo cabreado que estaba, sin embargo, estaba manteniendo la calma, no se había lanzado a por él, como hubiera hecho un año atrás.

—Puede que sea lo contrario y por eso no me dais un nieto, o puede que tú seas incapaz de dejarla preñada, seguramente aún debes mojar la cama; si está falta de cariño, dile que se pase por aquí.

Johnny se puso de pie, la paciencia no era su mayor virtud, y con su padre menos.

—No te acerques a mi casa y mucho menos a mi mujer, o te pasarás lo que te queda de vida comiendo con una cañita.

—¿Me estás amenazando, hijo?

—Tómalo como quieras, padre —dijo la última palabra con el mismo asco que él.

Salió del despacho y de la casa; al salir le pidió al mayordomo que le llamara un taxi y se fue.

Cuando Beth dejó a su suegra en casa, entró con ella para recoger a Johnny; él se había marchado, pero su padre estaba allí, para decirle que contara con él y su mujer en la boda, que irían encantados.

—No te queremos en casa —le dijo Beth con rabia.

—Algo me ha dicho mi hijo, pero los novios me han invitado y vamos a ir, vosotros sabréis qué hacer.

—Declino la invitación —dijo Beth muy segura.

—Elisabeth, te aconsejo que no busques en mí un enemigo. No es tu boda, no puedes declinar nada.

Beth, impotente y cabreada, se dio la vuelta y se marchó. De camino a casa no pudo dejar de echar pestes, le recriminó a Nana haberlo invitado. Les pidió que no se lo dijeran a Johnny, ya se enteraría.

Flor temblaba cogida del brazo de Johnny, la marcha nupcial empezó a sonar.

—No me suelte, por favor —le pidió mirándolo aterrada y nerviosa.

—No lo haré, pero no dejes que acabemos chocándonos con el cura —le sonrió y empezaron a andar.

En el altar, les esperaba el cura, Steven, que parecía tan nerviosa como ella, el hermano de él, su padre, Beth y María, que eran sus damas de honor. Cuando llegaron apretó el brazo de Johnny para que se detuviera. Steven se acercó y cogió la mano de Flor. Beth se separó y ayudó a Johnny a ir hasta el banco.

—Estás muy guapo —le susurró en el oído después de besarle la mejilla y alejarse a su sitio.

La ceremonia se realizó sin problemas; cuando se dieron el sí quiero y se besaron, Beth y María dieron saltitos alrededor de Flor, que estaba más guapa que nunca con aquel vestido blanco; ella no dejaba de llorar emocionada. Los cuarenta y un invitados, sin contar a los novios, se trasladaron a la hacienda de los Reese. La mayoría amigos y familiares de Steven.

—No sabía que tu padre fuera a venir a la boda, Johnny —le dijo Armando de camino a casa.

—¿Estaba allí? —preguntó cabreándose.

—Intenté que no viniera —le dijo Beth desde el asiento trasero—, le dije que declinaba la invitación, pero me dijo que yo no era nadie para hacerlo; no te lo he dicho para que no te enfadaras.

Se frotó los ojos, no lo quería en su casa, no lo quería cerca ridiculizándolo y dejándolo en evidencia. Si volvía a provocarlo como la última vez, acabaría partiéndole la cara y no quería estropear la boda.

—No debí ir a hablar con él —dijo jodido—, no es culpa tuya, Beth.

—He tenido que sentarlo en nuestra mesa —contestó Beth con un hilo de voz.

—¿Qué? —exclamó cada vez más enfadado—. Eso sí es culpa tuya.

—De parte de Flor somos muy pocos —le explicó—, no quería sentar a tu madre con desconocidos.

Johnny resopló, lo estaba pasando bien, incluso estaba disfrutando. Más cuando al acabar la ceremonia Beth le había dado un beso en los labios, un besito casto, pero había salido de ella.

La comida se hizo en el jardín, junto al cenador que Steven había hecho el año anterior, donde había unos músicos que Beth había contratado, amenizando la comida; allí estaría la pista de baile. Beth no lo estaba pasando bien, nadie en su mesa en realidad. El padre de Johnny no dejó de hacer comentarios despectivos, sobre la casa, los invitados, los novios y sobre todo de su hijo. Margaret le pedía que se callara y él seguía. Johnny cada vez bebía más deprisa para no levantarse y echarlo a patadas de su casa.

—No lo aguantó más —le dijo Beth a María en voz baja—, ven conmigo.

Se levantó de la mesa antes de que retiraran el segundo plato. María se disculpó y fue tras ella.

—Sabía que el padre de Johnny era un gilipollas, pero no imaginé que fuera tan cabrón.

—Es lo peor —estuvo de acuerdo Beth—, nos está amargando la boda, no me he esforzado tanto para que él no deje de meterse con Johnny —dijo decidida—; pienso callarle la boca.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó María intrigada y emocionada con la idea.

—Ahora lo verás, se lo ha buscado él solito.

Fueron a la cocina, la gente del catering corría de un lado a otro ignorándolas. Beth cogió dos copas de champán, tenía un plan.

—¿Es para mí? —le preguntó María emocionada.

—No —contestó Beth—. ¿Quieres una?

—No tengo edad para beber —dijo María encogiéndose de hombros.

—Yo tampoco —contestó Beth dándole aquellas copas y cogiendo otras dos—, vamos arriba.

Entraron en la habitación de Johnny. Beth dejó las copas sobre una mesita y fue a su baño particular, abrió el espejo y encontró lo que buscaba, ese imbécil no volvería a abrir la boca en toda la tarde.

—¿Qué es eso? —le preguntó María mojándose los labios con champan para probarlo.

—Nuestra venganza —le enseñó el bote de pastillas y sacó cuatro dándole el frasco a María.

Las dejó sobre la mesa y buscó algo con que molerlas, cogió un marco y machacó la primera.

—Beth —le advirtió María leyendo el envase—, aquí dice que no se pueden mezclar con alcohol.

—¡Que se joda! —le contestó Beth decidida.

—No le pongas tantas —le pidió María mirando cómo machacaba la segunda—, podrías matarlo.

—No creo que tenga tanta suerte —sonrió Beth con malicia—. Cuando Johnny las tomaba, bebía alguna cerveza que otra y nunca le sentaron mal, no vamos a matarlo.

—Pues ponle una o una y media, pero no le pongas cuatro, es una burrada y parecen muy fuertes.

—Vale, le pondré dos, pero si no hace efecto será culpa tuya —le advirtió.

Dejó que el polvo cayera dentro de la copa, cuando fue a dejar el marco en su lugar se fijó en la foto.

—Es Amanda —le dijo María mirando la foto que ella miraba.

Estaban en la puerta de casa, entonces no tenía el aspecto que tenía en aquel momento. Las ventanas estaban tapiadas, se veía sucia y dejada. Ellos estaban en el centro y se abrazaban sonriendo a la cámara.

—Parecen muy enamorados —dijo Beth con pesar.

—Lo estaban —dijo María quitándole la foto de las manos, fue al baño y la tiró a la basura—, todos tenemos un pasado —le dijo a Beth al volver—. No dejes que el suyo te persiga, Amanda ya no está.

—A mí me da igual —mintió Beth.

—Te he visto besarlo en la iglesia, no te da igual y debería. Tú eres su mujer, Amanda solo es pasado.

Beth le sonrió a María agradecida, se bebieron las copas de champán y volvieron a la fiesta.

—Dan, te he traído una copa —le dijo Beth poniendo la mano en su hombro—, es la mejor bebida que tenemos —le dio la copa, que él cogió comiéndosela con la mirada. Beth lo soltó asqueada.

—Es un detalle por tu parte Elisabeth, tú sí que eres una buena anfitriona, no

como mi hijo, que no ha tenido un solo detalle con su padre —le dio un trago a la bebida—. Quizás podrías enseñarme la casa.

—Sí —contestó Beth—, quizás después. Ahora estamos de celebración —se sentó junto a Johnny—; a ti también te he traído una —cogió su mano y se la dio—, espero que podamos tener la fiesta en paz.

—¿De qué vas? —le preguntó Johnny.

—Shhh —le pidió que se callara observando cómo Dan se acababa la copa—. Estoy de buen humor.

María tenía razón, aquellas pastillas debían ser fuertes, ya que antes de que sacaran la tarta nupcial, el padre de Johnny estaba más en el limbo que en la boda. Armando y un familiar de Steven lo llevaron dentro.

A partir de ese momento todo fue como debió ser desde el principio. El ambiente en la mesa se relajó, hasta Margaret disfrutaba charlando con Mary, que se había sentado en el sitio de Dan.

Antes de partir el pastel, los novios hicieron un brindis muy emotivo, en él mencionaron a sus padres, también a los padrinos y madrinas. Beth se emocionó mucho cuando Flor habló de ella y Johnny, se le saltaron las lágrimas cuando Flor dijo que era su mejor amiga y la quería, dándole las gracias por todo lo que había hecho por ellos desde el inicio de su relación.

—Lo has hecho muy bien —le dijo Johnny en voz baja besándole el hombro—, estoy orgulloso de ti.

—Incluso le he callado la boca a tu padre —le dijo muy orgullosa de sí misma.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Johnny extrañado.

—Le he dado un par de esas pastillas que tomabas antes, se las he puesto en la copa.

—¿Lo has drogado? —preguntó incrédulo.

—Deberías darme las gracias, nos estaba arruinando la celebración a todos los de la mesa.

Johnny le sonrió, le cogió la barbilla y se acercó a su cara, dejando que ella decidiera si besarlo o no. Beth lo miraba a los ojos y ninguno era consciente de cómo en la mesa se daban codazos unos a otros mirándolos. Se relamió los labios, los acercó y rozó los suyos, al segundo Johnny la besaba. Cuando se separaron todos los miraban. Beth enrojeció rascándose detrás de la oreja, él solo era consciente del silencio. Le pidió a su madre que lo acompañara a ver cómo estaba su padre, aquellas pastillas eran potentes. Le hacía gracia lo que había hecho, no estaba bien, pero era mejor que partirse la cara con él.

—Vaya beso —le dijo María cuando Johnny se fue—, y después dices que te da igual —se echó a reír.

Beth se sintió sola cuando él se fue. Armando y su mujer hablaban entre ellos, María no dejaba de echarse miraditas con un chico de la mesa de al lado, se preguntó dónde dejaba eso a Jota, su novio. Cogió una copa y observó a los novios, pensando en lo enamorados que estaban, pronto tendrían un bebé y sería aún más felices. Flor sería una buena madre, era una persona dada a darse a los demás, se había pasado la vida cuidando a los demás, ahora Steven la cuidaba a ella y pronto juntos cuidarían a su bebé. Flor le dijo una vez que quería tener una vida propia. Beth estaba feliz por ella, lo había conseguido.

—¿Quieres? —le ofreció la copa a María cuando, después del baile de los novios, otros se animaron.

María buscó a sus padres con la mirada, estaban en el cenador bailando, cogió la copa y bebió.

—Hemos conseguido dejar a ese hombre sin palabras, ¿eh? —le devolvió la copa antes de que la pillaran.

—Más bien sin sentido —se ríó Beth—. Ese chico al que no dejas de mirar es el sobrino de Steven, ahora no lo mires —le advirtió Beth apartando la mirada—, creo que se debate en si acercarse hasta aquí o no.

—Yo no lo miro —mintió, preguntándose si había sido tan indiscreta para que Beth se diera cuenta.

—Venga ya, María —se quejó Beth—, no estoy tan ciega como Johnny.

El sobrino de Steven, como Beth temía, se acercó hasta la mesa y le pidió a María que bailara con él. Ni lo dudó, se fue con él dejando a Beth incómoda y sola en la mesa. Se rascó detrás de la oreja y siguió con la copa de Johnny por hacer algo. Nana se sentó en el sitio de María. Beth nunca pensó que se alegraría de que Nana se acercara a ella, no se llevaban bien, eran incompatibles. También estaba feliz, le estaba dando las gracias por todo lo que había ayudado a su hija, dejándola impresionada, cuando llegó Johnny.

—Te has pasado Beth —le dijo Johnny sentándose—, está cao, mi madre no entiende qué le pasa.

—¿Su padre? —preguntó Nana—. ¿Qué le ocurre?

—Beth lo ha drogado —sonrió buscando la copa en la mesa.

—Yo no lo he drogado —se defendió ella mirando a Nana y Johnny se echó a reír—, solo le he hecho dormir un poco. No dejaba de meterse con Johnny, me dolían la cabeza y los oídos de escucharlo.

—Señorita Beth —dijo como un reproche—, no tiene gracia —le dijo a Johnny molesta, marchándose.

—Yo creo que sí la tiene —encontró la copa—, es lo mejor que has hecho por mí, Beth —siguió riéndose, lo único que lamentaba era no haberlo hecho él—. Háblame de la boda —le pidió relajado.

Beth lo hizo, le describió todo lo que veía, el estilismo de los invitados, lo emocionada que estaba Flor en todo momento. Le explicó su conversación con Nana. Johnny se imaginaba todo lo que le contaba, solían jugar a ese juego a menudo, era lo más cercano a ver que tenía y se lo debía a ella.

—¿Podemos bailar? —le pidió Beth y Johnny negó, ni de broma, hacía años que no bailaba—. Porfa —le pidió juntando las manos y poniendo cara de niña buena, como si él pudiera verla, dejó de hacerlo sintiéndose idiota—, solo una, he dejado a tu padre inconsciente por ti —le recordó—, es un pago justo.

—Puedes bailar tú, Beth —dijo incómodo con la idea—. María está en el cenador, ve con ella.

La fiesta pronto acabaría, el sol los había acompañado y había hecho calor, pero en cuanto empezara a oscurecer haría frío, lo pareciera o no, estaban a principios de febrero. No quería quedarse sin bailar.

—Quiero bailar contigo Johnny, no con María —le explicó cogiéndolo de la mano—, ni con nadie que no seas tú —el cantante cantaba Blue Velvet—; es una canción lenta, no te dejaré chocar con nadie.

Beth solo quería bailar con él y solo por eso merecía un baile, aunque sólo fuera uno.

—Solo una canción —suspiró Johnny poniéndose de pie sin soltarla.

Beth lo guió hasta la pista de baile improvisada, paró a un lado, intentado pasar desapercibidos.

—Hace mucho que no bailo —le advirtió Johnny poniéndole la mano en la cintura.

—Tendré cuidado de que no me pises —contestó Beth poniendo una mano en su hombro. Se empezaron a mover despacio al ritmo de la música.

—Lo haces bien —dijo Beth impresionada.

Amanda lo obligó a dar clases de baile para la boda; al final no se casaron, pero siguieron yendo.

—No me siento muy cómodo.

—Nadie nos mira —mintió Beth.

—Que me mientas tampoco ayuda.

Beth se río acercándose a él. No sabía qué era lo que tenía, pero cada día era más atractivo. No sabía si era que iba afeitadito, si era el esmoquin que le sentaba como un guante o qué, pero estaba cañón.

La canción acabó y se soltaron para aplaudir, empezó una nueva canción y Johnny volvió a cogerla de la cintura, ella le rodeó el cuello abrazándose a él, mirándolo a los ojos, que ya no le parecían tan inexpresivos.

—Esta canción te gusta —le dijo al reconocerla—, solías ponerla, era la D5 en el tocadiscos.

—El tipo la está estropeando —le dijo Johnny—, nadie canta Can't help falling in love como el rey.

—Cántala tú —le pidió Beth sonriéndole, se apoyó en su pecho férreo.

—Hazlo tú —le contestó Johnny escuchando la risa en su voz—, yo no canto tan bien como tú.

Ninguno de los dos la cantó. Johnny pensó que, como les pasaba a los gilipollas que se enamoraban, todo le recordaba a ella, pero si hubiera una canción para ellos, sería aquella. *Algunas cosas están destinadas a pasar. Toma mi mano, toma mi vida entera también, porque no puedo evitar enamorarme de ti.*

—Hoy me has besado en público —le dijo Johnny balanceándose con ella con suavidad.

—Estamos casados, no tengo por qué avergonzarme —le contestó a la defensiva.

—Me ha sorprendido —negó con la cabeza restándole importancia.

Beth apartó la cabeza de su pecho, sin dejar de bailar con él lentamente aquella bonita balada.

—¿Ha sido una sorpresa buena o mala? —preguntó dubitativa.

—Corta, me ha sabido a poco, yo soy más apasionado —inclinó la ceja provocándola.

—Yo también —contestó a la defensiva. Johnny sonrió sensible a aquella dulzura suya, incluso cuando se enfadaba era dulce, subió las manos hasta su cara acariciándole las mejillas, quería que volviera a hacerlo, que volviera a salir de ella besarlo—, no podía meterte la lengua en la boca en la iglesia.

—¿Por qué no? Si pudiera ver lo habría hecho yo, solo por ver la cara del cura de turno.

Beth iba a preguntarle si solo lo hubiera hecho por eso cuando Armando les interrumpió, avisándole a él de que sus padres se iban. La canción había dejado de sonar, a pesar de que ella la oía en su cabeza.

De la mano fueron a la casa a despedirse de Margaret, Dan seguía medio inconsciente. Beth deseó que se quedara así un par de días y le diera un respiro a la gente que vivía con él, era insufrible.

No volvieron a la fiesta, se quedaron tirados en el sofá, charlando mientras Johnny le masajeaba los pies a Beth. Cenaron en compañía de Nana comida que había sobrado del catering y después se quedaron viendo la tele. Beth le llevó la última copa de champán, le gustaba aquella bebida de pijos.

—Me voy a ir a dormir —dijo bostezando—, ha sido un día de muchas emociones. Quería darte las gracias, Johnny —se puso de pie—, has hecho

muy feliz a Flor con la boda, has sido muy generoso.

—Era nuestro regalo —se puso él también de pie—, ya lo hemos hablado.

Beth se despidió de Johnny en la puerta de su habitación, más próxima a la escalera que la de él. Deseó decirle que se quedara, pero antes de encontrar el arrojo o las palabras, ya se estaba yendo.

En la habitación, Johnny se quitó el esmoquin y se puso el pantalón de pijama con el que dormía. No quería dormirse, Beth tenía razón, había sido un día de muchas emociones, no quería estropearlo con pesadillas, no quería volver a perder a Jack esa noche. Se levantó de la cama y fue a la puerta de Beth.

Beth bajó a la planta de abajo a coger el disco que sonaba en la boda, acababa de ponerlo cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañada mirando a Johnny, que estaba en su puerta.

—Estaba pensando que podríamos dormir juntos —intentó frotarse la barba, pero no estaba.

—No me gusta tu habitación —contestó mirando su estupendo torso desnudo—, no voy a dormir allí.

—Vale —contestó Johnny contrariado, apartándose de la puerta para marcharse.

—¿Adónde vas? —le cogió Beth de la muñeca antes de que se fuera—. Podemos dormir en la mía.

Johnny, nervioso como un adolescente, sonrió. Entró en la habitación y Beth cerró la puerta detrás de él.

—Bonita canción —comentó al escuchar que sonaba el verdadero Elvis en su habitación.

—Acabo de cogerlo de abajo, espero que no te importe —Johnny negó con la cabeza tropezando con algo que casi lo hizo caer—. Espera —pidió Beth—, está todo por medio —lo guió hasta la cama.

Lo observó tumbarse en su cama, se dio cuenta de que no era el esmoquin lo que lo hacía tan impresionante. En ese momento solo llevaba un pantalón de pijama y estaba igualmente guapo, y vaya cuerpo tenía. La palabra atractivo se quedaba muy lejos de su espléndido cuerpo, cuidado y definido, las cicatrices lo hacían aún más varonil y quería saber la historia de cada una. Bajó la mirada por el bello oscuro que se concentraba en su pecho, pasando por su abdomen fuerte, perdiéndose bajo esos pantalones en los que veía el bulto de su aparato; apartó la mirada azorada por mirarlo de aquel modo.

A pesar de la música, oyó cómo Beth se quitaba la ropa, se dio la vuelta y se tumbó boca abajo al sentir cómo crecía su excitación. Beth apagó la luz y se tumbó en la cama junto a él. Johnny se dio la vuelta y, para su sorpresa, Beth se apoyó en su torso acariciándole el pecho con esas uñas largas que llevaba.

—¿No intentarás matarme mientras duermo, verdad? —preguntó acariciando la cicatriz de su pecho.

—Cuando duermo contigo, me das realidad y haces que sueñe contigo, no con la guerra, ni con Jack.

—¿Cómo soy en tus sueños? —le preguntó interesada, apoyando la barbilla en su pecho.

—Etérea supongo —se rio.

—¿Qué es eso? —le preguntó Beth sin comprenderlo.

—Pues que no está definido —suspiró—, nunca puedo verte del todo, eres como algo fantasmal.

No le gustaba que la viera como un fantasma, pero sí que soñara con ella. Se apoyó en su pecho.

—Gracias por el baile, cuando Armando nos ha interrumpido ni siquiera me había dado cuenta de que había dejado de sonar la canción —le dijo acariciándolo—. Tu padre hasta inconsciente da por saco.

—Es curioso —le contestó Johnny—, yo tampoco me había dado cuenta y tengo buen oído.

Beth alzó la cabeza para mirarlo, apenas podía verlo con la luz apagada.

—Ha estado bien —dijo por no quedarse callada, quería que la besara, pero no sabía cómo hacérselo saber sin decírselo. Tenerlo en su cama, tan grande, tan fuerte, sabiendo lo que era capaz de hacer, recordar de lo que era capaz, la

excitaba—. Cuando ha venido Armando, pensé que ibas a besarme.

—No iba a hacerlo —le dijo Johnny—, aunque no me hubiese importado que tú lo hicieras.

—¿Querías que lo hiciera?

—Me gustan tus besos Beth —le aclaró poniéndose malo al recordarlos.

Beth decidió no pensarlo más. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Que la rechazara? Lo superaría, había superado cosas mucho peores y no se había muerto. Se humedeció los labios y lo besó.

Por fin, pensó Johnny al sentir su boca sobre la de él, le había llevado tiempo tomar la iniciativa y al fin lo hacía. Era cuanto él deseaba, que quisiera besarlo, que saliera de ella, no solo que se dejara llevar. Beth intensificó el beso y él apretó su culo acercándola más a su cuerpo, su mujer tenía un portento de culo.

Se separó de ella y le quitó el camisón por la cabeza, recorrió su cuerpo con las manos y la boca y Beth se dejó querer, excitada y hambrienta de más. Johnny metió la mano entre sus rizos y ella deseaba que volviera a meter la cabeza, aquello había sido el paraíso en el infierno.

Johnny amó cada parte de su cuerpo, cada centímetro de su suave piel, ella gemía por sus caricias y él se deshacía por ese sonido. Las caderas de ella lo buscaban y se apartó. No iba a volver a dejarlo a medias, estaba harto de aquella mierda, ya habían jugado bastante, demasiado para su integridad, había llegado el momento de que jugaran los dos, no podía aguantar otro calentón.

—¿Por qué te detienes? —preguntó Beth besándolo y frotándose contra él como un animal en celo.

—¿Dónde está el regalo que te hizo Ben? —le preguntó Johnny apartándola de él.

—Yo que sé —se quejó Beth insatisfecha, estaba a punto.

Johnny le cogió los brazos y la puso boca arriba en la cama, impidiendo que pudiera seguir rozándose.

—Búscalos —ella empezó a quejarse y él la corto—, si no, no hay orgasmo, te lo juro.

Él la soltó y Beth exhaló molesta, encendió la luz y lo buscó, no le costó más de un minuto encontrarlo. Tiró la caja sobre el pecho de Johnny y volvió a su lado, aquella insatisfacción era molesta.

Johnny abrió la caja y sacó un preservativo, pensó que podría correrse solo por entrar en ella; con dedos temblorosos se puso la goma y se quitó los pantalones.

Beth lo observaba atenta, cuando vio que liberaba su pene se le secó la boca, era más grande de lo que recordaba el de Robbie, mucho más grande, y aún recordaba el dolor que él le hizo.

—¿Qué piensas hacer? —se apartó y él la cogió antes de que se levantara de la cama—. No —le advirtió—, no quiero hacer eso.

—No puedes dejarme otra vez a medias, Beth —le advirtió él buscando su clítoris entre los rizos—, es hora de que juguemos los dos o al final me vas a matar de un calentón.

—No quiero que me hagas daño —dijo ella tensa, observando cómo se ponía encima de ella.

—Te prometí que no volvería a hacerte daño y no lo haré, nunca Beth, nunca más —contestó.

Le besó el cuello, acariciándola, estimulándola. Estaba tensa, pensaba que iba a hacerle daño porque había tenido una mala experiencia, pero no se lo haría. Conocía su cuerpo, sabía estimularla, sabía qué tecla tocar y, cuando acabara con ella, le rogaría para que volviera a hacerlo.

Él no intentó entrar en ella, sino que la besaba con el mismo arrojo que la enloquecía, la acariciaba de esa forma que la llevaba al límite y, cuando pensó que había llegado el momento, vio que se colocaba entre sus piernas, se sentía demasiado excitada para no dejarse llevar. Poco a poco se hundió en ella. Al principio poco, dándole tiempo a que se acomodara a él, y cuando se dio cuenta era ella quien le rodeó con las piernas empujándolo del culo para que se hundiera más.

Johnny fue cuidadoso al principio, ella tenía miedo y él no tenía un pene precisamente pequeño. No quería dejarse llevar y hacerle daño, entonces ya podría irse olvidando de repetir, era muy cabezona cuando quería. No fue fácil, Beth lo acogía cálidamente en su interior, estaba caliente y húmedo.

Johnny la besó y se ensartó en ella, gritó impresionada, no de dolor, solo fue la impresión, él se movió dentro de ella, volvió a salir y Beth quería quejarse al borde de las lágrimas, estaba a punto de nuevo, no podía volver a cortarle el rollo.

—¿Te gusta? —ronroneó en su oreja.

—Sí —contestó Beth con la boca seca.

—Haré que te encante —entró en ella rudo, le acarició las mejillas entrando y saliendo de ella—, haré que la próxima vez me supliques que entre en ti y te haga el amor.

Metió su lengua en la dulce boquita de Beth y aumentó el ritmo, pensando que no podría aguantar mucho más, era cuanto había deseado en los últimos tres meses. Tres meses empalmado se dice pronto, estaba desentrenado y ella lo volvía loco. Le acarició el clítoris a la vez que la penetraba y ella gritó, su vagina lo exprimió dentro de ella y fue cuanto necesitó para dejarse ir.

Veintiseis: Mi estrella

Johnny buscó a Beth en la cama como cada mañana, pero ya no estaba, se había dormido. Se duchó y bajó.

—Cuidado —dijo Flor pasando por su lado en la planta de abajo, corriendo hacia el baño.

Johnny se apartó y fue a la cocina.

—Buenos días —saludó al entrar—. ¿Flor está con vómitos otra vez?

—Está fatal —le contestó Nana acabando de preparar el desayuno.

—Pensé que hoy no te levantabas de la cama —le dijo Beth—, te estás volviendo un perezoso.

—Que bien huele, Nana —se sentó delante de Beth ignorando su comentario—, tengo hambre.

—Enseguida está el desayuno listo —le dijo Nana.

—Tú siempre tienes hambre —le dijo Beth poniéndose se pie—, te vas a poner gordo.

—¿Te marchas ya? —preguntó Johnny cuando ella se quedó a su lado acariciándole el pelo mojado.

—Sí, he quedado con la mujer del alcalde, voy a hablarle del club de teatro, me debe un favor.

Johnny la cogió de la cintura y la sentó encima de él, la cogió de la nuca acercándola a su boca.

—Qué chica más importante tengo —dijo orgulloso de ella—, que la mujer del alcalde le debe favores.

Se besaron como si no hubiera nadie en la cocina. Nana negó mirándolos. Desde la boda de su hija, hacía tres meses, Johnny dormía en la habitación de Beth. Al principio habían disimulado su relación. Durante el día se mantenían a distancia, pero poco a poco dejaron de hacerlo, se comportaban como un matrimonio normal, aunque demasiado apasionado, fogoso e indiscreto para su gusto.

—¿Por qué no pasas hoy del trabajo? —demandó sobre su boca, deseando tenerla para él todo el día.

—Quiero ser actriz, este pueblo necesita un club de teatro y esa mujer dejar ese pintalabios horrible.

—¿Qué nos importa a nosotros su pintalabios? —dijo Johnny besándole el cuello.

—Es así como me gano la vida —le dio un tierno besito en los labios—, no te pases el día comiendo.

Se levantó de encima de él y se marchó, después de desearle buenos días a Nana.

Beth invitó al alcalde y a su mujer a cenar. Quería impresionarlos, sobre todo a él, a ella ya la tenía en bote, era una mujer fácil de complacer. Habló con Johnny para que la apoyara con lo del club de teatro. Si el alcalde daba su visto bueno, estaba hecho, y nadie en el pueblo se atrevía a decirle que no a su marido, ni siquiera el mandamás. Johnny habló con el alcalde, a pesar de que no era lo que quería. Beth se pasaba la mayor parte del día fuera, si conseguía que le abrieran ese club, no pararía nunca en casa.

Una semana después, Johnny bajó a las cocheras después de su reunión con Armando. Ayudó a Harry a cepillar a los caballos y después montó mientras él entrenaba a uno de los jóvenes; era agradable, pero era irreal, el caballo apenas galopaba, mientras el chico le hacía dar vueltas con el lazo. Se apoyó en la verja escuchando cómo los amaestraba, él solía disfrutar haciendo aquello, y lo extrañaba. Alguien le tapó los ojos desde atrás, como si de esa manera no pudiera ver; aquello solo se le podía ocurrir a Beth.

—¿Qué haces en casa tan pronto? —preguntó girándose.

Beth se apoyó en sus hombros y, de un salto, se subió encima de él rodeándolo con las piernas.

—Hacía calor —lo besó—, y estaba harta de marujas. ¿Me echabas de menos?

—Siempre —contestó él besándola de vuelta, con ella encima sí que hacía calor.

—¿Por qué siempre estás aquí? —preguntó Beth tirándole el cabello de los lados hacia atrás.

—Echo de menos montar a caballo... Hemos estado cepillándolos, eso también es divertido.

—Si tú lo dices —contestó Beth escéptica—. He estado en casa del alcalde —cambió de tema contenta—, lo del club de teatro está hecho, se hará en la iglesia, convendría que hicieras un donativo.

—Genial —ironizó Johnny—, me encanta ayudar a Dios, después de todos los dones que me ha dado.

—Tenemos suerte de que el cura haya accedido, después de lo poco que vamos a la iglesia. No te quejes tanto —lo regañó Beth—. Me puso a mí en tu camino ¿no? —Lo besó—. ¿Qué más puedes pedir?

—Eso es verdad —contestó sobre su boca estrechándola del culo, de donde la sujetaba encima de él.

—Además, he llamado a mi jefa, sé que no soportas estar todo el día alejado de mí —le dijo de broma.

—¿Quién te ha dicho esa mentira? —le tomó el pelo Johnny inclinando una ceja.

—¿No quieres que pase más tiempo en casa, contigo? —preguntó acariciándole el pelo.

—¿Vas a dejarlo? —preguntó Johnny demasiado entusiasmado.

—¿Quieres que lo deje? —demandó ella extrañada, poniéndose seria al ver que él se alegraba.

—Quiero que seas feliz, Beth —le contestó al darse cuenta, por el tono de su voz, de que ella ya no bromeaba—, que hagas lo que te gusta. Si ir a casa de marujas no te apasiona, no lo hagas —se encogió de hombros—, no tienes necesidad de trabajar, o puedes buscar algo que te guste más.

—No quiero dejarlo —le explicó—, pero me gustaría pasar más tiempo contigo. Había pensado en hacer reuniones —le explicó—, como cuando Flor se casó y no tenía tiempo.

—¿Quieres llenar la casa de marujas otra vez? —le preguntó Johnny nada feliz de aquello.

—Sólo tendría que ausentarme un par de mañanas a la semana para ir a Austin. Las visitas de aquí podré ventilármelas juntas en algunas horas, en lugar de perder el tiempo yendo casa por casa.

—Me gusta cómo suena eso —la besó con arrojo, deseando irse de allí y estar con ella a solas.

Como si Beth le leyera el pensamiento, le dijo de ir al lago; allí disfrutaron de su amor, de esa pasión inagotable que sentían el uno por el otro, iba a ser un verano muy caliente.

Johnny sentía a Beth como el aire, lo había atravesado y estaba dentro de él. Era su mayor adicción y era incapaz de imaginar la vida sin ella. Sin haberla visto, conocía cada palmo de su piel, cada timbre de su voz, sus cambios de humor. Solo él la conocía de verdad, los demás podían intuirlo, pero nadie la conocía como él y eso desbordaba su pecho de orgullo. Cabalgaba sus noches calentándolo como el sol, la oscuridad era menos negra con ella, pues Beth era su estrella, quizás no la estrella que ella imaginaba o quisiera ser, pero era la única estrella en la oscuridad de Johnny.

Beth se trasladó hasta Houston para reunirse con su jefa, era la primera vez que la veía. Le explicó lo que quería hacer y estuvo de acuerdo, siempre y cuando siguiera visitando a las clientas que no quisieran ir a las reuniones. Le pareció justo, ella tampoco quería perder ventas, era la mejor vendedora de Avon del estado de Texas. Después de la reunión aprovechó que estaba allí para visitar a Ben. Comieron juntos en un restaurante cerca de su casa. Beth le explicó lo bien que le iba todo, lo contenta que estaba con esa nueva etapa profesional, con el club de teatro, que pronto estaría en marcha y, sobre todo, con Johnny.

—¿Cómo lo lleva él?

—Bien —contestó sincera—, no lo dice pero sé que quiere que pase más tiempo en casa, su ansiedad ha disminuido mucho en los últimos meses, ya no tiene pesadillas, lo único malo son las jaquecas.

—Sí —contestó Ben observándola. Beth estaba muy guapa, tenía las mejillas sonrojadas y sus ojos brillaban. Parecía feliz y él se alegraba mucho—, ya me dijo que le habían dado un medicamento nuevo.

—Pamplinas —contestó Beth—, eso es lo único que hacen, darle medicamentos.

—Me alegra que hayas venido Beth —le dijo Ben cogiéndole la mano sobre la mesa.

—Yo también —le acarició los nudillos de la mano—, cada vez te vemos menos por casa.

—Tengo trabajo —contestó Ben, contento de que la empresa de su padre saliera a flote—; antes de irte tenemos que pasar por allí, tengo algo que quiero que le des a Johnny.

Beth le soltó la mano y miró la hora, ya debería estar en casa, era mejor que salieran ya.

Ben le enseñó la empresa, se dedicaban a la ganadería. La llevó a su despacho y le dio un sobre con dinero para Johnny. Estaba al día, ya solo le debía dinero a Johnny y además la mitad, esperaba poder devolverle el resto en unos meses, quizás un año, era un respiro sacárselo todo de encima.

—¿Tú montas a caballo Ben? —le preguntó Beth guardando el sobre en el bolso.

—¡Por supuesto! —contestó riendo—. Por si no te has fijado, soy sureño rubia.

—¿Qué se parece a montar a caballo? —le preguntó, pensando en cómo podía ayudar a Johnny.

Johnny extrañaba montar y Beth no quería que extrañara nada, quería que fuera feliz.

—¿Montar a una mujer? —le dijo él riéndose.

—¿Cómo eres tan burro? —le golpeó el brazo por su grosería.

Ben se echó a reír y Beth tuvo que sonreír, a pesar de que siempre reía, sus sonrisas no tenían precio.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Ben dedicándole su sonrisa torcida.

—Johnny añora montar a caballo —suspiró mirándolo a los ojos—, el suyo

murió por mi culpa.

—El incendio no fue culpa tuya —le dijo Ben poniéndose serio—. Si quieres yo puedo enseñarte a montar, así podréis hacerlo juntos, seguro que le gusta.

—Me dan miedo los caballos, imagínate que me muerden o intentan comerme.

Ben se echó a reír pensando que hablaba en broma, pero ella inclinó una ceja al ver que se reía de ella.

—¿Hablas en serio? —se rió con más ganas al ver que sí—. Los caballos no se comen a la gente, son herbívoros, nunca un caballo se ha comido a una persona, pero puede que hagan una excepción contigo.

—Muy gracioso —contestó Beth molesta mientras él le guiñaba un ojo.

—¿Quieres que te enseñe o no? —le preguntó Ben sin perder la sonrisa.

—¿Crees que podría aprender? —se rascó detrás de la oreja.

—No tengo ninguna duda, pero nunca le digas a alguien que te da miedo que te coma un caballo.

Beth volvió a casa. Johnny parecía preocupado por ella, le dijo que había ido a ver a Ben y le dio el sobre. Se inventó que su jefa le había ofrecido hacer un curso en Houston con técnicas de ventas y cosas así. Johnny no creyó ni media palabra, no sabía mentir, se preguntó por qué seguía intentándolo. Ella se puso cabezona y decidió dejarlo, no le gustaba que le mintiera pero no había nada que pudiera hacer.

El mes siguiente, Beth le llenó la casa de marujas varias mañanas a la semana y cada tarde se perdía hasta el anochecer. Si no iba a teatro, iba al curso que se había sacado de la manga, pero nunca estaba en casa. Johnny estaba molesto, sabía que ella le estaba mintiendo y no sabía por qué; además, en las últimas dos semanas, llegaba a casa con golpes. Nana le había preguntado y Beth, con malos modos, le había contestado que metiera su nariz en sus asuntos, no en los de ella.

—Estoy muerta —se quejó entrando en la habitación y tumbándose en la cama.

Había tenido una tarde horrible, se había caído tres veces del caballo y tenía todo el cuerpo resentido.

—¿Has cenado? —le preguntó Johnny.

—Solo quiero darme un baño y dormir —cerró los ojos—. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Me he pasado el día aburrido —se sentó en la cama a su lado, le cogió la pierna para darle un masaje—. ¿Por qué últimamente siempre llevas pantalones? —le preguntó extrañado.

—Me gustan —mintió—, son cómodos —volvió a mentir.

Johnny estaba asqueado, era una mentira por cada pregunta. Olió el aire y después la olió a ella.

—¿Dónde cojones has estado, Beth? —le preguntó cabreado—. Hueles a cuadra.

—¡Qué tontería! —exclamó ella a la defensiva poniéndose de pie y se fue al baño.

Johnny estaba harto de mentiras, tenía suerte de que ella fuera tan mala mentirosa, aunque no supiera la verdad, al menos sabía que le mentía, no podía engañarlo y quería saber por qué lo intentaba.

Johnny salió del despacho después de hablar con Armando, e iba a entrar a la salita cuando oyó a Beth.

—Anoche me dijo que olía a cuadra ¿te lo puedes creer? —le oyó decir, se quedó tras la puerta escuchando, patético, espiar a su propia esposa—. Hoy no, Ben —estaba hablando por teléfono—, me tienes molida —se quejó y Johnny sintió la sangre hervir—, otra tarde como la de ayer y acabas conmigo, me dolía hasta la raíz del pelo cuando llegué a casa, ni siquiera pude hacer el amor con él —una pausa larga—. Eso dices siempre pero yo estoy cansada de tantas mentiras. ¡Vale, vale! A las cuatro estaré allí.

Ella colgó el teléfono y él decidió marcharse, no quería escuchar otra mentira o no sabía lo que pasaría. Se sentía herido, no recordaba haberse sentido tan traicionado nunca, no sabía qué debía hacer. Había creído que ella lo quería, no se lo había dicho nunca, pero él estaba enamorado de ella y tampoco lo había hecho. En aquel momento comprendió que ella no solo no lo quería, tampoco lo amaba, ni lo respetaba, y él se sintió como una mierda. Para colmo, aquella tarde llamó su jefa, a pesar de saber la verdad le preguntó por el curso, desesperado porque fuera cierto. Ella le confirmó que no existía.

Después de cenar salió al porche trasero, solía hacerlo con Beth, pero ya nunca estaba en casa. Los grillos cantaban, las noches se volvían cálidas y él odiaba a Beth y a Ben, lo habían echado todo a perder.

Cuando Beth llegó a casa buscó a Johnny y lo encontró en su sitio preferido, o eso creía ella.

—Hola —salió Beth al porche y se sentó con él—. ¿Qué haces?

—Disfrutar del silencio —le contestó tajante.

—¿Te duele la cabeza? —lo miró extrañada por aquella respuesta.

—No más que tus mentiras.

—No tengo ganas de discutir —dijo Beth poniéndose de pie—, estoy muy cansada.

—Eso es nuevo —ironizó Johnny.

—Te espero en la cama —le contestó Beth cansada de la situación.

Subió a la habitación y se dio un baño, al salir se miró en el espejo, tenía las piernas llenas de cardenales, no iba a poder ponerse falda en semanas. Al menos esa tarde solo se había caído una vez. Esperó a Johnny en la cama, no quería irse a dormir sin hablar con él. Pasado un rato se estaba quedando dormida y él no iba. Bajó a buscarlo, no estaba fuera, ni en la planta baja, lo encontró en su habitación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al encender la luz.

—Dormir —le contestó de mal humor—, tú deberías hacer lo mismo, estás muy cansada —se burló.

—¿Por qué duermes aquí en lugar de hacerlo en nuestra habitación? —se acercó a la cama ignorando la pulla.

—Esta es mi habitación, la otra la tuya, y yo no quiero dormir contigo —contestó Johnny enfadado.

—¿Por qué? —le preguntó con aprensión, sentándose en la cama.

—¿Por qué? —preguntó Johnny, no aguantaba más, se incorporó en la cama—. Porque estoy hasta los cojones, me tienes hartado de mentiras. Hoy ha llamado tu jefa, quieren que seas la imagen de la empresa.

—¿Qué? —exclamó Beth incrédula—. ¿Qué quieren que haga? —preguntó ansiosa—. ¿Qué te ha dicho?

Iba a ser la imagen de la marca, ya se imaginaba en la televisión grabando un anuncio, su cara en mil carteles, Hollywood llamando para que fuera la nueva ambición rubia, había llegado su momento.

—Que no existe ningún curso —contestó Johnny bajándola a la Tierra otra vez.

—Es que es de otra empresa —mintió Beth sobre la marcha—, estaba pensando en cambiar.

—¡Deja de mentir, Beth! —se levantó de la cama incapaz de estarse quieto—. Te he oído hablar con Ben, ya lo sé todo, sé que estás con él, si eso es lo que quieres, lárgate, pero no me trates como si fuera idiota.

—¿Has estado espiándome? —preguntó incrédula mirándolo pasearse arriba y abajo de la habitación—. Y claro, das por hecho que estoy con Ben, otra vez, tú tienes un problema chico —negó.

Beth se sintió herida, estaba haciendo aquello por él, a pesar de ser una negada absoluta. No se merecía aquello, no se merecía que pensara que era una cualquiera que se iba con otro, estaba con él.

—Fíjate —dijo Johnny colérico—, ya hasta hablas como él. ¿Tú te piensas que yo soy tonto?

—No lo pienso —contestó rabiosa mirándolo—, es que lo eres. Ben me está ayudando con una cosa.

—¿Con qué Elisabeth? —paró frente a ella—. ¿Con qué te está ayudado el bueno de tu amigo Ben?

—No mereces una explicación —contestó enfadada—, llegado el momento, te tragarás tus palabras, una detrás de otra sintiéndote un idiota; pienso disfrutar humillándote, como tú acabas de hacerme a mí.

Salió de la habitación dando un portazo y él se sintió aún peor. Las dudas empezaron a embargarlo, intentó buscar una explicación, pero por más vueltas que le daba no hallaba ninguna plausible. Aquella noche volvieron las pesadillas, estas se repitieron noche tras noche, haciéndole caer en picado en el precipicio.

Estaba en el porche tomándose una cerveza, unos pasos se acercaron, alguien se sentó a su lado y le besó la mejilla. Por un momento pensó que era Beth, pero no lo era, no estaba su inconfundible aroma.

—Hola tío Johnny —lo saludó María.

—Hola nena —la saludó él extrañado, era raro que no estuviera con Beth—. ¿Has venido a ver a Beth?

—Sí, Flor y yo hemos estado en la habitación hablando un rato con ella, que por cierto —sonrió—, no se lo digas a nadie, pero es imposible que solo esté embarazada de tres meses, está gordísima —se río.

—Te guardaré el secreto —dijo sonriendo por primera vez en días. Desde que había discutido con Beth, volvía a ser aquella persona amargada que tanto le había costado dejar atrás—. ¿Te marchas ya?

—Sí, he quedado con mi novio para cenar.

—¿No eres demasiado joven para tener novio? —le preguntó.

—No —contestó María—, este año cumplo dieciocho y el curso que viene iré a la universidad.

Él seguía viéndola como una niña de coletas mal hechas, siempre la vería igual.

—¿Ya sabes a dónde vas a ir? Tu padre me dijo que tenías dudas.

—Sigo igual—se lamentó—. Quería ir a la Sarah Lawrence y me han aceptado, además de en otras.

—Eso está muy bien, María —se alegró por ella—. ¿Qué opinan tus padres?

—Mi madre quiere que vaya, a pesar de que esté en Nueva York. Mi padre me anima a tomar mis propias decisiones, me apoyará decida lo que decida, está muy orgulloso de que vaya a la universidad.

—Lo sé —le sonrió Johnny—. ¿Por qué me parece que hablas con pesar? Son buenas noticias.

—Jota no quiere que vaya, si me voy tan lejos no lo veré nunca... Estoy hecha un lío, no sé qué quiero.

—En mi opinión, tu novio es un poco egoísta al pedirte que no vayas. Ir a la universidad implica muchas cosas, como que te has hecho mayor, es la antesala a la vida real, una experiencia única. No deberías dejar que otros tomen tus decisiones —le aconsejó—, al final serás tú quien deba vivir con ellas.

María le sonrió agradecida, Johnny tenía razón, quería ir a Nueva York, lejos

del control y los castigos de su madre. Quería ser adulta e independiente, vivir su vida y Jota intentaba cortarle las alas.

—Gracias Johnny —le dijo sincera—, me has ayudado mucho, creo que ya sé lo que quiero.

—¿Para algo soy tu tío, no? —negó quitándole importancia.

—¿Puede tu sobrina darte un consejo? —Johnny exhaló, mucho estaban tardando en hablar de Beth—. Deberías hablar con Beth, está hecha polvo, y también cabreada porque pienses que tiene un lío.

—¿No puede contener su lengua ni un poco, verdad? —preguntó asqueado, encima el malo era él.

—Somos sus amigas, nos contamos estas cosas —le explicó—. Esto se le ha ido de las manos, pero es casi tan orgullosa como tú para admitirlo. Si me juras que me guardas el secreto, te digo qué se propone.

—¿Eso no sería traicionar su confianza? —demandó a pesar de que estaba ansioso por saberlo.

—No si te cayas —le advirtió—, sois peores que los niños de seis años que cuido para sacarme un dinerillo. ¿Quieres que te lo cuente o prefieres que te salga una ulcera dándole vueltas a la cabeza?

María le contó lo que pretendía Beth, la muy tonta estaba aprendiendo a montar a caballo. Por eso pasaba las tardes con Ben, recordó la conversación que escuchó, los golpes por los que Nana le había preguntado y todo encajaba. Lo estaba haciendo por él, sabía que echaba de menos montar y quería aprender para que pudieran hacerlo juntos, para darle una sorpresa. Como Beth le había advertido, se sintió idiota. No solo le había tirado la sorpresa por tierra, sino que además la había ofendido, a ella y a su relación, fuera cual fuera, la había dejado a la altura de la nada. Le dio las gracias a María y ella se fue.

Flor le subió la cena a Beth a la habitación y se marchó a casa. Estaba cansada y fatigada, no creía que pudiera seguir trabajando hasta el final del embarazo, estaba de cinco meses y no podía ni con su alma.

—Adelante —dijo Beth cuando llamaron a la puerta, pensaba que sería Nana para recoger la bandeja.

La puerta se abrió y, en lugar de ella, entró Johnny y cerró la puerta trás él.

—¿Qué haces? —le preguntó Johnny.

—Acabo de cenar —contestó mirándolo, él se dirigía a la cama—. ¿Y tú?

—Me gustaba cuando esta era nuestra habitación —dijo sentándose en el lado de la cama de ella.

—A mí también —contestó Beth rascándose detrás de la oreja.

—Ven aquí —palmeó la cama. Beth se levantó y se sentó a su lado—. Siento haber desconfiado de ti —dijo Johnny cogiéndole la mano. Beth no creía haber escuchado bien—, no es culpa nuestra.

—¿Nuestra?—preguntó incrédula, era culpa de él y de nadie más—. ¿Y de quién es? ¿De Ben?

—No digas tonterías —se quejó Johnny besándole el interior de la muñeca—. Estamos casados, sí, pero cuando nos casamos ni siquiera nos conocíamos, nunca le hemos puesto nombre a lo nuestro.

Johnny tenía razón, desde hacía meses tenían una relación, pero nunca se habían detenido y habían hablado de ello, se habían dejado llevar. Para ella así estaba bien, quería volver a lo que tenían días atrás.

—Ben es encantador y simpático, lo quiero mucho —dijo Beth mirándolo a los ojos. Johnny se tensó al escucharla—, pero es como un hermano para mí, es mi amigo, alguien con quien puedo hablar.

—Envidio la relación que tienes con él —admitió buscando su cara para acariciarla—; no debería, pero me molesta que prefieras hablar con él que conmigo, que tengas más confianza en Ben que en mí.

—Yo confío en ti, te confiaría mi vida —le aseguró cogiéndole la cara—. Ben solo es mi amigo.

—¿Y yo? —le preguntó Johnny—. ¿Y qué soy yo para ti?

Beth se quedó callada y él esperó su respuesta ansioso. Ella dudaba y él sabía perfectamente lo que ella significaba. La amaba, solía sentirse un naufrago que navegaba a la deriva entre las olas de su voz, perdiéndose en su risa, en el olor de sus cabellos, en su cálida piel. Su corazón era de ella y ni siquiera lo sabía, ni lo sabría hasta que ella se quitara la coraza y le dijera qué significa para ella.

—¿Y yo para ti? —le preguntó Beth incapaz de abrirse.

—Eres una estrella, Beth —le acarició las mejillas—, mi estrella —puntualizó—. Me iluminas el camino, impidiendo que vuelva a perderme en la noche. Me devolviste a la vida, has sido capaz de hacerme olvidar la realidad y me has recordado lo que es soñar. Si pudiera volver a ver, Beth, solo te miraría a ti.

Era lo más bonito que le había dicho nunca, los ojos se le inundaron, lo besó llena de amor y añoranza.

La humedad del beso se mezcló con las lágrimas saladas de Beth.

—¿Por qué lloras? —preguntó limpiándolas con los pulgares, con su aliento rozando el de ella.

—No quiero otros besos que no sean los tuyos —dijo mirándolo a los ojos emocionada—. Quería darte una sorpresa, por eso voy a ver a Ben, él me está enseñando a montar, pensé que te gustaría.

Ya lo sabía, por eso se había tragado su orgullo y había ido hasta allí, pero eso no hacía falta que Beth lo supiera. Como ella le dijo, tenía que comerse sus palabras, pero con sus besos entraban mucho mejor.

—No debí ponerme así —dijo sin dejar de besarla.

—No debiste —estuvo ella de acuerdo, poniéndose a horcajadas encima de él.

—Te he echo de menos —le besó el cuello mientras ella le desabrochaba la camisa—, dormir sin ti es el puto infierno —bajó sus besos por los pechos—. En ningún lugar duermo igual que contigo.

—No vuelvas a dejarme —le advirtió ella tirándolo del pelo y besándolo con arrojo.

Al final no le habían puesto nombre a su relación, ni ella le había dicho lo que sentía por él. Daba igual, lo único que importaba era cómo se sentía con ella, y sentía que lo quería, no necesitaba nada más.

—Johnny —lo saludó Ben abrazándolo y golpeándole la espalda un par de semanas después—, sabía que acabaría diciéndotelo —lo soltó y miró a Beth—, es incapaz de mantener su boquita cerrada.

—Si tú supieras —negó Beth, apartando la mirada.

—¿Dos meses para enseñarla a montar? —preguntó Johnny antes de que ella se fuera de la lengua.

—No te imaginas —se rio—, es una negada, me costó dos semanas que se subiera al caballo. Pensaba que quería comérsela —se rio con más ganas y Beth apretó la boca molesta—, que un caballo quería comérsela Johnny, es buenísimo —Johnny se rio con Ben, era lo más absurdo que había escuchado—. Cuando conseguí que se subiera, a la que galopaba un poco se tiraba— a Johnny se le cortó la risa al escuchar aquello, no tenía ninguna gracia, podía hacerse mucho daño—, ni siquiera se caía, se tiraba ella.

—Sois muy graciosos —dijo Beth molesta.

—¿Tienes idea de lo peligroso que es tirarse de un caballo? —le preguntó Johnny sin humor.

—Yo no me tiro —se defendió—, es que ese caballo me tiene manía.

—Encima échale la culpa a Luna, es la yegua más tranquila e inofensiva del mundo —le dijo a Johnny.

Fueron a los establos y el encargado ensilló dos para que pudieran ir a cabalgar. Ayudó a Beth a subir.

—¿Seguro que quiere hacer esto? —preguntó Harry, el encargado, a Beth, viendo su cara de pánico.

—No le digas eso que se tira —le advirtió Ben—. Tienes que ser valiente Barbie, es igual que Luna.

—Eso no me alienta —contestó Beth con voz chirriante.

El encargado también ayudó a Johnny a subir. Se pegó al cuerpo de Beth y la rodeó con los brazos.

—Poco a poco —le advirtió Beth.

Ben se subió al otro caballo y empezaron a avanzar, poco a poco, como ella había dicho. Johnny se desanimó, aquello no era diferente a lo que hacía siempre, el caballo se movía demasiado despacio. Era como dar círculos con el lazo. Él quería sentir la fuerza del caballo galopando en campo abierto, el aire acariciándole la cara, su cuerpo acompasándose a los movimientos del fuerte animal.

—¿Te importa que coja las riendas? —le pidió y ella se las dio—. Tendrás que guiarme —le advirtió.

—Vale —contestó tranquilizándose, tenerlo detrás hacía que se sentirse más segura—, pero no corras.

Johnny le hizo caso, poco a poco hizo que el animal fuera más deprisa.

—¿Sabes llegar al lago desde aquí, Beth?

—Sí —contestó dubitativa, creía que sí.

—Ben, te hecho una carrera —dijo antes de hacer que el caballo empezara a galopar deprisa.

Beth agrandó los ojos sin poder creer lo que se proponían. Ben se puso junto a ellos sonriendo.

—No vayas tan deprisa o me tiro —le advirtió Beth cuando el caballo empezó a trotar.

—Ni se te ocurra —le dijo Johnny severo apretando las riendas al abdomen de ella—, puedes hacerte mucho daño Elisabeth.

—Entonces aminora —volvía a tener miedo—, ve más despacio —se quejó—, nos vamos a matar.

—Eres mis ojos Beth, confío en ti —eso no era del todo cierto, al menos en esa situación—, guíame.

Beth resopló, rodeó sus manos y fue guiándolo, el sol calentaba, hacía un día de verano, pero el movimiento del aire con la velocidad les aportaba cierto frescor, era agradable. Cuando el miedo pasó, Beth disfrutó montando, no era como practicar con Ben, no estaba sola en el caballo, estaba con Johnny.

Al llegar al lago se bajaron del caballo, Beth saltó encima de Johnny, le encantaba hacerlo, la adrenalina corría por todo su cuerpo. Él la cogió del culo y la besó, olvidándose de todo, para él solo estaban ellos dos. Aquel regalo había sido maravilloso, tenerla a ella entre los brazos era aún mejor.

Ben esperó a que acabaran. El beso, en lugar de menguar, creció, hasta que se sintió incómodo, y no era fácil incomodarlo a él. Su tiempo con Beth acababa allí e iba a echarla de menos, a pesar de lo mucho que habían discutido. Sin abrir la boca, volvió a montarse y se alejó, ellos ni siquiera se dieron cuenta.

Días después Johnny acompañó a Beth para rodar el anuncio. Beth estaba frenética, iba a salir en la televisión estatal, estaba muy emocionada. Mientras Johnny la escuchaba, pensaba que ya podía disfrutar, seguramente sería su única oportunidad. Se frotó los ojos, pensando que peor no lo podía hacer, era imposible. No era tan difícil, no era muy diferente a lo que ella les decía a sus clientas, pero se notaba que seguía un guión, parecía que lo estaba leyendo. Lo sentía mucho por ella, pero no iba a ser actriz. Comieron de camino a casa. Beth dejó a Johnny en el camino y se fue corriendo al pueblo, llegaba tarde a teatro. Johnny entró en casa preguntándose si iban a emitir eso, esperaba que sí, pero lo dudaba.

—Tiene visita —le dijo Nana al entrar en casa.

—¿Quién es? —tenía jaqueca, esperaba que no fuera una de las clientas de Beth.

—Es la señorita Amanda.

—¿Amanda? —preguntó deteniéndose, con el corazón a mil, mientras las mariposas revoloteaban en su estómago—. ¿Amanda ha vuelto a casa?

Veintisiete: ¿Quién es Abraham?

Beth salió de teatro tal y como entró. Le estaba contando a dos de sus clientas que había grabado un anuncio y el profesor no la creyó. Le dijo que no tenía talento, después del desastre de aquella mañana ya lo sospechaba, pero no hacía falta que lo dijera delante de todos. Se enfadó y se fue.

Para calmar su mal humor paró en la tienda de música, había escuchado una canción en la radio que quería. Iba a irse a casa cuando vio a Jota entrar en la cafetería, pensó que María debía estar dentro y fue a saludarla. Al entrar se dio cuenta de que no estaba con María, sino con Tracy, la enemiga número uno de María. Jota le sonrió como si nada y la saludó con la mano, se dio la vuelta y se marchó sin saludarlo.

Fue a casa de María.

—Estoy estudiando Beth —le dijo María—, mañana tengo el último examen de trigonometría.

Beth se sentía inquieta, ya había vivido aquello, solo que desde el otro lado. Una vez su mejor amiga le había dicho que había visto a su novio con otra, ella no la creyó y le retiró la palabra. Esperaba que María no hiciera aquello, desde luego no iba a permitirlo, la llevaría a la cafetería si hacía falta.

—No quiero que te enfades María, pero he visto a Jota con Tracy en la cafetería.

—Bah —dijo María haciendo un gesto con la mano restándole importancia—, es un idiota. Solo quiere ponerme celosa y lo único que está haciendo es demostrarme que he hecho lo correcto al cortar con él.

—¿Has cortado con él? —preguntó sin creerlo—. ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Corté con él hace un par de semanas, y no te lo he dicho porque apenas nos hemos visto, estoy súper liada con los exámenes finales, ni siquiera quiero pensar en ello.

—¿Por qué lo has hecho? —Beth no lo entendía, creía que María estaba enamorada de él.

—El curso que viene me voy al Sarah Lawrence, él no quería que fuera, discutimos y corté con él. Debía apoyarme en mi decisión, no lo hacía y pensé que para que perder todo el verano discutiendo...

—¿Qué es el Sarah Lawrence?

—Una universidad, me han aceptado —dijo emocionada—, ya tengo la matricula hecha, en septiembre me marcho a Nueva York, Beth —le sonrió encantada de la vida.

—¿Nueva York? Eso está muy lejos —se quejó Beth.

—Eso es parte de su encanto, no pongas esa cara, seguiremos en contacto, deberías alegrarte por mí.

—Me alegro —la abrazó Beth—, es solo que voy a echarte mucho de menos.

Volvió a casa dándole vueltas en la cabeza a la decisión de María, se había convertido en una mujer hecha y derecha, mucho más madura que ella misma.

Al llegar a casa le sorprendió ver una furgoneta aparcada, aparcó junto a ella y se bajó del coche.

—¿De dónde has salido tú, preciosidad?

Buscó con la mirada y vio a un tío debajo del árbol que había frente a la casa. Observándolo, se acercó a él. No parecía que fuera de por allí, llevaba maquillaje, el pelo oscuro y greñoso peinado hacia delante y una cazadora de cuero, todo él vestía de negro, con el calor que estaba cayendo, estaban casi en junio.

—¿Quién eres tú? —le preguntó mirándolo, preguntándose de dónde había salido.

—Soy RobMan —le contestó antes de darle una calada al cigarrillo que fumaba.

—¿RobMan? —preguntó mirándolo incrédula—. ¿Te haces llamar a ti mismo el hombre Rob?

—Soy el cantante de Flying Unicorn —se puso de pie. Beth no pudo evitar mirarlo de arriba abajo, aquel hombre era un experimento de la naturaleza. Él le sonrió y le tiró el humo, el enrojecimiento de sus ojos no era debido al kohl. Beth tosió y apartó el denso humo de su cara—. Este verano estaremos de gira —se acercó —, si te das un garbeo y vienes a verme, a ti puedo hacerte un espectáculo privado

—Creo que paso —contestó dándole la espalda para entrar en casa y averiguar quién era el capullo ese.

Entró en casa y fue directamente a la salita.

—¿Quién es el gilipollas que hay en la puerta? —preguntó al entrar.

En el sofá estaba Johnny y, a su lado, una cabeza pelirroja que se giró y la miró.

—Tú debes de ser Beth —se puso de pie Amanda y le tendió la mano.

Beth observó la mano que le ofrecía, después la miró a la cara, le dedicaba una sonrisa torcida llena de superioridad y encanto. Era más guapa que en las fotos, no más que ella, ni en cien años, pero tenía algo. Era pecosa y tenía unos ojos verdes igual de rojos que su amigo RobMan. Beth no sabía a qué había ido allí, pero quería que se fuera ya, no iba a permitir que tirara por tierra su nueva vida.

—Elisabeth —contestó Beth ignorando su mano—. ¿Qué hace ella aquí? —le preguntó a Johnny.

—Estábamos hablando —contestó Johnny frotándose los ojos, el dolor de cabeza iba a más.

Amanda bajó la mano que le ofrecía a la mujer de Johnny. La observó acercarse al sofá mientras ella se sentaba al lado de Johnny. Se arrepentía del porro que se había fumado antes de entrar, le había calmado los nervios, era cierto, pero todo iba demasiado lento, sobre todo su cerebro. Le pareció que la mujer de Johnny la miraba por encima del hombre. No le pegaba, era demasiado perfecta, demasiado peripuesta, a él le iba algo más salvaje, como ella. Si Johnny pudiera ver no se interesaría por ella, eso seguro.

—¿Hablando de qué? —preguntó Beth acercándose, no le gustaba verlos sentados juntos.

Eso mismo se preguntaba él, llevaban diez minutos hablando y hablando sin decir nada. Estaba dispersa, se iba del tema constantemente, parecía medio ida, no era la misma que él había conocido y amado, por momentos había pensado si iba bebida, aunque no olía a alcohol.

—Creo que le estaba diciendo a Johnny, lo mucho que lamenté que no vinera al entierro de mi padre.

—¿Qué le importa a él que tu padre muriera? —preguntó Beth con una mueca de asco.

Esa mujer de pelo rojo era una amenaza, traía problemas, lo sabía, no pensaba permitir que le llenara a Johnny la cabeza de fantasmas. Ella y su encantadora sonrisa, debían salir de casa en menos de lo que se tarda en chasquear los dedos, o cogería su culo flacucho y le metería tal patada que saldría volando.

—Elisabeth —la censuró Johnny—, modérate o vete.

—Ni muerta me voy de aquí —dijo con la boca bien grande.

—Te ha salido contestona —le dedicó una sonrisa—, además de maleducada —la mujercita se estaba enfadando y tuvo que dar una carcajada al ver cómo apretaba la boca—, muy del estilo de tu padre.

—Si vuelves a reírte de mí, te daré tal patada en esa falda sintética que saldrás volando de mi casa.

Johnny se cubrió los ojos temiendo lo peor. Beth no controlaría esa boca suya y Amanda, a pesar de ser una pacifista, era una guerrera, le encantaba discutir y debatir, desarmaría a Beth con su labia.

—Antaño también fue mi casa —le dijo a Beth con la misma chulería que estaba empleando ella—, puede que esta salita haya cambiado, pero he visto alguno de mis cuadros en las paredes al entrar.

—Se me olvidó quemarlos en la última hoguera, si quieres salvarlos, lárgate y llévate los contigo.

—¡Basta! —gritó Johnny—. Beth, sal ahora mismo de aquí.

—¿Vas a ponerte de su parte? —le preguntó herida.

Se preguntó si él seguía amándola y la certeza de que sí embargaba su corazón de desdicha.

—No me estoy poniendo de parte de nadie —contestó Johnny molesto.

—¿Entonces por qué tengo que irme yo? Que se vaya ella, que es quien no debería estar aquí.

—Deja que hable con tu marido —le pidió Amanda mirando la hora—, no soy una amenaza para ti, el gilipollas de fuera es mi novio —le explicó para que se perdiera y poder hacer lo que había ido a hacer.

Amanda tenía novio, la noticia le cayó a Johnny como un cubo de agua fría. ¿Qué esperaba? Hacía cinco años que se había ido, había rehecho su vida, igual que él, a pesar de ello no le sentó nada bien.

—Por favor Beth —se rascó Johnny la barba—, acabemos con esto, déjame hablar con ella.

—Procura recordar quién es —dijo señalando a Johnny mientras se iba—, mi marido. Más te vale que lo respetes o te las verás conmigo —salió de la sala—; puedes llevarte tu mierda de arte cuando te vayas.

—La muchacha tiene garra —le dijo a Johnny cuando ella salió—. ¿No es un poco joven para ti, John?

—¿Qué estás haciendo aquí? —ignoró Johnny su pregunta. No quería hablar de Beth.

—Hay tanto que debo decirte —chasqueó la lengua—, y tan poco tiempo.

—No tengo toda la vida —dijo harto de tanta palabrería—, dime lo que hayas venido a decir y ya está.

—Cuando me marché le hice una promesa a mi padre —eso ya se lo había dicho, si pensaba volver a empezar, aquello llevaría la tarde entera—, la he cumplido un tiempo, pero no soy feliz —reconoció.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó sin comprender a qué había ido, además de a desestabilizarlo.

—Estuve mucho tiempo con una persona, creo que empecé con él porque me recordaba a ti —sonrió—. Al morir mi padre, empecé a salir y me di cuenta de que me estaba perdiendo el mundo, de que había perdido demasiados años de mi vida intentando hacer felices a los demás en lugar de a mí.

—¿Vienes a reprocharme algo?

Johnny quería llegar al fondo del asunto y que se marchara, tenerla cerca le estaba removiendo todo el pasado, había dejado aquello atrás, no quería que volviera.

—Espero que entre tú y yo ya estén todos los reproches hechos, de verdad que lo espero.

—Yo no tengo nada que reprocharte. Tú misma lo dijiste, yo hice mi elección y tú la tuya.

—Lo sé, pero quiero que entiendas que, cuando me fui, estaba herida, me habías hecho mucho daño.

—Eso suena a reproche —dijo impaciente—, además ya lo hemos hablado, es inútil darle más vueltas.

—No es un reproche, solo quiero que entiendas por qué lo hice.

—¿Por qué te marchaste? —le preguntó Johnny—. Lo entendí hace mucho tiempo.

—No, lo que quiero que entiendas es la promesa que le hice a mi padre. Estaba enfadada contigo por haberme abandonado, superada por la situación, él me dio cuanto necesité para volver a empezar a cambio de una promesa, no hablarte de él.

—¿Has bebido, Amanda? —empezó a perder la paciencia—. Porque no te entiendo nada. ¿Quién es él?

—Abraham —contestó ella apartándose el pelo de la cara.

—¿Quién es Abraham? —frunció Johnny el ceño.

—Esto es muy complicado Johnny —no le salían las tres palabras que se había repetido todo el camino una y otra vez, no podía soltarlas—, no te lo dije por mi padre, pero tienes derecho a saberlo y yo necesito un respiro, necesito divertirme, salir, sentirme joven otra vez.

—Me estás dando jaqueca —se quejó Johnny—, te lo prometo. Dime lo que tengas que decir y deja de dar rodeos o intentar justificarte no sé exactamente en qué.

—Tienes un hijo —soltó las tres palabras sin pensarlo más.

Johnny negó, estaba ebria, era imposible que hubiera dicho lo que había dicho y que fuera verdad.

Amanda contuvo la respiración esperando su reacción, parecía que se lo estaba tomando muy bien. Sin duda había cambiado mucho, el antiguo Johnny ya estaría cabreado y no era para menos.

—¿Puedes repetirlo? —pidió Johnny frotándose las manos.

—¿Tenemos un hijo? —dijo ella mirándolo y mordiéndose el labio—. Abraham es un nuestro hijo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Johnny sintiendo que se mareaba.

Aquello no podía estarle pasando, buscaba el sentido sin hallarlo. Era imposible, él no era padre, no podía serlo, no sería un buen padre, ni antes y mucho menos en ese momento.

—La noche antes de marcharte a Vietnam, me quedé embarazada. Por eso me fui, le juré a mi padre que nunca te lo diría —Johnny seguía sin dar crédito a sus palabras—. Cuando tu madre me pidió...

—¿Mi madre? —la interrumpió, sintiendo cómo el cabreo le nacía desde las entrañas.

—Sí, tu madre me dijo que fuera a verla, hablé con ella, quería que volviera contigo...

—¿Sabías que había vuelto? —empezó a enfurecerse—. ¿Lo que me había pasado? ¿Desde cuándo?

—Fue en navidades —intentó recordar, estaba demasiado ciega y ese estrés emocional le nublabla la mente—, acababan de diagnosticarle la enfermedad a mi padre, creo que era el sesenta y ocho.

—Tres años —intentó mantener la calma, pero cada nueva información le ponía más furioso que la anterior—. ¿Me has privado de mi hijo tres malditos años? —se puso de pie colérico—. ¿Con qué derecho? ¿Quién te crees que eres? ¡Contesta! —le gritó—. ¿Quién cojones te crees que eres? Eres una zorra —cuanto más lo pensaba, peor se sentía—. ¡Debiste decirlo! ¡Tenía derecho a saberlo! Debiste decírmelo en cuanto lo supiste, si es hijo mío merecía saberlo, debiste escribirme, no esperar cinco malditos años.

Beth estaba despotricando en la cocina con Flor. Atenta por oír a esa irse, con un poco de suerte para no volver. Oyó a Johnny gritar como un loco y corrió a la salita dejando a Flor con la palabra en la boca.

—¿Qué ocurre? —entró en la sala. Miró a Johnny, le temblaban las manos,

no sabía que le había hecho su ex, pero desde luego lo había cabreado mucho. Fue hasta él—. ¿Qué te ha hecho?

Le cogió la mano y Johnny la apartó de un manotazo. No podía creerlo, lo había dejado quince minutos con esa puta y había conseguido ponerlo en su contra.

—Ahora no, Beth —le advirtió dándole la espalda, topó con una mesita, la cogió, las manos le temblaban—, aléjate de mí o lo lamentarás.

—¿Qué le has dicho? —miró Beth a Amanda rabiosa.

—Johnny, lo siento —se disculpó apartando la melena rizada de la cara, se puso de pie—, perdóname.

—¿Que lo sientes? —le preguntó Johnny a punto de estallar—. ¿Crees que lo que has hecho tiene perdón? No se puede pedir perdón por esto, no es una rallada en el coche, ni haber perdido las llaves.

—Podrás recuperar el tiempo...

—¿Cómo? —gritó Johnny haciendo saltar la mesita por los aires, esta y el jarrón que había sobre ella cayeron al suelo rompiéndose. Amanda dio un paso atrás, Johnny estaba muy enfadado—. ¡Cinco años! ¿Vas a devolvérmelos? —nadie dijo nada, Amanda lo miraba impresionada—. ¡Contesta!

—¿Qué ocurre? —preguntó Beth nerviosa al verlo de aquella forma.

Hacía mucho tiempo que él no se enfadaba de aquella manera, no le gustaba volver a verlo así. Johnny se llevó las manos temblorosas a la cara, se la frotó con saña, cerrando los ojos con fuerza. Beth quería acercarse a él y tranquilizarlo, pero cuando se ponía de aquella forma era mejor no acercarse.

—Puedes quedártelo hasta septiembre —dijo Amanda sin acercarse—, recuperar el tiempo perdido.

Johnny negó con ganas de llorar. ¿Recuperar el tiempo perdido? El estómago se le contraía de rabia. La realidad lo golpeaba haciéndole caer en la peor de las desdichas. Era padre y no conocía a su hijo, se había perdido sus cuatro primeros años, los primeros pasos y palabras, su risa, sus llores, el primer día de colegio... ¡Todo! ¿Cómo podía recuperarse eso? Ni siquiera lo conocía. Amanda, era culpa de ella y su estúpido padre, le habían privado de todo, nunca podría perdonarlos, por su culpa nunca vería a su hijo.

—Me has privado de todo, un verano no me va a devolver todo lo que me he perdido por tu culpa.

—Le hice una promesa a mi padre —se excusó Amanda.

—¡Eso es una puta excusa! —se giró en su dirección sin poder controlar su rabia—. Tenía derecho a saberlo y tú lo sabes, por eso has estado media hora justificándote, cuando esto no tiene justificación alguna. No has podido hacerlo peor —le reprochó, era padre, aún no conocía a su hijo y ya se sentía tan mal padre como el suyo, o incluso peor—, ni queriendo podrías haberme hecho tanto daño. Te odio Amanda —dijo rabioso negando—, no te imaginas cómo llego a odiarte, nunca odiaré a nadie tanto.

Beth se sentía invisible, ninguno de los dos le prestaba la más mínima atención y no se enteraba de nada. A pesar de que no le gustaba ver a Johnny de aquella forma, que él la odiara le reconfortaba, ella también la odiaba, le había hecho mucho daño a Johnny, aunque hasta ese momento él no la culpaba.

—Te recuerdo que fuiste tú quien se marchó —le dijo cansada de ser juzgada.

—Si me lo hubieras dicho habría vuelto —negó colérico—, habría hecho lo imposible por volver.

—Sabes que no hubieras podido volver por las buenas.

—¡Lo habría hecho! —gritó fuera de sí golpeando la pared con el puño, lo apretó, el dolor era bueno—. Habría vuelto, no habría perdido la vista, ahora conocería a mi hijo.

Beth se acercaba a él para que no volviera a golpear la pared, se había hecho daño. Cuando lo oyó decir eso paró en el acto, como si la golpeará una bofetada invisible. ¿Había dicho mi hijo?

—¿Cómo que tu hijo? —preguntó Beth agrandando los ojos—. ¿Qué hijo? —preguntó asustada dando un paso atrás, no le contestaron—. ¿Qué hijo, Johnny? —gritó.

Johnny se frotó los ojos, las cosas no podían salir peor. Era imposible que Beth se tomara aquello peor que él, pero a ella también le afectaría y, conociéndola, no sabía qué esperar.

—Por lo visto, Amanda se quedó embarazada antes de que me fuera —contestó con su enfado en plena ebullición—. Debiste decírselo a mi madre —le dijo a Amanda—, la viste y no le dijiste nada, ella sí fue al entierro de tu padre y tampoco lo hiciste, no solo me has destrozado a mí, eres lo peor, Amanda.

—¿Seguro que es tuyo? —le preguntó Beth.

Beth pensó que aquello no podía ser, a ella no le gustaban los niños, no se llevaba bien con ellos, no los entendía, eran sucios, pesados y lloraban constantemente, no te dejaban vivir y siempre tenías que anteponerlos a ti. No quería ser madre, ella nunca sería una buena madre, era demasiado egoísta y ahora tendría que ser madrastra, que era peor, en todos los cuentos la madrastra era la mala.

—¿Qué estás insinuando, bonita? —preguntó Amanda ofendida.

—¿Por qué tengo que creerte? —demandó Beth—. Apareces aquí, después de un montón de años, y dices que tuviste un hijo de Johnny. ¿Por qué? ¿Por qué no se lo dijiste antes? ¿Qué quieres ahora?

—Eso es asunto mío y de Johnny, nadie te ha dado vela en este entierro.

—No le hables así —le advirtió Johnny—, es mi mujer, esto le afecta tanto como a mí.

Amando no podía creerlo, Johnny siempre la apoyaba, en el pasado siempre la apoyaba al menos. Ahora se ponía del lado de esa mujerzuela que la estaba llamando fresca.

—¿Piensas que te estoy mintiendo? —le preguntó indignada—. ¿Crees como ella que no es hijo tuyo? —Johnny se quedó callado y ella se sintió herida. El hombre que había amado habría puesto la mano en el fuego por ella, habría creído en su palabra sin dudar—. Mira Johnny, no puedo seguir perdiendo el tiempo, ya lo sabes. Pensaba dejarlo contigo, si tienes dudas lo dejaré en casa de mi madre, podrás...

—No —la interrumpió Johnny—, se quedará aquí conmigo, es mi hijo y se quedará en mi casa.

—Johnny —se quejó Beth.

—No tengo más que añadir —dijo rabioso—, ve a buscarlo Amanda, quiero que te largues de mi casa.

Beth apretó la boca enfadada, odiaba que dijera eso y diera las discusiones por zanjadas. Se suponía que ella era su mujer, que esa clase de decisiones debían tomarlas entre los dos. Esperó que Amanda saliera para recriminárselo, no quería darle el gusto de verlos discutir.

Amanda salió a buscar a Abraham, fuera hacía calor, el aire era caliente y pesado, a pesar de ello, era más fácil respirar allí fuera que en el interior de la casa, con esa tensión que asfixiaba.

No había sido fácil volver a ver a Johnny, verlo le había recordado cómo era ella años atrás, lo felices que habían sido juntos. Se había convertido en un hombre, siempre tuvo el carácter, el dinero y el apellido, ahora su aspecto iba acorde con su estatus, como el vino había mejorado con la edad.

—Ya era hora —se quejó Rob al verla salir—, quiero largarme de aquí.

Por un momento se preguntó qué hacía con ese chico. Johnny tenía cuanto había querido en la vida, pensaba que ya no lo amaba, que lo había dejado atrás, pero al verlo se dio cuenta de que no, que los rescoldos de la ceniza de su amor seguían allí. Se había preguntado si podrían dejarlo todo atrás, si una vez habían sido felices juntos, ahora con Abraham podían volver a serlo, pero él se había casado con la chica maniquí.

—Dejo a Abraham y nos vamos —le dijo al pasar junto a él.

Su hijo estaba durmiendo aún en la furgoneta; tres meses separados, no iba a ser fácil, nunca se había separado tanto tiempo de él. Necesitaba volver a ser joven, quería a su hijo pero le había diezmado las alas y necesitaba volver a sentirse libre, aunque fuera por unos meses. Había perdido el trabajo, a su novio, al que su hijo veía como un padre, había conocido a Rob y una aventura se abría ante de ella. Era ahora o nunca y no quería mirar atrás y arrepentirse, como se había arrepentido de tantas cosas.

—Abraham, despierta pequeño —movió su brazo.

—¿Mami? —abrió los ojos—. ¿Llegamos? —preguntó somnoliento.

—Hemos llegado —sonrió y le acarició el pelo castaño—, tu papá tiene muchas ganas de verte.

Abraham le devolvió la sonrisa, torcía los labios como ella. Johnny y ella se habían querido mucho, fruto de ese amor salió el niño más precioso que había visto nunca, el suyo. Abraham se colgó de su cuello rodeándola con las piernas y ella cogió la maleta con su ropa y algunos juguetes.

—Pasarás el verano con papá —le recordó. Se lo había explicado por el camino, pero quería estar segura de que lo entendía—, lo pasarás muy bien aquí, harás amiguitos nuevos, además la abuela está muy cerquita, si se lo pides a papá, él te llevara a verla. Antes de tu cumpleaños estaré de vuelta.

—Falta mucho —se quejó él mirándola con los ojos del mismo verde lima que ella.

—Lo pasarás tan bien que el tiempo pasará muy deprisa; además, yo te llamaré siempre que pueda.

—¿Por qué no te quedas con nosotros?

—Yo tengo que ir a trabajar con Rob —le mintió.

El pequeño miró por encima del hombro de su madre. Rob no le gustaba, le daba miedo y olía raro.

Amanda volvió a entrar en la casa, entró en la salita, con Johnny y su mujer estaba Nana.

—Mira Abraham, él es tu papá —le señaló a Johnny.

El niño lo miró, aquel hombre tan grande no era su padre, tenía mucho pelo en la cara como el abuelo, negó con la cabeza, era un desconocido. Dejó de mirarlo y se escondió en el pecho de su madre.

—No es —le dijo a su madre en voz baja.

—Ya lo hemos hablado, pequeño —le dijo Amanda buscando sus ojos—. Paul no es tu padre, es el novio de mamá —ya ni siquiera eso era—. Johnny es tu papá de verdad, tiene muchas ganas de conocerte y jugar contigo —lo dejó en el suelo y él se resistió, se cogió a la pierna de su madre y Amanda supo que no se lo pondría fácil—; venga —lo animó—, ve a saludarlo —él negaba con la cabecita.

Johnny se sentía al borde de un precipicio en el que caería de un momento a otro. Era padre, tenía a su hijo delante y ni siquiera podía verlo, nunca sabría con exactitud cómo era, solo podría imaginarlo. Esperó que se acercara a él, pero el niño no lo hizo. Quería tocarlo, saber cómo era, cómo olía, qué le

gustaba.

—Hola —se acercó Nana y se arrodilló delante del niño—, yo vivo aquí con tu papá —le explicó buscando la mirada del niño, que escondía la cabeza—. ¿Te gustan los panqueques? —le preguntó—. Yo soy una especialista en prepararlos, los mejores que hayas probado. ¿No quieres saludarme, hombrecito?

—Abraham —le regañó Amanda—, sé educado y saluda a Nana, ella cuidó de tu padre cuando él era aún más pequeño que tú —le explicó—, es muy buena y sabe un montón de historias para contarte.

Nana observó cómo Amanda luchaba porque le soltara la pierna. El niño al fin se dejó ver, se parecía a Johnny. Lo recordaba de niño, a excepción del color de ojos y la forma de la boca, era su viva imagen.

—Te pareces mucho a tu papá —le dijo sonriendo, el niño miró detrás de ella y observó a Johnny.

Beth observaba al niño al lado de Johnny. Ella no veía el parecido, tenía los ojos pequeños y curiosos, miró a Johnny y se fijó en ella. Lo saludó con la mano y él volvió a esconderse en las piernas de su madre.

—Te estás comportando como un bebé —le regañó Amanda apartándolo de ella—, ya eres un niño grande —le dio a Nana la maleta y ella se puso de pie—. Aquí están todas sus cosas, es un niño bastante tranquilo, le gusta mucho dibujar y sabe jugar solo, duerme la noche entera, normalmente hace una siesta de una hora u hora y media, no le gusta la leche —le advirtió—, yo se la preparo con cacao.

—¿Tiene alguna alergia? —le preguntó Nana—. Algo que debamos tener en cuenta.

—No, es un niño muy sano, nunca se pone enfermo, ya no moja la cama y sabe dormir solo. Es un poco tímido, no os asustéis si al principio no habla mucho, cuanto os conozca se soltará —se agachó y le besó la mejilla—. Tienes que ser bueno —le advirtió cogiéndolo de los brazos—, papá cuidará de ti, tienes que hacerle caso —Abraham negó e intentó abrazarla, Amanda lo apartó—, lo pasarás bien.

—No mami —intentó colgarse de su cuello, ella lo impidió y él se puso a llorar—, quiero ir a casa.

—No llores —le dijo limpiándole las lágrimas—, aquí lo pasarás bien, papá tiene una piscina y caballos —le sonrió, él se mostró impasible, no estaba impresionado. Abrió el bolso y sacó una agenda, arrancó la hoja del calendario y se la enseñó—. ¿Sabes qué es esto? —le preguntó y él negó—. Es un calendario mágico —le dijo—. ¿Ves esta redonda? Es tu cumpleaños —sacó un boli y tachó el día anterior—, cada noche tachas un número ¿conoces los números, verdad? —afirmó haciendo un puchero—; cuando estén todos tachados, mamá vendrá a buscarte, el día de tu cumpleaños estaré aquí.

—Mami no —lloró más fuerte.

Amanda se dejó abrazar por él, le partía el alma verlo de aquella forma.

—No llores más —le acarició la cabeza y lo obligó a mirarla—, lo vas a pasar muy bien y mami te llamará siempre que pueda, así que no llores, eres un hombrecito, no puedes llorar tanto.

Johnny se dio la vuelta y salió de la sala por la otra puerta, sus emociones lo embargaban. Su hijo no quería estar con él, le partía el corazón. Sin vista no sabría cómo ganárselo. No había sido suficiente con perderse sus primeros años. Fue al estudio y dejó la puerta abierta, desde allí oyó cómo él se ponía a gritar cuando Amanda se fue.

—Esa zorra —oyó decir a Beth—, te la ha jugado bien.

Lo que menos necesitaba era que Beth lo calentara, ya estaba muy enfadado, además de superado por la situación. No se hacía a la idea de que tuviera un hijo, no tenía ni la menor idea de cómo tratarlo.

—¿Se ha ido ya? —preguntó sirviéndose whisky en un vaso.

—Sí y no veas cómo se ha puesto el niño, Flor y Nana lo han subido arriba —se subió a su regazo—. ¿Cómo estás? —le quitó la copa de las manos, dio un sorbito y se la devolvió, aquello era imbebible.

—Necesitaré que me ayudes con él, Beth.

—No me gustan los niños —Johnny supo que estaba solo en eso y le dolía que no quisiera ayudarlo, él lo habría hecho por ella—, esto es una mierda —se quejó Beth—, tu ex es una imbécil, además de una porrera. No veas los ojos que traía, y el novio, madre mía, tendrías que haberlo visto, vaya dos colgados.

—Amanda no fuma porros, Beth —le dijo enfadado.

—Anda que no, cuando he llegado su novio se estaba fumando uno en la entrada.

—¿Delante de Abraham? —preguntó enfadándose más.

—No, el niño debía estar en la furgoneta, porque yo no lo he visto al entrar. Y el nombre es otra, debía estar fumada cuando se lo puso. ¿Quién en su sano juicio castigaría a su hijo con ese nombre?

—Se lo puso por Lincoln, era nuestro presidente favorito. Háblame de él. ¿Cómo es?

Beth se lo describió, era pequeño, un niño delgado de cabello castaño oscuro, con los ojos pequeños y verdes, tenía una boquita fina y una nariz muy parecida a la suya, aunque pequeñita, era un niño mono.

Las siguientes semanas fueron un infierno para Johnny, su hijo lo ignoraba, cuando le hablaba no le contestaba y no dejaba que se acercara lo suficiente para tocarlo. Era una tortura, tenía un hijo al que nunca vería, además no le hablaba, ni dejaba que lo tocara, su indiferencia lo mataba un día tras otro. Él sabía que no era nada personal, ignoraba a todos. Recibieron muchas visitas, como la de su madre, que se quedó en shock al saber que era abuela. Abraham ignoró a todo el mundo, no hablaba con nadie, apenas oyó su voz hasta que llamó Amanda y él le suplicó que quería volver a casa.

Johnny le pidió a María que llevara a los niños que ella cuidaba, pensó que le haría bien tener algún amigo, pero se escondió y no quiso jugar con ellos. Nana intentó animar a Johnny diciéndole que era un niño muy tímido, que acabaría acostumbrándose y no debía darse por vencido. Todos en la casa se pasaban el día encima de él, todos excepto Beth, que lo ignoraba tanto como él a ella. A Johnny le molestaba la indiferencia que Beth mostraba por su hijo.

Johnny se dirigió a la cocina para preguntarle a Nana qué estaba haciendo Abraham cuando se dio cuenta de que Beth hablaba por teléfono.

—Está hecho polvo —la oyó hablar por teléfono—, ese maldito crío me tiene harta, desde que él ha llegado lo ha desmontado todo —a Johnny no le gustó nada oír la llamar así a su hijo—, ojalá Amanda no hubiera venido nunca, estábamos todos muy tranquilos, hasta que llegó ella y nos dejó el regalito.

Le temblaron las manos de rabia, se marchó antes de oírla decir algo más. Beth no podía estar siendo más egoísta, no le hacía ni caso a su hijo, ni había hecho el intento de acercarse. Y encima deseaba que él nunca se hubiera enterado para ella poder estar tranquila, sin pensar un solo instante en él. Su relación se enfrió como el hielo. Beth le preguntó un millar de veces qué le ocurría. Johnny no le dijo que la había escuchado hablar por teléfono, pero era incapaz de comportarse como si tal cosa. Estaba cabreado, sobrepasado por todo, perdido y angustiado. La falta de control era una de las cosas que más lo frustraba, y había perdido el control de la situación completamente en cuanto Abraham había llegado a su vida y se dio cuenta de que era padre.

Beth decidió que Johnny estaba agobiado y lo pagaba con ella, después de un par de discusiones se hartó y dejó de insistir en que le contara qué le pasaba.

*Veintiocho:
Tú me gustas*

Beth salió a correr y después se fue a la piscina; la llegada del niño había traído algo bueno, ese año sí habían llenado la piscina, aunque el niño no se había ni acercado. Flor, que ya no podía trabajar con aquella enorme barriga, bajó a saludarla. Steven había ido a llevar algunos muebles que Johnny encargó para la habitación del niño. Cuando Flor se marchó se dio un chapuzón y se puso a jugar con el hula-hoop.

Abraham se acercó y se la quedó mirando casi hipnotizado.

—¿Has jugado alguna vez? —le preguntó Beth. El niño no habló, para variar, al menos negó con la cabeza—. ¿Quieres probarlo? —le preguntó y en esa ocasión afirmó con la cabeza—. No te he oído.

—Quiero jugar —dijo Abraham mirando el aro.

—¡Pero si sabes hablar! —le dijo Beth haciéndose la sorprendida.

Detuvo los movimientos de cintura y le tendió el Hula-Hoop. Abraham lo cogió e intentó hacerlo girar, Beth le explicó cómo debía hacerlo, pero era demasiado pequeño para aquel aro tan grande.

—Eres un niño demasiado pequeño —se rio de él, al menos le ponía empeño, eso era innegable, quizás fuera tan cabezota como su padre.

—No soy pequeño —le contestó él enfadándose y quitándose el aro.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi cuatro —se cogió el dedo meñique, para demostrarle cuantos años tenía.

—¿Cuatro años y ni siquiera hablas? —preguntó—. Tienes un problema. ¿Sabes al menos nadar? —el niño miró la piscina y volvió a negar—. Mira niño, me da igual lo que hagas con los demás, pero cuando yo te hable, quiero que me contestes —pensó que estaba siendo muy dura, ella no sabía tratar con niños, además si no hablaba era imposible que se comunicara con su padre, y eso atormentaba a Johnny—. Si me hablas puedo enseñarte a nadar. ¿Quieres que te enseñe? —él afirmó—. Creo que no te he oído.

—Sí —contestó volviéndola a mirar a ella.

—Así me gusta —dijo satisfecha—. ¿Tienes bañador? —negó y Beth inclinó una ceja esperando a oírlo.

—No —contestó.

—Mañana iremos al pueblo y te compraremos uno. ¿Dónde está Nana que no va detrás de ti?

—En la casa.

Había conseguido que hablara, aunque debía sacarle las palabras, al menos ya decía algo. Beth adoraba ser el centro de atención y que la escucharan, deseó que él lo hiciera y poder acercar a padre e hijo. Ver mal a Johnny le hacía mal a ella. Además ese muro helado que había puesto entre los dos era cada día más difícil de ignorar y fingir que no existía. Quería que todo volviera a la normalidad.

—Es normal que huyas de Nana, es una pesada —se sentó al borde de la piscina y metió las piernas en el agua, movió los pies—. Tú y yo no somos muy diferentes —le explicó mirándose sus propios pies moverse bajo el agua—, llegué aquí hace año y medio, no conocía a nadie, ni siquiera a tu papá.

—No es mi papá —dijo él con cabezonería quitándose las zapatillas.

—Sí que lo es —le contestó Beth muy segura—, no sé cómo sería el hombre que crees que es tu padre, pero es imposible que sea mejor que Johnny. —Abraham se sentó a su lado en la piscina, tenía las piernecitas tan cortas que

solo los pies entraban en el agua—. Tu papá es un héroe, ¿sabes? —le confesó mirándolo a los ojos—. Me salvó de un hombre malo que quería hacerme daño.

—¿Por qué? —se interesó el crío.

—¿Sabes lo que es un villano? —él negó y Beth se la dejó pasar—. Un villano es un hombre malo que disfruta haciendo daño, solo los verdaderos héroes pueden detenerlos y tu papá lo hizo, me salvó.

—¿Cómo?

Lo pensó, no creyó que fuera una buena idea decirle que le dio una paliza, pero eso fue lo que pasó. Cada vez que lo recordaba le daban escalofríos, no mentía al decir que la había salvado. Ese hombre estaba cumpliendo cadena perpetua después de un larguísimo juicio en el que ella debió testificar.

—¿Por qué no vamos a preguntárselo a él? —le ofreció Beth animada—. Seguro que te lo cuenta.

—No me gusta.

—¿Tu padre? —preguntó con el corazón encogido, él afirmó—. Eso es porque no lo conoces, si dejaras que te conociéramos, verías que no somos malos; bueno, Nana es una bruja y yo tu madrastra, pero no soy mala —le aseguró—, no como en todos los cuentos, si eres bueno con papá yo seré buena contigo.

—Tú me gustas —le dijo él tímido.

Beth le sonrió, preferiría que fuera una niña, podría peinarla, vestirla de princesa, leerle cuentos, comprarle muñecas... Todo habría sido mucho más fácil, pero ella le gustaba y eso era esperanzador.

—Cuando hablas eres encantador —dijo Beth sincera—, te pareces a tu padre mucho más de lo que crees, solo debes darle una oportunidad y tú mismo lo comprobarás. Johnny es guay —intentó vendérselo—, sabe de todo y puede enseñarte un montón de cosas, explicarte un montón de historias.

—No es mi papá —dijo Abraham enfadado poniéndose de pie.

—Tú te lo pierdes —dijo Beth metiéndose en el agua—, estás perdiendo el tiempo.

Se zambulló en el agua y, pasados unos minutos, el niño se marchó de vuelta a casa. Beth se apoyó en el borde de la piscina y lo observó alejarse. Debía hacer algo, tenía que buscar la forma de que Johnny le gustara al niño, así que lo primero que debía averiguar era qué le gustaba al mocoso.

Johnny salió con una caja de cervezas al porche. Beth fue tras él y se sentó a su lado en el balancín.

—Hoy he estado hablado un rato con el niño —le explicó—, se me había olvidado que sabía hablar —intentó en vano bromear.

Johnny se molestó, todos iban detrás de Abraham, le animaban a hacer cosas, a jugar, a hablar... Él no había dicho ni una palabra, más que cuando habló con su madre en las tres ocasiones que le había llamado aquellas dos semanas. Y de todas las personas que querían conocerlo, él se había tenido que interesar en hablar con Beth; estaba seguro de que era cosa de él, ya que Beth lo ignoraba sin disimulo.

—¿Tienes que ser tan desagradable siempre? —preguntó cabreado.

Beth lo miró incrédula, sin comprender por qué le decía desagradable, no había dicho nada.

—¿Qué he dicho ahora? —preguntó a la defensiva.

—Deja de hablar de mi hijo con ese desprecio, tiene un nombre, deberías utilizarlo.

—Su nombre no me sale, es demasiado feo y, por más vueltas que le dé, no se me ocurre un diminutivo. No lo digo con desprecio, pero es que a ti te molesta todo de mí, estás con la escopeta cargada, tú sabrás por qué, yo no te he hecho nada, la faena te la ha hecho otra, no yo —le recordó.

—El problema no es el nombre Elisabeth —contestó enfadado, ella no tenía razón, si estaba así con ella, no era culpa de su hijo o de Amanda, sino de su comportamiento—. Sé que desearías que Abraham no existiera, pero existe y tendrás que aceptarlo. ¡Es mi hijo!

—Eso hago, a pesar de las adversidades, de lo difícil que tú me pones las cosas, eso estoy haciendo.

—¿Yo te pongo las cosas difíciles a ti? —preguntó cada vez más enfadado—. ¿Cómo puedes ser tan jodidamente egoísta? —le reprochó sin aguantarlo más

—No entiendo a qué viene esto —Beth lo miró apretando la boca, herida por sus palabras

—¿Cómo es posible que seas tan desconsiderada? —le reprochó—. Creía que te preocupabas por mí, que yo te importaba, aunque fuera un poco —negó—; estaba muy equivocado, ahora me doy cuenta.

Sus sentimientos por ella lo habían cegado, se sentía estúpido, parecía que siempre le estuviera pidiendo que le quisiera y eso hería su orgullo.

Beth sintió sus reproches como golpes directos al corazón, ella sí se preocupaba por él, le importaba mucho más de lo que nadie sabía, pero no permitiría que lo supiera para que la pisoteara.

—No tienes ni idea —dijo rabiosa—, eres tú el que no ha dejado de alejarme desde que vino a verte Amanda, has puesto un muro de hielo y hormigón entre los dos que no puedo flanquear.

—Te he tolerado muchas cosas, he sido más paciente contigo de lo que nunca imaginé que llegaría a ser —salía todo lo que se había guardado aquellas dos semanas—. Ignoré cuando me decían que eras un cascarrubias vacío y pretencioso, intenté conocerte y me gustó lo que encontré. Creía que te conocía mejor que nadie y lo cierto es que estoy más ciego de lo que creía. Me has tenido muy engañado Beth.

A Beth le costaba digerir sus duras palabras, lo miró rabiosa, con los ojos anegados de lágrimas. Antes de ponerse a llorar y que él se diera cuenta, se levantó del balancín y se fue sin abrir la boca. Subió a la habitación destilando rabia y sed de venganza, su ser clamaba por hacer que él se arrepintiera de lo dicho. Johnny la conocía mejor que nadie, había sabido mirar dentro de ella y creía que sacaba lo mejor de su ser. Cuando llegara el momento, que llegaría, le recordaría aquello y le haría tragarse sus palabras.

Al subir a la habitación, oyó que Beth estaba escuchando música, Suspicious Minds, la última canción que había llevado al Rey al número uno. Aquel disco era suyo. *Estamos atrapados. No puedo escapar, porque te quiero tanto, cariño. ¿Por qué no te das cuenta del daño que me haces, cuando no crees lo que digo? No podemos continuar juntos, si no hay confianza entre nosotros. Y no podremos realizar los sueños, si no hay confianza entre nosotros. Se dejó caer junto a la puerta y se quedó escuchando hasta que acabó.*

Volvió a la planta de abajo, estaba deshecho, las cosas no podían irle peor.

Cogió la botella de whisky del estudio y salió al porche trasero. Aquello no le ayudó, en lugar de adormecer sus sentidos le hacía sentirse peor persona. Decidió irse a dormir y se sintió como un sin techo en su propia casa, no quería volver con Beth y su habitación era ahora la de Abraham, así que se quedó en el sofá.

Le despertó el olor a café, se sentía peor que la noche anterior, había vuelto a tener pesadillas y encima tenía resaca. Saludó a Nana al entrar a la cocina, ella le dijo que Abraham estaba allí, lo saludó y él, como de costumbre, lo ignoró, le preguntó por su conversación con Beth y no sacó ni media palabra.

—Buenos días —saludó Beth con energía minutos después, seguía muy enfadada.

Johnny se removió en el asiento, preguntándose si se sentaría en su regazo, lo besaría y le desearía buenos días de aquella manera tan especial en que lo hacía por costumbre. Ni siquiera lo tocó.

—¿Vas a querer venir al pueblo? —preguntó Beth cuando Nana le puso su bol de cereales.

—No sabía que ibas a ir al pueblo esta mañana —le contestó Johnny.

—No estoy hablando contigo —le dijo seca, miró al niño y él afirmó—. Creo que no te oído, chico.

—Sí —dijo Abraham con un hilo de voz.

Johnny ladeó la cabeza al escucharlo contestarle a Beth, a él no le contestaba nunca, ni una vez.

—Acaba de desayunar y sube a vestirte, no tardaremos mucho en irnos.

Nana negó con la cabeza al escuchar a Beth. Abraham se acabó la leche con cacao y salió de la cocina corriendo. Nana fue detrás de él para ayudarlo a vestirse. No tenía ni cuatro años, no sabía vestirse solo.

—¿Quieres que os acompañe? —se ofreció Johnny.

—No —contestó ella con la misma sequedad, mirando hacia otro lado.

Lo estaba castigando por la noche anterior, quizás se había pasado de la raya, pero ella lo llevaba al límite. No podía ni imaginarse cómo lo estaba pasando, oírla a ella hablar mal de su hijo lo agravaba.

—¿Adónde lo vas a llevar? —intentó mantener un tono normal.

—¿Además de ciego ahora eres sordo? —preguntó Beth girándose para mirarlo.

—No te pases, Beth —le advirtió, le dolía demasiado la cabeza para aguantar sus insolencias.

—Ya te pasaste tú anoche por los dos —apartó el bol asqueada, ni hambre tenía ya. Se puso de pie—. Si no quieres aguantar lo egoísta, mala y vacía que soy, haznos un favor a los dos y no me hables.

Pasó a su lado y Johnny trató de cogerla, Beth lo conocía y se apartó antes de que pudiera alcanzarla.

—Beth, espera —le pidió girándose hacia la puerta.

—No vas a venir al pueblo con nosotros —le advirtió en la puerta—. Si anoche no hubieras sido tan bocazas y mala persona, podrías haber pasado la mañana con tu hijo, ahora te quedas con las ganas. Así aprenderás a pensar antes de hablar y hacer daño. Yo aprendí la lección, seguro que tú también puedes.

Verle el rostro abatido era doloroso. Beth hacía aquello por él, era un experto en tirarle cada cosa que hacía por él por tierra. Salió de la cocina antes de que fuera ella quien le pidiera que los acompañara.

Iban de camino al pueblo con las ventanas bajadas, el niño le daba la espalda mirando por la ventana.

—Si no sabes nadar, además de un bañador necesitarás un flotador, seguro que en el quiosco tienen.

El niño no contestó, se fijó en cómo movía la cabeza de un lado al otro al ritmo de la música.

—¿Te gusta Led Zeppelin? —le preguntó y el niño la miró.

—¿Qué es eso? —preguntó sentándose bien en el asiento.

—Son los que cantan —le señaló la radio—. ¿Te gusta la canción?

—Sí.

—Bien —contestó Beth subiendo el volumen, le gustaba Whole lotta love, a ella también.

En el pueblo había dos tiendas infantiles; antes de ir, decidió pasar por la tienda de música, por una vez tenían lo que ella quería y no debió encargarlo. La mujer la avasalló a preguntas sobre el niño, igual que pasó en las tiendas infantiles; se mordió la lengua como pudo, maldiciendo aquel pueblo de cotillas.

—Buenos días Henry —saludó al quiosquero, con el que ya tenía confianza.

—Buenos días Beth —se inclinó en el mostrador—. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó mirando al niño.

—¿Tú también? —preguntó molesta—. Sabes quién es perfectamente, tu mujer la semana pasada vino a todas mis reuniones —no aguantaba más cotillas que metían las narices en su vida porque las suyas estaban vacías— para no perderse ningún detalle. ¡Incluso vinieron hombres! —exclamó—. Solo para poder cotillear a gusto. ¿Desde cuándo los hombres son tan cotillas como las mujeres? Únete a la próxima reunión —le ofreció enfadada y cansada de preguntas—. Así te enterarás de todo.

—No se altere —le pidió el hombre.

—¡Claro que me altero! Estoy harta de contestar preguntas incómodas, que no le interesan a nadie, o no deberían interesar, es obvio que les preocupa más nuestra vida que las suyas.

—Solo trataba de ser cortés —contestó conciliador—. Todo el pueblo sabe quién es, aquí las noticias viajan más rápido que la luz, es una comunidad pequeña en la que no pasan muchas cosas.

—Estoy harta de cotilleos —se desahogó con él—, de ser la comidilla del pueblo otra vez. ¿Sabes qué pasará si Johnny se entera de que la gente solo viene a mis reuniones para cotillear sobre su hijo?

—Pasará Beth —le aseguró observando lo enfadada que estaba—, no se agobie —le recomendó.

Beth miró al hombre, le caía bien, siempre era amable con ella y nunca le hacía preguntas innecesarias.

—Lamento haberlo pagado contigo —se disculpó.

—No se preocupe, mi mujer es una de las mayores cotillas del pueblo, es normal que pensara que yo también quería chafardear un poco. ¿Qué le trae por aquí?

—Quería un flotador —le sonrió, algo más relajada.

Henry salió de detrás del mostrador, el niño se soltó de la mano de Beth y se puso a mirar las revistas.

—¿Cómo lleva lo del sábado? —Beth lo miró sin comprender—. La función —le aclaró.

—Ah —comprendió. Aquel fin de semana eran las fiestas del pueblo, el grupo de teatro iba a hacer una pequeña función antes del desfile—. Solo tengo cinco frases, el profesor me tiene manía.

El hombre se echó a reír pensando que a veces parecía una chica en lugar de una mujer casada.

Beth cogió un par de revistas y se fijó en lo que ojeaba el niño.

—Spiderman —dijo observando el cómic que tenía en las manos—. ¿Sabes leer? —preguntó y él negó con la cabeza—. ¿Cuándo vas a aprender? —se encogió de hombros—. Si lo quieres yo puedo leértelo, a tu papá solía leerle. ¿Quieres que te lo compre? —él afirmó y ella negó con la cabeza—. No te he oído.

—Sí, lo quiero.

—Bien —cogió los cuatro números que tenían y los llevó a la caja.

—No es una lectura apropiada para un niño tan pequeño —le advirtió Henry a Beth.

—No soy pequeño —dijo Abraham.

Había hablado sin que insistieran, estaba progresando, miró a Henry e inclinó la cabeza.

—Nos los llevamos —contestó Beth muy segura.

Volvieron a casa, por el camino Beth le habló de la obra de teatro, aquella tarde tenía que ir a preparar el decorado, mientras los que el profesor consideraba más talentosos ensayaban. Así que no tendría tiempo de enseñarle a nadar, le dijo que le dijera a Johnny que le enseñara, él se negó.

—Me gusta cómo está quedando tu habitación —dijo colocando la ropa en el armario.

—Quiero escuchar música.

—¿Ponemos el disco nuevo? —le preguntó Beth animada y él sonrió

afirmando con la cabeza.

De la mano, lo llevó a su habitación, puso el disco y empezó a cantar. Abraham la miraba con los ojos muy abiertos y sonreía moviendo la cabeza de un lado a otro al ritmo de la música.

—Tienes que hacerlo así —movió la cabeza con fuerza delante y atrás. Al momento él la imitó y ella se ríó mirándolo, era adorable—. Mueve así las manos, como si tuvieras una guitarra —le indicó cómo debía hacerlo y él lo hizo—. Eres bueno, chico —dijo ella haciendo ver que tocaba la batería.

Beth lo observaba sonriendo, él le devolvía la sonrisa con los ojos brillantes.

—No tienes pinta de roquero —dijo cogiéndolo de la mano y llevándolo a su habitación.

Lo cambió de ropa, le puso un pañuelo en la cabeza, le maquilló los ojos, que se veían aún más verdes. Ella también se cambió y se maquilló los ojos muy negros, mientras lo animaba a cantar los coros.

Johnny salió de correr con la cinta y oyó música en la habitación. Aquel disco era nuevo, escuchó cómo Beth y su hijo se reían, ella le daba instrucciones y los dos cantaban. Se apoyó en la pared y se quedó escuchando.

—Solo de guitarra —dijo Beth—, tienes que ser más exagerado —le dijo riéndose y se puso a cantar.

Cuando la canción acabó el niño se subió a la cama.

—Otra vez, Beth —le pidió.

—La última —le advirtió poniendo el disco—, es hora de comer.

El niño imitó el solo de guitarra inicial y ella se reía, cada vez lo hacía mejor, le ponía ganas.

—Necesitas sentirte bien, nene —cantó Beth—. Yo no lo estoy, voy a mandarte de nuevo a que aprendas, el dulce camino interior, lo necesitas. Voy a darte mi amor, voy a darte mi amor.

Señaló al niño indicándole que llegaba su parte.

—Quiero muchísimo amor —cantó Abraham saltando en la cama—, quiero muchísimo amor.

—Eres bueno —le dijo Beth ofreciéndole la mano, él chocó los cinco con ella.

Beth siguió cantando, Johnny disfrutó escuchándolos a escondidas, deseó poder verlos, anheló que Abraham lo tratara como a Beth y se sintió celoso de ella.

—¿Qué hace? —le sorprendió Nana.

—Están cantando —le sonrió negando con la cabeza—, descríbemelo.

Nana se asomó a la puerta.

—Abraham salta sobre la cama, en las manos tiene un palo y hace ver que es una guitarra, Beth golpea el aire y canta una canción de lo más inapropiada, por si no se da cuenta —añadió.

—¿Están sonriendo?

—Oh sí, parece que se lo pasan bien. Aunque ha vestido a su hijo que parece un espantapájaros.

Johnny buscó a Nana y la acercó a él, apartándola de la puerta para que no la vieran espiándolos.

—Ojalá pudiera verlo —dijo Johnny con la garganta cerrada—, querría saber cómo lo ha hecho, cómo ha conseguido que él no solo le hable, sino que además quiera jugar con ella.

—Tienen una edad mental similar, no se agobie —le dijo Nana—. La comida está lista. ¿Les avisa?

Johnny afirmó y ella volvió a la planta de abajo, pero esperó que acabara la canción antes de decirles nada.

—La comida está lista —dijo entrando en la habitación—. ¿Cómo ha ido en el pueblo?

—Bien —contestó Beth seca, cogió al niño de las axilas y lo bajó de la cama—. ¿Sabes lavarte las manos? —él negó con la cabeza—. No te he oído.

—No sé —contestó mirándola a ella y después mirando a Johnny, para volver a mirarla a ella.

—¿No? —preguntó Beth abriendo la boca—. Eso no puede ser; ven, te enseñaré —dijo cogiéndolo de la mano, el niño no llegaba al lavabo y lo subió en brazos—. Esta tarde te compraré un taburete.

Johnny salió de la habitación. Abraham tenía un millar de cosas que aprender, le quedaban muchas cosas por descubrir y a él le encantaría enseñárselas todas. Se sentía incapacitado para hacerlo, además él no quería que le enseñara nada, no se acercaba a él. Por lo menos a Beth le contestaba cuando le hablaba, a él ni eso; era peor que estar solo, tenerlo al lado y no poder disfrutar de él era la peor tortura.

Beth pasó con el niño todo el tiempo que pudo durante aquella semana, descubriendo qué le gustaba y qué no. Le gustaba la música, los dibujos animados, disfrazarse, dibujar y el agua. No encontraba un punto donde padre e hijo pudieran coincidir y obligara al niño a estar con su padre por decisión propia. Había descubierto que, cuando no quería hacer algo y lo obligabas, se cogía unas rabetas de cuidado. Nana decía que era propio de su edad. Debía ser sutil y la sutileza nunca fue su fuerte.

Invitó a Ben y a sus hermanas a pasar el fin de semana en casa. Esperaba que Ben la ayudara, él tenía tres hermanas pequeñas. Gala hacía algunos años había tenido la edad del chico, algo debía saber que la ayudara a conseguir sus planes.

—¿Te vas? —preguntó Abraham mirando cómo Beth preparaba sus cosas.

—Sí, tengo que ir a preparar las últimas cosas de la función, ayer te compré una cosa para esta noche —dijo acabando de vestirse—. ¿Vendrás con papá, Ben y Armando a ver la obra, verdad?

—¿Eres la héroe, como Spiderman? —le preguntó él.

—No —sonrió Beth—, me temó que no, pero aunque no sea la heroína —le corrigió—, necesitaré que estés entre el público dándome tu apoyo. Estoy muy nerviosa —confesó.

—¿Por qué?

Beth lo miró, aquella era su pregunta favorita, a todo quería buscarle un por qué.

—Porque nunca he actuado delante de nadie, es mi debut.

—¿Qué es debut? —preguntó él sin entenderla.

—Es cuando haces algo por primera vez. Desde muy pequeña quise ser actriz y hoy voy a serlo.

Le acarició la cabeza despenándolo, él se apartó riendo. Fue al vestidor y

cogió la ropa que había comprado para él. Ropa de auténtico tejano, para él sería como otro disfraz.

—Esto es para ti —se la dio—. Hay un sombrero a juego con el mío —se puso el sombrero que Johnny le había regalado un año atrás, cuando se sacó el carnet de conducir—. Cuando acabe la función iremos a ver la cabalgata, habrá mucha gente, pero como llevaremos el sombrero a juego no nos perderemos.

—Quiero ir contigo ahora.

—No puede ser —se agachó delante de él, cuando estaba en casa, apenas se separaba de ella—. Papá, Ben y sus hermanas irán contigo, allí estarán Armando y su familia —le explicó—. ¿Te acuerdas de María? —él afirmó—. Ella también estará, debes darle la mano a papá y no separarte de él.

—Quiero ir contigo —hizo un puchero.

—Nos veremos más tarde —sonrió Beth cruzando los dedos para que no cogiera una rabieta—. ¿Me das un abrazo para que me dé suerte? —el niño la abrazó y ella lo cogió en brazos, dio vueltas con él y lo tiró encima de la cama, él se partía de risa—. Pórtate bien —se apoyó en la cama a su lado y lo besó—, no te separes de papá ni de Ben —le advirtió—, sé bueno. Luego nos vemos —volvió a besarlo y se marchó.

—¿Seguro que no quieres venir, Nana? —volvió a preguntarle Johnny—. Flor estará allí.

—Vayan tranquilos —insistió Nana—, si no se van ya, llegarán tarde y la señorita Beth se enfadará.

Ben condujo hasta el pueblo. Cuando llegaron, María les estaba guardando el sitio. Gala, la hermana de Ben, se sentó sobre las piernas de Johnny.

—¿Beth hará de princesa? —le preguntó a Johnny emocionada por el bullicio.

—No, hace de duende —le contestó Johnny a la niña.

—¿Como el Duende Verde? —preguntó Abraham perplejo, mirando a su padre.

A Johnny se le hinchó el corazón, después de tres semanas al fin hablaba con él. Lo malo es que no sabía qué quería decir con el duende verde, supuso que los duendes eran verdes y se refería a aquello.

—Sí —contestó poco seguro de su respuesta—, supongo que sí.

—¡No! —se enfadó poniéndose de pie—. Beth no es un villano, es una heroína.

—No grites —le regañó Ben sentado al otro lado de Johnny—. No es el Duende Verde de Spiderman —le explicó, él había leído aquellos cómics y sabía a qué se refería—, ella hace de duende buena.

—Tendría que hacer de Barbie —comentó Gala.

—Siéntate Abraham —le pidió María, que estaba sentada a su lado—, está a punto de empezar.

—¿Y saldrá Beth? —le preguntó.

María no lo creía, Beth tenía un papel que apenas salía en la obra, menudo cabreo se cogió cuando le dieron aquel personaje, ella quería ser la protagonista.

—Claro —mintió María para que el niño se sentara.

Beth salió al escenario hecha un flan, vio a Johnny con el chico a su lado, el niño y Gala la saludaban, les sonrió y movió la mano. Dijo sus cinco frases sin equivocarse y la función había acabado para ella.

La verdadera obra parecía que no acababa nunca, preferiría estar abajo con su familia y amigos que allí detrás. Al acabar la función salieron a saludar, ella ya se había cambiado de ropa, dispuesta a salir corriendo para juntarse con los suyos. La protagonista dijo unas palabras en nombre de todos, Beth no dejaba de mirar la hora hastiada. Se estaba sacando aquel discurso barato de la manga, como si no hubiera tenido suficiente protagonismo durante toda la obra. Agradeció al alcalde haber montado aquel grupo, al profesor su esfuerzo y ayuda y después, para sorpresa de Beth, le agradecían a ella haber tenido la iniciativa y haberla llevado a cabo. No podía creerlo, se emocionó cuando le dieron un ramo de flores.

Cuando se reunió con los suyos, Gala la abrazó felicitándola, se agachó y el niño se colgó de su cuello.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó a María.

—Bueno Beth —titubeó ella, lo había hecho de pena—, ha estado bien.

—¿Tan mal lo he hecho? —preguntó mirándola.

—No sufras Barbie —intervino Ben—. Es mejor que te centres en cosas que sí se te den bien, como meter la pata, ser una bocazas, tirarte de un caballo, vomitar tequila...

—Ja, ja —dijo Beth—, mira cómo me río.

—Tampoco lo ha hecho tan mal —la defendió Johnny—. Lo has hecho bien —añadió—, felicidades.

Todos lo miraron pensando que estar enamorado te volvía tonto de remate, Beth no tenía defensa.

—Gracias —le dijo Beth mirándolo, estaba cansada de su guerra con Johnny, lo echaba de menos.

—A mí me ha gustado mucho —dijo Abraham en sus brazos.

—¿Qué parte te ha gustado más? —se distrajo mirándolo a él.

—Cuando he visto que no eras el Duende Verde —se rio—, tú no eras villana.

—Claro que no —fingió indignación—. ¿Quién ha dicho eso? —señaló a su padre—. ¿Tu papá lo ha dicho?

—No es mi papá —dijo Abraham cabezota escondiéndose en su cuello.

Cuando decía esa frase Johnny no sabía si prefería que no hablara. Era como una puñalada en el pecho, cuanto más la oía, más hondo sentía el puñal, dejándolo tocado y hundido. Los demás se miraron unos a otros y empezaron a adelantarse para que pudieran hablar. Menos las hermanas de Ben, todos comprendían lo mal que Johnny estaba llevando la situación y lo entendían.

—¿Has visto el sombrero que lleva? —le preguntó dejándolo en el suelo—. Es igual que el nuestro.

—¿Por qué?

—Porque somos una familia —cogió la mano del niño y la de Johnny—. Si Johnny no fuera tu papá —le explicó Beth—, yo no podría ser tu madrastra, y entonces no podríamos hacer cosas divertidas. Como ir a ver la cabalgata y ver cuán fea es la reina del maíz de este año, ni ver los cohetes.

—¿Veremos cohetes? —preguntó el niño emocionado.

—Un montón, si te parecen pocos, el cuatro de julio tiraremos muchos más en casa, con papá.

Johnny le apretó la mano a Beth y le besó el hombro, dándole las gracias. Se reunieron con los demás y vieron la cabalgata. Abraham se quejó de que no veía bien y Johnny lo subió a sus hombros.

Al volver a casa, Johnny tenía a su hijo por primera vez entre los brazos, se había quedado dormido. En el asiento de atrás oía a Beth hablar con Amy, la hermana mediana de Ben, ningún sonido le gustaba más que la voz de Beth. Se inclinó y olió a su hijo, quería acariciarlo, dibujarlo con los dedos hasta saber cómo era, pero no lo hizo por miedo a despertarlo. Aquello era cuanto había querido, que su hijo dejara de rechazarlo, se sentía en un sueño del que no quería despertar. Ya no estaba enfadado con Beth, su relación con Abraham había dado un giro de ciento ochenta grados, y esperaba que la suya con ella volviera a como era antes de que llegara su hijo.

Llegaron a casa y Johnny subió a la habitación de Abraham. Lo tumbó en la cama y se quedó un rato con él, con el único sonido de su respiración acariciándole la cara.

Al entrar a la habitación, saludó a Beth; ella no le contestó, la buscó en la cama y no estaba. Bajó a la planta de abajo, fue al porche pensando que ella lo estaría esperando allí. Estaba allí, pero no lo esperaba a él, estaba hablando con Ben de sus cosas. Se dio la vuelta y se fue a la cama.

—¿Crees que funcionará? —le preguntó Beth a Ben.

—Si le pones imaginación, funcionará, tienen que ser cosas para las que necesite la ayuda de Johnny.

—Lo veo —contestó muy segura—. El lunes iré con ellos a buscar los cohetes.

—Bien, la semana que viene vendré a darte el mensaje del pirata —le ofreció su cerveza y ella brindó, sonriéndole.

*Veintinueve:
El juego del pirata*

Una semana después, Beth lo tenía todo listo y preparado, quedó con Ben en la cafetería del pueblo. Él le dio el reproductor y un sobre con la cinta. Beth le explicó emocionada todo lo que había preparado. Cuando algo le gustaba, era apasionada y brillaba con luz propia, eso le encantaba a Ben de ella.

—Ya estoy en casa —dijo al entrar.

—¿Por qué no has comido aquí? —preguntó Abraham exigente saliendo de la salita—. Te he esperado.

—Lo sé —lo cogió en brazos y le besó la mejilla—, he ido con María de compras —le apartó un mechón de pelo de la cara—, este fin de semana es su último baile de instituto.

—¿Qué es instituto? —imitó su gesto y le apartó el cabello de la cara a ella.

—Es donde los mayores estudian, pero tú aún no debes preocuparte por eso —lo dejó en el suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó cogiendo un sobre que tenía en la mano.

—Es una carta —dijo satisfecha de que se diera cuenta, no esperaba otra cosa. No sabía si era por la edad o por qué él era así, pero siempre quería saberlo todo—, en el sobre dice que es para ti y Johnny.

—¿Es de mamá? —preguntó emocionado y Beth se obligó a sonreírle—. Hace días que no llama.

—Ábrela a ver —dijo Beth planteándose si aquello había sido una buena idea.

Abraham rasgó el sobre, en su interior había una cinta de casete y una foto.

—¿Es tu madre? —preguntó Beth mirando encima de su hombro.

—No —contestó Abraham mirando la foto—, mira Beth —le enseñó la foto y a Beth casi se le escapa la risa. Ben estaba irreconocible bajo el sombrero y la barba postiza, pero ella sabía dónde mirar y conocía muy bien sus ojos azules—, es un pirata —dijo impresionado—, como en Peter Pan.

—Vaya —fingió Beth estar tan deslumbrada como él—. ¿Qué contendrá la cinta?

—¿Qué es? —preguntó Abraham mirando la cinta.

—Es como un disco —le explicó Beth—, como los que usamos para escuchar música.

—Puede ser una canción del amigo de mamá —aventuró Abraham mirando la cinta y la foto otra vez.

—¿Te gusta el amigo de tu madre? —se interesó Beth.

—Me habla como si fuera pequeño aún, y huele raro, mamá a veces también. Él se lo pega.

Beth le sonrió, preguntándose si a lo que olía era a marihuana, estaba segura de que ambos la fumaban. Esperaba por el bien de Amanda que no se le ocurriera fumarla delante del chico, porque se la comería.

—¿Quieres escuchar la cinta? —preguntó Beth, hablar de su madre a veces lo entristecía.

—¿Tú sabes cómo se escucha? —preguntó mirando la cinta con interés, nunca había visto eso.

—Claro, ve a buscar a papá —lo animó—, iré a buscar un reproductor que tengo en el coche.

El niño ni siquiera discutió, salió corriendo a buscar a Johnny. Beth esperó que aquello fuera una señal de que iba por el buen camino. Salió de la casa y volvió con el reproductor que Ben le había prestado.

Abraham buscó a Johnny en el porche trasero, en el estudio, en la habitación. Lo encontró corriendo encima de una máquina, observó lleno de curiosidad, preguntándose qué era eso y cómo se jugaba.

—Ha llegado una carta —le dijo aún observando la cinta de correr.

Johnny se sobresaltó al escuchar la voz de su hijo, con el ruido de la cinta no lo había oído llegar. La paró y se bajó, era la primera vez que Abraham llevaba la iniciativa y lo buscaba para algo.

—¿Una carta para mí? —le preguntó solo para que siguiera hablando.

—Es para los dos —contestó satisfecho, le cogió la mano—, creo que es de un pirata —tiró de él.

Johnny lo siguió sin dudarle, era la primera vez que lo cogía de la mano, siempre se cogía a Beth. Deseaba tener un montón de primeros momentos, era tanto lo que quería hacer con él.

Por alguna extraña razón, de todas las personas que había por allí, y contando a los trabajadores de las tierras eran muchos, su hijo había elegido a Beth, por encima de su madre, que era la mujer más buena y cariñosa del mundo. No lo culpaba, todos decían que era preciosa, él también sabía que Beth era buena.

—¿De un pirata? —le preguntó extrañado, saliendo de la habitación.

—Hay una cosa que Beth dice que es una cinta —le explicó emocionado por el pasillo—, y también una foto, de un hombre como el Capitán Garfio. ¡Un pirata! —exclamó emocionado.

—¿El capitán Garfio? —le preguntó sin comprender.

—Es el pirata más famoso del mundo —lo miró Abraham—, vive en Nunca Jamás, con Peter Pan —le explicaba sobreexcitado bajando la escalera con él de la mano—, he visto la película con mamá.

Johnny se cogió a la barandilla, intentó bajar lo más deprisa que pudo para que él no lo soltara.

—¿La carta es de ese capitán?

—No —contestó Abraham—, este es otro, el capitán Garfio es de dibujos y este no.

Johnny lo siguió sin comprender nada, no poder ver volvía a torturarlo como al principio. Esa frustración siempre estaba allí, pero con la llegada de Abraham se había agravado. La sensación de que se estaba perdiendo lo más importante que tendría en la vida la quitaba la alegría, lo quemaba.

—¿Podemos escucharlo? —preguntó Abraham entrando en la salita.

Se soltó de la mano de Johnny y corrió a sentarse encima de Beth.

—Está todo listo —contestó Beth mirándolo, le apartó el pelo—. ¿Estás nervioso? —le preguntó; él afirmó frenético, era una estúpida pregunta, saltaba a la vista—. Ahora escucharemos la cinta.

—¿De qué va esto, Beth? —preguntó Johnny sentándose en el sofá.

—Al llegar he encontrado un sobre en la puerta —mintió—, ponía que era para el chico y su padre.

—¿Ponía el chico? —demandó Johnny.

—No —contestó cogiendo el reproductor—, ponía su nombre.

Le dio al play antes de que Johnny le gafara el juego, era un experto en fastidiarle todas las sorpresas.

—Este es un mensaje para Abraham —decía una mujer, que Beth creía que era la hermana mayor de Ben—, que el Capitán Mala Sombra, conocido en todos los puertos, temido pirata y gran ladrón, le envía —Johnny ladeó la cabeza escuchando—. Una advertencia, solo Abraham y su padre, su verdadero papá, el de verdad, podrán escuchar la voz del Capitán Mala Sombra. Este es un mensaje solo para ellos dos.

—Vaya —dijo Beth alzando al niño en sus rodillas—, qué emocionante.

Se oyó una fuerte risa, Abraham hizo una exclamación ahogada.

—¿Qué pasa? —preguntó Beth haciéndose la inocente—. ¿Oyes algo?

—¿No oyes la risa del pirata? —la miró con los ojos muy abiertos.

—No —mintió Beth—. ¿La oyes tú, Johnny?

—Sí —contestó Johnny y Abraham se lo quedó mirando.

—Soy el Capitán Mala Sombra, Rey de los mares y de los ladrones —Johnny negó, aquel no era otro que Ben agravando la voz. Él y Beth había tramado aquello, seguramente para convencer a Abraham de que él era su padre—. He robado algo muy importante para ti, Abraham —el niño se bajó de las piernas de Beth y se sentó en el suelo, se quedó mirando el reproductor, impresionado de que un pirata hablara con él—, esta noche me llevaré tus cohetes a mi barco y nunca más volverás a verlos —se río como un verdadero malvado. Beth tenía que esforzarse para contener la risa, era mejor actor que ella, eso seguro.

—¡No! —le gritó Abraham—. Son mis cohetes —dijo frunciendo el ceño enfadado—, ¡dámelos!

—Tienes que escuchar —le dijo Beth intentando cogerlo para que se calmara.

—Tienes hasta que anochezca para encontrarlos, si no, ya será tarde y todos tus cohetes estarán en mi barco —se río de nuevo—. Si los quieres, tendrás que buscarlos con tu papá, solo con su ayuda podrás encontrarlos—le advirtió—, él es el único que sabe dónde se destruyó el anillo —se río por última vez—. Recuerda, antes de que se vaya el sol. Hasta más ver —la cinta se quedó en silencio.

—¡No! —grito Abraham cogiendo el reproductor.

Beth se lo quitó de las manos, temiendo que lo tirara y lo rompiera. Entonces, además de un favor, le debería un reproductor de casetes a Ben.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Beth haciéndose la ingenua—. ¿Qué ha dicho ese pirata?

—¿No lo has oído? —le preguntó Abraham y ella negó con la cabeza.

—Solo tu padre de verdad puede escucharlo —miró sus ojos verdes—, yo solo soy tu madrastra.

—¿Tú lo has oído? —le preguntó a Johnny.

—Claro, soy tu padre —le contestó, esperando que eso lo hubiera convencido.

—¿Dónde están los cohetes? —se puso de pie y le cogió la mano—. ¿Tú lo sabes?

—Sé dónde se destruyó el anillo —se puso de pie sin soltarle la mano—, ven conmigo.

Johnny se marchó con Abraham. Beth escondió el reproductor. Había visto al niño muy enfadado, si tenía el pronto de su padre no quería que lo rompiera. Fue a la cocina.

—Nana —entró en la cocina—, necesito que busques a Armando, dile que baje a las caballerizas, que ensillen a dos caballos y nos espere allí.

—Estoy haciendo la cena señorita Beth —se quejó Nana, nada dispuesta a hacer lo que ella le pedía.

—Por favor Nana —le pidió Beth impaciente—, es importante.

Nana suspiró mirándola, chasqueó la lengua, apagó el fuego y fue a buscar a Armando.

—Ese pirata hablaba de un libro —le dijo Johnny de camino al estudio—, Beth me lo leyó hace tiempo.

—A mí también me lee —le contestó Abraham.

—¿Te gusta que lo haga?

—Sí, Beth es chachi.

Johnny sonrió, claro que lo era. Llegaron a la sala y, sin soltar la manita de su hijo, tocó los estantes hasta los libros de Tolkien. Había un hueco, metió la mano y sacó una revista.

—¡Es mi cómic de Spiderman! —gritó Abraham saltando para cogerlo—. ¿Por qué está aquí?

—No lo sé —le contestó Johnny—, a lo mejor los cohetes están donde debería estar el cómic.

—¡En mi habitación! —exclamó Abraham—. Corre, tenemos que encontrarlos antes de que se los lleve.

Subieron a la planta de arriba, Abraham entró en la habitación corriendo, donde debían estar los cómics había algo que no sabía qué era, pero no eran sus cohetes.

—¿Están aquí? —le preguntó Johnny en la puerta.

—No —dijo desanimado—, hay otra cosa, no sé qué es— intentó cogerlo pero pesaba demasiado.

Johnny se acercó con paso vacilante. Abraham era un niño desordenado, no quería tropezar con uno de sus juguetes, caerse y aplastarlo, él era grande y su hijo no era más que un pajarito.

—¿Dónde estás? —preguntó inseguro.

Abraham se acercó a su padre, lo cogió de la mano, lo guío y le puso la mano sobre el peso.

—Eso es mío —le dijo Johnny tanteando el peso—, lo utilizo para ponerme en forma.

Sin soltarse la mano fueron a la habitación donde tenía la cinta de correr.

—Aquí hay un pincel —dijo Abraham cogiéndolo.

—¿Me dejas verlo? —demandó Johnny.

—Tú no puedes ver —le advirtió el niño poniéndole el pincel en la mano—. ¿Por qué?

Johnny tanteó el pincel, era uno de los pinceles de Amanda. Beth debía haberlo cogido de su estudio.

—Tuve un accidente, mis ojos se estropearon y ahora no funcionan.

Abraham tiró de su mano y Johnny se agachó, le cogió la cara y miró sus ojos fijamente.

—A mí no me parece que estén rotos —observó cómo se movían—. ¿Antes iban?

—Claro —contestó Johnny agradecido de poder hablar con su hijo, aunque fuera de lo peor que le había pasado en la vida—, antes lo veía todo. Me gustaba mucho mirar a mamá —le tendió el pincel—, esto es de ella, siempre la observaba pintar. ¿Quieres ver el sitio donde pintaba?

—¿Está aquí?

—Claro —Johnny lo cogió en brazos, necesitaba abrazarlo. Se dirigió a la habitación del fondo donde estaba el antiguo estudio de Amanda—. Antes de que tú nacieras, esta era la casa de mamá también.

—¿Por qué ya no vive aquí?

—Porque yo tuve que irme y mamá no quería que me fuera —le explicó Johnny.

—¿Se enfadó contigo? —preguntó Abraham.

—Creo que sí —intentó buscar la forma de explicarle la situación—. Mamá se sintió muy sola cuando me fui y por eso se marchó, pero ya no está enfadada conmigo, ni yo con ella tampoco.

Abrió la puerta y lo dejó en el suelo, Abraham entró y observó la habitación. Su madre tenía en casa un caballete para pintar, allí había varios, un montón de pinceles y de pinturas. Vio algunos marcos, quiso coger uno pero no llegaba; miró a Johnny.

—Álzame —le pidió a Johnny, a quien aquel olor a pintura y barniz le llevaba al pasado.

Johnny sintió que su corazón se hinchaba. Se agachó y lo cogió en brazos, esos minutos con su hijo le estaban sabiendo a gloria, debía agradecerse a Beth, ella lo estaba haciendo posible.

Abraham alargó la mano y cogió uno de los marcos, observó la foto, en ella estaba su madre, estaba cambiada pero era su mamá; a su lado estaba Johnny, lo miró y después volvió a mirar la foto.

—Hay muchas fotos de los dos —Johnny imaginó que Beth, o quizás Nana, habían dejado allí todas las fotos que había por la casa—. ¿Mamá y tú erais novios? —preguntó Abraham mirando a su padre.

—Lo fuimos muchos años y fuimos muy felices —le besó la cabeza—, por eso naciste tú.

Abraham sonrió, empezaba a entender las cosas. Observó a su alrededor y vio su flotador.

—¡Tenemos que ir a la piscina! —exclamó emocionado.

Beth los observaba recorrer la casa. Algunas de las cosas que había movido eran muy específicas. Quería que el chico supiera que su madre y Johnny habían tenido un pasado, que él era su padre, necesitaba que comprendiera aquello de una vez y lo aceptara. Por eso había hecho esa búsqueda del tesoro, por eso en la mayoría de las pistas estaba de fondo Amanda.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó Nana observando cómo padre e hijo salían de la casa por el porche trasero, cogidos de la mano charlando.

Beth se giró y le sonrió a Nana.

—Es una especie de búsqueda del tesoro, espero que Johnny sea capaz de hacerle entender las cosas.

—Nunca los había visto así —dijo Nana acercándose a Beth—, lo ha hecho muy bien.

—Gracias Nana —contestó Beth agradecida por su reconocimiento, no lo esperaba.

La última pista había sido una llave, la del cajón de su escritorio, lo abrió y Abraham metió la mano.

—Es un anillo —dijo Abraham mirándolo, se lo puso a Johnny en la mano.

Johnny cogió el anillo, no era un anillo cualquiera, era el anillo que le regaló a Amanda tantos años atrás, había perdido la cuenta. El anillo del compromiso que rompió al marcharse a Vietnam.

—Mierda, Elisabeth —maldijo en voz alta frotándose los ojos.

Ella lo sabía, lo había encontrado y no quería que pensara que seguía enamorado de Amanda, la amaba a ella. Aquel anillo, que una vez lo había significado todo, ya no representaba nada para él.

—¿Es de Beth? —preguntó Abraham viendo cómo su padre se entristecía.

—No —contestó Johnny intentando ocultar su malestar, y se puso en cuclillas, a su altura—, era de tu madre. No es un anillo cualquiera, ¿sabes? —le explicó enseñándoselo—. Mamá y yo íbamos a casarnos.

—¿Por qué?

—Porque estábamos enamorados y nos queríamos mucho.

—¿Por qué ya no os queréis?

—Ahora también nos queremos —le explicó Johnny, ante todo no quería herirlo o confundirlo—, solo que de otra manera, como amigos. Mamá está enamorada de otro hombre y yo de Beth.

—¿Beth tiene un anillo como este? —preguntó cogiendo el anillo—. No lo lleva puesto —comentó.

—No, Beth también tiene un anillo, pero es diferente a este, es un anillo de boda.

—¿Por qué no lo usa?

—Deberás preguntárselo a ella.

—¿Por qué mamá no me dijo que tú eres mi papá?

A Johnny le llenó de amor que él hubiera comprendido que era su padre. Pero aquella pregunta le correspondía a Amanda responderla, cada vez que él lo pensaba se ponía enfermo. Le cabreaba sobremanera todo lo que se había perdido. Volvía la vista atrás y veía con total claridad lo diferentes que habrían sido las cosas si ella se lo hubiera dicho. No mintió cuando le dijo a Amanda que habría vuelto.

—Tu abuelo se enfadó cuando me fui —buscó su cara—, mamá le prometió que no te hablaría de mí.

—¿Por qué?

Otra pregunta difícil que le correspondía a Amanda. Le acariciaba la cara, adivinando su perfil.

—Él pensaba que yo no quería a tu mamá, pero estaba equivocado, la quería mucho. Ella lo sabía, pero como estaba enfadada lo olvidó —le sonrió—. Ya no está enfadada, por eso te ha dejado aquí con nosotros. Y yo estoy muy feliz de que estés aquí —le acarició la mejilla.

—Yo también —contestó él—, en casa no hay piscina y no puedo salir solo.

No era lo que Johnny esperaba, pero era suficiente con que estuviera a gusto. Lo acercó a él y lo abrazó. Abraham lo rodeó con sus bracitos. Sintió cómo se le cerraba la garganta por la emoción. Que su hijo lo abrazara le proporcionaba un bienestar y una paz indescriptible. Se puso de pie con él en brazos.

—Papá —se separó Abraham de él—. ¿Dónde estaba el anillo de mamá?

—En tu habitación —subió la escalera con él encima—, hace tiempo esa era nuestra habitación.

En la cómoda donde debía estar el anillo, encontraron un disco, fueron a la habitación de Johnny y Beth. Abraham buscaba la nueva pista mientras él lo ponía en el toca discos. Sonó *Can't help falling I love*, de Elvis Presley, aquella era su canción. Se deshizo por Beth, no sabía dónde se había metido, pero cuando la encontrara no la soltaría, pensaba recuperar cada minuto que había perdido aquellas semanas.

—No veo nada —dijo Abraham nervioso, la tarde se estaba acabando—, hay otro anillo.

—¿Me lo enseñas? —preguntó Johnny; él se lo dio, lo tocó y supo que era su anillo de boda, nunca lo había usado. El mismo día que Beth se lo había puesto se lo quitó y lo guardó. Se lo puso, no volvería a quitárselo—. Tenemos que volver al estudio —dijo cargando su hijo al hombro mientras él se reía.

Beth observó cómo Johnny bajaba la escalera, al hombro llevaba al chico que se partía de risa.

—¿Cómo va la búsqueda? —preguntó Beth al pie de la escalera—. ¿Habéis encontrado los cohetes?

Johnny la buscó, la cogió de la cintura y la pegó a él. La sorprendió dándole uno de esos besos que le hacían temblar las rodillas. Beth le devolvió el beso incapaz de rechazarlo. Nadie sabía mejor que ella lo difíciles que habían resultado aquellas semanas, viendo cómo Johnny se consumía y no la quería cerca.

—Date prisa —se quejó Abraham removiéndose, intentando ver por qué se había detenido—. ¡Papá!

—Suenan bien, ¿no te parece? —susurró junto a la oreja de Beth y ella se estremeció.

Le soltó la cintura y atrapó un mechón de su pelo, a la vez que le acariciaba la mejilla.

—No podría sonar mejor —dijo Beth emocionada al verlo feliz—, así debió ser siempre.

—¿Nos acompañas? —le ofreció Johnny volviéndola a coger de la cintura.

—Por supuesto —le sonrió Beth, contenta de verlo sonreír de verdad—. ¿Cómo va la búsqueda, chico?

—Tenías que ayudar —se quejó Abraham—, no te dejaré tirar un cohete —le advirtió.

Beth se echó a reír, los tres fueron al estudio, allí Abraham encontró lo que Johnny le dijo que era una herradura. Bajaron a las caballerizas y Abraham se adelantó corriendo para no perder tiempo.

—¿Has hablado con él? —le preguntó Beth cogida de su mano bajando la cuesta.

—Ha sido intenso —contestó—, hubiera preferido dosificar la información, pero le he dicho la verdad, sin mentiras. Él parece que lo ha asimilado todo. ¡Y me ha llamado papá, Beth! —exclamó emocionado.

—Me alegra verte tan contento —le dijo con sinceridad, no podía dejar de sonreír.

—Cuando él llegó tuve miedo de no ser un buen padre —se abrió Johnny, expresando cómo se había sentido, cómo se sentía. Beth, incrédula, lo miraba. Johnny no era de los que exponía sus sentimientos, al menos no con ella—, a veces me da miedo parecerme al mío —se rascó la barba negando.

—Aparte de en el físico —le dijo Beth muy segura—, tú no te pareces en nada a tu padre, Johnny.

—Tengo miedo —confesó.

Beth abrió la boca, a Johnny no le gustaba mostrar sus sentimientos, y mucho menos sus debilidades. Si decía que tenía miedo, es que debía estar aterrado. Paró y tiró de su mano para que parara con ella.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó angustiada mirándolo a los ojos.

—He estado tan expectante, esperando que se diera cuenta de que era su padre, que no me he parado a pensar qué clase de padre sería. Quiero ser un buen padre Beth —se quejó.

—Eh —le cogió Beth la cara, poniéndose de puntilla para estar a su altura—, ya eres un buen padre —le aseguró—, te has preocupado y desvivido por él, eso es lo que hace un buen padre. Y mejorarás, serás un padre excelente —negó segura de ello—. Todo mejorará Johnny, te lo prometo.

—Quiero que tú me ayudes —le pidió aparcando su orgullo—. No imaginas cómo te he extrañado.

—Yo también te he echado de menos.

—Te aparté de mí —le acarició las mejillas y Beth se fijó en que llevaba el anillo. Había querido que él se acordara de ella entre los recuerdos de su ex—. Quiero que las cosas vuelvan a ser como antes.

—Me debes una explicación —se prometió que haría que se tragara sus palabras, no iba a dejarse llevar por el momento. La había herido y quería saber por qué—, y una disculpa tampoco estaría mal.

—Lo sé —besó sus labios con una caricia—. Esta noche, cuando estemos solos, tendrás ambas cosas.

—Te tomo la palabra —contestó cogiendo impulso y subiéndose a sus caderas.

La última pista era una piedra del lago, allí estaban los cohetes. Como a Johnny le gustaba tanto montar, Beth pensó que sería una buena idea ir hasta allí a caballo. Johnny no confiaba en nadie como en Armando, por eso él llevaría a su hijo. A Johnny no le hizo mucha gracia, Abraham nunca había montado y era muy pequeño, le daba miedo que se escurriera y se le cayera a Armando. Abraham se mostró entusiasmado con la idea de montar, con lo que fue incapaz de negárselo, aunque no pudo disfrutar del paseo.

Beth le dijo a Armando que volverían andado y él se marchó con los caballos. Abraham no cabía en su diminuto cuerpo de contento. Había encontrado los cohetes que el Capitán Mala Sombra había intentado robarle, sabía un montón de cosas nuevas de sus padres y le había encantado montar a caballo.

—¿Podemos bañarnos? —le preguntó a Beth.

—¿Por qué no te bañas con tu padre? —le ofreció Beth.

—No he traído el... —hizo círculos con el dedo buscando la palabra.

—Flotador —le recordó Beth—, papá es muy fuerte, él te cogerá para que no te ahogues. Seguro que es mucho mejor profesor que yo. ¿Te apetece?

—¡Sí! —exclamó emocionado.

Beth se abrazó las piernas observándolos desde la orilla mientras se mojaba los pies. Se enamoró de lo que veía, el chico no dejaba de reírse y Johnny sonreía con él. Johnny no debía estar inseguro, a pesar de que no lo había expresado, imaginó que él creía que su ceguera lo limitaba. Beth no quería que fuera así, ella sería sus ojos con el chico y con la vida, podría ver cuanto quisiera a través de ella. Le sacaría aquellas ideas idiotas de esa cabeza tan dura que tenía.

Johnny y Abraham hicieron una carrera para ver quién se duchaba más deprisa. Cenaron en el salón mientras Abraham le contaba a Beth cómo habían llegado hasta los cohetes, algunas de las cosas que su padre le había explicado. Johnny estaba tan contento y orgulloso que no creía que pudiera sentirse más completo que escuchando el entusiasmo en la voz de su hijo. Después de cenar, Beth animó al chico a lavarse los dientes él solito, se tumbó en la cama con él y le leyó el último número de Spiderman.

—¿Qué es LSD? —preguntó Abraham.

Cuando Johnny escuchó esa pregunta, se preguntó qué diablos le leía Beth a su hijo de cuatro años.

—Es una cosa muy mala que hace daño —contestó Beth—, por eso Spiderman no quiere que su amigo lo tome. Las drogas son malas, te hacen tonto; ¿a que tú nunca las tomarás?

—No —se ríe el niño—, yo no quiero ser tonto.

—Bien dicho —le sonrió Beth satisfecha.

—Venga, a dormir —intervino Johnny, no quería que le hablara de drogas, era demasiado pequeño.

Beth le deseó buenas noches y se fue a la habitación. Johnny se quedó con él un poco más.

—¿Qué cojones le estás leyendo a mi hijo de cuatro años? —preguntó al cerrar la puerta.

—Spiderman —contestó Beth poniéndose el camisón—, es un cómic, mi hermano también lo leía.

—No puedes leerle un cómic sobre drogas —se quejó pensando en lo obvio que era, era de cajón.

—No trata sobre drogas, solo en este número han hablado de ello y de forma negativa. Además, con el entorno en el que vive, le vendrá bien saber que las drogas son malas.

—¿De qué vas, Beth? —demandó molesto.

—Su madre es una porrera —contestó segura—, y por las pintas del novio, a saber qué más consume.

—Amanda no es ninguna porrera —dijo Johnny enfadado—, ni consume drogas.

Beth negó con la cabeza, él no la había visto, pero ella sí, estaba segura de que estaba fumada. Además, en las grandes ciudades era lo que se estilaba y Amanda vivía en la capital del país.

—Tú no viste cómo vino, yo sí. Si vino aquí así, una tarde cualquiera, no quiero imaginar por la noche.

—¡No mientas! —la acusó. La había notado afectada, pero se negaba a creer que Amanda se drogara.

—Es la verdad —se quejó Beth—, después de lo que te ha hecho, no puedo creer que la defiendas.

—No lo hago.

—Por supuesto que la defiendes —dijo indignada—. No quiero discutir y menos por tu ex prometida.

Pasó por su lado dispuesta a salir de la habitación, creía que las cosas entre ellos se solucionarían, incluso que mejorarían después de que Johnny se abriera a ella esa tarde. Parecía que se equivocaba, estaba cansada de dormir a su lado y sentirlo a millas de distancia. Johnny le cerró el paso.

—¿Adónde te crees que vas?

—Es tarde para discutir y muy pronto para dormir, me voy a ver la tele —contestó enfadada.

No pensaba dejarla marchar, quería recuperar todo el tiempo que había perdido de su compañía, de sus besos, de sus caricias... Quería cada segundo del que dispusiera sin su hijo para estar con ella.

—Yo tampoco quiero discutir —la buscó y le cogió los brazos— y menos por Amanda.

—Sigues enamorado de ella, ¿verdad? —preguntó herida y él sintió que le daba una bofetada.

Se preguntó si lo estaba haciendo tan mal como para que ella pensara eso. ¿Cómo iba a estar enamorado de Amanda estando con ella? ¿Después de lo que Amanda le había hecho? Solo existía Beth para él.

—Beth —se quejó Johnny acariciándole los brazos—. No puedo cambiar quién es Amanda, siempre será la madre de mi hijo, pero hace tiempo que dejó de significar nada para mí. Mucho menos después de lo que me ha hecho, no podré perdonarle nunca los años perdidos con mi hijo, de lo que me ha privado, nunca.

—¿Me lo juras? —preguntó insegura mirándolo a los ojos.

—¿Qué quieres que te prometa? —él ya no juraba—. ¿Que no la amo? ¿Qué no la perdonaré nunca?

—Las dos cosas —contestó Beth acariciándole el torso.

—Te lo prometo Beth —subió una mano hasta su cuello, buscó su lunar que tanto le gustaba. Cuánto deseaba verla, aunque solo fuera un instante. Daría cuanto tenía por verla a ella y a Abraham un segundo.

Beth se acercó a su cuerpo, le apasionaba su forma de tocarla, ya fuera suave o duro, él sabía qué era lo que necesitaba en cada momento. Quería aclarar las cosas y pasar página de una vez.

—¿Por qué te enfadaste conmigo?

—Creía que no querías discutir —contestó Johnny eludiendo el tema, se inclinó y la besó.

Beth lo cogió del cuello y lo intensificó, deshaciéndose entre sus brazos. Johnny la alzó por el culo, caminó de espaldas, hasta que sus piernas tocaron con la cama y se dejó caer con ella encima.

Beth dio una exclamación silenciosa sobre su boca al sentir que caía. No dejó de besarlo. Ardía, hacía mucho calor y los besos de Johnny encendían una hoguera en su interior que lamía cada poro de su piel.

Cuando Beth dejó de besarlo para quitarse el camisón, Johnny se incorporó y le besó el cuello y los pechos, acogidos en sus trabajadas y grandes manos.

—Hace calor —gimió excitada, ignorando cómo su piel ardía por la barba de él—, tengo mucho calor.

—Yo también —dijo Johnny cogiéndola de los hombros por detrás—. Cómo te he echado de menos mi amor —la lamió, quería saborear su esencia dentro de su boca, quería paladearla entera.

—Mañana pienso afeitarte —se apartó Beth y le quitó la camiseta de manga corta que llevaba—, me da igual lo sexy, interesante y atractivo que estés con ella, me irrita la piel.

—Si quieres no te beso —contestó Johnny, que ya le estaba besando el cuello otra vez.

—Eso nunca —le cogió la cara y miró sus ojos marrones con motitas—, jamás renunciaré a tus besos.

—Es cuanto quiero, amor —contestó Johnny antes de que la lengua de ella le impidiera hablar.

Se desató la lujuria y la pasión más primitiva, demostrándose cuánto se habían anhelado, cómo sus cuerpos habían extrañado al del otro, con un orgasmo demoledor que los dejó sin aliento por minutos. Cuando Beth se recuperó, se metió en la bañera y encendió la ducha; un minuto después él estaba detrás de ella. Le apartó el pelo empapado, que ya le pasaba los hombros, y se pegaba a su cuello y espalda.

—Dame tu mano —le pidió rodeándole la cintura con los brazos, ella se la dio y él le puso el anillo de boda en el dedo anular—. Me gustaría que lo llevaras, si quieres, yo no pienso quitarme el mío.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó mirando sus manos unidas, cada una con su propio anillo.

—Nana lo ha buscado mientras cenábamos. ¿Sabes qué me apetece? —preguntó besándole el cuello.

Beth se dio la vuelta y rodeó su cuello con los brazos, miró hacia abajo y él estaba erecto, otra vez. El cuerpo de su marido era digno de esculpir. Toda mujer querría tener al hombre más sexy y atractivo para sí, pero era de ella, solo ella podía tocarlo y disfrutarlo y le encantaba hacerlo. No entendía cómo había estado tan ciega de no ver su atractivo y su encanto desde el principio. Tenía su pronto y su orgullo, pero además era un hombre con valores, que la cuidaba y la protegería de cualquier cosa, ella lo sabía.

—Creo que puedo imaginarlo —bajó las manos pausadamente por su cuerpo férreo y definido.

—¿Eso crees? —le preguntó Johnny en tono juguetón, alzando una ceja.

—Ajá —le acarició el torso con las puntas de los dedos mientras el agua los salpicaba.

Le pellizcó una tetilla y después se la llevó a la boca, a la vez que su mano, más rápida, bajaba por su abdomen y rodeaba la rigidez que tan bien sabía complacerla y colmarla. Era un amante excepcional.

—¿Quieres hacerlo aquí? —preguntó extasiada al ver su cara de placer—. ¿Eso es lo que te apetecía?

Johnny carraspeó y apoyó el puño en la pared. Beth empezó siendo tímida en la cama, era inexperta. Aquellos meses había adquirido experiencia y soltura, sabía muy bien lo que le gustaba y cómo.

—Te iba a ofrecer darnos un baño en la piscina —jadeó—, pero tu idea me gusta mucho más.

—Podemos hacer ambas cosas —contestó sintiéndose poderosa—, si te portas bien.

—¿Alguna vez me he portado mal? —preguntó con voz estrangulada por las caricias que Beth le daba.

Beth sonrió satisfecha, nada la ponía más que ver cómo él se excitaba.

—Sí —contestó poniéndose de puntillas. Rozó los labios por su cuello hasta su boca—, me debes una explicación —Johnny intentó besarla y ella se apartó, le mordió el labio inferior y tiró de él. Johnny intentó capturarlos y volvió a apartarse, ese juego no le gustaba—. ¿Crees que soy jodidamente egoísta?

—No —cogió sus caderas e intentó besarla, ella se apartaba—. Eres jodidamente sexy y escurridiza.

—Soy egoísta —le aclaró Beth encima de su boca sin llegar a rozarlo—, pero no contigo.

—Lo sé —se lanzó a su boca y ella lo esquivó por los pelos, sonriendo al verlo desearla tanto.

—Me llamaste cascarón vacío y pretencioso —rasgó su voz, sin dejar de acariciarlo arriba y abajo—, además de desagradable —aunque era un reproche, su voz trataba de seducirlo y por supuesto lo hacía. Johnny temblaba como si le dijera las cosas más eróticas del mundo—. ¿Por qué me dijiste eso?

Johnny no quería hablar de eso en aquel momento, quería besarla, quería introducirse dentro de ella y hacerle olvidar esa mierda, ella no era egoísta, ni desagradable, ni estaba vacía. Era lo opuesto.

—No es lo que pienso, Beth —le apretó los testículos y le costó tragar—. Estaba enfadado.

—Eso ya lo sé mi amor —siguió coqueta—, tendrás que ser más explícito, quiero saber por qué.

—Ahora no Beth —suplicó—, por favor, ahora no.

—Sí, necesito saberlo y, si quieres entrar dentro de mí, tendrás que decírmelo, ahora.

—Te oí hablar por teléfono, no sé con quién hablabas, pero llamabas a Abraham maldito crío y deseabas que Amanda nunca lo hubiera traído. ¿Te imaginas cómo me sentí al oírte decir eso?

—No recuerdo haberlo dicho —era cierto—, pero seguro que entonces no conocía al chico. Ya sabes que soy una bocaza, no me gusta verte mal y, cuando él llegó, te hundiste y supongo que lo culpé a él.

—¿Sigues haciéndolo?

—Claro que no —dijo indignada—, adoro a tu hijo, y yo le gusto a él.

A él le gustaba más que a su hijo, eso seguro. Estaba harto de que ella lo torturara con ese juegucito de no dejar que la besara. La cogió de la cintura y la alzó contra la pared. Beth lo captó al segundo, lo introdujo en su abertura y él, sin vacilar, la penetró hasta al fondo.

Hizo una exclamación silenciosa, Johnny la conocía, estaba impresionada, no le había hecho daño.

—A mí me gustas más —dijo Johnny extasiado de volver a estar dentro de ella. Además sin protección, nunca lo hacían sin gomas y Beth lo acogía tan bien que supo que aquello era demasiado, no duraría mucho—, no puedes imaginarte cuánto llegas a gustarme a mí, cómo llego a desearte.

A Beth se le secaba la boca, con sus embestidas rápidas, fuertes, duras y certeras. Excepcional.

—Espero gustarte siempre más que a él, soy su madrastra, una madrastra buena —puntualizó.

—Hoy has sido mi hada madrina. No sé cómo voy a agradecerte lo que has hecho.

—Verte feliz es cuanto quería —contestó Beth con la voz entrecortada, sintiendo que explotaría de un momento a otro, Johnny se estaba dando mucho brío y le gustaba, eso debían repetirlo—. Cuando tú estás mal —lo cogió del cuello, mirándolo a los ojos lo besó—, yo no puedo estar bien, Johnny.

Sus palabras le llenaban el alma de luz y amor. Estaba perdidamente enamorado desde hacía meses. Era tanto lo que sentía que un *te amo* pugnaba por salir de su boca. Johnny la amaba, deseó decírselo

—Te quiero Beth —dijo sin poderlo contener más, estaba loco de amor por ella.

No le bastó con un vulgar te quiero, podía quererse a mucha gente y él no solo la quería, la amaba.

—Lo sé —contestó Beth incapaz de decirle que ella también, aunque lo cierto era que lo quería.

Johnny se sintió decepcionado por su contestación, pero eso no impidió que el placer se concentrara en la punta de su pene, no creía poder aguantar mucho más.

Beth sintió sus dedos mágicos sobre el clítoris, él la besó con ese arrojo que le volvía la cabeza del revés y se fue. En cuanto lo hizo, Johnny salió de dentro de ella, la dejó en el suelo y se corrió fuera.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó apoyada contra la pared intentando recuperar el aliento.

—¿No querrás quedarte embarazada? —dijo con una mueca de disgusto—. Esto es una marcha atrás.

—¿Tan malo sería que me quedara embarazada? —demandó Beth herida, mirándolo.

—¿Quieres quedarte embarazada, Elisabeth? —demandó incrédulo, frunciendo el ceño.

—No, claro que no —contestó negando al ver la cara de horror que él ponía.

No estaba segura, los niños no le disgustaban tanto como ella creía, podía imaginarse con una niña de los dos. Johnny había dicho que la quería, no lo dudaba, así se sentía, pero a Amanda la amaba o la había amado. A ella sí le dio un hijo y seguro que, de haberlo sabido, no habría puesto esa cara de espanto.

Treinta: Qué mala es la envidia

Una semana después, con la ayuda de Nana, Johnny y Abraham prepararon el mismo juego para Beth. Al final de las pistas, Beth encontró su regalo de cumpleaños, una Juke Box. Estéticamente le gustaba más la que ella compró y Johnny rompió, pero podía cargar ciento cuatro discos en lugar de veinte. Todos los que Beth apreciaba estuvieron, incluso Flor, que apenas podía andar de hinchados que tenía los pies, estaba a un mes de ser madre. Beth, que había descubierto con el chico que no se le daban tan mal los niños como ella creía, se sintió rara al mirar a Flor, la embargaba un malestar extraño al mirarla.

La semana siguiente le llevaron el niño a la madre de Amanda, ella se alegró mucho de ver a su nieto y se lo dejaron toda la tarde. Johnny aprovechó para ir a casa de sus padres e invitarlos a pasar el cuatro de julio en su casa. Aquello no convencía a Beth, el chico estaba muy emocionado con los cohetes y el padre de Johnny era capaz de tirar la noche por tierra, él era así. Johnny habló con él, lo amenazó, advirtiéndole que, si no se comportaba o hacía un solo comentario despectivo, lo echaría y no volvería a ver a su nieto, no llegaría a conocerlo nunca. El hombre, que aún no lo había visto, cedió e hizo lo que se le pidió.

Un mes después nació la hija de Flor, Steven y ella le pidieron a Beth que fuera la madrina. Cuando Beth cogió a la niña en brazos, reconoció aquella sensación extraña que había sentido con Flor, era envidia. Quería ser como Flor, comprendió que quería ser madre, la bebé era tan indefensa, pequeña y adorable. Quería una así de Johnny y ella, en su cabeza ya podía verla, sería una versión súper mini de ella, con el atractivo de su padre y su fortaleza, tendría tan buen corazón como él. El chico la cuidaría cuando fuera al colegio y Johnny podría vivir con ella todo lo que se había perdido con su otro hijo.

—Quiero verla —pidió Abraham poniéndose de puntillas mientras su padre lo cogía de los hombros.

Johnny lo cogió en brazos y él le rodeó con las piernas. Beth se acercó a ellos y se la enseñó.

—¿No te parece preciosa? —le preguntó Beth emocionada.

—¡Oh! —exclamó Abraham flojito mirándola—. ¿Puedo cogerla?

—No —contestaron Johnny y Beth a la vez y se sonrieron.

—No tiene gracia —se quejó Abraham cruzándose de brazos.

—¿Quieres cogerla, Johnny? —le preguntó Beth.

—No sé —dijo indeciso.

—Vamos, suelta al chico, ya verás qué pequeña es.

Johnny dejó a su hijo en el suelo, Beth le puso a la bebé en los brazos y él la meció. Beth alzó a Abraham y lo cogió en brazos para que pudiera ver a la niña.

—Sí que es pequeña sí —sonrió Johnny, le besó la cabeza—, me gusta cómo huelen los bebés.

—Deberían animarse —dijo Flor desde la cama, que veía cómo Beth miraba a su hija llena de anhelo.

Johnny soltó una carcajada tan fuerte que despertó a la niña y se puso a llorar.

—¿Por qué te ríes así? —preguntó Beth molesta, con los ojos muy abiertos.

Johnny meció a la niña negando con la cabeza con una sonrisa, le acarició la carita y ella se calló.

—Beth, para ser madre primero hay que estar embarazada —dijo Johnny—, y no te veo, y no porque no pueda ver. Sino porque en cuanto engordaras, te pondrías histérica, y si ya eres quejica y caprichosa un día normal, embarazada sería imposible aguantarte.

—Yo no soy quejica —se quejó y Johnny se rio—. ¿Crees que no puedo quedarme embarazada?

—Sé que puedes —contestó bromeando—, créeme, sabes hacer un bebé, y lo haces de lujo amor.

Flor se mordió el labio mirándolos. Beth se estaba enfadando, su cara enrojecía por momentos del cabreo que estaba cogiendo y parecía que él no se daba cuenta, pero se estaba enfadando de verdad.

—¿Crees que no sería una buena madre? —preguntó cada vez más cabreada.

—Tener un hijo no es abrazarlo un rato y ya está. Los bebés lloran, hay que estar día y noche pendientes de ellos, hay que hacérselo todo y no te veo cambiando un pañal con lo escrupulosa que eres.

—Nana se encargaría de cambiar los pañales.

—Que buena madre estás tú hecha —volvió a reírse.

Lo miró colérica, encima cuando sonreía era aún más atractivo. Apretó la boca con fuerza, para no mandarlo a la mierda delante de todos. Dejó al chico en el suelo y se alejó con intención de irse.

—¿Beth? —preguntó Johnny oyéndola alejarse.

—Me voy a la cafetería. Espero que no me pidan un carnet de persona perfecta para tomarme un café, si no, ya vendré a buscarte, para que tú, que eres tan perfecto y lo haces todo tan bien, me lo pidas.

—¿Te has enfadado? —preguntó sonriéndole.

Beth volvió, no iba a dejarse embrujar por su sonrisa cautivadora, cogió al niño del brazo.

—Flor, ya vendré a veros otro día, con más calma. Me llevo a tu hijo, espero ser capaz de cuidarlo.

—¿Por qué dramatizas tanto? —preguntó Johnny incrédulo—. ¿Te has enfadado de verdad?

—Búscate la vida para volver a casa, por el camino puedes ir pensando si me he enfadado. Adiós Steven —Beth salió de la habitación y dio un portazo que despertó a la niña y se puso a llorar otra vez.

—¿Papá no viene? —le preguntó Abraham cuando Beth arrancó el motor dispuesta a irse.

—Me temo que no, se queda aquí por hacerme enfadar —le contestó ella muy segura.

—A papá le gusta hacerte enfadar —se rio el niño—, es divertido.

Beth se giró en el asiento y lo miró, preguntándose si era cosa de él o era cierto.

—¿Él te lo ha dicho?

—Sí, le gusta que yo le cuente las caras que pones —siguió riéndose—. Cuando te enfadas, tu cara es así —puso cara de enfadado apretando mucho

los dientes y frunciendo el ceño.

—Yo no pongo esa cara —contestó Beth sin poder evitar sonreírle—, el del ceño fruncido es él.

Se dio la vuelta y salió del aparcamiento de camino a casa. El niño, en el asiento de atrás, ojeaba un cómic que tenía allí tirado. Beth iba echándole vistazos por el espejo retrovisor.

—¿Por qué te has enfadado con papi?

—Cree que no seré una buena madre. ¿Tú crees que yo sería una buena mamá?

—Sí —contestó indiferente, ojeando el cómic.

—¿Lo dices por decir? —no le contestó y miró por el retrovisor—. ¿Por qué crees que sería buena?

—Me haces reír, y a papá también. Papi dice que cuando te ríes el cielo es menos negro para él.

—¿Eso te ha dicho? —él afirmó con la cabeza—. ¿Qué más te ha dicho?

—No sé chica —contestó, Beth le sonrió, segura de que era su padre el que le había pedido que la llamara chica, no le gustaba que ella llamara chico a su hijo—. Que te quiere, dice que eres muy bonita.

—Él no puede verme para saber si soy bonita —contestó contrariada—. ¿Seguro que te lo ha dicho?

—Papi dice que como tiene los ojos estropeados, ve a la gente desde dentro y puede ver su interior.

—Tu papi es muy listo, pero se ha pasado de la raya diciendo que no seré una buena madre.

—Era una bromita.

—Pues la bromita le va a costar un viaje en taxi hasta casa.

—¿Por qué?

—Por hacerme enfadar.

—¿Cuándo se te pasará?

—¿Quieres que se me pase? —desde el retrovisor lo vio afirmar con la cabeza—. A tu papi le gusta hacerme enfadar. ¿Sabes a quién me gusta hacer enfadar a mí? —él negó—. A Nana. ¿Cuando llegemos le dirás una cosa que yo te diga, sin decirle que yo te he dicho que se la digas?

Beth se pasó todo el camino diciéndole cosas, se las hacía repetir como un loro para que él no se olvidara, una y otra vez. Beth se partía de risa al imaginar la cara de Nana cuando se las dijera.

Llegaron a casa y fueron a la cocina directos. Beth cogió una revista para disimular.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Nana cuando entraron en la cocina.

—Tu nieta es la niña más bonita y adorable del mundo —contestó Beth sincera—, es una monada.

—Nana, desde que eres abuela, te veo el culo más gordo —intervino Abraham.

Beth se tapó la cara con la revista, para disimular, pero no pudo evitar soltar una carcajada.

—Gracias señorito Abraham —contestó Nana sin inmutarse—. ¿Dónde está su padre?

—No sé si llegará a tiempo de comer —dijo Beth—, reírse de mí le ha costado quedarse en tierra.

—¿Lo ha dejado en el hospital y se ha venido sin él? —la acusó Nana con la mirada sin creerla.

—Eso le pasa por reírse de mí —se encogió de hombros ojeando el Cosmopolitan.

—Nana —siguió Abraham—. ¿Ahora que eres abuela usarás bastón?

Beth sonrió ojeando la revista, tenía al chico bien enseñado, eso era de su propia cosecha.

A la hora de comer Johnny aún no había vuelto. Beth miraba la hora una y otra vez, preguntándose si debía ir a buscarlo. Después recordaba cómo se había reído de ella y se le pasaban las ganas de ir.

—Señorita Beth —salió Nana al porche—, Abraham ha ido a echarse un rato, quiere que suba a acabar de leerle el cuento —Beth se puso de pie, cuando pasó a su lado la cogió del brazo—. Le agradezco la forma tan sutil que ha tenido de felicitar-me, mandando a Abraham a que me calentara la cabeza.

—No sé de qué me hablas —se hizo la inocente.

—Estoy muy orgullosa de ser abuela y de mi hija, veamos cuándo su madre puede decir lo mismo.

Beth sintió como si le hubiera dado una patada en el estómago. Decían que no ofendía el que quería, sino el que podía. Nana no solo la había ofendido, la había herido, porque ella tenía toda la razón.

—Eso ha sido un golpe bajo, te has pasado —le advirtió con la voz rota, entrando dentro de la casa.

Beth subió a su habitación y no pudo evitar llorar pensando que ella estaba en lo cierto, seguramente Johnny también. ¿A quién trataba de engañar? ¿Ella madre? Era como un chiste sin gracia.

—¿Estás llorando, Beth? —la sorprendió Abraham.

—No —contestó limpiándose los ojos—, claro que no. ¿Por qué iba a llorar?

—Yo no soy papá —le recordó Abraham—, veo tus ojos y tienes lágrimas —dijo apoyado en la puerta.

—Mira que eres listo —le dijo orgullosa—. Si me das un abrazo muy fuerte, seguro que se me pasa.

El chico ni lo dudó, corrió hacia ella al tiempo que se agachaba para cogerlo en brazos. Se fundieron en un abrazo. Beth pensó en lo mucho que lo iba a extrañar cuando Amanda fuera a por él. Intentaba no pensar en ello, pero cuando llegara el momento no estaba segura de que estuviera lista.

—¿Lloras por lo que te ha dicho papi? —preguntó Abraham separándose y buscando su mirada.

—No —lo llevó a la cama—, papi estaba de broma y yo también, yo no quiero ser mamá.

—A mí me gustaría tener un hermanito, así podría jugar con él.

—De tener un hijo, sería una niña —contestó Beth—. La peinaría y vestiría de princesa. ¿O quieres que lo haga contigo? —le preguntó de broma.

—No —frunció el ceño Abraham cuando lo dejó en la cama—, yo quiero un hermanito.

—Ya —se sentó Beth a su lado y se tumbó—, pero no siempre podemos tener lo que queremos.

Se la quedó mirando frunciendo mucho el ceño, hacía aquello cuando estaba pensando en algo profundamente. Casi podía ver su cerebritito moverse, era un niño muy inteligente y con mucha memoria.

—¿Tú si puedes tener lo que quieres y yo no?

—Bien contestado —dijo orgullosa—, no vas a tener un hermanito, así que no debes preocuparte.

—Serás una buena mamá —le aseguró sonriéndole—, de madrastra eres la mejor.

Beth lo abrazó agradecida. Decidió acabar el cuento cuando estuviera Johnny. Cogió un cómic y él se quedó apoyado en su pecho, mirando las viñetas mientras ella le leía.

—Te quiero chica —dijo el niño somnoliento pasado un rato.

—¡Oh, cariño! —se cubrió la boca emocionada, los ojos se le inundaron—. Yo también te quiero.

Le besó la cabeza y lo tumbó bien, se tumbó a su lado observando cómo se iba durmiendo.

Se había encariñado con él, lo quería y, cada vez que pensaba que los días pasaban, la desazón crecía. Por eso había dejado de pensar en eso e intentaba disfrutar de los momentos que les correspondían con él, pero cada día le parecía más injusto. Amanda lo había tenido casi cuatro años, Johnny solo un verano. Mientras lo observaba dormir, se dio cuenta de que nunca estaría lista para dejarlo marchar. No podía permitir que Amanda se lo llevara, no estaría mejor en ningún otro sitio que allí, con ella y su padre.

Se despertó de la siesta con un horrible dolor de cabeza y la boca seca, aquello le recordó a la mañana después de salir con Ben, aunque en muy inferior medida. Tenía la nuca empapada en sudor, pensaba cortarse el pelo. Se refrescó, se lavó la cara y los dientes, bajó a buscar a Johnny, tenía el

estómago revuelto, las siestas no le sentaban nada bien. Decidió tomarse un café antes de enfrentarse a él.

—Señorita Beth —dejó de mover la escoba Nana al verla entrar en la cocina—, lamento mucho lo que le he dicho, ha estado fuera de lugar y ha sido muy cruel, yo no...

—Déjalo Nana —la interrumpió Beth, no quería que se disculpara—, no importa. Necesito un café.

—Siéntese, yo se lo preparo —se apresuró Nana.

Bostezó e hizo lo que ella le había dicho, se sentó, estaba cansada, las siestas no eran buenas.

—¿Dónde está Johnny? —preguntó después de bostezar.

—Todavía no ha vuelto.

—¿Dónde está el chico? —se puso de pie alarmada, el corazón se le aceleró hasta la taquicardia.

—Está con Harry —contestó Nana apresurada al ver cómo se alteraba.

—¿Estás segura? —le preguntó con la mano en el corazón.

—Yo misma lo he bajado y Harry lo subirá antes de irse a casa.

—¡Qué susto, por Dios! —se quejó volviéndose a sentar—. Como después de la siesta siempre vamos a la piscina, pensé que se había ido solo.

—¿Se encuentra bien?

—Lo cierto es que no, necesito ese café.

—Enseguida estará listo.

Mientras se tomaba el café charló con Nana, algo poco habitual. Le explicó sus sospechas sobre que Flor no quería volver a incorporarse. Nana le dijo que Steven no quería que trabajara tanto y Beth lo comprendió, con la niña iba a tener bastante trabajo en casa. La iba a echar de menos, tendrían que buscar a alguien para que ayudara a Nana, ella no podía encargarse de todo para siempre.

Fue al hospital a buscar a Johnny. Flor y Steven le dijeron que se había marchado un rato después de ellos. No comprendía dónde debía estar. Volvió a casa, pensando que lo encontraría allí. Nana le dijo que había llamado para avisar de que no iría a cenar, así que cenaron delante de la tele, después metió

al chico en la cama y le leyó otro cuento mirando la hora cada dos minutos cada vez más preocupada.

—Ya debería estar aquí —le dijo a Nana angustiada mientras la mujer trataba de cenar—. Debería llamar al Sheriff, esto no es normal, Armando no lo ha visto. ¿Dónde estará? —miró otra vez la hora.

—No tardará —le aseguró Nana, a la que Johnny le había dicho que quería escarmentarla.

Beth cogió una cerveza y salió al porche trasero, estaba tan preocupada que ya no recordaba ni por qué lo había dejado en el hospital. Cuando se acabó la cerveza, entró a por otra y se cogió una revista.

—Estás en territorio hostil, amor —la sorprendió Johnny al llegar.

—¡No me llames así! —exclamó poniéndose de pie.

—¿Te excita verdad?

El verbo excitar ya era excitante viniendo de sus labios finos y suaves.

—¿Tienes idea de lo preocupada que estaba por ti? —ignoró la pregunta acercándose a él.

—Para eso lo he hecho —la cogió de la cintura y la besó—. Yo también quiero una cerveza.

—¡Te parecerá bonito! —exclamó molesta, separándose de él—. ¿Dónde has estado?

—Casi tan bonito como que me hayas dejado tirado en el hospital —contestó él acercándose al balancín—. No llevaba mi bastón —se quejó—, no te imaginas el mal rato que he pasado.

—Eso te pasa por reírte de mí —dijo sentándose con él—, además he ido a buscarte.

—Si claro, a media tarde —parecía que estaba de buen humor. Beth quería saber de dónde venía—. ¿Qué esperabas, que estuviera amarrado a la puerta del hospital esperándote como un animal fiel?

—¿Cómo que fiel? —preguntó Beth molesta—. ¿Dónde y con quién has estado?

—Es un secreto —sonrió Johnny disfrutando de hacerla rabiar un poco.

—Yo no me río ni un poquito —dijo cada vez más cabreada—, ya puedes

quedarte aquí o volver de donde sea que vengas. Porque pienso atrancar la puerta de la habitación para que no entres.

Johnny se echó a reír, Beth fue a levantarse para irse enfadada y él la cogió del brazo. Dejó que se levantara y después tiró de su brazo sentándola en su regazo.

—Me encanta cuando te enfadas —intentó besarla y ella se apartó, la cogió fuerte de la cintura para que no se marchara—, hasta enfadada eres pura dulzura.

—¿Dulzura? Verás por donde te va a salir la dulzura esta noche —dijo rabiosa forcejando—. ¡Suéltame!

—Shhhh, no grites amor, la gente está durmiendo.

—Entonces suéltame.

—Si te quedas conmigo y me invitas a una cerveza —le ofreció Johnny.

—Creo que la cerveza ya te la has tomado por ahí. ¿Dónde cojones has estado?

—Que mal queda esa palabra en tu boca —negó con la cabeza, buscando sus labios y acariciándolos.

—A ti te encanta decirla cuando estás enfadado —apartó la cara para que no la tocara.

—Ahora no lo estoy —le sonrió.

—Eso ya lo veo —dijo ella apretando la boca enfadada.

—Eres mis ojos Beth, no vuelvas a dejarme tirado —le advirtió—, he estado con Ben.

—¿Ben a estado aquí y no ha venido a verme?

—¿Celosa? —enarcó una ceja.

—Un poco —contestó contrariada—. ¿Dónde has ido con ese picaflor?

—Te recuerdo que es más amigo mío que tuyo. ¿Y desde cuando es un picaflor? —se carcajeó Johnny.

—Yo le caigo mejor —contestó ella muy segura.

—Lo dudo, solo que le gusta mirarte el culo.

—Ben no me mira el culo —le dijo indignada, esperaba que no empezara con sus absurdos celos.

—Lo hace amor, créeme, lo conozco antes que tú y muy bien. Le mira el culo a todas, sin excepción. Hemos ido a comer —le explicó soltándola—, después nos hemos puesto a hablar y a hablar, una cosa ha llevado a otra. Cuando me he dado cuenta Armando estaba allí y había una botella de tequila de por medio.

—¿Ha vuelto con Amber? —preguntó Beth más relajada acariciándole el pelo.

—¿Qué va! —exclamó—. Ya lo oíste, se ha acabado, mucho le ha durado. ¿Tú qué tal? ¿Qué has hecho?

—Lo de siempre —se encogió de hombros indiferente—. ¿Sabes qué me ha dicho el chico?

—¿Que se llama Abraham? —aventuró Johnny.

—Muy gracioso, me ha dicho que me quiere, así, ha salido de él.

—¿Quién puede no quererte? —le acarició el culo besándola.

—También me ha dicho que disfrutas haciéndome enfadar.

—Porque me encanta hacer las paces después —contestó Johnny mordiéndole el labio—. ¿Qué ha pasado con Nana? —preguntó poniéndose serio.

—Nada —contestó ella encogiéndose encima de él, escondiéndose en su cuello.

—Beth, sé que ha pasado algo, si no, no te preguntaría.

—Le he dicho al chico que la molestara y se ha desquitado —negó con la cabeza—, es normal.

—No sé qué te habrá dicho, pero si quieres hablo con ella, aunque estaba muy arrepentida.

—No importa, lo que me ha dicho era verdad.

—¿No quieres contármelo? —le acarició la mejilla.

—Me ha dicho que estaba muy orgullosa de ser abuela, que a ver si mi madre podía decir eso algún día, o algo así. Y para que lo sepas, tu hijo creer que seré una buena madre.

—Un niño de tres años.

—El mes que viene es su cumpleaños —le recordó.

—¡Ah, Perdón! —rectificó Johnny—. Cuatro años, entonces no se equivoca, seguro que tiene razón.

—Gracias por pensar que seré una mala madre —dijo Beth herida intentando no ponerse a llorar.

—Yo no pienso eso, cariño —le aseguró Johnny—. Has cambiado mucho desde que llegaste Beth, has madurado, es innegable y estoy orgulloso. Pero eres demasiado joven y ni siquiera quieres ser madre.

—Qué sabrás tú lo que yo quiero —contestó hastiada.

—Mejor que tú —contestó muy seguro, sabía lo que le pasaba, él estaba igual—. ¿Quieres apostar?

—Lo que quieras.

—Hecho —contestó Johnny abrazándola—. Sé cómo te sientes porque yo me siento igual —dijo serio acariciándola—. Pensar que Abraham se irá el mes que viene me produce una sensación de vacío que cada día me resulta más difícil ignorar, pero eso no nos da derecho a intentar sustituirlo. Sería injusto para él, para el niño y para nosotros, que ni siquiera queríamos ser padres. ¿No crees?

Johnny tenía razón, no era solo eso, también se sentía insegura respecto a él. La quería y ella lo sentía así, lo sabía, pero Amanda siempre estaría por encima de ella. Le había dado un hijo, no podía competir contra eso, pero como él había dicho, eso no era motivo para tener un bebé. No estaba preparada.

—Tienes razón —pegó su nariz al cuello de él, estaba a punto de ponerse a llorar.

—Nunca apuestes contra alguien si no estás segura de ganar —le aconsejó Johnny.

—No quiero que Amanda se lo lleve, Johnny —escapó un puchero de sus labios.

—Yo tampoco —le acarició la mejilla, no quería que llorara—, pero es su madre y tiene derecho a hacerlo. Además, no es que no vayamos a verlo más Beth, es solo que no vivirá aquí.

—¿Y cuándo lo veremos? —demandó alzando la cabeza y mirándolo a la cara—. ¿Por navidad y las vacaciones de primavera? No es justo Johnny, ella lo ha tenido cuatro años y tú un verano. Además, no sabemos si se preocupará por él, si cuidará bien de él, el mes pasado solo lo llamó dos veces.

Beth se pegó a su pecho y no pudo evitar llorar. A Johnny le partía el corazón que sufriera, él también lo estaba pasando mal, la abrazó con fuerza. Él tampoco creía que fuera justo. Amanda lo había tenido toda su vida y él un solo verano, pero no quería alentar a Beth, Amanda no renunciaría a él.

—No llores Beth, aún nos queda un mes, si estás triste no podrás disfrutar; además, él se dará cuenta.

—Hoy estoy muy sensible —lloró más fuerte—, deja que me desahogue, mañana estaré bien.

—Yo te cuidaré Beth —le aseguró Johnny—, pase lo que pase, siempre cuidaré de ti.

Fue un caluroso mes de agosto que pasó volando. Johnny le regaló un poni a Abraham, él no cabía en sí de felicidad. Beth se tomó el mes de vacaciones, quería pasar el mayor tiempo posible con Johnny y el chico. Hicieron muchas cosas juntos, como si no existiera un mañana, procurando no pensar en lo deprisa que se acercaba la fecha que ambos temían. Amanda llamó a su hijo dos veces durante todo el mes.

Beth preparó una fiesta por todo lo alto en el cenador junto a la piscina. Invitó a todos los niños del pueblo con los que él jugaba en el parque, contrató a un payaso, compró hinchables y pistolas de agua. Abraham recibió un montón de regalos, incluso sus abuelos estuvieron, los tres, el padre de Johnny había cambiado de actitud con él, se comportó debidamente. La madre de Amanda esperaba que ella llegara en cualquier momento, pero no apareció, ni siquiera llamó, y Abraham, por supuesto, se dio cuenta.

—Beth dice que has tenido un montón de regalos —dijo Johnny arropándolo—. ¿Lo has pasado bien?

—¿Por qué no ha venido mamá? —preguntó Abraham apenado—. ¿Está enfadada conmigo?

Beth, que estaba en la puerta mirándolos, se dio la vuelta y se fue, no quería ver aquello. Abraham lo había pasado bien, pero no había dejado de mirar el caminito, esperando ver aparecer a su madre.

Unos días después fueron a despedir a María. Ella y Beth iban a echarse mucho de menos, sus tardes de cotilleos, maquillaje y batidos, sus charlas interminables, poderse apoyar en la otra sabiendo que nunca le fallaría, la una era la confidente de la otra. Johnny rodeó los hombros de Beth que, emocionada, se despedía con la mano de María, que estaba en el coche. María había sido la primera amiga que había hecho en Smithville y estaba muy orgullosa de ella, de cómo había crecido y madurado en esos dos años.

Al llegar a casa Nana les dijo que Amanda estaba en la sala de estar. Abraham salió corriendo a ver a su madre, Johnny soltó a Beth y fue tras él. Beth no podía moverse, sintió que se rompía por dentro. Se le formó un nudo en la garganta, la emoción y la tristeza la abrumaban. Despedirse de su mejor amiga había sido demasiado duro, no quería despedirse también del chico el mismo día, no creía poder aguantarlo.

—¿Está bien señorita Beth? —preguntó Nana mirándola.

Esa pregunta era la que menos necesitaba escuchar. No, no estaba bien. Se abrazó a sí misma y negó incapaz de hablar, intentando contener las lágrimas que hacían que Nana cada vez se viera más borrosa.

Nana la abrazó y ella rompió a llorar, inclinándose a la altura de la mujer.

—No puedo Nana —se lamentó—, no podemos perderlo, no quiero, lo quiero con nosotros —lloraba.

—Ya está —le acariciaba la espalda Nana, emocionada al ver la congoja que la embargaba—. Vamos —la guío a la cocina—, le prepararé una tila, debe serenarse, el chico no debería verla así.

En la sala de estar Abraham abrazaba a su madre, que se ocultaba tras las gafas de sol, apenas podía mantener los ojos abiertos. No se encontraba bien, había perdido la noción del tiempo, de la realidad, se sentía una desconocida y su hijo, al que apenas reconocía, no se callaba. Aquel verano había sido brutal, había conocido a mucha gente, se había sentido más libre que nunca, de una fiesta a otra. Y allí estaba, en el punto de partida, no estaba segura de lo que le habían dado la noche anterior, pero la resaca era mortal. Necesitaba despejarse y la solución esperaba en su bolso, solo necesitaba un poco de privacidad.

—Abraham —le cortó—, necesito hablar con tu padre, vete por ahí a jugar o a hacer algo así.

Johnny la oía hablar y no la reconocía, no era la Amanda que él había conocido. Estaba afónica, parecía que le costaba hablar y alargaba las palabras. Recordó lo que Beth le había dicho de los porros.

—¿Estás enfadada? —preguntó el niño mirándola apenado—. ¿He hecho algo malo?

—No —pensó qué decirle, no se le ocurría nada, estaba deprimida—, tengo que hablar con tu padre.

—Es hora de merendar —intervino Johnny descolocado al escuchar hablar a Amanda.

Abraham se levantó del sofá y, con la cabeza gacha, fue a la cocina. Nana y Beth hablaban sentadas a la mesa cuando se acercó y vio la cara de Beth; fue hasta a ella corriendo, parecía muy triste.

—¿Estás llorando? —se apresuró a abrazarla, le acarició la cara apartándole el pelo—. ¿Qué te pasa?

Beth se obligó a sonreír para no hacerlo sentir mal, el chico la abrazó y ella quiso no separarse de él nunca más. Lo achuchó con fuerza, no podía fingir que estaba bien, estaba destrozada.

—Estoy triste porque María se ha ido a la universidad y no la veré en unos meses. Enseguida se me pasa —se lamió los labios y fingió otra sonrisa—. ¿Estás contento de que haya venido tu mamá?

—Ella no está contenta de verme —contestó él haciendo un puchero—, creo que también está triste.

Beth sintió que el fuego rugía en su interior. No iba a permitir que esa mujer le hiciera daño al chico, ya bastante le había hecho con su ausencia el día de su cumpleaños, con las semanas enteras sin dignarse a coger un teléfono para averiguar cómo estaba su hijo y hablar con él. Y lo que le había hecho a Johnny.

—¿Cómo no va a estar contenta de verte? —dijo Beth apartándole el pelo de la cara como él le había hecho. Intentó serenarse por él—. Seguro que está muy feliz, debe haberte echado mucho de menos.

—Está enfadada conmigo —negó él sin creerla y empezó a llorar—. ¿Por qué Beth? ¿He sido malo?

—¡No! —le aseguró Beth—. No has hecho nada malo y ella no está enfadada —la que se estaba enfadando era ella, y además de verdad—, así que no llores que te pones muy feo. ¿Por eso te has ido?

—Ha dicho que tenía que hablar con papá y papi ha dicho que tenía que merendar.

—Pues a merendar se ha dicho —intentó sonar entusiasta, no engañó a nadie—. Iré a hablar con tu mamá y veré qué le pasa, ¿vale? —él afirmó y ella lo dejó en el suelo levantándose—. ¿Te encargas Nana?

—Claro —pasó a su lado para salir de la cocina—, antes de salir, refrésquese un poco —le aconsejó.

Fue al baño siguiendo el consejo de Nana, no quería que Amanda la viera hecha un cuadro. Pensaba plantarle cara, no había derecho a que hubiera hecho llorar al niño. Abrió la puerta del baño, ella estaba allí.

—Lo siento —apartó la vista y cerró, se quedó mirando la puerta extrañada. ¿Qué estaba haciendo? No había podido verla bien, pero no estaba usando el lavabo, volvió a abrir—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Te importa? —le preguntó Amanda limpiándose la nariz.

—¿Eso es droga? —preguntó Beth horrorizada mirando la bolsita que tenía en la mano. Amanda no sabía qué hacer, qué decirle, su cerebro se estaba reactivando, pensó en ofrecerle, pero ella se le adelantó—. ¿Te estás drogando con tu hijo en la habitación del lado? —le recriminó incrédula.

Descartó ofrecerle, debía impedir que se lo dijera a Johnny, no le gustaría nada, en la universidad ni siquiera le gustaba que fumara, lo dejó por él. Igual que pospuso su vida para estar con él, para que luego la dejara tirada y embarazada. No quería enfrentarse a él, no estaba en condiciones.

—No es de tu incumbencia —contestó Amanda.

—Seguro que sí es de la incumbencia de su padre —contestó Beth apretando la boca.

—No se lo vas a decir a Johnny —intentó ganar tiempo buscando la solución.

—Yo no apostararía por ello —dijo Beth rabiosa con intención de irse—, se lo voy a decir ahora mismo.

—No lo harás, si quieres que Johnny vuelva a ver a Abraham —salió del paso como pudo.

Beth se la quedó mirando con asco, preguntándose qué estaba haciendo con su vida. Había visto fotos de ella, no quedaba nada, tenía la piel del color de un muerto, unas enormes ojeras negras cubrían sus ojos tristes y estaba en los huesos. Si no fuera quien era, se compadecería de ella, pero era Amanda y odiaba todo cuanto representaba, más en ese momento que la amenazaba y la tenía bien cogida.

—No puedes hacer eso —dijo Beth espantada.

—Sí —Amanda guardó la droga en su bolso, volvió a ponerse las gafas de sol que le estaban haciendo de diadema, la niebla de su cerebro se estaba despejando—, puedo hacerlo y lo haré si abres la boca.

Beth se sintió impotente, claro que podía hacerlo, era su madre y Johnny no constaba en ningún sitio.

—¿No le has hecho suficiente daño ya? —preguntó cabreada, cerró la puerta y volvió a mirarla—. Deja aquí al chico —le exigió—, tú no puedes cuidarlo y Johnny podrá recuperar el tiempo perdido. Estos tres meses han pasado demasiado rápido y se lo debes, a los dos. Aquí cuidaremos de él, seguiremos llevándolo a ver a tu madre, cuando quieras verlo podrás venir y llevártelo, pero vivirá aquí, con su padre.

Se giró en el espejo y se atusó su melena pelirroja y rizada mientras lo pensaba. No quería volver a la vida que tenía, no quería volver a sentirse una esclava, quería seguir siendo libre y aquella era la solución. Aquella estúpida se la estaba sirviendo en bandeja, podría ir a verlo cuando quisiera, y todos contentos.

—Parece que lo habéis pasado muy bien jugando a la familia feliz con mi hijo —eso le molestaba.

—Johnny tiene tanto o más derecho que tú. ¿Vas a dejar que viva aquí? —tragó saliva nerviosa.

No le había dicho que no, tampoco que sí. Beth le rogó a Dios que le concediera aquello, volvería a ir a misa los domingos, haría donativos, voluntariados, lo que hiciera falta, pensaba desesperada.

—No le dirás nada a Johnny —le advirtió Amanda señalándola—, esta conversación nunca ha existido. Si Johnny me hace un solo comentario o reproche, me llevaré Abraham y no volveréis a verlo.

—De acuerdo —contestó Beth sin poder creerlo—, pero se queda con nosotros —quiso dejar claro.

No podía creerlo, quería hacerlo pero era demasiado bonito para ser cierto.

—Bien —Amanda la miró—, a ver qué tal lo llevas princesita, una cosa es un verano y otra toda la vida.

A Beth no le gustó nada el desprecio con el que le hablaba, iba a contestarle que era una egoísta e iba por muy mal camino, la pena que daba, cuando Johnny llamó a la puerta y le preguntó a Amanda desde el otro lado si todo iba bien. Era lo mejor que podía pasarle, no quería que su lengua lo fastidiara todo.

Amanda se llevó el dedo índice a los labios pidiéndole a esa cursi que callara, pasó a su lado y abrió la puerta.

—Lo siento, no me encuentro bien, he estado enferma, por eso no vine al cumpleaños —mintió.

—¿Qué tienes Amanda? —preguntó Johnny preocupado—. ¿Qué te ocurre?

Beth vio cómo Johnny se angustiaba por ella y los celos afloraron, esa zorra sin corazón no lo merecía.

—Hablemos en la sala —rodeó Amanda el brazo de Johnny—, tengo una proposición que hacerte.

Beth los observó alejarse, procurando no hacer ruido los siguió y se quedó en la puerta escuchando.

—¿Has estado fumando droga? —le preguntó Johnny cuando se sentaron.

—Claro que no —mintió Amanda haciéndose la ofendida.

—¿Entonces qué te pasa? Tu actitud no es normal —se quejó—, entiendo que hayas cambiado, todos cambiamos. Sé lo unida que estabas a tu padre y lo mucho que su muerte pudo afectarte, lo difícil que debió resultarte ser madre soltera, pero es que no encuentro nada de la Amanda que conocí en ti, nada.

—¿Acaso te importa lo que me pase? —cada vez se sentía más despejada y su cerebro funcionaba a toda prisa—. Tú ya has rehecho tu vida con como se llame, esa rubia tonta nunca será la madre de mi hijo.

—Ni pretende serlo —contestó Johnny. Beth abrió la boca sin creer que él no la defendiera—. Quédate Amanda —le pidió Johnny y ninguna de las dos daba crédito—, tú y Abraham, quedaros aquí.

—¿Aquí? —demandó Amanda—. ¿Aquí dónde?

—En casa, esta siempre fue tu casa. Te noto triste —buscó su mano en el sofá y la cogió entre las suyas—, deprimida, sea lo que sea lo que te pasa, aquí estarás bien. No quiero que estés mal, pecosa.

Beth no podía creerlo, se sentía traicionada. Le daban la espalda y Amanda no podía ver cómo temblaba de rabia, celos y envidia. Ella no le llegaba a la suela de los zapatos, no era buena persona, ni había dudado en dejar allí a su hijo, parecía que era un estorbo y encima era una drogata. Y sin embargo, Johnny seguía enamorado de ella, después de prometerle que no la amaba, que no la perdonaría nunca.

—Creí que nunca volverías a llamarme así —sonrió con añoranza Amanda, había sido muy feliz con ese hombre en otra vida, le acarició la cara—. ¿Qué opinaría como se llame de que me quede aquí?

Johnny seguía muy enfadado con Amanda, era verdad que no quería que estuviera mal, había sido alguien muy importante en su vida. Ya no lo era, ni siquiera sabía si sería capaz de perdonarle algún día lo que le había hecho. A pesar de eso, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para no perder a su hijo.

—Yo me encargo de Beth —apartó la cara para que no lo tocara—, puedo controlarla.

—Te lo agradezco, de veras Johnny, pero tú estás casado y yo debo seguir con mi vida. Como te he dicho, ya no estoy con ese idiota que me dejó tirada, he de volver a Washington y buscar trabajo.

—No te retiene nada allí —la interrumpió desesperado—, quédate con tu madre —le pidió.

Beth se llevó la mano al corazón, ver a Johnny tan desesperado porque ella no se alejara era más de lo que podía aguantar y, sin embargo, no se movió. Se quedó donde estaba, esperando que ella cumpliera.

—Estoy tan arrepentida del daño que te he hecho —dijo sincera, le gustaba que volviera a tratarla bien—, lo siento tanto Johnny. Por eso, he pensado que de momento, hasta que tome las riendas de mi vida, Abraham podría quedarse a vivir contigo, juntos podréis recuperar el tiempo del que yo os privé

Johnny pensó que el corazón se le salía del pecho, era cuanto quería, no perder a su hijo.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto —sonrió Amanda contenta de ver lo feliz que eso le hacía.

Quería saltar de alegría. Ir a buscar a Beth y decírselo, ella se alegraría tanto como él, había sido un día duro con la despedida de María, estaba seguro de que esa noticia le alegraría.

—Eres tan generosa —le dijo enormemente agradecido negando con la cabeza.

Beth no lo aguantó más, se sintió estúpida y traicionada, una imbécil segundona, un premio de consolación del que él disfrutaba ya que no podía tener a su gran amor de toda la vida. La envidia más pura llenaba su sistema nervioso, le había costado reconocer ese sentimiento la primera vez que lo sintió. En ese momento, se sintió la persona más celosa y envidiosa del mundo, y qué mala era la envidia.

Subió a su habitación, se cambió de ropa y salió a correr. Necesitaba liberar tanta rabia acumulada.

Treinta y uno: A mil millas de distancia

Johnny fue a la cocina a buscar a Abraham y a Beth, estaba deseando darles la buena noticia. Abraham no estaba seguro de cómo se lo iba a tomar, esperaba que bien, pero también comprendería que quisiera estar con su madre; la que se iba a alegrar tanto como él era Elisabeth. Le preguntó a Nana por Beth y ella, extrañada, le dijo que no sabía dónde estaba. Amanda y él hablaron con Abraham, a él le pareció bien, su madre prometió llamarlo dos veces a la semana e ir a verlo antes de que acabara el año.

—¡Beth! —exclamó Abraham cuando oyó la puerta, se levantó del sofá y fue corriendo a buscarla—. Tenías razón, mamá no estaba enfadada —le dijo con la voz entrecortada por la carrera. Beth se agachó y lo cogió en brazos—. Me quedo a vivir aquí —dijo entusiasmado saltando encima de ella.

—Esa sí que es una buena noticia —mover los brazos haciéndolo saltar—. ¿Estás contento?

—¿Qué es más que mucho?

—No sé —le sonrió Beth y entonces vio a Johnny acercarse—. ¿Muchísimo?

—Pues mucho más —se rio el niño.

—Pues yo muchisísimo más que eso —le aseguró ella besándole la mejilla y dejándolo en el suelo.

—Eso es imposible —se quejó él—. ¿Dónde estabas? Te hemos esperado para cenar, pero no venías.

—He salido a correr —contestó Beth—, me voy a la cama —miró a Johnny—, que tu papi te acueste.

Johnny esperó que ella se acercara feliz y lo besara, que le dijera algo, pero no lo hizo, la oyó alejarse sin decirle nada. No comprendía qué le pasaba. Se quedó viendo la tele con Abraham y después lo acostó, él quería que le leyera un cuento, así que se inventó uno sobre la marcha, sobre un caballo que quería volar.

Cuando se metió en la habitación le habló a Beth y ella se hizo la dormida, conocía perfectamente el sonido que hacía cuando dormía. Respiraba muy fuerte, era inconfundible y no lo estaba haciendo.

—Buenos días —dijo al día siguiente seca al entrar en la cocina—. Nana, a partir de hoy, cada domingo voy a ir a la iglesia, si quieres que te lleve saldré en cuanto haya desayunado.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan religiosa? —sonrió Johnny esperando que ella lo besara.

—No es tu incumbencia.

Johnny pestañeó, preguntándose por qué ella estaba tan cabreada aquella mañana.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Te has levantado con el pie izquierdo esta mañana?

—Chico —ignoró a Johnny cambiando el tono de su voz a una amable—. ¿Quieres venir a la iglesia? Hoy tu papá va a hacer una donación muy cuantiosa, el cura se va a poner muy contento. A lo mejor hasta baila encima del púlpito de la alegría que le dará —el niño se rio imaginándolo.

—¿De qué estás hablando? Yo no pienso hacer ninguna donación a la iglesia. ¿Qué te pasa?

Beth lo ignoró y salió de la cocina, fue a la caja fuerte. Con la combinación que le había dado tanto tiempo atrás la abrió, era la primera vez que lo hacía. Había mucho, muchísimo dinero, además de documentos, ojeó algunos y, en una carpeta, encontró unas fotos. No era capaz de hallar una explicación a por qué Johnny, que no podía ver, tenía fotos de ella desnuda en el lago, eran de poco después de llegar.

Los días siguientes Beth se mostró esquiva, no lo quería cerca, estaba estúpida, arisca e incluso borde. La duda de si estaba insatisfecha porque Abraham se quedara en casa lo asaltó, pero después la oía hablar o bromear con él y sabía que no era eso lo que le pasaba, le pasaba algo con él y no quería hablarlo.

Al entrar en la habitación, ella ya estaba en la cama, esa noche no pensaba dejar que se hiciera la dormida. Había pasado de todo a nada en tres días, había cortado por lo sano sin una explicación. Estaba harto de que lo apartara, de que solo le dijera bordarías, incluso Abraham le preguntó que le había hecho.

—¿Vas a contarme qué te pasa? —preguntó metiéndose en la cama.

Beth apretó la boca, no contestó. Se acercó en la cama y rodeó su cintura con un brazo, acercándola a él. Ella no quería ni que la tocara, había pensado que su cabreo iría a menos, pero cada vez iba a más.

—No me toques —le advirtió—, no quiero que vuelvas a tocarme, quiero que te vayas de mi cama.

—¿De qué estás hablando Beth? —la cogió más fuerte para que no se le escapara, ella forcejeó pidiendo que la dejara, no pensaba hacerlo y no había mucho que ella pudiera hacer contra él, la cogió de la muñeca y la puso boca arriba—. Me tienes loco, dime qué te pasa y acabemos de una vez con esto.

—Sí, quizás eso deberíamos hacer —contestó mirándolo—, acabar de una vez.

—¿Qué? —demandó Johnny sin creer que quisiera dejarlo, se colocó encima de ella.

—¡Apártate! —le advirtió y él negó—. No quiero hacerte daño, así que quítate de encima mío.

—¿Tú vas a hacerme daño a mí, florecilla? —se río—. Dime qué te pasa amor —le acaricio la cara.

Beth apartó la cara para que no la tocara, tratarla con delicadeza o hacerle la pelota no le iba a servir de nada. Le había hecho una advertencia, él se lo había buscado, le dio una bofetada con la mano abierta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —demandó Johnny cabreado. Buscó su otra mano y se las sujetó a ambos lados de la cabeza, sometiéndola, se había pasado de la raya—. No vuelvas a hacer eso —advirtió muy enfadado—. Y ahora, dime qué cojones te pasa, porque no pienso soltarte hasta que lo hagas.

—¡Suéltame! —forcejeó Beth intentando deshacerse de su agarre en vano—. No quiero estar contigo —escupió rabiosa—, si quisiera un traidor mentiroso estaría con Robbie, no a mil millas de mi familia.

Johnny no podía creer lo que decía, él no era ni traidor ni mentiroso, y desde luego no iba a permitir que lo comparara con el gilipollas de su ex novio, mucho menos que prefiriera estar con ese que con él.

—Aunque estés aquí, hace días que te siento a mil millas. Explícame de una puta vez qué te pasa.

—Yo no soy segundo plato de nadie. Me mentiste —lo acusó herida—, todavía la amas y la has perdonado, después de lo que hizo, ¿tan poco te respetas a ti mismo? Si querías volver con ella y jugar a la familia feliz con vuestro hijo no tenías más que decirlo, pero tú a mí no me controlas, ni ahora ni nunca.

—Me escuchaste hablar con Amanda —comprendió Johnny.

—Sí, he aprendido de ti a escuchar conversaciones ajenas —no pensaba llorar—. Me alegro de haberlo hecho, así me he dado cuenta de que no eres más que un farsante traidor y que te odio.

—No vuelvas a decir eso si no es cierto —le pidió Johnny, entendía su enfado, no era para menos.

—Es la verdad, te odio —repitió inclinándose hacia delante para que la oyera bien—. Te odio.

—No —se inclinó oliéndole el cuello—, no me odias y yo no he roto mi promesa. Sigo enfadado con Amanda y no le perdonaré lo que me hizo —Bethladeó la cabeza al escucharlo—, pero si tener a mi hijo depende de que ella esté cerca o de tratarla bien, lo haré, haría cualquier cosa por él, lo que fuera.

—¿Lo hiciste por el chico? —preguntó Beth incrédula a la vez que él aflojaba su presa.

—¿Por qué si no? Te amo, Elisabeth —confesó incapaz de guardar ese secreto a gritos por más tiempo. Beth abrió muchos los ojos al escucharlo—. No sé desde cuándo, pero hace meses que me di cuenta de que estoy loco por ti, que me he enamorado de ti —sacó lo que llevaba dentro—. Eres la única mujer que quiero en mi vida, la única que llena mi corazón y me hace querer ser mejor cada día, para merecerte.

Los ojos de Beth se llenaron de lágrimas, unas muy diferentes a las que había procurado contener aquellos días. Eran lágrimas de felicidad, emoción y amor por ese hombre que acababa de confesar que la amaba, y ella no tenía ninguna duda de que lo hacía, su corazón se sintió completo.

Beth lo besó, como si con aquel beso intentara darle todo su amor. Johnny sintió como si sus almas se tocaran y se fusionaran convirtiéndose en una. Como si ellos juntos fueran un todo. Le acarició la cara besándola con la misma intensidad, la humedad de sus lágrimas tocó su piel y se apartó inseguro.

—¿Por qué lloras mi amor? —le preguntó Johnny.

—Porque te creo y mi corazón se desborda.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida —lo cogió del cuello y volvió a besarlo.

Aquella noche hicieron el amor como nunca lo habían hecho, suave, pausado, amando cada parte del otro, entregándose al otro sin fronteras. Al menos eso pensaba Johnny. Beth no le había dicho si lo amaba, si lo quería, qué significaba para ella, si realmente hubiera sido capaz de dejarlo sin más. Johnny quería preguntárselo, quería exigirle que le dijera qué sentía por él, pero su orgullo se lo impidió.

El verano se acabó y Beth volvió al trabajo. Abraham empezó en un nuevo colegio infantil y Johnny se sentía completo. Cada mañana intentaba que amaneciera, aunque no lo hacía, pero ya no se desesperaba; tenía a Beth, que era una estrella en la oscuridad; a su hijo, que le hacía sentirse día a día más orgulloso y lleno de amor por él. Después de Vietnam no creyó que pudiera volver a ser feliz, se equivocó.

El otoño dejó paso al invierno y Beth le planteó un reto a Johnny, volar. Iban a pasar Acción de Gracias en Shelby, en casa de sus padres, y Abraham era propenso a marearse en los viajes largos. Beth creía que Johnny podía superar su fobia a volar. Él accedió por ella, la confianza ciega que Beth tenía de que podía hacerlo le dio el valor para volver a intentarlo, a pesar de que podía volver al horror del pasado.

—¿Te da miedo volar papi? —preguntó Abraham cogido de su mano, mientras se acercaban al avión.

—¿A papi? —exclamó como si no lo creyera—. A papi no le da miedo nada —aseguró Johnny nervioso.

Beth le apretó la mano orgullosa de él. Johnny la soltó y la rodeó por los hombros, aspirando el dulce olor de sus cabellos. El olor de Beth siempre le mantenía con los pies en la Tierra. Deseaba poder hacer aquello, su ceguera siempre seguiría allí, como las jaquecas seguramente, pero las pesadillas, la ansiedad y la depresión eran cosa del pasado gracias a ella, esperaba poder dejar eso atrás también.

Cuando el motor se encendió empezó a sudar, el estómago le dio un vuelco y recordó el calor, el fuego, el sonido ensordecedor de disparos, las hélices del helicóptero, el estruendo al caer y el terror más puro y absoluto. Volvió a ver a Jack, estaba sucio, con la mirada vacía, la muerte ya se lo había llevado.

—Amor —Beth le movió el brazo—, estamos aquí, quédate con nosotros —le pidió.

—Sigue hablándome —le pidió Johnny llevándose su mano a los labios.

—Deberías abrir los ojos, el chico te está haciendo un retrato y saldrás con los ojos cerrados.

—¿Me parezco? —abrió los ojos.

Beth se asomó, Johnny estaba sentado entre los dos.

—En absoluto —le dijo acercándose a su oreja para que Abraham no la oyera—. ¿Estás bien?

—Nervioso.

—Todo el pasaje está dentro —Johnny no lo estaba pasando bien y ella sufría por él—, las azafatas se mueven por el pasillo preparándolo todo para el despegue. Si no lo ves claro aún podemos bajarnos.

—No, quiero superar esto —dijo seguro.

Beth le siguió hablando para que él se distrajera. Cuando el avión empezó a moverse para ir a pista, Beth pensó que no lo aguantaría y pediría bajarse, su cara se contraía y el sudor perlaba su frente. Abraham le cogió la mano también nervioso, aunque él de emoción por el despegue. Johnny se aferró a ambos, tenía una familia y estaba allí con ellos, no en un país en guerra, sino con las personas más importantes de su vida; poco a poco se relajó, el avión despegó y, una vez en el aire, pudo relajarse.

Johnny se sintió liberado al bajar del avión, lo había conseguido y estaba orgulloso. Pensó que, junto a su familia, podría superarlo todo. La familia de Beth aceptó a Abraham como uno más, su madre era muy cariñosa con él, Johnny notó que Roger, el padre de Beth, no estaba muy contento con la situación, no le hacía gracia que hubiera tenido un hijo fuera del matrimonio. A pesar de eso, no le hizo un solo feo a su hijo, algo que Johnny agradeció, no permitiría que nadie hiriera a su hijo, ni siquiera el padre de Beth.

Beth ayudaba a su madre a fregar los platos después de la cena de Acción de Gracias y él subió a acostar a Abraham; al bajar escuchó una conversación entre madre e hija. Rachel se lamentaba de que Jason había escrito para decir que todavía no volvía, a pesar de prometer que estaría de vuelta antes de navidad. Johnny invitó a los padres de Beth a pasar las navidades en su casa, nunca habían estado y pensó que era una buena idea. Así no notarían la ausencia de sus hijos en aquellas fechas tan difíciles; cuando te falta alguien importante en casa, aún era peor sabiendo dónde estaba el hermano de Beth.

Beth hizo una demostración de cómo se ganaba la vida a sus padres, orgullosa les habló de sus clientas, les enseñó el catálogo donde salía. Los padres de Beth miraban a su hija y no la reconocían, había madurado, se había vuelto comedida en sus comentarios, estaba hecha una madraza con el hijo de Johnny y muy enamorada de él, saltaba a la vista y parecía que era mutuo, él se ajustaba a cada movimiento de ella, como si un hilo invisible los uniera. Nunca pensaron que se sentirían tan orgullosos.

María volvió para navidad y se alegró mucho de que el chico siguiera con ellos. Beth estaba pletórica, le alegraba ver a su amiga tan feliz con su familia. En Nochebuena la familia de Johnny también fue hasta allí, el comportamiento de Dan había cambiado por completo. Ya no había desconsideración con su hijo, ni intentaba vejarlo, ni siquiera miraba a Beth de la misma forma. Su nieto le había dado un motivo para comportarse y él lo hacía para que Johnny

no lo apartara de él. Fin de año lo pasaron en casa de los Reese. Rachel veía a su hija codearse con aquella gente tan importante como si fuera una más de ellos, había aprendido a comportarse en cada momento y estaba muy orgullosa de ella, igual que su marido.

Amanda llamó a su hijo para felicitarle las fiestas. Sus llamadas se iban espaciando cada vez más, pero Abraham parecía que no lo tenía en cuenta, ni siquiera le reprochó que no hubiera ido a verlo como le había prometido. Los padres de Beth se marcharon y todo volvió a la normalidad.

Una noche, casi a mediados del mes de marzo, Johnny, Beth y Abraham jugaban a las cartas.

—Tiene una llamada —le dijo Nana a Johnny.

No tenía ganas de atender el teléfono, lo estaba pasando bien enseñando a Abraham a jugar al mentiroso con Beth. Cualquier tontería, cualquier minucia, se convertía en un momento divertido y único.

—Sea quien sea dile que no estoy en casa —le contestó Johnny.

—Parece importante —insistió Nana—, debería cogerlo.

—¿Quién es Nana? —preguntó con desgana.

—Cójalo en la cocina, hágame caso.

—¿Qué ocurre Nana? —preguntó Beth mirándola con suspicacia.

Ella agachó la mirada y salió de la sala. Beth miró a Abraham, que estaba distraído mirando sus cartas. Pensó que sería Amanda, era muy posible que quisiera llevárselo, llevaba más de un mes sin llamar.

Johnny fue a levantarse del suelo para ir a coger la llamada cuando Beth lo cogió de la manga.

—Johnny —tenía un mal presentimiento, no era nada bueno—, quizás es mejor que no lo cojas.

—Debe ser importante —cogió su mano y la beso—, nadie llama después de cenar y Nana ha insistido mucho, no te preocupes —le soltó la mano, se levantó del suelo y fue a la cocina.

—¿Diga? —contestó al teléfono.

—Hola John —lo saludó una voz rota al otro lado.

—¿Roger? —le había parecido que era el padre de Beth y se temió lo

peor—. ¿Ocurre algo?

—Mi hijo —al otro lado de la línea, Roger, el padre de Beth, se derrumbó y rompió a llorar.

No hacía falta que dijera más. Hacía un par de semanas Johnny había escuchado por la radio que había empezado una nueva ofensiva muy potente por parte del norte. La habían bautizado como la ofensiva de pascua. Habían atacado zonas desmilitarizadas y Jason, el hermano de Beth, estaba en alguna parte así. En medio de aquella guerra, que parecía que no acababa nunca, que nunca llegaba a su fin.

—Lo lamento de veras, Roger —dijo Johnny sintiéndose fatal, no necesitaba que le dijera más.

—Ha caído todo su destacamento, ha sido arrasado, ni siquiera tendremos un cuerpo que enterrar. Llevaba meses diciendo que volvería —se lamentaba Roger—, ahora está muerto, nunca volverá.

Johnny no sabía qué decir, no tenía palabras de consuelo para él, nada de lo que pudiera decir o hacer haría que su hijo volviera. Él también era padre y no era capaz de imaginar el dolor que Roger estaba sintiendo, no sabía cómo un padre podía superar aquello. Un padre nunca debería superar a sus hijos.

—Siento mucho lo sucedido —dijo acongojado sin saber qué más decir—. Cualquier cosa que yo pueda hacer, solo debes decírmelo y lo haré.

—Beth debe saberlo —se le rompió la voz otra vez—, no me gustaría que se enterara por teléfono.

—Yo hablaré con ella esta noche, no te preocupes por eso, cuidaré de ella —le aseguró Johnny—. Mañana mismo saldremos para allí.

—Te lo agradezco, nos va a hacer mucha falta en casa, Rachel... —un nudo le cerró la garganta.

—Descuida, me hago cargo.

Colgó la llamada y golpeó la pared con el puño, maldiciendo la guerra y al presidente Nixon, que no había cumplido su promesa electoral de retirar a los soldados estadounidenses. Se frotó la cara, no quería hacerle daño a Beth, no quería romperle el corazón con aquella noticia.

—¿Ha muerto? —le preguntó Nana, que ni siquiera sabía que estaba en la cocina con él.

—Sí —se apartó las manos de la cara—. ¿Puedes encargarte de que Abraham se vaya a la cama?

—Lo siento mucho —dijo Nana acercándose a él y acariciándole el brazo.

—Yo también —le acarició la mano que ella tenía sobre su brazo—, debo decírselo a Beth.

—Yo me encargo del chico, no se preocupe.

—Cuando esté en la cama prepara algo de equipaje, la familia de Beth va a necesitarla y ella a ellos.

—¿Se marcharán los tres?

—Por supuesto —no pensaba alejarse de Beth en un momento así, por nada del mundo.

—Bien —Nana apartó la mano y salió de la cocina—, le diré que quiere hablar con ella.

—Gracias Nana.

Nana le dedicó una sonrisa llena de pesar y fue a buscar a Abraham; le dijo a Beth que Johnny la esperaba en el porche trasero. Beth le preguntó qué ocurría y Nana solo negó con la cabeza.

Johnny estaba apoyado en la balaustrada de piedra con una cara que no presagiaba nada bueno. Beth sintió que sus peores temores se confirmaban, Amanda quería llevárselo, no lo permitiría, por encima de su cadáver iba a alejarlo de su padre. Johnny abrió los brazos y Beth se abrazó a él rodeándole la cintura, inclinó la cabeza y le besó la suya impregnándose de ese olor que tanto le agradaba.

—Te amo Beth —dijo Johnny roto por tener que hacerle daño—, no puedes imaginarte cuanto... Tengo que darte una mala noticia, ojalá no tuviera que hacerlo, pero ha pasado algo terrible.

—¿Era Amanda, verdad? —alzó la cabeza para mirarlo, no esperó a que le contestara—. No podemos permitir que se lleve al chico, Johnny —rogó angustiada—. No está capacitada para hacerse cargo de él.

—Beth —se quejó, no quería regañarla en aquel momento—. Amanda ha sido muy generosa, entiendo que no te caiga bien, pero ha renunciado a Abraham para que yo pueda pasar más tiempo con él.

—No voy a permitir que se lo lleve —siguió Beth cansada de aquella farsa, harta de que él halagara lo buena y generosa que había sido Amanda, cuando no era más que una farsante sin corazón.

Estaba dispuesta a confesarlo todo, a decirle que la había visto en el baño drogándose y habían hecho un trato. Que fue idea de ella y no de Amanda que el chico se quedara allí a vivir, que cuando se lo propuso, ella parecía aliviada de no tener que llevárselo, que la había amenazado diciéndole que si le contaba a él lo que había visto, se llevaría a su hijo y no volverían a verlo.

—No era Amanda quien ha llamado —dijo Johnny antes de que ella pudiera soltar la bomba.

—¿Qué? —demandó—. Qué susto me has dado —se quejó, sintiéndose más relajada—. ¿Quién era?

—Era tu padre —Johnny le cogió la cara, no quería decirlo, no quería hacerle aquello.

—¿Ha pasado algo? —preguntó mirándolo a los ojos.

Era indudable que había pasado algo, Johnny parecía muy preocupado, así que debía ser algo grave.

—Se trata de tu hermano Jason —contestó conteniendo la respiración.

El estómago se le contrajo por el pánico. Su hermano había muerto, de no ser así, su padre no habría querido hablar con Johnny, sino con ella. Sintió como si el tiempo se detuviera o su cerebro funcionara un millón de veces más rápido de lo que debería. Sus padres debían estar destrozados, pensó en cómo estaba ella, se sentía triste, le daba mucha pena que hubiera muerto y a pesar de ello no se sentía rota.

—¿Ha muerto? —demandó. Johnny afirmó ligeramente, intentó apartarse—. Debo estar con mi familia.

Johnny la abrazó intentando darle su calor y consuelo. Recordaba cómo se sintió cuando Jack murió, fue uno de los golpes más fuertes que había sufrido. Aunque lo quería como un hermano, no lo era, ella sí había perdido a un hermano, y ni siquiera tenía unos restos de los que despedirse.

—Estarás con ellos —aseguró—. Mañana iremos a Shelby, los tres juntos. Nana está preparando las maletas, no debes preocuparte por eso ahora Beth. ¿Estás bien? Dime cómo puedo ayudarte y lo haré.

—¿Qué pasa con el colegio del chico? —preguntó—. No sé cuánto tiempo tendré que quedarme.

Johnny la escuchaba con atención, su voz no mostraba ningún sentimiento, no lo comprendía, estaba mostrando una entereza que lo desmontaba, parecía más angustiada cuando creía que Amanda quería llevarse a Abraham que al saber que su hermano había muerto. Se preguntó si estaba en shock.

—Va a preescolar, no pasa nada si no va —le acarició la cara—. Somos una familia Beth, no importa el tiempo que tengamos que estar fuera, lo haremos juntos, estaremos unidos. Dime cómo estás.

—Estoy bien —lo estaba y eso le hacía sentirse vacía y mala—, de verdad, debería ir a ayudar a Nana.

—Conmigo no has de hacerte la fuerte Beth —le recordó.

—Lo sé, pero estoy bien —aseguró apartándose de él—. Hacía años que no lo veía o hablaba con él.

—Era tu hermano, Beth —insistió, sin comprender cómo podía parecer tan tranquila—, creciste con él.

Ya lo sabía, debería estar destrozada, su hermano había muerto y no sentía nada. Solo se sentía la peor persona del mundo por llevarlo con aquella entereza y tranquilidad. ¿Qué clase de persona no lloraba, ni siquiera una lágrima con la muerte de un ser querido? Una persona vacía, alguien sin corazón.

—No hace falta que intentes hacerme sentir peor persona, lo único que me preocupa son mis padres.

Johnny no quería que ella se sintiera mal, lo único que quería era saber qué sentía, que dejara de esconderse tras una coraza y se abriera, que mostrara lo que tenía dentro. Él la apoyaría siempre, en cualquier circunstancia. Antes de que pudiera decírselo oyó la puerta de la casa, se había ido.

Se giró hacia la noche pensativo, a veces creía que la conocía mejor que nadie, otras veces, cuando ella no era capaz de decir lo que sentía, se preguntaba si la conocía. Llevaban un año y medio juntos, se habían casado un año antes, él le había confesado que la quería, que estaba enamorado, lo demostraba con cada acto y con su actitud, como Beth, pero también lo había verbalizarlo, ella no. Ni una sola vez.

La puerta del porche se abrió, se giró pensando que era Beth.

—Debería ir a darle las buenas noches al chico —le aconsejó Nana acercándose—, parece intranquilo.

—¿Has visto a Beth?

—Me ha dicho que me fuera a la cama, que ella prepararía las maletas —paró junto a él y miró a la noche estrellada, las noches empezaban a ser cálidas—, he intentado darle el pésame, no me ha dejado.

—Tampoco ha querido hablar conmigo —se giró Johnny hacia donde lo hacía ella—. ¿Estaba bien?

—No lo creo, pero no estaba llorando si es lo que quiere saber. Me ha recordado a la chiquilla impertinente y malcriada que llegó. Al menos parecía igual de perdida, miraba a su alrededor como si viera las cosas por primera vez. Parecía desubicada, yo diría que aún está asimilando lo sucedido.

—Me gustaría poder ayudarla, aunque si no me dice lo que siente, no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Lo hará, llegado el momento, cuando esté lista lo hará, debe darle tiempo —le aconsejó Nana.

—Nunca habla de su hermano —reflexionó Johnny—, no tengo idea de cómo era. Una vez me dijo que su madre sufría por él, le pregunté si ella también y me dijo que no, estaba muy segura de que volvería.

—En ese caso, cuando sea consciente de lo sucedido, el golpe será peor y lo necesitará.

—Estaré a la altura —le aseguró sin dudarle. Nana tampoco dudaba de su palabra—, gracias Nana.

A la mañana siguiente se trasladaron a Shelby. Beth se sentía extraña, sentía como si hubiera muerto el hermano de alguien a quien quería, no como si hubiera sido el suyo. Eso la hacía sentirse mal consigo misma por ser tan fría. Se preguntaba qué clase de persona era, cómo no sufría al saber que su hermano estaba muerto. Abraham le preguntaba qué le pasaba. Johnny la oía tratarlo con normalidad, cuando hablaba parecía normal, pero estaba demasiado callada, parecía distante y quería saber qué pensaba. Como siempre, ella no verbalizaba lo que le pasaba por la cabeza o lo que sentía, eso le dolía a Johnny.

Al llegar a casa, como era de esperar, los padres de Beth estaban destrozados. Su madre no dejaba de llorar, culpaba a su marido por haberlo apoyado cuando dijo que se quería alistar, hasta el punto de que Roger acabó pensando igual que ella, no soportaba mirarse al espejo, ni estar en casa, ni ver a su mujer.

Una noche que Beth no podía dormir, bajó a por un vaso de agua y descubrió a su madre llorando frente a un álbum de fotos. Se sentó a su lado y miró el álbum con ella.

—Cuando naciste estaba tan feliz —lloraba Rachel recordando a su hijo—, no dejaba que nadie que no fuéramos nosotros te cargara. Siempre estaba pendiente de ti, fue con él que diste tus primeros pasos, él te enseñó a montar en bici, a bañarte sola, a vestirte, a atarte los cordones de las zapatillas.

—No me acuerdo —confesó Beth mirando la foto que su madre acariciaba.

—Claro, eras tan pequeña como Abraham. Siempre te protegía, siempre iba detrás de ti cuidándote, esperando que crecieras, lo hacías muy despacio y él se quejaba —sonrió con nostalgia—. Quería que fueras grande para que jugaras con él. ¿Te acuerdas del día que le quitamos los ruedines a tu bici?

—No —contestó Beth acongojada de ver a su madre—, no me acuerdo.

—¿Quieres verlo? —le preguntó emocionada, ni siquiera esperó a que le contestara.

Subió al desván y volvió con una caja en la que había un proyector y varias cintas de película Super-8.

—Cuando erais niños estabais muy unidos —le explicaba Rachel a su hija montando el proyector—; cuando tú creciste y tuviste edad para jugar como él quería, preferías jugar con muñecas que jugar con él a béisbol, se cansó de jugar siempre con tus reglas, eras muy cabezota. En el instituto empezaron a preocuparle otras cosas, como las chicas, y al volver del primer curso de la universidad, descubrió que su hermanita del alma se había convertido en una adolescente que no conocía de nada.

—Siempre se metía conmigo, parecía que todo lo que hacía le molestaba, era demasiado duro y serio.

—Te habías hecho mayor y él creía que te había perdido, además tú eras tan contestona e impertinente... Si te viera ahora —empezó a llorar—, le mandé algunas de las fotos que me mandabas, decía que no podía creer lo mucho que habías cambiado y estaba deseando poder verlo por sí mismo.

—No llores más, mamá —le pidió Beth poniéndose de pie y rodeándola con el brazo.

Quitaron un cuadro y se sentaron en el sofá a ver aquellas viejas películas. Al ver a su hermano, los recuerdos empezaron a venirle y cada uno dolía más que el anterior al darse cuenta de los años que se había perdido, al saber que no habría recuerdos nuevos, que lo había perdido para siempre y no volvería.

Al volver a la cama, se abrazó a Johnny y se puso a llorar. Johnny le preguntó qué le pasaba, ella solo lloraba encima de él, abrazándolo fuerte, apoyándose en él como sabía que no podría hacer con nadie más.

Unas semanas después le dijo a Johnny que se marchara, parecía que aquello iba para largo, su madre seguía llorando a cada momento, su padre cada vez pasaba menos tiempo en casa, casi cada noche llegaba borracho y Beth, a pesar de que no estaba bien, intentaba liderar una familia que se caía a pedazos.

—No voy a marcharme de tu lado —le aseguró, ella lo agradeció, estar con él le daba fuerzas—, te apoyaré el tiempo que haga falta y hablaré con tu padre. Sé lo que es sentir que la culpa te consume. Me costó mucho superar que Jack se había marchado y que no pude hacer nada. Hablaré con él.

Johnny cumplió su palabra a medias, habló con su padre. Beth no sabía qué le había dicho, pero había funcionado. Poco a poco fue pasando más tiempo en casa, apoyaba a su mujer y dejó de esquivarla. Una tarde Johnny recibió una llamada de Armando, aquella misma noche se marchó con Abraham en coche. Beth quiso ir con ellos, pero Johnny le dijo que había un problema con la cosecha del que ella no debía preocuparse. Le aseguró que la llamaría a diario y volvería en unos días, volvió a romper su palabra.

Beth sentía a Johnny más distante en cada llamada, estaban a mil millas de distancia, pero una llamada tras otra lo sentía más y más lejos, más frío, más esquivo. Cuando llevaba una semana fuera ya estaba que se subía por las paredes. Le estaba ocultando algo, decía que todo iba bien y ella no lo creía, además nunca podía hablar con el chico, siempre estaba haciendo algo, nunca podía ponerse al teléfono. Una noche tuvieron una fuerte discusión, ella le acusó de mentirle y le dijo que iría para allí, él se puso muy nervioso y le dijo que volvería en pocos días. Cuando llamó al día siguiente, Nana le dijo que no estaba, hasta a ella la notaba rara, se preguntó si estaba paranoica. Le pidió que le dijera que la llamara.

—¿Puedo hablar con Johnny? —le preguntó a Nana muy enfadada, porque él no la había llamado.

—No está en casa señorita Beth, ha bajado hace un rato al lago con Abraham.

—No me ha llamado —dijo enfadada—. ¿Se lo has dicho? —la acusó.

—Por supuesto que se lo he dicho —contestó Nana ofendida, si él la esquivaba no era por ella.

—¿Qué está pasando Nana? —preguntó harta, ella no le contestó—. Debería coger un avión y volver.

—No le diga que se lo he dicho —contestó Nana—, pero sinceramente es lo que debería hacer.

Beth no necesitó decir nada más, por mucho que le preguntara, Nana no le diría qué estaba pasando. Llevaba muchos días sabiendo que Johnny le mentía, Nana le había dejado claro que no estaba loca, algo pasaba y necesitaba saber el qué, aunque le diera miedo. Como estaba sola en casa, dejó una nota en la cocina en la que les decía a sus padres que debía volver a Texas, que los llamaría, que no se preocuparan.

Ni siquiera cogió sus cosas, llamó un taxi y se fue al aeropuerto de Chicago, donde cogió el primer vuelo que salía hacia Texas. Por la tarde ya estaba en el Aeropuerto Internacional de San Antonio, allí cogió otro taxi, y a medida que llegaba a casa sus nervios y la angustia crecían, no sabía qué encontraría.

Cuando llegó a casa ya se estaba haciendo de noche. Le pagó al taxista y este se marchó, se quedó mirando la casa con una sensación de vértigo en el estómago. Johnny había estado tan esquivo, tan distante los últimos días que le daba miedo cruzar la puerta y averiguar la verdad. Respiró con fuerza y entró, no encontró a nadie hasta que llegó a la cocina.

—¡Señorita Beth! —exclamó Nana—. Que alegría verla —dijo sincera—, me alegra que haya vuelto.

—¿Me has echado de menos? —preguntó sonriéndole a la mujer de color—. No puedo creerlo.

—No se sorprenda, me alegra mucho que haya vuelto, debe poner las cosas en su sitio.

—Te preguntaría qué quieres decir con eso y tú no me contestarías, así que dime donde está Johnny.

—Están arriba, en la habitación del chico, le advierto que lo que va a ver no le gustará.

—Eso no me ayuda —se quejó perdiendo la sonrisa, ya bastante nerviosa estaba—. ¿Qué ha pasado?

—Sólo debe subir arriba —suspiró, quiso decirle que debía ser fuerte pero se lo guardó para sí.

Beth se pasó el pelo detrás de las orejas y se masajeó la nuca. No le gustaba la forma en que Nana la miraba, la conocía lo suficiente para saber que se compadecía de ella y temía lo que encontraría en el piso de arriba. A pesar de ello, afirmó atemorizada y se fue. Mientras subía los escalones sus temores crecían, aquellas escaleras se le hicieron más altas y empinadas que nunca, sin embargo, a pesar de subir despacio, cuando se dio cuenta ya estaba arriba. Escuchó unas voces, el chico se reía. Como Nana había dicho estaban en la habitación del chico. Paró en la puerta, incapaz de entrar, observó sin creer lo que veía.

—No puedes hacerme trampas pecosa —dijo Johnny, golpeó su cabeza contra el hombro de Amanda.

Beth sintió que se mareaba, sintió ganas de vomitar al notar cómo el corazón se le rompía en un millón de pedazos. Había sido una idiota y una ilusa, ahora sabía lo que era que te rompieran el corazón y, en ese momento, se dio cuenta de que Johnny era el único hombre al que había amado en su vida. Le había entregado su corazón a él y Johnny no había sido sincero con ella, seguía enamorado de Amanda. Había salido corriendo para reunirse con ella, le había mentado, no había hecho otra cosa que mentarle.

—Hola Elisabeth —la saludó Amanda mirándola directamente a los ojos.

El semblante de Johnny cambió, mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos al mirarlo.

—¡Beth! —exclamó Abraham que estaba de espaldas y no la había visto.

Se levantó del suelo y corrió a abrazarla. Beth se agachó y lo alzó, no pudo contener las lágrimas.

—Te he echado de menos —dijo abrazándolo con todo su amor. Buscando consuelo en sus pequeños y cortos brazos para el agujero que sentía donde debía tener el corazón—, no he dejado de extrañarte.

—Yo muchisísimo más —se apartó para mirarla a la cara—. ¿Por qué lloras? —preguntó preocupado.

—Porque te quiero —se forzó a sonreírle, él no tenía la culpa de lo que había hecho su padre—, tenía muchas ganas de abrazarte —se sintió peor al darse cuenta de que no solo había perdido a Johnny.

—Mami ha vuelto a casa —le dijo Abraham contento—, ahora tengo a mami y a papi. ¿Estás contenta?

Estaba destrozada, era una intrusa que se había metido en medio de ellos y su padre el mayor cabrón que se había echado a la cara, la había enamorado para destrozarla. Miró detrás de él, vio que Johnny se había puesto de pie, tropezó con lo que fuera a lo que estaba jugando y siguió su camino en su dirección.

—Nana ya tiene casi la cena preparada —intentó mantener una calma que no sentía en absoluto—, empieza a recoger y ve a lavarte las manos para cenar —le besó la mejilla y lo dejó en el suelo.

Antes de que Johnny la alcanzara fue a su habitación, cerró de un portazo con el corazón a mil. No quería hablar con él, no quería que le dijera que seguía enamorado de Amanda, tampoco que siguiera mintiéndole. No podía creer que le hiciera aquello, era ruin, debió ser sincero con ella.

La puerta se abrió, al ver a Johnny pensó en los momentos más felices de su vida, todos los había vivido con él. Johnny tenía la habilidad de que todo fuera especial a su lado, porque era él y lo amaba como nunca pensó que se pudiera amar. Daría su vida por él, y pensar que lo había perdido, que en realidad nunca había sido suyo, la estaba matando por dentro. Machacándole un corazón despedazado.

—Beth, deja que te lo explique —pidió Johnny cerrando la puerta detrás de él.

—Sal de mi habitación, no quiero oírte, no quiero verte, una imagen vale más que mil palabras.

Johnny se acercó a ella y se apartó antes de que la tocara. Necesitaba que la abrazara, que la consolara, en ningún sitio se sentía más en paz que entre sus brazos, pero aquello se lo había hecho él. Solo con que le diera una explicación mínimamente creíble, le perdonaría las mentiras, los engaños, que siguiera enamorado de su ex, de la madre de su hijo. Se recordó que siempre se había querido mucho a sí misma, debía salir de allí, recuperarse y tener más amor propio, merecía más que ser la suplente.

—Sé que estás enfadada, por eso no quise decírtelo mi amor —intentó Johnny hacerse escuchar.

—No me llames así —le exigió Beth—. No necesito que me expliques nada, vuestro hijo me lo ha dejado muy claro —la angustia apenas la dejaba hablar y, sin embargo, siguió como pudo, con la voz rota y el corazón destrozado—. Te voy a dar un consejo, no por ti, porque tú me importas una mierda —mintió y aquello le dolió a Johnny como una puñalada—, pero el chico me importa, a él sí lo quiero...

—¿A él sí lo quieres? —la interrumpió y se acercó a su voz—. ¿Qué hay de mí? ¿Me quieres a mí, Beth?

—¿Acaso lo mereces? —demandó incrédula moviéndose y esquivándolo sin dificultad.

—Me has tenido al margen de tu corazón, Elisabeth —se quejó Johnny buscándola por la habitación.

—¡Yo solo quería salir ilesa! —se defendió gritándole, a la vez que la pena la estrangulaba.

—¿Salir ilesa? —demandó cabreado, parando en seco—. ¿Te estás oyendo? Das por hecho que iba a acabar, le habías puesto fecha de caducidad a nuestro amor —dijo asqueado de aquella respuesta.

—¿Qué amor, Johnny? —demandó harta de que él fingiera—. El amor es puro y sincero, tú me has mentido todo este tiempo... Tú no me amas, hasta en eso has mentido —rompió a llorar desconsolada.

—Beth, te quiero, te amo más que a mi vida —confesó roto al escucharla, no podía oírla llorar de esa forma y saber que él era el culpable dolía como nada. Beth negó mirándolo, no, quería creerlo, pero no podía—. Eres mi estrella, me sacaste del pozo y tu luz me guía para no perderme en mi eterna noche.

—Qué fácil te ha resultado olvidarte de mí —le reprochó entre hipidos—. Volviste por ella —lo acusó.

—Sí, pero nunca podría olvidarme de ti —volvió a buscarla y ella se movía sin dejarle acercarse para abrazarla y consolarla—. Todo este tiempo has guardado bajo llave lo que sientes, he hecho lo imposible por llegar a ti, por romper esa coraza y acariciar tu alma como tú acaricias la mía, pero no me has dejado Beth.

—¡Basta! —gritó desesperada, no podía seguir, debía irse de allí—. No quiero más mentiras, se acabó.

—No —negó Johnny rotundo—, nada va a acabar esta tarde.

Se equivocaba, ya era de noche, se habían acabado las mentiras y su relación. Observó la foto de ellos dos y Abraham que había sobre la mesita, el chico tenía la misma en su habitación. Había construido una vida alrededor de Johnny, y como si perderlo no fuera ya un infierno, también perdería a su hijo.

—Amanda —dijo con asco—, la madre de tu hijo —añadió aún más asqueada—, no debería cuidar de él, es una drogata, la pille metiéndose algo en el baño con el chico en la habitación de al lado.

—Lo sé —contestó cabreado—. Y en lugar de decírmelo, para que yo pudiera ayudarla, te callaste, la amenazaste con decírmelo si no dejaba aquí a Abraham, empeorando la situación para ella.

—¿Eso te ha dicho? —demandó incrédula. Fue Amanda quien amenazó con que él no volvería a ver a su hijo si se lo decía, pero él la creía sin dudar en lugar de preguntar—. Los ojos no es el único órgano que tienes ciego —escupió rabiosa—. Estáis hechos tal para cual, parece que los dos sois igual de mentirosos.

—¡Te mentí porque sabía que no lo entenderías! —exclamó harto de sus ataques—. Me necesitaba.

—¡Yo también te necesitaba! —le reprochó—. Por si lo has olvidado ha muerto mi hermano.

—¿Y no he estado a tu lado Beth? —le recriminó—. Eres muy injusta, he hecho lo que he podido, pero tú, como siempre, te guardas lo que sientes para ti, si no me dejas entrar no puedo ayudarte.

—No necesito tu ayuda, ni tus migajas —intentó sonar fuerte, estaba enfadada, pero aún más triste al saber que esa sería la última vez que lo vería, el último momento que compartirían—. Solo quiero que te vayas y me dejes preparar mis cosas. Así podré marcharme y tú podrás vivir tranquilo, sin que te moleste.

—No puedes hablar en serio —negó Johnny dolido, Beth no podría hacerle más daño ni queriendo—, ni siquiera has dejado que me explique y ya quieres largarte... ¿Tan poco te importo? —demandó.

—No quiero más mentiras, como te dije una vez, si quisiera un perro traidor y mentiroso me habría quedado con Robbie, y eso voy a hacer, largarme de aquí, buscar a alguien que me quiera solo a mí.

—Por encima de mi cadáver —dijo furioso. Imaginar a Beth con otro lo ponía enfermo, colérico, ella lo sabía y por eso iba ahí, donde más le dolía. Si pudiera cogerla, haría que lo escuchara, pero no podía atraparla si ella no quería, fue hacia la puerta—. Dejaré que nos tranquilicemos, después hablaremos.

—No me interesan tus mentiras, no voy a escucharte. Me voy Johnny, aquí nos despedimos, se acabó.

—Si sales por esa puerta —le advirtió dolido por lo poco que ella lo apreciaba—, no vuelvas.

—No te preocupes, no pensaba hacerlo —contestó esperando que no la dejara marchar. Johnny sintió aquellas palabras como mil dagas clavándose en su corazón, abrió la puerta y se fue. Beth rompió a llorar.

Treinta y dos: Espejismo del pasado

Dos semanas antes...

—¿Querrás ir a cenar una hamburguesa? —le preguntó Beth a Abraham.

—Johnny —les interrumpió el padre de Beth—, tienes una llamada, es Armando, parece urgente.

Johnny ni lo dudó, se levantó de la cama, cogió su bastón y bajó a la planta de abajo. Llevaban un mes allí, pero todavía no se sabía la distribución como en la suya o en la de sus padres para moverse sin ayuda.

—¿Qué pasa Armando? —preguntó cuando Roger le dio el teléfono.

—Johnny, siento molestarte, pero Amanda está aquí, llegó en taxi esta mañana, de madrugada, a Nana le ha dado un susto de muerte. Yo no sé en qué líos andará metida, pero está irreconocible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alarmado.

—Está mal —Armando buscaba las palabras adecuadas para explicarle cómo había llegado—. Cuando Nana le ha dicho que no estabas le ha dado un ataque, dice que estaba como loca y la creo, le ha costado tres horas tranquilizarla, la ha llevado a la habitación del chico. Al llegar a trabajar ha venido a buscarme.

—¿Qué le pasa? —preguntó Johnny sin comprender de qué le hablaba.

—Creemos que está drogada Johnny.

—¿Estás seguro de eso?

Johnny empezaba a sentirse mal. Él la había notado extraña y no había hecho nada por ayudarla. Beth se lo había advertido y no había querido creerlo, y ahora Armando.

—He subido a hablar con ella y no nos reconocía, ni a Nana ni a mí —le explicaba aún impresionado por lo ocurrido. La imagen de ella arrinconada en la cama, dando golpes al aire como loca para que no se acercaran y su mirada de puro terror, era algo que no creía que pudiera olvidar nunca—, le ha dado un ataque de pánico y no había forma de calmarla, estaba como loca, no puedes imaginarlo... Parecía uno de esos perros callejeros a los que han golpeado demasiadas veces, te lo juro. No quiere ir al hospital.

—¿Al hospital? —lo interrumpió Johnny.

—Alguien la ha golpeado. No sé hasta qué punto, no nos ha dejado que nos acerquemos lo suficiente para tocarla o examinarla, pero tiene varios golpes en la cara y está aterrada. No sabemos qué hacer.

Johnny pestañeó intentando comprender lo que Armando decía, como si se tratara de un acertijo. Era mucha información que no le cuadraba con Amanda, al menos no con su pecosa. Se sintió culpable, él había sabido que le pasaba algo, y había decidido mirar hacia otra parte.

—Iré para allí lo antes posible.

—Lo siento Johnny, sé que no es un buen momento, pero no sabía qué otra cosa hacer más que llamarte.

—No te preocupes, has hecho lo correcto, nos vemos mañana.

Buscó el teléfono con la mano y colgó la llamada. Debía volver lo antes posible, tenía que saber qué había pasado y debía ayudar a Amanda. No le debía nada, pero no quería que ella sufriera. Cuando se enteró de que Abraham existía llegó a odiarla, lo hizo de verdad, pero no podía seguir haciéndolo, no después de conocer a su hijo, después de la generosidad que había demostrado al dejarlo vivir con él.

—¿Problemas? —le sorprendió Roger, el padre de Beth; creía que lo había dejado solo en la cocina.

Recapacitó lo que le había dicho él a Armando, lo mejor era que Beth no se enterara, al menos no hasta que lo solucionara. Le había prometido que la odiaría siempre y no podía cumplir esa promesa, ya la había roto, aunque no hacía falta que Beth lo supiera. Lo solucionaría y volvería para estar con ella.

—Me temo que sí —no recordaba haber nombrado a Amanda—, debo volver unos días.

—Era cuestión de tiempo, tenéis una vida en Texas y no podéis posponerla eternamente. Yo cuidaré de mi mujer, me encuentro mejor, podré lidiar con ello.

—Beth no viene —negó—, ella no puede hacer nada y es mejor que se quede. Aquí os hace falta y además solo serán unos días.

—Dudo mucho que mi hija quiera quedarse si tú y el chico volvéis a casa, aunque sea por unos días.

El chico, cuando la gente hablaba de su hijo habían tomado la costumbre de llamarlo como lo hacía Beth, cada vez le molestaba menos, se estaba acostumbrando. No podía dejar que su hijo viera a su madre antes de asegurarse que estaba bien. Debería dejarlo con Beth, pero Amanda se lo recriminaría y sería capaz de llevárselo, lo había dejado para que estuviera con su padre, no con la mujer de él.

Se llevó los dedos a los ojos y los frotó, le dolía mucho la cabeza, no quería discutir con Beth y su padre tenía razón, ella querría irse con ellos, saber qué estaba pasando, y no podía decirle la verdad. Era improbable que Beth lo comprendiera o se lo tomara medianamente bien, no, era imposible.

—Iré a hablar con ella, hemos de salir pronto —dejó de restregarse los ojos y buscó su bastón—. ¿Te importa prepararle la merienda a Abraham y entretenerlo en lo que yo hablo con ella?

—No —contestó, no sabía qué había pasado pero su yerno estaba muy afectado—, te acompaño.

Subieron a la habitación de Beth. Johnny le dijo a Abraham que bajara a merendar y Roger se lo llevó cerrando la puerta tras él.

—¿Estás bien? —se levantó Beth de la cama acercándose a él—. ¿Ha ocurrido algo?

—Nada que deba preocuparte —le cogió los brazos y se los acarició arriba y abajo.

—¿Se trata de Amanda, verdad? —se preocupó al ver lo preocupado que estaba él.

—¿Qué te hace pensar eso? —negó con la cabeza preguntándose cómo se había dado cuenta.

—Pareces muy preocupado y llevamos fuera muchos días. Imagino que debe haber llamado y no le habrá hecho mucha gracia que ni tú ni el chico estuvierais en casa —reflexionó un momento, podía ser incluso peor, se angustió al pensar en las posibilidades—. ¿Quiere llevarse el chico? ¿Ha ido a buscarlo?

Johnny le cogió la cara y le acarició las mejillas. No le gustaba escuchar angustia en su voz, pero al preocuparse por Abraham le demostraba que era importante para ella y su corazón se hinchaba.

—No tiene nada que ver con Amanda —mintió y besó sus labios con suavidad—. No es nada de lo que tú debas preocuparte —Beth lo miraba a los ojos acariciando sus labios con los suyos—. Ha habido un problema con la cosecha, además tengo que ir para poner al día algunos asuntos de trabajo.

—¿Cuándo quieres que vayamos? —preguntó Beth más tranquila al saber que no era por el chico.

—Es mejor que te quedes aquí —le ofreció Johnny—, con tu familia, ellos te necesitan y nosotros volveremos en unos días.

—¿Vas a llevarte al chico?

—Sí, así verá a sus amigos del colegio —inventó sobre la marcha—, seguro que los echa de menos.

—Iré con vosotros —le aseguró Beth—, si solo son unos días, no hay motivo para que no vaya.

—No seas cabezota Beth —le pidió. Ella no iría, se pusiera como se pusiera—, tu familia te necesita.

—¿Y tú? —preguntó acariciándole la cara, se puso de puntillas y lo besó—. ¿Tú me necesitas?

—Más que a nadie en el mundo —contestó devolviéndole el beso—. Tanto como aire para vivir.

La cogió del trasero y la alzó, al momento Beth rodeaba sus caderas con las piernas y lo besaba entregándose a él. Apenas habían tenido intimidad en aquel mes, la casa era pequeña y había demasiada gente, habían recibido muchas visitas y Abraham siempre estaba en medio de los dos.

—Quiero ir contigo —dijo Beth sobre su boca.

—Y yo que te quedes, no voy a separarte de tu familia. No debes preocuparte, te llamaré cada día.

—¿Me lo prometes? —Beth no quería separarse de él ni aunque fuera un día, no recordaba cuándo había sido la última vez que habían pasado un día sin verse, pero fue antes de iniciar su relación.

—Te lo prometo —volvió a besarla y se dejó caer en la cama con ella debajo. Atrapó uno de los mechones de su pelo que ya había crecido y lo llevaba bastante largo. Jugó con él y aspiró su aroma, mejor que cualquier perfume que existiera, lo extrañaría—. Antes de que te des cuenta, habremos vuelto.

—¿Me echarás de menos? —preguntó en tono juguetón empujándolo para ponerse sobre él.

Johnny dejó que ella se lo sacara de encima y se pusiera sobre él, a horcajadas, no necesitaba más para excitarse. La cogió de las caderas y se incorporó. Sus cabezas quedaron a la misma altura y el aliento de ella rozaba el rostro de él. A veces se preguntaba qué no sería capaz de hacer por verla una vez.

—Te quiero Beth —confesó cogiéndole la cara con delicadeza. Conocía cada curva de su cuerpo y su favorita eran sus labios, cuando ella dibujaba una sonrisa. Los acarició deseando poder ver su sonrisa.

—Lo sé —contestó sonriendo. Su nariz rozó su cuello hasta la clavícula, dejando un camino húmedo.

—¿Entonces por qué preguntas si te voy a echar de menos? —le besaba el cuello. Sentía que cuando estaba con ella los problemas desaparecían—. Claro que voy a hacerlo, porque te quiero. ¿Y tú a mí?

—Yo también voy a echarte de menos, tanto que no quiero que nos separemos.

—No es eso lo que te he preguntado Beth —negó lamiéndole el cuello—, dímelo amor —le pidió.

Pedirle que le quisiera era humillante y, a pesar de ello, necesitaba oírlo de sus labios, aunque solo fuera una vez. Él se sentía perdidamente enamorado de ella y le molestaba que Beth no fuera capaz de decirle lo que sentía, que guardara bajo llave lo que sentía, no era tan difícil de entender.

—¿Te sientes querido? —preguntó cogiéndole el mentón para mirarlo a los ojos.

Él inclinó una ceja e hizo un gesto indiferente, con chulería. Sí, se sentía querido, era capaz de hacerle sentir en una nube, pero eso no significara que lo quisiera. Si lo quería no entendía qué le costaba decirlo, a no ser que ella no lo quisiera y solo fuera cariño lo que sentía por él. Eso le provocaba vértigo.

—¿Me quieres Elisabeth? —preguntó molesto al pensar que no—. No es una pregunta tan difícil.

Beth lo miró a los ojos, se estaba cabreando, claro que lo quería, estaba enamorada. Era su marido, su amante, su amigo y su vida entera, sin él no tenía nada, sentía que le pertenecía. Sin embargo no podía decirlo, no quería romper el hechizo del que se sentía presa. Él la hacía feliz y no quería estropearlo.

—Prefiero los actos a las palabras —contestó Beth.

Lo cogió del mentón y juntó sus labios a los de él. Metió la lengua en su boca y marcó un touchdown mirándolo a los ojos. Estos le decían a Johnny que estaba loca por él, que no solo lo quería, lo amaba y haría cualquier cosa por él, los de él no podían ver su declaración silenciosa.

Aquella misma noche, Johnny y Abraham cogieron un coche que los llevaría de vuelta a casa. Johnny alegó que era mejor de esa forma para que Abraham fuera durmiendo y no se mareara. No se sentía capaz de subirse a un avión sin Beth, le daba miedo no poder hacerlo, no controlar su ansiedad y que le diera uno de esos ataques de pánico, donde perdía la noción de la realidad y no sabía ni dónde estaba.

Le dijo al chófer que, si llegaban a antes del mediodía, le pagaría el doble. Quería ver cómo estaba Amanda, saber qué le había pasado, ayudarla y volver con Beth para aclarar de una vez por todas qué significaba para ella. Estaba harto de que lo dejara al margen de su corazón, de que lo tratara como a un títere pelele en sus manos, de perderse en su cuerpo y en sus besos sin encontrar lo que buscaba.

El chófer cumplió, a media mañana ya estaba en casa. Al bajarse del coche aspiró con fuerza, había llegado el verano a pesar de que en casa de los padres de Beth parecía que aún estaban en invierno. Había extrañado su casa, el olor a campo, el aire fresco y limpio.

—¿Estás muy cansado para ir a ver a Cohete? —le preguntó a Abraham.

Cohete era su poni, antes de que viera a Amanda quería saber cómo estaba ella. Lo primero era el chico y, si no era bueno para él que viera a su madre, no la vería, buscaría la forma de que no se vieran.

—¿Puedo ir? —demandó emocionado.

—Claro —sonrió—, ve y pásatelo bien, iré a buscarte antes de comer.

Abraham no esperó más y salió corriendo. Johnny pagó al chofer y entró dentro de la casa.

—Me alegra que esté aquí —le dijo Nana al entrar—. ¿Dónde están el chico y la señorita Beth?

—Abraham ha ido a ver a Cohete, de momento es mejor que no vea a su madre. Beth se ha quedado con sus padres, no quiero que sepa que Amanda está aquí, bajo ningún concepto Nana —le advirtió.

—¿No se lo ha dicho? —demandó incrédula.

—Ella no lo entendería —negó Johnny—. ¿Dónde está Amanda?

—Es su esposa —le recordó Nana—. ¿Desde cuándo tienen secretos?

Eso mismo se preguntaba él, estaba tan insatisfecho como el que más. No le había gustado mentirle a Beth, siempre era sincero con ella, pero no podía decirle la verdad. Beth sabría que había roto su promesa de no perdonar a Amanda y además no hubiera entendido que se preocupara por ella.

—No seas entrometida —le advirtió molesto, le hacía sentir culpable—. ¿Dónde está Amanda?

—Está en la habitación de su hijo —contestó Nana molesta, se dio la vuelta y volvió a sus tareas.

Se frotó la cara y se tiró el pelo hacia atrás. Nana lo había cuidado desde que nació, era como una segunda madre a la que siempre escuchaba, no le importaba que se entrometiera en su vida, solo que en esa ocasión, lo que decía le hacía sentir mal. Subió a ver a Amanda, se sentó en la cama e intentó despertarla. Estaba profundamente dormida y no quiso molestarla, no sabía si se había drogado, pero desde luego había bebido, seguía oliendo a destilería, mezclada con tabaco, sudor y depravación, o eso le parecía a él. No era capaz de recordar cómo solía oler Amanda, pero desde luego no era así.

Se reunió con Armando en el estudio; después de hablar con él supo que, de momento, era imposible que Abraham viera a su madre. Le dijo que tenía la cara amoratada, que había llegado completamente ida, aseguraba que estaba drogada y que no se había movido de la cama desde que había llegado, después del ataque del que le habló el día anterior, se había dormido y no había dado señales de vida.

Johnny comió en la cocina con Abraham, después llamaron a Beth. Abraham se mostró entusiasmado de haber vuelto a casa y le pidió a Beth que no tardara en volver con ellos. Johnny le aseguró a Beth que volverían pronto, aunque no lo tenía nada claro. Había pensado que llegaría, hablaría con Amanda y ella le daría una explicación razonable, pero después de lo que Armando le había contado tenía serias dudas.

Le pidió a Armando que llevara a su hijo a casa de sus padres. Amanda estaba en su habitación y no quería que la viera en esas condiciones lamentables. A Abraham no le hizo ninguna gracia, no entendía por qué su padre no iba con él y tenía que quedarse allí a dormir. Johnny le tuvo que aguantar una buena rabieta hasta convencerlo de que debía pasar unos días con sus abuelos porque lo extrañaban mucho.

Amanda despertó al día siguiente. Al principio se sintió perdida y desubicada, no era nada nuevo, ya no le daba miedo aquella sensación. Había aprendido a vivir de esa forma. Muchas veces se despertaba en un lugar desconocido, con gente que no recordaba y sin saber cómo había acabado allí. Pronto entendió dónde estaba, había vuelto a casa, Johnny estaba sentado en una butaca junto a la cama. Se quedó allí tumbada, adormilada, más tranquila de lo que recordaba haberse sentido en muchísimo tiempo, observándolo dormir; no recordaba cuándo fue la última vez que lo había visto tan relajado.

—Hola —dijo tímidamente cuando él abrió los ojos y se despertó.

—¡Estás despierta! —exclamó Johnny al oírla hablar—. ¿Cómo te encuentras, estás bien?

—Te observaba dormir, ha sido raro verte tan tranquilo, creo que no te había visto así desde otra vida.

Johnny alzó los labios sin llegar a sonreír, tenía la mirada perdida, se le hacía raro que no la mirara al hablar. Era la primera vez que lo veía sin filtros, sin ninguna sustancia de por medio y se sentía deprimida.

—Estaba esperando que te despertaras y me quedé dormido. ¿Es de día ya?

—Sí —contestó dándose cuenta de lo limitado que podía llegar a estar—. ¿Dónde está Abraham?

—Con mis padres —eso no gustó a Amanda, no le gustaba el padre de Johnny, nunca le había gustado—. Dicen que tienes la cara amarillada y no quería que él lo viera. ¿Quién te lo ha hecho?

—No lo sé —le dijo sincera, los últimos días había estado tan colocada que apenas los recordaba.

Suspiró y miró el techo. No se encontraba bien, necesitaba algo que la animara, que calmara la ansiedad. Le venían flashes de la última noche y todo el cuerpo le temblaba al pensar en lo que había hecho.

—¿Cómo es posible que no te acuerdes? —demandó Johnny.

—No tengo ganas de hablar ahora—le pidió Amanda con ganas de llorar.

—Lo entiendo —en realidad no lo entendía del todo y no lo haría si ella no le hablaba, pero le daría tiempo—. Deberías darte un baño, buscaré algo de ropa y le pediré a Nana que te prepare algo de comer.

Se puso de pie, dispuesto a salir y hacer lo que le había dicho.

—Gracias Johnny —sentía unas ganas terribles de llorar, estaba acongojada y ni siquiera sabía por qué.

—Después tendremos que hablar —le advirtió Johnny—, estoy muy preocupado.

—Ya —contestó en un suspiro.

Johnny salió de la habitación, bajó a la planta de abajo y le pidió a Nana que le subiera algo de comer y buscara ropa para ella. Después llamó a Beth, no le dijo nada, fingió que todo iba bien y ella lo creyó.

Cuando Johnny salió de la habitación se levantó de la cama, preparó el baño, necesitaba quitarse esa asquerosa ropa y lavarse, y mientras la bañera se llenaba se miró en el espejo. Este le devolvió un cruel reflejo, en el que costaba reconocerse. Le había partido el labio, tenía sangre seca, el pómulo hinchado y amoratado y una pequeña cicatriz en la frente. Sus ojos parecían inertes, como si carecieran de vida. Tapó el espejo con la mano, incapaz de seguir mirándose, se quitó la ropa y se metió en la bañera.

Observó su cuerpo bajo el agua, se había quedado esquelética, su cuerpo tenía un aspecto enfermizo. Moratones en las piernas, marcas en las muñecas, dos quemaduras de cigarrillo en el brazo izquierdo y pinchadas en el derecho. Metió la cabeza dentro del agua, incapaz de seguir viéndose, la pena la embargaba, necesitaba un respiro, un suspiro de bienestar, y allí no tenía nada a lo que recurrir. Los recuerdos empezaron a asaltarla y se dio cuenta de que había tocado fondo, que debajo no había nada más.

Llamaron a la puerta, Nana le dijo desde el otro lado que le dejaba ropa limpia, que no tardara o se le enfriaría la comida. Salió y se envolvió en una toalla, volvió a mirarse en el espejo y no soportaba su reflejo, abrió el espejo y en los estantes superiores encontró lo que necesitaba. Leyó las etiquetas, interesándose sobre todo en los barbitúricos: Nitrazepam, Temazepam, Diazepam... Iba a coger el Valium cuando vio el Venoral. Había oído hablar de él, ya no se comercializaba, decían que era un anestésico fuerte y ella se sentía demasiado despierta y consciente, demasiado vacía y sola. Se llevó dos pastillas a la boca a la vez que se preguntaba cómo de jodido estaba Johnny para tener esa farmacia en casa.

Cuando acababa de comer, empezó a sentir que el Venoral hacía afecto. No

mentían en que era muy potente, consiguió hacerla sentir relajada, nada volvía a importarle y era cuanto necesitaba.

—¿Has acabado de comer? —entró Johnny en la habitación cuando ella ya estaba en la cama.

—Sí —contestó sin poder abrir los ojos. Se sentía en el limbo, entre dos mundos, y prefería el de la inconsciencia. Despierta no se aguantaba a sí misma, Johnny se daría cuenta de la persona vacía en la que se había convertido y la rechazaría. No, era mejor la inconsciencia, pensó—. Necesito dormir.

—Has dormido dos días enteros, es imposible que estés tan cansada —dijo aproximándose a la cama.

—Lo estoy, ¿vale? —respondió a la defensiva—. Estoy cansada —se quejó a punto de dormir.

Se preguntó cómo era posible, si ella mentía para no hablar con él. Sonaba cansada, volvía a arrastrar las palabras. El problema cada vez le parecía mayor, no podía mirar hacia otro lado, había tomado algo, no había otra explicación para que, después de dormir durante dos días seguidos, siguiera tan cansada.

—¿Qué has tomado? —preguntó sentándose en la cama. Ella no le contestó y la buscó en la cama—. Amanda —zarandeó su brazo—, dime qué has tomado, si no hablas conmigo no podré ayudarte.

—¿He pedido tu ayuda acaso? —preguntó molesta y agotada.

Estaba muy enfadada, pero las palabras pesaban tanto dentro de su boca que apenas podía hablar.

—Has venido hasta aquí, no lo habrías hecho si no necesitaras ayuda —no le contestó y Johnny negó con la cabeza, no quería cabrearse—. Te guste o no vas a tener que hablar conmigo. ¿Qué has tomado?

—¡Nada! —exclamó molesta porque no la dejaba dormir—. ¿Qué voy a tomar?

—Pues alguna droga, obviamente —negó incrédulo.

Amanda abrió los ojos, los párpados apenas le respondían, solo podía ver a través de una rendija, la luz le molestaba y no podía centrar su mirada en nada, la próxima vez solo tomaría una pastilla.

—Sabía, que te lo diría, era imposible que, esa mosquita muerta, se quedara callada.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Johnny sin comprender.

—Me dijo, que si dejaba, aquí, a Abraham, no te diría, que me había visto, metiéndome, aquel pico.

—¿Beth? —demandó incrédulo.

—Sí, tu mujer florero —se dio la vuelta—. Se ha, quedado con todo, cuanto, he amado en la vida.

Dejó a Johnny noqueado, acababa de admitir que se drogaba y Beth la había visto. Egoístamente se había callado, parecía que había chantajeado a Amanda, empeorando las cosas para ella. No le gustó nada.

La dejó dormir y le pidió a Nana que llamara al médico. Cuando llegó, la examinó mientras ella dormía.

—Ha tomado algún tipo de sedante o somnífero, quizás alguna droga peor, como opio. Su pulso es débil, aunque no preocupante, como los moratones —les explicaba en la puerta de la habitación a Johnny y a Nana. Miró a Amanda, que dormía en la cama, y volvió a mirarlos a ellos—. Está extremadamente delgada y desnutrida, pero lo más preocupante son las marcas de pinchazos que tiene en el brazo.

—¿A qué son debidas? —demandó Johnny.

—Drogas, a saber cuáles —suspiró—, la juventud se ha vuelto loca, he visto a chicos de diez años adictos a esnifar pegamento, una pena —negó—. Va a necesitar ayuda.

Johnny se frotó los ojos preguntándose cómo había acabado Amanda en una situación como aquella, qué la había llevado a pincharse droga y hasta qué punto estaba metida. Se sentía perdido y eso lo frustraba, esa sensación siempre volvía y golpeaba fuerte. Tenía ganas de gritar de pura frustración.

—¿Qué clase de ayuda?

—Es difícil de decir, yo no soy más que un médico de cabecera, pero puedo darles el teléfono de un colega, es psiquiatra y un experto en la materia. Él podrá guiarlos, darles algunas indicaciones y tratarla en caso de que sea necesario. Yo lo único que puedo hacer es seguir vigilando sus constantes.

—Gracias doctor —le ofreció Johnny la mano y él la estrechó—, querría hablar con ese psiquiatra.

Aquella misma tarde Armando lo llevó a ver al psiquiatra. Este le dijo que lo primera era que ella reconociera que tenía un problema, que asimilara que el consumo de drogas no era bueno y lo más importante, que deseara curarse. Ese era el principio, sin eso no podrían hacer absolutamente nada.

—Si es dependiente, cuando se encuentre privada, puede que presente cambios de humor, incluso podría llegar a ponerse agresiva —les explicaba cuando ya iban a marcharse—. No debe alterarse, es importante mantener la calma, ser muy paciente y recordar que no es ella la que habla, que es una enferma y necesita mucho apoyo y cariño. Debe mostrarse firme, pero le recomiendo que sea benévolo.

Fue a ver a Abraham y juntos llamaron a Beth; el pequeño se mostró enfadado, no quería estar en casa de sus abuelos. Beth no comprendía por qué lo había llevado allí. Johnny no hizo otra cosa que mentir, a los dos. A Beth las cosas no le cuadraban y también se enfadó con él, decidió que no volvería a dejarlos hablar. Al volver, Amanda dormía, y le pidió a Nana que tirara todos los medicamentos de su antigua habitación.

No despertó hasta el día siguiente, desayunó en la habitación y volvió a dormirse. Johnny la dejó, ni siquiera la molestó. Debía hablar con ella y no iba a ser una conversación agradable, para ninguno de los dos. Nana le subió la comida, seguía durmiendo; cuando le subió la cena ya se había levantado, la encontró en el baño tirándose de los pelos, literalmente. Le preguntó por los medicamentos y Nana, siguiendo las instrucciones de Johnny, le dijo que hablara con él. Cuando Nana bajó, Johnny cenaba delante del televisor, escuchando un partido de béisbol, le advirtió y se marchó a recoger la cocina.

Johnny salió con una cerveza al porche trasero, se preguntaba qué estaría haciendo Amanda, pero no subió para comprobarlo, sería ella quien iría hasta él.

—¿Dónde están los medicamentos? —preguntó angustiada, necesitaba algo, no podía ser ella misma.

—Los he tirado —Amanda abrió la boca mirándolo desde la puerta del porche, sin creerlo.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó encolerizada acercándose a él.

—Porque ya no estoy enfermo y no necesito ninguna de esas pastillas —intentó Johnny no alterarse.

—¡Yo sí los necesito! —gritó atormentada y abrumada por la desesperación que la embargaba.

—¿Acaso estás enferma? —preguntó él antes de que ella entrara en la casa.

Nana fregaba la cocina cuando Amanda entró como una loca, fue directamente a la basura y empezó a vaciarla. La miró sin creer lo que estaba haciendo, cogió el cubo y esparció la basura por el suelo.

—¿Qué hace? —preguntó mirándola sin creerlo, ella se tiró al suelo y empezó a buscar.

—¿Dónde está el Valium, el Venoral? —preguntó tirada en el suelo rebuscando entre la basura.

—¿Qué estás haciendo Amanda? —entró en la cocina Johnny.

—Ha esparcido la basura por el suelo —dijo Nana mirándola con pesar, empezaba a darle pena.

Johnny no daba crédito, se la imaginaba buscando entre la basura, tan desesperada como sonaba. *Como un perro callejero al que han golpeado demasiadas veces.* Se le partía el corazón al imaginarla.

—¡Aquí no están! —gritó colérica, desesperada. Se puso de pie—. ¿Dónde las has escondido?

Se acercó a Johnny muy enfadada, lo miró llena de rabia y empezó a golpearlo con todas sus fuerzas, la rabia quemando más que el sol. Mentía, no había tirado las pastillas, no podía haberlo hecho. Sin eso no tenía nada y no quería vivir consigo misma, no se conocía y lo que veía le daba asco, no podía vivir con aquellos remordimientos, con esa ansiedad. Él la había privado de un momento de confort. Se lo había robado todo. Todo era culpa suya, lo que había hecho, en lo que se había convertido, era culpa de él.

Se sorprendió cuando el primer golpe impactó contra su brazo, después en el pecho más fuerte.

—Estás enferma, Amanda —le cogió las muñecas para que dejara de golpearlo—, quiero ayudarte.

—¡No estoy enferma! —forcejeó para que la soltara, se sentía débil, sin fuerzas, un guiñapo.

—Si no estás enferma, no necesitas esas pastillas —le dijo muy serio.

Amanda lo miró a los ojos, conocía a ese hombre muy bien, conocía ese tono autoritario en su voz, su cara de enfado contraída, la línea recta de sus labios. Las hubiera tirado o no, no se las daría, y con esa certeza llegó la desesperación. Intentó golpearlo en vano, las lágrimas salieron desesperadas de sus ojos.

—Sí las necesito —lloró atormentada—, por favor Johnny, por favor dime dónde están —le suplicó.

—No te molestes en buscarlas, las tiramos anoche y esta mañana se las ha llevado el camión.

—¡No! —lloró con más fuerza mientras la única posibilidad de bienestar desaparecía.

Dejó de forcejear y la soltó, la sintió inerte cuando se dejó caer al suelo, se arrodilló con ella. Si no fuera porque seguía llorando con aquella desesperación, hubiera pensado que se había desmayado.

—Ya está pecosa —le cogió la cara llena de lágrimas, la abrazó y ella volvió a golpearlo sin fuerza. Dejó que se desahogara, que le pegara, no le hacía daño—, desahógate, sácalo todo —le acarició el pelo.

Nana los observaba en silencio. Era una de las escenas más tremendas que había visto en esa casa, y había visto muchas. Aunque sabía que Amanda traería problemas, no pudo evitar compadecerse de ella. Era la imagen más nítida que había visto en su vida de una persona rota. Dolía hasta mirarla, daba mucha pena y hasta ella sentía ganas de llorar. Incapaz de seguir allí, salió de la cocina sin hacer ruido.

—Esto es culpa tuya —lo acusó llorando como una niña. Empezó a hiperventilar—, todo es culpa tuya.

Sus palabras hicieron mella en Johnny, su corazón lloraba al escuchar cómo lo culpaba una y otra vez, hasta que llegó a creerlo. No le contestó, se quedó abrazándola, buscando la forma de consolarla, intentando descifrar qué podía hacer para que se sintiera mejor, le dolía el pecho al oírla llorar de esa forma. Amanda empezó a decir que se ahogaba, conocía esa sensación demasiado bien. La cogió en brazos y sin esfuerzo se puso de pie, no pesaba nada. La sacó al porche trasero y se sentó en el balancín.

—No te ahogas —Amanda lo miró con los ojos muy abiertos, él no sabía nada, tenía los pulmones cerrados y no podía respirar—. Es ansiedad Amanda, tranquilízate y respira conmigo, pasará, lo sé.

Sentía pánico, el aliento de Johnny rozaba su rostro, miró sus labios e intentó respirar con él.

—Necesito un Valium o un Venoral —le suplicó cuando recuperó el aliento—, mira lo que me estás haciendo. Es culpa tuya Johnny, tienes que darme algo, por favor, te lo suplico, haré todo lo que quieras.

—Si tengo la culpa de algo no es de esto, drogarte no mejorará las cosas, solo las empeorará, respira.

—No tienes ni puta idea —lo cogió del cuello de la camisa—. Dame algo Johnny —le dijo histérica—, dame algo o te juro que haré que lo laments. ¡Me lo debes! Te di a Abraham, lo único que me quedaba.

Johnny negó con la cabeza frustrado, le cogió las manos y las apartó de su camisa, la sentó en el balancín quitándosela de encima. Apoyó los codos en las rodillas y se frotó los ojos enfadado, superado.

—¿Te estás escuchando? ¿Acaso no quieres ver a tu hijo? Porque no lo harás hasta que estés bien.

No quería amenazarla, pero era un hecho que no le permitiría verlo en aquel estado, no hasta que se tranquilizara y le demostrara que quería cambiar, que quería ser la de antes. No le haría daño a su hijo.

A Amanda se le volvió a cerrar la garganta al pensar en Abraham, rompió a llorar y se abrazó a él.

—Ni siquiera sé quién soy o cómo era mi vida hace un año, no consigo recordarlo. Me siento mal, no me gusta sentirme una desconocida, ni tampoco la mujer que me devuelve la mirada en el espejo.

La abrazó acariciándole la espalda, sintiendo cómo el alma se le partía en dos al escucharla sollozar esas palabras. Él tampoco sabía quién era, ni en qué se había convertido, esperaba que aquella confesión fuera el principio, que se diera cuenta de que las cosas podían cambiar, que podía ser feliz.

—Te ayudaré Amanda, si quieres volver a encontrarte contigo misma, si quieres mejorar y recuperar tu vida, haré lo imposible para que lo logres y estés en paz contigo misma, pero tendrás que ayudarme.

—No volveré a estar en paz —se quejó y se puso de pie—, no imaginas las cosas que he hecho.

—Pues explícamelas —contestó frustrado—, hablar ayuda, habla conmigo —le pidió—, desahógate.

Estaba allí con ella, a pesar de lo jodida que estaba no la había echado a patadas, decía que quería ayudarla y lo creía. Pero tenía miedo a hablar sobre el último año, temía decirle todo lo que había hecho y que él la rechazara. Que se diera cuenta de lo vacía y mala persona que era, que la despreciara y la apartara otra vez de su vida, que le quitara a su hijo para siempre. Abraham estaría un millón de veces mejor con Johnny que con ella, pero no quería perderlo del todo, ya había perdido todo un año.

—No puedo —negó compungida—, no puedo hablar de ello.

—No hay prisa, pero si no hablas conmigo, tendrás que hacerlo con otro, conozco un psiquiatra...

—¡No pienso ir al loquero! —exclamó interrumpiéndolo—. Ni sueñes que voy a ir, yo no estoy loca.

—Lo sé, pero necesitas ayuda y, si no quieres hablar conmigo, tendrás que hablar con alguien —se puso de pie y fue hacia la puerta—, cuanto más tardes en decidirte, más tardarás en ver al chico.

A pesar de que necesitaba un trago se fue a dormir. Nervioso, pensó que sin barbitúricos iría a por el alcohol; si lo hacía le diría a Nana que tirara hasta las cervezas. La entendía mejor de lo que ella creía.

A la mañana siguiente la encontró en la cocina y, como él, tampoco había dormido.

—He pensado mucho en lo que hablamos anoche, hay algo que puede ayudarte a recordar. Ven.

La llevó a su antiguo estudio, ni siquiera sabía por qué no había desmontado esa habitación, era una casa grande y si algo les sobraba era espacio. Esperaba que volver a pintar le recordara quién era.

Miró a su alrededor, su estudio estaba tal como lo recordaba, excepto por las fotos de ellos que había por la casa, ahora estaban todas allí, como un mausoleo. Miró a Johnny con esperanza, preguntándose si, como ella, no la había olvidado, aquello le daba otro motivo para recuperarse, además de su hijo.

—Está igual que el día que me marché —comentó llena de nostalgia mirando sus últimas pinturas—. Hace años que no pinto, creo que desde antes de que naciera Abraham no he pintado nada decente.

—Quizás sea un buen momento para probarlo de nuevo, podría ayudarte a recordar quién eres.

La dejó en la habitación y bajó a llamar a Beth; estaba más enfadada que la última vez que hablaron, el día anterior no la había llamado, no tenía ganas de discutir por gilipolleces, demasiado llevaba como encima para cargar con las comeduras de cabeza de Beth.

Miró el lienzo en blanco con esperanza. Era el primer sentimiento positivo y real que sentía en mucho tiempo. Su vida podía ser como un lienzo en blanco, donde ella podría crear la vida que quisiera. Empezó a pintar como llevaba años sin hacer, cuanto más pintaba mejor se sentía, y lo hizo durante días. Johnny le hacía compañía, se sentaba allí y hablaban de todo. Johnny le explicó lo jodido que volvió de Vietnam, lo dura que fue la pérdida de Jack, esperando que ella se abriera, que le contara qué había pasado y pudiera cerrar aquel capítulo. Ella prefería hablarle de Abraham y veía en su cara lo mucho que Johnny lo quería.

—Tengo muchas ganas de abrazarlo —dijo pintando un retrato de Johnny y Abraham de una foto que había encontrado en la habitación. También había una de los tres, con Elisabeth, la había guardado en un cajón, no tenía ni idea de dónde estaba ella—. Había olvidado su rostro, ahora puedo recordarlo.

—Quiero ir a buscarlo —confesó Johnny, hacía una semana que lo había dejado en casa de sus padres. Lo había visitado, pero cuando se iba cogía unas rabietas tremendas, además lo quería en casa, con él.

—¿Por qué no lo haces? Yo estoy bien, tenerlo a mí lado me ayudará mucho,

lo necesito.

—Sé que estás mejor, pero eso no significa que el capítulo esté cerrado —se giró en el taburete y lo miró. No quería confesar las cosas de las que había sido capaz—, quiero que me cuentes qué pasó.

—No quiero hablar de eso Johnny —se quejó—.Toqué fondo, no quiero volver a ser así.

—Por eso es bueno que lo recuerdes —iba a ser inflexible—. ¿Quién te pegó?

—No lo sé, estaba muy colocada, siempre estaba muy colocada, a tope, de día y de noche.

—¿De qué?

—De todo —se encogió de hombros y él alzó una ceja, exhaló el aire, quería ver a su hijo y Johnny no se lo permitirá, no tenía por qué contarle todo—. Hierba y LSD sobre todo —aunque no pensaba volver a hacerlo, sintió nostalgia—. Cuando tomas LSD te sientes en paz, es una unión espiritual con el mundo, algo imposible de explicar. Ves cosas, ves a través de ti, profundos pensamientos se implantan en tu mente, estos te llevan a hacerte una pregunta tras otra, hasta sentir que puedes ver tu propia alma.

—Lo echas de menos Amanda —dijo Johnny decepcionado al oírla hablar con nostalgia.

—Echo de menos un buen viaje —volvió a mirar el lienzo y siguió pintando—. Todo se magnifica al extremo. El LSD es como una moneda, si te sale cara todo va genial, si te sale cruz estás jodido. Una vez creí que podía volar, me tiré por la ventana de un segundo. No he sido consciente del daño que podría haberme hecho, del sufrimiento que hubiera causado si llego a matarme, hasta ahora que estoy limpia.

—¿Por eso viniste aquí?

—No —negó con la garganta cerrada—, no debí culparte de nada, fui muy injusta. Cuando mi padre murió me deprimí mucho, empecé a salir, a colocarme, a conocer ese mundo de la noche psicodélica de la que la gente hablaba, y era libre —no pudo contener más las lágrimas—. Empecé a convertirme en una egoísta, una mala persona y en una madre aún peor. Entonces salía con un hombre, él quiso ayudarme, pero yo no le deje; me dio un ultimátum y yo pasé de todo. Siendo sincera, fue muy paciente, aguantó aquello meses, no sé si aguantó tanto por mí o por Abraham, pero al final me dejó. Debía quedarme en casa y me sentía ahogada, en mi interior empecé a culpar a Abraham, a su padre, o sea, a ti. En cuanto podía colocárselo a alguien, salía y me cogía unos globos tremendos, me despidieron del trabajo y aquello sí que fue mi perdición. Entonces conocí al gilipollas de Rob, me ofreció irme de gira con él y no quería mirar atrás y preguntarme por qué no lo había hecho, así que me fui con él y dejé aquí a Abraham.

Johnny la escuchó con atención, no podía entender cómo pudo anteponer esa mierda a su hijo, pero estaba llorando, sonaba arrepentida y no quería que sufriera, debía ser paciente y comprensivo. Se levantó de la silla y contó cinco pasos hasta el cabestrillo, la cogió de los hombros y se los masajeó.

—Has vuelto Amanda —le aseguró—. Abraham te quiere, todo eso quedará atrás.

—Mi padre debe de estar revolviéndose en su tumba —se levantó del taburete y lo abrazó—. Malvendí el piso de Washington que él me regaló, el coche, las joyas, me he gastado toda su herencia... Rompí mi promesa, ni siquiera fui capaz de ser sincera con él y ahora él lo sabrá —lloró sobre su pecho—. Cuando supe que estaba embarazada, se enfadó mucho, sin ti, él era mi mayor apoyo y lo necesitaba. Le dije que sabías que estaba embarazada, que a pesar de eso te habías ido —levantó la cabeza y lo miró, no se había portado bien, pero se sentía perdida—, su rabia se canalizó contra ti y se olvidó de que estaba enfadado conmigo. Me ayudó a empezar de nuevo, a cambio me hizo prometer que te diría que había perdido el bebé y no quería volver a verte, que nunca te hablaría de Abraham, que nunca lo sabrías —Johnny tragó saliva, su padre lo había hecho mal, ella mucho peor. Le había mentado a su padre y después cumplió aquella promesa injusta casi cuatro años, privándolo a él de su hijo—. Lo siento mucho Johnny. ¿Podrás perdonarme? —ni siquiera le dejó contestar—. Dime que sí, necesito que me perdones.

Johnny sintió que la vieja herida se abría, pero ya no importaba, quisiera o no ya la había perdonado. Era la madre de su hijo, la había amado durante una década, no podía oírla llorar de esa forma.

—No llores —le acarició la espalda—, hace tiempo que te perdoné, no removamos el pasado.

—Gracias —lo abrazó con fuerza—, te he extrañado tanto. Cuando volví a verte supe que nunca había dejado de amarte, solo contigo puedo ser feliz, ahora me doy cuenta, tú y nuestro hijo sois mi felicidad.

A Johnny se le aceleró el pulso al escuchar aquello. Había soñado mucho tiempo que Amanda volvía y seguía amándolo, que lo perdonaba por haberse marchado, por haber dejado morir a Jack. Pero todo había cambiado, ahora estaba Beth de por medio, no sabía qué decirle, pero por suerte Nana los interrumpió.

—Su mujer está al teléfono —dijo Nana enfadada al ver cómo se abrazaban, se dio la vuelta y se fue.

Se separó de Amanda preguntándose qué estaba haciendo, se sentía raro, incómodo de repente. Llevaba días sin hablar con Beth, estaba tan preocupado por Amanda que apenas pensaba en nada más.

—¿Dónde está Elisabeth? —le preguntó Amanda al ver cómo su cara se contraía.

—Su hermano ha muerto, cuando llegaste estábamos en casa de sus padres, en Illinois.

—¿La dejaste allí? ¿Volverá? —Johnny afirmó—. ¿La amas? —demandó con el corazón en un puño.

—Mucho —tragó saliva, no quería hacerle daño a Amanda, estaba muy vulnerable, pero no podía engañarla, Beth era su mujer, no podía negarla para que se sintiera mejor—, ella me sacó del pozo.

—Eso no es amor Johnny —negó Amanda—, eso es gratitud, cariño, pero no amor. ¿Ella te ama a ti?

—No lo sé —negó dolido—, dice que me guíe por cómo me siento y siento que me quiere, pero no es capaz de decirlo y eso hace que me sienta inseguro —negó, no quería contarle aquello a Amanda.

—Cuando amas a alguien necesitas expresarlo. Si te amara te lo diría Johnny, no dejes que te engañe.

—Debo hablar con Beth —se alejó confundido por sus palabras—, si la hago esperar se enfadará.

Amanda lo observó salir de la habitación, esa chica lo tenía dominado. Era demasiado joven para ser interesante, no parecía que pudiera ofrecer buena conversación, y no podía verla, así que debía ser muy buena en la cama. Aunque creyera que sí, Johnny tampoco la amaba, se había desvivido por ella, eso significaba que aún la amaba, y lucharía por él. No había sido feliz desde que se marchó, su felicidad eran Johnny y su hijo. Volvía a sentirse fuerte, recuperaría a su familia, lucharía con uñas y dientes por ellos.

—¿Cómo estás? —contestó Johnny la llamada.

—Muy decepcionada y cabreada —Beth esperó que él dijera algo, no lo hizo—, me dijiste que me llamarías y no lo has hecho, dijiste que solo serían unos días y ha pasado una semana. ¿Qué está pasando?

—No está pasando nada Beth, de verdad —no quería mentirle, pero se sentía contra las cuerdas.

Las cosas con Amanda mejoraban día a día, ella no estaba tan mal como pensó después del numerito de los barbitúricos. No tenía los síntomas de

mono de los que el psiquiatra le habló, parecía que lo llevaba bien y no estaba tan enganchada como él creía. Solía preguntarle por Abraham, se preocupaba por él cada día más, comía y dormía. Estaba progresando y no podía dejarla sola porque Beth se enfadara.

—Deja de mentirme de una vez —le dijo asqueada—, pásame al chico, no quiero hablar contigo.

—Lo estaba bañando cuando has llamado —mintió—, ahora lo hace Nana, no puede ponerse.

—Nunca puedo hablar con él —se quejó, cada vez que hablaba con Johnny lo sentía más lejos y eso la entristecía—. No quiero discutir Johnny —se lamentó—, solo quiero que me digas la verdad.

—Todo va bien, deja de preocuparte —oírla hablar con ese pesar era doloroso—, mañana te llamo.

—Hazlo cuando esté Abraham, os echo de menos a los dos —dijo apenada—, quiero hablar con él.

—Lo haré —mintió y Beth extrañó que él la echara de menos—, hasta mañana.

Colgó el teléfono y se golpeó la cabeza con el puño, no quería seguir con aquello, deseó que Beth fuera más madura, había madurado pero no lo suficiente, no entendería lo de Amanda.

—Debería dejar de mentirle —le aconsejó Nana—, me ha preguntado qué pasaba y sonaba triste.

—Te prohíbo que le digas que Amanda está aquí —dijo molesto—, habló en serio Nana.

—Ella es mi señora —dijo cabreada, no le gustaba un pelo cómo se estaba comportando—, tanto como usted, por si lo ha olvidado su mujer es la señorita Beth, no Amanda. Ella le dio la espalda cuando la necesitó, sin embargo su mujer lo ayudó, no debería olvidar con tanta ligereza.

Lo último que necesitaba era que Nana lo machacara, y podía hacerlo, tenía motivos sobrados.

—¿Qué te había advertido sobre entrometerte? —demandó cada vez más enfadado.

—Yo veo cosas que usted no puede ver, cómo Amanda lo mira, por ejemplo. Cuando llegó sabía que traería problemas, por eso no quise llamarlo. Ahora me doy cuenta de que es peor de lo que creía, está abriendo una grieta kilométrica entre usted y su mujer. Por si no se ha dado cuenta, su mujer sufre.

—Si no quieres que sufra no le digas nada. Amanda se marchará y, cuando lo haga, le diré la verdad a Beth, ahora mismo solo conseguiré hacerle daño y enfadarla. Ella no lo va a entender —se quejó—. Me duele la cabeza, no quiero discutir, así que cállate. Dile a Armando que vaya a buscar a mi hijo.

Johnny quería que Abraham hablara con Beth antes de que viera a su madre, confiaba en que eso tranquilizaría a Beth, no podía arriesgarse a que le dijera a Beth que Amanda estaba en casa. Pero el plan se fue al traste cuando Amanda escuchó la voz de su hijo y fue corriendo a reencontrarse con él.

Amanda se sintió en paz después de abrazar a su hijo. Le pareció que había crecido una barbaridad y se mortificó por haber perdido aquel último año. Pensaba recuperar el tiempo, recuperarlos a ambos.

Nana se había compadecido de Amanda, pero a medida que pasaban los días dejó de hacerlo. Desde que había sustituido una foto que Abraham tenía en la habitación de Beth, su padre y él, por otra de Amanda y Johnny, vio claras sus intenciones y decidió vigilarla muy de cerca. Johnny no podía ver sus intenciones, ella sí, y cada vez las veía con más claridad, veía cómo ella ganaba terreno, apartando a Beth.

—La señorita Beth está al teléfono —dijo al llegar a la piscina donde estaban los tres.

—¿Puedo hablar con Beth papi? —se emocionó Abraham saltando encima de él.

—¿La echas de menos, verdad? —le acarició la cara.

—Mucho.

—Yo también —eso no gustó a Amanda—. Ahora no puede ser, ya hablaremos, quédate con mami.

Salió de la piscina y se fue con Nana, estaba haciendo las cosas mal, pero no sabía cómo hacerlas.

—¿Te gusta de Beth, cariño? —le preguntó Amanda viendo cómo su hijo se entristecía.

—Es muy buena —contestó Abraham inocente—, juega conmigo y nos hace reír a papi y a mí.

—Ella no es tu mamá —le recordó Amanda—, cuando ella vuelva yo tendré que marcharme.

—No quiero que te vayas —dijo Abraham frunciendo el ceño como solía hacerlo su padre.

—Yo tampoco, me gusta que seamos una familia de verdad. ¿No te gusta estar con tus papis? —él afirmó con la cabeza—. Deberías decírselo a papi, decirle que te gusta estar con nosotros, con tus papis.

Amanda había plantado una semilla, dormía con Abraham y, cuando estaban solos, aprovechaba para seguir alimentándola, recordándole que Beth los separaría cuando llegara. No estaba dispuesta a que Elisabeth separara de nuevo a su familia. Johnny la amaba, solo debía recordarlo y Abraham la ayudaría.

—No has venido a leerle el cuento a Abraham —le dijo a Johnny una noche, días después.

—Estaba hablando con Beth por teléfono —dijo dándole un trago a la cerveza.

Amanda se sentó con él en el balancín, cogió una cerveza del paquete, le apetecía un cigarro.

—No parece muy satisfecho, siempre que hablas con ella después estás de mal humor.

Amanda tenía razón. Las cosas entre él y Beth no iban bien, odiaba mentirle y que ella no lo creyera. Deseaba que confiara más en él, le estaba mintiendo, pero no eran más que una mentira piadosa.

—Hemos discutido, no hago otra cosa que mentirle y ella se ha dado cuenta.

—¿No sabe que estoy aquí, verdad? —Johnny negó y bebió de su cerveza—. ¿Por qué?

—Porque la conozco —volvió a beber—. Beth no lo entenderá, le hice una promesa y la rompí, cuando se entere se decepcionará. Haga lo que haga estoy jodido, lo he hecho mal y no hay vuelta atrás.

—¿Conmigo también tenías secretos cuando estábamos juntos? —volvió a negar, tampoco los tenía con Beth antes de que ella llegara—. ¿De verdad crees que la amas, Johnny? —demandó incrédula—. Ella no es para ti, es joven, impulsiva, inmadura y no te pega nada. Puede que ahora te haga feliz, te ha ayudado mucho y la quieres, ¿pero estás enamorado de ella? Yo creo que no, que acabarás cansándote.

—No la conoces —dijo molesto, aunque tenía razón en algunas cosas—, nunca me cansaría de ella.

—Pues yo te veo bastante harto ya.

—De la situación, no de ella. Beth me devolvió a la vida, no te imaginas cómo volví de Vietnam.

—Ya te lo dije Johnny, eso no es amor, es gratitud, y ni siquiera sabes si ella te ama. ¿Vas a pasarte los días pidiéndole que te quiera? Yo sí te amo Johnny, fuimos muy felices y podríamos volver a serlo, es lo que Abraham quiere, tener a sus padres sin tener que elegir, no tendrías que separarte de él.

Amanda lo amaba, sentía que era cierto, y él quería ser amado. Había estado muy enamorado de ella, creía que la había olvidado, que había cerrado aquel capítulo. Al escucharla decir que lo amaba tenía serias dudas. Además, no quería separarse de Abraham, no quería perderlo por nada del mundo.

—¿Vas a llevártelo? —preguntó herido y confundido respecto a Amanda.

—No quiero irme Johnny, estoy enamorada de ti, de nuestro hijo, podemos ser felices juntos.

Amanda fue a besarlo y él se apartó, se levantó del balancín y se marchó sin decir nada. No quería rechazarla, pero no podía hacerle aquello a Beth, lo amara o no, él sí la amaba a ella. Tener a Amanda en casa le removía todo el pasado, con Abraham se daba cuenta de cómo pudo ser su vida. Abraham quería que estuviera con su madre, que fueran una familia, y cada vez se sentía más confundido.

Amanda no intentó besarlo de nuevo, lo había asustado, debía ser paciente, él no le había pedido que se marchara, la había perdonado, la quería y le haría recordar que podía volver a amarla. No volvería a mencionar a Elisabeth, aquello había sido una metedura de pata, debía ser más inteligente.

Nana observaba lo que pasaba como una espectadora imparcial. Johnny cada vez se mostraba más frío y distante con Beth, pensó que Amanda era dañina, lo estaba llevando a su terreno de la peor manera posible y él se dejaba arrastrar. Intentó hablar con él, abrirle los ojos, pero él no quería escucharla.

Una noche Johnny tuvo una discusión terrible con Beth, le exigió que dejara de desconfiar, de decir que le mentía y le dijera de una vez qué era para ella. Beth le contestó que iría para allá y él la convenció para que no lo hiciera. No consiguió saber qué sentía por él.

A la mañana siguiente, Abraham, Amanda y él estaban desayunando, discutiendo sobre qué hacer aquel día cuando sonó el teléfono.

—Si es Beth dile que no estamos en casa —le dijo Johnny a Nana.

Nana habló con Beth, le dijo lo que Johnny le había dicho, aunque sabía que estaba mal. Beth le preguntó desesperada qué estaba pasando y ella volvió a mentirle diciéndole que todo iba bien. Al colgar le dijo a Johnny que la llamara. Él no lo hizo y, cuando Beth volvió a llamar, le dijo que más le valía volver.

Esa misma tarde Beth llegó y fue el principio del fin.

Treinta y tres: Las chicas grandes no lloran

—¿Qué está haciendo señorita Beth? —la sorprendió la voz de Nana en la oscuridad.

—Me marchó —contestó cargando sus cosas en el coche.

Nana se acercó hasta la joven y la cogió de la muñeca para que parara, la luz del porche apenas iluminaba. Beth se giró hacia la mujer que tanta manía le había tenido, la que un día calculaba sus pasos. Creía haberse ganado su afecto, si se equivocaba eso no cambiaría que ella sí se había ganado el suyo.

—¿Qué ha pasado?

A Beth le tembló la barbilla mientras intentaba contener las lágrimas. No quería seguir llorando, pero no podía parar. Ya no se sentía la misma que cuando llegó, todo había cambiado, y ella más que todo lo demás. Había crecido desde que llegó, se sentía orgullosa de haber dejado a la chica atrás, de la mujer en la que junto a Johnny se había convertido. Todo había sido un sueño, había llegado la hora de despertar.

—Yo ya no pinto nada aquí —dijo con pesar, suspiró y cargo los dos últimos bultos en el coche.

—No se precipite señorita Beth —le recomendó Nana.

Nana se dividía entre intentar convencerla de lo incorrecto de su acción, o salir corriendo y avisar a Johnny. Él no la dejaría marcharse, al menos eso pensaba ella.

—No me precipito —contestó alzando el mentón—, le he dicho que me iba, él me ha dado tiempo a preparar el equipaje, ya sabes el buen oído que tiene, le da igual. Amanda ha vuelto y todo ha cambiado.

Cerró la puerta del coche deseando que Nana la retuviera el tiempo suficiente para que Johnny se plantara allí y no la dejara marchar. Quería oírle decir que para él, ella era más importante que Amanda.

—Amanda no importa Beth —dijo Nana y Beth no quería más que creerla—, tú eres su mujer, no ella.

Beth no pudo contener más las lágrimas, se abrazó a la mujer y rompió a llorar desesperada. Al momento, los brazos de Nana la rodearon. Lloró con más fuerza sobre ella, intentando buscar consuelo. Pensó en lo estúpida que había sido, en lo ciega que había estado, puede que incluso más que Johnny. Había perdido mucho tiempo del que pudo pasar con él, pero al menos conocía el amor, él se lo había enseñado. Sabía lo que era el amor, el amor puro y desinteresado, había gente que no llegaba ni a acariciarlo, pero ella lo había tenido, por poco tiempo, pero había sido lo más real que había vivido.

—Se casó por obligación —se lamentó cuando fue capaz de hablar, Nana le acariciaba la espalda—, era con ella con quien quería casarse, a la que ama, la mujer que le ha dado un hijo. Conmigo no quiere tener hijos —se relamió los labios y se apartó. Con la poca luz que llegaba del porche veía los ojos oscuros de Nana brillar, no quería que la recordara como la chica llorona e inmadura que fue, era una mujer y debía comportarse, mantener la compostura, aunque tuviera el corazón roto—. No tiene sentido que me quede, me ha apartado de su lado —suspiró y se limpió las lágrimas de la cara, fingió sonreírle.

—Piense en lo que está haciendo —le pidió Nana—, no está en condiciones de tomar una decisión.

—No le digas que seguía llorando, no le confieses lo que siento por él Nana, por favor —le suplicó—, deja que sea feliz sin remordimientos. A pesar de lo que me ha hecho a mí, merece ser feliz.

—No será feliz si te marchas —la interrumpió Nana angustiada.

No creía poder aguantar más el sufrimiento de la chica, se le cerraba la garganta al ver cómo estaba sufriendo, cómo hacía aquello a pesar del dolor por él, porque lo amaba, ella era más vieja que ninguno de los dos. Se había dado cuenta seguramente antes que ellos de cómo las sonrisas de Johnny volvían cuando ella estaba con él, de cómo a ella se le iluminaba la cara cuando estaba con él. No había sido más que una espectadora imparcial, pero sabía que ambos estaban igual de ciegos al no ver lo que sentían él uno por el otro, al no confesárselo cuando saltaba a la vista para quienes los rodeaban.

—Me marcho por él, para que sea feliz, para que no tenga que cargar conmigo y pueda estar con ella.

—No te marches Beth —le pidió cogiéndola—, habla con él, no quiere que te vayas y tú no quieres irte. Estás dolida, pero él no prefiere a Amanda, te lo aseguro, ella pertenece al pasado.

—Sí —Beth pensó que no iba a dejarse engañar—, la prefiere. No le digas que he llorado, por favor Nana, no se lo digas, solo dile que estaba bien, que buscaré quien tramite nuestro divorcio y que deseo que sean muy felices —se agachó para besar la mejilla de la mujer.

—No puedes marcharte así Beth —insistió la mujer—, deja que se enfríe, habla con él.

—No, no quiero que se sienta obligado a seguir conmigo porque estemos casados, ahora tiene a la mujer que ama, la madre de su hijo —se le cerró la garganta al pensar en el chico, no solo dejaba a Johnny atrás, aunque fuera lo que más le dolía, dejaba atrás toda la nueva vida que habían construido juntos, había llegado a querer a ese niño como si fuera suyo, pero él tenía una madre y no podía seguir haciéndolo—. Dile al chico que lo llamaré, no puedo despedirme de él —abrió la puerta del coche mientras Nana intentaba pensar qué podía hacer para que ella se quedara. Beth vio el sufrimiento en los ojos de Nana y la abrazó de nuevo—. No te preocupes, estaré bien. Cuida de ellos —se puso a llorar.

—No te vayas Beth, lo lamentarás, Johnny te ama, le haces falta y él a ti también.

—Gracias por todo, Nana —se separó de ella, le cogió la mano y la miró a los ojos—. Sé que nos hemos llevado mal y nos hemos dado mucha caña la una a la otra, pero gracias a eso también he madurado.

Beth le sonrió con tristeza, sentía que no podía respirar, eran muchas cosas las que quería decir, no a Nana, sino a Johnny, pero nada cambiaría y no quería sufrir más. Le besó la mejilla y se subió al coche, arrancó el motor y, antes de marcharse, observó la casa, había luces encendidas, seguramente él debía haber oído el coche, pero no salía a buscarla. Negó con la cabeza sintiéndose estúpida por esperar que lo hiciera. Se marchó, mientras se alejaba de la hacienda sentía que dejaba parte de ella allí, con Johnny.

Subió los escalones del porche observando cómo las luces de freno desaparecían en la oscuridad.

—¿Se ha ido? —la sorprendió Johnny cuando abrió la puerta.

Johnny la escuchó preparar las cosas, pensó que no sería capaz, no le haría aquello, ni siquiera le había dejado explicarse. Si lo amaba, si lo quería, no se iría, pensó que era imposible. Pero lo había hecho.

—Ha podido impedirlo —le recriminó—. ¿Acaso no le importa? Ella no quería irse, estaba destrozada.

Se dio la vuelta y subió a la habitación. No quería escuchar a Nana, quería llorar, se sentía tan mal, le dolían tantas cosas que no estaba seguro de qué era lo peor. Entró en la habitación y cerró de un portazo, dio vueltas como un animal enjaulado, así se sentía, privado de todo sin Beth. Se tiró en la cama y la golpeó, buscó su olor en la almohada, pero había desaparecido, se lo había llevado todo con ella. Si lo quisiera no habría podido hacerlo, no de esa manera, sin permitirle explicarse. Se tapó la cara con la almohada y gritó, lleno de rabia, pena y frustración, mientras la peor desdicha volvía a su vida.

Cuando oyó que Abraham pasaba con Amanda por delante de la puerta, creyó que le decía algo de Beth. Ni siquiera se había despedido de él, se había marchado como si nada importara, abrumándolo con su indiferencia. Quería ir detrás de ella y cantarle las cuarenta, quería castigarla como ella lo castigaba a él.

Bajó al estudio y empezó a beber, arrepentido de cómo había hecho las cosas, de haber permitido que se fuera sin dejarle explicarse. Sintióse morir porque a ella no le importaba en absoluto, lo había demostrado al marcharse de esa forma. Lo mataba que lo quisiera tan poco, saber que la había perdido.

—¿Quiere que le caliente la cena? —preguntó Nana en la puerta del estudio.

—¿Cómo ha podido hacerme esto Nana? —demandó destrozado acabándose la copa de whisky.

Nana entró en el estudio, aunque él no lloraba estaba tan herido como Beth, le parecía increíble que fueran tan tontos los dos. Se tenían el uno al otro y por orgullo iban a perderse, aunque se amaran.

—Lo mismo se pregunta ella. Beth no le ha dejado explicarse, pero usted no la ha obligado a escuchar.

—¿Para qué? Ha demostrado lo mucho que le importo largándose, le he dicho que si se iba no volviera, ha contestado que no pensaba hacerlo y se ha ido, sin más, se ha marchado —golpeó la mesa.

—No se ha ido sin más —le aseguró Nana, Johnny se llenó el vaso otra vez pensando que sí lo había hecho—. Se ha ido destrozada, con el corazón roto y amándolo tanto que, a pesar de sentirse rota y traicionada, deseaba que usted fuera feliz, creyendo que le ayudaba apartándose, que era lo que quería.

—¿Cómo voy a querer eso si la amo? No le importo Nana —se lamentó bebiéndose la copa, angustiado al saber esa terrible verdad—, no me ama, nunca ha sido capaz de decírmelo, ni un te quiero.

—Eso no significa que no lo quiera. ¿Acaso no le llevó tiempo decirle lo que sentía por ella? —Johnny negó. Él le había pedido que lo quisiera y ella había sido incapaz de decirlo—. No basta con decir lo que uno siente, hay que demostrarlo, ella lo ha hecho, no olvide todo lo que ha hecho por usted, por el chico.

No le gustaba mostrar sus debilidades, pero necesitaba desahogarse, sacar la angustia que lo estaba matando por dentro. Se tapó la cara, escondiendo las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos.

—Y ahora me deja solo, perdido sin su luz, no sé cuánto podré respirar sin su olor, me duele hasta el alma Nana —se quejó—, siento que caigo como un peso muerto en un pozo oscuro sin ella y me ahogo.

—Entonces vaya a buscarla, aclare las cosas y dígame a ella lo que me está diciendo a mí.

—No puedo ir —apoyó los codos en la mesa—, no puedo ir a buscarla, no puedo ir detrás de ella como un perrito faldero, ya me he arrastrado suficiente...

—Si su orgullo vale más que la señorita Beth, permítame decirle que le estará bien empleado perderla.

Nana salió del estudio molesta. Johnny se quedó allí, repitiéndose que por mucho que lo deseara no iría a buscarla, no encontraría nada cuando llegara, ella no lo amaría por eso. Cuando se sintió ebrio decidió irse a dormir, hacía mucho que no se emborrachaba de aquella forma, tropezó cien veces antes de llegar a la cama. Se dejó caer y encontró un cuerpo, *Beth*, pensó que todo había sido una pesadilla, la abrazó e iba a pedirle que no se alejara nunca, pero su olor no estaba allí, no era ella, se apartó mareado.

—¿Qué haces? —preguntó con la lengua trabada, se sentó en la cama y Amanda lo abrazó por detrás.

—Se acabó Johnny —le dijo junto al oído—, podemos estar juntos. Seremos una familia, Abraham podrá tenernos a los dos, será feliz, podremos casarnos, como siempre quisiste, solo debes divorciarte.

¿Divorciarse de Beth? Se preguntó mareado, ¿no volver a tocarla, a escucharla, a sentirla? Nunca, jamás, la vida sin Beth no tenía sentido, y cuanto le había dicho Nana empezaba a tenerlo. Cuando volvió de la guerra no fue a buscar a Amanda por orgullo, y eso le había costado dos años sin Abraham, no permitiría que el orgullo le robara un segundo con Beth. Debía ir a buscarla y Amanda tenía que irse.

—No voy a separarme —se removió quitándosela de encima y se puso de pie—. Eres un espejismo del pasado, no te quiero —se sinceró, sin miedo, necesitaba liberarse de una vez—. Estoy enamorado de Beth, me da mucha pena lo que te has hecho, pero no voy a estar contigo por lástima, no te amo.

Amanda lo miró sin creer lo que decía, él se tambaleaba, estaba borracho, no era él quien hablaba, sino el alcohol. No permitiría que se alejara de ella, quería ser feliz y solo podía serlo con él.

—No te quiere Johnny, no puede decírtelo porque no te quiere, yo lo hago sin miedo. Te amo Johnny.

Esas eran las palabras que tanto había anhelado escuchar de Beth. Amanda se puso de pie y lo abrazó, ebrio imaginó que era Beth la que le había dicho que lo amaba, que volvía a tenerla entre sus brazos. Inclino la cabeza y olió su pelo, entonces supo que no era ella y que nunca lo sería, la rechazó y se apartó.

—Lo siento —dijo sincero—, no voy a vivir en el pasado, eres un espejismo, debes irte de mi casa.

—¿Por ella? —demandó Amanda dolida e incrédula, Johnny la echaba de su vida—. Esa chica no es para ti, ella no es la madre de mi hijo; si me voy, Abraham se viene conmigo, no volveré a renunciar a él.

—No ha intentado ser su madre, solo la madrastra buena —sonrió al recordarlo. Amanda creyó que se partía en dos por dentro al verlo sonreír de aquella forma bobalicona, con los ojos llenos de amor.

—No puedes tenerlo todo, puedes estar con ella o con nosotros —dijo rabiosa al sentirse rechazada de esa forma, al sentir que lo perdía—, no dejaré que vuelvas a verlo si la eliges a ella —le advirtió.

—Eres una puta desagradecida —escupió Johnny—, después de todo lo que he hecho por ti... Le he mentado a Beth, he arriesgado nuestra relación y mi felicidad por ayudarte, ¿y así me lo pagas? Si intentas alejarme de mi hijo te lo quitaré, serás tú la que no volverá a verlo —la amenazó rabioso—, puedo hacerlo, tú no estás capacitada para cuidarlo, declararé delante de quien haga falta cómo has vivido.

Lo conocía lo suficiente para saber que no mentía, no quería perderlo, necesitaba que la quisiera.

—No puedes hacer eso —demandó con los ojos llenos de lágrimas.

—No quiero, pero si me llevas al límite, haré lo que haga falta, ahora vete de mi habitación.

Amanda salió llorando y se fue con su hijo. Johnny fue hasta la puerta y la cerró, se tumbó en la cama mareado, con las emociones a flor de piel. Incrédulo de la amenaza de Amanda después de lo que había hecho por ella. Era otra persona, con o sin drogas, aunque parecía curada, no era la misma que él conoció.

Pensó que no podría dormirse, estaba demasiado alterado por la discusión con Amanda, demasiado dolido por la marcha de Beth y mareado por el whisky, todo daba vueltas y, a pesar de ello, cuando se dio cuenta ya estaba durmiendo y volvían las pesadillas. Al principio soñó con Beth, él anhelaba verla, poder alcanzarla, tocarla, ella no se dejaba coger y lo guiaba hasta el infierno, donde revivió la muerte de Jack.

Despertó resacoso, fatigado y dolido, se dio una ducha que le ayudó a despejar las ideas. Al bajar a desayunar se encontró solo con Nana, con ansiedad le preguntó por Abraham y Amanda.

—Han ido a ver a Cohete —contestó sirviéndole café—, él estaba inquieto por la marcha de Beth.

—Voy a ir a buscarla —a Nana le alegró esa noticia—, debo hablar con Amanda, después iré a Shelby y la traeré a casa. Necesito que me prepares algo de ropa y que le digas a Armando que, después de comer, tiene que llevarme al aeropuerto, quiero comer con Abraham, hablar con él sobre Beth y su madre.

—Dele esto cuando la vea —en la mano dejó la alianza de Beth, que había encontrado en la cómoda.

—Gracias por tus buenos consejos Nana —dijo Johnny muy agradecido.

Nana se inclinó y lo abrazó, para ella significaba mucho que le diera las gracias, lo quería como a un hijo. Lo había visto crecer y convertirse en el hombre fuerte, bueno y valiente que tenía delante.

Johnny se reunió con Amanda en el estudio, ella se disculpó por la discusión de la noche anterior y él también. Le dijo que se iba a buscar a Beth, que se quedaran allí y, cuando volvieran, arreglarían la situación, buscarían la solución. Amanda se sintió dolida al pensar que no había nada que pudiera hacer, que lo había perdido y él elegía a Beth en lugar de a ella, no creía que pudiera aguantarlo, pero no se lo dijo.

Armando lo dejó en el aeropuerto y le deseó suerte; aunque no se lo había dicho, él tampoco estaba contento con la vuelta de Amanda, solo que no era tan entrometido como Nana, que no se callaba una. Las manos le sudaban, no estaba seguro de poder volar sin Beth, recordó que ella estaba en el destino, que en horas podría volver a tocarla, y eso le ayudó a subir al avión; una vez dentro rememoró los momentos que había pasado con ella y anheló como tantas otras veces tener una imagen clara y exacta de ella.

—Hola John —lo saludó Roger sorprendido, miro detrás de él—. ¿Dónde está mi hija?

—He venido a buscarla —le contestó al padre de Beth muy seguro, no se dejaría engañar, estaba allí.

Roger ladeó la cabeza. Volvió a ver en su yerno el hombre feroz y decidido que conoció hacía años en la puerta de una habitación de un hotel en Chicago. Con ansiedad se preguntó qué había pasado.

—Ayer volvió a casa, dijo que llamaría, pero todavía no lo ha hecho, no que yo sepa, acabo de llegar.

—¿De verdad no está aquí? —preguntó sin saber si creerlo o no.

—Claro que no; anda pasa y cuéntame qué ha pasado —le tocó Roger el brazo para que entrara.

Johnny pensó que quizás estaba de camino, era probable que hubiera parado a dormir, cuando se marchó ya era de noche, seguramente llegaría esa noche o, si alargaba el viaje, al día siguiente. Esperaría.

Cuando llegó la madre de Beth todo se lío, había llamado a primera hora de aquella tarde y le había asegurado a su madre que todo iba bien, que se quedaría unos días en casa, con él y el chico.

Llamó a su casa y Nana le dijo que allí no había aparecido, le contó que había intentado impedirlo, pero que Amanda se había ido y se había llevado al chico. Imaginó que se había ido a casa de su madre, no tenía dinero, ni ningún sitio al que ir. Le dijo que se tomara unos días libres, que los pasara con su hija y su nieta, no tenía nada que hacer allí. Le pidió que Armando estuviera alerta y lo llamara si había cambios.

Con ansiedad esperó a Beth, los días pasaban y sus padres sufrían tanto como él preguntándose dónde estaba su hija, qué había pasado y si ella estaba bien. Decidió llamar a Ben, Beth confiaba mucho en él, cuando había tenido problemas y dudas había acudido a él, pensó que quizás lo había llamado.

—¿Sabes algo de Beth? —le preguntó ansioso, llevaba días esperando sin noticias de ella.

—¿Acaso te importa? —le contestó Ben borde.

No necesitó nada más, había hablado con él, con esa contestación lo había dejado claro. No le gustaba nada que Beth acudiera a él cuando tenía problemas, que se apoyara más en Ben que en él.

—¿Está ahí, verdad? —intentó ignorar su malestar, el tono tajante de su amigo.

—No, ni te molestes en venir, no está aquí... La has cagado bien chaval

—contestó cabreado y colgó.

*Treinta y cuatro:
Ben tiene corazón*

Llamaron a la puerta, resopló molesto preguntándose si no pensaban dejarle ver el partido tranquilo.

El novio de su hermana mediana no dejaba de llamar, por lo visto habían discutido y ella se había ido por ahí con sus amigas. Le había estado lloriqueando sobre lo bueno que era con ella, lo bien que se portaba, como si a él le interesara. Si Amy se había enfadado algo habría hecho, o quizás no, estaba muy tonta desde que había empezado la universidad. Su hermana pequeña estaba durmiendo en casa de una amiga, al menos eso le había dicho, comprendía que le mintiera a su madre, pero le daba rabia que no confiara en él, había crecido y estaba irreconocible. La mayor se había ido a vivir con su novio, algo que disgustó mucho a su madre, desde entonces había ido a pasar unos días a casa de su hermana y no había vuelto, parecía que se había mudado. Así que estaba solo y debía dejar el partido para ver quién tenía los cojones de interrumpirlo de nuevo; se prometió que, como fuera el novio de su hermana Amy, lo caneaba.

Volvieron a llamar al timbre, fuera quien fuera se iba a enterar, por pesado e insistente. Dejó la cerveza sobre la mesita y se levantó del sofá molesto. Al abrir la puerta se encontró con la última persona que pensaba ver en su casa, de noche, sin avisar y con aquella cara de llevar horas llorando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sintiendo cómo la angustia hacía mella en él.

Beth no contestó, de sus ojos vidriosos e hinchados salieron dos lágrimas silenciosas, que rodaron por sus pálidas mejillas hasta perderse. La cogió de la nuca y la acercó a él, la abrazó y ella rompió a llorar.

—¿Qué te pasa Beth? —preguntó acariciándole el pelo—. Dime qué te pasa, nena.

Beth no era capaz de hablar, solo podía llorar y llorar. Ben cerró la puerta sin soltarla, sin separarse de ella, y la llevó hasta la sala de estar, apagó el televisor y se sentó con ella en el sofá.

Le encantaba cómo su delgado cuerpo se ajustaba al de él. Beth tenía algo que lo volvía loco, solía pensar que era su sonrisa, el brillo de esos ojos grises preciosos que tenía, ese cuerpo por el que cualquier hombre mataría solo por estar una noche con ella. Pero lo que más le atraía era esa ternura que toda ella desprendía, para después dejarte noqueado con lo sexy que llegaba a ser sin pretenderlo. Beth no era una persona sutil. Nunca le había dicho cómo le hacía sentir, nunca lo haría, ella era la mujer de su amigo, para él ella era sagrada, alguien a quien protegería como a otra de sus hermanas, a pesar de lo mucho que Beth le había atraído desde la primera vez que hablaron, su Barbie.

—Venga Beth —intentó ser paciente—, cuéntame qué te pasa, me estás preocupando.

Dudaba si había hecho bien al ir a casa de Ben, era el mejor amigo de Johnny, no quería que tuviera que posicionarse. En cuanto salió del camino de grava de la casa, se incorporó a la carretera y paró en el arcén. Había girado en dirección al pueblo, en lugar de ir hacia la carretera que la pondría en marcha hacia Shelby. No se veía capaz de volver a casa de sus padres, empezaban a recomponerse de la muerte de su hijo mayor, no quería disgustarlos con el fracaso matrimonial de la pequeña. Necesitaba unos días y alguien en quien apoyarse, no se veía capaz de mentir, de fingir que todo iba bien. Pensó en ir a casa de Flor, pero ella y Steven estaban tan enamorados que verlos juntos hubiera sido insoportable. María estaba en la universidad y solo quedaba Ben, así que había acabado en su casa, él era como un hermano para Beth.

Beth sorbió por la nariz y se separó de él, Ben le tendió un pañuelo de papel, se sonó mirando sus ojos azules, lo estaba preocupando. Ella ya no era así, no podía seguir llorando de esa forma, como una niña.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó—. Necesito refrescarme —aclaró.

—Claro —se puso Ben de pie.

Beth se puso de pie con él, Ben rodeó su cintura, parecía capaz de llevarla hasta el baño.

—No hace falta que me acompañes —le miró incómoda al sentirlo tan cerca—, sé dónde está.

Ben sonrió sintiéndose como un idiota, la soltó y se dirigió hacia la cocina en dirección opuesta.

—¿Quieres una cerveza? Debes estar deshidratada —intentó en vano animarla un poco.

—Necesito algo más fuerte.

—¿Un vino? —demandó mientras pensaba si tenía vino.

—Saca el tequila Benjamín —contestó Beth antes de perderse en el pasillo.

Ben miró en su dirección, a Beth no le sentaba bien el tequila, la había visto borracha dos veces desde que la conocía, y en las dos ocasiones había tequila de por medio. En esas condiciones no creía que fuera una buena idea, parecía una muñequita rota, sabía lo que era necesitar un trago y no podía negarle nada.

Beth se miró en el espejo, tenía la cara tan hinchada que parecía un monstruo, se tiró agua sobre ella, se mojó la nuca, los brazos, le apetecía darse una ducha. Salió a la sala de estar algo más recompuesta y se sentó al lado de Ben, que esperaba paciente a que ella le contara qué le pasaba.

—Lamento haber venido —negó con la cabeza, rascándose detrás de la oreja—, no tenía a dónde ir y no quería presentarme de esta guisa en casa de mis padres. Bastante mal están ya para disgustarlos.

—No sabía que habíais vuelto, Johnny me dijo que me llamaría y no lo ha hecho.

—Ha estado muy ocupado, por lo visto —apartó la mirada herida al pensar en la humillación.

Cogió el vaso corto y tragó sin saborearlo. El tequila no se servía con hielo, Ben se lo había enseñado, no hizo que la bebida fuera menos tóxica y desagradable. La boca le salivó del asco, odiaba el tequila.

—¿Qué ha pasado?

—Amanda —dijo cogiendo la botella y llenándose el vaso de nuevo—, Amanda es lo que ha pasado —contestó dividida entre la rabia y la pena. Le ofreció la botella a Ben—. ¿Quieres? —él negó.

—¿Amanda? —preguntó Ben sin comprender.

—Sí, no te hagas el loco, Amanda, la madre de su hijo, la mujer que quiere, su gran amor.

Sintió que su voz le temblaba, volvió a beber aquel líquido repugnante, no quería seguir llorando, era humillante volver a ser la niña débil que creía haber dejado atrás. Se suponía que era una mujer casada, pronto sería solo una mujer y eso no le gustó. Prefirió pensar que era una chica grande y ellas no lloraban.

—¿Amanda ha vuelto? —demandó incrédulo Ben.

Beth se frotó la cara, no quería hablar sobre ello o rompería a llorar de nuevo.

—¿Podría quedarme un par de días aquí? —le pidió mirándolo a los ojos.

—Claro que sí Beth, no hace falta ni que lo preguntes, pero querría saber qué pasa.

—No le digas a él que estoy aquí —su nombre dolía para decirlo en voz alta—, si no, no me quedaré.

—No se lo diré —le aseguró Ben angustiado—, pero dime por qué.

Beth no contestó, volvió la vista a la botella, se llenó el vaso de nuevo y lo engulló. Seguía quemándole como el primer trago, aunque cada vez le parecía menos malo. Necesitaba dormir sus sentidos, anestesiarse sus sentimientos y dormir, quería dormir y olvidarlo todo, absolutamente todo, cada sonrisa de Johnny, cada palabra ardiente, cada gesto de preocupación por ella, cada te quiero de sus labios, la noche que le dijo que la amaba, que estaba enamorado de ella... ¡Maldito traidor miserable! Cuanto más pensaba, más rencor sentía hacia él, más le dolía lo cabrón que había sido, sus mentiras, lo odiaba.

Ben no la presionó a que hablara. Amanda había vuelto, eso era decir mucho. ¿Pero con qué propósito había vuelto? ¿Johnny quería estar con ella? ¿Después de todo seguía enamorado de esa mujer que le había hecho tanto daño? ¿Eso dónde dejaba a Beth? La respuesta a sus preguntas estaba allí, sentada junto a él en el sofá, con los ojos brillantes como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro por la velocidad a la que estaba bebiendo desesperada por perder la consciencia.

Dejaría que eso pasara, después la llevaría a la habitación de su hermana, la metería en la cama, la arroparía, si ella despertaba le diría que todo iría bien, le mentiría si hacía falta solo para que ella se sintiera mejor, y la dejaría dormir. En su habitación, soñaría con ella, porque se había convertido en un gilipollas, podía tener a quien quisiera, nadie se le resistía si él ponía un poco de empeño, pero ninguna le interesaba para más que un rato, solo una, la única que no podía tener.

Beth se despertó en una cama ajena, con un dolor de cabeza martilleante y la boca seca. Ben la observada desde una silla frente a la cama, se preguntó cuánto llevaba allí mirándola. Recordó lo sucedido el día anterior y se tapó la cabeza con la sábana, cerró los ojos queriendo olvidarlo todo.

Ben se alegró de que hubiera abierto los ojos, se incorporó y la desarropó. Beth abrió un ojo mirándolo con el ceño fruncido.

—Llevas durmiendo todo el día, por un momento pensé que no te despertarías.

—Me encuentro fatal —se quejó ella, era cierto, le dolía todo, por fuera y por dentro.

—No me extraña después de cómo bebiste anoche, tienes que comer algo.

Se levantó de la silla y cogió la bandeja que le había preparado por la mañana para que desayunara, el pan de molde debía estar seco después de tantas horas.

—¿Cuándo te has vuelto un caballero? —preguntó al verlo acercarse con la bandeja.

—Ya sabes que soy encantador —contestó él en tono chulesco.

Beth seguía teniendo un aspecto pésimo y a pesar de ello la adoraba, era preciosa y bonita.

—Un encantador de serpientes, eso eres tú —forzó una sonrisa para él, que no pudo mantener ni cinco segundos.

Se sentó en la cama y él puso una bandeja sobre sus piernas.

—Merienda en la cama, no te podrás quejar, esto no te lo hace ni Nana.

Miró la comida con asco, tenía el estómago del revés, no le apetecía nada comer, con solo mirar la comida tenía ganas de vomitar. Bebió el agua de un solo trago y Ben fue a buscarle leche fresca.

Con dificultad, empezó a comer el sándwich seco, no había comido nada en dos días y tenía que recuperarse, lamer sus heridas y volver a casa con sus padres, que era donde debía estar.

—¿Has hablado con él? —preguntó con la mirada fija en una ventana.

—No.

—¿Lo harás? —preguntó mirándolo a los ojos, esperando ver en ellos si le mentía.

—Si lo que quieres saber es si le voy a decir que estás aquí, la respuesta es no —dijo Ben serio—, pero si me llama hablaré con él claro. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Beth se encogió de hombros. Se acabó el sándwich con esfuerzo, las tripas no dejaban de sonar resentidas. Tomó una pastilla que Ben le dio para el dolor de cabeza y tres vasos de leche.

—Pensé que, cuando te despertaras, querías darte una ducha —comentó Ben quitándole la bandeja de las piernas, ella sonrió agradecida, nada le apetecía más—, he ido al coche a buscarte ropa limpia y he visto todo lo que tienes ahí dentro —Beth se llevó las manos a la cara, se masajeó las sienes, todas sus pertenencias estaban en el coche—. ¿No piensas volver, verdad? —negó volviendo a mirar sus ojos claros y juguetones, ahora estaban serios, no recordaba haber visto a Ben tan serio nunca—. ¿Por Amanda?

Amanda, Beth apretó los labios con rabia. Aquello le estaba bien empleado, por ser tan egocéntrica y creída. Johnny había elegido a otra antes que a ella. Odiaba que fuera a Amanda, no lo merecía.

—No puedo hablar sobre eso ahora, necesito una ducha —suspiró agotada—. Estoy hecha polvo. Además tengo que hablar con mis padres —se angustió—, no quiero que se preocupen por mí.

Ben chasqueó la lengua y la abrazó, su cuerpo empezó a temblar debido al llanto. No hacía falta que le dijera cómo se sentía, saltaba a la vista. Se había pasado el día dándole vueltas. Todavía no le había contado qué había pasado, pero si Amanda estaba de por medio podía hacerse una idea.

—No llores Beth —le acarició la espalda—, todo se solucionará, ya lo veras.

—Esto no tienes solución —contestó afligida—, debo recomponerme y volver a casa de mis padres.

Los días pasaban y Ben no encontraba la ocasión de volver a abordarla. En su casa no había intimidad; sus hermanas, que siempre iban de un lado a otro, habían decidido pasar más tiempo en casa que nunca, o al menos, eso le parecía a él, que quería tener a Beth para él solo, poder hablar con ella con calma. Les dio dinero a sus hermanas para que se perdieran una tarde, Beth no mejoraba, fingía estar bien, pero él sabía que no lo estaba; además por las noches la oía llorar. La incertidumbre lo estaba matando, si no se lo contaba ella, acabaría llamando a Johnny para saber qué había pasado.

Cogió una botella de tequila y llamó a la puerta con ella. Beth levantó la vista de las uñas de sus pies y lo miró. Le dedicó una sonrisa en la que Ben añoró ese brillo especial que ella imprimía en sus sonrisas.

—¿Hablamos? —le enseñó la botella, un cuenco con limones y el salero.

—¿Del tiempo? —contestó con una mueca.

—Habla conmigo, Beth —le pidió entrando a la habitación, cogió la silla del escritorio y dejó sobre ella lo que llevaba en las manos—, no puedo verte así y no saber qué ha pasado, al final acabaré llamándolo.

—No lo llames —le interrumpió Beth alterada—, no quiero que vuelva a saber nada de mí.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? —demandó él sentándose junto a ella en la cama.

—Sí, claro, de todos modos necesito desahogarme —cerró el esmalte de uñas—, si no en cuanto mis padres me pregunten me derrumbaré y prefiero hacerlo contigo que con ellos, no te ofendas.

—Me encanta ser tu paño de lágrimas, Barbie —dijo Ben sirviendo dos vasos de chupito.

Pasó del ritual de la sal y el limón, cogió un vaso y lo engulló sin saborearlo, después el otro también.

—Se marchó de Shelby a toda prisa, no quería contarme qué había pasado, decía que había un problema en la cosecha. Yo quise ir con él, no me dejó,

dijo que volvería en unos días y pensé que si eran unos días podía dejar a mis padres solos. Él no me dejó ir de ninguna manera, ahí debí darme cuenta.

—¿Amanda había vuelto? —preguntó Ben volviendo a llenar los vasos.

—Eso parece —volvió a beber y él volvió a llenarle el vaso—. Con cada llamada lo sentía más lejano, más distante, y seguía sin decirme qué pasaba, así que cogí un vuelo y me presenté en casa, y allí estaban los tres —se angustió—, como una familia feliz, como si yo no existiera, como si nunca hubiera existido.

Recordarlos allí jugando, tranquilos, felices como una familia dolía, dolía mucho. Bebió otro chupito y se frotó la cara, se apartó el pelo, no quería ponerse a llorar otra vez, pero la pena pesaba en el corazón.

—Él te quiere Beth —dijo Ben mirándola a los ojos después de llenar los vasitos otra vez.

—No he sido más que un premio de consolación, Ben —sintió que se le cerraba la garganta—. Mientras no estaba Amanda le he ido bien, pero ahora ella ha vuelto, parece que para quedarse. Así que sobro, me he marchado y no ha hecho nada por detenerme, no le ha importado, se ha quedado con ella.

Ben no comprendía qué pasaba por la cabeza de Johnny. Amanda lo había traicionado de la peor forma posible. Le había ocultado durante años que tenía un hijo, después lo había dejado allí como quien deja un perro para que lo cuides en vacaciones, sin una explicación razonable de por qué lo había ocultado, sin importarle su hijo, lo había dejado en su casa, con un desconocido que decía ser su padre pero al que no había visto antes. Fue Beth quien le había acercado al niño, él mismo se lo había dicho. Amanda no le ayudó lo más mínimo, se portó fatal, se desentendió del niño para vivir la noche, que según ella se había perdido por culpa de él. Y él ahora elegía a Amanda en lugar de a Beth, que no era perfecta, desde luego no lo era, pero valía mucho más que cien Amandas.

—Recapacitará —le aseguró Ben—, acabará dándose cuenta.

—No —negó llenándose el vaso de nuevo—, no lo hará. Sabía que no debía confesarle lo que sentía por él o me destruiría —chasqueó la lengua asqueada de la situación—, a pesar de ello lo ha hecho.

—¿Lo amas?

—Claro que lo amo —contestó con un quejido y ya no pudo contener más las ganas de llorar—. Incluso ahora que lo odio sigo amándolo, sabiendo que no lo merece, sintiendo que me ha destrozado, que me hace débil. No puedo cambiar lo que siento por él, aunque te aseguro que es lo que más desearía.

Aquello no era fácil para Ben, le dolía ver lo mal que ella lo estaba pasando. En su lengua quemaba una confesión, ella acababa de decirle que estaba enamorada de su mejor amigo y él quería declararle su amor, era de locos, pero quería que supiera que a ella también la amaban, que se sintiera querida.

—Seguro que se da cuenta del error que ha cometido, si no, él se lo pierde, el tiempo todo lo cura.

—Te quiero, Ben —lo abrazó agradecida de poder hablar con él, de tener su amistad. Cuando se fuera, dudaba que volviera a verlo, seguirían en contacto, pero no estaría allí, no podría descolgar el teléfono, pedirle ayuda y él iría a ayudarla, como había estado siempre que lo había necesitado—, eres como un hermano para mí —se separó y lo miró—, cuando me marche espero que me llames y me escribas.

—Ya sabes que yo también te quiero, pero no te despidas todavía, Barbie —sonrió Ben anhelando que lo quisiera de otra forma—. No me hago a la idea de que te marches a la otra punta del país —negó—. Podrías quedarte aquí, conmigo, yo te daría trabajo, podrías mover las reses montada a caballo.

Beth le sonrió a pesar de que se sentía hecha polvo. Ben era capaz de hacerla sonreír en cualquier circunstancia. Lo abrazó pensando en lo mucho que iba a extrañarlo, no solo a él. Por eso al día siguiente llamó a María, las heridas seguían doliendo igual que el día que se marchó, incluso más, pero después de hablar con Ben, se sentía capaz de hablar sobre ello. Le explicó lo que había pasado, no quería que al volver de Nueva York por las vacaciones de verano se enterara por su padre o por Johnny. María no daba crédito a lo que le decía y repetía una y otra vez que no podía ser. Se preocupó mucho por Beth y ella le aseguró que estaba bien, que seguirían en contacto, como habían hecho todo aquel curso.

—Mañana me marcho —Ben no quería escuchar aquello, no quería dejarla ir—; si no te importa, dejaré algunas de mis cosas aquí, no voy a decirles a mis padres lo que ha pasado y no puedo llegar con todas mis cosas. Me voy en avión, así que cuando me haya ido, si puedes, llámalo —deseó que todo fuera diferente y poder llamarlo ella—, para que alguien venga a buscar el coche; es suyo, no voy a llevármelo.

—No quiero que te vayas —dijo Ben cogiéndole la mano, le acarició la marca de la sortija.

—Yo tampoco quiero irme, pero no puedo posponer el momento por más tiempo —negó—, mis padres me necesitan. La muerte de mi hermano es aún reciente y, cuando mi madre se entere de que voy a divorciarme, le dará algo, mi padre se va a cabrear mucho —suspiró agotada—. Es una mierda todo.

—Entonces espérate Beth —le pidió—, no podrás fingir que todo va bien estando así.

—Estoy mejor y ellos no tienen ni idea de que ha pasado algo, así que no me preguntarán.

—¿No puedo hacerte cambiar de idea, verdad? —Beth negó y le rodeó los hombros, le besó la cabeza—. En ese caso, esta noche saldremos para despedirnos, te voy a extrañar mucho.

—No tengo ganas de salir, Ben —se quejó Beth—, además mi vuelo sale muy pronto.

—Saldremos, beberemos, bailaremos y lo pasarás bien, no nos iremos hasta que sonrías.

A pesar de que no le apetecía, no pudo negarse. Ben la había ayudado, había sido más paciente de lo que nunca imaginó. Alguna noche la había oído llorar y había ido a su habitación, la había abrazado y la había apoyado, sin exigirle nada, sin decirle nada, solo para que ella no se sintiera tan sola.

Beth dejó que la guiara por la noche, lo conocían en todos los locales. Observando cómo lo miraban las mujeres, se compadecía de ellas. Podía parecer que lo tenía todo, era guapo, simpático, encantador... Un amor, pero era un negado emocional. Acabaron en una discoteca, Beth había bebido tanto que lo único que era capaz de hacer era bailar al ritmo de la música con Ben.

Ben bailaba con Beth al ritmo de la parte 2 de Rock and Roll de Gary Glitter. Beth estaba muy borracha, él también, pero sonreía sincera y Ben se moría por ella. Beth había llegado donde pocas, lo había calado bien y muy hondo. Observó cómo se movía, como si no hubiera nadie más en la pista, era digna de admirar, increíblemente sexy sin pretensiones. La hizo dar vueltas alrededor de sí misma, Beth se mareó y la cogió antes de que se cayera, se partía de risa encima de él, volvía a sonreír con la mirada, no había rastro de lágrimas, ni pesar en su mirada gris. Siguió bailando moviendo los hombros y las caderas de esa forma que le estaba volviendo la cabeza del revés; observó su bonita sonrisa, era ahora o nunca, y le besó los labios. Esperó su reacción, ella lo miró confundida, pensó que la había cagado, pero ella sonrió de medio lado, como él solía hacer, así que lo tomó como una invitación. Volvió a besarla, sin titubeos, ella lo cogió de la nuca y Ben estrechó su cintura, a la vez que el beso se volvía intenso y caliente.

Treinta y cinco: Esperanza: un arma de doble filo

La mano de Johnny rodeaba su cintura, o eso creía ella. Se la llevó al pecho para que la abrazara con más fuerza. Lo echaba tanto de menos que tenía ganas de llorar, poco a poco fue despertando y sintiéndose mal, abrió un ojo desubicada y extraña. Quiso gritar al darse cuenta de dónde estaba, no estaba con Johnny, él había elegido quedarse con Amanda y aquella mano era la de Ben.

Se mordió el labio con fuerza, intentó recordar lo sucedido la noche anterior; el final de la noche se le nublaba hasta convertirse en un agujero negro, eso solo le pasaba con Ben, él la llevaba por el mal camino. Recordó la humedad de la boca de Ben sobre ella, se recordaba a sí misma desesperada por sentirse querida, abrió la boca en una exclamación silenciosa al pensar en lo que había hecho y cerró los ojos con fuerza, deseando que aquello no fuera real. Al abrirlos seguía en el mismo sitio y el reloj que había sobre la mesita indicaba que en menos de dos horas salía su avión.

Con cuidado de no despertarlo intentó levantar la mano de Ben para escurrirse por debajo y salir corriendo de aquella habitación, de aquella casa, antes de que él se despertara. Necesitaba salir de allí.

—¿Ahora huyes? —la sorprendió Ben y dio un respingo.

Tenía una resaca terrible, puede que aún siguiera un poco ebria, no podía creer que se hubiera acostado con Ben. Estaba enamorada de Johnny, por muy cabrón y mentiroso que fuera, lo amaba.

—Tengo que coger un avión —se sacó su mano de encima sin miedo a despertarlo, ya lo había hecho y era lo contrario a lo que pretendía, no creía que pudiera mirarlo a la cara, menos sin recordar cómo había sido su gran polvo, quería meter la cabeza bajo tierra y no sacarla jamás— y volver a mi casa.

—¿No pensabas despedirte? —demandó apoyando el codo en la cama y mirando cómo se levantaba.

Beth hizo un gesto con la mano de espaldas a él, quitándole importancia. Su cerebro estaba él sabría dónde, ahogado entre alcohol y remordimientos suponía. Al levantarse se dio cuenta de que llevaba el vestido puesto, era alentador, pero la verdadera pregunta era si su ropa interior seguía en su sitio.

—Sigue durmiendo, no te molestes, llamaré a un taxi.

—Ni lo sueñes —la cogió de la muñeca y tiró de ella haciéndola caer a la cama junto a él.

—¿Qué haces Ben? —se quejó incorporándose, incapaz de mirarlo—. Tengo que irme.

—¿Ni siquiera puedes mirarme a la cara? —preguntó impidiéndole irse; no le contestó, tiró de ella de nuevo, tumbándola, se puso de costado inclinándose encima de ella, le acarició la cara y esta enrojeció.

—Deja que me vaya Ben, por favor —dijo apartando la cara para no verlo—, no puedo perder el avión.

—¿Crees que hemos hecho el amor, verdad? —demandó Ben, esperando que se dignara a mirarlo.

—Tú no haces el amor —contestó Beth deseando salir de esa situación—, para ti es solo sexo.

—Contigo haría el amor Beth —le aseguró observando sus ruborizadas mejillas.

Beth frunció el ceño, analizando la frase como si fuera uno de aquellos complicados problemas de química con los que María le había pedido ayuda antes de darse cuenta de que no tenía ni idea.

—¿No lo hicimos? —giró la cara para mirarlo y Ben le sonrió con arrogancia, inclinó una ceja, dándole entender que sí. Sus ojos traviosos le decían «fue una noche genial nena, te hice de todo y tú me pedías más y más, eres la bomba Barbie»—. No quiero saberlo —apartó la mirada, azorada, e intentó levantarse.

—No seas tonta Beth, no pasó nada —ella giro la cabeza y volvió a mirarlo—. Estábamos borrachos, los dos. Nos besamos, fue genial, pero nos dimos cuenta de que era un error y seguimos la fiesta.

No fue exactamente así, fue ella la que dijo que era un error y él se limitó a decirle a todo que sí, a lo de eres el mejor amigo de Johnny, eres como mi

hermano, esto no está bien, esto no es correcto... A él se la soplaban, no hubiera dejado de besarla nunca y ella estaba enamorada de otro, de uno que no la merecía, pero ella lo amaba. ¿Qué decía eso de él?

—Apesta a alcohol Benjamín —le dijo más tranquila al saber que no habían llegado hasta el final.

—Tú no hueles mucho mejor —le sonrió él—, no te marches hoy —le pidió—, debes tener una resaca de la ostia, yo la tengo —le aseguró y Beth sonrió—, no hemos dormido y no te da tiempo a nada.

—Tengo que irme, ya tengo el vuelo pagado y no puedo perderlo, sale en dos horas. ¿Me llevas?

Ben la soltó y se tumbó en la cama mirando al techo, no quería que se fuera, ella no estaba nada bien. Mientras hubo fiesta, estuvo bien, sin duda se divirtió, pero cuando volvieron a casa se derrumbó, le dio un ataque y empezó a llorar, apenas podía tranquilizarla, no había palabras que la consolaran.

—Te llevo —se apoyó en los codos y la miró—, aunque si te quedas, prometo no volver a besarte.

Beth negó con la cabeza, se tiró el pelo hacia atrás observándolo. Su encantador de serpientes, esperaba volver a verlo, deseaba que fuera feliz, que encontrara a alguien que le importara. Nunca le había hablado de quién le había jodido tanto para que acabara siendo un negado emocional, un pica flor, un mujeriego. Él había sido su confidente, pero ella no la de él, nunca le habló de su pasado.

Ben llevó a Beth al aeropuerto, deseaba que perdiera el vuelo, pero no, llegó a tiempo y, cuando la abrazó para despedirse, no quería separarse de ella, no quería soltarla. Beth lloraba y hasta él, que no lloraba nunca, sintió una sensación de pena en la garganta que no le gustó en absoluto.

De camino a casa paró a comprar el desayuno, al llegar se sentía horrible. Tenía resaca, pena y los nervios bailando en el estómago, sin saber cuándo volvería a ver a Beth, ni quién cuidaría de ella. Además, tenía que hablar con Johnny, decirle que fuera a buscar el coche, porque él no pensaba llevárselo, estaba tan cabreado por haberle roto el corazón a Beth que, cuando lo viera, era posible que le partiera la cara.

Aquella misma mañana le llamó Johnny preguntando por Beth, deseó mandarlo a tomar por el culo, pero le dolía la cabeza y el alma al no saber qué sería de Beth. No quería discutir, le colgó el teléfono. Aguantó la mañana como pudo, estaba muy cansado, comió con Gala, su hermana pequeña y rebelde, iba a ser la peor de las tres, solo tenía doce años y se comportaba como una quinceañera, su carácter había perdido toda la dulzura y la niñez de un año atrás. Se tumbó en el sofá a ver la tele y se durmió.

Lo despertó Cat, la mayor de sus tres hermanas, y lo hizo con su dulzura habitual, a patadas.

—¿No te da vergüenza estar durmiendo a las seis de la tarde? —lo miró desde su altura.

—Tengo resaca y sueño, no he dormido nada esta noche. ¿Qué coño haces aquí?

—¿Qué clase de ejemplo les das a tus hermanas? —lo miró severa—. ¿Has visto cómo está la cocina?

—Le tocaba a Gala limpiarla, le he dicho que no saldría hasta que la limpiara.

—Pues lamento decirte que ha pasado de ti, no está en casa, ni Amy tampoco. ¿Dónde están?

—Por si no te has dado cuenta, estaba durmiendo —se quejó—, no sé dónde están. Amy no ha aparecido en todo el fin de semana y Gala... Está insoportable, no sé qué vamos a hacer con ella...

—Se supone que tú debías encargarte de ellas mientras mamá estaba fuera.

—¿Si? Pues yo no puedo encargarme de todo, también son tus hermanas —le reprochó.

—Eres tú el que vive con ellas —le contestó su hermana cruzándose de brazos y enarcando una ceja.

—¿Y el marrón es mío no? —se cabreó Ben al ver su pose de pasota—. Mamá se larga a casa de la tía y parece que no tiene intención de volver. Tú te vas a vivir con tu novio, cosa que hace que mamá aún se disguste más, porque no estás casada, y yo tengo que comerme el marrón. Debo hacer de papá en el trabajo y de mamá en casa, empiezo a estar un poco harto. Así que no vengas aquí a decirme lo que tengo que hacer, si quieres darles un ejemplo a tus hermanas, vuelve a casa y échame una mano.

—Venga ya Ben, no vayas de víctima, no te pega nada, yo también te ayudo.

—Pasarte por aquí los fines de semana con unos cuantos tappers no es toda la ayuda que necesito.

—Hago lo que puedo, yo trabajo, no eres el único, además tengo que encargarme de mi casa también.

—Lo que tienes que hacer es volver a casa, casarte y darle una alegría a tu madre para que vuelva. Después podrás volver a marcharte, mamá estará aquí y yo no tendré que encargarme de todo.

—¿Por qué no te casas tú Ben? —preguntó molesta—. ¿No puedes encontrar a nadie que te aguante?

—Yo no soy el que vive en pecado, como dice mamá, si no vuelve es porque está disgustada contigo.

—Tengo una noticia que le quitara el disgusto —Ben la miró incrédulo—. Estoy embarazada.

¿Eso era una buena noticia? Ben no podía creerlo, a su madre le iba a dar un ataque; después de la muerte de su padre, se había vuelto huraña y egoísta, nada la hacía feliz o la ponía contenta, todo la disgustaba.

—Estupendo Cat —le dio la espalda—, genial —dijo sarcástico—, qué alegría le vas a dar a mamá.

Cat golpeó a su hermano cabreada, lo menos que podía hacer era felicitarla; se fue a limpiar la cocina, no quería discutir con él. Ben ignoró el golpe de su hermana, era así de cariñosa. Cerró los ojos, no quería pensar en nada, su hermana estaba loca si pensaba que su madre iba a alegrarse de que se hubiera quedado embarazada sin estar casada. Cerró los ojos, quería dormir y olvidarse de todos, aquella mañana había fingido que todo iba bien, pero no era así, no podía dejar de darle vueltas a lo ocurrido la noche anterior con Beth. Ella no lo recordaba, pero le había dado un ataque tremendo y estaba muy preocupado por ella. Sentía que ella lo necesitaba, él quería estar allí para ella, de la forma que ella necesitaba.

Se estaba quedando dormido cuando sonó el timbre, lo ignoró e intentó dormirse, volvió a sonar.

—Abre Cat —le pidió removiéndose en el sofá.

—Yo no soy tu sirvienta, capullo —contestó Cat desde la cocina—, para eso quieres que vuelva.

Ben negó molesto, sabía que estaba echándose la siesta, no le costaba nada mover el culo hasta la puerta. Se levantó del sofá cabreado, para hacer eso, no hacía falta que fuera. Abrió la puerta enfadado y al otro lado se encontró con Johnny. Su día no podía empeorar de ninguna de las maneras. Su ex amigo, porque aunque Beth le había pedido que no se posicionara le era imposible no ponerse de su parte, tenía mal aspecto, parecía que había dormido con la ropa puesta y unas ojeras oscuras rodeaban sus ojos. No se compadecía de él, no después de pasar aquellos días con Beth y saber el daño que le había hecho.

—Beth no está aquí, ya te lo dije esta mañana por teléfono. No deberías haber venido.

—¿Entonces dónde está? —intentó Johnny contener el cabreo que llevaba encima.

—¿A mí qué me cuentas? —demandó Ben asqueado—. Búscate la vida, chaval.

—No me toques los cojones —le advirtió a punto de estallar—, tú has hablado con ella, si no, no me hablarías como lo estás haciendo. Dile que salga o entraré a buscarla.

—No está aquí —insistió Ben, solo quería cerrarle la puerta en las narices y no tener que verle la cara.

Johnny tenía claro que mentía, no podía estar en otro sitio. Había hablado con Nana, no estaba en casa de Flor, tampoco había aparecido por casa de Armando. María no estaba allí y Ben estaba cabreado con él, estaba informado y a saber qué le había contado. No podía verla y la imaginaba allí, muda, para que él no supiera que la tenía en sus narices. Apenas podía contener la rabia que bullía dentro de él

—¡Claro que está aquí! —exclamó Johnny—. No ha llegado a casa de sus padres, al parecer tú estás muy informado, debí imaginar que correría hasta aquí para que tú la consolaras, como hace siempre.

—¿Cómo sabes que no ha ido a casa de sus padres? Quizás te hayan mentido.

—Vengo de allí y no ha aparecido por Shelby, déjame pasar o dile que salga Ben... Si tengo que partirte la cara y buscarla habitación por habitación, lo haré. ¡Estoy hasta los cojones!

—¿Estabas en Shelby cuando has llamado esta mañana? —demandó Ben incrédulo.

—He estado allí casi toda la semana, fui a buscarla después de que se fuera.

Beth le había contado a Ben que Johnny había vuelto con Amanda, que se había pasado dos semanas engañándola mientras jugaba a la familia feliz con su hijo y la madre de él. Que le había advertido que se marchaba y él no había movido ni un dedo para que no lo hiciera, solo le había dicho que si se iba no volviera y ella se había ido. ¿Entonces por qué él había ido a buscarla? ¿Con qué intención?

—¿Por qué? —demandó Ben sin entender nada.

—¿Cómo que por qué? —escupió Johnny—. ¿Por qué va a ser imbécil? —apenas contenía su genio.

—Dímelo tú, listo —contestó Ben—. ¿Acaso quieres rematarla?

—¿Rematarla? —preguntó indignado—. No tienes ni puta idea, ¿sabes por qué? Porque en lugar de llamarme y preguntarme a mí —se señaló— qué había pasado, has creído en su versión a pies puntillas.

—No es que haya creído su versión, es que he estado con ella y he visto lo

hecha polvo que estaba.

—¡Voy a matarla! —exclamó Johnny—. ¡Estúpida cabezota! Dile que salga, nos vamos a casa.

—¿A casa? —Ben no entendía qué estaba pasando—. No está aquí, pasa y cuéntame qué ha pasado, porque Beth me aseguró que habías vuelto con Amanda, que querías estar con ella, que la amabas.

Johnny no se movió de la puerta. Quería coger su largo y suave cuello entre las manos y estrangularla. ¿Cómo podía pensar que seguía enamorado de Amanda? Entendía su enfado, pero no que creyera eso. Le había dicho y demostrado de todas las formas posibles que estaba enamorado de ella.

—¿Entonces dónde está? —demandó sin imaginar dónde podría haber ido.

—Cuando has llamado esta mañana acababa de dejarla en el aeropuerto, volvía con sus padres.

Johnny no podía creerlo. Si se le hubiera ocurrido llamar antes a Ben, la hubiese encontrado allí, si él se lo hubiera dicho la hubiera esperado en casa de sus padres. Quería liarse a golpes con su amigo.

—¡Me cago en la puta, Ben! ¿Por qué no me lo has dicho? Nos hemos cruzado por el camino.

—¿Yo qué cojones sabía que estabas en Shelby? —se defendió Ben.

—Si no me hubieras colgado y me hubieras dejado hablar, lo habrías sabido.

—Estoy cabreado contigo, no me ha gustado nada cómo la he visto, ella está enamorada de ti y tú...

—¿Eso te lo ha dicho ella o es una suposición tuya? —lo interrumpió.

—Ella me lo ha dicho, varias veces, le has hecho mucho daño —lo acusó—. Se ha pasado los días como un alma en pena, llorando a cada momento. Anoche mismo le dio un ataque que pensé que tendría que llevarla al hospital para que la sedaran, no dejaba de llorar histérica, estaba rota Johnny.

Johnny se apretó la cabeza al escuchar aquello, solo tenía que escucharlo, si lo hubiera escuchado se habría evitado todo aquel sufrimiento. Se lo hubiera evitado a los dos, él tampoco lo había pasado precisamente bien preguntándose dónde y cómo estaba, echándola de menos, preocupado por si la había perdido para siempre, con la angustia de pensar que él no le importaba nada.

—¿Si no has vuelto con Amanda por qué has dejado que creyera que sí?

—Ella no quiso escucharme, discutimos y, como siempre, es incapaz de decirme lo que siente por mí. Te dice a ti que está enamorada de mí, se lo dice a Nana... ¿Sabes qué me dijo a mí? Que yo le importaba una mierda, así tal cual te lo digo, que ella solo quería salir ilesa, dando por hecho que lo nuestro iba a acabar —negó con la cabeza—. Yo la amo, haría cualquier cosa por ella, si no le dije que Amanda estaba en casa fue porque sabía que no lo entendería, le prometí que la odiaba y no la perdonaría nunca lo que me había hecho con Abraham. No pude cumplir mi promesa y no quería que Beth lo supiera. Amanda necesitaba ayuda y yo no podía hacer otra cosa que ayudarla, es la madre de Abraham, no puedo darle la espalda. En el pasado la quise mucho y tenía que ayudarla, entonces Beth la encontró en casa y se lio.

—Debiste explicarle todo esto a ella, hacer que te escuchara, lo ha pasado muy mal.

—¡Ya me lo has dicho Ben! —se quejó—. Me ha quedado claro, pero tú no estabas allí, yo también lo pasé muy mal escuchando cómo preparaba sus cosas y se largaba sin decirme nada, me tragué mi orgullo y fui a buscarla. Amanda se ha llevado a Abraham, supongo que a casa de su madre, y no he vuelto a saber nada de él. Quiero encontrar a Beth, que me escuche, e ir con Amanda para poder estar con mi hijo. Le guste a Beth o no, es la madre de Abraham y debo ser cordial con ella, no es nada más que eso.

Cuando Johnny le explicara a Beth la verdad, ella lo entendería y lo perdonaría, lo amaba y quería estar con él. Johnny quería estar con ella y él había besado a la mujer de su mejor amigo. Debía decírselo, no quería que se formara otro lío por eso, las cosas ya estaban bastante liadas entre ellos, prefería que Johnny se enfadara con él, que con ella. Necesitaba ver a Beth otra vez feliz, a cualquier precio.

—Lo siento Johnny —le dijo Ben, intentando suavizarlo, no le iba a sentar bien.

—Más lo siento yo —contestó pensando que lo decía por lo que acababa de decirle.

—Ayer salimos, bebimos más de la cuenta —se rascó la nuca titubeando—, se me fue de las manos...

Johnny no quería escuchar más, no lo necesitaba, conocía muy bien a Ben, había pasado dos años escuchando sus aventuras con mujeres casadas, mujeres acosadoras... Era un ligón para el que las mujeres eran de usar y tirar y Beth le había gustado siempre, no necesitó escuchar más. Lo imaginaba camelándose a su Beth y la sangre le hervía. Ella era la traidora, él un calzonazos gilipollas y Ben...

—¡Eres un hijo de puta! —lo interrumpió antes de que acabara de hablar.

Alargó el brazo, lo tenía justo delante, estaban en la puerta de la casa hablando, encontró su camisa y lo cogió antes de que se le escapara. El corazón le bombeaba tan deprisa que hasta le dolía, las manos le temblaron al pensar en lo que habían hecho, cerró el puño y le dio un gancho de derecha en toda la cara.

—¿Qué haces? —intentó Ben soltarse de su agarre, con la mandíbula dolorida del golpe.

Consiguió esquivar el segundo golpe por los pelos, Johnny se cernía sobre él y no podía hacer otra cosa que retroceder, intentando soltarse de su presa. Johnny daba miedo, por su cara parecía que estuviera loco. Otro golpe como ese bien dado y lo dejaba seco, era un tío muy grande y estaba furioso.

—¡Es mi mujer! —gritó golpeándole el estómago y Ben pensó que las tripas le saldrían por la boca, le cortó la respiración—. ¿Cómo has podido? Se suponía que eras mi amigo. ¡Mi mejor amigo maldito cabrón!

—Para Johnny —pidió retorciéndose por el dolor.

Johnny iba a darle otro derechazo en la cara y le cogió el brazo como pudo, su puño le rozó la cara. Johnny lo soltó y le arreó con la mano izquierda. Ben retrocedió, ya no lo tenía cogido y no dejaría que volviera a atraparlo. Podía defenderse, le había hecho daño, pero no lo haría, se merecía un par de golpes, por besarla y por quererla tanto. Johnny tenía razón, era su mujer y no debió besarla.

—Ven aquí —dijo Johnny buscándolo por la sala, dando patadas a todo lo que se ponía en su camino.

—No fue nada Johnny, casi ni me dio tiempo a saborearlo —mintió retrocediendo y sorteándolo.

—¿Qué pasa? —salió su hermana de la cocina secando una sartén con un paño al oír el escándalo.

—No te metas —le advirtió Ben señalándola, su hermana tenía mucho genio—, vuelve a la cocina.

—¿Pero qué dices? —miró el desorden de la sala—. Está destrozándolo todo. ¡Haz algo!

—Te voy a matar —siguió Johnny dando patadas y golpes a como un loco.

—Johnny, tranquilízate, mis hermanas están aquí, las estás asustando, para, para por favor.

Solo estaba Cat, que no era lo que se dice una damisela, tenía tantos cojones como un hombre. Pero Ben conocía a Johnny, él no querría asustar a sus hermanas, esperó que intentara tranquilizarse.

—¿Quieres que me las folle? —tropezó con una mesita baja, se agachó y la hizo volar por los aires. Cat abrió la boca por la escena—. Tú te has follado a mi mujer, yo debería follarme algo tuyo, lo haré con las tres, para que te hagas una idea de lo que se siente cuando usan a alguien que te pertenece y te importa.

Ben lo miró incrédulo, había visto a Johnny cabreado muchas veces en Vietnam, pero nunca lo había oído decir algo como aquello, estaba hablando de sus hermanas, y se estaba pasando de la raya.

—¿Qué dices? Solo fue un beso, nada más que eso, ella me apartó y no pasó nada más.

Johnny se lanzó a por él, tropezó con la mesa que acababa de romper y cayó

al suelo, golpeándose contra el suelo de cabeza. No se movió y Cat le estampó la sartén contra su cabeza, antes de que Ben se diera cuenta de que se acercaba a él.

—¿Qué haces imbécil? —le preguntó Ben quitándole la sartén de las manos y tirándola al suelo.

—Está loco, algo tenía que hacer, tú no hacías nada. ¿Querías que me violara? —demandó enfadada.

—Que más quisieras tú —contestó mirándola—. Johnny —se agachó y lo zarandeó—, ¿estás bien colega? —no contestó. Le dio la vuelta, tenía los ojos cerrados, la boca abierta y una brecha en la frente.

—¿Lo he matado? —preguntó Cat con el corazón acelerado, mirando sobre el hombro de su hermano.

—Llama a una ambulancia —contestó Ben nervioso buscándole el pulso.

Johnny tenía pulso, estaba vivo, pero no despertó. Se quitó la camiseta y presionó en la herida que se había hecho al caer, después le levantó la cabeza mirando si tenía otra brecha por el sartenazo de su hermana. En el suelo había una pequeña mancha de sangre, pero era del golpe de la frente.

La ambulancia tardó lo que a Ben le pareció una eternidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el médico arrodillándose delante de Johnny y tomándole el pulso.

—Se ha caído y se ha golpeado la cabeza —contestó Ben nervioso.

—¿Eso es lo que ha pasado, señor? —lo miró el otro médico incrédulo sacando una linternita.

—Nos hemos peleado, ha tropezado y ha caído —contestó Ben, que pensaba que le iba a dar algo—, mi hermana estaba asustada y le ha dado con una sartén en la cabeza cuando ya estaba en el suelo, ya no se movía; lo he mirado y no tiene una brecha, el golpe de delante ha sido al caer. ¿Está bien?

—El pulso es bueno —le dijo un médico al otro.

—La respuesta pupilar también.

—Es ciego —intervino Ben.

—¿Está seguro de eso? —demandó el más delgado, el que le miraba los ojos con la linterna.

—Sí claro, se quedó ciego en Vietnam, yo estaba con él cuando pasó.

Los médicos se miraron entre ellos y Ben no sabía qué pensar de esas miradas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde el golpe? —le preguntó el primero.

—Hemos llamado en cuanto ha pasado, han tardado casi veinte minutos.

—¿Y no ha despertado en ese tiempo?

—No —negó Ben asustado—, no ha movido ni un músculo. ¿Él está bien?

—Tiene una conmoción cerebral, lo normal es que hubiera despertado en unos pocos minutos, así que debemos llevarlo al hospital, habrá que hacerle pruebas y ver la gravedad.

—Voy con él —dijo Ben muy seguro.

—Si quiere venir, póngase algo encima —dijo el que le había tomado el pulso.

Ben se puso la camiseta con restos de sangre con la que había taponado la herida de Johnny y se fue con ellos. Una vez en el hospital, a Johnny lo metieron por una puerta de urgencias en camilla y a él lo obligaron a ir a recepción. Allí, una recepcionista de pelo caoba y ojos oscuros le dio un formulario.

—¿Tiene seguro médico? —le preguntó la recepcionista.

—No lo sé, tiene dinero —negó leyendo el formulario y volvió a mirarla—. ¿Cómo está?

—Señor, acaba de entrar —le recordó—, quizás a usted también deberían verlo, tiene un buen golpe.

Le señaló la cara con el boli, moviendo las pestañas de forma seductora; después se llevó el boli a la boca mordisqueándolo mientras le sonreía. Ben la miró preguntándose si intentaba flirtear con él. En otra ocasión se habría interesado, era mona, pero en ese momento solo podía pensar en su amigo. Le había parecido oír su cráneo romperse al caer y el sartenazo de su hermana había sido fuerte.

Se sentó en la sala de espera y rellenó el formulario hasta donde sabía; después se lo devolvió a la chica que le preguntó por la sangre que había en la parte de atrás de su camiseta, le dijo que no era suya. Iba a sacarse un café de la máquina cuando por los altavoces llamaron a los familiares de John Reese.

La recepcionista coqueta lo acompañó hasta donde estaba Johnny

—¡Estás consciente! —exclamó acercándose a Johnny—. ¿Estás bien, amigo?

—Yo no soy tu amigo —contestó Johnny con la cara cincelada por la rabia.

—¿Usted es? —demandó un médico calvo y con gafas, mirándolo con suspicacia.

—Ben —negó con la cabeza y lo miró ofreciéndole la mano—. Benjamín Hunt, soy su mejor amigo.

El doctor le estrechó la mano, iba a darle el diagnóstico cuando Johnny intervino:

—No lo es, lo que eres es un miserable y un hijo de puta... ¿Cómo has podido follarte a mi mujer?

Ben abrió los ojos y negó mirando al médico.

—No lo he hecho —le aseguró, y después pensó que qué más le daba lo que pensara ese hombre, se giró hacia Johnny—. No lo hice Johnny, te lo juro, fue un beso, nada más que eso, la bese y ella me dijo que aquello no estaba bien, que estaba enamorada de ti y yo era como un hermano para ella, de verdad.

—No debiste besarla. Beth me dijo una vez que en esta vida no quería otros besos que los míos.

—Lo siento, ¿vale? Estaba borracho y quería que ella se sintiera amada, no me gusta verla triste.

—¿Que se sintiera amada? —se incorporó en la cama y empezó a marearse en cuanto se levantó, a pesar de ello no volvió a tumbarse—. ¿Estás enamorado de ella? —demandó incrédulo.

—No, no, no —dijo el médico cogiéndolo del hombro—, debe tumbarse —Johnny ignoró al médico—; señor, por favor. Será mejor que se vaya —le dijo a Ben—, lo está alterando.

—¿Estás enamorado de Beth? —ignoró Johnny al médico.

—Johnny, ahora no es el momento, escucha al médico y tumbate.

—Contéstame primero. ¿Estás enamorado de mi mujer? —demandó con ganas de acabar lo que había empezado y darle la paliza de su vida, aunque apenas podía mantenerse incorporado en la camilla.

Ben se rascó la frente, hacía mucho tiempo que no tenía un día tan horrible como aquel.

—Ya sabes que siempre me ha gustado, la quiero, pero no —mintió—, no estoy enamorado de ella.

—Mientes —lo acusó Johnny tumbándose de nuevo.

—Bueno, señor Reese —intervino el médico—, veo que sabe quién es y está en plenas facultades. Eso es muy bueno después de su prolongada conmoción, de todas maneras vamos a hacer una TC.

—¿Qué es una TC? —preguntó Ben preocupado por el estado de su amigo.

Ben observó cómo la cara del médico se iluminaba de alegría por su pregunta y se quedó flipando.

—Es muy interesante, es como una radiografía pero —dijo emocionado alzando un dedo— obtiene múltiples imágenes; a partir de ellas, un computador reconstruye una imagen bidimensional que permite ver el cerebro. Es lo último en tecnología médica —Ben miraba al médico sin dar crédito, parecía un niño con un juguete nuevo, y estaba deseando hacer servir su juguetito; él volvió a mirar a Johnny—. Ha tenido la suerte de estar en uno de los tres únicos hospitales en todo el estado que dispone de esta tecnología.

—Qué suerte la mía —dijo Johnny sarcástico, asqueado de todo—. ¿Cuándo podré irme?

—Al menos tendrá que pasar aquí la noche. Ha permanecido demasiado tiempo inconsciente y debemos asegurarnos de que no haya edema, ni rotura de vasos sanguíneos o cualquier otro problema.

—Me encuentro bien —le aseguró Johnny—, solo tengo dolor de cabeza y es algo normal en mí.

—Lo lamento señor Reese, pero no voy a dejarlo marchar, enseguida vendrán a recogerlo para la TC.

Johnny se golpeó la cabeza contra la almohada, después de esos días de ansiedad sin saber dónde estaba Beth y si estaba bien, al fin la tenía localizada y se sentía encerrado allí. Sin su bastón y sin nadie que le ayudara a escapar, no podría irse y odiaba tener que depender de la gente.

—No creo que esos golpes sean buenos para tu cabeza, mi hermana te dio un sartenazo.

Él intenta quitarle a su mujer y su hermana le da sartenazos mientras estaba inconsciente, estupendo.

—No quiero que te quedes conmigo Ben —le aseguró cabreado—, me molesta hasta oír tu voz.

—No voy a dejarte solo, si quieres que me calle lo haré, pero no me iré. Puedo llamar a Beth si...

—¡No! —exclamó Johnny—. Te prohíbo que vuelvas a hablar con ella.

Ben lo miró enarcando una ceja. Entendía su enfado, pero estaba loco si pensaba que no iba a volver a hablar con Beth porque él lo dijera. Ella no era un perro ni su propiedad para poder decidir por ella.

—Puede que seas su marido, pero no eres su dueño —dijo Ben molesto.

Tenía razón, no era su dueño, y aunque les prohibiera hablar no lo harían, ni uno ni la otra. Sabía que aquello iba a pasar, siempre lo había sabido, nunca se había fiado de aquella relación tan estrecha de ellos dos. En realidad, nunca se había fiado de Ben; la primera vez que le habló de ella, lo hizo de una forma en la que nunca le había oído hablar de ninguna otra chica que no fueran sus hermanas.

—¿Cómo has podido enamorarte de ella? —le recriminó—. Es mi mujer.

—No estoy enamorado de ella —contestó Ben—, solo estoy un poco encoñado... ¿Qué quieres que te diga? Es guapa, simpática, me divierte y es inalcanzable, imagino que eso la hace perfecta para mí.

—¿Desde cuándo?

Ben se sentó en la silla de plástico plegable que había junto a la camilla, él parecía tranquilo. No creía que fuera a intentar darle de nuevo, ya había probado sus rechazos y no quería más.

—No lo sé, creo que inconscientemente lo que más me atrae de ella es que no puedo tenerla —reflexionó—. Ella piensa que soy un negado emocional, puede que tenga razón... Pero la he respetado Johnny —le dijo muy serio, ante todo quería dejar eso claro—, te juro que la he respetado siempre, cada vez que he interferido entre vosotros ha sido para ayudaros, nunca para separaros —Johnny no dudaba eso, lo sabía muy bien—. Nunca me hubiera acercado más de lo debido, pero no soportaba verla de esa forma. Recordaba cómo nos hablabas de Amanda a Jack y a mí en Vietnam, lo mal que lo pasaste al volver y que ella no estuviera, lo enamorado que estabas. Beth estaba convencida de que querías estar con ella y yo la creí. Quería que supiera que a ella también la amaban, aunque por supuesto no le he dicho nada, me gusta tenerla como amiga, te agradecería que no se lo dijeras, no quiero que cambie conmigo.

—No quiero que te acerques a ella Ben, pensar que la has mancillado con tus labios me pone enfermo.

Ben se quedó callado, no quería discutir, pero no iba a separarse de Beth solo por darle el gusto a él.

Minutos más tarde recogieron a Johnny, le hicieron la TC y lo subieron a una habitación. Ben pasó la noche con él, no volvieron a hablar entre ellos. Johnny no dejaba de darle vueltas a la cabeza, quería ir a por Beth, la necesitaba entre sus brazos y ni siquiera estaba seguro de qué esperar. Puede que aunque le explicara lo sucedido con Amanda no le perdonara todas las mentiras. Si ella lo había pasado tan mal, quizás no querría que él volviera a acercarse o a tocarla. Si ella no quería, no podría hacerlo, como la última vez que estuvieron juntos. La idea de no volver a acariciarla hacía que las manos le hormiguearan.

—Buenos días señor Reese —lo saludó el médico al día siguiente—. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy perfectamente y quiero irme a casa.

El médico se acercó a la cama y le tocó el hombro para que supiera que estaba allí, comprobó su respuesta pupilar, era perfecta, tal y como indicaba el informe de inscripción de la tarde anterior.

—Tenemos los resultados de la prueba que le hicimos ayer, no se aprecia ningún daño reciente.

—¿Puedo marcharme entonces? —demandó incorporándose en la cama.

—Primero me gustaría hablar con usted sobre su ceguera —Johnny frunció el ceño preguntándose a qué venía eso—; su amigo —miró a Ben, que enarcó una ceja pensando lo mismo—, dijo ayer que esto le ocurrió cuando sirvió en Vietnam. ¿Sabría decirme la fecha?

—Hace cuatro años y medio, en enero del sesenta y ocho —contestó Ben por él.

—¿A qué viene esto? —demandó Johnny sin comprender.

—En la prueba que le hicimos ayer, hemos encontrado un elemento externo en la región occipital de su cerebro, sus ojos están bien, el nervio tampoco parece dañado. ¿Ve algún tipo de luz?

—No —contestó confuso—, no veo absolutamente nada. ¿Qué quiere decir con elemento externo?

—Hay metralla en su cerebro, muy poca, obviamente, pero la suficiente para darle dolores de cabeza. Cuando le operaron no lo sacaron todo, lo que le hicieron fue una chapuza, hablando claro.

—¿Si me lo quitan se irán las jaquesa? —demandó Johnny.

Había ido al médico tantas veces por eso que había perdido la cuenta y nunca le daban una solución.

—Es más complejo que eso, por ello quiero hablar con el neurocirujano. Hay una convención en otro hospital y no vendrá hasta esta tarde, me gustaría que se quedara para que él le eche un vistazo.

—Claro, no hay problema.

—Bien —le estrechó el hombro—, espero que hayan arreglado sus problemas —añadió antes de salir.

—¿Puedes creerlo? —le preguntó a Ben—. Me cosieron y me dejaron esa mierda dentro.

—Yo ya me creo cualquier cosa —negó Ben—, deberías decirle a Beth que estás en el hospital.

—No, aunque me gustaría hablar con mi madre, le dije que la llamaría y no lo he hecho, no hay nadie en casa y debe estar preocupada, siempre se preocupa por todo.

Su madre, en cuanto se enteró, fue para allí; como Johnny pensó ya estaba preocupada y, al saber que estaba en el hospital, se preocupó aún más. Le dijo que había tropezado y se había caído, no le dijo nada de lo que había pasado con Beth, ella sabía que no estaban bien, pero no sabía qué había pasado. Margaret le dijo a Ben que se marchara a casa, él se negó, había hablado con su hermana Cat, que se sentía culpable después de lo sucedido, y ella se encargaría de sus hermanas.

—Buenas tardes —saludó el doctor por la tarde entrando en la habitación acompañado por otro médico—. Señor Reese, me acompaña el doctor Webs, es el neurocirujano del que le hablé esta mañana.

Johnny, que estaba sentado en la cama, le tendió la mano y él se la estrechó.

—Es un placer señor Reese, el Doctor Moore me ha enseñado su TC y me ha contado su caso. Me gustaría hacerle más pruebas.

—¿Para qué? —demandó Margaret cogiendo los hombros de su hijo de forma protectora.

—Es mi madre —dijo Johnny, y el doctor le estrechó la mano presentándose.

—Usted sufre una ceguera cortical; tanto los ojos, como los nervios y las retinas están perfectas. Esos diminutos trocitos de metal están instalados en el lóbulo occipital, que es la parte de su cerebro que se encarga de procesar las imágenes —le explicaba el neurocirujano con calma—. El Doctor Moore me ha dicho que ni siquiera puede percibir la luz. Querriamos estudiar su caso, saber si esa basura es la que provoca su falta de visión; aunque es bastante obvio que sí, debemos cerciorarnos, de ser así estudiaríamos la posibilidad de operarlo y extraerlo.

—Espere, espere, espere —dijo Johnny sintiendo que se mareaba—. ¿Me está diciendo que podría recuperar la vista? —ladeó la cabeza incrédulo—. ¿Que volvería a ver? —sonrió sin poder creerlo.

—No, para poder decirle eso primero debemos hacerle pruebas y después ya veremos.

—¿Y a qué espera para hacerlas? —contestó Johnny sin dudar, decidido.

—¿Qué clase de pruebas quieren hacerle? —demandó Margaret incrédula de lo que decía el médico.

—No importa mamá —se quejó Johnny, haría cualquier cosa por volver a ver—. ¿Cuándo empezamos?

—No debe preocuparse, no le harán ningún tipo de daño —le aseguró a Margaret—. Podríamos empezar mañana mismo, pero de momento no quiero que se haga ilusiones —le advirtió.

Nunca había dejado de intentar que amaneciera, aunque había perdido toda esperanza, aquella puta le había hecho mucho daño en el pasado. Sin embargo, la esperanza volvía a brillar como Beth y él orbitaba a su alrededor. Si había alguna posibilidad, por pequeña que fuera, se agarraría a ella.

—¿Os imagináis? —dijo emocionado al pensar en todas las cosas que podría volver a hacer—. Si recupero la vista, podre mirar a Beth a los ojos, saber por mí mismo de qué color son, ver en ellos qué siente por mí. Podré enseñar a Abraham a montar, a leer, a escribir —sonrió incapaz de esconder sus esperanzas—. Volvería a tener una vida normal, sin tener que depender de nadie para nada, nunca más.

Ben y Margaret se miraron asustados y llenos de reservas. El médico le había dicho que no se hiciera ilusiones y él ya se las estaba haciendo, si no era posible el golpe sería terrible, y no quería que sufriera.

—Johnny, ya has oído al Doctor —le dijo Margaret con tiento—, todavía es pronto para hacerse ilusiones, primero deben hacer esas pruebas y luego ya veremos.

—Es más de lo que tenía ayer mamá —la buscó y ella le cogió las manos. Johnny la acercó a él y le besó la mejilla esperanzado como no lo había estado en mucho tiempo, feliz después de esos últimos meses tan difíciles—, ojalá Beth estuviera aquí —deseó.

—Podemos llamarla —intervino Ben—, estoy seguro de que si le decimos que estás en el hospital, viene.

—No, no quiero que la llares, y tú tampoco mamá; como ha dicho el Doctor, me haré las pruebas y luego ya veremos.

Los días siguientes le hicieron más TC, varias pruebas más y, a final de semana, ya tenían un diagnóstico. El neurocirujano quería operarlo, aunque le advirtió que la operación conllevaba muchos riesgos y la decisión sería únicamente suya. El otro médico, el que lo atendió cuando llegó inconsciente el domingo anterior, tenía reservas. Johnny no tenía ninguna, lo haría.

—A pesar de que estoy dispuesto a operarlo —le explicaba el neurocirujano—, debo advertirle que es una cirugía experimental, no podemos garantizarle nada, ni siquiera que recupere la vista.

—¿Pondría su vida en riesgo? —demandó Margaret, que empezaba a angustiarse.

—Sí —se sinceró el neurocirujano—; como he dicho, es un caso único y los riesgos son muy altos.

—En ese caso no vale la pena —le dijo Margaret al médico.

—Hay muchas cosas que podrían salir mal —siguió el Doctor Webs—, es una decisión muy difícil.

Johnny ni siquiera los escuchaba, en su cabeza solo podía pensar en todas las cosas que podría hacer, en todas las veces que había anhelado ver a Beth, casi a diario. Si el Doctor lo conseguía, podría verla, verla de verdad, era cuanto deseaba desde que empezó a ganárselo. Vería a Abraham, conocería el rostro de su hijo, podría volver a ver, se acabaría imaginar. Iría a buscar a Beth y nada le impediría encontrarla; después irían a por Amanda y le exigiría que le devolviera a su hijo. Podría hacer con él todas aquellas cosas que tanto había anhelado, junto a Beth, porque su felicidad venía de la mano de ella.

—Si hay una posibilidad, por pequeña que sea, quiero hacerlo —intervino Johnny.

—Johnny —se quejó su madre con el corazón encogido—, cariño, no puedes tomar esta decisión tan a la ligera. ¿Has oído al médico? Si debes poner en riesgo tu vida, no vale la pena —le suplicó—, piénsalo.

Por supuesto que valía la pena, ella no tenía ni la menor idea de lo que era vivir en completa oscuridad. No ver nada, no poder controlar nada, tener que depender de otros para tantas cosas sencillas. Dejaría de perderse cosas, no necesitaría que nadie le contara cómo era el mundo, de imaginarlo. Él podría volver a verlo, podría despedirse de la frustración, de tener que imaginar lo que no conocía.

—Señor Reese —intervino el otro médico—, es una operación complicada, y ese no es el único problema; aunque el Doctor Webs le operara, debe tener en cuenta que ha sufrido una ceguera prolongada. Aunque consiga quitarle toda la metralla, después de cuatro años es posible que los daños sean irreversibles, no tiene ninguna garantía y el riesgo es su vida, es un coste muy alto.

—Lo haré —contestó sin dudarlo.

—No Johnny —dijo Margaret angustiada, las lágrimas escapaban de sus ojos—, no puedes hacer esto.

—Mama, podría volver a ver, es cuanto he deseado en los últimos años, podré ir a buscar a Beth.

Margaret cogió la mano de su hijo, no quería que hiciera aquello, no valía la pena arriesgar su vida.

—También puedes hacerlo ahora, no te precipites, ve a buscarla, arreglad las cosas. Beth te quiere Johnny, no creo que ella quiera que arriesgues tu vida por una posibilidad entre muchas de volver a ver.

—Tu madre tiene razón, Johnny —intervino Ben—. Beth no querrá que lo hagas, no vale la pena.

—No es una decisión que deba tomar ella —se molestó—, ni vosotros. No sabéis lo que es vivir así, no saber cómo es la persona que amas, no haber visto nunca a mi hijo. Es mi vida y mi decisión.

A Margaret se le escapó un lamento que le nacía del pecho. Había tomado una decisión y lo conocía lo suficiente para saber que, cuando tenía algo claro, era tenaz. Aun así, no dejaría de insistir, no cuando su vida estaba en juego. Al pensar en perderlo, sollozó. Ben le rodeó los hombros, dándole su apoyo.

—¿Qué posibilidades hay de que vuelva a ver? —le preguntó Johnny a los doctores, ignorando el llanto de su madre.

—No lo sabemos —contestó con sinceridad el neurocirujano, incómodo—, es una operación muy complicada, no podemos garantizarle nada, señor Reese. Su familia tiene razón, no debe precipitarse, ahora mismo está abrumado por la noticia, es comprensible. Pero debe tener en cuenta todos los factores. No podemos garantizarle que se recupere de la lesión que ese material ha hecho a su cerebro, no sabemos si podemos causarle alguna lesión nueva al extraerlo, lleva muchos años instalado en su cabeza. Además, estamos hablando de algo insólito, de una cirugía novedosa. El riesgo es muy alto.

—Lo entiendo, firmaré lo que sea necesario eximiéndolos de cualquier culpa si hay complicaciones.

—Si me lo permite —intervino el otro doctor—, creo que debería marcharse a casa, hablar con su esposa, pensarlo con calma.

—No voy a marcharme a casa —contestó Johnny muy seguro—, no tengo nada en lo que pensar, voy a hacerlo y quiero hacerlo ya.

—Johnny, por favor —le suplicó Margaret, que no podía dejar de llorar.

—¡No! —exclamó Johnny—. Esta decidido, me dan igual los riesgos, voy a operarme.

Ben, al lado de su madre, intentaba consolar a la mujer. Johnny no solía ser impulsivo en esa clase de decisiones, él lo comprendía, o creía hacerlo, lo que significaba no poder ver, pero al menos estaba vivo.

—¿Has pensado que podrías dejar a Abraham sin padre? —demandó Ben, desesperado porque lo pensara—. ¿Qué será de él? Dices que Amanda tiene problemas, si te pasara algo, solo la tendría a ella.

Johnny se frotó la cara, tenía jaqueca, entre su madre y Ben le estaban jodiendo la buena noticia. No quería morir, no quería dejar a su hijo huérfano, pero en su corazón sentía que había llegado el momento, que podía hacerlo, que sobreviviría y, si al despertar era de día... La idea le llenaba de dicha, valía la pena.

—Es una operación difícil cariño, ya has oído al doctor, es mejor que lo pienses. Si lo que quieres es recuperar a Beth, hazlo, arreglad las cosas, háblalo con ella. Beth te ayudará a tomar la decisión.

¿Beth le ayudaría a tomar la decisión? No, no lo haría, si su vida era la que estaba en riesgo no le dejaría hacerlo. Estuviera enamorada de él o no, sabía que no le dejaría hacerlo. Había acariciado su rostro un millón de veces, la había imaginado de cien formas distintas, estaba harto de imaginar; por pobres que fueran las posibilidades, si podía verla a ella ya valía la pena arriesgarse.

—Todos sabemos que Beth no querrá que lo haga —le contestó a su madre—, sé que puedo hacerlo, sobreviviré —dijo seguro—. He superado tantas cosas que sé que saldré con vida de esta, por Abraham y por Beth. Viviré por ellos, no pienso marcharme al otro barrio, tengo demasiados motivos para quedarme.

Margaret le soltó la mano, no había nada que pudiera hacer o decir para que cambiara de parecer y su alma lloraba. Ben la abrazó con el estómago del revés, él también veía la determinación en Johnny, lo conocía muy bien, nada le haría cambiar de opinión.

—¿Está decidido Señor Reese? —demandó el neurocirujano, que estaba deseando poder llevar a cabo esa operación.

—Sí, quiero hacerlo lo antes posible.

En menos de dos semanas era el cumpleaños de Beth, recuperara la vista o no, quería pasarlo con ella. Llevaba casi un mes alejado de ella y le hacía falta como respirar.

—En ese caso reservaré quirófano para la semana que viene. Además, tenemos en la ciudad al mejor neurocirujano del país, le he hablado de su caso y estaba resuelto en participar en la operación, si finalmente decidía hacerlo —le palmeó el hombro—, así que está en buenas manos.

—Esa es una buena noticia —dijo entusiasta—, ¿ves mamá? —dijo para que se calmara.

Margaret se escondió en el pecho de Ben, que la abrazaba dándole apoyo moral. No había ninguna buena noticia, no quería que lo hiciera si ponía en riesgo su vida.

—Podemos darle el alta para que pueda pasar el fin de semana con su familia —dijo el otro médico.

—Yo preferiría que no lo hiciera —intervino el neurocirujano, aquella era una oportunidad única en su carrera, no quería que se lo pensara mejor, que hablara con su mujer y decidiera no hacerlo—, podemos aprovechar ese tiempo para preparar la operación.

—En ese caso me quedo, muchas gracias Doctor Webs —le ofreció la mano y este se la estrechó.

Ambos médicos salieron de la habitación. Ben ayudó a su madre a sentarse en la butaca, parecía que iba a desvanecerse. Entendía los motivos de Johnny, sabía muy bien cuán alta era su ansiedad; cuando despertó en Vietnam después de que lo operaran y no veía nada, fue él quien estuvo a su lado, quien lo consoló, el que escribió a su familia para contarles lo sucedido. Johnny le había dicho una vez que nunca creyó que pudiera volver a ser feliz después de perder la vista, pero que Beth era una estrella en la oscuridad que le iluminaba el camino, que ella le había devuelto a la vida. Ahora quería poner todo eso en riesgo, si le pasaba algo, imaginaba a Beth marchitándose como le ocurrió a su madre al morir su padre.

El martes siguiente entró en quirófano, Ben y Margaret se despidieron de él con el corazón encogido.

*Treinta y seis:
Al margen de tu corazón*

Resopló mirando la casa de sus padres, el taxista la había ayudado a dejar las maletas en la puerta. No entendía cómo hacía aquel calor en Shelby, ya estaban en junio, pero era demasiado, o quizás fueran los nervios los que la hacían sudar. Tenía la sensación de que sudaba tequila por cada poro de su piel.

Llamó al timbre y nadie le abrió la puerta, imaginó que debían estar en la iglesia, era domingo. Buscó las llaves y entró. Al mirar a su alrededor se deprimió más. Lo primero que hizo fue llamar a Ben para decirle que había llegado, fue una llamada corta, se habían despedido hacia unas horas, no había mucho que tuvieran que decirse. Cargada, subió a su habitación y escondió las cosas debajo de la cama para no tener que darles explicaciones a sus padres, pensando que, si llega a saber que no encontraría a nadie en casa, habría traído todas sus cosas. Se tumbó en la cama agotada.

Miró su antigua habitación, hacía menos de una semana que había estado allí, ahora la miraba con otros ojos, le parecía un lugar triste y deprimente. Se sentía una fracasada, además su habitación le traía muchos recuerdos de Johnny, lo extrañaba, extrañaba mucho al Johnny pre-Amanda. Su vida sin él estaba vacía, no tenía ni idea de cómo iba a poder vivir sin él, con esa tristeza y esa añoranza.

—Basta Elisabeth —se regañó a sí misma—, date una ducha y despéjate, basta de lamentarse.

Se levantó de la cama antes de ponerse a llorar o dormirse. Bajó a la planta de abajo para beber agua; estaba en la cocina cuando llegaron sus padres, deseó haberse metido en la ducha, en el avión se había maquillado para no aparecer con la cara de descompuesta, pero su aspecto seguía siendo terrible.

—¡Beth! —exclamó su madre muy sorprendida al verla.

—Hola mami —saludó a su madre, solo la llamaba así cuando había hecho algo malo, se estaba delatando y acababa de llegar.

—¿Dónde has estado? —le dijo en un regaño. Beth se la quedó mirando preguntándose qué contestarle, pero antes de que pudiera decir nada se acercó y la abrazó—. Estábamos muy preocupados por ti.

—¿Por qué? —demandó sin comprender, había llamado desde casa de Ben a principios de semana.

—¿Está aquí? —entró Roger a la cocina, desesperado al oír la voz de su hija. Se apoyó en el marco de la puerta, se llevó la mano al corazón y suspiró al ver que había vuelto de una sola pieza.

—Beth, apestas a alcohol —se apartó su madre preocupada mirándola—. ¿Dónde has estado?

—¿Dónde voy a estar? —se encogió de hombros y sonrió falsamente, mirando a uno y a otro, parecían muy preocupados y no comprendía por qué, les había dicho que volvería en unos días—. En casa.

—En tu casa no —dijo Roger desde la puerta de la cocina—, venimos del aeropuerto.

—¿Habéis ido a mi casa? —demandó abriendo mucho los ojos con temor.

—No, hemos ido a llevar a Johnny...

Al escuchar su nombre sintió como si todo su cuerpo despertara de golpe.

—¿Johnny? —interrumpió a su madre antes de que acabara de hablar—. ¿Johnny ha estado aquí?

—¿Dónde has estado, Elisabeth? —demandó Roger cabreado, después de saber que ella estaba bien y haberse librado de la preocupación—. Nos mentiste, dijiste que todo iba bien, que estabas en casa...

—¿Johnny ha estado aquí? —volvió a preguntar acelerada, era cuanto quería saber.

—Sí —le contestó su padre—, acabamos de dejarlo en el aeropuerto. ¿Tienes idea de lo preocupados que hemos estado desde que Johnny se presentó aquí buscándote y nos dijo que te habías ido? Nos mentiste, no sabíamos dónde estabas, si estabas bien o si habías tenido un accidente con el coche. ¡Esa angustia durante días! —Rachel empezó a llorar y Beth le rodeó los hombros—. Sin una llamada, Beth.

¿Por qué Johnny había ido hasta allí? ¿Con qué propósito? Pensar que podrían haberse encontrado, hacía que las mariposas bailaran en su estómago, al ritmo de los nervios y el temor. Anhelaba verlo, volver a estar con él, sentir esa protección que solo sus brazos podían darle. Al pensar que lo había perdido empezó a llorar, no quería llorar, menos delante de sus padres, pero no pudo evitarlo.

—¿Por qué ha venido? —ignoró cuanto le decía su padre, quería saberlo todo.

—Vino a buscarte, llegó el mismo día que llamaste a tu madre asegurándole que estabas con él. Nos mentiste Beth...

—¿Él dijo que venía a buscarme? —volvió a interrumpirlo cada vez más nerviosa, las dudas se acumulaban en su cabeza—. ¿Ha estado aquí todos

estos días?

—Sí, no quiso decirnos qué había pasado. Nos debes una explicación.

—¿Por qué se ha ido? ¿Qué ha dicho? ¿Qué os ha explicado? —preguntó muy nerviosa.

—Beth, tranquilízate —le pidió su madre viendo el estado de nervios en el que su hija se encontraba.

—¿Qué ha hecho aquí todos estos días? ¿Vino con el chico?

—Esperar a que llegaras y no, vino solo —Beth empezó a pasearse por la cocina—, estaba muerto de preocupación por ti, como nosotros. Esta mañana ha hablado con alguien y ha dicho que creía saber dónde estabas, lo hemos llevado al aeropuerto y ha dicho que nos llamaría en cuanto supiera algo.

—¿Con quién ha hablado? —solo Ben sabía dónde estaba, pero cuando había hablado con él, hacía menos de media hora, no le había dicho que hubieran hablado—. ¿Con Ben?

—¿Ben? —preguntó Rachel—. ¿Ese amigo suyo tan guapo? —Beth afirmó energética y su madre la miró llena de reprobación y reproche—. ¿Has estado con ese hombre? ¿Es por él que habéis discutido?

—Tengo que llamarlo —dejó a su madre con la palabra en la boca—, saber si ha hablado con él.

Cogió el auricular del teléfono, le temblaban hasta las manos, no estaba segura de qué esperaba de aquella llamada, el mundo giraba muy deprisa y ella hacía mil suposiciones en menos de lo que se tarda en dar un suspiro. Su padre cortó la llamada cuando aún estaba marcando y le quitó el auricular.

—Antes de hablar con ese hombre tendrás que hablar con nosotros, nos debes una explicación.

Beth no sabía qué decir, no quería contarles lo que Johnny había hecho y que sus padres lo odiaran. Su padre se mostró inflexible y ella necesitaba llamar a Ben, él no le había dicho que hubiera hablado con Johnny, pero quizás no quería hacerle daño. Necesitaba saber si habían hablado y qué le había dicho.

Les dijo a sus padres que Johnny y ella habían discutido, sin detalles, que estaba decepcionada y triste, por eso no había vuelto. Había pasado unos días con Ben y sus hermanas para tranquilizarse y analizar las cosas con calma. Le llevó casi una hora convencerlos, y al final su padre la dejó hacer la llamada.

—¿Diga? —contestó la inconfundible voz de Gala.

—Hola Gala, soy Beth —dijo acelerada

—¿Cómo ha ido el viaje? Quería levantarme para despedirme otra vez, pero me he dormido. Lo siento.

—No te preocupes preciosa, toda bien. ¿Está tu hermano por ahí?

—Se está echando la siesta, si quieres lo despierto, aunque estaba de muy mal humor.

¿Ben de mal humor? Eso era nuevo, nada le quitaba la sonrisa a aquel granuja.

—No, pero hazme un favor, cuando se levante dile que me llame.

—¿Estás bien? Pareces alterada y anoche te oí llorar, por eso quería verte esta mañana antes de irte.

Gala alargó la conversación todo lo que pudo, le tocaba limpiar la cocina y no le apetecía.

Beth no se movió de la cocina en todo el día, necesitaba una ducha, tranquilizarse y dormir. En lugar de eso se quedó junto al teléfono. Ben iba a llamarla, Johnny les había dicho a sus padres que también llamaría. Nadie llamó en toda la tarde, tampoco durante la noche. Se armó de valor y, con el corazón que se le salía por la boca, llamó a casa; nadie contestó, ni siquiera Nana, y eso sí que era extraño.

Se pasó toda la semana en casa, pegada al teléfono, no volvió a tener noticia de ninguno de los dos. No fue hasta el domingo que se vistió y fue a la iglesia con sus padres; al volver oyó a sus padres discutir, su madre la había oído llorar por la noche y sufría, que era lo que quería evitar, por eso había ido a casa de Ben en lugar de ir allí, para evitarle el sufrimiento a sus padres, que bastante mal lo estaban pasando.

Debía cambiar de actitud, por el bien de sus padres. Se quitó el pijama y empezó a salir, a acompañar a su madre a la compra y cosas así, se cambió el peinado y fue a una agencia de trabajo. Había pasado más de una semana y no tenía noticias. Quizás al final Ben sí se había posicionado, pero no hacia ella; lo entendía, Johnny era su amigo y habían vivido muchas cosas juntos. Las noches eran lo peor, le costaba dormir sin Johnny, era cuando más lo extrañaba. Noche tras noche aprendió a llorar en silencio, hasta dominarlo.

Estaba acabando de maquillarse cuando sonó el timbre, miró la hora. Estefany llegaba antes de la hora. Dejó el lápiz de labios y salió de la habitación para ir a abrir, cuando se encontró a su madre.

—¿Vas a salir? —le preguntó a su madre.

—¿Es necesario que te pintes como una puerta? —criticó Rachel a su hija. Beth se encogió de hombros, desde que había vuelto, apenas había salido de casa, había días que ni siquiera se quitaba el pijama. Era su cumpleaños y quería que su aspecto dejara de reflejar cómo se sentía. Rachel negó con la cabeza sabiendo que no se quitaría toda esa porquería de la cara—. Ya abro yo, me voy a la iglesia.

—Debe ser Estefany, dile que suba, he quedado para tomar algo con ella por mi cumpleaños.

—Sé que es tu cumpleaños Elisabeth, pero no bebas —le advirtió—. y ni se te ocurra coger el coche.

—No te preocupes mamá —le pidió Beth acariciándole el brazo—, no volveré muy tarde.

—Pásalo bien —se obligó a decir su madre después de besarle la mejilla.

Su madre se marchó. Beth volvió a la habitación y se pintó los labios rojo cerezo. Se retocó el pelo delante del espejo, era la primera salida real que iba a hacer, acompañar a su madre a comprar no era un acto social. La noticia de que iba a separarse ya corría por la urbanización como la pólvora. El domingo anterior había visto a algunas mujeres mirándola con lástima en la iglesia, otras lo hacían con condescendencia, no sabía qué era peor, aún estaba decidiendo cuál de las dos le agradaba menos.

La puerta se abrió mientras seguía mirándose en el espejo, planteándose si ponerse más maquillaje, había perdido su bronceado sureño. Negó mirándose en el espejo, regañándose mentalmente mirándose los ojos. No debía ponerse a pensar en lo que había perdido o volvería a ser otra nefasta noche más.

—Reponen Desayuno con diamantes en el auto-cine. ¿Te apetece?
—preguntó mirándose al espejo.

—Claro.

Beth sintió que se le helaba la sangre, no se atrevía a girarse y encarar la puerta. O se estaba volviendo loca o Johnny estaba en la puerta de la

habitación, tampoco sabía qué opción era peor. En silencio, expulsó el aire de los pulmones, puso la espalda recta y se giró hacia la puerta.

Allí estaba él, guapo, atractivo e irresistible. En la puerta de su habitación, como si no hubiera pasado nada. Había cambiado el bastón por unas gafas oscuras que lo hacían más sexy si cabía. Se había afeitado, tenía una barba de un día, con unas patillas demasiado perfectas para haberlas hecho él.

A Johnny se le secó la boca. Beth no era solo guapa, era preciosa, alta y esbelta, como siempre imaginó. Llevaba un vestido floreado que se le ceñía al cuerpo como un guante, marcando cada curva de su anatomía. Conocía cada palmo de su piel, su madre le había enseñado un par de fotos que llevaba en el monedero, pero no le hacían ninguna justicia. Se había cortado el pelo por debajo de las orejas y lo llevaba despuntado, cada punta rebelde mirando hacia una parte; sus ojos claros estaban maquillados de negro, perfilando esa mirada gris que siempre había soñado con ver, y ahí la tenía, preciosa y asustada.

El mundo volvía a estar lleno de luces y colores. Al principio se había sentido abrumado al poder ver la luz. Era como sufrir cataratas, la luz se movía a su alrededor sin que pudiera distinguir qué sucedía. Después llegaron los colores, las formas, las distancias se hacían visibles, hasta que todo volvió a ser como nunca debió dejar de ser, el mundo le parecía más brillante que nunca. Había recuperado la vista y ahora pensaba recuperar a su mujer y a su hijo. Se sentía como el fénix que resurgía de sus cenizas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Beth sin creer que en realidad estuviera pasando aquello.

—He venido a traerte algo —contestó nervioso al ver sus labios expulsando su dulce voz.

Beth parecía asustada, no comprendía por qué, o quizás no lo estaba, se sentía confuso. Era la primera vez que la veía en persona y le parecía un ángel con pinturas de guerra. Observó cómo ella se llevaba la mano izquierda al corazón, tragó saliva y sus ojos se llenaron de lágrimas, no hizo un solo ruido.

—No has debido molestarte —intentó Beth no mostrar cómo se rompía por dentro—, debiste enviármelo por correo, te lo hubiera firmado y devuelto.

—¿De qué estás hablando, Elisabeth?

Ella parecía fuerte. De no ser porque había recuperado la vista, hubiera creído que estaba bien. Sin embargo, sus ojos anegados mostraban la verdad, estaba sufriendo y era lo último que Johnny quería.

—Lo sabes de sobra, no hay por qué alargar esto —apretó la boca intentando ser fuerte, procurando que las lágrimas que escapaban de sus ojos y corrían veloces no se delataran en su voz. No quería humillarse más de lo que lo había hecho—, dame los papeles, los firmaré y podrás volver con tu familia.

Al volver, sintió la llama de la esperanza al saber que él había estado allí, pero aquellas semanas sin noticias habían hecho que esta se extinguiera. Debía avanzar, aunque no creía poder hacerlo sin él.

—Tú eres mi familia Beth —contestó Johnny acercándose a ella, no podía verla llorar.

—No te acerques —dio un paso atrás Beth chocando con la cama, que se comía todo el espacio de la habitación. No iba a permitir que la tocara, si la abrazaba era capaz de decirle lo mal que lo estaba pasando, el daño que le había hecho, que su vida carecía de sentido sin él—. Dámelos y vete.

—¿De qué papeles me estás hablando?

Beth apretó la boca intentando ser fuerte, no era fácil, era incluso peor que el día que se marchó de casa. Aquel día le dolió mucho, pero estaba furiosa y cabreada, ahora solo estaba dolida y triste, debía seguir adelante y dejarlo marchar, aunque lo único que quería era acercarse a él y besarlo, luchar por él, ganarle la batalla al demonio pelirrojo y darle una patada en el culo para siempre. Se golpeó con el puño en la frente intentando volver a la realidad, él amaba a Amanda, no a ella, no había nada por lo que luchar.

—De los papeles del divorcio, por supuesto. Nos casamos sin ninguna ceremonia, deberíamos separarnos del mismo modo. No hay que hacer un drama —suspiró—, tú me lo enseñaste —debía salir de allí o se derrumbaría, apenas podía aguantar la convicción en la voz—, dámelos y podrás volver.

—No voy a ir a ninguna parte sin ti, tú eres mi familia —dio otro paso hacia ella.

—¡No! —exclamó, no quería que volviera a engañarla. Johnny paró—. Tu familia son tu hijo y su madre. Podrás casarte con Amanda como siempre quisiste, ser feliz con ella. Yo pienso hacer lo mismo, encontraré a alguien y formaré mi propia familia, podre ser feliz sin tener que recoger las migajas de otros.

—Eso duele, Beth —se quejó Johnny.

—Te dolerá a ti, a mí ya no me duele nada —mintió.

Johnny sonrió con desgana y negó mirándola. Por fin podía verla y, aunque le encantaba lo que veía, no le gustaba verla triste, quería abrazarla, hacerle entender las cosas e irse con ella.

—Habrás aprendido a llorar en silencio, pero aún no sabes mentir, mi amor.

—¡Ni se te ocurra llamarme así! —estalló ella compungida—. No estoy llorando, no te creas tan importante, no mereces ni una sola lágrima mía, eres un traidor y un gilipollas, ya me he olvidado de ti.

—No te creo, si me hubieras olvidado me sostendrías la mirada —Beth volvió a mirarlo ladeando la cabeza, preguntándose a qué venía aquel comentario. Mirarlo dolía, pero él no podía saberlo—, no estarías llorando y, aunque sé que estás mintiendo, tus palabras son piedras en mi corazón.

—Tú corazón no me interesa, pertenece a otra, vete con ella y con tu hijo, lárgate de mi casa John.

Se dio la vuelta, incapaz de seguir mirándolo, se limpió las lágrimas de la cara llena de maquillaje.

—He venido a buscarte Beth, y no voy a irme sin ti, no pienso dejarte marchar. Nunca —añadió.

Johnny inició la marcha, quería volver a tocarla, quería consolarla, borrar todo el daño que le había hecho. Ella también le había hecho daño a él, lo había dejado como si no le importara, pero le importaba, y esa certeza le daba fuerza para hacer todo lo que fuera necesario para recuperarla, para siempre.

—¿Por qué? —la voz se le rompió y supo que le estaba dando la razón, se estaba delatando.

—Desde que te fuiste, no ha vuelto a salir el sol, me cuesta respirar sin tener tu olor a mi alrededor —contestó Johnny acercándose hasta que la tuvo delante—, todo carece de sentido sin ti, amor.

Le cogió el brazo para que ella se girara y lo mirara. Cuando en el hospital le habían dicho que podía recuperar la vista, ella había sido lo primero en lo que había pensado. Valía la pena arriesgarse si podía verla a ella y a su hijo, eran lo más importante en su vida y quería verlos, no podía seguir perdiéndoselos.

—¡No me toques! —se apartó Beth con un escalofrío.

—No me rechaces —le pidió con el corazón en un puño—. No puedes imaginarte el infierno por el que he pasado para poder estar aquí. Han pasado tantas cosas... —debía ser uno de los momentos más felices de tu vida. Había recuperado la vista y al fin, después de todo, podía mirarla a los ojos, pero los suyos seguían llorando y eso lo apenaba—. Cuando supe que Ben te había besado... Me volví loco...

Habían pasado muchas cosas, pero cada vez que recordaba lo que había hecho Ben, cómo había mancillado los labios de Beth, sentía que la sangre hervía como el mismo infierno. Él le había prometido que eso no volvería a pasar, le dijo que debía perdonarlo y le recordó que, si no llega a ser por eso, seguramente no hubiera vuelto a ver. Al final decidió dejarlo pasar, pero la espina seguía clavada.

—¿Él te lo ha contado? —demandó Beth incrédula.

—Me ha contado muchas cosas, incluso demasiadas —volvió a acercarse a ella y la vio moverse de espaldas sin hacer un solo ruido, nunca imaginó que pudiera ser tan silenciosa, había aprendido a camuflarse muy bien. Se sentó en la cama ignorando el dolor abrasador que se concentraba en su pecho al verla alejarse de él. Las cosas no estaban yendo como él esperaba—. Hemos tenido mucho tiempo para hablar —suspiró y se quitó las gafas, la miró a los ojos—, debiste decírmelo a mí, no a él o a Nana.

Apretó la boca molesta, no podía confiar en nadie, de Nana podía imaginarlo, no de Ben. Se suponía que Ben guardaba sus secretos y le había dicho que estaba enamorada de él, cómo si eso cambiara algo.

—No sé qué te habrán dicho esos dos, pero seguro que no es verdad, son dos liantes.

—No Beth —negó Johnny mirándola—. Ellos han sido más sinceros que tú. No pensé que fueras a irte, que tuvieras los santos cojones de dejarme allí sin mirar atrás. En cuanto te fuiste, vine a buscarte, no puedes ni imaginarte lo que fue coger un avión solo, sin ti apoyándome, dejando a mi hijo atrás, sin saber si Amanda se lo llevaría, para llegar aquí y averiguar que no estabas. Te esperé Beth, durante días.

Beth frunció el ceño; o se estaba volviendo loca, lo que era probable, seguramente él ni siquiera estuviera sentado en la cama y ella estuviera soñando, o la estaba mirando directamente a los ojos, su mirada se había vuelto penetrante, algo que era imposible, no veía, no podía mirarla. Cuando estaban cerca, a veces sentía que la miraba, pero era una ilusión, y desde luego no ocurría a esa distancia, sin embargo él no movía la mirada de sus ojos. Se pellizcó y no pasó nada, se limpió las lágrimas.

—¿Dónde está el chico?

—Con su madre, vine a buscarte después de que te fueras y desde entonces no he estado con él.

—Te dije que me iría —intentó sonar firme—, pudiste impedirlo y no lo hiciste.

—No creí que fueras capaz —se frotó los ojos y volvió a mirarla—. Tú tenías razón en que los ojos no era lo único que tenía ciego. Estaba tan obcecado en escucharte decir lo que sentías por mí, tan obsesionado en que me dijeras lo que yo no podía ver, aunque sí sentir, que me olvidé qué era...

—¿De qué hubiera servido? —lo interrumpió Beth—. Eso solo me hubiera humillado más.

—Déjame hablar, Beth —le pidió. Debía disculparse y las palabras «lo siento, me equivoqué y tú tenías razón» no eran fáciles de decir—, siéntate aquí conmigo —pidió palmeando la cama—, por favor.

—Estoy bien donde estoy.

—Por favor Beth, no voy a hacerte nada, ni siquiera te tocaré si no quieres que lo haga —aseguró, aunque no estaba nada de seguro de esa afirmación, las manos le hormigueaban por tocarla de nuevo.

Ella se rascó detrás de la oreja indecisa. Johnny observó el gesto como si fuera el primer amanecer que viera en su vida. Ben, el cabronazo de su amigo Ben, le había dicho que era un gesto que ella repetía cuando estaba insegura o nerviosa. Por más que deseó y soñó con ser capaz de verlo algún día, no pensó que eso llegara a pasar. Y allí estaba, sentado, esperando que ella se sentara a su lado y poder verla de cerca. Jamás se saciaría de mirarla y observarla, solo quería aclarar las cosas e ir a por su hijo, con ella.

Beth se acercó y él la siguió con la mirada; antes de sentarse volvió a pellizcarse, era imposible.

—Me gusta tu corte de pelo —le sonrió Johnny cogiendo una de sus puntas despeinadas. Beth abrió los ojos sin poder creerlo—. Eres preciosa, te he imaginado millones de veces y ni me he acercado...

—¿Puedes verme? —demandó sin creer que estuviera haciéndole aquella pregunta.

—Ya te he dicho que han pasado muchas cosas —sonrió mirándola.

Beth abrió la boca desmesuradamente y él sonrió al ver que era tan expresiva como siempre había imaginado que debía serlo.

Observó sus ojos, había un poco de verde en ellos, recordaba el día que lo descubrió como si fuera ayer. Atesoraba esos recuerdos en lo más profundo de su alma, intentando no olvidarlos, por más que dolieran. Beth le miró un ojo y después el otro, los ojos de Johnny imitaron el gesto.

—¡Johnny! —exclamó dichosa y más feliz de lo que se había sentido en todo ese maldito año. Se mordió el labio sonriéndole como una idiota y lo abrazó—. ¿Cómo es posible? —le acarició la cabeza.

Estrechó su cuerpo y aspiró con fuerza su esencia, sentirse envuelto en ella era lo más real que había tenido desde que se marchó de esa misma casa, el día que Armando lo llamó porque Amanda había vuelto. Le cogió el rostro y la apartó lo justo para poderla mirarla a la cara.

—Deja que te vea —pidió y observó cada rasgo de su rostro—. Qué bonita eres, mi amor.

Le limpió la cara de maquillaje con los pulgares, si no era de alegría, no volvería a hacerla llorar. Sus ojos habían cambiado, ahora se veían felices y eran el doble de bonitos, de un extraño gris que no había visto antes, sus labios rojos enmarcaban una sonrisa hermosa y sincera. Supo que jamás podría amar a alguien tanto como la amaba a ella, nunca, ni a cien Amandas como había dicho Ben. Buscó el lunar de su cuello, había soñado con él, le acarició la pequeña cicatriz que se había hecho para no tener que casarse con él.

Beth observaba cómo sus ojos examinaban su rostro. Su mirada rebosaba amor y devoción, él podría volver a sentirse completo y eso la hacía feliz, sus ojos se concentraron en los suyos y Beth le sonrió. Johnny le dedicó una mirada hambrienta y sexy, se lamió los labios y, cogiéndole el rostro, acercó los labios a los de ella. La besó, mirándola a los ojos, los de Beth se llenaron de temor y se apartó.

—No puedes hacer esto —negó empujándolo del pecho sin apenas convicción—, no puedo.

—Sí puedes Beth —Beth negó y se levantó de la cama, no podía dejarse arrastrar por él, por sus deseos; por el momento, eso haría que después doliera más, si era eso posible. Johnny se levantó con ella—, eres la mujer que amo y he sido un gilipollas —intentó cogerla y ella se apartó.

—Es Amanda a quien amas —contestó. No quería que viera cuánto le dolía.

—No —negó poniéndose serio al ver cómo su mirada volvía a entristecerse—. No la amo, la amé, la quise muchísimo, pero ya no. Pertenece al pasado y ahora solo quiero mirar hacia adelante, contigo. Cuando estuvo en casa —se explicó—, no pasó nada entre nosotros, nada, ni siquiera un beso, nada.

—¿Por qué debo creerlo? —lo atacó Beth—. Ya me has mentido otras veces.

—Te hice promesas que, aunque quise, no pude cumplir. No volveré a cometer el mismo error —Beth negó y le dio la espalda, no podía mirarlo a los ojos, él parecía muy sincero y su corazón se hinchaba deseando creer lo que le decía, aunque su cerebro la advirtiera—, no volveré a mentirte Elisabeth.

—No ha cambiado nada, no sé si puedo creerte.

—¡Ha cambiado todo Beth! —la cogió del brazo y la obligó a mirarlo de nuevo, no quería que volviera a darle la espalda, podía verla y era cuanto deseaba mirar—. Me mantuviste al margen de tu corazón... Ahora te miro y sé que eres mía —siguió acariciándole la cara mientras ella intentaba no llorar—, puedo ver que me amas y ya no me importa que no lo digas, veo en tus ojos que me amas, que es lo único que deseaba saber. Me obcequé Beth —se sinceró—, me cegué por sentirme querido y necesario. Amanda me dijo cuanto quería escuchar, pero carecía de sentido, era de ti de quien quería escucharlo, solo de ti.

—Yo te quería y te necesitaba —se quejó Beth con reproche.

—No uses el pasado —le pidió dolida, acariciándole el rostro—, cuando hables de nosotros, nunca uses el pasado Beth, te juro que me matas.

—Sé que me quieres —contestó dolida—, pero a ella la quieres más. Tuviste un hijo con Amanda, conmigo te has cuidado de que eso no pasara, así que eso deja bastante claro lo que sientes.

Johnny negó mirándola, su niña tonta. Sí, había tenido un hijo con Amanda, pero fue por error, el mejor error que había cometido en su vida, pero un error al fin y al cabo. Él no quería que aquello pasara. Cuando Amanda y él estaban juntos, ponían la misma precaución que con Beth, excepto la última noche.

—¡Y tendré más contigo y los querré a todos por igual! —exclamó sincero—. Lo que siento por ti no se va a apagar mi amor. Vuelvo a ver, pero sin ti no sale el sol, me cuesta respirar sin tener tu olor cerca —Beth apartó la mirada, no quería sufrir, Johnny le cogió la barbilla y la obligó a seguir mirándolo—. Sé que te he hecho daño Beth, lo sé muy bien, pero te juro, te prometo, y esto es algo que moriré antes de romper, que pasará, que haré que lo olvides con besos, caricias, amor... Te demostraré día a día que solo me importas tú, que eres la mujer de mi vida y que no tengo ojos para nadie más.

El corazón de Beth quería salir del pecho, Johnny parecía implorarle con la mirada que lo creyera.

—Quiero creerte, nada me haría más feliz, pero tengo miedo, me has hecho mucho daño —se quejó.

—Beth, nunca más te haré daño —le soltó la barbilla y la cogió a ambos lados de la cintura, acercándola a él—, mi corazón no late sin el tuyo cerca. Me lo diste todo, llegaste cuando más lo necesitaba, cuando no podía estar

más perdido, y le diste sentido a mi existencia, me devolviste la alegría y las ganas de vivir. Ya no puedo vivir sin eso, sin ti no soy nada... Por eso estoy aquí, quiero que te cases conmigo.

—¿De qué estás hablando? —demandó ella mirándolo incrédula—. Ya estamos casados.

—No —negó y la soltó, se arrodilló delante de ella y Beth sintió que el corazón se le salía del pecho—. No tuvimos una boda de verdad, ni siquiera nos conocíamos; ahora nos queremos y quiero que nos casemos de nuevo, rodeados de nuestros amigos, una celebración digna de nuestro amor. Esto es lo que he venido a traerte —sacó una cajita, la abrió y se la tendió—. ¿Quieres casarte conmigo, Elisabeth?

—¡Johnny! —exclamó emocionada tapándose la boca—. ¿Me quieres?

—No —sonrió mirándola desde abajo, feliz de verla tan emocionada—. ¡Te amo! Lo que siento por ti no se apagará jamás, llevo una hora intentando decírtelo.

Beth se arrodilló en el suelo y lo abrazó, lo hizo con tantas ganas que los dos cayeron al suelo.

—No sabía lo que era el amor hasta que llegaste a mi corazón —contestó Beth encima de él, mirándolo a los ojos, mientras los suyos le sonreían—. Te quiero —confesó llena de certeza—. Te amo. Te adoro. Mi corazón es tuyo y lo será siempre. Eres la luz de mi alma, Johnny —le cogió la cara y lo besó con todo el amor que latía en ella, con añoranza, anhelo y desesperación—, hasta mi último aliento.

*Treinta y siete:
El final no es más que el
principio*

—Hola Amanda.

Amanda levantó la vista del libro que estaba leyendo. Johnny subía los escalones de la casa con su mujer de la mano. Los dos se plantaron delante de ella, Elisabeth medio paso detrás, a su lado.

—Sabía que no tardarías en enterarte de que había vuelto —puso el marcador en el libro y lo cerró. Volvió a mirarlo—. Estás diferente —ladeó la cabeza mirándolo, miró a su mujer y volvió a mirarlo él, analizándolo, desprendía poder y seguridad—. ¿Vuelves a ver? —demandó incrédula con una sonrisa.

En efecto, volvía a ver, y ahora podía ver lo mucho que ella había cambiado. Sin embargo, seguía siendo Amanda y, a pesar de eso, no provocaba nada en él. Había estado nervioso por ese encuentro.

—Desde hace algunas semanas —afirmó Johnny.

—Vaya —le dedicó una sonrisa de medio lado—, el mundo debe parecerse muy brillante ahora.

—Solo veo la ausencia de mi hijo. ¿Dónde te lo has llevado?

—Mi madre y yo fuimos a Santa Mónica, hemos estado allí con mi hermana unos días.

Esos días habían sido una condena para Johnny, no sabía dónde o qué estaría haciendo ella, que habría hecho con Abraham, si había vuelto a las andadas y lo había aparcado por ahí. En cuanto volvieron el día después del cumpleaños de Beth, habían ido a buscar a Abraham. Al comprender que no estaba allí y no tener ni idea de dónde buscar, sus peores temores se hicieron realidad. La amenaza de Amanda cobró vida, pensó que lo había perdido y se sintió desesperado por recuperarlo.

—Quiero llevármelo —le advirtió Johnny—. Quiero que vuelva a vivir con nosotros.

—No es vuestro —le recordó Amanda sin perder la calma.

—Lo es tanto como tuyo y quiero recuperarlo. Tenemos el mismo derecho que tú.

Amanda afirmó, aquel plural no le hacía ninguna gracia. Abraham había extrañado a su padre, también a Beth, pero se negaba a perderlo. Llevaba limpia mes y medio, estaba yendo a un psicólogo y se encontraba recuperada. Tenía varias entrevistas de trabajo y volvía a pintar, no perdería el camino.

—Voy a quedarme aquí, ya he empezado a buscar trabajo y mi madre va a ayudarme.

—Me alegra escuchar eso.

—Dedo ordenar mi vida, por Abraham y por mí. Además estoy embarazada.

Beth abrió la boca incrédula. Tiró de la mano de Johnny y, cuando la miró, lo soltó con asco. Le había asegurado que no había habido nada, le había mentado otra vez. Se sentía traicionada y la rabia corría por su cuerpo veloz.

—¿Cómo has podido? —le reprochó noqueada por esa noticia.

A Johnny le costó un momento comprender a qué se refería Beth, le parecía increíble que creyera eso.

—¿Pero qué dices? —le preguntó él mirándola incrédulo—. ¿Piensas que es mío?

—¿Lo es? —miró a Amanda, incapaz de confiar en Johnny, eso era la gota que colmaba el vaso.

—No —le contestó Amanda negando y Beth sintió que se sacaba una losa de hormigón de encima.

—¿Cómo has podido pensar eso? —demandó Johnny mirándola sin creerlo.

¿Cómo no iba a pensarlo? Ella era una persona muy sincera, incluso demasiado, y él había traicionado su confianza. Había decidido creerlo, perdonarlo, confiar en él, pero la herida todavía era reciente y, aunque se sentía feliz por haberlo aclarado y solucionado, aún debía cicatrizar.

—Lo siento —se limitó a decir Beth, no quería mostrar fisuras entre ellos delante de Amanda.

—¿Desde cuándo estás embarazada? —preguntó Johnny—. ¿De quién es?

—Ya te dije que hice cosas de las que no me sentía orgullosa... Fui capaz de venderme por la siguiente dosis, por no estar sola conmigo misma, y este es el resultado —se acarició la barriga, aún no se le notaba nada—. Ni siquiera sé quién es el padre y prefiero no saberlo. Me gusta la persona en la que me estoy convirtiendo y no volveré a mirar a atrás. Intentaré hacerlo tal y como lo has hecho tú.

—Creo que esa es una sabia decisión, Amanda —le contestó Johnny.

—Cuando me rechazaste y decidiste seguir con ella, te amenacé y no fue justo. No debí hacerlo. Quiero que sepas que no lo haré. Nos quedamos aquí, podrás ver a Abraham siempre que quieras.

—No me basta con eso —contestó Johnny, había decidido que lo quería todo—, soy su padre, quiero que lleve mi apellido y tener los mismos derechos que tienes tú. No voy a permitir que desaparezcas y perderlo otra vez; podemos compartirlo, es nuestro hijo, pero no permitiré que lo apartes de mí.

—Lo sé y lo entiendo Johnny, no volveré a irme.

—Quiero que vuelva a vivir con nosotros, yo lo cuidaré, puedo dárselo todo y es lo que más deseo hacer. Conmigo no le faltará nada, podrás verlo cuando quieras.

—Vivirá conmigo, no renunciaré a él ni me marcharé. Arreglaremos los papeles, tendrás tus derechos.

—No me basta —negó Johnny.

—Es cuanto puedo ofrecerte —se puso de pie—. Mi hermana ha venido a pasar unos días, Abraham está arriba jugando con su primita, os ha echado de menos, a los dos —miró a Elisabeth—, me ha preguntado constantemente por vosotros.

—¿Podemos verlo ahora? —demandó Beth, que estaba deseando volver a abrazarlo.

—Dejemos que él decida con quién quiere vivir —intervino Johnny, ignorando el comentario de Beth.

—No tiene ni cinco años, no puedo tomar esa decisión, es demasiado pequeño.

—No voy a renunciar a él —siguió Johnny en sus trece.

—Nadie te está diciendo que lo hagas, Johnny —dijo Beth cogiéndole el brazo para que la mirara.

Beth comprendía a ambas partes, o eso creía. Ninguno de los dos quería renunciar a su hijo, pero no tenían por qué hacerlo. Amanda estaba siendo muy razonable, Johnny también debía serlo. Si ella se quedaba allí a vivir, estarían a menos de una hora de distancia, podría verlo cuando quisiera y pasar los fines de semana en casa. Ella también prefería que viviera con ellos, pero comprendía a Amanda.

—Creía que querías lo mismo que yo —le dijo Johnny sin comprender, mirando sus ojos grises.

Johnny no podía creer que Beth se pusiera de parte de Amanda. Lo que él no comprendía era que Beth veía lo mucho que Amanda había cambiado. Abraham le había enseñado lo que era ser madre, ni siquiera era su madre y sin embargo se sentía como si lo fuera. Comprendía a Amanda, no quería que ella se sintiera presionada y se lo llevara. Si se ponía en su lugar, sabía que ella lo haría.

—Y lo quiero, me encantaría que viviera en casa, pero Amanda es su madre y a ella también la entiendo. Tengo ganas de verlo, de poder abrazarlo, ya tendréis tiempo de decidir con quién debe vivir.

—Iré a buscarlo, puedo irse unos días con vosotros si queréis —ofreció Amanda.

—Eso estaría genial —le sonrió Beth agradecida.

Amanda entró en la casa y fue a buscar a su hijo. Beth se sentó en el banco donde estaba ella sentada hacía un momento.

—¿Por qué no me has apoyado? —le reprochó Johnny.

—Lo he hecho, Amanda está cediendo terreno y tú no. Tú eres su padre pero ella es la madre. No deberías acorralarla —le advirtió—; si cree que se lo quieres quitar, se lo llevara, yo lo haría —se encogió de hombros—. No quiero perderlo por tu avaricia.

—No es avaricia Beth, es mi hijo —se quejó—, y yo puedo cuidarlo.

—Y lo harás —le cogió la mano y lo hizo sentarse con ella—. Amanda está embarazada, va a necesitar ayuda. Si dejas de comportarte como si lo quisieras solo para ti, cuando tenga el bebé, contará contigo para que le

ayudes con el chico. Deja que las cosas sucedan, él también querrá estar con los dos.

Johnny resopló, Beth tenía razón, debía dejar de pensar en él y pensar en Abraham.

—Puede que tengas razón.

—¿Te das cuenta de que hay como una plaga de embarazos? La hermana de Ben, Flor y ahora Amanda...

—Pues tú no te acerques mucho —la cogió de las axilas y la puso encima de él.

—¿Tan malo sería? —demandó Beth angustiada.

—Te quiero solo para mí, como mucho puedo compartirte con Abraham, por ahora con nadie más.

Beth iba contestarle, cuando la puerta de la casa se abrió.

—¡Chico! —exclamó poniéndose de pie Beth. Abraham corrió a abrazarla, ella se agachó y lo cargó.

Johnny los miró con el corazón revolucionado. Había visto muchas fotos de Abraham, como Nana había dicho se parecía a él de pequeño. Ahora lo veía en persona, por primera vez. Observó cómo se abrazaba a Beth, cómo se miraban a los ojos, se querían y él se sintió dichoso.

—¿Por qué te fuiste? —le preguntó Abraham a Beth acariciando las puntas de su media melena.

—Ya no me voy a volver a ir a ningún lado —le aseguró Beth besándole la mejilla.

—¿Lo prometes? —preguntó él rodeándole el cuello con los brazos.

—Por supuesto —contestó—, has crecido estos meses, estás hecho un hombrecito.

—¿No saludas a papi? —se puso Johnny de pie, deseando abrazar a su hijo.

Rodeó la cintura de Beth y se lo quedó mirando, analizándolo. Tenía la mirada del color de Amanda, verde, pero los ojos eran como los suyos, el pelo era castaño oscuro como él, aunque con mechones rojizos de la melena pelirroja de su madre y algunas de sus pecas bailaban en su cara.

—¿Tus ojos se han arreglado papi? —preguntó Abraham mirándolos con

interés.

Johnny se echó a reír, a su hijo no se le escapaba una.

—Sí, y estaba deseando poder verte —abrió los brazos y Abraham lo abrazó y volvió a mirarlo.

—¿Soy como creías? —preguntó sonriendo emocionado.

—No, eres mejor. Beth tiene razón, estás hecho un hombrecito.

—¿Qué te ha pasado en la boca? —se preocupó Beth al verlo sonreír, le faltaba un diente de abajo.

—Vino el duende de los dientes —contestó Abraham—, fui muy valiente. ¿A que si mami?

—Muy valiente —le sonrió su madre—. ¿Quieres pasar unos días en casa de papá?

—¡Sí! —exclamó emocionado mirando a su padre—. ¿Podremos ir a montar?

—Podremos hacer todo lo que quieras, todo —le aseguró Johnny abrazándolo.

Amanda y Beth hablaron unos minutos, Abraham se despidió de su familia y los tres volvieron a casa.

Johnny se pasó los siguientes días observando a Abraham, no quería perderse nada, sentía que ya se había perdido demasiado. A pesar de que había pasado el cuatro de julio, como no habían podido pasarlo juntos y a Abraham le encantaban los cohetes simulaban como si volviera a serlo e invitaron a todos sus amigos. Salían a montar, nadaban juntos en la piscina, le leía él mismo los cuentos por la noche antes de ir a dormir y le daba cuanto quería. Podía hacer todas aquellas cosas que tanto había deseado hacer. Estaba tan pendiente de él, que no se daba cuenta de que a Beth había algo que la preocupaba.

Beth fue al médico y a cenar con María, alargando la velada al máximo para no tener que volver a casa. Al llegar, Johnny le leyó el cuento al chico, ella le deseó buenas noches e, intranquila, bajó al porche trasero, el rincón preferido de Johnny. Se sentó en el balancín e hizo que se balanceara, se encogió abrazándose las piernas, apoyó la cabeza en las rodillas, dándole vueltas a la cabeza mientras observaba la imperturbable noche en silencio. Johnny la había

enseñado a apreciar las cosas, no solo miraba, observaba y veía.

No quería disgustar a Johnny, pero no había mucho que pudiera hacer, además estaba aterrada por lo que se le venía encima. Iba a necesitar el apoyo de Johnny y tenía miedo. Temía que él pensara que ella no podía hacer aquello, temía no poder hacerlo, dudaba de sí misma y no le gustaba sentirse insegura.

—¿Dónde has estado?

—Johnny —se quejó dando un salto—, me has asustado.

—Pues no he sido demasiado silencioso —se sentó a su lado y le rodeó los hombros—, pensaba que habías oído la puerta de la casa —le besó la cabeza—. ¿Qué te ocurre?

—Estaba distraída pensando en mis cosas —giró la cabeza y lo miró.

—Vale —contestó Johnny—. Aquí fuera se está muy bien, es mi sitio preferido, sobre todo de noche, me encanta el silencio; si quieres que te deje sola, lo haré, aunque me gustaría saber qué te pasa.

—No —se acurrucó contra él—, no quiero estar sola. Tengo que cortarte el pelo —comentó.

—No estaría mal, la verdad es que me hace falta, no quiero que me crezca lo suficiente para que pienses que soy un bárbaro o un hippie fanático del sexo —se ríó al recordar— y deje de gustarte.

—Tú nunca podrás dejar de gustarme. ¿Qué pensaste la primera vez que te viste en un espejo?

—Había cambiado, me había hecho mayor y a tu lado aún lo parezco más. A pesar de que parezcas mayor de lo que eres, no dejamos de llevarnos doce años, no quiero que te busques a uno más joven.

—No digas tonterías —se quejó dándole un codazo—, bastante tengo con lidiar contigo.

—¿Entonces vas a decirme dónde has estado toda la tarde?

—He ido a cenar con María, ya te lo he dicho.

—Lo que no me has dicho es que has hecho antes.

—He ido a un sitio —negó quitándole importancia.

—No te pongas misteriosa y cuéntamelo.

—Me da miedo.

Johnny se extrañó por esa contestación, se preguntó si ella hablaba en serio. Cogió su rostro entre las manos, con delicadeza. Sabía cuándo debía ser rudo y cuándo cuidadoso. La mirada de Beth se veía temerosa, no mentía, tenía miedo y no tenía la menor idea de por qué; fuera lo que fuera lo solucionaría.

—Cuéntamelo, sea lo que sea lo solucionaremos juntos.

—Me da miedo que pienses que lo he hecho a posta, que intento sustituir al chico, que te enfades.

—¿De qué estás hablando mi amor? —preguntó Johnny inquieto al ver que contenía las lágrimas.

—No quería saber si era real por miedo a que lo fuera y te enfadaras —Johnny la miraba sin estar seguro de entenderla—. Esta tarde he ido al médico, no puedo hacer nada, me lo ha confirmado.

—¿Al médico? —preguntó sin estar seguro de si intentaba decirle lo que creía—. ¿Estás embarazada?

—Lo siento —se apartó y se puso de pie—, sé que no querías, tú mismo me dijiste que no me acercara a tanta embarazada, pero ya lo estaba, solo que no estaba segura y temía estarlo. Por eso no te lo dije.

Johnny se puso de pie y la abrazó, preguntándose cómo podía ser tan estúpida, no debía disculparse.

—Ni se te ocurra disculparte, Beth —la apartó y le sonrió—, estoy feliz de que vayamos a tener un hijo juntos —dijo cogiéndola de los brazos y poniendo sus ojos a la altura de los de ella—, me hace muy feliz volver a ser padre y sé que serás una buena madre. Te quiero Beth.

—¿De verdad lo crees? —preguntó indecisa.

—Lo sé y estoy deseando empezar esta aventura contigo.

Le cogió la nuca y la besó, quería tener hijos con Beth, quería volver a ser padre, hubiera preferido esperar un poco, pero ahora que su bebé ya estaba en camino, se sentía muy feliz.

—Te amo John Reese —dijo Beth pegada a su boca—, tanto que mi corazón se desborda.

Epilogo

La habitación estaba llena de gente, demasiada gente que iba y venía. Beth se sentía agobiada, estaba agotada y solo quería dormir, pero no pensaba abrir la boca para quejarse. Todos se habían desplazado hasta allí para conocer a su pequeño, para estar con ellos en el nacimiento de su primer hijo. María había llegado el día anterior; en cuanto supo que estaba de parto, había dejado todo para estar con ella, se había ganado una amiga que no creía merecer. Flor también estuvo esa mañana, con sus dos niñas, su marido y Nana, que no cabía en sí de alegría entre tanto niño, con lo mucho que a ella siempre le habían gustado. Los abuelos tampoco faltaron, ninguno de los cuatro, la madre de Beth no dejó de llorar.

—¡Déjame cogerlo, déjame cogerlo! —le suplicaba Gala cogiendo el brazo de su hermano.

—Ve con cuidado —le advirtió Ben y le dio el bebé.

—Es precioso, Beth —dijo Gala emocionada acunándolo—, se parece mucho a Johnny.

—Es verdad —dijo Ben mirando al bebé de cabello oscuro—, se te parece. ¿Ya sabéis el nombre?

—Jason —contestó Beth acariciando el pelo de Abraham, que estaba junto a ella en la cama.

—Me gusta —contestó Gala—. Vas a ser un ligón, ¿verdad que sí pequeñín? Un rompecorazones.

—Jason Reese —paladeó Ben el nombre—, es perfecto. Vamos Gala, dáselo a Beth, me pongo malo viéndote con un bebé, con las prisas que tienes por hacerte mayor, solo te falta eso para enloquecerme.

—¡Qué tonto eres! —exclamó Gala devolviéndole el bebé a Beth—. ¿Estás contento, chico? —le preguntó a Abraham.

—Yo soy su hermano mayor y voy a protegerlo, cuando crezca le enseñaré a montar —dijo orgulloso.

Johnny cogió a Abraham en brazos. Solo con que Jason tuviera la mitad del enorme corazón de Abraham y fuera tan bueno como él, se sentiría más que satisfecho. Acababa de tener dos hermanos en apenas dos meses, pero lo llevaba con mucha madurez y estaba feliz, como él.

Amanda había dejado que se fuera a vivir con ellos. Abraham no quería cambiar de colegio y quería vivir con su padre; ella había cedido a su petición, aunque nunca más renunciaría a él. Johnny temía que lo que le impulsaba a querer vivir con él fuera más Cohete que él, pero lo importante es que lo tenía en casa y eso les hacía felices a él y a Beth.

Su amor, su estrella en la oscuridad. Ella le había enseñado a soñar de nuevo, cuando todo estaba oscuro lo había iluminado con su luz y su amor. Una vez ella le dijo que él daba luz a su alma, se equivocaba, era ella la que iluminaba la suya, la que le había dado un motivo para vivir y, gracias a eso, era más feliz de lo que nunca llegó a atreverse a desear.



© Derechos de edición reservados.

© Gina Peral, 2017

Ediciones El gato negro

Diseño de portada: S W Design

Diseño logo: Jorge Fornes

Maquetación y diseño de interiores: Gina Peral

Corrección: Dana Roberts

ISBN: 978-84-617-9505-5

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dije que algún día el ciego vería la luz.
Esta historia es para mi madre y mi tía Juana.

Nota de la autora:

Me embarqué en esta aventura de publicar y mostrar mi trabajo, con un millón de miedos y dudas, ya ha pasado un año, ha sido muy emocionante, estoy muy agradecida de todos los mensajes de apoyo, de como muchas personas me han alentado a seguir escribiendo, me siento francamente dichosa y muy satisfecha.

Ahora los miedos resurgen porque Una estrella en la oscuridad es muy diferente a Los secretos de Boira, solo espero que puedas disfrutar de la lectura de igual forma, aunque sea de un género tan diferente. Creo que es una historia conmovedora e intensa a pesar de su calma a la hora de contarla. Escribirla no ha sido sencillo y los protagonistas no han sido nada fáciles. Beth me ha sacado de quicio en muchas ocasiones, muchísimas, pero también me ha divertido, ella es así, ya la irás conociendo. En cambio, Johnny, se hizo a sí mismo, es un personaje muy marcado, con muchas cicatrices y en ocasiones ha sido turbador, pero él me ayudó a escribir su historia que es muy diferente a la idea inicial que me hizo abrir un documento nuevo y ponerme frente al teclado.

Cuando Dana que se ha encargado de corregir el texto acabó, me expresó lo mucho que le había gustado Beth, la forma en que ella lleva la novela. Desde mi punto de vista como creadora, fue él quien mi guío en la historia, él ha sido mi luz, me ha guiado para darle vida y forma a todo.

Ahora su historia pasa a ser tuya y espero que llegues a sentirla así, que la disfrutes de principio a fin y que, al acabar, haya llegado a remover algo en tu interior, aunque solo sea un poquito.

Que disfrutes de la lectura!!

Gina

Agradecimientos:

En primer lugar quiero dar las gracias a todas aquellas personas que me apoyaron con Los secretos de Boira, que me dieron mi primera oportunidad, que confiaron en mí a ciegas. He conocido a gente maravillosa y extraordinaria, podría nombrar a muchas personas, pero sería injusto porque no os puedo nombrar a todas. Cada mensaje de cariño, cada opinión es combustible para creer en mí, para intentar mejorar y querer darlo todo en cada línea. La forma en que seguís haciendo mi historia vuestra, me llega muy hondo, me hacéis sentir feliz. Un millón de gracias.

Cuando publiqué Agua y Aceite, les prometí a mi madre y a mi tía Juana que el ciego algún día vería la luz y ese día ha llegado. Con creces esta es vuestra historia favorita de cuantas he escrito, la escribí pensando en vosotras y es por y para vosotras dos. Gracias por darme valores, educarme, apoyarme en todo lo que hago y quererme tanto, por darme vuestras opiniones y no estar siempre de acuerdo como buenas hermanas, así he podido ver las cosas desde puntos de vista diferentes. Lo único que quiero es que os sintáis orgullosas de mí.

Gracias a mi amiga Luisi por ayudarme a creer en mí como escritora, por escucharme, apoyarme, aconsejarme, por todo tu tiempo, sinceridad, cariño y amistad que me demuestras día a día, por tu santa paciencia con la que me ayudas a luchar contra mi inseguridad y la indecisión. No tengo palabras para agradecerte todo lo que has hecho por mí, aunque sí una deuda pendiente, que espero poder pagar pronto.

Muchas gracias a Dana Roberts, porque tiene una paciencia infinita!! Gracias por pulir y depurar el texto, por todo tu trabajo que no ha sido poco, por comentar que te iba pareciendo conmigo y tus bonitas palabras, por el cariño con el que nos has tratado a mi obra y a mí. También a Shia por su increíble trabajo, por ponerle cara a mi historia en tiempo record.

Por supuesto quiero agradecerle a mi familia que siempre estén a mi lado y batallen junto a mí. A las Peral, a las Bruixes, mi familia política, a mi familia Cazalillera y a todo el pueblo de Cazalilla por la forma en que se han volcado conmigo y han apostado por mí desde el principio. Por supuesto a mi chico por no darme por imposible, por no solo apoyarme en todas mis decisiones, también aconsejarme y aguantarme, incluso cuando no me aguanto ni yo. Os quiero.

Gina

Gina Peral nació un doce de diciembre en Vilanova i la Geltrú (Barcelona). Tímida, creativa e impaciente, es amante de la literatura romántica, el cine y los animales.

Se define como una soñadora experta.

Autora de la trilogía Los secretos de Boira, compuesta por Agua y Aceite, Frío y Calor y Noche y Día, una historia de misterio y suspense con trasfondo romántico, ahora cambia de género y nos sorprende con Una estrella en la oscuridad, una novela romántica, repleta de emociones y sentimientos a flor de piel.

Una estrella en la oscuridad es su cuarta novela, con la que espera sorprender y cautivar a muchos lectores y hacer realidad el mayor de sus sueños: ser escritora.

